La muerte no es el final.
El amor reina eternamente

LA NOVIA OSCURA

SHELBY MAHURIN

AUTORA *BEST SELLER* INTERNACIONAL DE ASESINO de BRUJAS

LA NOVIA OSCURA

LA NOVIA OSCURA

SHELBY MAHURIN

Traducción de Guiomar Manso de Zúñiga



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: The Shadow Bride
Editor original: HarperCollinsPublishers
Traductora: Guiomar Manso de Zúñiga

1.ª edición: octubre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2025 by Shelby Mahurin
Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books,
una división de HarperCollins*Publishers*
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 by Guiomar Manso de Zúñiga
© 2025 by Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19699-66-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Pippa, que vivirá para siempre en las páginas de este libro.

PARTE 1

Chat échaudé craint l'eau froide.
Gato escaldado, del agua fría huye.

CAPÍTULO 1

Reflexión

La sencilla melodía de una caja de música es todo lo que llena el silencio.

Observo el artilugio desde el otro lado del dormitorio, mientras las figuritas giran en una danza mecánica, sus alitas pintadas centelleantes al resplandor de una única vela. Reid prendió la mecha más temprano esta noche, aunque yo fingí dormir. Al llegar el crepúsculo, Lou cruzó de puntillas el suelo de madera para retirar las cortinas, con la esperanza de dejar entrar la luz de la luna, pero las nubes de tormenta oscurecían el cielo nocturno y solo unas sombras se colaron por mi ventana. Ahora me envuelven como una capa mientras las hadas bailan en su halo de luz.

—¿Estás bien, Célie? —susurra Mila desde la silla junto a la cama.

Después de la gruta, encontró un desgarrón en el velo cerca de Saint-Cécile y se coló por él para quedarse cerca de mí, en el reino de los vivos. Aunque habla muy poco, y las veces que me pide que hable yo son aún menos, no consigo decidir si aprecio lo que ha hecho o no. No consigo decidir si la quiero aquí en absoluto.

—Estoy bien —susurro de vuelta.

Y las hadas continúan su baile.

Lou y Reid trajeron la caja de música de mi habitación en la Torre de los *chasseurs*, junto con todas mis otras posesiones mundanas: velas de cera de abeja y botellas de perfume de rosas, joyas de pasta y libros de cuentos con los lomos agrietados. La colcha verde esmeralda que cubre mi cama. El espejo de pie chapado en oro que ocupa el rincón. El finísimo y ridículo camisón que llevo puesto ahora mismo.

Al llenar su casa con mis cosas, pretendían ayudarme.

Pretendían recordarme que aún soy Célie Tremblay.

No podían saber que hubo un tiempo en que envidiaba a las hadas de esta caja de música tanto como las quería. Ansiaba robarles sus alas y volar a su mundo, encantar a criaturas salvajes y cortejar a mi propio príncipe feérico. Mi niñera, Evangeline, me regaló la caja por mi octavo cumpleaños y, durante casi una quincena entera, hablé de poco más, hasta que Filippa, irritada, agarró la caja de música de mi mesilla y la hizo añicos.

Se arrepintió de ello al instante, por supuesto, y volvió a pegar las hadas lo mejor que pudo. Yo nunca me fijé en las nuevas grietas de sus sonrisas. A lo mejor era demasiado joven entonces, o estaba demasiado ocupada soñando con grandiosas y emocionantes aventuras y romances apasionados. O a lo mejor era solo que no prestaba atención. Contemplo esas grietas ahora y las odio en silencio.

He soñado tantas cosas absurdas…

Aparto la vista y suelto un gran suspiro antes de inspirar de nuevo; es una reacción instintiva, una que llena mi cuerpo de un aire que ya no necesita. *Error*. Mi estómago se contrae y una oleada de saliva fresca inunda mi boca. Me martillea la cabeza. Me palpitan las encías. Aunque cierro los ojos contra las náuseas, la oscuridad de mis párpados se mueve como un mareante caleidoscopio de colores que palpitan al unísono con los latidos del corazón en el salón. Dos de ellos. Mis puños se cierran, al tiempo que mis dientes comienzan a alargarse y la saliva continúa fluyendo. Se me comprime la garganta sin permiso y, solo por un segundo, mis ojos vuelan hacia la puerta del dormitorio. Todo se detiene a mi alrededor.

Lou y Reid se mueven justo al otro lado.

Los oigo en la cocina, preparando la cena: el suave tintineo de los cubiertos, el roce ocasional de sus hombros cuando se cruzan. El corazón de Lou se acelera un poquito cuando Reid deposita un beso de pasada en su sien. Él se ríe cuando ella le da una palmada en el trasero en respuesta. Están completamente absortos el uno en el otro.

Completamente distraídos.

No se fijarán en ti, susurra una voz familiar en el fondo de mi mente. *No hasta que sea demasiado tarde*.

Y es verdad. Pese a que cierro los ojos, ahora casi puedo ver la sangre bombear a través de sus cuerpos, e imagino cómo sabría: espesa y rica y caliente sobre mi lengua, *todo un lujo*, un banquete digno de un rey. Mila no me detendría. Pasamos mis últimos momentos juntas y, aunque no lo ha mencionado, sé que se siente en parte responsable de mi sino. Quizá si me hubiese *forzado* de alguna manera a adentrarme en esa maldita luz dorada, nada de esto habría sucedido. Pero, en lugar de eso, me dijo que eligiera.

Me dijo que si no lo hacía, perdería para siempre la posibilidad de elegir.

Qué irónico.

Trago saliva con esfuerzo. No, Mila no me detendría, no podría detenerme, pero ¿lo haría Odessa? Ladeo la cabeza y escucho cómo pasa las páginas de su libro mientras ignora con determinación el dulzor empalagoso de los humanos.

—Hacen que me duelan los dientes —se quejó ayer, antes de clavar en mí su típica mirada penetrante—. ¿Cuándo podemos volver a casa?

A casa.

Para ella, eso quiere decir Requiem. Michal la envió aquí para cuidar de mí, para *guiarme*, pero Odessa nunca tuvo la intención de quedarse en Cesarine. En el fondo, sé que Michal tampoco tuvo nunca esa intención. Las últimas palabras que me dedicó aún atormentan mis sueños… o lo harían si alguna vez durmiese.

Por favor, quédate.

Él no sabe que lo oí. No debería haberlo oído, no cuando mi corazón había dejado de latir, pero lo hice. Lo oí, y no puedo *desoírlo*. Me suplicó que me quedara, pero ¿dónde está ahora? ¿Por qué no insistió en que me quedase con él en Requiem? Y si no ahí, ¿por qué no se ha reunido conmigo *aquí*, en esta habitación miserable, para ayudarme a hacer la transición en lugar de Odessa? Las preguntas me ponen mala. Son ridículas, sin sentido, el menor de mis problemas; sin embargo, no parezco capaz de olvidarlas. De olvidarlo *a él*. Con poco más para distraerme de esta neblina escarlata, Michal se ha extendido como un veneno por mi piel, y soy incapaz de dejar de rascarme para eliminarlo.

¿Por qué me mordió, solo para abandonarme? ¿Por qué me dejó al cuidado de mis amigos? ¿Por qué me dejó para que yo les hiciera *daño*?

No me doy cuenta de que mi mano se cierra sobre el pomo de la puerta hasta que me empieza a quemar la palma.

Con un bufido, lo suelto y me aparto de un salto. Miro ceñuda la cadena plateada alrededor del pomo. Lou no creía que esa precaución fuese necesaria. Me lo discutió cuando insistí, pero al final hizo caso de mi petición con la única joya de plata que poseía: un feo collar deslustrado que había pertenecido a su tatarabuela. En la cocina, finge una arcada cuando Reid le ofrece una zanahoria, y yo cierro el puño de mi mano herida.

—Aguanta la respiración —me aconseja Mila en voz baja.

No se fijarán en ti, repite esa voz aterradora.

Dejo de respirar al instante cuando la oigo y, después de unos segundos de pugna con mi autocontrol, me obligo a apartarme de la puerta. Una desilusión tenue reverbera desde dondequiera (o de quienquiera) que provenga la voz. *Te vas a morir de hambre*.

Suena como mi hermana.

—No lo haré.

Sacudo la cabeza con vehemencia en dirección a la sombra del espejo mientras Mila me observa con los ojos muy abiertos. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Estoy manteniendo una conversación con alguien que no está *aquí*, y nada de esto (*nada* de ello) es real. Filippa no puede estar en esta habitación conmigo. Aunque el ritual de Frederic hubiese funcionado de alguna manera, aunque ella hubiese regresado como un espíritu o… o como otra cosa, yo la vería. Y Mila también la oiría.

Mi determinación se reafirma al pensarlo. Más que cualquier otra cosa, el silencio de Mila demuestra que Filippa sigue muerta y que esto es solo una alucinación. No sería la primera vez que oigo voces, ¿verdad? Miro el espejo, ceñuda. Unas tenues fisuras en su superficie plateada refractan la luz de un modo extraño, pero, por lo demás, el cristal se alza ante mí callado y silencioso. No hay ningún desgarrón en el velo, ningún eco de risas. Ningún destello de un ojo esmeralda.

Sigo mirando el espejo con avidez.

Sé que no debo hacer esto otra vez. Sé que no debo tener esperanza.

Aun así, me acerco hasta estar de pie delante de esa maldita cosa, los ojos fijos donde debería estar mi propio reflejo. Y rezo por centésima vez, por milésima vez, para que *este* sea el momento en que termina el sueño. Para que el príncipe feérico me despierte *ahora* con un beso y los dos vivamos felices para siempre.

Por favor.

Aunque me quedo ahí plantada unos segundos más, esperando, no sucede nada. Cierro los ojos de nuevo. Los abro. Siento una oleada de amargura cuando el espejo permanece en blanco. Doy media vuelta sin pensar, agarro la caja de música y la hago añicos contra el suelo de madera. La nana termina con un *estrépito* violento y satisfactorio, pero mi furia no amaina… En lugar de eso, sube por mi garganta como el vitriolo, y maldigo cuando los trocitos de porcelana se asientan. La sonrisa insulsa de la princesa permanece intacta y entera. Con un gruñido poco habitual en mí, estampo el pie sobre ella con todas mis fuerzas. Lo estampo sobre todo ello, sobre *todos* y cada uno de los pedazos, hasta que no queda nada más que polvo centelleante, hasta que mis pies desnudos debieran sangrar y doler. *Quiero* que sangren y duelan.

Sin embargo, antes de que pueda agarrar la cadena de plata, unas voces bajas suenan desde la entrada. La puerta principal se abre con un leve susurro al que se unen el roce de las perneras de un pantalón de lana y un vestido de seda. El latido regular y constante de otros dos corazones. *Dos, no tres*. Unas pisadas suaves cruzan el umbral al segundo siguiente y la puerta vuelve a cerrarse.

—¿Cómo está? —susurra Coco.

—¿Nos hemos perdido algo? —pregunta Beau.

La voz de Jean Luc debería unirse a las suyas ahora, pero no lo hace. No ha venido.

Es difícil mantenerlos separados, ¿verdad?, ronronea esa voz. *Jean Luc, Michal… Michal, Jean Luc…*

Hago un esfuerzo por ignorarla y los suaves sonidos mojados del cuchillo de Reid cesan un instante.

—No ha cambiado nada —murmura.

Él jamás te querrá.

Me encojo un poco y bajo la vista hacia los restos de la caja de música.

—No queríamos despertarla hasta la cena. —Lou se tambalea un poco cuando Melisandre serpentea entre sus pies y un sonoro ronroneo recalca sus siguientes palabras—. Parece… exhausta.

Mila se acerca flotando y levanta un brazo como para pasarlo a mi alrededor. Para reconfortarme. No obstante, cuando me pongo tensa, temerosa del contacto, se detiene y deja caer el brazo a su lado.

—Todo irá mejor esta noche, Célie —dice con dulzura, mientras Coco y Beau desatan los cordones de sus botas—. No pierdas la esperanza.

Me resisto al impulso de burlarme de su optimismo.

—¿En qué te basas para suponer eso? ¿En ayer por la noche? ¿En la noche anterior? ¿La *semana* pasada?

Mila no responde. No *puede* responder. No con la verdad, en cualquier caso. En lugar de eso, las dos escuchamos la pregunta de Beau.

—¿Ha comido algo más?

A veces olvidan que puedo oírlos. A veces fingen que no ha cambiado nada.

Reid continúa su trabajo con el cuchillo, cortando carne y verduras en dados con mano experta. El olor de los alimentos (olor a caza y tierra; quizá venado y guisantes con las zanahorias) se cuela por debajo de la puerta de mi dormitorio y se solidifica en mi estómago.

—No desde la cena de ayer.

—¿Y hoy qué tenemos?

Reid no duda ni un instante.

—Ciervo. Esperamos que un animal más grande ayude.

Un animal más grande. Reprimo mis ganas de vomitar.

—Ya te lo he dicho. —Lou, al menos, baja la voz, pero aun así oigo cada palabra—. Su cuerpo no quiere ciervo. Deberíamos haber encontrado, no sé… un oso o…

—¿Tenemos osos en Belterra? —pregunta Beau de repente.

Con un suspiro de exasperación, Coco cuelga su capa, y el olor de su *sangre*… Mi vista se enturbia de nuevo y tengo que agarrarme a la pata de la cama para mantener el equilibrio.

—¿Cómo puedes no saberlo? Eres el *rey*.

—Pero no el rey de los *osos*, Cosette.

Odessa suelta una carcajada desdeñosa desde el rincón.

—*No*, Beauregard —dice Coco con voz lenta y sufrida—, no tenemos osos en Belterra, pero, en verdad, su cuerpo no quiere animales en absoluto. Necesita alimentarse… alimentarse de verdad, esta vez. Le dije que podíamos ayudarla a cazar, pero rechazó mi oferta.

—¿Oh? —interviene Odessa tras cerrar su libro—. ¿Y tenéis experiencia cazando seres humanos? —pregunta con tono malicioso.

Se produce una pausa en la que todo el mundo se gira con reticencia hacia ella. Aunque han hecho todo lo posible por hacer como que no está, nunca la ignoran de manera abierta. Por mí, creo. Ayer, regañó a Lou por darle queso a Melisandre («¿Tienes alguna idea de lo que los productos lácteos le hacen a la digestión de un gato?»), hasta que intervino Reid, momento en el cual ella se embarcó en la historia y el mito del pelo pelirrojo durante casi una hora. Coco respira hondo ahora.

—Por supuesto que no tenemos experiencia *cazando* seres humanos, pero…

—En verdad, yo sí que la tengo. —A diferencia de Coco, Reid no se molesta en disimular su animadversión hacia la vampira sentada en su cocina. En algún momento entre la sugerencia de Odessa de que Melisandre apestaba y el comentario de que, históricamente, su pelo pelirrojo significaba que deberían haber sacrificado a Reid al nacer, él había perdido sus dotes sociales—. Juntos podríamos ayudar a Célie a alimentarse sin hacer daño a nadie.

—Ah, sí. —Imagino a Odessa examinando sus uñas con una falta de interés educada—. El *cazador*. Dime, querido, con toda tu experiencia inefable, ¿cómo imaginas que iría eso? ¿Os lanzaríais los cuatro (tres de los cuales gobernáis Belterra entera) a las calles al anochecer en busca de la cena de Célie?

—No nos *lanzaríamos*…

—¿Y qué pasaría si encontraseis una presa? —Odessa continúa hablando como si él no hubiese dicho nada, su voz engañosamente ligera—. Quizás un hombre joven y apuesto con prisa por llegar a casa después de cerrar tarde su tienda… ¿Lo arrinconaríais en un callejón oscuro y le pediríais con educación que os ofreciera una vena? ¿Forzaríais su aquiescencia con un encantamiento si se negara? *Hmm*… No. —Se da unos golpecitos en la barbilla con una uña en ademán pensativo—. Después de todo, tú eres un cazador. En lugar de eso, es posible que lo incapacites mientras Célie bebe su sangre por la fuerza. Cualquiera de las dos cosas le causaría daños. Es probable que incluso la muerte.

Me miro los pies, incapaz de verlos de verdad, y escucho la suave alteración del aire cuando Reid sacude la cabeza.

—Célie jamás le haría daño a nadie.

—¿Alguna vez has visto alimentarse a un vampiro recién nacido? —La voz de Odessa adquiere una gravedad inusual cuando nadie responde. *Ella* no puede fingir que ignora mis sentidos aumentados; quiere que oiga cada palabra—. Puede que antes conocierais a Célie, pero ya no es humana. No será capaz de controlar sus impulsos, y eso la vuelve peligrosa. *En especial* para todos vosotros. Está claro que os tiene cariño, que incluso os quiere, pero toda emoción fuerte se convierte en hambre para una vampira recién nacida. Necesita estar con los de su propia especie en Requiem. No puedo ni *imaginar* por qué Michal os permitió traerla aquí, pero…

—Célie no quería vivir en Requiem —la interrumpe Lou, irritada, y levanto la vista de golpe una vez más—. Nos lo dijo justo antes de morir.

—¿Y matar a sus amigos? —pregunta Odessa—. ¿*Eso* es lo que querría Célie?

—Eso no va a ocurrir.

—Si huele vuestra sangre mientras se alimenta, Louise le Blanc, ocurrirá.

—Bueno —comenta Lou mientras echa a andar por el pasillo hacia mi puerta—, entonces, esperemos que le guste el ciervo.

Un momento después, llama a mi puerta, y a mis rodillas parecen crecerles raíces cuando se abre una rendija. Lou asoma la cabeza.

—¿Célie? —me llama con dulzura—. ¿Estás despierta? Me ha parecido oír… —Sus ojos se posan en la caja de música destrozada y se abren un poco más. Trago saliva—. ¿Va… todo bien?

—Mi caja de música se ha roto. —Aunque digo las palabras deprisa, de un modo casi frenético, el poste de la cama empieza a astillarse bajo mi mano porque no puedo… no puedo contener la respiración y hablar al mismo tiempo. No puedo evitar que el olor de su magia se convierta en un *sabor* literal en mi lengua y… y… me atraganto con mis siguientes palabras—. Pero creo… creo que puedo arreglarla. Creo que puedo…

Lou emite un silbido bajito mientras se agacha para deslizar un dedo por el polvo centelleante. Frunce los labios.

—Joder. No creo que ni siquiera *yo* sea capaz de arreglar un arrebato de furia tan admirable. Bien por *ti*, Célie, pero es una pena. Tenía planes para esta siniestra cajita de música.

Parpadeo en su dirección.

—¿Qué? —pregunto perpleja.

—Oh, la iba a esconder al lado de la almohada de Reid cuando se durmiera esta noche. —Agita una mano despreocupada por el aire y, al instante, su encantamiento se extiende por encima de mí y atenúa el borde afilado de mi hambre. Su propio estómago emite un retumbar ensordecedor en respuesta. Le da unas palmaditas afectuosas—. Reid intentó asustarme el otro día. Se escondió debajo de la cama y todo, bendito sea. Creyó que sería de lo más ingenioso agarrarme del tobillo cuando pasara por delante. —Una sonrisa taimada—. No tiene ni idea de lo que ha empezado.

—¿Por qué… por qué haría algo así?

—Puede que yo le tiñera las cejas de azul la semana pasada. —Sus ojos centellean con malicia, se pone de pie y se limpia las manos en los pantalones antes de ofrecerme una de ellas—. Ven a cenar, Célie. No deberías reconcomerte aquí dentro tú sola.

—No estoy sola —digo de manera automática.

La risa de Filippa resuena otra vez a mi alrededor y se me eriza el vello de la nuca. Mis ojos vuelan hacia Mila, que frunce el ceño.

—Sí, claro, por supuesto. Mila también está invitada. —Aunque vacilo un instante y miro con recelo su mano estirada, Lou sonríe y

menea los dedos—. Oh, venga ya. ¿Nos vas a obligar a suplicar por tu compañía? —Esta vez no espera a que conteste; se limita a agarrar mi mano y me arrastra por el pasillo iluminado por velas para llevarme con los otros—. Deja de arrastrar los pies, ¿quieres? Es solo la *cena*. Nada que temer entre amigos. —Cuando no respondo, se gira hacia atrás para mirarme, y el rostro plateado de Mila se refleja en sus ojos—. ¿No es así, Mila?

—Claro —afirma Mila en un intento valiente de tranquilizarme.

Sin embargo, no oye la tenue risa que tintinea desde el espejo a nuestras espaldas. Me resisto al impulso de girarme, de ver un atisbo de mi hermana espiándome desde el cristal. *Sí, Célie*, parece ronronear. *Nada que temer.*

Es solo la cena.

CAPÍTULO 2

La séptima silla

Preparan la mesa para siete, igual que han hecho cada noche. Yo me planto una sonrisa frágil en la cara cuando entramos en el espacio diáfano que sirve de cocina y de salón, e ignoro el séptimo bol. Igual que hago *todas* las noches. Porque no importa, *de verdad que no*, y la ausencia continuada de Jean Luc no puede hacerme sentir peor de lo que me siento ya.

Me aferro a esa convicción como a una balsa en el mar mientras Mila se desliza hacia Odessa.

—¡Célie!

Como un mecanismo de relojería, Beau es el primero en moverse y cruza por delante del sofá para estrecharme en un abrazo fuerte. Coco lo sigue de cerca y, pronto, los dos tienen los brazos envueltos a mi alrededor. Se me cierra la garganta de nuevo mientras me quedo ahí rígida entre ellos, la mandíbula apretada y el cuerpo inclinado en dirección contraria, pese a querer estrujarlos contra mi pecho y no volver a soltarlos nunca. Más risas reverberan por mi cabeza al pensarlo. *Porque los quiero*, le digo a mi hermana con pasión.

Hmm. Estoy segura de que esa es la razón.

Con el corazón desbocado, aparto la mejilla de la línea del cuello de Coco.

Si alguno de los dos se percata, no dice nada, pero sus ojos sí que se dilatan un poco cuando se apartan para sonreírme. Yo me planto mi propia sonrisa en su sitio, aunque me siento un poco mareada. No necesito un reflejo para saber que mi aspecto también ha cambiado. Aunque mi piel siempre ha sido clara, ahora brilla de un tono blanco etéreo, y mi pelo oscuro cae más largo, espeso y pesado en ondas por mi espalda, y centellea como el cristal a la luz de las

velas. Las largas miradas de mis amigos y sus exclamaciones ahogadas confirman lo que ya sé: mi rostro se ha convertido en un arma.

—Hemos tenido que ausentarnos un par de horas —dice Coco, un poco falta de respiración—, pero ya nos hemos ocupado de todo. ¿Cómo estás, Célie? ¿Has dormido bien?

Sus palabras suenan agoreras y, aunque quiero preguntarle de *qué* se han ocupado, no confío en mí lo suficiente como para hablar. En lugar de eso, ensancho mi sonrisa y aprieto sus manos sin decir ni una palabra.

En verdad, llevo una semana sin dormir.

Filippa suena casi aburrida en mi cabeza. *La eterna víctima*.

—Pues yo desde luego que no lo hice. —Beau agarra una silla de la mesa para que me siente, y me obligo a concentrarme en él. En *él*, no en mi hermana. En lo real y tangible de esta habitación. Por encima de nosotros, unas ollas de cobre centellean lustrosas, como si le guiñasen un ojo a los boles disparejos y descascarillados llenos de estofado. El apartamento entero apesta a alegría, y debería ser mi lugar favorito en el mundo entero. Hubo un tiempo en el que podría haberlo sido.

Ahora parece una cárcel.

—Si este arreglo continúa durante mucho tiempo más —continúa Beau—, voy a insistir en que una de las brujas de esta casa conjure una cama de verdad para el salón. Hace *días* que tengo tortícolis. —Señala con la barbilla a las mantas dobladas y las almohadas apiladas sobre el sofá, donde Coco y él han estado durmiendo desde que volvimos de Requiem hace una semana.

—Tú eres el que insistió en que nos quedásemos aquí —dice Coco —. No es que me queje —añade a toda prisa en mi dirección—. Prefiero estar aquí que en el castillo, sobre todo con los *chasseurs* husmeando por ahí.

Asiento sin dejar de sonreír, la boca cerrada con firmeza. Aunque el encantamiento de Lou sigue en pie, el olor de tanta sangre en esta habitación es abrumador. En especial, la de Lou y la de Coco. Michal me dijo una vez que la sangre de las criaturas mágicas sabe más potente que la humana, y ahora lo creo. Como las criaturas mágicas

especialmente poderosas que son, mis dos amigas huelen *deliciosas*.

—¿Te refieres a la preciosa Brigitte? —Beau acerca mi silla a la mesa mientras Reid toma mi bol vacío y lo llena de… algo que no es estofado. La bilis sube por mi garganta al verlo. Más espesa y oscura y, en general, más repulsiva que el caldo, la carne y las verduras, mi cena tiñe la porcelana blanca de carmesí.

¿Crees que a la séptima irá la vencida?

La presión aumenta en mis oídos ante el sonido de esa voz, y aprieto los dientes para evitar replicar con una respuesta cortante.

—Técnicamente, Brigitte todavía no es una *chasseur*, pero no la culpo por actuar un poco… —Beau busca la palabra adecuada, ajeno a mi pugna interior— *perturbada* esta noche. Se produjo otro altercado en Saint-Cécile más temprano. Ladrones de tumbas —explica en mi dirección—. Por lo general, es solo una molestia, un par de cuerpos que desaparecen cada pocos meses, pero la cosa empieza a descontrolarse. A estas alturas, ya han removido medio cementerio.

Frunzo el ceño al oírlo, pero nadie más muestra gran reacción; parece que ya lo sabían. Para mi sorpresa, la voz en mi cabeza también permanece callada. Bueno, *por supuesto* que lo hace. Me sacudo mentalmente y casi rechino los dientes de la frustración. Ella no *existe*.

Odessa elige este momento para soltar un bufido desdeñoso y levantarse de su silla, igual de asqueada por la sangre de mi bol, antes de desaparecer pasillo abajo hacia su habitación. Mila la sigue. Ellas nunca se quedan durante la cena. En lugar de eso, Odessa se escabullirá al East End para cenar en otro sitio, y Mila, sin que lo sepa su prima, la acompañará.

Beau frunce el ceño mientras las sigue con la mirada.

—Una criatura tan cálida y empática, esa Odessa. Con una inteligencia emocional de lo más aguda… Deja en ridículo incluso a Brigitte.

—Esa criatura cálida y empática todavía te puede oír. —Reid se deja caer en una silla al lado de Lou, dejando un puesto libre entre nosotros para nuestro séptimo invitado a la cena. Yo hago caso omiso de esa silla. Me niego a mirarla siquiera—. Así que yo tendría

cuidado si fuese tú.

—Tonterías. —Beau se sienta en la silla a mi otro lado y la inclina hacia atrás sobre dos patas de inmediato, los dedos entrelazados detrás de su pelo oscuro—. Si a la señora vampira le entran ganas de dar un mordisquito ahora, Célie puede darle una paliza por mí. —Sonríe en mi dirección—. ¿No es verdad?

—¿Qué? —Distraída, hablo sin pensar y pago el precio al instante: un fuego voraz trepa por mi garganta y se me humedecen los ojos ante el intenso dolor, ante el sabor potente de mis amigos en mi garganta. No obstante, esta vez no puedo limitarme a ignorar a Beau, y no creo que un simple gesto afirmativo o negativo con la cabeza vaya a comunicar con eficacia todo el alcance de su estupidez—. Odessa es *muy* vieja —digo sin aliento—. Muy fuerte. Vi… vi cómo le arrancaba la *lengua* a un vampiro solo con las manos.

La voz de Odessa nos llega desde el final del pasillo.

—Y no lo olvides nunca, querida.

Beau resopla con desdén y aterriza con un ruido seco sobre las cuatro patas de su silla antes de hincarle el diente a su estofado.

—No te subestimes, Célie. Has entrenado con los *chasseurs*. Estoy seguro de que podrías arrancar una lengua o dos… Preferiblemente la de *ella*, si sigue pontificando acerca de las mejores maneras de llevar a cabo un embargo comercial.

—Es mejor que oírla describir, con todo lujo de detalles, cómo murieron todos tus antepasados —comenta Lou con acidez.

—Oh, no, esa información tan agradable también me la proporcionó —la corrige Beau—. Al parecer, un ciervo destripó a mi trastatarabuelo hasta la muerte mientras hacía sus necesidades durante una cacería real.

Los interrumpo antes de que ninguno de los dos pueda tomar carrerilla. Me ha empezado a palpitar la cabeza otra vez. La sangre en sus venas huele deliciosa, sí, pero la de mi propio bol *apesta*.

—Eso es repugnante y no tengo *ningunas* ganas de tocar una lengua.

Mentirosa.

—A lo mejor es solo que aún no has encontrado la adecuada —

sugiere Coco en tono juicioso.

—Hablando de lo cual… —Beau se gira hacia Reid antes de que yo tenga ocasión de contestar, y aprieto los puños alrededor de mi falda cuando su aroma me invade de nuevo, al tiempo que Filippa se ríe y me urge a acercarme más. Beau señala con su cuchara la silla vacía a mi lado—. ¿Dónde está tu insufrible amiguito? Esta tarde no estaba en el castillo.

Aunque me he estado negando a pensar en Jean Luc, la pregunta me pilla por sorpresa de todos modos. O quizá no sea la pregunta para nada, sino cómo está formulada. Porque ha dicho que Jean Luc es el insufrible amigo *de Reid*, no el mío, y… y supongo que eso es verdad ahora. La mera idea es como un garrotazo en la cabeza y rompe el embrujo de la sangre de Beau.

Reid me lanza una mirada furtiva, pero finjo no verla.

—No ha podido ausentarse de la Torre. Envía sus disculpas.

A pesar de todas mis buenas intenciones, mis ojos vuelan hacia los suyos.

—Eso no es verdad.

Nos miramos con sorpresa durante un único instante.

—Célie, está… —Reid vacila un segundo. Está claro que esto le duele y que preferiría tragarse el cuchillo de cocina antes que tener esta conversación, pero Reid sigue siendo Reid, y nunca me ha mentido—. Dale tiempo —dice al final—. Acabará por aceptarlo. Es solo que… lo está pasando mal con todo esto.

Las palabras, pronunciadas con tal sentimiento, con tanta inocencia, se cuelan por debajo del calor fundido que bulle dentro de mi pecho y llenan el enorme vacío que he sentido desde que desperté como vampira. Desde que desperté muerta. *Lo está pasando mal con todo esto.*

—¿Ah, sí? —pregunto con suavidad.

Mátalos, me incita Filippa, con más suavidad aún.

Todos los que están sentados a la mesa parecen contener la respiración al unísono al ver mi expresión, y las telarañas de la magia de Lou rozan mi piel. Ocultan los bordes crudos de mi ira y las odio… las *odio*…, pero me resisto al impulso de arañar mi piel, de arrancar cada capa sangrienta hasta ser yo otra vez, hasta ser *Célie*.

No alguien que tiene alucinaciones con su hermana muerta. No alguien que acerca con disimulo la silla al humano que tiene al lado, que calcula los segundos exactos que le costaría debilitar primero a Beau, después a Coco y luego a Reid. Lou está sentada justo al otro lado de la mesa, así que tardaría más en llegar hasta ella. Además, sería la más difícil de someter, pero su *sangre*…

Se me abren las encías solo de pensarlo, y mis colmillos descienden. Una oleada de saliva brota en mi boca, se arremolina, se *extiende*, hasta que se me revuelve el estómago y me atraganto con ella.

Ay, Dios.

Me echó hacia atrás de golpe, hago caer mi silla y decenas de puntitos blancos estallan en mi visión. *Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios*. Mi pecho resuella mientras pugno por contener la respiración; ahora me miran todos, los ojos abiertos de par en par por la alarma. Tanto Reid como Coco se han medio levantado de la mesa, y Beau está sentado quieto como una estatua, como si yo fuese un animal salvaje, un depredador, y él no se atreviese a moverse por miedo a llamar mi atención. *Ya estás a medio camino, Célie*.

Solo Lou me mira con calma.

—Es probable que este sea el momento en el que comes.

Por la periferia de mi visión, veo aparecer a Odessa y a Mila en el pasillo, silenciosas y atentas.

—Lo… lo siento. —Agarro la pared de la cocina con una mano y me tapo la boca con la otra para ocultar mis dientes a la sala. Nuevas lágrimas de humillación queman bajo mis párpados. Lo único de lo que parezco capaz estos días es de disculparme, ¿y aun así es *Jean Luc* quien lo está pasando mal?—. Lo siento muchísimo, de verdad. No pretendía… No he debido…

Con un giro seco de la muñeca, Lou endereza mi silla y empuja mi bol hasta el borde de la mesa. Con otro gesto, la sangre empieza a humear una vez más. Aunque no parece asustada como los otros, el brillo de sus ojos turquesas se ha apagado y su semblante parece más pálido que de costumbre. Después de todo, *estoy* poniendo en peligro a su familia. Su casa. El calor fundido de mi pecho se convierte en hielo.

—Come, Célie —me urge.

Noto cómo asiento. Doy un paso tentativo hacia delante. Luego, otro. El silencio pesa sobre la habitación mientras vuelvo a mi sitio en la mesa, con cuidado de moverme despacio por el bien de Beau, que está sentado más erguido que antes, los dedos apretados alrededor de su cuchara. Agarro la mía sin decir ni una palabra, la sumerjo bajo la superficie carmesí de mi bol y me la llevo a los labios.

La sangre sabe tan mal como huele.

Sin embargo, no hago una mueca ni doy ninguna otra indicación de mi malestar, aun cuando mi hermana vuelve a susurrar.

¿Cuánto tiempo podrás sobrevivir de este modo, ma belle*? ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que tu cuerpo tome el control?*

Ignoro la alucinación, igual que ignoro mi estómago revuelto cuando la sangre de ciervo entra en mi organismo.

—Lo siento —digo de nuevo, con más calma esta vez, al tiempo que levanto la barbilla y miro a los ojos a cada uno de mis amigos. Ellos me devuelven una sonrisa cauta; ya me han perdonado. Incluso Beau se relaja en su silla, y Odessa desaparece otra vez por la puerta de su cuarto. Mila se demora solo un segundo más, sus ojos demasiado comprensivos, antes de seguirla.

El silencio, sin embargo, sigue siendo un poco tenso. Lou sigue pareciendo un poco enferma.

—¿Esta mañana…? ¿Mi madre ha venido a la puerta esta mañana? —le pregunto a Reid después de otro momento.

—Sí. —Aparta su bol vacío—. Venía de la Torre. Ha estado, eh… atosigando a los cazadores para averiguar tu paradero.

—Atosigando a Jean Luc, quieres decir.

Reid me lanza una mirada recelosa.

—Tu madre dice que ha llegado el momento de recurrir a medidas desesperadas.

—¿Qué le respondió él?

—Nada. Ha aceptado no revelar nada hasta que estés preparada. Por el momento, el reino asume que sigues con Michal… Aunque Jean no ha estado demasiado callado a ese respecto. —Reid vacila

un instante—. Informó a los *chasseurs* sobre *Les Éternels* antes de que partiésemos en barco hacia Requiem en la víspera de Todos los Santos, y ellos… Bueno, no han sido precisamente discretos desde que volvimos. Los rumores sobre vampiros se han extendido por toda la ciudad. Es probable que ya hayan llegado a todos los rincones del reino.

—El precio de la plata ha subido como la espuma —confirma Beau —. Tengo amistad con un platero local, y creo que le gustaría casarse contigo.

Casi me río al oír eso. Casi. En vez de eso, me fuerzo a tragar otra cucharada de sangre. Tiene un fuerte sabor a caza y a algo equivocado, sucio, como la carne rancia en un día caluroso. Se me revuelve el estómago.

—Nunca esperé que Jean Luc mantuviese oculta la existencia de los vampiros. Aun así, es muy… amable por su parte mantener la mía en secreto.

Reid recoge los boles vacíos de la mesa para evitar mirarme.

—Ya te he dicho que no te odia, Célie.

Se hace otro silencio incómodo. Su segunda mentira.

Cruzo las manos con fuerza en mi regazo y me miro los dedos: largos, pálidos y elegantes. Ajenos a mí por completo.

—Por supuesto que no.

La primera noche que desperté como vampira, Jean Luc asistió a la cena. La primera y única comida que hizo conmigo. Cuando entré en la cocina, pálida y extraña, sus ojos se endurecieron. Cuando me llevé el bol de caldo a los labios (*caldo*, no sangre), en un fútil intento por mantener la normalidad, lo vomité con violencia por toda la mesa, mi cuerpo incapaz de consumirlo. Lou y Reid me ofrecieron una taza de sangre sin dudarlo, pero la *cara* que puso Jean Luc…

Aunque me negué a tomar la sangre, e incluso la tiré al suelo en un ataque de pánico, Jean Luc se marchó de todos modos.

Y no ha vuelto a aparecer por aquí.

Como si recordara esa noche, mi estómago se contrae de manera dolorosa y cierro las mandíbulas con fuerza, decidida a mantener la sangre dentro esta vez.

—Mi madre no va a… —Mi mano vuela hacia mi boca con

brusquedad cuando mi cuerpo empieza a sufrir arcadas involuntarias. *No*. Por pura fuerza de voluntad, trago y dejo la cuchara en mi plato. No voy a perder el control de mi estómago esta noche. *No pienso hacerlo*.

Beau me da unas palmaditas consideradas en la espalda.

—Tu madre todavía cree que estás de picos pardos por el campo con un apuesto desconocido. De alguna manera, su vampirismo le importa poco. En verdad, creo que está más enfadada por tu compromiso roto que por la afición de Michal a la sangre. Has perdido toda tu reputación entre la aristocracia.

Con un estremecimiento violento, me atraganto al oír sus palabras y pierdo la batalla antes de que esta empezara siquiera. El odioso líquido sube quemando por donde había entrado hasta que lo expulso por toda la mesa en una arcada desesperada, igual que todas las demás noches esta semana. Igual que predijo mi hermana.

Se produce un segundo de silencio. La mano de Beau se detiene sobre mi espalda. A continuación, antes de que pueda hacer nada más que apartarme un poco, horrorizada, mis amigos se mueven al unísono de un modo casi ensayado. Lou agita un brazo y el vómito ensangrentado que cubre sus peonías desaparece al instante. Reid recoge mi bol casi igual de deprisa para sacarlo por la puerta de la casa, mientras Beau retira mi pelo a un lado y Coco me da un paño para limpiarme la cara.

—Todo irá bien, Célie —me asegura con convicción—. Ya averiguaremos cómo hacerlo.

—En realidad, no pasa nada. —Aunque Lou me dedica una sonrisa tranquilizadora, luce aún más pálida que antes. Y las peonías… se han quedado rosas en lugar de blancas. Sin embargo, no puedo concentrarme en eso, pues otro arrebato vomitivo sacude mi cuerpo y Reid planta una palangana pequeña delante de mí.

Es todo tan considerado…

Tan humillante…

—Quizás, ehm… oso la próxima vez —sugiere Beau con una voz de una ligereza espantosa.

Asiento sin decir ni una palabra. Porque esta es mi vida ahora.

Cuando mi hermana habla otra vez, casi siento su presencia a mi

espalda, como si estuviera de pie justo detrás de mí. Como si hubiera estado ahí desde el principio. Sus dedos parecen acariciar mi pelo y, solo por un instante, los ojos de Beau saltan hacia los mechones y se entornan un poco cuando se agitan en el aire demasiado quieto. *Vas a matarlos, ya lo sabes. En verdad, nunca tuviste ni una oportunidad de evitarlo*.

Y de repente, todo esto es demasiado: la voz de mi hermana, su contacto, las caras demasiado sinceras de mis amigos más queridos.

—*No*. —Gruño la palabra, estampo las palmas de las manos sobre la mesa y giro en redondo para gritarle a mi hermana, para decirle que no pienso matar a *nadie*…

Pero no está ahí. Por supuesto que no lo está. No hay *nadie* ahí, y la mesa cruje de un modo amenazador bajo mis manos mientras Beau se aparta a toda velocidad con un grito de sorpresa y Reid y Coco se levantan de un salto, alarmados.

—¿Célie? —Lou se levanta más despacio que los otros, el ceño fruncido en dirección al espacio vacío detrás de mi silla—. ¿Qué pasa? ¿Va algo mal?

Beau se estremece mientras él también inspecciona el espacio a mi alrededor.

—¿Hay otro fantasma aquí? ¿Esa… esa mujer… Mila?

—Mila se fue con Odessa —mascullo entre dientes.

—¿Alguien distinto, entonces?

—No hay *nadie* más. —Las palabras aterrizan como cuchillos entre nosotros, demasiado cortantes incluso para mis propios oídos. Beau parpadea y se aparta un poco, acongojado. La vergüenza alancea mi pecho en respuesta y, al instante, hago ademán de… No sé, de *consolarlo*. Él, sin embargo, mantiene las distancias—. Lo siento—. *Lo siento, lo siento, lo siento muchísimo*. Las palabras parecen emanar como sangre de todos los poros de mi piel hasta que me estoy ahogando en sangre. En la mía, sí, pero también en la suya. Me duelen los dientes al olerla, y me pitan los oídos cuando la risa de Filippa reverbera en una oleada desconcertante por la habitación —. Me está pasando algo…

—¿*Qué* te está pasando? —Lou se inclina hacia delante sobre la mesa, los ojos entornados con suspicacia—. Si no hay nadie aquí,

¿por qué has gritado? ¿Qué está *pasando*?

Sacudo la cabeza por acto reflejo.

—No… no era mi intención…

—¿Qué no nos estás diciendo, Célie?

—N… *nada*.

—Estás mintiendo.

—No, de… de verdad que no. —Sin embargo, mis dientes descienden en ese momento, y la risa de Filippa alcanza un tono febril que me ensordece. Aprieto las manos contra la presión creciente de mi cabeza, sin dejar de temblar. Sigo tratando de convencerme de que esto no es real, pero sigo fracasando en mi intento. *Esto no es real. Nada de esto es real*.

Oigo el cuchillo antes de verlo.

Doy media vuelta y atrapo la hoja de plata una décima de segundo antes de que perfore la parte de atrás de mi cráneo. En el pasillo más allá, algo se mueve en la oscuridad. Algo… riela.

—El velo —murmuro, incrédula; delante de mis propios ojos, sus bordes sajados se arreglan. La risa de Filippa se apaga al instante. Se hace el silencio y, con él, una mareante sensación de alivio. Sin pretenderlo, bajo la vista hacia mis dedos, sin fijarme en cómo queman hasta que Coco me arranca el cuchillo de la mano.

El cuchillo *muy real*.

Esta vez no me estoy imaginando cosas. Aunque no sé lo que le pasó a Filippa la víspera de Todos los Santos, este dolor de mi mano es real. Esa raja en el velo era real, lo cual significa que la persona que la abrió también debe ser real… si es que, para empezar, se trata de una persona.

Miro a los ojos incrédulos de Lou.

—Creo que mi hermana se me está apareciendo —digo.

CAPÍTULO 3

Cómo comunicarse con los muertos

Lo que necesitamos —declara Lou una hora después—, es una sesión de espiritismo.

Sentado a la mesa de la cocina otra vez, Beau gime y deja caer la cabeza en sus manos mientras una tormenta se acumula al otro lado de las ventanas. Un trueno retumba en la distancia.

—Eso no es lo que necesitamos, Lou. Una sesión de espiritismo no es nunca lo que necesita *nadie*.

—Tonterías. —Pálida pero aun así decidida, Lou revolotea por el salón reuniendo todas las velas apagadas que encuentra mientras yo contengo la respiración y la observo, concentrada en mantener todo el cuerpo bloqueado. Mi cabeza todavía palpita y un halo rodea mi vista—. Si Filippa quiere jugar con nosotros, debemos averiguar las reglas del juego, o jamás tendremos posibilidad de ganar. Oh, no me mires así —añade—. Acaba de intentar matar a Célie. Está claro que no se siente demasiado amistosa. ¿No quieres saber por qué, saber lo que *quiere*?

—*No* —masculla él, exasperado—. Nunca he tenido *menos* ganas de saber algo…

—No quería matarme. —Pronuncio las palabras con rigidez, tratando de mover los labios lo menos posible—. Creo que quería forzarme a alimentarme… bien. —Aunque no me atrevo a aclarárselo más, no cuando están tan cerca de mí, parece que lo comprenden de todos modos. Beau palidece y retrocede un poco, mientras Lou sacude la cabeza y Coco pone los ojos en blanco.

—Qué solidaria —musita.

Lou suelta una brazada entera de velas delante de nosotros.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede ganar ella con nuestras muertes prematuras?

—Somos bastante importantes. —Beau hace un gesto para abarcar a todos alrededor de la mesa sin un ápice de humildad, aunque también tiene razón. Entre los cuatro, gobiernan sobre la mayor parte de la población del reino—. No tiene ningún sentido fingir lo contrario.

—Tal vez no tenga nada que ver con nosotros. —Reid pone las velas en pie de manera compulsiva—. Tal vez sea la cuestión mucho más simple de alguien desdichado que busca compañía. —Se vuelve hacia mí—. ¿Qué te hace pensar que tu hermana responderá a esta llamada después de haberte tirado un cuchillo? No suena como que quiera hablar.

Me aclaro el fuego de la garganta.

—No tendrá elección.

Aunque Lou sonríe con aprobación, aparto la vista de ellos para centrarme en cambio en el olor de las peonías de su jarrón pintado a mano. Dulce y rosado, con un toque cítrico. Porque no tengo tiempo para este profundo e interminable dolor en mi estómago. Filippa acaba de hacer añicos la bonita ilusión de seguridad que mis amigos habían creado para mí. Y con Filippa, por desgracia, viene Frederic.

El Nigromante.

Había intentado no pensar en él. Me había autoconvencido de que sus planes habían fracasado; o al menos, que habían terminado con Filippa. Que quizá nos dejara en paz para recrear la vida que les robó Morgane. Que quizá Filippa y él viviesen felices para siempre, y que yo no tendría que buscarlos nunca.

Me levanto de golpe y aparto el jarrón de peonías a un lado a fin de hacer hueco para más velas, que Lou deja caer en mis manos sin ceremonia alguna. Beau niega con la cabeza, incrédulo, mientras ella se marcha a toda prisa en busca de tiza.

—Esto es demencial —murmura Beau—. ¿Y si Filippa no es una fantasma siquiera? ¿Y si ahora es otra cosa *distinta* y… y provocamos todo tipo de reacciones desagradables con esta pequeña invasión de su intimidad?

Con un bufido desdeñoso, Lou continúa rebuscando por los armarios.

—Es mejor pedir perdón que permiso.

—No —se apresura a decir Beau—. No es verdad. —Se levanta de la silla con los ojos muy abiertos, asustado—. El permiso es *infinitamente* mejor cuando se trata de utilizar velas y… y… —Deja escapar un gemido gutural cuando Lou encuentra la tiza y dibuja cinco largas líneas rectas sobre el tablero de la mesa—. Y *pentagramas*. ¿Qué pasa si llamamos a la puerta y responde otra persona?

Coco le da unas palmaditas compasivas en la mejilla antes de reunirse con Lou alrededor de la mesa.

—Ahí es donde entro yo en juego, creo.

—¿Crees?

Lou se encoge de hombros sin preocuparse lo más mínimo.

—No es como si alguno de nosotros hubiésemos hecho esto antes, y sin el grimorio de La Voisin para guiarnos…

—Cualquier hechizo de ese malvado librito es algo que a buen seguro *no* deberíamos estar siguiendo…

—Entonces, no tienes por qué preocuparte —interrumpe Lou con dulzura—, puesto que acabamos de dejar claro que este hechizo es de nuestra propia cosecha.

Beau se gira hacia Reid en busca de apoyo.

—No puedes creer en serio que inventar un hechizo para invocar a los muertos es nuestro mejor plan de acción. ¿Acaso no es esa la razón de que nos encontremos en este aprieto en primer lugar?

Reid duda detrás de Lou y de Coco, mientras observa el pentagrama por encima de sus cabezas. Después gira su mirada aprensiva hacia mí.

—Realizaste una proyección astral cuando viste a tu hermana en la gruta la víspera de Todos los Santos. ¿No podrías, ehm… hacerlo otra vez para encontrarla ahora?

—Una idea excelente. —Beau levanta un dedo triunfal por los aires —. Vuelves al reino de los espíritus y la buscas *ahí*.

Todo mi cuerpo se pone tenso.

—No seas estúpido —dice Lou al instante.

—Es demasiado peligroso —objeta Coco al mismo tiempo—. No tenemos ni idea de lo que Filippa tiene planeado para nosotros. Hasta que lo sepamos, Célie no debería ir a ningún sitio sola; sobre

todo a un sitio donde no podamos seguirla.

Solo me relajo un poco cuando Beau murmura unas palabras de aquiescencia. Porque la verdad es que… no he puesto un pie al otro lado del velo desde la víspera de Todos los Santos, y esa perspectiva tiene aún menos atractivo para mí ahora.

Por suerte, Odessa entra relajada por la puerta al instante siguiente, sacude la lluvia de su parasol y saca una cajita de terciopelo de entre los pliegues de su falda. Sin levantar la vista, abre el cierre, mete la punta del parasol *dentro* de la caja y luego desliza el artilugio entero en el interior. Aunque nos quedamos todos pasmados, no nos proporciona explicación alguna para el fenómeno; en lugar de eso, se alisa distraída el vestido y el pelo. Este último cae en cascada por su espalda como tinta derramada, intacto por la tormenta.

Aún tiene una gota de sangre pegada al labio de abajo.

Mi estómago se contrae de un modo doloroso al verla, al olerla, pero ella se limita a secarla con un pulgar enguantado y luego se acerca a nosotros.

—Vaya, esto *sí* que es intrigante. ¿Vamos a conjurar a alguien?

Mila llega a la carrera detrás de ella, los ojos como platos por la alarma.

—¿Qué es esto, Célie? ¿Qué estáis haciendo?

Lou se sacude el polvo de tiza de los dedos con expresión tajante.

—Vamos a invocar a Filippa.

Odessa arquea una ceja.

—¿Ah, sí?

A regañadientes, les explico la situación y, cuando termino, Odessa estudia el pentagrama de nuevo, intrigada, mientras Mila sacude su cabeza plateada con incredulidad.

—Esta es una idea malísima. ¿Acaso no aprendiste nada del tiempo que estuviste en Requiem? Los muertos no aprecian que los *invoquen*.

—No sabemos si Filippa *sigue* muerta. A lo mejor lo está, o a lo mejor no. Sea como sea —digo, y agarro el salero de la repisa de la chimenea, haciendo caso omiso de las miradas inquisitivas de los otros—, sabremos más en solo unos momentos. Ahora, según *Cómo*

comunicarse con los muertos, la sal contiene atributos protectores. Los eruditos la utilizaban para formar un círculo alrededor de su lugar de invocación…

—… para contener a las criaturas ocultas, sí. —Odessa asiente más o menos hacia donde yo he hablado—. Supongo que Mila está aquí, ¿no? —Cuando asiento, aplaude con suavidad—. Bien. Puede que la necesitemos. Ahora… —Me quita el salero de las manos y lo inclina hacia un lado para examinar su contenido. La sal debe ser minúscula, un mar de motas blancas, pero distingo los bordes afilados y traslúcidos de cada cristalito. Me recuerdan al vidrio. A espejos—. Puesto que *nosotras* somos criaturas ocultas, querida Célie, y puesto que la sal hace muy poco por detenernos, estaremos bien sin ella. Y eso debería estar dibujado con sangre —añade, al tiempo que señala el pentagrama—. Preferiblemente, de una *Dame rouge*.

Nos giramos todos hacia Coco, que suelta un suspiro antes de sacar un cuchillo pequeño del aparador detrás de ella.

—Quizá quieras salir de la habitación, Célie —dice muy seria.

—Más bien de la casa —apunta Beau.

—Pues es una pena. —Odessa descarta la sal y planta las manos sobre las caderas con actitud práctica—. Célie es la única de nosotros que puede caminar por el reino de los espíritus, así que debe quedarse. —Luego se gira hacia mí—. No obstante, si insistes en continuar con tu absurda huelga de hambre —añade—, te sugiero que aguantes la respiración y te distraigas con otra cosa durante la siguiente parte.

La fulmino con la mirada, pero hago justo eso. Al parecer, Odessa se ha ungido como líder de este macabro ritual y, como nadie tiene ninguna idea mejor (ni, en realidad, idea alguna), no tenemos mucha base para usurpar su puesto.

—¡Espera! —exclama la voz alarmada de Beau, y oigo cómo cierra la mano alrededor de la muñeca de Coco—. ¿Nos vamos a limitar a… a hacer esta invocación aquí? ¿Ahora?

—¿Cuándo prefieres que la hagamos? —pregunta Coco, exasperada—. ¿Después de que Filippa nos corte las venas para desayunar? Tenemos que averiguar qué *quiere*…

—Célie se resistió a nuestra sangre ya antes —afirma Beau con fervor—. ¡Podrá resistirla otra vez! Coco, por favor, no deberíamos estar haciendo esto.

—Es una idea *terrible* —conviene Mila.

Oigo, más que veo, a Coco desenredarse de la mano de Beau. Después desliza la punta de la daga por su antebrazo y todo mi cuerpo se pone en tensión ante el sonido: resbaladizo y mojado. Es abrumador cómo reaccionan mis colmillos, cómo perforan mis encías, preparados para alimentarse. *Debo distraerme*. A la desesperada, busco en mi mente una distracción. Como si estuviese esperando a tener permiso, el rostro de Michal se materializa una vez más.

Tú no, gruño para mis adentros, y casi siento su risa entre dientes bajar por mi columna.

—Y… —La voz de Coco corta a través de la alucinación—. ¡Terminado!

El dulce olor de la miel engulle la cocina con sus palabras y, cuando abro los ojos, la herida de su antebrazo se cura con un fogonazo seco de magia de sangre. El pentagrama de la mesa, sin embargo, aún reluce mojado y escarlata. *Ay, Dios*. Contengo la respiración de nuevo, me dejo caer en una silla desocupada y cierro la boca con fuerza. Cuento cada hilo de mi camisón mientras Lou enciende una vela en cada punta de la estrella.

Cuando Beau continúa sus (sonoras) protestas, Coco chasquea los dedos en su dirección.

—Siéntate —le ordena, al tiempo que señala hacia la silla vacía entre Reid y Odessa, que da unas palmaditas en el asiento con una sonrisilla de satisfacción. Beau frunce el ceño y se sienta sin decir ni una palabra más, aunque se aleja de la vampira de un modo ostentoso antes de volverse hacia Reid.

—Gracias por la ayuda. —Habla en voz baja, demasiado baja para que lo oigan los otros, y observa con resentimiento y miedo a partes iguales mientras Coco retira la silla de sobra de la mesa—. ¿Justo ahora has perdido la capacidad para hablar o es que…?

Reid pone los ojos en blanco en dirección a su hermano.

—¿Qué esperabas que hiciera, exactamente?

—Oh, no lo sé, tal vez *algo, lo que fuera*…

—Mira la cara de Lou. —Reid se echa hacia atrás en su silla y baja la voz aún más, tan baja que yo tampoco debería ser capaz de oírlo ni de ver los pequeños músculos de alrededor de sus ojos, que sufren espasmos de agotamiento. Es *verdad* que son más de las cuatro de la mañana. Aun así, aunque intenta disimularlo, sigue los movimientos de su mujer por la cocina con una intensidad absoluta —. Mira lo pálida que está.

Beau frunce el ceño mientras sigue la dirección de su mirada.

—A mí me parece que está como siempre.

—Entonces, tienes que prestar más atención. Algo va mal. Se niega a admitirlo, pero parece… enferma. —Con un gesto sutil de la barbilla, señala las peonías, sus pétalos aún manchados de rosa por la sangre de ciervo—. Yo también lo siento; una especie de fatiga en los músculos. Mi magia. Está empeorando con cada día que pasa.

—¿Tu magia? —Beau estudia el rostro de su hermano con ansiedad—. ¿Y crees que tiene algo que ver con Filippa?

—La cosa empezó la víspera de Todos los Santos.

Miro a uno y otro con el ceño fruncido antes de echar un vistazo a Lou. Es cierto que parece más pálida de lo habitual. Sus pecas destacan más, pero su sonrisa luce tan pícara como siempre. Cuando se percata de que la miro, me guiña un ojo.

Beau suelta un gran suspiro.

—Cuando todo esto acabe patas arriba, le voy a decir al demonio que te coma a ti primero.

Reid suelta una risa sombría justo cuando Lou se sienta a su lado, seguida de Coco, que se desliza en la última silla libre a mi lado. Me da un empujoncito con el hombro con una leve sonrisa tranquilizadora.

—Muy bien —anuncia Lou, al tiempo que echa un vistazo alrededor de la mesa y asiente para sí misma a modo de confirmación—. Creo que ya estamos listos. ¿Deberíamos, eh… darnos las manos? Odessa, ¿tú qué crees?

—El acto en sí de darnos las manos es completamente superfluo para el ritual, pero si eso calma vuestros nervios… —Odessa extiende una mano hacia mí primero, luego hacia Beau—. Podemos

hacerlo.

Beau contempla la mano tendida hacia él como si pudieran salirle patas, o quizás colmillos, si la toca.

—Toma su mano y ya está —espeto cortante, mi paciencia agotada. Me arrepiento al instante cuando veo su expresión sorprendida. Me trago mi disculpa—. Por favor, Beau. Necesito hablar con mi hermana.

Con un último suspiro reticente, acepta la mano de Odessa con la mayor cautela posible y cierra así el círculo.

—Muy bien. Ignoremos todos con mucho cuidado cómo es que una vampira sabe tanto acerca de invocar espíritus y sigamos sus ciegos… Ehh… —Su voz se quiebra con un gritito cuando ve a Mila, que aún espera a mi lado.

Por supuesto. Con nuestras manos unidas, todos están en contacto conmigo. Por fin pueden verla.

Ella les lanza una sonrisa afilada.

—Es maravilloso veros de nuevo, majestad. —Luego inclina su cabeza regia en dirección a los otros—. Y un placer conocer también al resto de vosotros… de manera formal, quiero decir. En cierto modo, sé más acerca de vosotros de lo que me gustaría. —Se agacha para darle a Odessa un beso en la mejilla—. Y de *ti*, prima.

—Sabía que estabas aquí desde un principio. —Odessa levanta su nariz respingona—. En cuanto a cómo puede ser que sepa tanto acerca del reino de los espíritus, majestad… —le dice Odessa a Beau, al tiempo que aprieta la mano cuando él hace ademán de retirarla—. Me gusta *leer*.

—¿Tus libros dicen algo más, Odessa? —Lou le lanza una mirada de advertencia a Beau antes de que pueda replicar algo ofensivo—. ¿Algo que debamos saber de antemano?

Odessa levanta un hombro delicado mientras Mila se desliza más cerca para estudiar el pentagrama, curiosa a su pesar.

—Este tipo de magia no es una ciencia exacta. Los que no pueden utilizarla no entenderán nunca del todo la complejidad y los matices de semejante ritual, y los que sí rara vez comparten sus secretos.

—Perfecto —musita Beau. Odessa le hace caso omiso.

—En teoría, Cosette, tú deberías ser capaz de guiar tu sangre

hacia el velo, donde Célie abrirá una puerta que permitirá que tu sangre cruce y sea utilizada para tirar de Filippa hasta aquí.

—¿Y eso cómo funciona? —pregunta Lou con curiosidad—. ¿Lo de guiar la sangre? ¿Y lo de usarla para tirar de Filippa?

—De la misma manera que funciona cuando ella cura tus heridas o localiza tu paradero.

—Con mi intención consciente —explica Coco, los labios fruncidos mientras estudia el pentagrama—. Mi sangre reacciona a ella y mi magia la sigue. Pero… ¿cómo encuentro el velo?

Entonces se giran todos hacia mí. Me trago el fuego de mi garganta, los dedos cerrados con fuerza alrededor de los de Odessa. No puedo apartar la vista del pentagrama. No veo nada más que sangre.

—Lo… percibes. —Cuando mi declaración solo recibe silencio en respuesta, trago saliva otra vez, me fuerzo a cerrar los ojos e insto a mi cuerpo a calmarse. *Por favor. Por favor por favor por favor*. Después de unos segundos más, consigo hablar—. Sientes como una presencia, notas algo ahí, como el cosquilleo que sientes en la mejilla cuando alguien te observa. Veréis… —Sin abrir los ojos, levanto nuestras manos entrelazadas y las coloco sobre la mesa—. Dejad que os lo muestre.

CAPÍTULO 4

Sesión de espiritismo

Aunque no me muevo de la cocina, los pies plantados con firmeza en la tierra de los vivos, esa misma sensación inexplicable de miedo amenaza con asfixiarme mientras llamo a mi hermana por su nombre en el reino de los espíritus.

—¿Filippa? —Unas cenizas familiares caen con suavidad por el agujero que he abierto en el velo, solo para aterrizar como nieve sobre el pentagrama—. ¿Estás aquí?

Nuestra única respuesta es un trueno de una violencia desmesurada, y Coco y yo casi nos salimos del pellejo por el susto. Al otro lado del pentagrama, Lou también se sobresalta, y maldice cuando su rodilla choca con la mesa y vuelca una vela. Aunque Reid se levanta de un salto para evitar que la cera caliente caiga en su regazo, no rompe su conexión con Lou y con Beau, que mira a un lado y otro con los ojos muy abiertos.

—¿Habéis oído eso?

Lou suelta una risa burlona, los ojos llorosos del dolor.

—Sí, Beau, *todo el mundo* ha oído eso.

—No hablo del trueno —se apresura a decir él—. Ha habido… Alguien se ha *reído*.

—Yo también lo he oído —confirma Mila.

Mis manos se aprietan alrededor de las de Coco y Odessa, mientras sigo la dirección de la mirada frenética de Beau por toda la cocina.

—Yo no he oído ninguna risa.

—Yo tampoco. —A diferencia del resto de nosotros, Odessa habla con una actitud de indiferencia deliberada, aunque sus ojos brillan con la misma intensidad que los nuestros. Sus manos están igual de apretadas. Señales reveladoras de que, a pesar de su fanfarronería,

ella tampoco ha participado nunca en una sesión de espiritismo. La idea me proporciona poco consuelo—. ¿Estás seguro de que has oído algo?

—¡Por supuesto que lo estoy! Al menos… —Beau vuelve a mirar el pentagrama, que sigue brillando inocuo a la luz de las velas—. Creo que lo estoy. Pu… *puede* que lo esté.

Con el ceño fruncido, Reid trata de limpiar su silla con el codo, pero la cera ya se ha endurecido hasta formar lascas quebradizas sobre la madera. Como si fuese hielo.

—Hace frío. —Me mira con recelo, su aliento visible en la habitación de repente gélida—. ¿Es normal?

—Lo es para el reino de los espíritus.

Odessa no aparta la vista del pentagrama.

—Cuéntanos más cosas sobre el reino de los espíritus. ¿Cómo es?

Mila se acerca más a mi silla.

—Extraño. —Yo también tengo los ojos clavados en el pentagrama, a la espera de cualquier signo de Filippa. Su espeso pelo negro, que antes brillaba igual que el mío, o quizá sus ojos esmeraldas, la hilera de puntos oscuros que baja ahora por su mejilla—. En el reino de los espíritus todo es igual que aquí, excepto que es… diferente.

Con un bufido irónico, Beau estira el cuello para ver cada rincón y recoveco de la cocina, aún en busca del origen de esa risa misteriosa.

—Eso lo aclara todo, muchas gracias.

—Frederic alteró el equilibrio con sus experimentos. Infringió las leyes de la naturaleza. No sé con exactitud cómo funciona, no soy una bruja, pero los reinos empezaron a retorcerse antes de su ritual en la víspera de Todos los Santos. Solo puedo asumir que la distorsión ha empeorado desde que resucitó a Filippa. —Miro de reojo a Lou, que escucha fascinada pese a oscilar con suavidad sobre los pies. Reid aprieta la mano sobre la de ella, y la arruga que frunce su frente es la viva imagen de la mía.

Algo va mal, Célie, recuerdo que me dijo en Brindelle Park, donde los árboles habían ennegrecido y se habían muerto. *Mi magia parece enferma*.

—¿Lo *asumes*? —pregunta Beau con incredulidad. Le lanzo una

mirada asesina.

—Has de saber que no he estado en el reino de los espíritus desde la víspera de Todos los Santos. No tengo ni idea del aspecto que puede tener ahora y, para ser franca, no quiero saberlo. —Me giro hacia Lou—. ¿*Tú* qué crees? ¿Te has… sentido diferente desde el ritual de Frederic?

—Algo está pasando. —Antes de que Lou pueda responder, Coco señala hacia donde se han empezado a formar cristales de hielo alrededor del pentagrama—. ¿Lo intentamos otra vez, Célie? *Sin interrupciones*. —Esto último lo dirige sin tapujos hacia Beau, que da una última pasada a la cocina antes de desplomarse en su silla. Derrotado. En cualquier caso, no suelta las manos de Reid y de Odessa.

—Adelante, pues —refunfuña.

Levanto la voz por encima de la tempestad que arrecia en el exterior.

—Si puedes oírme, Filippa, recibí tu mensaje y, aunque aprecié ese cuchillo en mi espalda, todavía tengo… preguntas.

Al igual que antes, no contesta, y los ojos de Lou se cruzan con los míos en el silencio subsiguiente. A lo mejor puede percibir que se me está cerrando la garganta. A lo mejor puede ver la tensión acumularse en mis hombros, cómo se me quedan los nudillos blancos alrededor de los dedos de Coco y Odessa. Cuando la primera guiña un poco los ojos, me fuerzo a aflojar mi agarre con una espiración suave, y Lou me dedica una sonrisa rápida y tranquilizadora. Intento devolvérsela. De verdad que lo hago. Lo *intento*. Aun así, una pequeña parte de mí ansía cerrar los ojos, borrar el pentagrama y olvidar todo esto.

—¿Pip? —repito de nuevo.

Los cristales se extienden aún más por la mesa.

Cuando mi hermana sigue sin contestar, mi frustración brota en olas gemelas de desilusión y alivio. Ambas se estrellan contra mí mientras otro trueno estrepitoso sacude la cocina y la luz de las velas titila. Quizá Beau estaba en lo cierto. Quizá todo este plan ha estado condenado desde el principio. Está condenado y es *estúpido*. Filippa me tiró un cuchillo, así que ¿por qué he pensado que

reaparecería ahora? ¿Solo porque yo se lo pedía? Me resisto a la tentación de burlarme de mí misma, de burlarme de nuestro pentagrama doméstico y de nuestras velas con aroma a miel. Jamás he sido capaz de obligar a mi hermana a hacer nada, con o sin magia. En verdad, nuestra relación ha sido siempre lo contrario, ¿no es así?

¿No eres un poco mayor para actuar así?

Los recuerdos de nuestra infancia escuecen ahora, interpuestos entre una caja de música rota y un cuchillo de plata. Una ventana abierta. Una punzada de añoranza por lo que podría haber sido, lo que *debería* haber sido, si solo hubiésemos sido lo bastante valientes como para intentarlo.

Otro relámpago zigzagueante corta a través del cielo y, a la brillante luz blanca, algo cadavérico destella bajo la piel de Reid. Algo blanco, algo *esquelético*. Mis pensamientos se trastabillan al verlo y mi estómago da un vuelco como si me hubiese tropezado, pero cuando parpadeo, incrédula, su cara ha vuelto a la normalidad. No hay ninguna calavera a la vista.

Basta, Célie, me regaño. *Concéntrate*.

—¿Por qué la sangre de Coco no está invocando a Filippa? —pregunta Reid—. Creía que la magia la… atraería, de alguna manera. Que tiraría de ella hacia nosotros.

Con expresión pensativa, Odessa sigue sin apartar la vista del pentagrama, como si fuese un acertijo que no puede resolver. No se fija en el hielo que se cristaliza en su pelo. El resto de nosotros, sin embargo, sí que lo hacemos. Beau la mira boquiabierto.

—La sangre debería permitir a Filippa atravesar el espacio entre nosotros —explica ella—. De un modo parecido a como Célie puede proyectarse en sus sueños. Aunque a lo mejor no es capaz de forzarla a hacerlo, si no quiere o no puede.

Cuando estalla otro relámpago, varios mechones de mi propio pelo empiezan a flotar ingrávidos alrededor de mi cara. Engancho un pie alrededor de la pata de la mesa para mantener mi silla en el suelo.

—No sé lo que es esto —digo, y la inquietud se filtra en mi voz—, pero no debería estar pasando. Deberíamos parar antes de que…

Las llamas de las velas salen disparadas hacia arriba en respuesta.

Todos retrocedemos al unísono, los ojos como platos cuando la mesa empieza a girar sobre sí misma, despacio al principio, después más y más deprisa, hasta que las velas salen volando en todas direcciones. Sin embargo, en lugar de caer al suelo, se quedan flotando en lo alto, como los dedos embrujados de un titiritero, y vierten cera sobre la cabeza de Reid y de Beau.

—¡Puaj! —Beau salta de la mesa, rompe el círculo y se lleva las manos a su espectacular pelo—. ¡Déjalo ya, Lou! Esto *no tiene gracia*.

—¡No soy yo! —Oscilando de nuevo, Lou levanta una mano incrédula hasta su nariz, de la que ha empezado a manar sangre. Odessa casi me rompe la muñeca cuando me abalanzo hacia ella; me estrello contra la mesa antes de obligar a mi cuerpo a pararse. A mis pulmones a cesar su actividad. Aterrada, Lou trata de hacer desaparecer la sangre por arte de magia, pero, en lugar de eso, las peonías se marchitan cuando hace su habitual gesto de muñeca. Se enroscan y se quedan mustias, como si tuviesen una enfermedad, y las rodillas de Lou ceden. Reid la atrapa justo antes de que el fogonazo de otro relámpago ilumine la cocina. Ilumine sus *calaveras*.

Aunque Coco hace ademán de ir a ayudar, se detiene en seco después de dar un solo paso tambaleante, y sus párpados aletean antes de que sus ojos se queden en blanco. Beau llega hasta ella de un salto, muerto de miedo.

—*Coco*…

El cuerpo de Coco, sin embargo, da una sacudida con el siguiente trueno, luego parpadea y sacude la cabeza.

—Estoy bien —le asegura, al tiempo que se seca, incrédula, la sangre que mana de su oreja—. Al menos, *creo* que estoy bien.

—¿Qué está *pasando*? —Lou mira a su alrededor con ojos desquiciados, mientras trata de levantarse—. Célie, ¿Mila sigue aquí?

No me atrevo a abrir la boca para responder.

—¡No sé lo que es esto! —Mila cae sobre sus pies como un saco de patatas, pero nadie la oye excepto yo—. Esto es… Me siento *pesada* —dice, asombrada—. Célie, el velo… debe de estar…

Las yemas de mis dedos resbalan del borde de la mesa y Melisandre sale corriendo de debajo del sofá para enredarse entre

los pies de Beau, que cae de rodillas con una maldición, en un intento de esquivarla. Pero Melisandre ya no está ahí; maullando, sube por los aires como las velas para levitar por encima de la cabeza de Beau. Mi silla ya está flotando entre las ollas de cobre.

Beau lanza manotazos furiosos a la vela que ataca su cabeza.

—¡Tenemos que cerrarlo!

Tiene razón, por supuesto. Invoqué a Filippa, no a lo que sea esta magia, pero no logro empezar a moverme, ni a *respirar*, mientras Lou y Coco se refugian juntas cerca de la ventana y se estremecen a cada nuevo relámpago. La sangre fresca mana de ambas ahora. Incluso Reid parece débil e inestable mientras se pone de pie sobre una silla para rescatar a Melisandre. Debajo de él, Mila observa estupefacta el tono ámbar que empieza a extenderse por sus manos. Odessa, por su parte, parece ahora una estatua de hielo macabra, su belleza más afilada y brillante que antes, y en su pelo centellean estalactitas como diamantes. La mesa sigue girando. Crea una corriente de aire en la que Beau pugna por volver a ponerse en pie.

—¡Célie!

No obstante, al segundo siguiente, una intensa luz blanca brota del pentagrama y un viento frío retira el pelo de nuestras caras.

—Que no se mueva nadie —espeta Odessa con brusquedad, aunque la barbilla de Mila ya se ha inclinado hacia el pentagrama. Sus ojos se abren del horror ante lo que sea que ve ahí.

—Viene alguien —susurra.

Y ya no puedo evitarlo, yo también me inclino hacia delante por la anticipación, pese a que el calor abrasa mi garganta al hacerlo.

—¿Filippa? —pregunto.

No responde nadie. La mismísima habitación parece contener la respiración cuando la extraña luz desaparece de nuevo. Entonces, las velas parpadean una vez, dos, antes de que una fuerza invisible apague todas las llamas.

Todas ellas. Al mismo tiempo.

A continuación, se produce un pulso de silencio, pesado y vivo, opresivo y antinatural, como una bestia gigantesca que se despierta de un sueño profundo y aspira su primera bocanada de aire.

—Joder —maldice Lou con voz temblorosa—. Joder, joder, *joder*. —

El silencio espira entonces y, con él, un abrumador olor a rosas engulle la cocina. Aroma a rosas y humo de vela. Este último gira en espiral hacia nosotros como unos dedos en la oscuridad, y me atraganto cuando se cierran alrededor de mi cuello.

No es Filippa.

Me tambaleo hacia atrás, aterrorizada, y doy un tirón para soltar mi mano de la de Odessa, en un intento de romper la conexión, de encontrar el pentagrama. Odessa, sin embargo, se niega a soltarme, e incluso con mi visión vampírica, no soy capaz de ver a través de esta negrura. Las sombras siguen siendo absolutas. Si no fuese por su mano en la mía, cerrada como una tenaza, como si ella también se aferrase a mí a la desesperada, daría la impresión de que hemos caído de cabeza en un vacío absoluto. En el abismo.

—¿Qué es esto?

La voz de Beau se alza por encima del repentino arañar de sillas, del frenético *pum, pum, pum* de los corazones de mis amigos. Al instante siguiente, se estampa contra mí para envolverme entre sus brazos junto a Coco.

—Todo va a ir bien —se apresura a decir mi amiga.

Pero incluso ella suena aterrada, su corazón desbocado, *ensordecedor* en mis oídos. El penetrante olor de su sangre colisiona con el humo y las rosas, hasta que mi cabeza da vueltas en un delirante batiburrillo de sensaciones. Sus dedos se cierran con fuerza alrededor de mi brazo. El corazón de Beau late contra mi mejilla. De lo más cálido. De lo más hipnótico.

—Concéntrate, Célie. —Odessa me aprieta la mano hasta el punto de hacerme daño, pero no puedo, *no puedo*; sin mi vista, el aluvión de olores es demasiado para mí. Ahora puedo saborear la rosas, el miedo, la *magia*, y mis colmillos brotan de golpe mientras algo fétido se desliza por mi piel… No es tanto un olor o un sabor, sino más bien una percepción. Como si alguien me observara. No. Como si alguien me hubiese *encontrado*, y el peso de su mirada amenaza con sofocar mi conciencia hasta que yo también me convierta en oscuridad. Se me quedan los ojos en blanco—. Concéntrate en mi voz —me dice Odessa, con más convicción ahora, mientras Lou y Reid corren por la oscuridad en busca de luz—. Tienes que cerrar el

velo.

—Las cerillas están sobre la repisa de la chimenea —señala Reid a toda prisa.

—No están *aquí*.

Un relámpago entra por las ventanas e ilumina una mano enguantada que asoma del pentagrama.

Todo el aire de la habitación parece desaparecer.

—¿Qué es *eso*? —gime Coco, horrorizada, justo cuando, la mano pasa a la acción: vuela hacia nosotros mientras un trueno ensordecedor desgarra el aire nocturno en dos. Un temblor sacude la mesa. Una olla de cobre cae al suelo con estrépito. Nos sumimos en la oscuridad de nuevo y, aunque la mano intenta agarrar mi manga, Odessa se mueve con una velocidad preternatural y me arrastra fuera de su alcance.

La mano aterriza entonces sobre Beau.

Con una maldición estrangulada, este se lanza hacia atrás y Coco da un aullido; un movimiento repentino altera la oscuridad. Antes de que pueda orientarme, antes de que pueda hacer nada más que tambalearme contra alguien que huele a Reid, la luz de las velas vuelve a prenderse, más alta y brillante que antes. Más caliente. Ilumina el pentagrama emborronado sobre la mesa. Ilumina a Coco doblada por la cintura, jadeando, la palma de la mano cubierta de sangre, ya que la ha arrastrado por encima de las líneas. Para romperlas. Eso interrumpe el ritual y hace desaparecer la mano enguantada.

En cualquier caso, el olor de las rosas perdura. Así como la oscuridad. Enturbia la periferia de mi visión y motea las caras de Reid y de Odessa mientras me miran con preocupación.

—¿Célie? —Reid me agarra del hombro para ayudarme a mantener el equilibrio y sus ojos buscan los míos—. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas sentarte?

—Yo… —Mis párpados aletean de nuevo y mis rodillas amenazan con ceder—. Me siento débil.

Me siento rara.

—Es tu corteza adrenal. —Odessa agarra mi otro codo para girarme hacia la mesa. *El velo*. Todavía ondea inocente por encima

de la escena, así que me estiro hacia él, pese a no ver de verdad sus bordes. Los uno con torpeza antes de tambalearme contra Odessa una vez más. Cuando los otros nos miran boquiabiertos, ella lo explica un poco—. La corteza adrenal produce hormonas asociadas al estrés, y el estrés a largo plazo aumenta el apetito.— Se gira hacia mí—. No has comido bien desde que moriste.

—No es eso —protesto con debilidad, y ciertamente no lo es. Fuera lo que fuese eso, me ha parecido familiar de alguna manera, como si lo hubiese experimentado ya antes, *conocido* ya antes, pero… ¿cómo puede ser? Sacudo la cabeza y toda la habitación cabecea con el movimiento. Solo una vez he visto oscuridad como esa. Solo una vez he vivido para contarlo.

—*Jamais vu* —murmura Lou, de pie en el estrecho espacio entre el aparador y la chimenea, los brazos cruzados y el cuerpo doblado sobre sí mismo, como si tratase de hacerse desaparecer. En el exterior, el viento ha alcanzado un *crescendo* y aúlla contra las paredes, contra los cristales de las ventanas, como si estuviese decidido a llegar hasta nosotros, a colarse como sea dentro del agorero silencio de la cocina—. Yo también lo he sentido.

—*Nunca visto*. —Los ojos de Odessa centellean con interés. Entonces vuelve a sacar su cajita de terciopelo. Abre la tapa, mete el *brazo* entero en sus profundidades y rebusca durante varios segundos antes de sacar un tomo enorme. Beau se queda boquiabierto mientras ella hojea las páginas de papel de cebolla hasta encontrar la que busca—. El fenómeno de experimentar una situación que uno reconoce pero que al mismo tiempo parece desconocida.

Reid se pone en cuclillas delante de mí.

—¿Era Filippa?

—No lo creo. —Niego con la cabeza, lo cual solo me produce otra oleada de mareo—. Ella nunca llevaría guantes como esos y no… no *parecía* ella.

—Frederic la recompuso suturando trozos de la piel de otras personas —me recuerda Coco—. Puede que ahora lleve guantes como esos.

—¿Qué vamos a hacer? —susurra Lou.

Se seca la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Pero aún la veo. Reluce húmeda y escarlata a la luz de las velas. Aparto la vista de golpe y me giro por instinto hacia Mila, que todavía no ha dicho nada; no se ha movido en absoluto de su lugar al lado de la mesa. Se limita a contemplar desde lo alto el pentagrama emborronado, con la mandíbula apretada y una expresión distante. Una expresión fría.

Me recuerda a Michal.

—Mila.

Mi voz parece tardar mucho en llegar hasta ella; cuando lo hace, levanta la cara hacia mí.

—Tenemos que encontrar a tu hermana —declara.

—¿Crees… crees que es responsable de esto? —Trago saliva con dificultad; cada palabra me cuesta un esfuerzo tremendo.

—Creo que algo va muy mal aquí, y si es verdad que Filippa ha vuelto de la tumba, quizá sepa qué es. —Sus ojos plateados saltan hacia Reid, luego a Lou y a Coco, que siguen sin ser capaces de recuperar la respiración. Después vuelven a mí—. ¿Estás segura de que quieres encontrarla, Célie?

Nos miramos durante un momento largo. Aunque una buena hermana diría que sí, aunque *quiero* decir que sí, la respuesta se queda atascada en mi garganta de manera inesperada. Tal vez sea porque ya no reconozco a mi hermana; ni siquiera me reconozco a mí misma, lo cual nos convierte en verdaderas desconocidas. La Filippa que yo conocía jamás me hubiese tirado un *cuchillo*. Jamás se hubiese burlado de mi dolor. Excepto…

Y nunca conocerás un mundo sin la luz del sol, ¿verdad? No nuestra querida Célie.

—No… no creo que tengamos elección —respondo, al tiempo que trato de quitarme de la cabeza el amargo recuerdo de nuestra última conversación—. Si mi hermana ha regresado, necesitamos saberlo. —Aun así, la situación ha demostrado ser peligrosa para todo el mundo y, si Mila se involucra, no sé cómo reaccionará Filippa. No sé lo que puede *hacer* Filippa—. Quizá sea mejor que vaya yo.

—No —dicen Lou, Reid, Coco y Odessa al unísono.

Pese a escuchar solo la mitad de la conversación, parecen haber

unido la suficiente información como para comprender la situación.

—Sé razonable, Célie —me insta Reid. Beau niega con la cabeza, incrédulo.

—Mila es una *fantasma*.

—Y los vampiros aún pueden morir —termina Odessa por él—. Tienes mucho que perder, aunque finjas desdeñarlo.

En otras circunstancias, tal vez se lo hubiese discutido, pero cuanto menos hable ahora, mejor. Mi visión aún palpita de color escarlata. Como si percibiese mi lucha interior, Mila asiente, endurece su expresión y cuadra los hombros mientras se yergue en toda su altura.

—Tendré cuidado, Célie.

Se marcha antes de que pueda darle las gracias. Pasa directa a través de la ventana para dirigirse hacia Saint-Cécile, y un trueno sonoro reverbera por toda la casa. Dentro de mi *cabeza*. Me agarro a la mesa para mantener el equilibrio mientras Reid cierra la mano en torno a mi codo. Todavía me siento rara. Desorientada.

Hambrienta.

Otro trueno retumbante sigue al primero, sacude las ollas de cobre. Luego, otro.

Y otro.

Tardo varios segundos en darme cuenta de que ese ruido sonoro no son truenos en absoluto. Incluso Beau se gira para mirar hacia la puerta antes de que yo haga la conexión. Porque… hay alguien ahí. Alguien está *llamando a la puerta*. Con el ceño fruncido, echo un vistazo al reloj sobre la repisa de la chimenea cuando la puerta tiembla bajo otra andanada de golpes. Las manecillas muestran las cuatro y media de la mañana.

Quienquiera que sea, no ha venido a tomar el té.

Lou traga saliva de un modo audible, sale de su recoveco y mira del pentagrama a la puerta y luego a Reid.

—¿Deberíamos… ehm… abrir?

—¿Estás loca? —pregunta Beau en voz baja, incrédulo—. Acabamos de invocar a un *demonio*.

—No sabemos si era un demonio. —Aunque Reid se endereza, la vista aún clavada en la puerta, no suelta mi codo—. Quienquiera que

esté ahí afuera tal vez necesite nuestra ayuda. Y dudo que un demonio fuese a llamar a la puerta antes de entrar.

—No me importa quién sea. —Coco se frota los brazos distraída, como para protegerse del frío—. Puede volver más tarde. Después de lo que acaba de suceder, debemos descansar.

Al final, su discusión importa muy poco.

Todo importa muy poco.

Porque con un último golpe ensordecedor, la puerta delantera se astilla antes de salir volando de sus bisagras para revelar a Michal Vasiliev, empapado y furioso, en el umbral.

—Hola, mascota —dice con los dientes apretados, y sus *ojos*…

Son lo último que veo antes de que se me corte la respiración, mi corazón dé un brinco y mis rodillas cedan bajo mi cuerpo.

CAPÍTULO 5

Un destino peor que la muerte

Despierto envuelta en unos brazos fuertes.

Solo por un instante, mi corazón brinca de la anticipación. Abro los ojos de inmediato para encontrar…

Unos iris azules.

—Reid —murmuro, y sabe a desilusión.

Me sujeta en brazos como a una novia, solo que con expresión fiera, mientras observa a Lou en la puerta, donde se alza de espaldas a nosotros, las manos plantadas en las caderas y todo su cuerpo tenso de la indignación. Aparto la mirada a toda prisa y me concentro, en cambio, en la mandíbula de Reid. Debe de haberme atrapado según me desplomaba y… y eso ha sido bastante galante por su parte. Bastante agradable. Parece sentirse mejor desde que cerré el velo. Ha recuperado el color y sus movimientos parecen firmes y estables.

Lo miro entre mis pestañas, pero mantengo el cuerpo muy quieto, sin querer llamar la atención. Quizá podría limitarme a… a cerrar los ojos y fingir que no me he despertado. Nadie tendría por qué saber que no es así. Nadie lo sospecharía siquiera. Sería para el bien de todo el mundo, en realidad, si me limitase a quedarme callada, dormida incluso, mientras Lou lidia con nuestro visitante inesperado. *Sí*. Asiento para mis adentros y cierro los ojos con fuerza una vez más. Lou también parece mucho más fuerte, así que creo que debería limitarme a…

—Sé que estás despierta, Célie.

La voz grave y agradable, *demasiado* agradable y casi coloquial de Michal me pone la piel de gallina por la zona de la nuca. Me estremezco en contra de mi voluntad. La última vez que oí esa voz, me alzaba por encima de él y lo observaba mientras arrastraba su

cuerpo roto hacia el mío, mientras llevaba su sangre a mis labios y me pedía entre susurros que me quedara. Esa noche, me convirtió en una vampira. Rompió todas sus convicciones para salvarme.

Después, me envió lejos.

Mantengo los ojos cerrados con firmeza.

—Vamos, mascota —ronronea persuasivo, sus ojos clavados en mi mejilla de un modo doloroso. Debe de ver cómo tiemblo al oír su apelativo cariñoso, cómo aprieta Reid los brazos a mi alrededor en respuesta, porque su voz se ensombrece un poco al pronunciar sus siguientes palabras—. Nunca has sido una cobarde. No empieces a serlo por mí.

—No tienes derecho a decir eso. —La voz afilada de Lou corta como un cuchillo a través de la pesada tensión de la sala. Lo que fuese que la afligía durante la sesión de espiritismo ha desaparecido ya—. No tienes derecho a hablar con ella en absoluto. Teníamos un *acuerdo*, Michal. Dijiste que respetarías sus deseos y la dejarías en paz…

—… con la condición de que tú cuidarías de ella. —Aunque se dirige a Lou, todavía siento su mirada sobre mí; permanece fija en mi cara, como para instarme a mirarlo. Una pequeña parte desvergonzada de mí quiere hacer justo eso. La mayor parte, sin embargo, es tan cobarde como él dice, porque no puedo mirarlo ahora, después de todo lo que sucedió entre nosotros en Requiem. Simplemente, *no puedo*—. Lo cual está claro que fue un error —murmura—, puesto que da la impresión de que has consentido sus deseos suicidas. —Después se dirige a mí, la voz aún más suave—. ¿Cuándo ha sido la última vez que te has alimentado?

Mi garganta se cierra en respuesta; como siempre, Lou sale en mi defensa, a pesar de los débiles latidos de su corazón. Todos los músculos del cuerpo de Reid se tensan al oír sus palabras.

—No quiere hablar contigo, y si de verdad crees que tiene deseos suicidas, no la culpo. Ahora vas a hablar *conmigo*. ¿Cómo te atreves a hacer deducciones acerca de cómo hemos cuidado de Célie? No tienes ni idea de lo que ha sufrido y…

—¿Y tú sí?

Al detectar el deje peligroso de su voz, la carne de gallina baja

más por mi columna. Aunque esa parte más grande de mí me ruega que mantenga los ojos cerrados, que ignore a Michal con la esperanza de que toda esta situación se limite a *esfumarse*, la parte pequeña conoce bien a Michal. Si ha venido aquí, lo ha hecho por una razón, y no se marchará hasta que la revele.

Así sin más, ya no puedo seguir resistiéndome a la tentación. Sin dejar de aguantar la respiración, lo miro con disimulo entre mis pestañas.

Y ahí está.

Todos mis pensamientos echan a volar al verlo, el vivo retrato de la furia hecho realidad. Mucho más grande, de alguna manera, que en mis recuerdos. Mucho más oscuro. Como un ángel vengador o una deidad primitiva. Vestido todo de negro, con una capa también negra y el pelo plateado suelto, no debería existir en un sitio tan mundano. No debería existir fuera de los mitos y las leyendas. Y aun así, existe.

Y es *devastador*.

—No hay nada que tú puedas hacer por ella, Michal —insiste Lou, irritada por su desafío implícito—. Deberías marcharte antes de que me enfade.

—Lo dices como una niña que no ha visto nunca la verdadera ira —declara Michal.

Los dedos de Lou sufren un espasmo involuntario.

—*No* soy una niña.

—Entonces, invítame a pasar.

—Ni de casualidad.

Empapado por la lluvia y envuelto en oscuridad, Michal agarra el marco de la puerta con una contención apenas velada. Los brazos rígidos. Los hombros encorvados. Aun así, la madera se comba bajo la presión y unas grietas finísimas se extienden hacia fuera desde las yemas de sus dedos. Fulmina a Lou con la mirada, los ojos cargados de una amenaza de violencia.

—Hay restos de un pentagrama en tu mesa, Louise le Blanc, y tu cocina sabe a rosas y a sangre. Aunque no me atrevo a hacer *suposiciones* sobre el daño que habéis causado esta noche, Célie no debería necesitar a tu marido para mantenerse en pie. —Esos ojos

negros encuentran los míos entonces, al tiempo que un relámpago destella detrás de él. Centellean con malicia, en mi dirección, en la de Reid, en la de las velas rotas y el pentagrama de sangre detrás de nosotros—. Has sido muy tonta —dice en voz baja— al ponerte en peligro a ti misma y a todos los que están a tu alrededor.

Un intenso calor me recorre de arriba abajo al oír eso. Un calor agudo y vitriólico que purga todos mis instintos de esconderme. En verdad, purga todos los instintos de hacer cualquier cosa, excepto cerrar las manos alrededor de su cuello.

—*¿Yo?* —gruño. Me suelto de los brazos de Reid en un abrir y cerrar de ojos. Solo los ojos de Michal son lo bastante rápidos para seguir el movimiento, cosa que hacen, antes de entornarse en estrechas ranuras al ver que me tambaleo cuando me invade el mareo. Aparto la mano de Reid cuando intenta enderezarme—. Menuda cara más dura, viniendo del vampiro que *juró* no crear nunca otro porque, y cito textualmente, el nuestro es *un destino peor que la muerte*. ¿Recuerdas eso, Michal? ¿O es que no te importa en absoluto mi destino? —Voy hacia él a trompicones, esquivando a Coco y a Beau, que también alargan los brazos para ayudarme—. ¿Tampoco te importaba el de *Mila*?

La expresión de Michal se endurece al instante.

He ido demasiado lejos.

Pero… no. Sacudo la cabeza con violencia. *No me importa*. No me importa, no me importa, *no me importa* si le hago daño. Esto es *todo* culpa suya. Mis colmillos se alargan cuando choco con Lou, que enrosca un brazo alrededor de mi cintura y huele a tentación. A olvido. Con un violento pulso en la cabeza, la aparto también de mí. Porque ella tampoco puede tocarme. Nadie puede volver a tocarme nunca más. Aprieto la boca con fuerza, al tiempo que ansío arrancar cada diente asqueroso de mi mandíbula. Romperlos, hacerlos *añicos*. Machacarlos hasta reducirlos a polvo bajo el tacón de mi bota.

Cuando me inclino hacia delante, contra el marco de la puerta, brotan estrellitas ante mis ojos y la madera se agrieta bajo las manos de Michal. Sus ojos echan chispas cuando se inclina un poco hacia delante, como si tratase de llegar hasta mí, pero una fuerza invisible lo retiene. Y me deleito en ella. Me deleito en ese control.

—Me abandonaste —susurro—. Me convertiste en *esto*. —Hago un gesto hacia mi cara, mi cuerpo, ambos familiares pero al mismo tiempo desconocidos—. Y me enviaste lejos.

—Yo no fui el que se marchó, Célie —dice en tono sombrío.

—Yo nunca quise ser como tú.

—¿Debería haberte dejado morir?

—¡*Sí* que morí! —Las palabras brotan de mí como si hubiese reventado una presa, y aplano la mano sobre mi corpiño, justo donde mi corazón debería latir. Donde no volverá a latir nunca más. Como de costumbre, Michal sigue todos mis movimientos, pero esta vez… esta vez traga con esfuerzo y aparta la mirada, como si ya no pudiera soportar verme más. Yo tampoco lo soporto ya—. Este cuerpo… no me pertenece, Michal. Es *aberrante* para mí. Ansía sangre, igual que tú y que el resto de tu *miserable* especie, lo cual significa que jamás podré confiar en él. —Cuando abre la boca para discutírmelo, niego con la cabeza otra vez y hablo por encima de él, a pesar de las estrellas que dan vueltas ante mis ojos—. Tú mismo lo dijiste: los vampiros pierden el control cuando se alimentan; es la razón de que te enfadases tanto conmigo cuando te curé en ese ático. Sabías que me había puesto en peligro. Sabías que podrías haber tomado más de lo que yo quería dar, y tenías razón. —Mi voz sube con las últimas palabras, se quiebra con ellas, y una presión intolerable se acumula detrás de mis ojos cuando abro la boca para decir: «*Dios,* cuánta razón tenías».

Pero no puedo. En cambio, me atraganto con una llama.

Las palabras abrasan mi garganta, más calientes que el fuego infernal. Boqueo del dolor, de la *sorpresa*, el único sonido que logro hacer mientras me agarro el cuello. Espero ver humo. Sin embargo, no hay ninguno; tampoco hay fuego. Los ojos de Michal se suavizan de un modo inexplicable mientras me observa. Se llenan de compasión. De remordimiento. Casi como si… como si *supiera* lo que intenté decir.

—¿Qué pasa, Célie? —La mano de Lou levita a mi lado, estirada hacia mí, como si se hubiese arrepentido de tocarme en el último segundo—. ¿Qué ha pasado?

—No he po… no he podido. He intentado…

Los dedos de Michal se aprietan sobre el marco de la puerta. Aparta los ojos de mí para mirar con determinación por encima de mi hombro.

—¿Decir el nombre del Señor?

Incluso la mera mención de Dios lanza una llama fantasma a través de mí. Con una mueca de dolor, miro a Michal con una incredulidad horrorizada mientras mis propios dedos se cierran alrededor de mi cuello, impotentes.

—¿C… cómo lo has sabido? ¿Qué me está pa… *pasando*?

Sigue negándose a mirarme a los ojos. Su mandíbula, sin embargo, se aprieta.

—Los vampiros no pueden hablar de seres sagrados.

—Entonces, ¿cómo lo has hecho *tú?* —pregunta Coco en tono acusador.

—He tenido muchos años para practicar.

El suelo empieza a ladearse otra vez mientras pienso en las implicaciones de semejante fenómeno.

—¿Quieres decir que n… no puedo decir s… su…? —Unas llamas nuevas suben disparadas por mi garganta. Suelto un grito y me doblo por la cintura—. ¿No podré mencionarlo nunca más?

—No pasa nada, Célie. —Incapaz de reprimirse ahora, Lou pone una mano consoladora sobre mi espalda. Todavía apesta a sangre—. No *necesitas* decir su nombre para creer.

Las otras voces se unen bajito a la suya en un coro de mentiras agridulces.

—Sí —confirma Coco—. Todo irá bien. Esto no cambia nada.

—Limítate a respirar, Célie —me indica Reid—. Solo respira.

Pero no puedo respirar, no *necesito* respirar y… y… y me araño el pecho, mi corazón demasiado quieto, en un intento por que lata de nuevo. *El tuyo será un destino peor que la muerte*.

Las palabras de Michal vuelven a mí como un eco procedente de un lugar muy lejano, en otro tiempo. En otra vida.

—Lo siento, Célie —dice ahora, y lo dice en serio.

Sé que lo dice en serio.

Mi pecho aún resuella de la ira cuando levanto la cabeza para mirarlo. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y, en este momento, es

posible que odie, a este ángel precioso y terrible que cayó a los infiernos y me arrastró al fondo con él. ¿Cómo podía haber sabido lo que nos aguardaba cuando prometí quedarme con él? Él no me lo dijo y yo no lo pregunté, y ahora los dos debemos pagar el precio. El viejo dicho de mi hermana surge entre el rugido de mis oídos cuando Michal por fin, *por fin*, se digna a mirarme, sus ojos negros brillan con una emoción muda.

No puedes conseguir algo a cambio de nada, ¿sabes?

Una risa amarga sube por mi garganta tras los pasos del fuego infernal.

—Puede que creas que tengo deseos suicidas, Michal, pero los dos sabemos que ya me los has concedido. *Estoy* muerta. Llevo muerta desde el momento en que te conocí.

Al oír mis palabras, su rostro pierde toda su expresión.

Se vuelve total e *irritantemente* indescifrable.

—Célie —murmura Odessa.

No me había percatado de que se había colocado detrás de mí. Mi cuerpo reacciona por instinto con un bufido, me tenso y me medio giro hacia ella para defenderme, pero me detengo en seco cuando veo su preocupación. *Preocupación*. Enrosco el labio en una mueca de desagrado. Como si a ella le *importase* lo que me pase, como si no *anhelara* regresar a Requiem con sus monstruosos congéneres. Me gustaría soltarle alguna réplica cortante a ella también. Golpearla, *morderla*. Incitar a alguien a pelear conmigo. Pero, en cambio, me giro hacia Michal.

—¿Por qué estás *aquí*?

Me mira durante un momento largo e impenetrable. Después…

—Los muertos han salido de sus tumbas en Requiem. —Pese a la exclamación ahogada de Odessa, Michal pronuncia esas palabras con calma, casi con frialdad, y suelta las manos del marco de la puerta—. Decenas de ellos. Derramaste tu sangre en la gruta durante nuestro enfrentamiento con Frederic, lo cual vivificó tanto la isla como las aguas que la rodean.

Su declaración recibe un silencio absoluto como respuesta.

Vivificó. Frunzo el ceño ante la palabra. Antes de que pueda preguntar al respecto, Beau se aclara la garganta desde donde

observa la escena, cerca de la mesa de la cocina.

—Te refieres a muertos… eh… diferentes de como estáis muertos *vosotros*, ¿no?

Reid lo fulmina con la mirada.

Coco, sin embargo, retrocede de repente.

—Retornados —susurra.

Los ojos de Michal vuelan hacia ella.

—¿Qué?

—Retornados —repite, en voz más alta ahora, los ojos muy abiertos—. Siempre ha habido rumores entre las *Dames rouges*, pero nadie excepto La Voisin los… e incluso ella… —Coco se fuerza a parar para reordenar sus pensamientos, traga saliva y me mira directamente a mí—. Vi el hechizo una vez en el grimorio de mi tía. Cuando le pregunté por él, me echó de su tienda de campaña y me prohibió hablar de él. Creo que es el único hechizo al que temió en su vida.

Los primeros cosquilleos de miedo erizan el pelo de mi nuca.

—Exactamente, ¿qué *es* un retornado?

—Una persona que ha regresado. Un cadáver reanimado. Uno que ha muerto y luego se ha levantado de nuevo con el propósito expreso de aterrorizar a los vivos, en especial a los que el cadáver en cuestión conoció en vida.

Un puño frío de terror estruja mi corazón mientras las dos nos miramos y cobramos conciencia de la realidad. *Filippa*.

—Oh —dice Beau con voz débil—. ¿Eso es todo?

—No. —Michal cruza las manos detrás de su espalda y nos observa a todos con una apatía odiosa—. Supongo que incluso tú tienes unos conocimientos básicos de la geografía de tu reino. Requiem comparte el mar Oriental con Belterra, lo cual significa que…

La comprensión se estrella contra mí como una ola de agua gélida. Suelto una exclamación ante el puro horror de ello.

—Mi sangre podría haber llegado también hasta aquí.

Michal asiente brevemente.

—Sí.

—Los ladrones de tumbas —interviene Lou de pronto, al tiempo que se gira hacia Reid con los ojos como platos—. ¿Crees que en

realidad podrían haber…?

Las cejas de Reid se fruncen al instante mientras sopesa esa posibilidad. A mí se me cae el alma a los pies.

—Mierda —murmura.

—Esperad un momento. —Beau da un paso adelante y toda su actitud cambia mientras nos mira por turnos. Sus ojos se oscurecen. Su mandíbula se aprieta. Señala con un dedo hacia la calle oscura a la espalda de Michal, y todo rastro del joven asustado desaparece para dejar paso a alguien diferente por completo—. ¿Estáis diciendo que podría haber *retornados* rondando por Belterra ahora mismo? —Cuando Michal asiente de nuevo, Beau viene directo hacia nosotros y se detiene a nuestro lado—. ¿Y qué significa eso de *aterrorizar a los vivos*? ¿Esas criaturas… están haciendo daño a la gente? ¿Por qué no hemos visto ninguna?

Nadie quiere contestar a eso, así que lo hago yo misma.

—Porque habéis estado atrapados dentro de esta casa conmigo.

Beau parece contrito al instante.

—Célie…

No obstante, antes de que pueda consolarme, algo se arrastra por encima de nosotros. Una décima de segundo después, demasiado deprisa incluso para que los vampiros reaccionen, una sombra cae del tejado e incrusta una mano esquelética en la espalda de Michal.

CAPÍTULO 6

Retornado

Michal se arquea hacia delante por el impacto, abre mucho los ojos, su piel sisea… y yo paso a la acción sin dudarlo, sin *pensar*. Me abalanzo sobre la criatura oscura para placarla. Salimos volando hacia la calle, aterrizamos con un golpe fuerte y rodamos un par de veces antes de que gruña y me inmovilice contra los adoquines con una fuerza inusual. Una fuerza *antinatural*.

Ay, Dios.

Mi cuerpo forcejea impotente contra su agarre, y me atraganto y boqueo cuando me golpea el nauseabundo hedor de la putrefacción. Sin embargo, cuando un relámpago cruza el cielo, un terror absoluto se apodera de mi corazón porque reconozco a esta criatura. Reconozco sus andrajosas vestiduras corales y las cruces gemelas bordadas en su pecho. Aunque no queda piel alguna, excepto la mitad de su rostro putrefacto, también reconozco el ojo acerado que aún se descompone en su cara. Ese, junto con el resto de su cuerpo, nos pilló una vez a Reid y a mí en el confesionario de Saint-Cécile. Él me humilló y reprendió a Reid, al que casi consideraba su hijo y era su favorito entre todos los cazadores.

Ahora chasquea los dientes, desquiciado del hambre, y trata de hundirlos en mi mejilla.

El arzobispo.

Con un alarido, levanto las rodillas para obligarlo a apartarse, pero se extienden en exceso hasta toparse solo con el hueso duro de su columna. Y sus dedos esqueléticos, en los que aún centellean tres anillos de plata, intentan encontrar un agarre en mi cuello, mi mandíbula, mis hombros. Laceran mi piel y desgarran mi ropa. *Es demasiado fuerte*. Aunque suelto mis manos de sus vestiduras, no

logro apartarlo de mí, no logro moverlo en absoluto. Aun así, agarro su calavera, decidida a contenerlo de algún modo. *No me va a comer*. No lo va a hacer… Pero sus dientes rozan el cuello de mi vestido y desgarran mi piel como si fuese de papel.

Cierro la boca con fuerza. Me niego a gritar otra vez. Me niego a hacer ningún sonido que pueda incitar a mis amigos a…

Demasiado tarde.

Alguien arranca al retornado de encima de mí y mis dedos se cierran sobre aire vacío mientras la criatura vuela hacia atrás, solo para acabar aterrizando a pocos metros con un desagradable crujido de huesos. Con los ojos centelleantes, iluminados por una furia fría, Michal se arrodilla para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Estás bien? —pregunta, y yo asiento en silencio, los ojos clavados en su espalda cuando se gira hacia el retornado. La sangre aún reluce sobre el cuero negro de su sobreveste. Sangre húmeda. Sangre caliente. Se me cierra la garganta al percibir su olor y mi cuerpo entero se estremece, se tensa, al tiempo que se me hace agua la boca.

Sangre *fresca*.

Vagamente, me doy cuenta de que los anillos de plata del arzobispo han coartado la habilidad de Michal para curarse. *Está… herido*. Pero eso no evita que mi mano se estire para tocarlo. No evita que mis dedos tiemblen del deseo. De hecho, el resto del mundo (la calle, las casas, incluso el violento retornado) parecen esfumarse ante la imagen de la sangre de Michal. De un modo inexplicable, y sorprendentemente posesivo, no puedo reprimirme de probarla, de *saborearla*, de fantasear con cómo la sentiría sobre la lengua; incluso la magia de Lou y de Coco palidece en comparación con el rico y lánguido olor de Michal. Como humana, no podía olerlo bien. Creía que no tenía ningún olor, pero no podía haber estado más equivocada. Con los ojos abiertos como platos, observo ahora con una sensación surrealista de cámara lenta cómo las yemas de mis dedos rozan su espalda.

Cómo los retiro teñidos de escarlata.

Su cabeza gira hacia mí a toda velocidad al sentir el leve contacto y, en el instante en que nuestros ojos se cruzan, algo se retuerce en

mi bajo vientre. Su mirada se oscurece en respuesta. Sus labios se entreabren.

El retornado se lanza al ataque.

—¡Cuidado! —Con el grito de Lou, el momento se desintegra en un revoltijo de brazos y piernas mientras Michal gira en redondo, agarra al arzobispo por la columna vertebral y se la parte en dos. Unas pisadas atronadoras suenan a nuestras espaldas cuando los otros salen corriendo a la calle. El pelo de los antebrazos de Reid se eriza al contemplar desde lo alto el cuerpo roto de su padre putativo, horrorizado. Lou, por su parte, parpadea deprisa, su respiración más sonora que de costumbre. Aterrada. *Por supuesto*.

Puede que Reid considerara que el arzobispo era como un padre, pero, para Lou, la criatura que tenemos delante *era* su padre de verdad. Y su maltratador. Por lo que sé, no derramó ni una lágrima cuando Reid lo mató el año pasado. Lo mira ahora con expresión sufrida, como si estuviese haciendo todo lo posible por no vomitar.

—Un retornado —comenta Odessa sin más.

Con cara de pocos amigos, Michal mira primero a Lou y después a Reid.

—Por vuestra expresión, asumo que lo conocéis.

—Sí. —Lou asiente, un movimiento casi imperceptible de la barbilla, antes de tocar el brazo de Reid, que parece incapaz de hablar—. Lo, ehm… lo matamos en Modraniht. Es muy posible que haya venido aquí en busca de venganza.

—Venganza —repite Michal, inexpresivo. Sacude la cabeza, exasperado, y deja caer las dos mitades del cuerpo del arzobispo al suelo—. Supongo que deberíamos estar agradecidos por la confirmación. Ya sabemos que la sangre de Célie *ha* llegado a las orillas de Belterra.

Se calla al ver que los huesos a nuestros pies empiezan a moverse. Michal frunce el ceño, mueve un poco la mano del arzobispo con la punta del pie y, al instante siguiente, esta agarra su bota, incrusta los dedos en el cuero a toda velocidad y empala su pie.

Con una ristra de palabrotas, Michal intenta quitársela de encima de una patada, pero la mano se agarra aún más fuerte, luego se endereza y ataca su muslo. Aunque Reid y yo pasamos a la acción,

no es necesario, porque Michal separa el cráneo del retornado de su cuello y lo tira a un lado, antes de hacer picadillo sus dedos hasta reducirlos a polvo. De todos modos, el resto de su cuerpo sigue avanzando, excepto que ahora parece haber reconocido de alguna manera a Lou y a Reid.

Gruñe y borbotea de un modo ininteligible, puesto que no tiene lengua.

—Poneos detrás de mí —ordeno con voz cortante. Luego tiro de Reid hacia atrás, mientras la mitad superior del cuerpo del arzobispo se arrastra hacia Lou, que levanta la mano, dubitativa, al tiempo que se tambalea hacia atrás. Pero Michal lo sigue y atrapa al retornado debajo de su pie. Aunque la criatura araña la pernera de su pantalón y desgarra la piel, Michal ni se inmuta. Tampoco la suelta—. ¿Cómo lo matamos? —pregunto con un dejo de desesperación. Michal mira a Coco.

—¿Y?

—¿Por qué me miráis a mí? —responde con un susurro indignado —. Ya os dije que mi tía *se negó* a decirme nada.

Cuando Michal arquea una ceja en dirección a Lou, esta vuelve en sí de golpe.

—Oh, ni lo pienses. Nunca he matado a una *cosa*… A un muerto viviente. ¿Esa no debería ser *tu* especialidad?

Michal hace una mueca de desagrado.

—¿No se supone que eres la bruja más poderosa de esta era?

Los ojos turquesas de Lou centellean con el relámpago que se ilumina detrás de ella.

—¿Y no se supone que *tú* eres el vampiro más poderoso de todos los tiempos? ¿Un *rey* inmortal? —La lluvia ha amainado hasta no ser más que un fino calabobos ahora. Las gotitas se pegan a su pelo, a su piel, hasta que la propia Lou centellea con cada relámpago que estalla en lo alto. Pequeña y pálida y sola en la calle, pero aún fiera. Siempre fiera. Sus manos permanecen alzadas mientras los truenos siguen retumbando a nuestro alrededor—. ¿Cómo habéis estado lidiando con estos retornados en Requiem? Podemos hacer lo mismo aquí.

Se hace un silencio inesperado cuando Michal no dice nada. Se

miran ceñudos el uno al otro.

Hay que reconocer que Lou no se acobarda bajo el escrutinio frío de Michal, sino que espera hasta que él devuelve su atención al retornado antes de permitirse soltar el aire contenido.

—Los hemos estado capturando. —Michal aprieta el talón con más fuerza contra la columna del retornado, con lo que rompe unas cuantas vértebras más—. Nuestras brujas los han estado incapacitando hasta que encontremos una solución permanente.

—Guau. —Los ojos de Lou se abren más en una parodia sardónica de sorpresa—. *Alucino*. ¿El todopoderoso rey de los vampiros se ha ensuciado las manos con brujas? Hubiera creído que nuestra magia estaba por debajo de ti.

—Hubieras creído bien.

Con una mueca ceñuda, Lou baja las manos y entrelaza un brazo con el de Reid, el otro con el mío. Nos arrastra hacia atrás, en dirección a la puerta de la casa.

—Perfecto. Bien. Entonces, seguid adelante sin nosotros. Vuelve a casa, a Requiem, puesto que está claro que sabéis lo que estáis haciendo. Nosotros averiguaremos cómo hacerlo por nuestra cuenta, sin vuestra ayuda. —Luego se dirige a mí—. Esto *es* todavía lo que quieres, ¿verdad? —me pregunta en un susurro apenas discernible —. Quedarte aquí, ¿no? —Sus grandes ojos turquesas buscan los míos. Yo le devuelvo la mirada, impotente, antes de girarme en dirección a Michal.

Tiene un aspecto de lo más letal, aún sangrando bajo la lluvia. Sus ojos echan chispas mientras inmoviliza bajo su pie al retornado, que no deja de gruñir y debatirse.

—¿Lo es, Célie? —pregunta, en voz igual de baja—. ¿Es esto lo que quieres?

Sus palabras de antes reverberan entre nosotros, tan oscuras y agoreras como las nubes de tormenta por encima de nuestras cabezas.

Yo no fui el que se marchó, Célie.

Levanto la barbilla y asiento.

—Por favor, márchate, Michal.

Una incredulidad fría corta a través de su cara al oír mis palabras,

sustituida casi de inmediato por una diversión aún más fría. Mira de Lou a Reid, luego a Coco, a Beau y a Odessa, y de ahí a la mitad inferior del cuerpo del retornado, que se ha puesto en pie y ha correteado hasta un árbol cercano, donde se ha desplomado. Después, sus ojos encuentran los míos. Algo cambia en sus profundidades mientras me mira. ¿Es compasión? ¿Remordimiento?

¿Repulsión?

Antes de que pueda ponerle nombre, levanta el pie de la columna del retornado y se marcha.

Se me corta la respiración cuando se aleja, y parte de mí, la peor parte, la parte más pequeña y miserable de todas, espera que mire atrás. Sin embargo, no lo hace. No. Se mete las manos ensangrentadas en los bolsillos y me da lo que quiero. Se marcha.

El retornado gruñe de nuevo y se lanza a por nosotros.

—Vale. —El pie de Coco sustituye de inmediato al de Michal. Desenvaina una daga delgada de algún lugar de su manga y se la entrega a Beau, que mira al retornado desde lo alto con una repulsión palpable—. Tendrá que ser una jaula muy resistente. Debe de haber escapado de su ataúd abriéndose paso con uñas y dientes. Madera maciza.

—Odessa. —Trago saliva con dificultad y me fuerzo a apartar la vista cuando Michal desaparece por la esquina—. ¿Requiem, S.A., envió algún ataúd de piedra en su última remesa a Cesarine?

—Hmm… quizá. —Odessa también se acerca y camina en círculo alrededor del retornado, que no deja de retorcerse en el suelo. Lanza una rápida mirada tentativa en mi dirección antes de girarse hacia Lou—. Pero no creo que esas medidas vayan a ser necesarias. Tu tatarabuela me atrapó una vez en una sombrerera.

Una sombrerera.

Mis ojos caen hacia sus faldas.

—¿Conociste a Mathilde? —pregunta Lou.

—Por supuesto que conozco a Mathilde. Acabo de decir que me atrapó en una sombrerera, ¿no? —responde Odessa—. Se negó a dejarme salir hasta que prometiese que no volvería a hablarle nunca más. Solía visitarla los fines de semana para tener acceso a su biblioteca. Había reunido una extensa colección sobre horticultura en

esa extraña cabañita suya. Es *verdad* que siempre me recordó un poco a un dragón —añade pensativa—. Nos llevábamos bastante bien hasta que me encerró en esa caja.

Beau parpadea confuso, distraído por un momento.

—¿Cómo cupiste en una sombrerera?

—¿Cómo hace una bruja cualquier cosa? Magia.

Me invaden unas extrañas ganas de reír, o quizá de llorar, mientras Lou levanta la mano con recelo. Al recordar las peonías, me pongo tensa de la anticipación, pero cuando hace un gesto rápido con los dedos, ambas mitades del retornado se elevan por los aires como pretendía. Cuelgan en lo alto como una macabra actuación de circo. Pero no me río. Las lágrimas inundan mis ojos, en cambio, mientras la criatura gruñe y trata de atacarnos a todos, lanzando mordiscos al aire.

—Mathilde *era* una bruja de un talento extraordinario —dice Lou con un alivio evidente. Ahora que Michal se ha ido, se ha permitido deshincharse un poco. Encogerse. Parece exhausta—. Incluso mi madre lo pensaba, y eso que Morgane odiaba a Mathilde. Las leyendas dicen que Mathilde intentó ahogarla en el retrete cuando nació.

—Suena como una mujer encantadora —comenta Coco—. Ahora, ¿dónde está esa sombrerera, Odessa? ¿La dejaste en Requiem?

—No seas estúpida. Jamás viajo a ningún sitio sin ella. —Saca de su falda la misma caja de terciopelo que vi antes, apenas del tamaño de la palma de su mano. La miro con suspicacia. Después de verla sacar un tratado filosófico de la cajita, y de meter un parasol entero en ella, no me cabe ninguna duda de que una bruja poderosa arrojó un hechizo sobre ella. Como si me leyera los pensamientos, Odessa le da un golpecito con un dedo y la caja parece desdoblarse hacia fuera y expandirse al doble de su tamaño, al triple, y así hasta que se ve obligada a sujetar esa monstruosidad fucsia con ambas manos. Odessa confunde nuestro silencio pasmado por admiración y hace un ruidito apreciativo, al tiempo que acaricia las borlas doradas —. Sí, es una maravilla, ¿verdad? Deberíais haber visto el *sombrero*.

—*Eso* —dice Beau—, es la cosa más fea que he visto en la vida.

—Oh, le dijo la sartén al cazo. —Odessa pone los ojos en blanco y

abre la tapa. Me acerco un poco, curiosa a pesar de todo. Es posible que tengamos cosas más urgentes con las que lidiar, y mis dientes aún palpitan, aún me duele el pecho, pero esta magia me recuerda a un tiempo más simple, una vida más tranquila. Hubo un tiempo en que los encantamientos como este parecían de lo más especiales, de lo más surrealistas. Si hubiese mirado dentro de una sombrerera sin fondo hace un mes, me hubiese sentido ingrávida, mareada por la idea de tocar algo de una singularidad tan obvia.

Ahora, sin embargo, cuando levanto una mano demasiado pálida para tocar el ribete verde guisante, me invade una sensación de pesadumbre.

Si Odessa se da cuenta de ello, no dice nada. En lugar de eso, busca en las profundidades de la caja y saca varios vestidos, antes de tirármelos. Pero no se limita a eso; su parasol sale detrás de los vestidos, así como un juego de matraces de cristal, un joyero de caoba lleno de diamantes, un telescopio, un tablero de ajedrez, tres botes de colorete, cuatro pañuelos de seda, un par de gafas dobladas, unas esposas oxidadas, un juego de cuchillos manchados de sangre, un reloj de bolsillo roto y, por increíble que pueda parecer, cinco higos aplastados.

—Para mi pavo real —dice, distraída, al tiempo que los coloca en equilibrio precario sobre la enorme pila en brazos de Beau.

Sin previo aviso, vuelca la sombrerera por completo, y el resto de su contenido rueda a nuestros pies.

Una avalancha de libros se estrella contra los adoquines, y tanto Lou como Beau dan un gritito mientras saltan hacia un lado para evitar que les rompan los dedos de los pies. Odessa se endereza con una sonrisa radiante y coloca la caja justo debajo del cuerpo suspendido del retornado.

—Muy bien, pues. Cuando quieras, Louise.

Con una expresión perpleja, Lou deja caer el telescopio y los pañuelos en el parterre de flores a su lado.

Para indignación de Odessa, el resto de nosotros hacemos lo mismo.

—¿Estás *segura* de que esa caja puede contenerlo? —La preocupación crispa los rasgos de Beau mientras el retornado se

estira hacia la rama de árbol más cercana y sus dedos esqueléticos se enganchan de las hojas muertas para tirar hacia él.

—¿Tenéis alguna idea mejor? —Lou palidece cuando el retornado intenta alcanzar la rama con todas sus ganas, como si pudiera… como si pudiera *oír* nuestros planes para atraparlo. Frunzo el ceño y, juntos, Beau y yo damos un paso atrás cuando la criatura gruñe en dirección a Lou y a Reid. Aunque tiene sentido que la criatura pueda entendernos (después de todo, yo también estoy muerta y he conservado mi función cognitiva), su ojo siniestro parece girar de un modo desquiciado.

No. En verdad no es eso.

Contra mis mejores instintos, lo miro con más atención. Levanto la vista hacia ese rostro podrido y distendido y me doy cuenta de que no gira con locura para nada.

Gira con dolor.

—Tenemos que ayudarlo. —Las palabras escapan por mi boca antes de darme cuenta de que se han formado siquiera, y todo el mundo (*todo el mundo*) se gira para mirarme como si me hubiesen crecido cuernos. A lo mejor, así es. La desesperación bulle en mi interior como una fuente al ver sus rostros brillantes e incrédulos, al oír los sonidos incoherentes del retornado en lo alto. Porque esa cosa, ese *hombre*, está intentando formar palabras, y eso no debería importar, no cuando está intentando matarnos, pero *importa*. Sí que importa; por alguna razón, por malvado que hubiese podido ser el arzobispo en vida, él no eligió convertirse en esta… esta *bestia* descerebrada.

Debo de haber dicho esto último en voz alta, porque Beau se inclina para mirarme a los ojos, antes de agarrarme por los hombros para asegurarse de que oigo cada una de sus palabras.

—Ya era una bestia violenta, Célie. ¿Me entiendes? El arzobispo era un hombre cruel y sádico, y tú no eres como él. Nunca lo has sido y jamás podrías serlo.

—Ya lo *sé*.

Sintiéndome aún peor, me suelto de su agarre y doy un paso atrás, incapaz de mirar a nadie. Incapaz de soportar la confusión en sus caras. Por supuesto que están confusos; yo misma apenas lo

entiendo. El arzobispo los atormentó a todos. Se dedicó a cazar brujas por todos los rincones del reino, decidido a erradicarlas, a mutilar sus cuerpos en el patíbulo. No puedo defender lo que hizo de ninguna manera. No *quiero* defenderlo, solo quiero… quiero… Cierro los puños alrededor de mi falda. *No sé* lo que quiero. Todo esto ha escapado de nuestro control de un modo demencial, y jamás me he sentido tan impotente para pararlo.

Me giro hacia Lou con ademán suplicante.

—Por favor, no podemos limitarnos a dejarlo en una caja para que se pudra. Tenemos que… que *hacer algo* con esto antes de que la cosa se ponga peor. —Hago gestos desesperados hacia la patética criatura en lo alto—. Hay otros que también están regresando, gente inocente que no son como el arzobispo, y es culpa mía.

—No es culpa tuya —me contradice Lou de inmediato, pero hablo por encima de ella mientras sacudo la cabeza con vehemencia.

—Fue *mi* sangre. Fue mi decisión meterme en la trampa de Frederic sin despertaros ni a Coco ni a ti, sin haber trazado ningún tipo de plan en absoluto excepto… —*Michal*.

No logro forzarme a decir su nombre en voz alta, a admitir lo tonta que fui. Mi único plan había sido Michal, nosotros dos juntos, como si eso significase algo. Al final, los dos sufrimos por ello.

Todo el mundo lo hizo.

—No. —Coco frunce el ceño y se pone a mi otro lado—. Frederic empleó magia del grimorio de mi tía para ocultarse, Célie. Magia *poderosa*. Michal tenía más posibilidades de detectarla que cualquier otro, así que no te culpes. No podías haber hecho nada para detenerlo.

Esa afirmación suena falsa, y todos lo sabemos. Sí que podría haber hecho más. Podría haber hecho *cualquier cosa*, pero no voy a poder convencerlos de ello. Ahora no. Las palabras que brotaban con tanta libertad antes se han secado y me atraganto con ellas, incapaz de articular el miedo atroz que roe mi pecho. No estoy segura de *poder* reconocerlo siquiera. Porque el arzobispo, mi hermana, *yo*… Esto no puede ser el final para nosotros. Esto no puede ser la eternidad.

No puede ser culpa mía.

—Le daremos el descanso debido, Célie. —Reid se acerca con cautela, su voz baja y seria. En cualquier caso, no me toca, y el alivio quema detrás de mis ojos ante esa pequeña misericordia—. Les daremos a todos el descanso debido en cuanto sepamos cómo hacerlo, pero hasta entonces… no podemos dejar que hagan daño a nadie.

El arzobispo gruñe como para recalcar las palabras, así que asiento, despacio.

He sido muy tonta… Estaba tan sumida en mi propia autocompasión que no me he dado ni cuenta de cómo se desmoronaba todo a mi alrededor. Lou y su magia. Filippa. Ladrones de tumbas. *Retornados*.

Están todos conectados de alguna manera. *Todos* estamos conectados.

—Muy bien. —Odessa ajusta la posición de la sombrerera y, al segundo siguiente, Lou hace un gesto con la muñeca y deja caer al arzobispo a sus oscuras profundidades. Odessa cierra la tapa de golpe con su último alarido. Luego, ajusta el pasador. Al instante, la caja empieza a replegarse sobre sí misma, cada vez más y más pequeña, hasta que puede volver a guardarla entre los pliegues de su falda.

Sin los gruñidos del arzobispo, la noche parece bastante tranquila.

Bastante vacía.

—Vamos. —Con una mirada ansiosa por encima del hombro, Coco entrelaza un brazo con el mío y me conduce hacia la casa—. No deberíamos quedarnos en la calle más tiempo del necesario.

CAPÍTULO 7

Una multitud de sueños

Coco y Beau regresan al castillo hacia las seis de la mañana. Por instinto, sé que ya no se van a quedar aquí más tiempo. Hay demasiado que hacer, demasiado que averiguar acerca de esta nueva amenaza. De todos modos, estamos exhaustos, y Lou me lleva a un lado después de que se marchen para poner una botellita pequeña en la palma de mi mano.

—Para ayudarte a dormir. —Sin una palabra más, da media vuelta y sigue a Reid hasta su cuarto, donde ya oigo el frufrú de la ropa y las sábanas mientras se prepara para irse a la cama.

Cierro los dedos alrededor de la botella.

A lo mejor no he mentido tan bien como creía.

Niego con la cabeza y la sigo pasillo abajo, aunque giro a la izquierda donde ella giró a la derecha, antes de meterme en mi propia habitación. Un poco más allá, el cuarto de Odessa está en silencio y vacío. Insistió en ir en busca de Michal después de poner al retornado a buen recaudo. «Para hablar con él», dijo sin más, negándose a proporcionar más explicaciones. Intento no pensar en esa conversación. Intento no pensar en nada de nada.

Aún noto ese dolor sordo en las encías, así como los intensos retortijones en el estómago. Sentada en el borde de la cama, estudio la botellita que tengo en la mano. El líquido en su interior parece bastante inocente: claro y ligero, casi como agua, con una sutil pátina iridiscente a la luz de la vela. Los truenos aún retumban en la distancia y miro con reticencia a la ventana, oculta tras la cortina. El sol aún tardará una hora en salir y, cuando lo haga, las nubes de tormenta ocultarán su cara. Hago rodar la botellita entre mis dedos. Noto pesadas las extremidades

Este clima me recuerda a Requiem. Me recuerda a Michal, a

Filippa, a Frederic y a los retornados, a todo lo que he intentado olvidar de un modo desesperado. Y tal vez eso me convierta en el peor tipo de cobarde. Tal vez eso me haga débil, inmoral; tal vez eso me convierta en porcelana.

Sea como sea, ansío dormir.

Antes de poder pensármelo mejor, vuelco la poción en mi boca y cierro los ojos.

Unas medias de rejilla centellean sobre mis piernas mientras giro y giro a la luz violeta del salón de baile. Levanto mi falda de gasa, también violeta, como si estuviese cosida de nubes crepusculares, y echo la cabeza atrás, riendo encantada. Porque la música de este salón de baile es viva y alegre. Porque los disfraces son preciosos y extravagantes, raros y terribles, algunos incluso grotescos. Porque siempre he querido ser una bailarina, y *menos mal* que mi madre no está aquí para regañarme, para prohibirme llevar una falda tan corta y preciosa.

Me pongo de puntillas y ejecuto una pirueta perfecta.

—Espectacular, querida. —Beau me lanza una sonrisa indulgente cuando pasa bailando con Coco, cuyas magníficas alas dejan un rastro de polvo de ángel a su paso. El cuerpo del propio Beau reluce plateado y translúcido en este lugar… Es probable que porque el pobre ha muerto. Le lanzo un beso de todos modos, y los dos flotan por los aires para girar en algún sitio por encima de nuestras cabezas.

En la habitación más allá de esta, se oye el sonoro tictac de un reloj de ébano. Su péndulo se columpia adelante y atrás, atrás y adelante, una y otra vez hasta que los bordes de mi visión empiezan a enturbiarse. Hasta que mi mente empieza a adormilarse. Aparto la vista de él a toda prisa para mirar a una pareja que baila ahí cerca: un hombre muy alto con el pelo plateado largo y rizado, un bigote fino y las mejillas empolvadas; entre sus brazos sujeta a una preciosa joven de nariz respingona y bucles dorados.

—¿Guinevere? —Parpadeo y la veo a todo color, los veo a los *dos*, mientras el hombre se ríe con alegría. Entonces, reconozco su voz. Sus dientes afilados.

—Hemos venido a avisarte —dice D'Artagnan, al tiempo que hace

girar a Guinevere con un revoloteo de purpurina y podredumbre—. Ten cuidado con tu hermana. No es de fiar.

Lo miro incrédula.

—¿Cómo lo sabes? ¿Está aquí? —Cuando no contesta y se limita a deslizarse por mi lado con una sonrisa serena, lo agarro del brazo—. ¿Entonces? ¿La has visto, D'Artagnan? Se parece a mí, solo que un poco más mayor y… y…

—Perversa —termina Guinevere con júbilo.

—Equivocada —añade D'Artagnan.

Mis dedos se clavan en su brazo mientras la sala entera se ladea y los cuadros negros y blancos de su jubón se alzan sobre mí más grandes que la vida entera, mirándome con maldad, como si fuesen filas de dientes.

—¿Frederic la ha resucitado? ¡D'Artagnan! ¿Está…? —Trago saliva con dificultad—. ¿Está *viva*?

Se ríe de nuevo y retira mis dedos uno a uno. Sus ojos parecen refulgir amarillos a la luz violeta, y sus pupilas se entornan como las ranuras de un gato cuando ladea la cabeza.

—¿Tú te consideras viva, *papillon*? ¿Me consideras vivo a mí?

—¿Filippa está *aquí*? —repito, mientras ellos dos retoman su baile y se alejan de mí haciendo piruetas. Mis ojos vuelan por todo el salón de baile—. ¿Lo está Frederic?

Guinevere gira la cabeza hacia mí y sus rizos caen por encima de uno de sus delicados hombros.

—Ahora mismo, Frederic es la menor de nuestras preocupaciones.

Lou agarra mis manos antes de que pueda responder. Se ríe como una maníaca y me arrastra entre la multitud hacia nuestros amigos. Se inclina hacia delante para susurrarme al oído en tono cómplice.

—Ha dicho que no, ¿sabes? Cuando Beau se ha declarado.

Reid, como un esqueleto, está delante de nosotras y nos mira con malicia. Tiene los dedos enroscados en torno a una guadaña de filo letal.

Parpadeo en dirección a ambos, confusa, sin dejar de buscar a D'Artagnan y a Guinevere, que han desaparecido. Entonces pasa por mi lado un monje que pasea a su león domesticado de la correa. Un gruñido grave reverbera en su garganta cuando una cortesana se le

acerca. En el rincón, una figura encapuchada vestida como la Muerte misma se alza alta y silenciosa, observándonos. Excepto que… Sacudo la cabeza y parpadeo de nuevo. Excepto que ahora no está en el rincón para nada. Está de pie a la entrada de la tenebrosa sala del reloj, que parece estar bastante más cerca que antes. Lou sigue tirando de mí hacia ahí.

—¿Quién ha dicho que no? —le pregunto, desconcertada.

—*Coco*, por supuesto. —Una gruesa serpiente se enrosca a lo largo de todo su cuerpo; sus escamas iridiscentes centellean primero negras, después moradas y luego verdes. Con un sobresalto, me doy cuenta de que no lleva nada debajo. El negro de sus ojos también parece más grande de lo normal, y las sombras se extienden por las oquedades debajo de ellos; su pelo parece crepitar de energía. Desliza una mano demasiado afilada por mi brazo mientras la lengua de la serpiente besa mi mejilla—. Rechazó casarse con él debido a tu vestido y, en serio, Célie, no puedo decir que la culpe. ¿En qué estabas *pensando*?

Desconcertada, bajo la vista y abro la boca para defenderme, pero el rutilante disfraz de bailarina ha desaparecido, sustituido por un vestido salpicado de sangre, cosido con el lino pálido de una mortaja mortuoria. Y mi lengua… Noto un sabor a cobre en ella. Cobre rico y caliente, y algo más… Algo *repugnante*, algo que huele a tierra removida y a cosas muertas en proceso de descomposición. Intento liberarme al instante del agarre de Lou, pero ella se niega a soltarme, mientras sus uñas tallan cuatro medias lunas en mi muñeca.

—¿Do… dónde vamos?

—A la sala del reloj —contesta escueta—. Él dijo que todos debemos ir a la sala del reloj antes o después.

—¿*Quién* lo dijo? —Me niego a seguir andando, pero aquí, en este extraño espacio intermedio, soy más débil que ella—. Lou, es… esto ya no me gusta. Creo que deberíamos irnos.

Su mano se limita a apretarse y el reloj de ébano da las doce. Medianoche. Resuena por las siete habitaciones; los músicos dejan de tocar sus alegres canciones y los invitados a la fiesta palidecen y se quedan inmóviles, como en algún tipo de ensoñación.

Detrás de nosotras, Reid cae muerto al suelo.

Horrorizada, me giro para mirarlo, pero Lou no parece darse cuenta, sus ojos oscuros cautivados por el reloj de ébano. Cuando este se calla, una risa suave reverbera entre la multitud. Se me erizan los pelillos de la nuca, como si me hubiesen echado el aliento al oído. Un escalofrío baja rodando por mi columna. *No*. Tiro más fuerte contra Lou; me niego a dar ni un paso más, porque ahora sí que no me gusta esto. No me gusta en absoluto. Ese miedo solo aumenta cuando el reloj vuelve a repicar: la una de la mañana. Y Coco cae como una marioneta con los hilos cortados.

Beau se limita a flotar por encima de su cadáver antes de tomar a otra persona entre sus brazos.

—Esto no está bien. —Ahora retuerzo la muñeca a la desesperada en mi intento de soltarme del agarre de Lou, pero no consigo nada —. Lou, ¿no los has visto? Reid y Coco… están…

—Muertos. —Lou asiente, mientras la serpiente sisea con suavidad y su lengua negra asoma repetidas veces por su boca—. Todos debemos ir a la sala del reloj antes o después —repite, al tiempo que extrae un cuchillo de la túnica blanca de Coco.

A continuación, desliza la hoja por su cuello y abre su cicatriz en una macabra sonrisa sangrienta.

—Más vale que te alimentes pronto, Célie —dice, como si tal cosa. El cuchillo cae al suelo con un repiqueteo metálico y la sangre salpica en todas direcciones—. Cuando el reloj dé las dos, moriremos todos. Lo dijo él mismo. Dijo que todos debíamos ir juntos a la sala del reloj.

—*Lou*. —Desesperada, busca algo para cortar su hemorragia, pero mis colmillos ya han brotado. Mis manos se mueven como si le perteneciesen a otra persona, y no tengo otra opción que observar cómo descienden con cariño hacia sus hombros. Cómo acarician su piel. *Soy muchísimo más pálida que ella ahora*. Es un pensamiento errante, casi divertido, pero interrumpe mi extraña concentración durante la décima de segundo que tardo en apartar la mirada, en levantar la vista y ver mi reflejo en la ventana de color violeta.

Unos puntos irregulares desfiguran la mitad de mi cara; se estiran y retuercen cuando sonrío, cuando me río con la última campanada

letal del reloj. Suelto a Lou al instante y me tambaleo hacia atrás, consternada, *asqueada*, y Michal me acoge entonces entre sus brazos. Deposita un beso frío contra mi sien. El calor invade mi cuerpo de inmediato y me aferro a él, incapaz de dejarlo marchar.

Todo va a ir bien.

La idea florece entre mi miedo como un talismán, como si sujetase un escudo en las manos en lugar de la cintura de Michal. A lo mejor porque aquí, en esta multitud de sueños, soy capaz de percibir la verdad. Su verdad, *mi* verdad. Si Michal está aquí, todo irá bien.

Como si hubiera hablado en voz alta, tira de mí, todo mi cuerpo pegado a él ahora.

—¿Me has echado de menos? —susurra.

—No —miento. Él sonríe, una sonrisa tan afilada como un cuchillo.

—*Petite menteuse*.

En un abrir y cerrar de ojos, me lleva del salón de baile a un claro en el bosque, donde un árbol solitario ha arraigado a la luz de la luna. Michal lleva ahora una corona de laurel tejida alrededor de su frente, y su piel brilla con luz interior mientras alarga el brazo para arrancar una fruta por encima de su cabeza. Me inclino hacia él, pero me resisto a la tentación de inspirar, de enterrar la cara en su pecho y de hundir los dientes en su piel. Mis encías palpitan del esfuerzo. Mis dedos casi le hacen sangre. Su presencia, su olor… son más embriagadores aquí, me desorientan, y me duele el cuerpo de hambre y de… de algo más. Algo que no me atrevo a nombrar. En cualquier caso, aun así, no logro soltarlo.

—Un feérico —susurro con asombro—. Eres un rey feérico.

Su pecho retumba con una risa oscura mientras me ofrece la fruta.

—¿Y en qué te convierte eso *a ti*?

No respondo.

En vez de eso, aparto la vista de su rostro cruel para contemplar la fruta en su mano. Una manzana. A primera vista, parece del tono carmesí perfecto, su piel crujiente y brillante, pero cuando pestañeo, cuando *enfoco* bien la vista, a la fruta le sale pelo y se parte en dos, solo para revelar pulpa podrida en el centro. La aparto de un manotazo.

—¿Qué es *eso*? —exclamo.

En respuesta, Michal levanta mi barbilla con un único dedo y me fuerza a mirarlo a los ojos.

—Los cuentos de hadas no siempre tienen un final feliz, Célie. ¿Debería haberte dejado morir, entonces?

Mi garganta se cierra ante la acusación que veo en sus ojos, pero, en lugar de apartarme, me aprieto más contra él. Me cuesta bastante respirar.

—Yo nunca quise esto. —Las palabras salen por mi boca en un arrebato de sinceridad, pero es demasiado tarde para retirarlas. A lo mejor, siempre lo ha sido—. Nunca quise *morir*.

—Yo tampoco quise morir nunca —confiesa Michal—, pero todos debemos ir a la sala del reloj antes o después.

A lo lejos, un reloj de ébano repica de nuevo y yo me pongo tensa, todo mi cuerpo frío al oír el sonido. La escena se ladea sin previo aviso y nos lanza dentro de las raíces del árbol. Me despierto jadeando.

Me despierto sin Michal.

Aunque mi cuerpo tirita y duele con un hambre real, tardo unos segundos en darme cuenta de que el sueño era solo eso: un sueño. Estoy de pie sobre un suelo de madera en lugar de maleza, y las espesas sombras que me rodean ya no son árboles, sino una mesilla y una vela. Un armario. Almohadas. Me agarro los codos y miro a mi alrededor mientras realizo respiraciones hondas y calmantes que ya no necesito. Porque estoy en mi dormitorio.

Ha sido solo un sueño, me digo con firmeza. *No era real. Estoy en mi cuarto y ha sido solo un sueño*.

Esa certeza, sin embargo, hace poco por aliviar la tensión de mis hombros. No. Hace que todo sea muchísimo peor.

Porque hasta ahora no había conocido el miedo verdadero. Ni cuando Frederic me cortó el cuello, ni cuando apuñalé a Morgane, ni siquiera cuando ella me atrapó con el cadáver de mi hermana. El terror se agarra a mi corazón como un puño helado y lo estruja cuando mis ojos se posan justo debajo de mí.

Porque no me he despertado en *mi* habitación para nada.

Me he despertado en la de Lou y Reid.

Los últimos vestigios del sueño desaparecen en una ola mareante

al verlos, al darme cuenta de que me alzo por encima de sus cuerpos dormidos como un espectro silencioso, a meros centímetros de su cama. A meros *segundos* de… de…

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas cuando Lou se gira un poco, los ojos aún cerrados, y busca a Reid incluso en sus sueños. Cuando la mano de él responde enredándose en el pelo de ella. La respiración de ambos es profunda, pacífica, ajenos al peligro porque confían en mí. *Confían en mí*. Me llevo una mano a la boca, horrorizada. Avergonzada. Aunque me palpitan los dientes, me muerdo con fuerza, hasta hacerme sangre, y me deleito en el dolor, en el intenso y aberrante sabor de mí misma.

Si me hubiera despertado un segundo más tarde, Lou y Reid estarían muertos.

Con una última respiración temblorosa, me grabo la imagen de ambos en la memoria. Mis queridos amigos.

Después, giro sobre los talones y huyo hacia la noche.

CAPÍTULO 8

Absolución

La oscuridad aún envuelve la ciudad cuando levanto la vista hacia la catedral Saint-Cécile d'Cesarine. El cielo en sí parece más pesado que de costumbre, cargado de fatalismo y agotamiento. Descansa sobre las torres de la catedral, como si ya no pudiese soportar su propio peso, y arroja sombras oscuras sobre las preciosas vidrieras y gárgolas mientras los truenos retumban sin muchas ganas en la distancia.

La Torre de los *chasseurs* se alza justo por encima de mí.

No recuerdo haber tomado la decisión de venir aquí. Para empezar, ni siquiera recuerdo cómo he llegado hasta este lugar, pero, ahora que he visto la Torre, no logro animarme a marcharme. Austera y severa, se alza como un puño para golpear los cielos. Mis ojos buscan con avidez su mampostería familiar. Los fuerzo para ver mejor entre las nubes, para contar cada ventana hasta que encuentro la tercera por la derecha, justo debajo de la gárgola con alas de pájaro. A través de ella, puede que encuentre a Jean Luc.

Trago con esfuerzo y mi estómago da un retortijón de hambre.

A lo mejor ya está despierto, conduciendo a iniciados al patio de entrenamiento o reunido con el padre Achille para tratar el problema de los ladrones de tumbas. O tal vez esté desayunando gachas con dos manzanas cortadas en rodajas, rodeado de amigos en la cantina. Según la guardia que le haya tocado de noche, también podría seguir dormido, soñando, solo en su habitación. Él nunca le tuvo miedo a la oscuridad como yo, así que no habría encendido ninguna vela. No la habría necesitado. Su cuarto estaría en penumbra, tranquilo, un poco frío, mientras la Torre se despertaba poco a poco a su alrededor.

Puedo imaginármela con gran claridad ahora la vida que

hubiésemos compartido.

Me agarro los codos y miro al este, donde una franja de luz grisácea marca el amanecer. Las nubes, sin embargo, no muestran señal alguna de ir a abrirse, y la lluvia aún crea una fina neblina por encima de la calle desierta. Centellea sobre las farolas y los adoquines, se aferra a mi camisón hasta el punto de que la seda color marfil se pega a mi piel. Supongo que debería tener frío, con los pies así desnudos en noviembre, pero, en verdad, no siento nada más que hambre. Cuando otro retortijón alancea mi estómago, empiezo a sudar de repente y pugno por no vomitar en la calle.

Necesito comer.

En el fondo, lo sé. Por supuesto que lo sé. Puedo incluso imaginarlo, pero *hacerlo* es algo muy distinto. Me enderezo y envuelvo los brazos alrededor de mi cintura con la esperanza de que su abrazo, por sí solo, pudiera servirme de sustento. Porque no puedo hundir los dientes en otra persona más de lo que pueden crecerme alas y echar a volar.

Volar.

Cierro los ojos con fuerza ante ese pensamiento errante y absurdo.

Después de mi iniciación con los *chasseurs*, Jean Luc me hizo dar vueltas y vueltas por el aire hasta que me dio la sensación de estar volando *de verdad*, mi prístino abrigo azul ondeando a mi espalda.

Nos habíamos colado juntos en la antecámara aneja al santuario, aunque todavía podíamos oír el runrún grave de voces al otro lado de la puerta mientras los otros *chasseurs* charlaban con el padre Achille. Voces masculinas. Todas ellas. El orgullo hinchió mi pecho al oírlas, y apreté la frente contra la de Jean Luc. Mis hombros se sacudían con una risa silenciosa y… él también se reía. Luego, rozó mi nariz con la suya.

—Estoy muy orgulloso de ti, Célie. De verdad lo has hecho.

Mi felicidad se desinfló un poco al oír sus palabras. Porque no lo había hecho *de verdad*, no como él. Habían muerto demasiados cazadores en la batalla de Cesarine y el padre Achille había concedido una moratoria temporal: todos los iniciados que hubieran demostrado su valor durante la batalla habían podido jurar su ingreso en la hermandad sin un torneo. Excepto yo. Yo no había sido

una iniciada antes de la ceremonia; no hubiese *podido* ser una iniciada ni aunque hubiese querido.

Antes de ese día, la Iglesia no había permitido la entrada de mujeres en la Torre de los *chasseurs,* excepto como esposas.

Tras sacudirme mentalmente, le di a Jean Luc un beso en la mejilla.

Después de todo, este era el principio de un futuro brillante y nuevo para los *chasseurs*.

Y para mí.

—Gracias, Jean. —Incapaz de evitarlo, rocé su otra mejilla con mis labios antes de renunciar a toda contención y llenar su cara de besos —. ¿O ahora eres el capitán Toussaint?

Él devolvió mis pies al suelo con una sonrisa pícara.

—Tengo otra cosa en mente.

—¿Ah, sí?

—Mira dentro de tu bolsillo.

Curiosa, metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y mis dedos rozaron algo pequeño y redondo. Un anillo. Un calor instantáneo me recorrió de arriba abajo y, cuando saqué el anillo de mi bolsillo y los diamantes centellearon al sol de la tarde, Jean Luc ya había hincado una rodilla en el suelo. La luz del sol pintaba la mitad de su cara de dorado, y estaba tan guapo, tan esperanzado, que se me cortó la respiración.

—Célie. —Tomó mi mano en la suya y deslizó el pulgar por mi dedo anular desnudo—. Te he querido desde el momento en que me caí del naranjo en tu jardín. —Se rio con suavidad ante ese recuerdo, luego negó con la cabeza—. Tú… apartaste a codazos a Reid y a Filippa y exigiste ver mi rodilla ensangrentada. ¿Te acuerdas? Supe entonces, incluso antes de que levantaras la pernera de mi pantalón, antes de que salieses corriendo en busca de una venda, que jamás había visto a nadie tan hermosa. Tan *buena*. —Se me quedó el corazón atascado en la garganta cuando tomó el anillo de mis manos—. ¿Querrás hacerme el hombre más feliz del mundo, Célie? ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Ni siquiera me paré a pensarlo.

Me limité a asentir entre lágrimas y, cuando se puso de pie y

deslizó el anillo en mi dedo, me pregunté si alguien podía morir de felicidad. Sin embargo, antes de que ninguno de los dos pudiésemos decir ni una palabra, el padre Achille irrumpió en la habitación con aspecto preocupado.

—*Ahí* estás, capitán Toussaint. ¿Dónde te habías metido? —Sacudió la cabeza con irritación sin esperar una respuesta—. No importa. Ha estallado un altercado alrededor del Soleil et Lune. Al parecer, un puñado de *Dames blanches* ha prendido fuego el sitio entero. Louise está conteniendo la situación, pero deberíamos haber enviado a una unidad hace media hora.

—Iré ahora mismo. —Jean Luc se dispuso a soltar mi mano con una expresión de disculpa, al tiempo que el padre Achille se marchaba a toda prisa de la habitación—. Quédate aquí, Célie. Volveré en una hora y podremos celebrarlo. Te lo prometo.

Me aferré a sus dedos con las yemas de los míos.

—Pero ¿no debería ir…?

—No. —Sacudió la cabeza una vez, pero sus ojos ya miraban a través de mí. *Más allá* de mí—. Es tu primer día en el puesto y, de todos modos, ya has oído al padre Achille: Lou lo tiene todo bajo control. Nuestra presencia es más una muestra de apoyo que cualquier otra cosa. —Entonces, besó mi frente—. Te quiero —añadió.

Te quiero.

Te he querido desde el momento en que me caí del naranjo en tu jardín.

Jamás había visto a nadie tan hermosa. Tan buena.

Despacio, con amargura, vuelvo a la llovizna del exterior de la Torre de los *chasseurs*, la vista fija en la tercera ventana desde la derecha. Aquella tarde soleada parece haber sucedido hace una eternidad. No debería estar aquí ya, eso lo sé, pero tampoco puedo irme a ningún otro sitio. No puedo poner en peligro a mis amigos regresando al piso de Lou y Reid, y no puedo poner en peligro al reino buscando refugio en el castillo con Beau y Coco. No puedo pedirles a mis padres que me alberguen, no en este estado, y Michal…

No.

Con la vista borrosa entre la lluvia, avanzo a trompicones.

Solo necesito… *hablar* con Jean Luc, verlo. Nunca le pusimos un cierre real a nuestra historia, y todo lo que he tocado desde que lo dejé se ha desmigajado entre mis dedos. *Todo*, repite mi mente con tono desquiciado. Incluso la calle bajo mis pies parece moverse, cabecear con cada uno de mis pasos, y me tambaleo otra vez, hasta el punto de tener que apoyarme contra una farola cuando otro trueno retumba en la distancia. Jean Luc siempre fue de lo más estable. Siempre pareció de lo más seguro. Me aparto de la farola y me dirijo a trompicones hacia las escaleras de la catedral con una desesperación creciente. Porque ahora me odia, me *aborrece*, aunque no puede odiarme más de lo que me odio yo misma.

Quizá si solo pudiera oírle decirlo, si alguien en este miserable reino pudiera decirme la *verdad*, eso me absolvería de todas las cosas terribles que siento. Todas las cosas terribles que he *hecho*. Si Jean Luc se limitara a tratarme como el monstruo que soy, quizá pudiera seguir adelante.

O tal vez pueda pedirle que ponga fin a esto de una vez por todas.

La idea, pequeña y callada y terrible, surge de la parte más oscura de mi mente. Sin embargo, no me atrevo a examinarla demasiado de cerca, aun cuando la voz de Frederic sale serpenteando para unirse a ella. *Deberías haber sido tú*.

—No —susurro.

Con una explosión de velocidad, esprinto hacia las escaleras de la catedral, decidida a llegar hasta Jean Luc antes de que se unan otras voces, pero en el instante en que mi pie desnudo toca la piedra, siento que se quema como si hubiese pisado brasas al rojo vivo. Aturdida, reculo a toda prisa, solo para aterrizar con fuerza sobre el trasero, y observo cómo unas furiosas ampollas rojas desgarran el tercio anterior de mi pie. Mis lágrimas caen con más ganas ahora. Más abundantes. Apenas puedo ver a través de ellas mientras gateo para ponerme de rodillas, incrédula, y levanto unos dedos temblorosos hacia el escalón de abajo.

Empiezan a chisporrotear según se acercan a la piedra. Empiezan a echar *humo*.

Igual que hizo mi garganta cuando quise pronunciar el nombre de

Dios.

Me apresuro a retirarlos, luego los sujeto contra mi pecho y sollozo cuando la gravedad de mi situación por fin cae sobre mí. Cuando atraviesa esta nueva piel fétida mía como una enfermedad, como una plaga. Excepto que *yo* soy la enfermedad. *Yo* soy la plaga. Jamás volveré a pronunciar su nombre, y jamás volveré a entrar en su casa. Jamás entraré en su reino porque estoy condenada. Jamás volveré a pasear al sol, jamás volveré a hablar con mis padres, jamás volveré a comer chocolate con mis amigos ni escaparé a sueños y ni siquiera flirtearé con el librero calle arriba, porque soy una muerta viviente.

Porque soy tonta y no puedo volar. Nunca pude.

Y aquí ya no hay nada más para mí.

Despacio, coloco las palmas de mis manos escaldadas sobre los adoquines fríos y mojados. Mis hermanos se despertarán pronto, si no lo han hecho ya. Cualquiera de ellos podría mirar abajo desde las ventanas de sus dormitorios comunes y ver a la diabla que una vez rondó por sus pasillos sagrados. La demonio.

La vampira.

Ni siquiera Jean Luc puede absolverme de eso.

Como si lo hubiese conjurado con mis pensamientos, su voz grave y familiar llega flotando hasta mí desde la callejuela de detrás de la Torre.

De entrada cierro los ojos, sin querer creer lo que estoy oyendo. No sería la primera vez que mi mente me juega una mala pasada. No obstante, cuando una segunda voz, aguda, femenina y desconocida, se une a la suya, abro los ojos de golpe.

Jean Luc a menudo empieza la mañana haciendo ejercicio.

Me levanto a toda prisa, sin preocuparme de mi pelo enmarañado y mi camisón translúcido, y doblo la esquina a la carrera. Mis labios ya han formado su nombre cuando derrapo para detenerme, el ceño fruncido ante la escena que se desarrolla ante mí. Porque ahí está Jean Luc, desde luego, vestido con la ropa ligera que utiliza para hacer ejercicio, pero detrás de él se alza una mujer alta y pálida de pelo dorado. Frunzo el ceño aún más y me oculto entre las sombras antes de que ninguno de ellos me vea. La mujer lleva la misma ropa

ligera que Jean Luc y realiza los mismos estiramientos lánguidos, como si estuviera a punto de… de *hacer ejercicio* con él.

A mí no me dejó nunca hacer ejercicio con él.

Miro a la mujer con más detenimiento, aunque debo hacer un esfuerzo por enfocar los ojos por los bordes borrosos de mi visión. Alguien ha encendido las dos antorchas que flanquean la entrada lateral a la Torre. Las llamas parpadean con suavidad bajo la fina llovizna. Aunque la mujer parece tener más o menos mi edad, se mueve con mayor confianza, los hombros rectos y orgullosos a pesar de su altura. Su lustroso pelo está retirado de su cara en una coleta tirante, lo cual alarga sus facciones ya zorrunas y recalca las altas líneas de sus pómulos.

Aunque no tiene una belleza tradicional, no puedo apartar la vista.

—Esto se está poniendo patético, Toussaint. —Con una sonrisilla de suficiencia, tira de uno de sus largos brazos por delante de su pecho para estirar los músculos, antes de pasar al siguiente—. Si quieres pasar más tiempo conmigo, no tienes más que decirlo.

Aunque Jean Luc pone los ojos en blanco, también esboza una leve sonrisa.

—Ayer flaqueaste en el patio de entrenamiento, Brigitte. Henry casi te derrotó. He pensado que te vendría bien un poco de tiempo extra para espabilar esta mañana.

La mujer resopla con desdén.

—Aun así, te pateé el culo.

—Esa boca. —Aunque no suena enfadado. Tampoco suena exasperado ni decepcionado. No. Suena casi… contento con ella.

Miro a la joven con ojos hambrientos.

Sin borrarse la sonrisilla de la cara, se queda callada y se inclina hacia delante para estirar las piernas. Pero sigue mirando a Jean Luc por el rabillo de sus cristalinos ojos. Como una polilla atraída por una llama. Y ni siquiera puedo culparla; Jean Luc siempre ha sido guapísimo. No como un vampiro, por supuesto, sino… como un hombre. Desde mi escondrijo, puedo oír los latidos rítmicos de su corazón, casi puedo *sentir* el calor y la vitalidad que irradia. De repente, no puedo permanecer escondida más tiempo. Salgo a la luz de las antorchas y murmuro:

—Jean.

Tanto él como Brigitte se giran al unísono.

Aunque Jean Luc abre mucho los ojos al verme, sus pupilas se dilatan y su boca se entreabre con una espiración suave, todo su cuerpo se pone en tensión, como si se preparase para un ataque. Mi propio cuerpo se tensa en respuesta. Tenía el mismo aspecto cuando vino de visita la semana pasada: como si jamás hubiese visto a una mujer tan preciosa. Como si no quisiera volver a verme en la vida.

—Célie —susurra.

Al oír mi nombre, Brigitte nos mira a ambos con recelo, y la luz de sus ojos parece endurecerse. *Ha oído hablar de mí*. No sé si sentirme mejor o peor al respecto. Nadie en la Torre de los *chasseurs* me habrá dedicado ningún cumplido, aunque ya no es que importe lo que dicen. Me sacudo para mis adentros y el mundo parece estremecerse conmigo. Mis pensamientos siguen dispersos, distantes. Imposibles de atrapar.

Opto por concentrarme en el sonido de los latidos del corazón de Jean Luc.

Late al son del pulso sordo en mi cabeza. *Lubdub. Lubdub. Lubdub*. Nunca me había fijado en los latidos de su corazón cuando estaba viva. Nunca me había dado cuenta de lo importante que sería. De lo preciado. Aunque trato de ignorarlas, las náuseas aumentan en mi estómago otra vez. Porque ahora tiene el latido de otra persona para ir a juego.

—¿Quién es ella? —susurro, al tiempo que oscilo sobre mis pies.

Cuando mis ojos aletean, los de Jean Luc se entornan y se acerca más, a regañadientes, al tiempo que estira un brazo hacia un lado para evitar que Brigitte lo siga.

—Ve dentro —dice con sequedad.

Brigitte no se mueve. En lugar de eso, me observa con frialdad, sus ojos cristalinos, avispados y azules.

—Creo que me quedaré aquí.

—*Ahora*, Brigitte.

Con una mueca contrariada, la mujer retrocede despacio, sin darnos la espalda hasta que llega a la puerta. Incluso entonces, vacila un instante, abre la boca como para decir algo. Pero en el

último segundo, parece cambiar de opinión, y suelta un bufido antes de dar media vuelta y desaparecer en el interior. Su largo pelo vuela en círculo y desaparece de la vista detrás de ella.

—¿Célie? —Jean Luc levanta las manos con cautela, como si se preparase para ayudarme a mantener el equilibrio, o quizá para mantenerme a distancia—. ¿Estás bien? ¿Pasa algo? —Echa un vistazo detrás de mí—. ¿Dónde están los otros?

Quiero que me toque.

Por favor, no me toques.

—He venido sola.

—¿Por qué?

No tengo respuesta para eso. No tengo respuesta para nada ya; quizá no las tuve nunca. Solo tengo los latidos de su corazón. *Lubdub. Lubdub. Lubdub*.

—Creo que quizá me esté muriendo —digo.

—¿Qué? —Frunce el ceño, confuso, alarmado, y da otro paso hacia delante. De un modo vago, pienso que no debería. En vez de eso, debería seguir a Brigitte al interior, debería irse a algún sitio donde yo no pueda volver a tocarlo nunca más. Recorre con la mirada mi piel pálida, las sombras bajo mis ojos hundidos, el marcado relieve de mi clavícula. No necesito un reflejo para saber el aspecto tan llamativo y terrible que tengo. Tan despampanante—. Reid y Lou… Se supone que te están ayudando. Me *dijeron* que te ayudarían. ¿Saben ellos que estás aquí?

Niego con la cabeza, despacio.

Jean Luc aprieta la mandíbula.

—Por supuesto que no. ¿Y esa… esa *vampira*? —Escupe la palabra como la maldición que es—. La que nos siguió desde Requiem. La insufrible. ¿Por qué no está ella contigo?

Odessa.

—No es culpa suya. No es culpa de ninguno de ellos.

Dejamos que la verdad tácita se extienda entre nosotros: *es culpa mía*.

Para mi alivio, esta vez no me lo discute, no miente para proteger mis sentimientos como hacen los otros. Porque él lo sabe. Jean Luc sabe cada cosa espantosa que he hecho jamás, y todas ellas le

parecen despreciables. *Yo* le parezco despreciable. No obstante, en lugar de decir las palabras en voz alta, da otro paso y veo cómo sube y baja su garganta ante lo que sea que ve en mi cara—. ¿Por qué has venido aquí, Célie?

—Necesitaba verte.

Una miríada de emociones destellan en sus ojos en rápida sucesión: esperanza, incredulidad, ira y, por fin, cautela. *Bien*. La cautela es buena. La cautela es necesaria.

—No deberías decirme cosas como esa —dice en voz baja. Aun así, no me marcho.

—¿Por qué no?

—Porque no es verdad. Necesitas… a otras personas ahora. —Niega con la cabeza y se fuerza a apartar la mirada, a mirar hacia la puerta por la que acaba de desaparecer Brigitte. Cuando se ríe, el sonido rezuma autocrítica. Eso me distrae del mareante tamborileo de su corazón—. ¿A quién quiero engañar? En verdad, nunca me has necesitado. Esto, *lo que sea* que hay entre nosotros, siempre ha significado más para mí que para ti, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? De lo contrario, no estarías aquí.

—Jean, yo…

Sus ojos destellan furiosos, y las palabras vacías colapsan antes de que pueda pronunciarlas.

—No me mientas, Célie —masculla—, y yo no te mentiré a ti.

Petite menteuse, me llama Michal.

Pequeña mentirosa.

Jean Luc y yo nos miramos a través de la lluvia, un océano de dolor inconfesado entre nosotros.

—¿Cómo puedes mirarme siquiera? —pregunto en voz baja—. Yo te… te eché de mi lado. Te abandoné. Zo… zorreé con un vampiro, y ahora… ahora soy… —Incapaz de continuar, señalo mi terrible y precioso cuerpo. Sin decir ni una palabra, él cruza la distancia que nos separa y agarra mi mano. La noto demasiado caliente en la mía. Ardiente. Mis ojos se posan en el pulso que late en su cuello. Al igual que los otros, no se da cuenta del peligro de estar cerca de mí. Quizá *no pueda* hacerlo porque todavía piensa que soy Célie. Todavía piensa que soy suya.

Se agacha un poco para poner la cara a la altura de la mía, como para demostrar ese hecho.

—Nada de eso importa. ¿Es que no lo entiendes? No hay *nada* que hayas hecho que no podamos arreglar juntos. Por favor. —Traga saliva de nuevo y mis ojos siguen el movimiento, las fuertes líneas de su cuello. Él no parece percatarse—. Célie, esto no puede ser el fin para nosotros. Después de todo, se… se suponía que íbamos a estar juntos para siempre.

Como hace tanto tiempo, su pulgar se desliza por mi dedo anular desnudo y me mira como un hombre hambriento.

Esto no está bien. No debería estar diciendo estas cosas tan bonitas, no a mí, y el «para siempre» ya no puede existir entre nosotros. Yo estoy *muerta*, y él… él sigue en la flor de la vida. Tiene años, décadas, por delante, y deberían estar llenos de amor y de risas y de luz. Jean Luc nunca ha sido de los que ceden. Él no se limitará a sucumbir a sus circunstancias, lo cual significa que *encontrará* a alguien a quien amar en mi lugar. Construirá una vida con esa persona, envejecerá con ella. Esa odiosa luz esperanzada de sus ojos… ya no me pertenece.

—¿Quién es ella? —susurro de nuevo, y me odio por hacerlo. Me odio por preguntar. Me odio por que me importe.

Jean Luc se lleva mis manos al pecho, las acuna en su calor. En vida. Aunque el instinto me insta a apartarme, a marcharme antes de hacer algo de lo que me arrepentiré, mis pies permanecen anclados a los adoquines, incluso cuando él deposita un suave beso en mis nudillos.

—Ella no eres tú, Célie.

—Tienes razón. No es un monstruo.

Hago acopio de mis últimas fuerzas antes de dar media vuelta para marcharme, pero Jean Luc se niega a soltarme. Con manos firmes, tira de mí y me hace girar de vuelta hacia él, y con una acción que me condena directa al infierno, yo se lo permito. La cabeza me da vueltas cuando caigo contra su pecho, y su aroma me envuelve en una ola deliciosa. *Debería irme de aquí. Debería marcharme*. En lugar de eso, restriego mi mejilla fría contra los rítmicos latidos de su corazón hasta que es el único sonido que existe.

—No eres un monstruo. —Enreda sus dedos en mi pelo mojado. *Lubdub*—. Yo jamás podría querer a un monstruo, y a ti te quiero. —*Lubdub. Lubdub. Lubdub*—. Di algo —murmura—, por favor.

Te he querido desde el momento en que me caí del naranjo en tu jardín.

Mis manos se enroscan en su camisa. Lo noto igual que siempre, solo que también diferente… Más blando, más caliente. Mejor. Desesperada por capturar el calor de su piel, deslizo las manos entre los botones de su camisa, aunque observo el movimiento como si mis dedos le perteneciesen a otra persona. Jamás me había permitido tocarlo de este modo. No debería permitirlo ahora. No es justo para él. Aun así, respiro hondo, las palmas de mis manos apretadas contra su corazón. Tampoco me había permitido saborear jamás su *olor* dulce y limpio.

Sin previo aviso, mis brazos se enroscan alrededor de su cintura y lo atraigo hacia mí. Lo sujeto bien pegado a mi cuerpo.

Lubdub, lubdub, lubdub.

Embelesada, deslizo la lengua por su rápido pulso. Sabe a sal, un poco amargo por su jabón, pero, por debajo de todo ello, aguarda algo más rico. Algo más oscuro. Mi cuerpo entero se estremece al son del suyo. Con un gemido, intenta apartarse, su respiración entrecortada y sus ojos desenfocados.

—Célie, ¿qué estás…?

La puerta de la Torre se abre de golpe y por ella asoma Brigitte.

—¡Apártate de él! —escupe.

Demasiado tarde.

Mis colmillos ya se han alargado y, aunque estoy débil, aunque estoy mareada, sigo siendo una vampira, y quizá aún más peligrosa por ello. Ninguno de los dos puede moverse a la velocidad suficiente para detenerme. El grito de Brigitte aún flota en el aire cuando hinco los dientes en el cuello de Jean Luc.

CAPÍTULO 9

Petite menteuse

La sangre de Jean Luc llena mi boca, más espesa y más rápida de lo esperado. Más caliente. Rueda por su cuello y su hombro, por todo mi pecho, hasta que nos tiñe a los dos de escarlata. A pesar de ello, no me detengo. No puedo parar. Aunque un mar de lágrimas empapa mis mejillas, aunque Jean Luc forcejea contra mí, sorprendido y horrorizado, farfullando incoherencias, me limito a deslizar los brazos por debajo de sus axilas y tiro de él hacia abajo, más cerca. Para facilitar mi acceso.

—Cé… Célie. —Agarra mi cintura e intenta apartarme de él—. Célie, *para*.

Apenas noto sus esfuerzos. Sus manos podrían ser una suave caricia. De hecho, a medida que su sangre llena mi cuerpo, me resulta sorprendentemente fácil sujetarlo. Mantenerlo conmigo para siempre. *Mío*. La idea brota como un gruñido. Y quizá gruña *de verdad*, al tiempo que mis dientes se clavan más profundo, porque Jean Luc hurga por mi nuca ahora, en mi pelo y mi camisón, desesperado por encontrar una manera de agarrarme. Y su *miedo*… Ahora lo percibo, lo huelo, más intenso que la magia de sangre e igual de potente, embriagador incluso. Inunda todo el callejón hasta que me da la sensación de poder ahogarme en él, y mi mandíbula se aprieta en respuesta. Mi lengua trabaja de manera frenética. Estoy *desperdiciando* su sangre vital, *la desperdicio*, pero no puedo controlar el flujo, no puedo hacer nada excepto tender a Jean Luc en el suelo y atraparlo entre mis rodillas, inmovilizar sus manos inútiles contra los adoquines. Porque necesito más de su sangre.

Necesito *más*.

Sin embargo, antes de que pueda ajustar bien mi mordisco, una agonía estalla en mis costillas.

—¡*Suéltalo*! —Las manos callosas de Brigitte sustituyen a las de Jean Luc y la mujer chilla y tira de mis brazos, antes de deslizar la Balisarda de plata de Jean entre mis costillas una vez más. Dos. Tres puñaladas brutales. Aunque me atraganto y gruño y me retuerzo para apartarme de ella, delirante del dolor, *abrasada*… mis manos se niegan a soltarlo. Mis colmillos permanecen clavados en su cuello, aun cuando sus movimientos son cada vez más lentos. Más débiles. Brigitte levanta la Balisarda para golpear de nuevo, los ojos desquiciados del miedo. El olor solo me incita a seguir—. ¡Aléjate de él! ¡He dicho que *te*… —Rechina los dientes del esfuerzo, sin dejar de lanzar puñaladas a diestro y siniestro—. ¡Que te *alejes!* —Concentra sus tajos en mis brazos ahora, implacable en su ataque—. ¡Socorro! *¡Socorro!*

Sin embargo, en un enfermizo círculo vital, la sangre de Jean Luc cura mis heridas en cuanto se abren, y los sollozos de Brigitte pronto se unen a los míos.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —Sus alaridos cortan a través del amanecer como un hacha—. ¡Que alguien nos ayude, por favor! *¡Por favor!* —En un último órdago desesperado por liberarlo, levanta la Balisarda muy alto, más alto, antes de clavarla en mi cuello.

Un dolor como el que no había sentido jamás desgarra mi cuerpo en dos.

Porque esta vez deja la hoja medio enterrada en mi carne, y siento cada centímetro de ella mientras me giro, despacio, para mirarla.

Una determinación letal martillea en mi pecho cuando arranco la Balisarda de mi cuello, la tiro al suelo y me pongo en pie de nuevo. Aunque la herida no se cura al instante, ni desaparece como las otras, la piel sí que se sutura sola. Y deja una línea fruncida y roja.

Brigitte se da cuenta de su error demasiado tarde. Abre los ojos como platos cuando enrosco el labio. Se le corta la respiración cuando mi visión se enfoca, rezumando sangre, y, después de una décima de segundo de deliberación, se aleja por el callejón en un intento obvio por distanciarme de Jean Luc. Y voy a darle lo que quiere. *Oh, sí.* Voy a darle *justo* lo que quiere, y voy a disfrutar de ver cómo esa luz brillante y fría abandona sus ojos mientras muere para protegerlo. La sangre ruge en mis oídos. Aunque sus ojos

saltan con frenesí de un lado para otro, en busca de una vía de escape, no hay ninguna.

Si huye, la atraparé, y mis rodillas ya se flexionan impacientes. Todo mi cuerpo se tensa, porque espero que lo haga. Espero que huya.

En ese momento, como en cámara lenta, se gira para hacer justo eso.

Y yo ataco.

Hace falta menos de un segundo para que unos brazos férreos se cierren alrededor de mi pecho e inmovilicen los míos contra mis costados. A continuación, su olor me engulle, rico y exuberante, y un intenso calor se enrosca en mi bajo vientre en respuesta. *Michal*. Y ahora soy *yo* la que forcejea en vano, bufando y gruñendo contra él, incapaz de moverme hasta que me suelte. Debí haber sabido que no se marcharía. Debí haber *sabido* que interferiría.

—Hola otra vez, mascota. —Su voz rezuma apatía; sacude la cabeza, ajeno a mis esfuerzos por romperle la espinilla con mis talones—. De verdad que debemos dejar de tener este tipo de encuentros.

—Suéltame —mascullo.

—Por mucho que me gustaría ver cómo te comes a tu prometido, el lío que eso provocaría no me interesa nada.

—Te *odio*.

—Ya lo sé, Célie.

Me estremezco de manera convulsiva al oír mi nombre en sus labios. Y odio mi reacción. De verdad. Le odio *a él*. Con una violenta maldición, me contoneo y me retuerzo para clavar los codos en sus costillas. Intento crear espacio entre nosotros, aflojar su agarre. Mi piel hormiguea de un modo intolerable donde él me toca y… y él no puede *estar* aquí. Le dije que se *marchara*. Aunque Jean Luc aprieta una mano contra su garganta para cortar la hemorragia, el olor de su sangre todavía se entrelaza con el delicioso aroma del vampiro detrás de mí, el aroma del miedo. Mi cabeza da vueltas con todo ello, cada olor más potente que el anterior, hasta que ya no sé ni quién soy entre sus brazos. Estoy delirando. Hasta que lo único que puedo oír es el lento latir del corazón de Jean Luc y los latidos

rápidos del de Brigitte.

Hasta que lo único que *veo* es escarlata sobre los adoquines, por mi pecho. Y ahora también cubre las mangas de cuero de Michal.

Las vuelve resbaladizas.

—Eres… eres *tú* —balbucea Brigitte, el semblante blanco mientras nos mira—. El capitán Toussaint nos habló de ti. Dijo que eres el que la secuestró, el que la *convirtió* en…

—Te sugiero —comienza Michal, y hace un gesto brusco con la barbilla en dirección a la Torre mientras la mujer busca frenética la Balisarda— que agarres al buen capitán y os marchéis, y que no le cuentes a nadie lo sucedido aquí. Los vampiros no tienen ningún problema con los cazadores. —Casi puedo ver sus ojos centellear cuando añade—: Todavía.

—Oh, no lo creo, *chupasangre*. —En lugar de una Balisarda, Brigitte lanza la palabra como un arma—. Los *chasseurs* me habrán oído. Llegarán en cualquier momento, y tú y ese *súcubo* tendréis lo que os merecéis.

—No seas estúpida, Brigitte. —Michal rechina los dientes cuando mis uñas arañan sus antebrazos y desgarran cuero y tela y piel. Cuando extraen sangre fresca. *Su* sangre. El olor se extiende por encima de mí como una ola y lubrica aún más sus mangas—. En estos mismos momentos, mi prima aguarda fuera para convencer a tus hermanos de regresar a sus habitaciones. Resulta que, después de todo, nadie oyó tus gritos.

Brigitte tiembla de la cabeza a los pies ahora, pero, con un grito triunfal, se agacha y agarra la Balisarda de Jean Luc de entre las sombras cercanas a las escaleras.

—Entonces, te mataré yo misma —declara—. Clavaré esta daga en tu corazón frío y muerto.

Al oír eso, levanto la vista. Sin pretenderlo, un sonido grave y gutural brota por mi garganta, un sonido que no había emitido nunca. Luego, me giro hacia ella de nuevo y me deslizo por debajo de la resbaladiza superficie de las mangas de Michal. Durante un único y glorioso segundo, nada se interpone entre Brigitte y yo. Me lanzo a por ella, demasiado deprisa como para que mi mente siga mis movimientos, como para encontrarle un sentido a la furia

repentina que sube por mi columna.

Sin embargo, antes de que pueda arrancarle la garganta, antes de que pueda darme un *festín* con ella, Michal aparece entre nosotras. Cuando vuelvo a gruñir e intento esquivarlo, él da un paso a un lado y me estrello contra su pecho, demasiado lenta como para contrarrestar su movimiento. Brigitte aprovecha la oportunidad para abalanzarse sobre su espalda con la Balisarda, pero él la aparta a un lado con una paciencia que está a punto de agotarse. Cuando el arma cae y resbala, inútil, detrás de mí, Brigitte recupera el sentido común y retrocede hasta Jean Luc.

La fulmino con la mirada desde detrás de Michal y bufo entre dientes.

Ella se arrodilla en respuesta, desliza los brazos por debajo de las axilas de Jean e intenta arrastrarlo hacia atrás. Lejos de mí.

Un error.

Es como si otra persona hubiese tomado el control de mi cuerpo. Lo único que veo es el odioso rostro de Brigitte, sus manos sobre Jean Luc, y nada de esto tiene sentido. Él no me pertenece, eso lo *sé*, pero el olor de su sangre, el olor de *Michal*, casi desgarra mi cuerpo en dos del deseo. Mi columna se arquea del hambre, del *dolor*, y me lanzo a por ellos. Retraigo los labios para enseñar los dientes, les lanzo mordiscos…

Los brazos de Michal se cierran a mi alrededor de nuevo y me levanta en volandas mientras intento avanzar, sollozando ahora. Vagamente, me doy cuenta de que me habla deprisa y en voz baja al oído, pero solo oigo una palabra.

—Célie —murmura. Una y otra y otra vez, repite mi nombre. Solo mi nombre. *Célie*. Como si supiera que me he ido a algún sitio donde él no me puede seguir, y no parará hasta que me arrastre de vuelta —. No quieres matarlos. No realmente.

—No tienes ni idea de lo que yo quiero —escupo.

—Oh, sí que la tengo. —Todavía se niega a soltarme, y me sujeta con fuerza pegada a él—. Tus sentidos han aumentado. Como vampiro, todo parece más vivo, más brillante, *mejor*, pero el dolor también es más intenso. Te *duelen* los dientes. Te palpita la cabeza. El olor de la sangre de Jean Luc se ha convertido en un pulso

atronador dentro de tu pecho y no eres capaz de oír nada aparte de ese tamborileo frenético. Quieres desmembrarla, hacerla pedazos por tocarlo, porque él *te pertenece*.

Sacudo la cabeza con vehemencia. Es un mentiroso.

Un mentiroso, un mentiroso, *un mentiroso*.

Y así sin más, me escurro entre sus brazos, completamente fuera de control, pero vuelve a aparecer delante de mí. Esta vez, sin embargo, me aprieta a la fuerza contra la pared del callejón con un antebrazo fuerte plantado en mi pecho. Su sobreveste resbaladiza ha desaparecido para dejar solo una camisa negra hecha jirones. El cuello de esta se abrió durante nuestro forcejeo, su pañuelo está arrugado y olvidado sobre los adoquines. Debería ser imposible, pero su desaliño lo hace parecer aún más amenazador, más salvaje, de algún modo, y más oscuro. Como si un dios primigenio se alzara sobre mí.

—Basta, Célie —dice con una calma absoluta—. A menos que quieras enterrar a tu prometido y a su nueva amiga, debes dejar de fingir que eres humana. Te guste o no, ahora eres una vampira, y los vampiros son una especie depredadora. *La* especie depredadora. —Sus ojos negros se clavan en los míos, insistentes e inamovibles, y sé, s*é a ciencia cierta*, que su paciencia se ha terminado—. No podemos sobrevivir a base de moralidad.

Las palabras hacen añicos los últimos retazos de mi determinación.

A su paso, una oleada de vergüenza amarga me atraviesa de arriba abajo. Llena cada grieta de mi pecho hasta que me da la sensación de que podría ahogarme. En mi estupidez, sí, en mi *insensatez*, pero también en mi miedo. Sabía que tendría que alimentarme antes o después. Tras vivir en Requiem con Michal, Odessa y Dimitri, ¿cómo podría no saberlo? Sabía lo que me haría falta para sobrevivir como vampira y, en verdad, la sangre en sí nunca me asqueó. Sigue sin hacerlo.

Detrás de Michal, Jean Luc trata de incorporarse sobre los codos, los ojos entornados de la incredulidad. Todavía busca los míos, aun cuando Brigitte intenta arrastrarlo hacia atrás, pero él se resiste. Horrorizada, le sostengo la mirada solo durante un segundo antes de apartar la vista. Porque el olor de su sangre todavía remueve algo en

mi interior. Porque mi tripa todavía da un retortijón en respuesta; mis dedos todavía se enroscan para reclamarlo.

Retrasé lo inevitable porque no quería hacerle daño a nadie.

Así que ya no lucho contra Michal. Me limito a levantar la barbilla y a desnudar mi alma entera ante él.

—No creo que pueda hacer esto.

Es la espantosa verdad que he intentado evitar, la que mis amigos y mi familia han ignorado siempre porque me quieren: no soy suficiente. Nunca lo he sido y nunca lo seré. A cada giro de los acontecimientos, he fracasado: no he sabido ser una hermana, ni una dama, ni una cazadora, ni una prometida. He fracasado incluso a la hora de ser una Novia. Frederic ganó, resucitó a mi hermana porque creí que podía ser más lista que él, que podía desbaratar todos los planes que con tanto cuidado había trazado, y que podría hacerlo nada más que con esperanza y polvo de hadas. Por supuesto que ahora fracaso también en ser una vampira.

Parece que, a fin de cuentas, todo el mundo ha visto sus deseos cumplidos, y qué decepcionados deben sentirse.

Trágicamente, sigo siendo Célie.

Como era de esperar, Michal no se compadece de mí. Si acaso, su expresión se endurece aún más, y me suelta sin previo aviso para levantarse la manga con brusquedad.

—Me temo que no tienes elección. Si te niegas a alimentarte, *matarás* a alguien, es probable que a toda la Torre de los *chasseurs*, y te odiarás más de lo que lo haces ya. —Antes de que pueda impedírselo, sus colmillos descienden y se muerde la muñeca lo bastante profundo para hacerse sangre. Su olor me atraviesa como la hoja de un cuchillo. Su borde irregular me apuñala el cuello, el pecho, el estómago, hasta que bufo de dolor delirante. A él no le importa—. Tus opciones son limitadas ahora, Célie. Puedes alimentarte de mí o, si lo prefieres, puedo enseñarte a alimentarte de esos dos. Incluso puedo enseñarte a borrar sus recuerdos…

Niego con la cabeza antes de que pueda terminar, al tiempo que hago caso omiso de la forma en que su sangre resbala por su antebrazo. Me duele la mandíbula.

—No los violaré de ese modo.

—Ella te ha clavado una espada en el cuello.

—No, yo… tomé de Jean Luc más de lo que debía. Ella solo estaba… estaba…

—Célie. —La voz de Michal se suaviza de manera inexplicable mientras retira el pelo mojado y enredado de mi cara. Eso lleva su muñeca más cerca de mi boca, así que cierro los ojos con fuerza y me niego a respirar. Me niego a *pensar*. Porque no puedo volver a beber de Michal. Ahora no; como vampiro, no. Hacerlo sería aborrecible, antinatural. Íntimo. Increíblemente íntimo. Aunque no puedo explicar por qué, lo sé. En lo más profundo de mi ser, sé que algo cambiaría entre nosotros si lo hago.

Como para tranquilizarme, seca una lágrima de mi mejilla con el pulgar.

—No me harás daño.

No seas repugnante, había dicho una vez Mila. *Los vampiros solo beben de otros vampiros en situaciones muy poco familiares.*

Nunca le pregunté a qué se refería, nunca soñé que algo así fuese a ser relevante jamás para Michal y para mí. Y quizá sea el dolor de mi estómago o que soy de verdad una mentirosa de la peor calaña, pero las consecuencias parecen importar menos ahora de lo que importaban antes. Ya he hecho lo peor. Ya he atacado a alguien a quien quiero. Casi lo he matado en un arrebato de pasión, o puede que de ira ciega. De celos. Quizá Odessa estaba en lo cierto y todas las emociones que tan intensas se sienten como vampiro se convierten en hambre.

Con los ojos aún cerrados, agarro la muñeca de Michal justo cuando las marcas de la mordedura empiezan a curarse. No puedo soportar mirarlas. No puedo soportar mirarlo a *él*… No cuando mis labios se cierran alrededor de su piel, no cuando mis dientes se clavan más profundo donde acaban de estar los suyos. Su antebrazo cae de mi pecho a la primera succión de mi boca, se desliza alrededor de mi cintura con la segunda y me estabiliza cuando mis rodillas ceden.

—Despacio —murmura, al tiempo que desciende conmigo para sentarnos en los adoquines.

Pero no puedo ir despacio. No es fácil. No es fácil en absoluto.

El sabor de su sangre… Nada podría haberme preparado para él, y nada podrá volver a compararse con él jamás. Sé de inmediato que he cometido un error terrible, pero aunque el infierno mismo cayera sobre nosotros ahora, aunque surgiesen retornados de todas las tumbas, no sería capaz de parar. La sangre explota en mi lengua con un embriagador aluvión de calor arcano, de *magia*, y, a la tercera succión, mi cabeza amenaza con salir volando de mis hombros. Mi cuerpo amenaza con colapsar. Aun así, mantengo los ojos cerrados, lo atraigo hacia mí y bebo más profundo, hasta que una miríada de estrellitas blancas estallan por la oscuridad de mis párpados. Sospechaba que Michal era más fuerte que el vampiro medio, pero jamás hubiese imaginado *en qué medida*.

Cuando por fin lo siento fluir por todos los rincones de mi ser, poderoso y *potente*, me doy cuenta de que no me ha dicho que pare. No se ha apartado. De hecho, sigue acuclillado delante de mí, acaricia mi pelo y me murmura palabras de aliento. Me permite beber todo lo que necesito. Me permite… utilizarlo.

—Eso es. —Otra caricia de su mano—. Buena chica.

Me siento mejor. Cuando mis párpados aletean y se abren, me siento más llena, saciada, casi como yo misma otra vez, excepto que estoy… diferente.

Fluida y grácil.

Fuerte.

Me observa con una expresión inescrutable y su mano se detiene sobre mi pelo cuando por fin separo la boca de su muñeca.

—¿Has tomado suficiente? —pregunta, y su voz suena más ronca que antes.

—Yo… —Mi propia voz suena distante, más soñolienta, mientras lo miro desde abajo, hipnotizada por su silueta recortada por la luz de la farola—. Sí, gracias.

—¿Estás… bien? —pregunta con voz queda.

Sus ojos buscan los míos con esa misma intensidad impenetrable.

Me doy cuenta entonces, demasiado tarde, de lo mugrienta que debo estar: el pelo desgreñado y enredado, los pies descalzos, el camisón empapado de lluvia, barro y sangre. *Su* sangre. Me limpio la boca despacio antes de apartar la vista de él. Otro error.

Registro el resto de la escena; despacio al principio. Aunque Michal se ha posicionado para bloquear la calle, mis sentidos se han aguzado y no necesito ver a Jean Luc para oír que su pulso se ha estabilizado. Su hemorragia se ha ralentizado. Su respiración sigue siendo más superficial de lo que debería, y Brigitte jadea mientras pugna por arrastrarlo hasta la puerta. No obstante, los rápidos latidos aterrados de su corazón, el resbaladizo sonido de la ropa de Jean Luc sobre los adoquines, el olor penetrante de su sangre, tantísima *sangre*, ya no me llenan de ira. Ya no me llenan de hambre.

No.

Mi cuerpo entero tiembla cuando me pongo en pie. Michal se levanta conmigo, aún demasiado cerca de mí. Aún trata de protegerme de la calle.

—Célie —empieza con tono aplacador, pero yo lo esquivo con facilidad. Cuando veo la escena delante de mí, su sangre ruboriza mis mejillas. Se revuelve con violencia en mi estómago, amenaza con subir otra vez por mi garganta.

La lluvia ha cesado.

Deja un río escarlata en la calle, y mi garganta se engrosa al verlo.

No… no fui limpia en mi ataque. No fui suave.

—No —farfullo, y hago ademán de dirigirme hacia Jean Luc.

—No me toques. —Como si despertara de un trance, deja de resistirse a Brigitte y él mismo se arrastra hacia atrás. El olor de su miedo es una cosa viva y venenosa entre nosotros. A plena luz del amanecer, por fin puedo ver por qué: su cuello desgarrado, su piel moteada, sus ojos vidriosos y su color ceniciento—. Solo… solo márchate.

Casi le he arrancado la garganta.

Cualquier fuerza que pudiera haber sentido desaparece de un plumazo mientras salto hacia delante, agarro su Balisarda y la deslizo por mi antebrazo.

—Por favor. —Tiro el arma a un lado y planto mi brazo delante de él, desesperada—. Por favor, tómala, Jean. Hará que esto… que todo esto solo…

¿Que todo esto solo qué?, pregunta una voz desagradable en mi

cabeza. *¿Desaparezca?*

Cualquier fuerza que pudiera haber sentido se escapa como arena entre mis dedos cuando Jean Luc se levanta a duras penas, aparta mi brazo con brusquedad y se desploma contra Brigitte, que hace lo imposible por soportar todo su peso. Esa fuerza se calienta y derrite en una desesperación absoluta, porque algo como esto no puede *desaparecer* sin más. Algo como esto empieza una guerra, empieza una cruzada amarga como la que acabábamos de terminar. *No*. Como si me leyera la mente, Brigitte hace una mueca de desprecio, su cara roja del esfuerzo mientras ayuda a Jean Luc a llegar a la Torre.

—Te buscaremos sin descanso por esto. Te lo haremos *pagar*.

—Pero puedo arreglar…

—No puedes *arreglar* esto. —Palpa detrás de ella para abrir la puerta y pugna por arrastrarlo al otro lado del umbral—. El capitán Toussaint es la única razón de que los *chasseurs* no hayan reducido vuestra isla a cenizas.

No, no, no…

Con una histeria creciente, corro tras ellos. Me dirijo a Jean Luc ahora, sin dejar de agitar el brazo en ademán suplicante.

—Podrías *morir*, Jean Luc. Por favor, por favor, solo deja que te cure…

—¿Igual que él te curó a ti? —La voz de Jean Luc suena débil, y hace una mueca cuando Brigitte tira de él hacia el pasillo. Aun así, trato de retenerlo, decidida a hacer *algo*, pero la mano de Michal cae sobre mi hombro justo cuando mis dedos empiezan a quemar. Los retiro a toda prisa y se me vuelven a anegar los ojos de lágrimas por las ampollas. Por el humo.

—No puedes seguirlos —dice con suavidad.

Giro en redondo para mirarlo, para suplicarle que de algún modo, de alguna manera, deshaga todo esto.

—¿Por qué?

¿Por qué tuvo que ocurrir esto?

Sin embargo, no es Michal quien responde, sino Jean Luc. Un mar de lágrimas rueda por sus mejillas mientras me mira desde el pasillo oscuro, pero su expresión no es afligida. No es triste. En lugar de

eso, todo su rostro se retuerce, crispado por la repulsión.

—Porque es un lugar sagrado. El mal no puede entrar aquí.

Abro los ojos como platos. Dolida. Incrédula.

El *mal*.

—Puesto que has rechazado nuestra sangre —le dice Michal a Jean Luc con tono seco—, deberías saber que vuestros curanderos no pueden hacer nada por esas heridas. A mí no me importa lo más mínimo si vives o mueres, pero a Célie sí. Ella es la única razón de que te ofrezca esta alternativa: haz venir a tus amigos. La magia de sangre puede curarte si se administra deprisa.

—Como si fuésemos a fiarnos de *ti* en… —empieza Brigitte, pero Michal le cierra la puerta en las narices. Después, se vuelve hacia mí.

—¿Célie? —pregunta, sus ojos recelosos.

Todos debemos ir a la sala del reloj antes o después.

—Llévame a Requiem, Michal —susurro.

PARTE 2

Un clou chasse l'autre.
Un clavo saca otro clavo.

CAPÍTULO 10

Haz que así sea, y así será

Una hora después, estoy sentada en una extraña tiendecita de artículos de segunda mano que da a los muelles.

No es gran cosa: unos cuantos tomos polvorientos sobre navegación, un ovillo de cuerda y, curiosamente, una cesta de gatitos. Michal y Odessa conocen al propietario, un hombre corpulento de mediana edad con una sonrisa amable y un escritorio en su escaparate.

—Espera aquí —me dijo Michal, la mano apoyada en mis riñones mientras me urgía a entrar en la tienda—. Tengo que hablar con el capitán del puerto.

—¿Este lugar tiene material de papelería? —le pregunté con voz hueca—. ¿Y sobres?

Vaciló en la entrada, mientras me lanzaba una mirada inquisitiva.

—Eso creo.

Ahora contemplo los sobres. Sentada ante el escritorio del escaparate, me concentro en el peso y la textura del lino, en sus esquinas tiesas, en el reluciente sello del tendero. Cera carmesí. Me tiembla un poco la respiración cuando me inclino hacia delante para soplar sobre el líquido viscoso hasta que se endurece, hasta que parece algo distinto de… distinto de…

Me sacudo mentalmente con violencia.

De la *sangre*.

Esto se está volviendo ridículo. Todavía puedo decir la palabra. Todavía puedo *pensarla*.

Mis manos, sin embargo, no parecen estar de acuerdo; salen disparadas con un frenesí obsesivo para voltear cada sobre y ocultar la cera, así que contemplo en cambio los nombres escritos en la parte delantera en tinta negra. *Negra como el gatito a mis pies*,

pienso con firmeza. Mi visión se concentra sobre esas letras, sobre cada trazo y curva de mi caligrafía, hasta que no existe nada más. *Negra como mi pelo, como el chaleco del tendero. Negra como*…

Levanto la vista y observo a Michal a través de la ventana mientras habla con el capitán del puerto.

Incluso de lejos, alcanzo a ver sus ojos negros.

Entre el ajetreo de los comerciantes, los estibadores y los pescadores, parece más preternatural que nunca, demasiado quieto y apuesto como para poder confundirlo jamás con un humano. Demasiado pálido. Su piel de alabastro brilla como un faro a la escasa luz, llamativa y perfecta contra su ropa oscura. Por suerte, su sobreveste oculta la mayor parte de su camisa desgarrada, excepto las mangas. Esas también las rasgué yo. El capitán del puerto mira las marcas de garras en el cuero con recelo, al tiempo que saca un pañuelo para secarse la frente.

Michal me dio su capa para ocultar las manchas de sangre de mi camisón.

Me fuerzo a relajarme y cuento los gatitos de la cesta mientras espero a que termine de organizar nuestro transporte. Siete en total. Maúllan y trepan por el mimbre en un intento desesperado por llegar hasta mí. Apesadumbrada, me agacho para rascar la cabecita de cada uno de ellos con un sentimiento inesperado de pérdida; mi madre siempre nos prohibió tener animales en casa, así que Filippa y yo nunca tuvimos una mascota.

Me enderezo con un suspiro desdichado. Con el tiempo, Filippa la persuadió para que me dejase adoptar uno de los caballos de nuestra cuadra, Cabot, y, cuando me uní a los cazadores, insistí en llevármelo conmigo del West End a la Torre de los *chasseurs*. Lo más probable es que ahora piense que lo he abandonado y que reciba su pienso de manos de Brigitte.

Desearía que Michal se diese prisa.

Cerca de la caja registradora, Odessa estudia con detenimiento un precioso mapa estelar trazado a tinta, mientras el propietario de la tienda cuenta sus últimas *couronnes* y toma notas cuidadosas en su libro de contabilidad.

—Lucille viajó todo el camino hasta Zvezdya para adquirir esa obra

—le explica con orgullo—, junto con una brújula de obsidiana pura del hogar de un hechicero. La Sombra, lo llaman los lugareños.

—Los hechiceros no existen, Yves —dice Odessa distraída, aunque no de un modo desagradable, mientras examina el mapa—. Espero que tu hija no pagara una suma desorbitada porque un charlatán se hiciese llamar *así.*

—Siempre tan escéptica. —Con una risa suave, Yves cierra la caja registradora y le da unas palmaditas cariñosas en el brazo—. Es una pena, tu hermano me creería. ¿Dónde está Dimitri, de todos modos? —Odessa se pone tensa al oír el nombre de su hermano, pero es un gesto casi indiscernible e Yves no parece notarlo, los ojos centelleantes de picardía. Me pregunto si sabe con quién está hablando en realidad. Me pregunto si sabe lo que come Odessa—. ¿Está por ahí enamorando a las chicas locales? Sé que a Lucille le encantaría verlo antes de que se marche.

Odessa se planta una sonrisa en los labios y devuelve el mapa a su balda.

—Me temo que Dimitri está ocupado con otras cosas.

Ocupado con otras cosas. No es una mentira, *per se*. Es probable que desaparecer con el Nigromante después de su traición en la víspera de Todos los Santos haya tenido a Dimitri bastante ocupado esta semana. No lo ha visto nadie desde la gruta, donde asesinó a Babette, se alimentó de Beau y atacó a su propia hermana en un intento desesperado por apoderarse del grimorio de La Voisin. En su defensa, creía que contenía la cura para su enfermedad de la sangre.

Asimismo, casi nos mató a todos.

Odessa tiene la vista clavada en la lata de galletas junto al mapa estelar, el cuerpo tan tenso como un arco.

Por fortuna, en ese momento entra un cliente, que interrumpe lo que fuese que pudiera haber dicho Yves.

Como si percibiese el peso de mi mirada, los ojos de Odessa se deslizan hacia los míos, pero yo aparto la mirada a toda prisa y despliego mis sobres por el escritorio: «Para Jean Luc», «Para Brigitte», «Para Lou». Mis dedos aún tiemblan un poco sobre la última carta. No han dejado de temblar desde que la escribí. Miro

con determinación las lúnulas manchadas de mis uñas, la sangre marrón reseca debajo de ellas, en lugar de imaginar la cara de Lou cuando despierte y no me encuentre ahí. *Marrón como las hojas otoñales. Como las bellotas y el café de castaño.*

Lou se merece mucho más de lo que le he dado. *Todos* ellos lo hacen. Aun así, no puedo soportar decirles adiós en persona. Eso me convierte en una cobarde miserable, sí, y en una amiga espantosa, pero si regreso a la puerta de su casa, si me siento en esa alegre cocina con sus ollas de cobre y sus gordas peonías, sé que jamás me marcharé. Y al final le haría daño a alguno de ellos, como le he hecho daño a Jean Luc, y eso no puede ocurrir. No puedo volver a ponernos, a ellos y a mí misma, en esa situación.

Nunca más.

Me aferro a esa convicción con cada fragmento de mi cuerpo. Se vuelve imperativo, una balsa salvavidas, y aunque no me mantendrá a flote para siempre, sí me mantiene a flote por el momento. Me mantendrá a flote directo hasta Requiem, donde debo… pagar por lo que he hecho, de alguna manera. Donde debo *arreglar* las cosas.

Deslizo un dedo por las afiladas esquinas del sobre mientras me devano los sesos.

Hace tres años, en la noche de mi debut en sociedad, me encontré sola en la cima de nuestra gran escalinata, contemplando desde lo alto a los guapísimos jóvenes en nuestro salón de baile. Casi vomité al ver sus rostros desconocidos y mi propio carné de baile vacío. Mi madre se había negado a invitar a Reid a la velada. Él no tenía título ni fortuna, aunque yo quería casarme con él de todos modos. Jamás había bailado con otra persona.

—Estarás bien —me dijo Filippa con énfasis, al tiempo que agarraba mis manos enguantadas—. Todos los caballeros de esta sala se pelearán por conocerte esta noche, *ma belle*. Grábate mis palabras. *Maman* y yo tendremos que espantarlos con un palo.

La miré con los ojos muy abiertos, impotente.

—¿Y si no lo hacen?

Nuestra madre se adelantó con ese aire de competencia y severidad.

—Haz que así sea —dijo sin más—, y así será. —Después, pellizcó

mis mejillas con una eficiencia brutal y tiró de mí escaleras abajo.

Haz que así sea, y así será.

Unas palabras sin sentido, desde luego, pero su consejo… esa noche funcionó. Bajo sus ojos atentos, mantuve los hombros rectos y la barbilla alta. Hice aletear mis pestañas y hablé con confianza, ingenio fingido y encanto. Al final de la noche, me dolían los pies de tanto bailar y dos hombres pidieron mi mano ya a la mañana siguiente.

Siempre se me ha dado bien fingir.

Y si funcionó entonces, ¿por qué no habría de funcionar ahora?

Puede que sea un monstruo, pero todavía puedo fingir ser otra cosa. Fingir que mi vida no acaba de desintegrarse en un millar de fragmentos irregulares, fingir que mis dientes no anhelan todavía el sabor de la sangre. En lugar de eso, puedo ir a Requiem y empezar de cero. Puedo hacerlo mejor. Puedo *ser* mejor.

—No necesitas explicarte ante nadie, Célie —dice Odessa, al tiempo que finge no leer los nombres de Jean Luc y Brigitte por encima de mi hombro. Perdida en mis pensamientos, no la había oído acercarse. Recojo las cartas con cara de pocos amigos.

—Casi los mato, Odessa.

—¿Y? —Se agacha para recoger a uno de los gatitos que han escapado de la cesta. Lo levanta del pescuezo para mirar directo a sus ojos de color gris azulado. El animalito maúlla desconsolado para que lo rescaten—. Una carta no cambiará lo ocurrido, y tampoco los hará cambiar de opinión. No pueden entender lo que sucedió en ese callejón porque son humanos. Estos son unos bichitos patéticos, ¿verdad? —añade, la cabeza ladeada en dirección al gatito—. Yves se los vende a los marineros para que cacen ratas en sus barcos, aunque a mí me da la impresión de que una rata se comería a una criatura tan pequeña, ¿no crees?

Le quito el gatito de las manos y lo devuelvo a la cesta.

—No importa si cambian de opinión o no, tengo que disculparme de todos modos.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con *por qué*? —Me enderezo, inexplicablemente alterada, y meto mis cartas en el bolsillo de la

capa de viaje de Michal—. Les hice daño. Disculparme es lo correcto.

—¿Según quién?

—Según *todo el mundo*, Odessa —espeto—. Hice un voto, y *todo el mundo* está de acuerdo en que la respuesta educada a desgarrar el cuello de tu exprometido es disculparse.

—Y aun así —insiste—, acabas de decir que no importa si cambian de opinión. Si es así, uno podría cuestionarse la necesidad de disculparse, para empezar a hablar. A menos, claro está, que la disculpa sea en beneficio *tuyo* y no suyo. —Hace una pausa mientras la miro y parpadeo, aturdida—. ¿Entonces? ¿De verdad crees que tienen ganas de recibir noticias tuyas?

—¿De verdad tienes que retorcer siempre todo lo que digo? Es *agotador*.

—Solo es algo en lo que pensar. —Se encoge de hombros y saca un libro de la estantería, antes de detenerse y girar hacia mí con un suspiro atribulado—. Aunque ahora que hablamos de un tema tan incómodo… *puede* que yo deba disculparme por el papel que he desempeñado en todo esto. —Agita una mano en dirección a mi camisón manchado de sangre, y sus brazaletes granates tintinean alrededor de su muñeca.

Me ciño mejor la capa alrededor de la cintura.

—Tú no has hecho nada, Odessa.

—Tienes razón, por supuesto, pero claro, ese es justo el problema… No *hice* nada, y Michal me había encargado que te guiara durante tu transición. —Una pausa—. Confió en mí y yo dejé que te mataras de hambre.

—Tú no…

—Sabía que la sangre animal jamás podría sustentarte. Sabía que antes o después tendrías que beber de la fuente. Todo el mundo en esa maldita casa podía ver cómo te estabas marchitando, pero no hicimos nada para impedirlo. Yo fracasé como tu mentora, aunque tampoco es que hubiera pedido ese puesto —añade, al tiempo que levanta la barbilla de un modo un tanto arrogante, como a la defensiva—. Hubiese preferido mil veces quedarme en Requiem. Los vampiros recién nacidos no son mi taza de té preferida. Demasiado impulsivos, ¿sabes?

Sí que lo sé. Pero en lugar de decirle eso, jugueteo con el broche de la capa de Michal y miro fijamente la cesta de gatitos. Un gatito atigrado en tonos crema me devuelve la mirada y parpadea.

—Sí, bueno… Ya no me voy a matar de hambre más, lo cual significa que estás oficialmente relevada de tus obligaciones. He aprendido la lección.

—Bien. —Vacila de nuevo, y no puedo evitarlo: levanto la vista hacia ella, el ceño fruncido. Tiene el aspecto de una mujer que está a punto de hacer algo de lo más desagradable—. Excepto que… no estoy tan segura de que lo hayas hecho, cariño. Aprender la lección, quiero decir.

—¿A qué te refieres?

—Bueno… ¿Has aprendido lo de los pájaros y las abejas?

Farfullo unos ruidos incoherentes y casi vuelco el escritorio cuando me lanzo hacia delante.

—¿Qué?

—Los pájaros y las abejas. —Sus manos empiezan a agitarse y baja la voz—. La analogía no es aplicable a los vampiros, como es obvio, puesto que no podemos reproducirnos, pero la mecánica sigue siendo la misma.

—*Odessa*. —Bufo su nombre mientras miro de reojo a Yves, que está sumido en una conversación profunda sobre los beneficios de utilizar un Nudo de Amor Verdadero por encima de un Doble Dragón —. ¿*Por qué* estamos hablando de esto?

—Bueno, cariño, supongo que ese precioso rubor de tus mejillas no es simple coincidencia. No cuando hueles tantísimo a Michal.

Oh, no.

—¿Huelo a Michal? —pregunto casi sin voz.

—Sí —afirma despacio, con tono aplacador; si no hubiese muerto en esa gruta, querría volver a morirme ahora. El calor de mis mejillas arde aún más profundo cuando, sin pretenderlo, mis ojos vuelan hacia la ventana. Hacia Michal en el muelle. Sigue hablando con el capitán del puerto, pero en ese preciso segundo, levanta la mirada y sus ojos encuentran los míos. Aparto la vista a toda velocidad y esta vez *sí* que vuelco el escritorio. Su pata resbala dentro de la cesta de gatitos, que se vuelca en un batiburrillo de

naranja y gris y negro. *Oh, no, no, no*…

A la velocidad del rayo, enderezo la cesta y los meto dentro antes de que toquen el suelo.

Odessa vuelve a suspirar.

—Célie. —Tiene aspecto de que preferiría clavarse agujas en los ojos antes que continuar con esta conversación, y estoy de acuerdo con ella. Estoy total y *absolutamente* de acuerdo—. No tienes nada de lo que avergonzarte. Si es consensuado, el acto de compartir sangre es completamente aceptable entre vampiros. Solo estoy preguntando acerca de tu experiencia sexual por si *sentiste* cosas durante el acto, cosas que quizá no entiendas. El vampirismo tiende a amplificar las sensaciones, las emociones… Todo ello, en realidad.

—¿El *acto*? —Mi voz sube de tono y sale como un gritito, lo cual hace que tanto Yves como su cliente miren en nuestra dirección. Con una sonrisa forzada, Odessa les hace un gesto para que nos ignoren —. ¿Con Michal? Pero nosotros no… Yo *jamás* haría…

—No existe una palabra para describir lo poco que quiero oír el resto de esa frase. Solo me estoy asegurando de que sabes cómo funcionan ese tipo de relaciones si la oportunidad se presenta. —Se aclara la garganta con delicadeza—. Entonces, *sí* sabes cómo funciona la cosa, ¿no?

La miro con incredulidad. Aunque nunca he… *realizado el acto*, he leído libros más que suficientes como para comprender la mecánica. En cualquier caso, preferiría combustionar antes que decirle eso, así que me limito a confirmar su suposición.

—Sí, Odessa. Sé cómo funciona —espeto cortante.

—Excelente. —Levanta la barbilla y alisa su corpiño con un alivio palpable—. Dicho esto, si tienes alguna pregunta… —añade.

—No las tengo.

—… o si alguna vez *tienes* preguntas…

—*No* las tendré.

Pone los ojos en blanco justo cuando Michal entra en la tienda con una expresión cuidadosamente neutra que lo delata por completo, y vuelvo a querer morirme porque ha debido de escuchar toda esta *ridícula* conversación. Reprimo un gemido. Por supuesto que lo ha hecho. Es un vampiro, lo cual significa que lo ha oído todo y… y fijo

toda mi concentración en los gatitos, las mejillas ardientes, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Es toda tuya, primo —anuncia Odessa, antes de pasar por nuestro lado de camino a la puerta—. Estaré en el barco. *Daos* prisa, ¿vale? Esta ciudad es tediosa en las mejores circunstancias, no digamos ya después de una semana de escuchar a Louise le Blanc y a Reid Diggory demostrar *su* comprensión de ciertos actos.

—¡Odessa!

Se limita a levantar un hombro, sin preocuparse lo más mínimo. Luego, desaparece.

Michal y yo nos quedamos ahí de pie en un silencio incómodo durante varios segundos. O más bien *yo* me quedo de pie en un silencio incómodo mientras él se queda de pie en lo que supongo que es su mejor representación de una estatua de mármol (alto, frío y perfecto), esperando a que yo diga algo.

—¿Y? —Mi voz sale más aguda que de costumbre casi estridente, así que me aclaro la garganta a toda prisa—. ¿Ha accedido el capitán del puerto a reorganizar su horario de partidas? ¿Podemos zarpar?

—Sí. —Michal abre la puerta y me hace un gesto para que lo preceda, cosa que hago, al tiempo que me ciño mejor su capa para ocultar las manchas de sangre de la parte delantera de mi camisón. Esta vez no me toca, sino que mantiene las manos cruzadas con firmeza a la espalda.

—¿Y has…? —Me aclaro la garganta y vuelvo a empezar—. No habrás conservado mi ajuar, por alguna casualidad, ¿verdad? ¿Tengo, eh… ropa en Requiem?

—Todo está justo como lo dejaste. —Sus ojos se posan en mis pies, donde los bajos de su capa demasiado larga ocultan mis dedos descalzos—. Aunque el capitán del puerto ha aceptado esperar si quisieras ir a buscar tus cosas al West End. Podemos ir a por ellas antes de…

—No. —Niego con la cabeza al instante—. Mis padres no pueden verme así. Nunca.

Me lanza una mirada fría de soslayo.

—Nunca —repite.

—Bueno, no nunca *nunca*. Es solo que… No ahora mismo.

Vuelve a apartar la vista.

—Ya veo.

—No, no lo ves. —Las palabras suenan un pelín desesperadas incluso en mis propios oídos, pero brotan entre nosotros antes de que pueda evitarlo, tal vez porque todavía no soy capaz de descifrar la expresión de Michal. No logro discernir lo que está pensando detrás de esa mirada impasible, solo que *está* pensando algo, y quiero saber lo que es. ¿Es diversión? ¿Me juzga?

Al pensar eso, me invade una necesidad inexplicable de defenderme.

—Mis padres creen que me he fugado para casarme, o que me he entregado de otras maneras a un hombre que no es mi prometido. Creen que he sido mancillada. Para ellos, es lo peor que podría haberme pasado y… y no quiero demostrarles que se equivocan. Todavía no, al menos.

Otro lapso de silencio. Después…

—Como desees.

Baja la barbilla sin decir ni una palabra más antes de continuar hacia el barco, pero agarro su manga desgarrada antes de que pueda dejarme atrás. Siento una agitación irracional por su falta de respuesta. No debería importar lo que piense. No debería *importarme* a mí, pero, aun así, no puedo evitarlo.

—Si tienes algo que decir…

Arquea una ceja en dirección a mi mano sobre su brazo.

—Oh, tengo muchas cosas que decir, mascota, pero no estás lista para oírlas.

—Te he dicho que no me llames «mascota» —espeto—, y no tienes derecho a decidir cuándo estoy lista para oír cosas, Michal. No soy una niña. Puedo soportar oír unas cuantas palabras desagradables procedentes de *ti*.

A pesar de mi bravuconada, noto que mis mejillas se ruborizan bajo su atención total y absoluta.

—Muy bien —dice cuando retiro la mano, aturullada. En cualquier caso, él sigue sin tocarme. En vez de hacerlo, se inclina hacia mí y veo que sus ojos negros centellean con algo que tiene un parecido

sospechoso con una expresión dolida—. ¿Qué tal esto? Una bruja sádica torturó y mató a tu hermana el año pasado. Tus padres conocen lo peor que puede pasar, y no es que te entregues a mí.

Gira sobre los talones con brusquedad.

Y me deja ahí plantada, mientras lo miro boquiabierta, como un pez fuera del agua.

Tardo varios segundos en cerrar la boca, morderme la lengua y recordar que he sido yo misma la que le he *pedido* esas palabras desagradables. Quería saber con exactitud qué estaba pensando Michal, y él ha tenido la amabilidad de decírmelo. Ahora no tengo otra opción que correr detrás de él y exigirle una explicación… por su comentario cruel, sí, pero también por esa extraña expresión en sus ojos. Esa mínima grieta en su muro de hielo.

—¿Eso qué significa? No puedes limitarte a *proclamar* ese tipo de cosas y huir hacia la noche, Michal.

—Ya ha amanecido.

—Huir hacia el amanecer, entonces. —Aunque no me atrevo a agarrarlo de la manga otra vez, me apresuro para ponerme delante de él, bloquearle el paso y buscar en su cara… Bueno, no sé *qué*, exactamente—. ¿Crees que debería visitar a mis padres? ¿Crees que debería explicarles lo que me pasó?

—Lo que yo crea no importa.

—¿Y si importara?

La pregunta me sorprende incluso a mí, y parpadeo en su dirección, alarmada por mi propia osadía. Después de todo, se trata de Michal, antiguo y poderoso, el más cruel de los vampiros, y no es que hayamos sido nunca precisamente abiertos el uno con el otro. No de este modo. Me resisto al deseo de moverme nerviosa bajo su escrutinio.

—No somos amigos, Célie Tremblay. Eso lo has dejado muy claro.

Trago saliva con dificultad.

—¿Y si lo fuéramos?

—«Que pienses siquiera en la amistad cuando planeas mutilar y asesinar a mis seres queridos demuestra que eres bastante incapaz de ella» —Recita las palabras como si leyese un texto, la voz inexpresiva. Con un sobresalto, me doy cuenta de que las dije yo.

Las… las memorizó. Como antes, espera a que yo responda y, como antes, no tengo ni idea de qué decir. ¿Alguna vez me disculpé por acusarlo de asesinato?

¿Alguna vez le di las gracias por defenderme en la pajarera? ¿En este mismo puerto?

—Las cosas han cambiado desde entonces —murmuro en cambio.

—¿Ah, sí?

—No somos… —Me aclaro la garganta y me fuerzo a sostenerle la mirada fría. Esta misma mañana nos ha avisado sobre la aparición de los retornados. No tenía por qué decírnoslo, no tenía por qué navegar todo el camino hasta aquí, pero lo hizo, con lo que además salvó sin querer a Lou y a Reid del arzobispo en el proceso. También salvó a Jean Luc, a pesar de esas últimas palabras despiadadas: «A mí no me importa lo más mínimo si vives o mueres». Realizo una espiración lenta y medida al pensar en él en el callejón, en cómo se mordió la muñeca antes de ofrecérmela. Cómo acariciaba mi pelo mientras yo me alimentaba—. Ya no somos enemigos, Michal.

—¿Y eso nos convierte en amigos?

—No sé en qué nos convierte.

Nos miramos durante un largo segundo. Ninguno de los dos está dispuesto a dar más. Y esto es suficiente. Por el momento, no ser enemigos es suficiente. Como si me leyera los pensamientos, Michal me dedica un asentimiento seco. Sin embargo, cuando me esquiva y sus ojos se deslizan hacia el barco, todo su cuerpo se queda quieto de golpe.

—¿Qué pasa? —Por instinto, yo también me quedo paralizada y se me eriza el pelo de la nuca. Michal enrosca el labio. Miro a nuestro alrededor—. ¿Michal? ¿Hueles algo?

Se mueve un poquito en respuesta, para girar la cara hacia el viento. Mi cuerpo hace lo mismo, como si intuyese algo más allá de mi propia percepción. Algo peligroso.

—*¿Y tú?* —pregunta él.

—Yo… —Otra ráfaga de viento sopla por nuestro lado en ese mismo instante y, con ella, un leve olor a descomposición roza mis mejillas y baja por mi nariz. Retrocedo de inmediato—. Retornados —susurro. Michal asiente.

—¿Qué más hueles? Concéntrate en el olor.

—Pero yo no puedo…

—Sí —insiste Michal, su voz dura—, sí que puedes.

Haz que así sea, y así será.

Cierro los ojos e inspiro más profundo ahora, intentando captar ese tenue zarcillo de miasma para seguirlo hasta donde sea que conduzca. Sin embargo, hay tantos olores aquí… Demasiados olores, una cantidad abrumadora… Así que tardo unos segundos en concentrarme a su lado, en discernir algo entre la sal y el sudor y la peste del puerto. Y entonces…

Ahí.

Abro los ojos de golpe al percibir el primer indicio de ese olor en la brisa: intenso, metálico y embriagador. Mis colmillos descienden sin previo aviso.

—Es sangre —le digo a Michal al encontrarle un sentido—. Huelo retornados y sangre.

CAPÍTULO 11

La muerte de un ladrón

Seguimos el rastro hasta el final del puerto.

Al doblar la esquina del último edificio, medio oculto entre un bar mugriento y el ancho mar, tres retornados se alzan por encima de una pareja aterrada. Incluso mientras me muevo a toda velocidad en mi intento (fallido) por mantenerle el ritmo a Michal, categorizo todos los detalles de la escena en rápida sucesión: los cuerpos hinchados de los retornados, sus uniformes de corsarios, el agua que gotea de su piel moteada.

Ahogados, pienso alarmada.

Mi sangre ha debido de resucitarlos en el fondo del océano.

Michal aparta con brusquedad al primer retornado de encima del hombre, que está malherido y sangra con profusión de mordiscos en el estómago y el muslo. Yo, por mi parte, corro hacia la mujer, que se ha refugiado detrás de un barril de licor de menta y se agarra el brazo herido. Si es posible, sus ojos se abren aún más al verme.

—Oh, Dios —susurra.

Me doy cuenta demasiado tarde de que la capa de Michal se ha abierto para dejar al descubierto mi camisón ensangrentado y que mis incisivos siguen largos y afilados.

El grito de Michal me incita a la acción.

—¡Sal de aquí, Célie! ¡Agárrala y marchaos!

Me tapo la boca con una mano y agarro a la mujer después de apartar con violencia al segundo retornado; la bilis sube por mi garganta al notar cómo su piel estalla bajo la palma de mi mano. *No respires*. Repito las palabras en una retahíla maníaca de conciencia, al tiempo que arrastro a la mujer lejos del agua. *No respires, no respires, no respires*…

—Tú —borbotea el tercer retornado.

Algo parecido al reconocimiento se ilumina en sus ojos acuosos, y me agarra del pelo antes de que doblemos la esquina. Tira de nosotras hacia atrás y un dolor atroz se extiende por mi cuero cabelludo. Boqueo cuando el dolor me deja sin respiración y, al detectar el olor de la herida de la mujer, un malestar nuevo abrasa mi garganta. En cualquier caso, no duele como antes; la sangre de Michal aún corre por mis venas. Atenúa el dolor. Me fortalece y, con una maldición, me estiro hacia atrás, agarro la muñeca hinchada del retornado y la retuerzo con todas mis fuerzas. Me suelta al instante y corro por el puerto antes de que pueda recuperarse. Aunque la mujer grita de nuevo, y lo hace lo bastante fuerte como para despertar a todos los cadáveres del reino, sus brazos se cierran como tenazas alrededor de mi cuello.

No me doy cuenta de que está forcejeando conmigo hasta que la suelto varias calles más allá.

—¡Vampiros! —Sus alaridos desgarran el silencio del sendero del jardín; estamos en algún lugar profundo del West End, a juzgar por los arbustos ornamentales a nuestro alrededor. Se agarra el codo con un pánico ciego, sacude la cabeza y retrocede hasta chocar con un enrejado de rosas muertas—. ¡Es una vampira! ¡Por favor, que alguien me ayude! Por favor, por favor —me susurra a mí, en voz más baja ahora—. Te… tengo hijos. —Como si acabase de darse cuenta de que ha cometido un error grave, sus ojos se abren aún más y busca algo, cualquier cosa, que pueda utilizar como arma contra mí. Se me cae el alma a los pies ante lo familiar que me resulta la situación, ante la crueldad de este *jamais vu* particular. ¿Cuántas veces he sentido yo este mismo terror? ¿Cuántas veces he sido incapaz de defenderme?—. ¡Pero no te los lleves a ellos tampoco! ¡No… no sab… no sabríamos bien y…

—Yo jamás te haría daño. —Me tiemblan las manos cuando las levanto entre nosotras, y vuelvo a abrochar despacio la capa de Michal para ocultar todas las evidencias de mi mentira—. Esto no es lo que parece.

Pero la mujer no se detiene a escucharme. No tiene ningún interés en oír mi explicación. En el mismo instante en que mis dedos tocan el broche, huye por donde hemos venido, hacia su marido herido,

supongo, o quizá hacia sus hijos.

La observo marchar con una sensación de abatimiento espantosa.

Me tenía tanto miedo como a los retornados. Quizá más.

—Yo no dejaría que eso me molestase —dice una voz a mi derecha y, cuando me giro, sobresaltada, toda preocupación por la mujer huye con ella y desaparece camino arriba. Porque es Frederic el que sale de entre los setos, y solo verlo me roba todo el aire de los pulmones—. Hola, hermana pequeña. —Me enseña los dientes en una sonrisa salvaje—. ¿Me has echado de menos?

Unos dedos fríos de miedo reptan por mi columna.

La última vez que vi a este hombre, había partido el mismísimo mundo en dos por amor. Ahora, sin embargo, ese brillo demasiado intenso en sus ojos es de todo menos amor. No. Esa mirada es de odio, y toda su fuerza me empuja un paso hacia atrás. ¿Cómo es posible que se arriesgue a venir a este jardín de rosas muertas en medio del día cuando los *chasseurs* todavía lo están buscando?

—¿Qué estás haciendo aquí, Frederic? —pregunto desconfiada.

—¿Tú qué *crees*?

Con un gesto seco de la cabeza, señala detrás de él, y ahí…

Ahí está mi hermana.

Resulta que Mila no necesitaba encontrarla para nada. Ella me ha encontrado a mí.

El suelo parece ladearse al verla, una aparición sacada directamente de mis peores pesadillas. Excepto que ya no es una aparición. No, Filippa Tremblay es igual de sólida que yo, igual de *real*, y los puntos de sutura negros que recorren su mejilla… Esos también son reales. La miro horrorizada. Mi vista es más aguda ahora, y veo todas las cosas que se me pasaron por alto cuando estuve atrapada a su lado en la gruta.

Veo lo… antinatural que es su aspecto.

Aunque sabía que Frederic había robado su cuerpo de las catacumbas, había revertido la enfermedad de la sangre que le había infligido Morgane y había cosido sus restos con trozos de otras personas, no me había percatado de los daños. Debería haberlo sabido. Debería haberme *preparado*. Su piel y su carne se habían estado descomponiendo a toda velocidad cuando Morgane me obligó

a meterme en su ataúd antes de *La Mascarade de Crânes*. Incluso la magia de Frederic hubiese podido preservarla solo en cierta medida.

Ahora me mira con la cara de una deidad ctónica: media suya y media no. A la izquierda de los puntos, su piel sigue siendo la suya, marfileña y suave, con su ojo esmeralda intacto y la ceja negra como su pelo. A la derecha, en cambio, su piel es demasiado pálida, tan pálida como la mía, con un ojo que alguna vez perteneció a otra persona. El iris no es esmeralda, sino marrón oscuro. Casi negro. Y la ceja de ese lado es varios tonos más clara de lo que debería ser. *También robada*. Lleva un vestido de un blanco puro, con mangas finísimas, como si no pudiese sentir el frío, y sobre su coronilla descansa un delicado pasador de plata. Los diamantes parecen hielo. Como gotas de nieve en un palacio de invierno. *No lleva guantes*, pienso de repente. *Estaba en lo cierto*.

Sin pretenderlo, mis ojos se posan después en el estómago de mi hermana.

—Todavía está muerta —dice Filippa.

Su voz no lleva inflexión alguna. Ninguna emoción.

Hago una mueca al oírla. Tres palabras simples. Tres golpes perfectos. A pesar de toda la cuidadosa planificación de Frederic, mi sangre no logró resucitar tampoco a su hija y… y ¿qué *significa* eso?

¿De verdad era mi hermana la que me atormentaba? ¿O me imaginaba su voz en mi cabeza? Si era lo primero, ¿cómo podía ser? Y si era lo segundo, *¿por qué?*

¿Por qué ha pasado todo esto?

Trago saliva con esfuerzo y miro a mi alrededor en busca de Mila, antes de aceptar que no está aquí, que estoy sola. Después, me obligo a devolverle la mirada hueca a Filippa. Me resisto al impulso de acercarme a ella, de consolarla, porque sé que ella no lo querría. Tampoco querría mis preguntas. Incluso como muerta viviente, mi hermana sigue siendo mi hermana, y su aflicción no es mía. Como si percibiese mis pensamientos, sacude la cabeza y chasquea la lengua con actitud reprobadora antes de que pueda disculparme.

—El mundo no vive y muere a tu antojo, *ma belle*.

Al oír eso, Frederic hace una mueca antes de dar un paso al frente con expresión decidida.

—Esta vez sí lo hizo. —El viento alborota su pelo desgreñado, más sucio y más largo de lo que lo he visto nunca. Unas sombras se han extendido por debajo de sus ojos y, combinadas con la palidez enfermiza de su piel y la oscura pelusilla de su mandíbula, parece… atormentado—. No deberías estar aquí, Célie.

En su mano, sujeta el grimorio de La Voisin.

—¿Ah, no? —Un escalofrío recorre mi nuca al ver el tomo y me aparto un poco de la espaldera para mantener despejado el camino detrás de mí. Ahora puedo dejar a Frederic atrás sin problema. Si ataca, puedo huir al barco de Michal y, esta vez, no podrá seguirnos hasta Requiem. No hasta Yule, el mes que viene. El hechizo que protege la isla no se levantará hasta entonces. Aun así, parece una oportunidad perdida no presionar en busca de más información primero: sobre los retornados, sobre cómo acabar con ellos—. ¿Y dónde debería estar si no es aquí?

Mis ojos se posan en el grimorio.

—Deberías estar *muerta*. —Tras escupir esa palabra, Frederic levanta el malvado librito entre nosotros y lo sacude con una energía frenética—. El hechizo exigía Sangre de la Muerte. *Requería* tu muerte.

Señalo con una calma forzada mis dientes afilados y mi rostro terrible y precioso.

—Puede que se te haya escapado, pero *estoy* muerta.

—No del todo —gruñe, y luego señala con un dedo a mi hermana —, o Frost seguiría creciendo en su tripa y *ella* no estaría tan… tan… —Parece incapaz de encontrar las palabras, los nudillos blancos contra el grimorio—. No estaría tan *diferente* ahora. —Como si no pudiese resistirse, tira de Filippa hasta su lado y levanta las manos para acunar su cara. El grimorio se aprieta contra los puntos de sutura—. Mírame, cariño —dice con dulzura, con tono febril—. Por favor, mírame. Solo *mírame*, Pip, y todo será igual que antes. Estaremos juntos. Seremos *felices*.

Filippa lo mira, con esos ojos extraños que no parpadean.

—Te estoy mirando. —Una pausa—. Cariño.

La expresión de Frederic se desmorona. Está claro que lo que fuese que había esperado ver en sus ojos disparejos ya no está ahí.

Después de unos segundos la suelta con un ruidito afligido, aunque sus dedos se quedan flotando cerca de sus mejillas, como si aún ansiara tocarla.

Hubo un tiempo en el que quizá me hubiese dolido ver su pérdida.

—No quiere mirarme, Célie. —Aunque se dirige a mí, no aparta los ojos de ella. La mira como un hombre hambriento—. La Filippa que conocíamos nos quería. Hubiese hecho cualquier cosa por nosotros, pero esta… esta no. Dice que se siente fría, vacía, hambrienta, y no puedo hacer nada por ayudarla. No puedo *ayudarla* porque tú sigues viva. ¿No lo entiendes? Desliza una mano por su pelo desgreñado antes de meterla en su abrigo, de donde extrae un cuchillo torcido. Luego se gira deprisa hacia mí, la voz atragantada por la emoción—. Nada de esto está bien. Nada de esto es lo que *debería* haber sucedido.

—¿Esperabas algo distinto? —No puedo evitar que un deje de escarnio tiña mi propia voz. Debería huir. Debería adentrarme en la neblina antes de que intente utilizar ese cuchillo, pero sus movimientos son más torpes ahora. Más lentos. Si quisiera, podría destrozarlo solo con las manos, y parte de mí anhela hacer justo eso.

Este hombre nos lo ha quitado todo: nuestra inocencia, nuestra dignidad, nuestra paz. Como un ladrón en la noche, me robó la vida misma al cortarme el cuello y drenar hasta la última gota de mi sangre para forzarla dentro de mi hermana y robarle a ella también la muerte. No puedo sentir compasión por él; no puedo sentir nada más que repulsión.

—Después de que Morgane la torturase y la matase, después de que *tú* atravesaras el velo de un puñetazo para arrastrarla aquí de vuelta, violando su cuerpo y su alma, ¿creías que volvería intacta?

—Yo no *violé*…

Pero me burlo, poco dispuesta a oír nada más.

—El hechizo funcionó justo como debía, Frederic. La despertaste. Los despertaste a todos, y ahora están saliendo de sus tumbas por todo el reino y buscan venganza de aquellos que les hicieron mal. A lo mejor después vengan a por *ti* —añado con deleite.

—¡Ya lo *han hecho*, hermana pequeña! —Levanta el cuchillo y el

grimorio para dar más énfasis a sus palabras—. No parece que lo entiendas todavía. Esas brujas retornadas me habrían *comido* de no ser por… por…

Sus ojos saltan hacia Filippa, que se alza calmada y regia en su rutilante vestido, sin un solo pelo fuera de su sitio. Frunzo más el ceño cuando me doy cuenta de algo, una noción que se filtra desde mi subconsciente. A pesar de los macabros puntos de sutura y esos ojos siniestros, Filippa no tiene el porte de los otros retornados; tampoco actúa como ellos. Después de todo, el arzobispo intentó darle un mordisco a mi mejilla, mientras que los tres de los muelles estaban haciendo lo imposible por devorar a todo el que tenían a la vista. Ninguno de ellos hablaba. Ninguno de ellos se había colado en mi mente y había… razonado.

El corazón de Frederic se acelera al ver la leve sonrisa en los labios de Filippa.

—Has comido —me dice mi hermana—. Te sienta bien.

La miro con recelo.

—¿Cómo es que me estás hablando, Pip? ¿Cómo me *has estado* hablando?

—Yo también he comido.

Frederic traga saliva al oír eso, al tiempo que sus manos se mueven casi de manera involuntaria alrededor del cuchillo y del grimorio.

—Se ha mostrado insaciable, Célie. *Insaciable*. Es lo único que he podido hacer para evitar que…

—¿Para evitar que hiciera *qué*, Frederic? —Levanto la voz cuando la certeza pasa de ser un goteo a una inundación. *Por favor, no*—. ¿Qué has hecho?

Él levanta la barbilla a la defensiva.

—Lo que debía.

Ahora sí que siento náuseas; no hace falta mucho esfuerzo para imaginar el rostro disparejo de mi hermana en lugar del podrido del arzobispo, sus dientes sobre el muslo de ese hombre en lugar de los de los corsarios. Podía haber sido ella en el puerto, en lugar de los otros. *Ha sido* ella en otros casos. Con la ayuda de Frederic, mi hermana ha estado… *comiéndose* a otras personas, comiéndoselas

de verdad. Consumiendo su carne.

¿Igual que tú has consumido su sangre?

La bilis sube por mi garganta; en parte por la comparación, sí, pero también porque no logro distinguir si era su voz o la mía dentro de mi cabeza. La presión aumenta detrás de mis ojos.

—¿Qué has hecho? —susurro de nuevo. Porque nada de esto es correcto. Ni ella, ni la magia, ni las brujas, ni los retornados. *Ni yo*.

Otra sonrisa hueca.

—He hecho un amigo.

Los ojos de Frederic saltan de una a otra, confuso. Sigue sujetando el cuchillo y el grimorio medio en alto, como si no supiera bien cómo proceder ahora que Filippa se ha unido a la conversación.

—¿Un amigo?

Ella lo ignora.

Aprieto los dientes y doy un paso adelante, igual de ajena a Frederic y su cuchillo. Ajena a todo excepto la negrura inexpresiva del ojo robado de mi hermana. Tengo ganas de sacudirla, de abofetearla, de sacar cualquier tipo de emoción de ese vacío horripilante de su cara. Mi hermana siempre ha sido reservada e introvertida, pero nunca, *jamás*, ha sido insensible. Nunca ha sido cruel.

—¿Quién es, Filippa? *Dímelo*.

—Reza por no enterarte nunca.

Pero la paciencia de Frederic por fin se ha agotado.

—Basta ya —espeta, al tiempo que sacude la cabeza—. Hemos venido aquí a terminar el ritual, y esta vez no habrá ninguna laguna, ninguna ambigüedad y ninguna escapatoria. Morirás para resucitar a tu hermana, y ella regresará a mí *por fin*.

Entonces levanta el cuchillo y el grimorio de un modo abrupto, casi sobrepasado por el propósito, y se lanza a por mí. Yo flexiono un poco las rodillas, preparada para echar a correr, para ir en busca de Michal y huir. Para perder esta batalla en particular con el fin de ganar la guerra.

Y entonces, de repente, Frederic se detiene.

El jardín entero parece detenerse con él, contener la respiración, mientras juntos bajamos la vista hacia su pecho. Hacia la

desconocida mano de guante negro que ahora sobresale de él.

Oh, Dios mío.

Un borbotón de sangre brota por la boca de Frederic.

—Pip —susurra, sus ojos muy abiertos pero invidentes. La busca, pero Filippa no dice nada en respuesta. No dice nada, y una lágrima solitaria rueda por la mejilla de Frederic cuando se desploma sobre las rodillas y cae de bruces sin decir una palabra más.

Muerto.

Frederic está muerto.

CAPÍTULO 12

Mon mariée

Un pitido terrible surge en mis oídos al ver el cuerpo de Frederic, su boca entreabierta y sus ojos ciegos, porque… porque no puede estar muerto. Simplemente, *no puede* estarlo. Retrocedo un pasito, negando con la cabeza. Me niego a creerlo. Si Frederic está muerto, si todo esto… si de verdad no *ha sido* para nada… ¿Y cómo vamos a revertir su magia? ¿Cómo podemos corregir todo el mal que ha hecho? ¿Cómo va Filippa a…? *No*. Me agarro a la espaldera para no caer; me niego a aceptar la guirnalda de sangre a su alrededor. Me niego a reconocer las punzadas de mis dientes, el ardor de mi garganta.

El olor a rosas.

Rosas.

Mis dedos se aprietan sobre la madera. Esas flores marchitas detrás de mí no pueden ser responsables de semejante olor embriagador. Parece envolverme, acariciar mis mejillas con manos fantasma, mezclado con humo de vela y algo más… Una percepción subconsciente, o quizás un recuerdo. Se extiende por mi piel como si fuese hielo, hasta que tirito a causa de él, hasta que una oscuridad familiar brota por la periferia de mi visión.

A quienquiera que haya matado a Frederic, lo conozco. Lo *reconozco*.

Y cuando lo miro por primera vez, mis rodillas casi ceden.

—De nada —dice con ironía.

Ante el sonido de su voz, incluso el viento se para a escuchar; las hojas otoñales flotan de un modo siniestro entre nosotros. Mi miedo solo aumenta al ver el corazón de Frederic en la palma de su mano, porque ya no parece un corazón para nada. Ahora parece una concha vacía y marchita. El hombre lo deja caer al suelo con

desagrado, luego se limpia los dedos enguantados en la pernera de sus pantalones.

—En serio, Filippa, hace solo una semana que tengo orejas y tenía ganas de clavarme algo afilado en los oídos cada vez que él hablaba. Nos debes una explicación muy larga. —Me quedo boquiabierta del asombro al oír su brutalidad, y el pitido de mis oídos alcanza un timbre enfervorizado—. El *Nigromante*, se hacía llamar. —Con una mueca, el hombre apoya una rodilla en el suelo al lado de Frederic, agarra el grimorio de sus manos muertas y limpia la tapa contra la hierba—. Incluso su sangre huele mal. No como la tuya —añade de pasada, al tiempo que me lanza una breve miradita apreciativa—. Antes no podía olerte, pero ahora entiendo la razón de todo este revuelo. —Hace una pausa, pensativo, y extrae varios viales de cristal de su capa—. Aunque supongo que en realidad me estoy oliendo *a mí mismo*, ¿no? Nuestros olores están entrelazados. —Entonces se vuelve hacia Filippa—. Puede que quieras marcharte para la siguiente parte, cariño —añade—. Ve a ver cómo está nuestro amiguito.

Sin esperar a su respuesta, el hombre agarra el cuchillo de Frederic con una eficiencia veloz y lo sopesa en la palma de su mano antes de levantarlo bien alto por encima de su cabeza. Abro los ojos como platos cuando me percato de su intención una décima de segundo antes de que golpee. Con un grito, salto hacia delante para impedírselo. Lo agarro de la muñeca, pero él chasquea la lengua con actitud reprobadora. En un instante, decenas de figuras salen de entre las sombras a nuestro alrededor. Aunque las rosas disimulan la mayor parte de su aroma pútrido, no pueden ocultarlo del todo. Me quedo paralizada a medio paso, los ojos aún más abiertos.

Retornados.

Por todas partes.

—Ah, ah, ah —dice el hombre, al tiempo que guiña un ojo—. No debemos tocarnos. —Y sin más preámbulo, clava el cuchillo bien profundo en el cuello de Frederic, para luego recoger la sangre que brota en una fuente repugnante. En cualquier caso, el olor no provoca la aparición de mis colmillos; más bien tengo que resistirme a las ganas de vomitar a causa del hedor venenoso—. No es

demasiado agradable, ¿verdad? —El hombre tapona su primer vial, después el segundo, y luego los examina a la turbia luz—. Aun así, la sangre de una *Dame rouge*… ¿Quién podría permitirse desperdiciarla?

¿Qué está *pasando?*

—¿F… Filippa? —Horrorizada, retrocedo contra la espaldera una vez más—. ¿Quién…?

Todavía con la mano sobre la tripa, Filippa contempla la sangre de Frederic durante un momento largo. Después, sin previo aviso, da media vuelta.

—Recuerda nuestro trato —dice en tono neutro, con la cabeza medio girada hacia atrás. El hombre asiente en respuesta. Las espinas de los rosales pinchan las ampollas de las palmas de mis manos, y ella se limita a… dejarme aquí, mientras el fluir de la sangre de Frederic amaina despacio.

El hombre que tengo delante silba una melodía alegre y yo…

Ya he tenido suficiente.

Michal debería estar aquí ya. Me invade el pánico al pensar por qué no me ha encontrado, pero lo ignoro. Solo tengo que localizarlo y, juntos, encontraremos una manera de lidiar con los retornados. Lidiaremos también con mi hermana; quizá podamos llevarla a Requiem para… que reciba algún tipo de tratamiento. Seguro que *Cómo comunicarse con los muertos* tendrá las respuestas, o las tendrá Odessa, o incluso…

Mis ojos se posan en el grimorio, tirado en el suelo al lado del hombre.

«Vi el hechizo una vez en el grimorio de mi tía», había dicho Coco. «Cuando le pregunté por él, me echó de su tienda y me prohibió hablar de él. Creo que es el único hechizo al que temió en su vida».

Un hechizo de ese librito malvado empezó todo esto. Quizá contenga también el remedio. Despacio, en silencio, separo dos dedos de la espaldera. Me niego a parpadear mientras el hombre continúa con su trabajo sobre el cuello de Frederic, concentrado y distraído. Puede que no vuelva a tener una oportunidad como esta. Si se marcha con el grimorio, tal vez no volvamos a verlo en la vida. Puedo sobrevivir a la quemadura de la cruz de mi hermana; puedo

agarrar el grimorio antes de que el hombre clave la plata en mi pecho.

Retiro un tercer y un cuarto dedo de la espaldera, un quinto y un sexto, sin atreverme a respirar.

—Un esfuerzo encomiable. —Sin mirarme siquiera, el hombre se guarda en el bolsillo el último vial de sangre de Frederic, junto con el grimorio, antes de levantarse con una sonrisa de satisfacción sombría—. Pero eres demasiado lista como para provocarme.

—¿Quién eres?

—Como si no lo supieras. —Hace un gesto hacia su cuerpo poderoso con un movimiento indiferente de la mano—. Aunque esta parte es más bien nueva. ¿Te gusta? —añade.

Una especie de parálisis parece apoderarse de mí al oír su pregunta.

—Yo… yo no…

—Eso es porque no me estás mirando como es debido. —Se acerca más, impaciente de repente, y levanta mi barbilla entre su pulgar y su dedo índice—. Adelante. Mira todo lo que quieras. Puedo esperar.

Unas rosas se enganchan en mi pelo cuando me aparto con brusquedad. Porque sus palabras son demasiado casuales, demasiado descuidadas, para corresponderse con la pura violencia que deja a su paso. Me da miedo.

—¿Quién *eres*?

—No te hagas la remilgada, *mon mariée*.

Sus ojos se clavan en los míos. A sus pies, la hierba ha empezado a marchitarse; su presencia se extiende despacio por todo el jardín. Un pájaro cae muerto del árbol a nuestro lado, y mi cuerpo… También lo noto extraño. Una especie de percepción inconsciente presiona contra mi piel y me eriza los pelillos de la nuca.

Mon mariée.

—No. —Sacudo la cabeza por instinto al oír las palabras. Aprieto más las manos sobre la espaldera y casi me salgo del pellejo cuando la madera cruje bajo mis dedos.

Mila me dijo que yo había sido tocada por la Muerte, sí, pero no lo había dicho de modo *literal*.

Lo había dicho como metáfora, una explicación para mi afinidad

con lo macabro y lo morboso después de sobrevivir a la tortura de Morgane. Indeseada pero aun así útil, en especial durante los retorcidos experimentos de Frederic el mes pasado. Él rompió los mismísimos cimientos de la magia cuando se entrometió con la vida y con la muerte y… y… *Rompió los mismísimos cimientos de la magia*.

Con una desesperación absoluta, me contorsiono a su alrededor, me cuelo a toda velocidad por debajo de su brazo y dejo un rastro de rosas muertas a mi paso.

—Eso no es posible. —Levanto las manos con actitud aplacadora cuando da media vuelta para seguirme, sonriendo de nuevo. Los sacerdotes de mi niñez nunca enseñaban nada sobre la Muerte; no como entidad, como una deidad por derecho propio. Estaban solo Dios, los ángeles y los demonios, y a veces incluso el Diablo, pero nunca la Muerte—. No eres… No puedes ser… —Con esto último, mi voz se vuelve decididamente suplicante porque… porque la Muerte no puede tener un cuerpo. La Muerte no puede estar de pie en este jardín con unos ojos grises como el mercurio y oscuro pelo alborotado por el viento. Y desde luego que no puede tener un *hoyuelo*.

Dijo que era su Novia.

Ay, Dios.

Como si percibiese la dirección que han tomado mis pensamientos, su sonrisa se ensancha y sus ojos parecen… girar, de alguna manera, como plata fundida. Retira su pelo de ellos en un gesto engañosamente humano. La mayor parte de la gente diría que su cabello es negro, pero es aún más oscuro que el mío, casi azul, como el ala de un cuervo.

—*Sí* te gusta —dice con perspicacia—. Qué interesante.

Sin dejar de retroceder para alejarme de él, casi tropiezo con el cadáver de Frederic.

—¿C… cómo puedes estar aquí?

—¿No es obvio? —Le da un suave empujón a Frederic con el pie y, aunque Frederic me parecía despreciable, aunque se merecía algo mucho peor que una muerte rápida y fácil, siento náuseas el ver una bota sobre su mejilla y el manchurrón de tierra que deja atrás—.

Este pequeño y repugnante insecto alteró el equilibrio. Hizo un agujero en el velo cuando me robó a Filippa. Uno permanente esta vez. No como los cortecitos que dejas tú. —La Muerte aprieta más fuerte con el pie, al tiempo que levanta los ojos hacia mí—. No hay nada que deteste más que un ladrón, pero tú debes de saberlo todo al respecto, ¿no es verdad? Los vampiros son los mayores ladrones de todos.

Suelto el aire con brusquedad, me detengo medio trastabillada y me fuerzo a cuadrar los hombros, a extender la mano.

—Solo dame el grimorio y me iré. Incluso me… —Casi me atraganto con las palabras—. Me encargaré del cuerpo de Frederic por ti. Los *chasseurs* no tienen por qué saber lo que ha sucedido aquí. No tienen por qué saber nada de *ti*, lo cual significa que serás libre para… para abandonar este lugar y olvidarte de nosotros.

Por favor, abandona este lugar y olvídate de nosotros.

—Una oferta tentadora. —La Muerte ladea la cabeza, atento a algo que yo no oigo—. Pero tu alegre banda de hombres suena un poco preocupada ahora mismo. Algo sobre venganza y vampiros y pagar con la misma moneda. —Al oír eso, se me cae el alma a algún lugar entre mis pies, mientras aguzo el oído para intentar oír algo más allá del jardín. La presencia de la Muerte parece haber silenciado nuestro entorno inmediato, como si toda la fauna hubiese huido con el viento o muerto como el pájaro. Pero al este…

Eso podrían ser gritos.

La Torre de los *chasseurs* está al este. El puerto también, lo cual significa…

Michal.

El miedo retuerce un cuchillo en mi pecho ante esa posibilidad y, sin yo pretenderlo, mis colmillos descienden. La Muerte, sin embargo, no parece sentirse amenazado por ellos. En lugar de eso, su sonrisa se ensancha y se ríe de mí.

Se ríe de mí.

Miro más allá de él, el pecho encogido a medida que el revuelo en el East End se convierte en una cacofonía. Los gritos parecen acercarse. ¿Y eso es… acero contra acero? ¿Cascos de caballos? Aunque me concentro con todas mis fuerzas, no logro distinguir los

sonidos individuales. Aun así, *algo* está ocurriendo ahí, y todos los signos apuntan a Michal y Jean Luc, quizá incluso a Brigitte. Reprimo un grito de frustración. ¿Cómo puedo haber sido tan *idiota* de asumir que ella no iba a cumplir su amenaza del callejón?

—Si no me vas a dar el grimorio —digo, e intento colarme por su lado otra vez—, quítate de mi camino.

No obstante, antes de que pueda responder, antes de que ninguno de los dos podamos hacer nada, los gritos suben de volumen de repente y la voz de Michal se separa del resto. Habla con calma, en voz baja, a pesar de lo que suena como una horda de cazadores a su espalda.

—¿Dónde estás, Célie?

Mi corazón vuelve a la vida al instante y no me paro a pensar, a examinar mi profundo alivio. En vez de eso grito a pleno pulmón.

—¡Estoy aquí, Michal! ¡Estoy aquí! —En lugar de contonearme por su lado, le doy a la Muerte un empujón en pleno pecho y él cede un único paso. Cuando agito los brazos y me pongo de puntillas por si Michal no alcanza a verme, el hombre que tengo delante sonríe con una diversión irónica.

—Por favor, Célie, debes parar con estos halagos incesantes o no tendré más remedio que llevarte conmigo. —Vuelve a ponerse delante de mí—. A tu hermana no le gustará eso.

Apenas lo oigo; estoy agitando los brazos de nuevo, justo cuando Michal dobla la esquina. Se me seca la boca al verlo, entero, ileso y *furioso*. Se mueve más deprisa de lo que lo he visto moverse nunca, su concentración letal fija en el jardín. En mí. Varias calles detrás de él, Brigitte grita órdenes tensas a los cazadores, y delante de *ella*…

Me quedo boquiabierta y mis ojos se clavan en la cara de Dimitri.

Dimitri.

Se mueve como un manchurrón de piel ámbar y terciopelo carmesí, y ríe sin disimulo mientras atrae a Brigitte, esquiva a Henry y le hace la zancadilla a Basile con un pie bien situado. *Los está distrayendo*, pienso incrédula. *Nos… está ayudando. ¿Por qué nos está ayudando?*

Sin embargo, no puedo entretenerme con mi confusión, no con la Muerte de pie delante de mí.

—¿Mi hermana? —le pregunto distraída—. ¿A qué te refieres? ¿A ella no le gustará *qué?*

—Hice una promesa, querida, de que agotaría todas las opciones, y mi palabra es ley. —Levanta una mano casi afectuosa para retirar un mechón de pelo de mi mejilla. Retrocedo al instante, tanto de él como de sus palabras desconcertantes—. Buena suerte, *mon mariée*. Me atrevería a decir que la necesitarás. ¿Cómo es el dicho? Algo sobre amigos como estos y enemigos, ¿no? —Chasquea los dedos—. No, no. Habla de mantener cerca a los enemigos. Sí, ese es.

Giro la cabeza hacia él a toda velocidad.

Pero con una reverencia educada en mi dirección, la Muerte da media vuelta, mete las manos en los bolsillos y echa a andar calle arriba, silbando la misma melodía alegre de antes. Y desaparece a través del velo de un paso al siguiente.

CAPÍTULO 13

Tabú

Michal no habla mientras lo sigo por húmedas callejuelas y calles secundarias. Evitamos las avenidas principales que llevan al puerto, desandamos nuestros pasos y damos un rodeo alrededor de Dimitri y los *chasseurs*. Antes de embarcarnos, entro como una exhalación en la tienda de artículos de segunda mano y planto un puñado de *couronnes* delante de Yves. Luego, haciendo caso omiso de su expresión perpleja, agarro la cesta de gatitos y paso por delante de Michal sin darles a ninguno de los dos una explicación.

Estos gatitos se merecen algo mejor que una vida en el mar.

Son *gatos*. Odian el agua.

Impertérrito, Michal me sigue mientras corro por la pasarela, su expresión bastante temible cuando levanto la cesta de los gatitos más alto. Aunque no dice nada, su silencio apesta a promesa de conversación inminente, pero la verdad es que no tengo ningunas ganas de mantenerla ahora. O quizá nunca. Tampoco me apetece contestar a sus preguntas sobre Frederic y la Muerte, y *sobre todo* no me apetece nada hablar sobre mi hermana.

Filippa.

Su nombre es un cuchillo entre mis costillas cuando me apresuro bajo cubierta, y la hoja se clava más profundo a cada paso.

Filippa. Filippa, Filippa, Filippa…

—Célie.

Michal aprieta los dientes y hace además de agarrar mi brazo al pie de las escaleras, pero yo me aparto de su contacto y sigo andando sin pensar siquiera, aferrada a mi cesta de gatitos.

—Todo va bien —digo con una voz de una ligereza espantosa—. En verdad, no ha pasado nada.

Michal emite un gruñido en un despliegue de emoción poco propio de él.

—El agujero en el pecho de Frederic dice otra cosa, y *vi* a tu hermana.

—¿A qué te refieres con que la viste? Se *marchó*… —Me encojo al darme cuenta de mi error y me maldigo mentalmente. Filippa no debe de haberse marchado para nada, pero ¿cómo la había visto Michal? ¿Por qué demonios había ido ella a buscarlo?—. ¿Te… te dijo algo?

—Por desgracia, el hacha de Brigitte ocupaba la mayor parte de mi atención. Tu hermana se aseguró de observar la escena.

Me atraganto con una carcajada, sin saber cómo responder, cómo desviar la conversación. Si vio a Filippa, no podré. No cuando es *cierto* que vio el cuerpo roto de Frederic y oyó las palabras de despedida de la Muerte. Michal nunca ha sido estúpido. Los tres aparecieron en el mismo sitio con una diferencia de apenas unos segundos; habrá hecho algún tipo de conexión, aunque no lo entienda todo. A estas alturas, tampoco es que yo lo entienda mucho mejor. Simplemente hay demasiadas piezas en el tablero para encontrarle un sentido a nada de esto. Retornados. Frederic. Filippa y la Muerte, incluso Dimitri…

Dimitri.

Me tropiezo con la elaborada alfombra al oír el sonido de su voz por encima de nuestras cabezas. Si me concentro, puedo oír el soplo de aire producido por su cuerpo cuando salta por encima del mamparo y aterriza con suavidad sobre la cubierta.

—¿Qué está haciendo *él* aquí? —gruño, al tiempo que me giro a toda velocidad hacia Michal, aferrada con decisión a mi chispa de ira. La ira es buena. La ira es accionable.

Por encima de nosotros, las pisadas de Dimitri vacilan. *Puede oírme. Excelente*.

—Ha impedido que Brigitte me incrustase la mencionada hacha en la espalda.

—Vaya, que conveniente, ¿no?

—¿Hubieses preferido la alternativa?

—Por supuesto que no, pero ¿dónde ha *estado*, Michal? —Con un

bufido desdeñoso, doy media vuelta de nuevo y sigo a paso airado por el pasillo antes de contestar a mi propia pregunta—. Yo te diré dónde: intimando con mi asesino para echarle un vistazo a su grimorio. Eso explicaría por qué no nos ha buscado hasta ahora.

—¿Lo explicaría? —Los ojos de Michal centellean cuando miro atrás —. No vi el grimorio entre los restos de Frederic, Célie. ¿Sabes dónde está?

Sí, quiero decir, pero algo detiene la palabra en mi lengua. Así que echo a correr por otro pasillo, rezando por que pierda la paciencia y abandone esta conversación tan desagradable.

—El grimorio… ha desaparecido —digo, cuando no pierde ni un segundo en seguirme—. Tendremos que… que encontrar alguna otra manera de lidiar con los retornados.

—¿Quién era ese hombre, Célie?

Pero Odessa levanta la vista cuando pasamos por las puertas abiertas del salón de baile.

—Ahí estáis —dice desde su mesa—. ¿Es mi hermano a quien oigo arriba?

Ante eso, Michal por fin se detiene, agarra el marco de la puerta con una mano para echarse hacia atrás y se asoma dentro de la sala iluminada con velas para mirar a su prima. Está sentada muy tiesa mientras observa un pergamino desenrollado sin verlo de verdad, los dedos blancos sobre su superficie.

—Sí —dice Michal con cautela—. Ha vuelto hace media hora.

—Te ha ayudado a escapar de los *chasseurs*. —No es una pregunta, y todavía no ha levantado la vista del pergamino. Debe de haber oído nuestra conversación en el pasillo, o a lo mejor ha oído la persecución en sí, lo cual significa que…

Michal entorna los ojos.

—Por cierto, muchas gracias por *tu* ayuda.

—Tenías la situación controlada.

—¿Ah, sí? —Michal frunce más el ceño y yo aprovecho para rodearlo y correr hacia Odessa, que parece tener una necesidad desesperada de contar con una aliada. Dimitri, según veo, aún no ha intentado reencontrarse con ella. Es probable que sea una decisión sabia, puesto que *sí* que le rompió el cuello a su hermana el mes

pasado—. Hubo un momento en que la cosa se puso un poco turbia… Es probable que cuando un retornado clavó sus dientes en mi columna y los cazadores se abalanzaron sobre mí como hormigas.

Los ojos de Odessa rezuman ira cuando por fin levanta la vista. No. Rezuman *dolor*. Se me retuerce el pecho al verlo. Odessa odia las emociones y procura evitarlas a toda costa; por supuesto que la desaparición de su mellizo la había afectado más de lo que dejaba ver. Debí darme cuenta antes, debí intentar… ayudarla, de alguna manera, si me lo hubiese permitido.

—¿Qué pasa con el director del puerto? —Me apresuro a plantar la cesta de gatitos en su mesa cuando el barco cabecea bajo nuestros pies. Por la amplia ventana del salón de baile, cuyas gruesas cortinas ha retirado Odessa para dejar pasar la tenue luz mañanera, el horizonte empieza a moverse—. Él sabe cuál es nuestro barco. Podría decírselo a los *chasseurs*…

En ese instante, sin embargo, un gatito de pelo plateado escapa de la cesta y salta al regazo de Odessa, que retuerce el labio en una mueca de desagrado cuando el animalito empieza a maullar y a trepar por el corpiño de su oscuro vestido burdeos.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo persuadí de que no lo hiciera. —Entonces, arruga la nariz, desengancha al gatito plateado y lo echa de su lado mientras yo trato de no imaginar sus tácticas de persuasión—. ¿Por qué hay gatos sobre mi mesa, Célie?

—Dijiste que los marineros los usan para cazar ratas en barcos. —Hago un gesto a nuestro alrededor, muy consciente de la intensa mirada de Michal sobre mi cara—. Esto es un barco, ¿no?

—Sí, pero tú no eres una marinera —rebate Michal con tono tenso.

Frunzo el ceño en su dirección. Tiene toda la razón para estar molesto, por supuesto, después de que decenas de retornados y cazadores lo hayan atacado toda la mañana, pero estoy *intentando* distraer a su prima.

—No tengo que ser marinera para que unos gatos se coman a las ratas —le digo con frialdad—. Y no podía limitarme a dejar que se

pudrieran en esa tienda.

—¿Así que dejarás que se pudran en Requiem, a cambio?

Un músculo se abulta en su mandíbula y, aunque no hay nada inherentemente amenazador en el gesto, me resisto al impulso de dar un paso atrás. Jamás lo había visto parecer tan… tan *combativo*. No conmigo. El omnipresente hielo de su expresión parece haberse agrietado desde que me persiguiera, y revela algo que tiene un parecido sospechoso con la agitación.

No obstante, no estoy de humor para soportar a un Michal agitado.

—No se *pudrirán*.

Cuadro los hombros, enderezo la columna y lo reto a discutir. Porque él no es el único que está cada vez más agitado; solo verlo… sus hombros bloqueando la puerta, sus ojos entornados, su mano aún agarrada al marco… Todo ello me pone de los nervios.

Odio ser tan consciente de su presencia. Odio ser tan consciente de *mí misma* siempre que está cerca.

Al parecer, él siente lo mismo.

Michal pierde la paciencia por fin, suelta el marco de la puerta y da un paso a un lado. Luego le hace a Odessa un gesto brusco con el brazo para que salga al pasillo.

—Ve. Cuanto más retrases vuestra reunión, más difícil será.

Abro los ojos como platos ante su falta de tacto.

—Pero ella no quiere…

—Ya sé que no quiere —dice, la voz entrecortada—, pero lo que queremos y lo que necesitamos no es siempre lo mismo. Odessa… —Michal capta su mirada y la sostiene—. No he tenido la oportunidad de hablar con él largo y tendido, pero ahora parece diferente. Parece… mejor.

Odessa frunce el ceño.

—¿Mejor?

Michal asiente.

—Como antes.

La expresión de Odessa se vacía ante eso, como si las palabras de Michal hubiesen disparado algún tipo de mecanismo de defensa, y levanta la vista hacia el techo con paneles, donde Dimitri ronda en cubierta. Donde espera. Por instinto, me doy cuenta de que Michal le

está ofreciendo a Odessa la posibilidad de hablar con su hermano primero, de hacer su propio juicio antes de que Michal y yo entremos en la conversación. Que dicte *sentencia*.

Frunzo el ceño mientras miro a uno y otra, sin tener muy claro cómo me siento al respecto.

Dimitri le partió el cuello, sí, pero ella no murió. No como lo hice yo. Aun así, parece egoísta, desalmado incluso, señalar tal cosa cuando está claro que Odessa necesita asimilar su traición poco a poco. Dimitri es su hermano gemelo. Da igual lo que haga, siempre será su gemelo: ella siempre lo querrá y…

Qué difícil debe ser eso.

Al final, Odessa suelta el aire despacio, con calma, antes de asentir.

—Hablaré con él.

Al intuir sus nervios, agarro la cesta de los gatitos y se la planto en los brazos.

—Solo por si necesitas algún tipo de, eh… armadura.

Odessa baja la vista hacia ellos, sin reaccionar durante varios segundos incómodos.

—Son gatitos, Célie.

Me sonrojo al instante.

—Cierto. Yo… Tienes razón, por supuesto. —Sin embargo, cuando intento recuperarlos, sus dedos se aprietan sobre la cesta y se niega a soltarla. Yo dejo caer las manos de inmediato. Sin una sola palabra de explicación, levanta la barbilla, cuadra los hombros y cruza la sala para lanzarse a la batalla… Aunque no sin dedicarme una mirada rápida y apreciativa por encima del hombro.

—Gracias —me dice en voz baja.

Michal cierra la puerta detrás de ella con un *clic* agorero.

Un escalofrío nervioso recorre mi piel al oír el sonido, y me siento en su silla con tanta prestancia como puedo reunir.

—¿Qué le pasó al hombre que estaba con los retornados? ¿Sobrevivió al ataque?

Michal no responde de inmediato. En lugar de eso, niega con la cabeza, como si estuviese asqueado, y da unos pasos hacia delante.

—No —dice por fin.

Se me comprime el corazón de un modo doloroso ante esa palabra tan simple y devastadora.

—¿Y los retornados?

—Despedazados y tirados al mar.

Recuerdo al arzobispo, con su cadáver partido en dos; recuerdo cómo cada mitad aún trataba de matarnos.

—No sé dónde fue la mujer, pero con un poco de suerte tendrá tiempo de recoger a sus hijos y huir antes de que los retornados la encuentren de nuevo. —Levanto la vista con la esperanza de que él me asegure que así será, pero su expresión sigue siendo mordaz. Un nuevo fogonazo de hambre me atraviesa de arriba abajo cuando nuestros ojos se cruzan—. Porque volverán a recomponerse e irán a por ella, ¿verdad? Coco dijo que los retornados regresan de la tumba con el único propósito de aterrorizar a los vivos.

De alguna manera, también me reconocieron a *mí*, pero parece contraproducente llamar la atención de Michal sobre eso.

Aun así, da la impresión de percibir mi reticencia, y el silencio en el salón de baile aumenta hasta que casi puedo sentir cómo la ira de Michal quema mi piel. Al final, incapaz de soportarlo, abro la boca para decir otra cosa, para preguntar por Brigitte y Jean Luc, quizá para preguntar cómo lo encontraron, pero él sacude la cabeza y, cuando habla, el tono de advertencia en su voz está claro.

—¿Quién era ese hombre, Célie? —repite.

Y aquí estamos.

Trago saliva, cruzo los dedos en mi regazo e inspecciono mis nudillos. *Díselo y ya está*. El impulso de mentir libra una guerra contra mi buen juicio; descruzo las manos con brusquedad y tiro de un hilo suelto en la manga de su capa a cambio. *Solo díselo, y podrá ayudarte*. *Michal* quiere *ayudarte*. Tiene poco sentido mantener a la Muerte en secreto, pero una semilla de inquietud se agrieta en mi pecho cuando Michal se detiene delante de la mesa. Porque me ayudará, sí, pero, como antes, también podría hacerle daño a mi hermana.

No. Le *hará* daño a mi hermana.

Si se entera de que Filippa podría ser una amenaza, de que hizo algún tipo de trato con la Muerte, Michal no dudará en enviarla de

vuelta a la tumba. *Como debería hacer*, dice esa molesta voz de la razón. *Como deberías hacer tú*. Pero tampoco es tan sencillo. Algo más ronda por las sombras de mi mente, medio formado e imposible de agarrar. Me incita a guardar silencio.

Michal se inclina hacia delante y planta las manos bien abiertas sobre la madera a ambos lados de mí.

—¿Entonces?

Nos miramos durante una décima de segundo. Después…

—No me dijo su nombre —murmuro, al tiempo que retrocedo en mi silla y contengo la respiración—. Pero creo que… creo que cruzó a través del velo después de que Frederic lo desgarrara. Dijo algo sobre un… un agujero permanente esta vez. Una puerta.

Para mi consternación, Michal no parece sorprendido por la revelación.

—No olía como un retornado.

—Es verdad, no lo hacía, pero… Filippa tampoco. —Hago una mueca para mis adentros y me maldigo por vincularlos aunque sea solo en teoría. Es que… no puedo *pensar*. Me vuelve a arder la garganta con la proximidad de Michal. De hecho, ahora está lo bastante cerca como para que vea el destello de desilusión en sus ojos antes de que una sonrisa amarga retuerza sus labios. Sabe que me estoy guardando algo.

—Veo que sigues siendo una mentirosa.

—Oh, porque tú eres un dechado de virtudes.

Se ríe con suavidad.

—Como insistes en decir. —Con un movimiento engañosamente casual, se endereza y los pelillos de mi nuca cosquillean de la anticipación cuando yo también me acomodo. Sea lo que sea lo que está a punto de hacer Michal, no me va a gustar. Para *nada*. Enrosco los dedos en mi falda mientras él desliza los suyos debajo de la mesa—. Y parece que *sí* que insistes —continúa con voz sedosa—. Desde el momento en que nos conocimos, decidiste que yo soy el villano de esta historia, y nada de lo que haga te hará cambiar de opinión nunca, ¿verdad? —A pesar de que intenta disimularlo ahora, su dolor aún brilla cortante como un cristal roto en su rostro, y se me retuerce el estómago con una culpa inexplicable—. Perfecto,

Célie. Tú ganas. No somos amigos. ¿Jugamos a algo a cambio? Siempre te ha gustado lo de pregunta por pregunta, y lejos de mí negarte algo. Yo primero, ¿vale?

Antes de que pueda responder, aparta la mesa a un lado como si no pesase nada, y el mueble resbala por el suelo lacado, desperdigando los pergaminos de Odessa con un revoloteo de papeles. El movimiento deja solo espacio vacío entre nosotros, y entonces, cuando da un paso al frente y cierra a propósito esa distancia, no queda nada de nada. Sorprendida por el ruido, me lanzo a toda prisa a recoger los papeles, y mi culpa se convierte al instante en indignación.

—¡Michal! ¡Ten cuidado! Esto es de Odessa. No puedes simple…

—Ya estás otra vez. —Se alza sobre mí mientras estoy arrodillada, demasiado cerca, demasiado *alto*—. No haces más que decirme lo que puedo y no puedo hacer. Me pregunto por qué lo haces. Nadie más cree tener semejante privilegio.

Lo miro ceñuda desde el suelo, pero me niego a escabullirme.

—A lo mejor no deberías ir asustando a todo el mundo por ahí para lograr su sumisión. No mola *tanto* como tú te crees y, además, no se te da demasiado bien de todos modos. Yo no te tengo miedo. —Incapaz de reprimirme, le lanzo una patada para dar énfasis a mis palabras, para demostrar lo que digo y obligarlo a retroceder un paso, pero sus piernas bien podrían estar hechas de acero templado.

Esa maldita mueca de sus labios se extiende en una sonrisa.

—No, no me tienes miedo. —Se pone en cuclillas despacio, me quita los pergaminos de las manos y los tira detrás de nosotros. Sus manos son muchísimo más grandes que las mías. Muchísimo más fuertes. Se me seca la boca cuando las posa con suavidad alrededor de mis delicados dedos inútiles—. Nunca lo has tenido. Ahora, responde a la pregunta.

—Yo no he aceptado jugar a este juego tan tonto.

—Se me ocurre uno diferente. —Sus ojos se posan en mis labios—. No necesitamos ser amigos para jugar a él.

Retiro las manos con brusquedad, las mejillas al rojo vivo y los dientes palpitando.

—Este no es momento para jueguecitos en absoluto y… está claro

que *alguien* tiene que decirte qué hacer.

—¿Y ese alguien eres tú?

—No… no lo sé. —Ahora *sí* que me escabullo hacia atrás, porque Michal… se ha acercado más, de alguna manera, sin que me diese cuenta. Su rodilla casi roza mi cadera y una mano se enrosca de un modo lánguido entre las puntas de mi pelo, mientras sus nudillos rozan la curva de mi columna con cada pasada. Dentro de mí, todo se pone en tensión ante ese contacto. Aunque intento sacudir la cabeza, para decirle que no, que no soy ese alguien, no soy *su* alguien, mi cuello tiene ideas propias y se inclina hacia atrás sin permiso. Mi boca se entreabre al soltar el aire, y mis colmillos…

Ay, Dios.

Mis *colmillos*.

Humillada, levanto una mano para ocultarlos y me echo hacia atrás deprisa… solo para chocar contra la mesa y que una de sus afiladas esquinas me parta el labio con el impacto. Empiezo a sangrar. Es *su* sangre. ¿O… o es mi sangre ahora? No lo *sé*, pero una oleada de calor delicioso surge a través de mí con su sabor. No debería gustarme. No debería deleitarme en la idea de su cuerpo dentro del mío, la idea de que he… *reclamado* una pequeña parte de él, pero lo hago. Y no tengo otra opción que observar impotente cuando se levanta con esa terrible media sonrisa, porque lo sabe.

Michal lo *sabe*.

—Qué irónico. —Extiende una mano y, cuando la tomo, tentativa, tira para ponerme en pie. Después retira mis dedos de mi boca y deja mis colmillos al descubierto para mirarlos. Los observa sin disculparse. Observa la sangre sobre mis labios—. Aquí estamos, el malvado y la honesta, y sin embargo yo soy el que dice la verdad y tú eres la mentirosa.

Mi estómago se contrae de un modo casi doloroso cuando aprieta el pulgar contra mi labio y hace que salga otra gota de sangre. Mi voz se convierte en un susurro.

—¿Por qué me está pasando esto?

—Te han enseñado a no escuchar a tu cuerpo. Te han enseñado a no confiar en él. Como una vampira, sin embargo, ignorar tu anatomía no solo es trágico, sino también peligroso.

Eso es ridículo. *Todo* esto es ridículo y…

—No puedo *alimentarme* de la gente así sin más cada vez que tengo ganas, Michal. No soy como tú. No es correcto.

—¿Por qué no es correcto? Nunca dije que debieras matarlos.

—¡Porque los *mataré*! Ya viste lo que sucedió en el callejón. Hab… habría perdido el control por completo. Si no hubieses llegado cuando lo hiciste, le habría arrancado la garganta a Jean y le habría hecho algo *peor* a Brigitte. Quería hacer algo peor.

Aprieta más fuerte el pulgar.

—Y esa hubiese sido una pérdida enorme para todos nosotros.

—Eres increíble. —Me resisto al impulso repentino de lanzarle un bocado, de atrapar su pulgar entre mis dedos y *morder*, porque… porque eso sería inquietante. Porque las personas no pueden morderse sin más las unas a las otras en medio de una conversación —. Dijiste que no deberíamos matar.

—Lo que dije fue que matar no tiene por qué ser inevitable. Si quieres arrancarles la cabeza de los hombros a todos los *chasseurs*, yo apoyaré tu proyecto de todo corazón, te ayudaré incluso, pero solo los enfermos y los hambrientos pierden el control cuando se alimentan. Así que… sí, en este caso, te daré la razón. Si no hubiese llegado para quitarte al buen capitán de los brazos, lo habrías matado. —Una pausa. Levanta el pulgar de mi labio y contempla ceñudo la brillante mancha escarlata que ha dejado. *Él también lo odia*, pienso en un arrebato de claridad. *El efecto que tengo sobre él*. Con una mueca de asco, se limpia mi sangre en los pantalones—. Es probable que aún lo hagas.

—¿Perdona? —Retrocedo al instante, los ojos entornados de la incredulidad—. ¿Qué acabas de decir?

—Finge ignorancia todo lo que quieras, Célie. Ahora eres una vampira. Todo lo que sentíamos como humanos, lo sentimos con mayor intensidad como vampiros. La ira se convierte en furia, el placer en un gozo absoluto. Eso significa que a menudo nos sentimos atraídos por la sangre de aquellos con los que sentimos un vínculo emocional. Hoy lo has demostrado. —Entonces cruza las manos a la espalda con esa irritante actitud de superioridad y se aparta de mí—. Si quieres proteger a tus seres queridos, aprende a

alimentarte. O no lo hagas. La verdad es que no me importa nada lo que le pase a tu querido Jean Luc. —Se encoge de hombros, sus ojos negros centelleantes de malicia—. Y todavía me debes una pregunta.

Una pregunta.

Un gruñido brota de mi garganta, y el sonido es tan desconocido, tan inapropiado, que casi puedo fingir que no es mío.

—¿Estás *celoso*? ¿De eso se trata todo esto? ¿De que siguiera a Jean Luc en lugar de a ti?

—No te eches flores, mascota. Le rompiste el corazón a Toussaint y casi te lo comiste esta mañana. Creo que a nosotros nos podría ir mejor, ¿tú no? —Continúa con tono aún más duro—: Tres preguntas.

—Y una mierda. —Hinco un dedo en su pecho—. Esto no es un juego para mí. Solo porque tú estés demasiado *reprimido* para decir cómo te sientes sin rodeos no significa que vaya a hacer lo que quieres. —Michal suelta una carcajada despectiva al oír eso, como si hubiese dicho algo hilarante, y casi grito de la frustración. Lo empujo con las dos manos ahora—. Exactamente, ¿qué estás sugiriendo, Michal? —Cuando su capa se enreda entre mis pies, la tiro detrás de mí, pero solo consigo que una oleada de calor me recorra de arriba abajo cuando el escarlata cruza mi visión. La capa huele a él. Huele a *nosotros*—. ¿Y cómo puedo aprender a alimentarme cuando siempre estoy *hambrienta*? Acabo de alimentarme de ti esta mañana, bebí más de lo que hubiese debido, y aun así, con solo *mirarte* ahora, me entran ganas de… de… —No puedo terminar la frase; me atraganto con las palabras y él sacude la cabeza, decepcionado.

—Todavía te niegas a escuchar a tu cuerpo. —Cuando le doy otro empujón, sus ojos centellean, pero se niega a ceder un solo paso—. Cuatro preguntas.

—¿Quieres que escuche a mi cuerpo?

—Exacto. Cinco.

La sangre ruge en mis oídos. Olvida lo de arrancarles la cabeza de los hombros a los *chasseurs*; voy a hacer picadillo a Michal y voy a desperdigar sus trocitos por Requiem. Concentro toda mi atención en su rostro horrible y *precioso* y me lanzo a por él, pero me esquiva

con facilidad, me agarra del codo y me hace girar en una pirueta fluida. A cambio, estampo mi puño contra su pecho. Para mi asombro, no intenta detenerme. No. Me *estabiliza* cuando me tambaleo hacia atrás, maldiciendo, agarrada a mi mano dolorida.

—Quieres pegarme —dice, y sus ojos echan chispas—. Bien. Hazlo otra vez.

—¿A qué te…?

—Pégame, Célie. —Agarra mi puño y tira con violencia de él hacia su pecho. Cuando abro los dedos para resistirme y perforo su piel con mis uñas, él agarra mi barbilla con brutalidad. Si fuese humana, es posible que me saliese un moratón, pero no lo soy. Y él tampoco. Se agacha hacia mí para enseñarme los dientes y gruñir sus siguientes palabras—. Puedo encajar tus golpes. Puedo encajar tu mordisco también, si me dejas. Lo que estoy *sugiriendo* es que te alimentes de mí hasta que aprendas a controlarlo.

Forcejeo con su muñeca, su pecho, sin tener muy claro si estoy tirando de él para acercarlo o si lo estoy empujando lejos.

—¿Por qué querrías hacer eso?

La pregunta actúa como un cubo de agua helada sobre la cabeza de Michal.

Todo su cuerpo se pone rígido. Vacila un instante y se echa un poco hacia atrás para mirarme. Sus ojos buscan los míos durante una décima de segundo, cargados de… *algo*, pero se blindan otra vez igual de deprisa. La odio. *Odio* esta nueva forma de vacilar. Porque Michal no ha vacilado nunca antes. Michal no ha retrocedido nunca ante mí. De hecho, cuando su mano cae de mi barbilla, lo único que quiero es golpearlo de nuevo, agarrarlo por los hombros y *sacudirlo* hasta que me diga por qué está actuando de un modo tan… tan…

—No puedes hacerme daño. —Es todo lo que dice, su expresión fría e impasible. Demasiado fría. Demasiado impasible—. No como puedes hacérselo a los demás. Por *eso* te ofrezco mi sangre. Porque debes aprender a alimentarte o jamás te lo perdonarás. —Y entonces, por increíble que pueda parecer—: Seis preguntas.

Lo observo incrédula.

Y en el segundo que tardan en penetrar esas palabras, sé con

exactitud lo que quiero hacer.

—Menudo *imbécil* presuntuoso —bufo con enfado—. ¿Quieres enseñarme a alimentarme? Perfecto. *Perfecto*. Vamos.

Lo aparto de un empujón, antes de salir del salón de baile hecha un basilisco y subir por la amplia escalera en busca de alguien, de quien sea, con quien demostrarle que se equivoca.

Al otro lado de la cubierta, Odessa y Dimitri se levantan de un enorme cajón al verme. Parece que los he interrumpido a media conversación, pero el semblante de Odessa se ha suavizado desde que nos dejó; la ira que bullía en sus ojos se ha enfriado un poquito. Es todo el permiso que necesito.

El momento de las respuestas y las explicaciones será más tarde, porque ahora mismo una oleada de temeridad me golpea con fuerza y me dirijo hacia Dimitri sin preámbulo.

—Hola otra vez, Dima. Michal dice que debo aprender a alimentarme.

Perplejo por ese saludo abrupto, Dimitri mira a Odessa de reojo, aunque acepta la mano que le tiendo sin dudar. Incluso deposita un casto beso sobre mis nudillos cuando llega Michal, oscuro y silencioso como una sombra.

—Para mí también es un placer verte, Célie, cariño. ¿Cómo ha estado mi más encantadora amiga desde que nos separamos?

—Ha estado *hambrienta*. Gracias por preguntar.

—Ah, sí. —Dimitri sonríe, al tiempo que desliza los ojos por mi nueva figura. El impacto lo estropean solo en parte la capa demasiado grande de Michal y mi camisón sucio, pero Dimitri es lo bastante amable como para ignorar ambas cosas. Es *raro*. La sangre que cubre mi parte delantera no se ha secado todavía, pero su cuerpo permanece relajado—. Te convertimos en vampira sin enseñarte a actuar como una. Fue bastante maleducado, ¿verdad? —Entonces lanza una mirada pícara por la cubierta a nuestro alrededor y baja la voz con actitud cómplice—. Aunque, entre tú y yo, puede que no haya mucho que enseñar. Todo el mundo en este barco parece estar a unos cuatro segundos de suplicarte que te comas su corazón.

—¿Incluido tú?

Dimitri parpadea sorprendido antes de sonreír aún más, revelando sus hoyuelos. Un destello demoníaco se ilumina en sus ojos.

—No me tientes con pasar un buen rato, cariño.

Michal resopla con desdén.

Bien. Aunque noto que me sonrojo, me fuerzo a estarme quieta, para ver lo lejos que puedo llevar esto. Jamás había dado muestras de ver el flirteo de Dimitri hasta ahora, no digamos ya darle cancha, porque todo lo que nos jugábamos siempre había sido demasiado importante. Además, en realidad nunca lo hizo en serio. Ahora tampoco, pero al mismo tiempo no parece capaz de resistirse a jugar conmigo. A Dimitri le encanta jugar, en especial a juegos que irriten a su primo, y es *verdad* que necesito alimentarme. ¿No sería mejor hacerlo de alguien a quien no puedo matar sin querer?

—¿Te lo plantearías, entonces? —le pregunto.

Hago caso omiso del revoloteo de nervios en mi estómago. Hubo un tiempo en el que flirteaba a menudo. Con Reid, con el librero local, con los hombres jóvenes y guapos de la sociedad. Para ser sincera, disfrutaba de ello, incluso. La emoción de un momento, una conexión sencilla.

No hay nada sencillo en mi conexión con Michal.

Con una risita entre dientes, Dimitri se echa hacia atrás para apoyarse en el cajón.

—¿Que si me plantearía darte mi corazón?

Me la voy a jugar. Con un roce delicado sobre su brazo, lo miro a los ojos y le brindo una sonrisa brillante y radiante; una sonrisa que jamás le había dedicado a Dimitri. En verdad, no he sonreído de este modo en mucho tiempo, y la noto forzada y antinatural en mi cara. Él, sin embargo, no parece darse cuenta. Sus ojos se abren un pelín al verla y parpadea; sus pupilas se dilatan cuando mi dedo se desliza por su antebrazo hasta su mano.

—Tu sangre —digo en voz baja.

De inmediato, sé que he dicho algo… No *equivocado*, quizá, pero raro.

Odessa, que nos había estado observando con curiosidad, aparta la vista a toda velocidad, e incluso Dimitri se pone un poco tenso. Aun así, su mano permanece cerrada alrededor de la mía, incluso

cuando se inclina hacia delante y baja la voz.

—¿Me estás preguntando si puedes alimentarte de mí?

—¿No debería?

No es Dimitri quien responde.

—Por supuesto que deberías —dice Michal sin inmutarse—, si eso es lo que quieres. —Percibo, más que oigo, cómo se pone justo detrás de mí, cómo desliza sus ojos negros por mi cuerpo como esquirlas de hielo. Reprimo un escalofrío delicioso—. ¿*Es* eso lo que quieres, Célie? ¿Alimentarte de mi primo? Estoy seguro de que él no te rechazaría. No después de esa sonrisa.

Delante de mí, Dimitri retira la mano con cuidado.

Aunque lo fulmino con la mirada, ya no recatada sino rogándole en silencio que *se quede*, él evita mis ojos, también los de Michal, y mira a cualquier sitio menos a nosotros dos.

Sus labios, sin embargo, parecen reprimir una sonrisa.

Traidor.

Sin ninguna otra alternativa, giro sobre los talones hacia Michal y me estrello de lleno contra su pecho.

—*Excusa*… te. —Doy un paso apresurado hacia atrás y choco entonces con Dimitri, que agarra mis codos para evitar que los dos caigamos encima del cajón. Los ojos de Michal se oscurecen al ver el contacto.

Y eso… eso es simplemente inaceptable.

—¿Y qué si *quiero* alimentarme de Dimitri? —Esa sensación de temeridad aumenta aún más y me inclino hacia atrás contra el pecho de Dimitri, con lo que lo atrapo contra el cajón mientras él suelta una risa incrédula contra mi oreja—. ¿Por qué estáis actuando todos como si fuese una petición tan… tabú? *Tú* me ofreciste sangre esta mañana y nadie movió ni una pestaña al respecto. —Estiro el cuello para fulminar con la mirada a Odessa, que ya no finge admirar el horizonte y nos observa con mucho interés—. Y tú dijiste que compartir sangre era perfectamente aceptable entre vampiros.

—¿Eso dije? —pregunta con tono neutro—. No lo recuerdo.

Cuando Dimitri posa con suavidad las manos sobre mis hombros, como si no supiese bien qué otra cosa hacer con ellas, Michal agarra el mástil a su lado. Luego enrosca el labio por encima de sus

dientes. Sus dientes muy *afilados*.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, mascota.

—Puedo alimentarme de quien quiera —gruño.

Sus ojos centellean y, bajo su mano, el mástil empieza a astillarse.

—Pues *hazlo*.

—¡Lo haré!

—Estoy esperando.

Con otro gruñido, doy media vuelta de nuevo, entre los brazos de Dimitri, y paso mi propio brazo alrededor de su cuello.

—¿Quieres hacer esto o no? Solo dímelo si te da demasiado miedo y buscaré a otra persona. Se lo propondré al *barco entero* si hace falta.

El mástil cruje de un modo espantoso.

Con una carcajada, Dimitri mira de Michal a mí completamente incrédulo, como si nunca hubiese visto nada semejante. Nada como nosotros. Eso solo me cabrea más.

—Bueno —empieza—, cuando lo pintas de *ese modo*…

—No seas idiota, Dima —interviene Odessa con brusquedad, al tiempo que se medio levanta del cajón—. ¿Es que no ves que han empezado a…?

—No termines esa frase —gruñe Michal.

—¿*Qué* frase? —Me giro airada hacia él antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, y no paro hasta que nuestros pechos se rozan, hasta que me veo obligada a mirar arriba, arriba, *arriba* para mirarlo a los ojos. Se me corta la respiración ante lo que veo ahí: escarnio, sí, pero también un deseo afilado como un cuchillo. Mis muslos se tensan de la anticipación. Y él lo ve todo, por supuesto. Siempre lo ve todo—. ¿De qué está hablando? —pregunto en voz baja, al tiempo que adopto su calma letal. No es algo intencionado. Es solo que no puedo reprimirme.

Sus ojos se posan en mis labios y aprieta la mandíbula.

—De nada que te importe.

Agarro su camisa andrajosa, pero me resisto al impulso de sacudirlo, de trepar por su cuerpo hasta *sentir* sus músculos tensarse y flexionarse debajo de mí. La fuerza solo de sus dedos casi ha partido el mástil en dos.

—Si no me lo dices, juro por…

—¿Por quién? —Se inclina hacia mí con una sonrisa malvada, engancha uno de esos dedos debajo de mi barbilla y, con gran suavidad, tira hacia arriba—. No irás a mencionar a Dios, ¿verdad?

Retrocedo, escandalizada.

—¿A ti qué te *pasa*?

Su contacto desaparece al instante y retrocede varios pasos.

—Muchas cosas, Célie. —Una risa amarga—. Muchísimas cosas.

La humillación se extiende por mi cara ante su abrupta ausencia. Y en este momento, lo odio todo: la distancia entre nosotros, el aborrecimiento que oigo en su voz, la sangre que invade mis mejillas. *Su* sangre. Odio que sonroje mi piel. Odio que sustente mi cuerpo. Y odio que, a pesar de todo, jamás me hubiese alimentado de Dimitri, y Michal parece saberlo.

—Un flagrante descuido por su parte no haberte informado —dice Dimitri con una sonrisa desconcertada que revela sus hoyuelos un segundo—, pero los vampiros no comparten sangre con otros vampiros más que en situaciones *muy* íntimas. —Hace una pausa significativa, como si esperase que yo respondiera algo. Cuando no lo hago, nos mira por turnos y continúa—. Sexo, Célie. Me refiero al sexo. O al amor, supongo, lo cual debe significar que mi primo…

Michal sacude la cabeza, pasa por delante de su primo de camino a la escalera y, sin decir ni una sola palabra, lo tira por la borda de un empujón.

Dimitri cae al agua con un chapoteo ensordecedor.

Con una sonrisa a pesar de todo, Odessa se asoma hacia las revueltas olas mientras Dimitri maldice, sin dejar de reírse. Su hermana le resta importancia a la situación con un gesto rápido de la muñeca antes de volverse hacia mí.

—Estará bien. Sabe nadar. En cuanto a ti… —Da unas palmaditas en el cajón para que me siente—. No me preocuparía por nada de esto. Los vampiros no tienen buena memoria a largo plazo. Después de los primeros quinientos años o así, nadie recordará siquiera esta pequeña debacle.

—Odessa —consigo decir en voz baja—. Por favor, cállate.

CAPÍTULO 14

Visitantes inesperados

A Dimitri aún lleva plantada en la cara una sonrisa enorme cuando llegamos a Requiem.

En ciertos aspectos, la isla está igual a como la recuerdo: las carreteras empinadas y estrechas, los mercados repletos de todo tipo de productos inusuales, el castillo acechando en lo alto como un espectro mientras un carruaje anodino baja serpenteando a nuestro encuentro. Un verdadero festín para los sentidos, incluso para los de un ser humano.

Como vampira, sin embargo, es un ataque constante.

Docenas de corazones laten a un ritmo errático bajo el batiburrillo de voces, pisadas, *respiraciones*, y de alguna manera puedo oler a cada uno. Puedo ver folículos pilosos latentes debajo del rostro de cada *loup garou*, las protrusiones tipo garras entre sus nudillos cuando dos de ellos forcejean para levantar la pasarela. Del mismo modo, la piel de una mujer que pasa por ahí (una melusina que ofrece naranjas a voz en grito a la tripulación que desembarca) brilla nacarada a la luz de las antorchas. Contemplo cautivada cómo se aleja. Huele a sal. A cosas resbaladizas y furtivas y, por alguna *desquiciante* razón, me empiezan a doler los dientes al percibir el olor, seguido de ese retortijón de repugnancia. Dejo de respirar de inmediato.

Evito mirar a Michal mientras esperamos al carruaje.

Los vampiros no comparten sangre con otros vampiros más que en situaciones muy íntimas.

Las palabras repican como una campana en mi oído, reverberan una y otra vez hasta que me duele la cabeza. No solo me he declarado a Dimitri delante de *todo el mundo*, sino que también me he alimentado de Michal.

Me alimenté de él y me gustó.

En cualquier caso, no soy la única cambiada desde la última vez que vine a Requiem.

Aunque los experimentos de Frederic ya habían empezado a… retorcer cosas en la isla, y en el resto del mundo, antes de la víspera de Todos los Santos, y en el resto del mundo, todavía no las había roto. Puede que la tierra rezumase sangre la primera vez que subí hasta el castillo, pero no había goteado de los gabletes en el mercado como lágrimas macabras. Puede que las tiendas y los puestecillos mismos vendiesen productos inusuales, pero al menos esos productos habían sido vibrantes y centelleantes, no extrañamente apagados, como son ahora. Casi descoloridos, como si un velo de sombra hubiese caído sobre ellos. ¿O quizá por delante de mis ojos?

Debido al truco de una bruja, la oscuridad siempre ha plagado Requiem, pero esto… parece diferente.

Parece casi como el reino de los *espíritus*.

Echo un vistazo calle arriba con el ceño fruncido, pero esa sombra siniestra sigue ahí. Oscurece los rostros de los transeúntes ansiosos, de los gatos vagabundos, de los mismísimos adoquines sobre los que caminan. Hace que desaparezca el color de todos y de todo. De la isla entera. Y el *aire* aquí…

Frunzo el ceño aún más cuando inspiro a modo tentativo. Aunque me arde la garganta otra vez al oler la sangre, no me consume como hubiese hecho antes de beber de Jean Luc y de Michal. No. Mucho más preocupante es cómo el aire *parece*… más ralo de lo habitual. Y frío.

Demasiado frío.

Se condensa en pequeñas nubecillas blancas al salir de las bocas y las narices de todos los presentes en el mercado. Incluso de las de Michal, que está de pie con las manos cruzadas a la espalda, los hombros orgullosos, mientras observa la escena con su desdén habitual. Su mirada helada, sin embargo, contradice la tensión que rodea sus ojos.

Algo va mal aquí. Algo va *muy* mal.

Algo plateado centellea en la periferia de mi visión, y mis ojos

vuelan hacia donde un dobladillo translúcido desaparece detrás del carro más cercano. Mi incomodidad aumenta al mismo ritmo que mi confusión, y miro por la calle en busca de cualquier otra señal de fantasmas, porque esto tampoco es *del todo* como el reino de los espíritus, sino más bien una amalgama inquietante de ambos. Sacudo la cabeza para despejarla. El velo separa los reinos; está claro que no pueden mezclarse, y cualquier otra cosa sería imposible.

Entonces tienes que prestar más atención.

Las palabras de Reid vuelven a mí, y recuerdo cómo goteaba la sangre de la nariz de Lou cuando abrí el velo en su cocina.

Trago saliva y me acerco más a Michal, mientras otras figuras se congregan en cada rincón y esquina de la calle, acuclilladas sobre tejados y acechando en callejuelas, quietas, silenciosas y con intención depredadora. Las veo mejor ahora de lo que lo hacía antes. Siento su atención sobre nosotros como una hoja afilada que presiona contra mi cuello.

Como buitres atraídos por un cadáver, los vampiros han venido.

Los aldeanos también perciben su presencia; marineros y comerciantes por igual se alejan a toda prisa de sus ojos relucientes, se cuelan en bares y tiendas como si el instinto les advirtiera que buscaran refugio.

—Creía que habías sofocado el último golpe de estado —murmuro en dirección a Michal—. ¿Por qué está todo el mundo tan tenso?

Los ojos de Odessa vuelan hacia los suyos con un lúgubre brillo acusador.

—Esto no es ningún disturbio social. —Un trueno retumba en la distancia, como para subrayar sus palabras, y los valientes que permanecen en la calle nos lanzan miradas furtivas—. Los aldeanos tienen miedo. Los vampiros, también —añade con cierto desdén—. Deben de percibir que el velo se ha roto. Aunque no puedan ponerle nombre a su miedo, sí que pueden *ver* su efecto sobre la isla.

—¿Pueden verlo? —me apresuro a preguntar—. ¿La sangre y… todo lo demás?

Odessa se pone aún más tensa, como si deseara que no hubiese hablado, pero es Dimitri quien contesta.

—Supongo que sí, puesto que yo también puedo verlo. —Se estremece y mira al otro lado de la calle, donde el… *esqueleto* de un gato nos observa, mientras su cola larguirucha se agita de un lado a otro—. Aunque también es una sensación, ¿no? Un *olor*.

Frunzo el ceño y aparto la vista del gato, antes de inhalar otra vez. Bajo el aire ralo y frío, bajo la carga eléctrica de la tormenta, perduran ciertos rastros de otro olor.

—¿Huelo algo… floral? —Me concentro en ello para seguir el rastro del olor entre la salmuera, las algas y el sudor del puerto, más allá de los chales de seda y las botas de cuero de un comerciante calle arriba. *Rosas*. Mi estómago se agarrota como si un puño se hubiese cerrado a su alrededor.

Hizo un agujero en el velo cuando me robó a Filippa. Uno permanente esta vez. No como los cortecitos que dejas tú.

—Y algo más… —Mi voz se apaga mientras pugno por ubicar ese segundo olor más fuerte—. ¿Qué *es* eso?

—¿Tú también lo hueles? —Odessa suena un poco impresionada, mientras yo estiro el cuello hacia el castillo en un intento por localizar la fuente de ese aroma irresistible. Una sensación peculiar brota en mi tripa en respuesta, como un anzuelo que tirase de mí—. Qué interesante.

—¿Por qué es interesante?

—Porque no todo el mundo es capaz de aislar su propio olor.

Un intenso calor trepa por mi cuello.

—¿Me estás diciendo que ese olor es…?

—Tuyo —responde Michal de pronto—. Hueles como la Muerte. —Al ver mi expresión consternada, niega con la cabeza—. No en el sentido literal de la putrefacción, Célie. No hueles fétida. Hueles… —Deja la frase sin terminar y busca la palabra apropiada, antes de agitar una mano por el aire—. Bueno, *así*, y el olor solo se ha potenciado desde tu transición.

—¿Perdona?

Sin embargo, no me lo aclara. En lugar de eso, señala a Pasha e Ivan, los dos vampiros que me acompañaron la víspera de Todos los Santos. El primero tiene una melena negra deslumbrante y la piel blanca como la escarcha, mientras que el segundo se ha afeitado

por completo su cabeza oscura. Los dos me observan con un desdén absoluto en sus pálidos ojos azules cuando salen de entre las sombras para unirse a nosotros. Parece que el vampirismo no me ha elevado en su estima.

No obstante, su reacción a mi presencia palidece en comparación con su reacción a la de Dimitri. Lo miran con cara de pocos amigos, sin intentar ocultarla, y van a ponerse uno a cada lado de él, a *alzarse amenazadores* a ambos lados de él. Un músculo se abulta en la mandíbula de Ivan mientras que los tendones se flexionan en el cuello de Pasha. Deben de haberse enterado de la implicación de Dimitri en la víspera de Todos los Santos, o quizá de cómo le había partido el cuello a Odessa. Sea como sea, parecen ansiosos por que su desagrado quede patente.

Dimitri no parece darse cuenta de ello; mete las manos en sus bolsillos húmedos y se dirige a cada uno de ellos con bastante alegría.

—Hola, Ivan. —Baja la barbilla en una inclinación de cabeza—. Pasha.

Ninguno de los dos responde y, después de un momento, Dimitri finge tironear del cuello de su camisa con una sonrisa arrepentida.

—No estamos ganando ningún concurso de popularidad estos días, ¿verdad, Célie?

Odessa frunce los labios mientras mira más allá de nosotros, hacia el castillo.

—No te preocupes, hermanito. Con el tiempo, te perdonarán. —Eso sí, no dice nada de que vayan a aceptarme a *mí*, y su omisión parece intencionada.

—Pasha e Ivan se han ofrecido voluntarios para ser tus guardias personales. —Con la voz más dura que antes, Michal continúa como si ninguno de nosotros hubiésemos hablado. Frunzo el ceño ante esa mentira tan obvia justo cuando un grueso goterón de lluvia cae sobre mi cabeza. *No*. Me seco la gota de precipitación gélida y la examino sobre las puntas de mis dedos. *Granizo*—. Puedes utilizarlos o no, pero los dos estarán a tu disposición.

Los ojos de Odessa se oscurecen de un modo inexplicable.

—¿De verdad tiene que ser esa la prioridad ahora?

—Basta, Odessa.

—¿Lo es? —Odessa frunce el ceño y habla en un susurro incrédulo, pero todavía la oigo. Todos los presentes la oyen—. Célie es una vampira, Michal. ¿Crees que debemos asignar unos recursos muy necesitados a su protección cuando puede protegerse sola? Aún *hay* retornados aterrorizando la isla, ¿no?

La aprensión hace que me hormiguee el cuello al oír sus palabras. Aunque hace mucho que Michal se merecía un buen rapapolvo por parte de Odessa, nunca la había visto contradecirlo abiertamente. Pero supongo que debe haber una primera vez para todo, ¿no? Quizá… quizá esta sea esa vez. Aquí. Ahora. Hablando sobre *mí*.

Miro de reojo a los vampiros más bien hostiles que nos rodean y busco con ansiedad el carruaje.

—Hablaremos de esto más tarde, prima —dice Michal, como si me hubiese leído los pensamientos.

Pero Odessa se niega a dejar el tema. Lo agarra de la manga y habla sin apenas mover los labios.

—¿Es verdad lo que dijo Dima en el barco? ¿Ya se han *comido* a dos de nosotros?

Ay, Dios.

—¿Cómo podría saberlo Dima? Según ha dicho él mismo, no ha estado en la isla.

La sonrisa de Dimitri se borra ante el tono de Michal.

—Me escribió Margot. Ha estado… asustada. Un retornado atacó su tienda la semana pasada. Salió directo de una tumba sin marca alguna en el jardín.

Se me cae el alma a los pies al pensar en la dulce Margot Janvier y su pintoresco *fleuriste* siendo atacados por un cadáver.

—¿Ella está bien?

—Asustada pero ilesa —murmura él—. Su vecina es una bruja, y atraparon al retornado en una maceta.

Odessa insiste antes de que yo pueda expresar mi alivio.

—¿Entonces? —le pregunta a Michal—. ¿Es cierto?

—¿Y si lo es?

—Si lo *es* —susurra ella—, te urgiría que reconsideraras lo de asignar a Pasha y a Ivan como niñeras de Célie. —Me lanza una

mirada con una vaga expresión de disculpa—. Nuestra prioridad debería ser liberar a la isla de estas abominaciones y proteger a nuestra gente. Así como cerrar el *portal* que Frederic abrió en el velo.

Me doy cuenta entonces de que me oyó en el barco.

—No están entrando por ese. —Michal habla con una expresión casi ausente, pendiente de la calle por encima de nosotros más que de ella. Parece casi… irrespetuoso, como si no le importase esta conversación, pero eso tampoco puede ser cierto. Es Michal. Le importa todo, en especial las cosas que tienen que ver con su preciada isla—. Parecen estar cortando a través del velo cerca de sus tumbas, y no es que tengan limitaciones una vez que están en nuestro reino. El retornado del *fleuriste* huyó y recorrió media ciudad antes de que lo atraparan.

Odessa lo mira horrorizada.

—¿Estás diciendo que se abre una puerta nueva con cada retornado?

Levanta un hombro.

—Supongo que son más como ventanas. Y es una pena, porque no puedo verlas. No como la otra.

Frunzo los labios al oír eso. Michal no debería ser capaz de percibir el velo; nadie más debería verlo tampoco.

—¿Puedes, eh… *ver* de verdad la puerta que creó Frederic la víspera de Todos los Santos?

—El velo en sí, no.

Frunzo el ceño aún más.

—Entonces, ¿cómo…?

Odessa parece mucho menos preocupada por los detalles.

—Qué más da todo eso —espeta, al tiempo que agita una mano nerviosa en dirección a la situación tan singular a nuestro alrededor —. ¿Tienes alguna idea de cómo *arreglar* todos esos malditos agujeros?

Al final, los ojos de Michal se cruzan a regañadientes con los míos y, en ellos, veo su respuesta. *Yo*. Después de todo, soy la Novia, y la única con algún tipo de experiencia real abriendo y arreglando el velo. Aparta la mirada con prisa.

—Tengo un montón de ideas, Odessa, pero ninguna de la que vaya a hablar aquí.

—Odessa —dice Dimitri en voz baja cuando ella abre la boca para discutir. Los dientes de su hermana se cierran con un chasquido y esboza una sonrisa furiosa.

—Muy bien. —Habla entre dientes, como si fuese incapaz de reprimirse—. Retornados aparte, Michal, después de lo de la víspera de Todos los Santos, el mundo exterior sabe de nuestra existencia. Los cazadores saben de la existencia de nuestra isla y también conocen nuestras debilidades.

—Jean Luc no es estúpido. —Aunque todos los vampiros del puerto aún pueden oírme, bajo mi propia voz y me apresuro a tranquilizarla —. Los *chasseurs* jamás vendrían a Requiem.

—Vinieron a por ti una vez. Podrían venir de nuevo.

Parpadeo sorprendida. Nunca mencionó nada de esto mientras estábamos en Cesarine, ni siquiera durante nuestro viaje de vuelta. Si hubiese expresado sus miedos, a lo mejor podríamos haberlos mitigado en privado, pero nunca dijo nada. Frunzo más el ceño.

—Yo no… —Sacudo la cabeza para aclararla—. Jean Luc solo está enfadado conmigo ahora mismo. Se revolvió esta mañana, pero al calmarse se dará cuenta de que esta es una batalla que no quiere y que no puede ganar. —Le doy un apretoncito en el codo y fuerzo una sonrisa tranquilizadora—. Los *chasseurs* no volverán a venir aquí. Te lo prometo.

Durante una décima de segundo, da la impresión de querer discutir, conmigo o con Michal, no lo sé, pero vuelve a su ser igual de deprisa. *Como la otra cara de una moneda*. Mi inquietud aumenta al ver el cambio abrupto en su cara.

Es un cambio familiar.

Uno *de familia*.

Debo echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no entretenerme con la comparativa entre Dimitri y ella.

—Perdóname, cariño. —Con un suspiro, Odessa levanta la capucha de su capa para cubrir su pelo, y una cascada de gotas de lluvia cae alrededor de sus hombros como joyas diminutas—. No pretendía ofender. Dejé mi parasol en el parterre de flores de la bruja —añade

con tono defensivo en dirección a Michal, que todavía la mira con ojos asesinos—, y ya sabes cómo odio estar mojada.

Michal pone los ojos en blanco, luego se gira hacia Pasha e Ivan. Aunque abro la boca para hacerle a Odessa otra pregunta, Dimitri sacude la cabeza en señal de advertencia y la cierro otra vez.

Cuando el carruaje por fin se detiene delante de nosotros, casi tengo la sensación de que el altercado no ha ocurrido nunca. Ni Michal ni Odessa vuelven a mencionar el olor de la Muerte o la amenaza de invasión. Sin saber muy bien qué más hacer, sigo su ejemplo y me subo al lado de los caballos de ojos desquiciados, que agitan sus grandes cabezas con nerviosismo al oír un trueno, seguido de inmediato por otro relámpago zigzagueante.

La luz cegadora ilumina un escudo dorado sobre la puerta del carruaje cuando Michal lo abre. Envuelta en llamas, lo que parece una *cruz* se alza frente a un dragón con cuernos sobre el esmalte negro.

—¿Este es tu escudo? —pregunto, pese a no ser importante ahora mismo.

Michal le lanza al escudo una mirada distraída antes de ayudar a su prima a entrar en el compartimento. Algo en la actitud de Odessa todavía parece… extraño, de algún modo. Forzado. No puedo explicarlo, pero tiene gran cuidado de evitar mirarme a los ojos cuando se sienta en el banco.

—Mi padre era clérigo —explica Michal, escueto.

—¿Qué? —Parpadeo con una sorpresa genuina, acepto su mano y subo al carruaje detrás de ella—. Nunca me lo dijiste.

—Nunca preguntaste.

Cuando cierra la puerta detrás de mí con un *snap* definitivo, miro de él a Dimitri con el ceño fruncido.

—¿Vosotros dos no venís con nosotras?

—Todavía no.

—¿Pero qué vais a…?

No obstante, en ese momento, suena un altercado desde el barco y los cuatro nos giramos para ver cómo uno de los miembros de la tripulación de Michal llega a la carrera. Con los ojos muy abiertos, hace una reverencia profunda y se dirige a Michal sin aliento.

—Mis disculpas, *mon roi*, pero debéis venir a ver…

—¿Qué pasa? —pregunta Dimitri con curiosidad.

—¡Polizones! —El joven se endereza a toda prisa y señala hacia el barco, las mejillas rojas de la emoción—. ¡Dos de ellos, de Cesarine!

Para mi sorpresa, Michal no se mueve; ni siquiera se gira hacia el barco. En lugar de eso, suelta un gran suspiro, como *resignado*.

—¿Dónde están?

—Aquí, por supuesto —dice Lou con una sonrisa.

Aparece ante nosotros con el aspecto de alguien dando un paseíto por su jardín en una tarde soleada, lo cual es casi irrisorio dado el alboroto que ha provocado a su paso. La tripulación de Michal esprinta detrás de ella con gritos de alarma, mientras que los vampiros más cercanos retroceden con bufidos suaves de incredulidad. De furia. Deben de reconocerla de la víspera de Todos los Santos, o quizá perciben el poder que emana de ella en oleadas sucesivas. Sea como sea, no están contentos, y nada en la presencia de Louise le Blanc en Requiem augura nada bueno para Michal.

—Tienes mucho mejor aspecto, Célie —me dice—. Qué curioso. ¿Quién hubiese pensado que el alimento te sentaría bien?

Su propia piel, sin embargo, permanece pálida, *demasiado* pálida, y esas sombras amoratadas todavía subrayan sus ojos. Con los dedos un poco temblorosos, parece casi salvaje vestida con la camisa de noche de Reid, que remetió a toda prisa por la cintura de unos pantalones de cuero viejos, mientras un cuervo de tres ojos permanece posado en equilibrio precario sobre su hombro. *Talon*. Una mascota querida, además de un símbolo de la familia le Blanc y su espía personal. Pero ¿cómo han…?

Se me cae el alma a los pies, y luego sigue a través del suelo del carruaje cuando veo a la persona que aparece detrás de ellos.

De repente, mi confusión por la discusión entre Michal y Odessa desaparece de un plumazo, igual que lo hace toda preocupación que hubiese podido sentir por Lou. De hecho, todo pensamiento desaparece de mi cabeza al ver a la austera mujer que viene hacia mí. A cada repiqueteo seco de sus tacones, parece cortar, cortar, cortar todos los hilos que me atan a la realidad.

—Oh, no —susurro, al tiempo que me medio levanto.

No, no, no…

Odessa se inclina para echar un vistazo por la ventana del carruaje.

—Familiar tuya, supongo —dice.

No consigo obligar a mis labios a moverse otra vez para responder. Se me han quedado como entumecidos.

Porque Satine Tremblay es la última mujer del mundo que debería estar en Requiem. Con la barbilla alta, la espalda recta y tiesa como un atizador de hierro, sigue a Lou con una expresión del más absoluto desdén en su precioso rostro. No lleva ni un pelo de su intrincado moño fuera de su sitio, ni una arruga en su vestido azul iris. Y aunque sujeta un parasol bien alto por encima de su cabeza, incluso la cellisca parece temerle. Ni una sola gota se atreve a caer sobre su persona.

Me recoloco a toda prisa la capa de Michal por encima de mi camisón y trato de alisar mi masa de pelo enredado. Un impulso ridículo, por supuesto, porque… porque…

Porque esto no puede estar ocurriendo. Las hebras de pelo plateado en sus sienes centellean a la luz de las antorchas, pero mi cabeza las rechaza con la misma violencia que al resto de ella. No es posible. La habría olido, *también* a Lou, si hubiesen estado escondidas en el barco, pero, aparte de eso, simplemente… ella no puede estar aquí.

Por un segundo irracional y desquiciado, pienso en esconderme, en *huir*, justo cuando sus ojos esmeraldas conectan con los míos.

Me inmovilizan en el sitio, al tiempo que se entornan de un modo casi imperceptible mientras inspecciona mi nueva cara. Solo una vida entera de educación en materia de etiqueta evita que me encorve en mi asiento. *Jamás le dije que me había convertido en vampira*. Jamás le dije *nada*, y aun así aquí está ahora, rodeada de ellos. ¿Lo sabe? ¿Le importa?

No es que los chasseurs *hayan sido precisamente discretos desde que volvimos. Los rumores de la existencia de vampiros se habrán extendido por toda la ciudad, es probable que por el reino entero a estas alturas*.

Aunque Jean Luc me guardó el secreto, ella ya debe de saber lo de

Michal. Debe de saber lo de Requiem. Y si lo hace, está claro que debe de saber también lo *mío*. Espero que así sea. Igual de deprisa que se me ocurre ese pensamiento, me doy cuenta de que no quiero decirle nada.

Michal, ese cerdo traicionero, baja con agilidad del carruaje cuando ella llega hasta nosotros.

—Célie Fleur Tremblay —dice con la voz cortante y seca que reserva para las diatribas ensayadas—. ¿Dónde *demonios* has estado? ¿Por qué no has escrito? ¿Qué es eso que he oído sobre un vestido escarlata y un *burdel*?

Levanto una mano con debilidad, al tiempo que me encojo un poco.

—*Maman*, no ha sido como…

—Por supuesto que lo ha sido. ¿Crees que soy tonta? —Antes de que pueda explicarme, se gira a toda velocidad hacia Michal y lo señala con un dedo, como una jueza con su mazo. Dos vistosos manchurrones de color aparecen en la parte alta de sus mejillas, y las aletas de su nariz se abren con una indignación moralista—. Y *usted*. ¿Qué tiene que decir sobre sus acciones? ¿Se paró a pensar siquiera en la reputación de mi hija cuando la secuestró para traerla a esta isla de corrupción y suciedad? ¿Se paró a pensar siquiera en los nervios de su madre?

No espera una respuesta. Nunca lo hace. En cualquier caso, alguien debería detenerla ahora, antes de que tome carrerilla, porque de lo contrario no parará de hablar nunca. Lanzo miradas suplicantes a Odessa, a Michal, a Lou, pero nadie es tan tonto como para interrumpir. Lou, al menos, tiene la decencia de parecer que lo siente. «Perdona», articula solo con los labios mientras hace una mueca.

Dimitri se limita a sonreír. Una sonrisa amplia de disfrute absoluto que me da ganas de estrangularlo.

—No lo hizo —bufa mi madre—. Por supuesto que no lo hizo. Por mucho que sea inmortal, Michal Vasiliev —dice, y guiño los ojos al oír la confirmación de mis temores—, todavía piensa como un hombre, pero no estoy dispuesta a tolerar un cortejo tan chapucero por parte de *nadie*: ni de usted, ni del Diablo, ni del rey de Belterra.

¿Me ha entendido? Existen convenciones para estas cosas. Existen *reglas*. Están ahí para proteger a las jóvenes de sufrir cualquier daño, y usted ha ignorado con terquedad cada una de ellas en este intento desesperado y, francamente, *poco atractivo* de procurarse la compañía de mi hija. Ha puesto en peligro no solo su reputación, sino también su compromiso y su carrera.

Sin embargo, incluso mi madre tiene que respirar en algún momento y, cuando lo hace, el sonido se propaga por todo el puerto, que se ha quedado en silencio. Como si el lugar también hubiese aspirado una bocanada de aire y la estuviese conteniendo, a la espera de que Michal reaccione. Después de todo, él es el rey aquí, en esta isla que valora la crueldad y la considera una fortaleza. Todos los ojos están clavados en él con una anticipación ansiosa. Mi madre no es Odessa. Mi madre es una forastera, una intrusa, y acaba de insultarlo. Michal debe reaccionar.

Me empiezan a temblar las piernas y los brazos cuando inclina la cabeza.

Esto es malo. Ese pensamiento inútil se repite en bucle una y otra vez, pero no se me ocurre cómo impedirlo. Si intervengo, podría empeorar las cosas para ambos. Los súbditos de Michal no pueden percibirlo como débil, o las tensiones volverán a escalar en la isla; sin embargo, tampoco puedo quedarme a un lado y observar sin más cómo amenaza a mi madre. Aunque mi mente rechaza al instante la idea de que él pueda hacer algo semejante, también recuerda a Priscille y Juliet, incluso a Christo, que perdió la lengua por una simple pregunta.

Por favor.

Como si percibiese la dirección de mis pensamientos, Michal le lanza una mirada a Odessa. Ella se la devuelve con un desafío mudo. Una corriente de entendimiento parece crepitar entre ambos, una fisura de desaprobación, antes de que Odessa niegue con la cabeza y se eche atrás en su asiento. Luego se gira para mirar ceñuda por la otra ventana, como si fuese incapaz de observar lo que va a pasar. Lou la mira con el ceño fruncido.

Michal, por su parte, parece tomar una decisión.

Cuando inclina la cabeza en dirección a mi madre en una

reverencia elegante, mis extremidades arden y se aflojan al mismo tiempo.

—Le pido disculpas, *madame* —dice—. He sido descuidado con su hija, pero esté tranquila, conmigo no corre ningún peligro. De hecho —afirma, y su voz se suaviza aún más y se dirige a esas sombras más oscuras que el resto—, si alguien intenta hacerle daño a ella o a sus acompañantes mientras están en Requiem, se arrepentirá muy deprisa. —Aunque sigue siendo la viva imagen del civismo, sus ojos negros centellean con malicia cuando añade—: O tal vez no tan deprisa.

Incluso mi madre parpadea ante eso. Se desinfla un poco, como si acabase de darse cuenta de las implicaciones de entrar sin permiso en una isla de vampiros. Sus ojos avispados saltan de un lado para otro.

—Bueno, sí, eso sería bastante… Quiero decir…

No es capaz de decidir si semejante amenaza sería bienvenida o inapropiada.

Empatizo con ella por completo.

—Entra en el carruaje, *maman*. —Con los labios aún entumecidos, abro la puerta antes de que mi madre pueda insultar a nadie más, y Lou la agarra del codo y la dirige de lado hasta el interior. Se sientan en el banco de enfrente de Odessa y de mí—. Deberíamos terminar esta conversación en algún lugar privado.

Como si estuviese desesperada por volver a tomar el mando de la situación, mi madre le lanza a Dimitri una mirada ceñuda por la ventana.

—¿Y *tú* por qué sonríes, joven?

—Esta isla ha estado necesitada del toque de una dama desde hace mucho tiempo, *madame*. Es un privilegio enorme para nosotros que esa dama sea usted. —Le lanza una sonrisa con hoyuelos y hace una profunda reverencia, todo mientras ignora la mirada asesina de Odessa—. Célie me ha contado cosas maravillosas sobre usted.

Aunque mi madre refunfuña, sus mejillas se tiñen de un bonito tono rosa mientras observo la reacción de Dimitri con atención. Una vez más, *no* reacciona; en lugar de eso, me guiña un ojo antes de golpear la puerta con los nudillos y alejarse de ahí. Mi madre lo

observa marchar con una expresión algo más apaciguada.

—Vaya, ese… *ese* sí que es un caballero, Célie.

Lou sacude la cabeza con suavidad antes de inclinarse hacia mí para hablarme en voz baja.

—Una vez, mi madre maldijo a un consorte infiel con no volver a pronunciar mi nombre sin experimentar la agonía de un parto.

—¿Por qué me dices eso?

Se echa hacia atrás como si le doliera algo, sus movimientos lentos y rígidos.

—Solo te ofrecía algo de perspectiva.

—Volveré a por ti al amanecer, Célie —dice Michal antes de que pueda preguntarle a Lou nada más—. Tu habitación y tu ajuar están como los dejaste. Si así lo deseas, Louise y tu madre pueden quedarse contigo, o pueden alojarse en otro sitio. Cualquier habitación del castillo puede limpiarse en cuestión de una hora. —Le dedica a mi madre otra reverencia breve y da media vuelta para marcharse, pero mi mano sale disparada de manera inesperada. Lo agarro por la muñeca.

—Michal.

Se pone un poco tenso al oír mi voz quebrada, pero a mí se me erizan los pelillos de la nuca cuando *siento* a los vampiros concentrar sus miradas en el lugar por donde lo toco. Trago saliva con esfuerzo y trato de retirar mi mano, de ignorar la punzada de miedo en mi pecho. Pero no logro hacer ninguna de las dos cosas. *No puedo* porque Odessa tiene razón y todo se ha torcido de un modo irrevocable. Porque Lou está enferma, Filippa es una retornada y Frederic está muerto; la Muerte en persona ha cruzado a través del velo, y Odessa está discutiendo con Michal por razones que no comprendo. Requiem se ha sumido en el caos. Y mi madre… está sentada en medio de todo ello, los ojos echando chispas de desaprobación al verme tocar a un hombre que no es mi prometido.

—¿Va a ir todo bien? —le pregunto a Michal.

Él no me responde durante un momento largo. Se limita a observar mi mano alrededor de su muñeca. Despacio, gira su brazo y desliza su propia mano por la palma de la mía hasta que nuestros dedos se tocan.

—No lo sé —dice con sinceridad.

Y entonces se marcha por donde se ha ido Dimitri, hasta que la lluvia lo engulle entero. Esta vez me resulta extrañamente siniestro observarlo marchar, y flexiono los dedos mientras las sombras lo siguen. Desearía haber hecho una pregunta diferente.

CAPÍTULO 15

De tal palo, tal astilla

Si te pido que te quedes en tu habitación esta noche —me dice Odessa cuando llegamos al ala este—, ¿lo harías?

Su silueta está recortada por la luz delante de la puerta de mi habitación, flanqueada a ambos lados por los demonios medio transformados de mármol negro. Sus expresiones torturadas y sus alas de murciélago me traen recuerdos de tiempos más simples y alegres, cuando seguía siendo felizmente humana, felizmente ingenua y estaba felizmente sola después de mi secuestro.

Ahora, Pasha e Ivan montan guardia en el pasillo, y Lou conduce a mi madre por las amplias escaleras a una habitación en el piso de abajo. Con un *graznido* ensordecedor, Talon regresa a su lugar favorito en la entreplanta y se acomoda para observarnos con sus ojos vidriosos.

—¿Por qué? —le pregunto a Odessa.

Ella se frota las sienes con el aspecto agobiado de alguien desesperado por marcharse.

—Solo por esta vez, ¿podemos ahorrarnos el diluvio de preguntas? El castillo no es seguro esta noche.

—Dijiste que el castillo no era seguro nunca. —La miro con una suspicacia creciente—. ¿Qué no me estás diciendo? ¿Michal y tú planeáis algo?

—No —dice con brusquedad (con demasiada brusquedad), antes de suavizar la voz otra vez con lo que parece un esfuerzo supremo —. Te lo ruego, Célie, como favor personal, solo quédate aquí hasta que Michal venga a recogerte al amanecer. No salgas de tu habitación.

—Odessa, ¿qué está pasando? Michal y tú habéis estado actuando… *raro* desde que desembarcamos. Si queréis mi

cooperación con este extraño plan vuestro, podríais al menos contarme los detalles.

Su expresión se endurece y sus manos dan una sacudida cuando hace un esfuerzo visible por evitar plantarlas sobre mi boca.

—No hay ningún plan —bufa—. No hay detalles. Como amiga, solo te estoy pidiendo que te quedes en tu habitación.

Entorno los ojos.

—Bueno pues, como *amiga*, ¿he de recordarte que todavía hay retornados pululando por la isla? ¿Que el velo está hecho pedazos? —Hago un gesto hacia el tapiz detrás de ella, donde antes dormía una doncella de pelo dorado sobre un sofá carmesí. Ya no duerme. Ahora, con un cuchillo clavado en el pecho y la piel cenicienta, está claro que la doncella ha muerto; una polilla negra aterriza en el charco de sangre debajo de ella. Igual que en el mercado, el pasillo más allá del tapiz parece desprovisto de vida. Suavizado, de alguna manera. Atenuado. Como un eco—. Algo está causando esta *putrefacción* lenta, y tengo la intención de averiguar qué es, empezando por la gruta. Puesto que Frederic realizó el ritual ahí, supongo que también es ahí donde se formó la puerta. —Recuerdo la dura mirada de soslayo de Michal. Si el grimorio tiene las respuestas, ya no disponemos de ellas, lo cual significa que debemos encontrar las nuestras—. A lo mejor puedo arreglarlo —digo—. A lo mejor puedo enviar a los retornados de vuelta a sus tumbas.

Odessa suspira con impaciencia.

—No creo que vaya a ser tan sencillo.

—¿Cómo vamos a saberlo si no lo intento?

—Ese desgarrón del velo seguirá ahí por la mañana —insiste, su voz firme—. Incluso te acompañaré a verlo. Pero por ahora, solo… date un baño. Relájate. Y oigas lo que oigas esta noche, quédate en tu cuarto. —Me lanza una mirada sombría—. Lo digo en serio, Célie.

Antes de que pueda negarme (porque me niego *por completo*), Lou aparece detrás de mí.

—Por supuesto, Odessa. Prometemos ser unas niñas buenas y quedarnos escondidas toda la noche. ¿Eso te basta? —No espera a que Odessa conteste. Con una alegre sonrisa, le cierra la puerta en

las narices—. *Eso* no ha sido sospechoso para nada —murmura, por encima de la maldición furiosa de la vampira.

Me llevo un dedo a los labios para silenciar cualquier otra cosa que Lou pudiera decir, y espero a que Odessa dé media vuelta y los sonidos de sus pisadas se pierdan por el pasillo antes de hablar.

—¿Por qué has prometido eso? —le echo en cara a Lou con un susurro acalorado—. Ahora tendremos que quedarnos aquí mano sobre mano.

—¿Eso quién lo dice?

—*Tú* misma.

—Mentí. —Lou se encoge de hombros, impertérrita, a pesar de tener que apoyarse en la balaustrada para sujetarse—. No se iba a marchar hasta que le dijésemos lo que quería oír, y tú no ibas a hacerlo. No te estoy juzgando —se apresura a agregar cuando ve que frunzo el ceño—. Es solo una observación objetiva. Y ahora no tendrás que incumplir tu palabra cuando salgamos a hurtadillas para ir a la gruta. Incumplirás la mía.

La miro con recelo.

—Escucha, Lou, quizá deberías…

—Si lo que estás a punto de decir es cualquier cosa distinta a que vendrás conmigo, no quiero oírlo. —Aprieta la mandíbula y se aparta de la balaustrada, oscilando solo un poco, antes de recogerse el pelo en un moño—. Estoy *bien*.

—No *pareces* estar bien.

—Bueno, no todas podemos parecer diosas vampiras, ¿no crees? Algunas solo parecemos diosas *normales*.

—No me refería a eso y lo sabes. —La agarro del codo cuando fuerza una risa y empieza a bajar las escaleras—. Está claro que lo del velo te está afectando más que al resto de nosotros, lo cual tiene sentido —añado cuando la veo entornar los ojos—. Como la *Dame des Sorcières*, extraes tu magia de la tierra, y está claro que el ritual de Frederic la envenenó. Casi te desplomaste cuando rasgó el velo para la sesión, y aquí… Bueno, este portal parece mucho peor. No creo que debas venir conmigo a verlo.

Arruga la nariz con delicadeza.

—Y yo creo que *tú* deberías bañarte antes de que vayamos. Satine

podría desmayarse si ve tu camisón con buena luz.

Las dos miramos hacia donde está mi madre, de pie al lado de la chimenea, observando ceñuda cómo los gatitos corren por encima de sus pies. De alguna manera, ellos llegaron al castillo antes que nosotros. Además, han encendido todas las velas de la habitación y, por alguna inexplicable razón, se me caldea el pecho al verlas.

Están *todas* encendidas.

Como antes, se extienden por todas las superficies: la gran escalinata, los suelos de mármol, la encimera del tocador, la atestada repisa de la chimenea e incluso sobre la bandeja del té, con su plata agrietada, que descansa en las estanterías que van del suelo al techo. La habitación entera centellea envuelta en una excesiva luz de vela. Excepto que ahora no tengo ninguna necesidad de ella. Ahora puedo ver en la oscuridad. Michal lo habría sabido, pero aun así aprecio el gesto.

Mi madre estornuda.

—¿Por qué la has traído contigo? —Aparto la vista del brillo del pelo de mi madre, mientras arrastro a Lou escaleras abajo y detrás del biombo de seda que oculta el vestidor a la derecha. Igual que los gatitos y las velas en la habitación, la bañera ya está llena a rebosar de agua caliente y espesa espuma con olor a jazmín; el vapor emana de su superficie en embriagadoras volutas serpenteantes—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí para empezar a hablar? Os hubiese olido en el barco.

—¿Estás segura? Sonabas un poco preocupada.

—¿Estabas *escuchando*? —Ay, Dios. Si Lou me oyó hablar de *compartir sangre* con Michal y Dimitri, mi madre también debió de oírlo, lo cual significa…

Mis ojos vuelan hacia el biombo del vestidor muerta de miedo. *Mi madre lo sabe*.

Lou sonríe ante mi mirada horrorizada, baja la voz y se deja caer en la banqueta junto a la bañera.

—No es idiota. Célie. Lo habría averiguado antes o después.

—¿Dijo… algo sobre el tema? —*¿Sobre mí?* Sin embargo, no logro dar voz a esa pregunta en particular. A veces, es mejor no saber.

—Creo que está intentando fingir que esto no ha ocurrido. —Lou

levanta la vista hacia Talon, que ha volado a regañadientes desde la entreplanta a la parte superior del biombo a fin de escuchar mejor —. Supongo que eso lo hace más fácil para ti. Puedes decidir cuándo y dónde sacar el tema. Y para responder a tus otras preguntas, Talon te siguió esta mañana. Vio a alguien matar a Frederic y voló a la Torre de los *chasseurs* para avisarme. Cuando llegué al jardín, ya te habías ido al puerto. No pude alcanzarte. —Sus labios se fruncen de repente—. *Gracias* por eso, por cierto… Por marcharte sin decir adiós.

Fulmino a Talon con la mirada, al tiempo que me desabrocho la capa de Michal y me quito el camisón por encima de la cabeza. Cae en un montón tieso a mis pies. Hubo un tiempo en el que podría haberme estremecido por estar desnuda en presencia de otra persona, pero ahora parece bastante menos importante. *Creo que está intentando fingir que esto no ha ocurrido*.

Por supuesto que sí, y en verdad… en verdad es lo mejor. Es lo que quiero yo también. Mi madre se negó a apoyarme como *chasseur*; ¿por qué iba a aceptarme nunca como vampira? Aun así, ese pensamiento pesa como una losa en mi estómago, más pesado de lo esperado. Es probable que ahora la repugne. Quizá incluso me tenga miedo. Quizá esa sea la razón de que se niegue a reconocer que ya no soy humana.

La injusticia de todo ello levanta la cabeza como una serpiente y me golpea sin previo aviso.

De repente, importa muy poco que yo no quisiera que sacase el tema; debería haberlo hecho de todos modos. Ella sigue siendo mi *madre*.

—Te escribí una nota —le digo a Lou con rigidez—, pero estoy segura de que ya lo sabes, puesto que habías encargado que me siguieran.

—Como si alguna vez pudiese decirle a Talon lo que hacer. Le *gustas*, Célie, y vio que estabas disgustada cuando huiste de la casa. En cualquier caso, los dos nos sentimos *muy* traicionados al enterarnos de que ibas a huir a Requiem otra vez…

—¿Otra vez? —Me meto en la bañera y bufo entre dientes por la temperatura abrasadora del agua—. La primera vez me

secuestraron.

—… y fuimos a tu habitación a llorar largo y tendido por ello. Ahí fue cuando llegó tu madre.

Meto el pelo en el agua y lo froto con el jabón de lavanda de la mesita lateral.

—¿Puedes decirme por qué la dejasteis entrar en casa?

—No lo hicimos —refunfuña Lou—. Cierto vampiro tuyo *derribó nuestra puerta*, por si lo has olvidado. No era como si pudiésemos fingir que no estábamos en casa. Tu madre vio la sangre sobre nuestra mesa de inmediato y casi le dio un ataque de histeria. Dijo que sabía que habías estado ahí porque acababa de visitar a Jean Luc, y que no pensaba marcharse hasta que te llevásemos ante ella.

Mi estómago da una voltereta como si hubiese dado un paso en falso, seguido de una rápida y desagradable punzada de vergüenza. *Jean*. ¿Cómo puedo haberme olvidado de él?

—¿Cómo está? —pregunto deprisa.

Con el vaso y la jarra de la mesa, Lou enjuaga el jabón de mi pelo.

—Coco pudo curar sus heridas, pero… perdió mucha sangre, Célie. Va a tardar un tiempo en recuperarse por completo.

Bajo la vista, incapaz de hablar a causa del repentino nudo en mi garganta, incapaz de defenderme en absoluto. Casi murió, y hubiese sido solo culpa mía.

—¿Fue él quien envió a los *chasseurs*? —Cuando Lou no dice nada, envuelvo los brazos alrededor de mi cintura. Me invaden las náuseas —. ¿Quería matarnos? ¿Matarme a *mí*?

—No sabe *qué* quiere hacer contigo. —Con un suspiro, Lou sacude la cabeza y varios bucles de su largo pelo castaño escapan del moño de su nuca. Las pecas de su nariz resaltan con gran claridad—. Pero creo que lo mejor es que te quedes aquí hasta que lo averigüe. Jean Luc nunca ha tenido un temperamento demasiado sereno, y cuando Reid le cuente lo de los retornados, puede que combine sus actos con los muertos vivientes.

—Puede que nos mate a todos, quieres decir.

Lou es lo bastante honrada como para no mentir esta vez.

—Puede que lo haga. —A pesar de todo, y debido al típico modo de Lou, se niega a lamentarse de ello. Deja la jarra en la mesa con

un golpe seco antes de seguir hablando—. En cualquier caso, estaba echando con tacto a tu madre del destrozo de mi cocina cuando amenazó con registrar las costas de Requiem ella sola. Dijo que conocía al capitán del puerto y que él le diría exactamente a qué barco subir.

—¿Y no podrías habérselo impedido? ¡Atrapaste a un retornado en una sombrerera, por lo que más quieras!

—Bueno, no iba a hacerle eso a tu *madre*, Célie —masculla entre dientes—, y tampoco podía dejar que viniera sola. No tiene ni idea de los peligros que hay aquí. Aunque esta isla no estuviese *plagada* de vampiros, la magia se ha roto, ¿no? —A regañadientes, levanta una mano y observamos sus dedos temblorosos juntas—. Es como has dicho. Ese idiota de Frederic alteró el orden natural y, sin ese orden natural, la magia no puede existir como debería, incluidos los encantamientos de esta isla. Serán volátiles. Erráticos. —Sus ojos se deslizan hacia el biombo, la seda fina como el papel con sus violetas antaño vívidas y sus gansos dorados. Las flores se han marchitado.

Los gansos son esqueletos.

—Debo arreglar el velo —digo en voz baja.

—¿Y sabes *cómo* arreglarlo?

—No. —Lanzo una mirada fugaz al otro lado del biombo y un frío intenso se asienta sobre mis huesos—. Después de lo que dijo Coco acerca del grimorio de su tía, creía que quizá tuviese la respuesta, pero…

—No lo tenemos —termina Lou por mí—. Espero que Frederic se esté pudriendo, esté donde esté.

Parte de mí está de acuerdo, pero… vayamos *problema a problema*.

Necesito lidiar primero con mi madre.

Con un suspiro, me giro de nuevo hacia Lou, decidida a devolver a Satine Tremblay a Cesarine, aunque aún no sepa cómo. Encuentro a Lou con la vista levantada hacia la entreplanta. Después de un momento largo, señala con un dedo hacia donde una docena de retratos nos miran con maldad entre las ventanas cerradas. Durante mi última estancia en Requiem, esos retratos se volvieron tan familiares para mí como viejos amigos: tres mujeres preciosas

vestidas de escarlata, el chico de nariz aguileña con sus perros, el viejo lascivo con sus ojos bulbosos. Todos ellos parecen muertos ahora, excepto…

La vieja bruja con una verruga en la nariz.

—Mathilde —dice Lou sin más, y yo frunzo el ceño mientras hago memoria—. Mi tatarabuela.

—¿Está… viva?

—Dios, espero que no. Se marchó del *chateau* antes de que yo naciera, pero tendría más de doscientos años.

Las pisadas de mi madre repiquetean hacia el biombo y otro estornudo enfadado la precede cuando pasa con decisión al otro lado. Los gatitos corretean tras sus pasos, lanzando pequeños zarpazos a los bajos del vestido violeta que lleva en las manos. Lo deposita con cuidado sobre la mesa.

—Ninguna mujer puede vivir hasta los doscientos años, Louise le Blanc, y si puede, estoy *segura* de que lo lamenta. Ahora, como las dos parecéis haber perdido toda educación, debo insistir en invitarme a mí misma a esta conversación.

Vuelve a estornudar.

—¿Es usted… alérgica a los gatos? —pregunta Lou a modo tentativo.

—Sí. —Luego le quita la gruesa toalla de las manos—. Y *yo* haré eso, gracias, puesto que Célie es *mi* hija.

Las dos parpadeamos en su dirección, sorprendidas.

—Eh… claro. —Lou me lanza una mirada contrita antes de pasar a toda velocidad al otro lado del biombo—. Creo que les diré a Pasha y a Ivan que nos consigan algo de comer. —Duda un instante—. Porque supongo que *sí* hay comida en este castillo, ¿verdad? De la variedad que comen los humanos.

Asiento sin decir nada, aunque, como es obvio, no puede verme. Al cabo de un momento, cierra la puerta del dormitorio y reina el silencio. Sin embargo, no puedo soportarlo más de unos pocos segundos. Ni siquiera con mi madre.

—No sabía que fueses alérgica a los gatos.

—Desde pequeñita. —Sorbe por la nariz y me tiende la toalla—. ¿Has terminado? Se te empieza a arrugar la piel.

Eso no es verdad, por supuesto. Mi piel ya no puede arrugarse nunca, ni siquiera en el agua, pero aun así salgo de la bañera sin decir una palabra y dejo que envuelva la toalla a mi alrededor. Ella tampoco dice nada mientras me entrega unas prendas interiores de seda. Me meto en ellas, obediente, y luego me obliga a sentarme en el taburete para pasar un cepillo dorado por mi pelo. Me quedo muy quieta bajo sus atenciones, la garganta inesperadamente cerrada.

Mi madre jamás me había cepillado el pelo.

Jamás me había… cuidado de este modo. Esa tarea siempre recaía en mis niñeras y mi hermana, mientras Satine Tremblay observaba y censuraba desde la distancia. Sus manos son mucho más tiernas de lo que esperaba. De hecho, cuando separa el pelo en mi coronilla y lo trenza en una corona pequeña, un escalofrío de placer me pone la carne de gallina por la nuca.

—Tienes el pelo demasiado largo —dice con aspereza—. Habrá que encargar que te lo corten cuando volvamos a casa.

A casa.

Así sin más, el momento se hace añicos. Cierro los ojos, derrotada.

Ella no quiere tener esta conversación, en realidad no, pero cuando extiende mi vestido y me hace un gesto con su barbilla puntiaguda para que me meta en él, parece que tenemos poca elección. Por muchos defectos que tenga, mi madre ha recorrido un largo camino, y quizá se merezca algunas respuestas antes de que parta otra vez sin mí. Porque, quiera o no quiera reconocer mis nuevas circunstancias, jamás podré volver a casa. Requiem es mi hogar ahora.

Requiem es para los vampiros.

Sin saber muy bien cómo empezar, trago saliva con esfuerzo y bajo la vista hacia el vestido. Cosido en oscura seda violeta, tiene unas mangas voluminosas que caen de mis hombros hasta estrecharse y formar puños en mis muñecas. Unos lazos cierran la parte frontal del corpiño tipo corsé, que se estrecha en «V» entre mis caderas antes de fluir hacia una falda fastuosa. Todo el conjunto es precioso.

Claro que es precioso. Lo eligió mi madre.

Reprimo un suspiro, pliego el biombo y hago un gesto hacia las mullidas butacas de delante del fuego.

—¿Nos… nos sentamos?

—Creía que tenías planes en la gruta.

Con otro gran estornudo, aparta a un par de gatitos que acaban de darse cuenta de que estoy en el cuarto. Tropiezan el uno con el otro para llegar a mí, hasta que me agacho para consolarlos y acariciar la cabeza de ambos.

—Me encargaré de que los lleven a otro sitio.

—¿Lo harás? —Luego frunce el ceño—. Pero ¿no te… gustan?

—Claro que me gustan, pero si te hacen sentir incómoda…

—¿Por qué lanzan zarpazos de este modo? —pregunta de pronto —. ¿Por qué maúllan?

Para alguien decidido a ignorar el meollo de un tema, mi madre tiene la inquietante habilidad de ir directa al grano. Y supongo que el principio es tan buen sitio para empezar como cualquier otro.

—Porque los gatos son los guardianes de los muertos —digo en tono sombrío—, y yo soy una Novia de la Muerte.

Su inspiración repentina reverbera entre nosotras.

Quizá una hija mejor mentiría. Quizá tranquilizaría a su madre, caería entre sus brazos y lloraría por su reunión, pero yo no soy capaz de hacer ninguna de esas cosas. Solo parezco capaz de rascar la barbilla de este gordo gato anaranjado. Necesita un nombre, todos ellos lo necesitan, y me concentro con intensidad en el corazón blanco sobre el pecho del animal mientras mi madre espera a que continúe. *Toulouse*. Sí. Este se llamará Toulouse.

Después de otro momento de silencio, mi madre aprieta la boca con impaciencia.

—Bueno, ¿vas a explicar ese apelativo tan impropio o no?

No.

—*Maman* —digo en voz baja, y la palabra es una súplica—. No creo que quieras saberlo.

—No te las des de saber lo que quiero —espeta.

Una chispa de ira se prende en mi pecho al oírla, pero me digo que está de luto. Me digo que está dolida.

—Como desees. —Suelto el aire despacio, levanto la barbilla para mirarla a los ojos y… me arrepiento al instante. Filippa y yo heredamos nuestras caras de nuestra madre; si las dos somos

muñecas rusas negras y blancas, esta mujer es la fabricante de juguetes que nos talló a su imagen y semejanza—. Cuando Morgane me atrapó en el ataúd de Filippa, la Muerte me tocó. Me marcó de manera individual y me salvó la vida. Gracias a él, puedo cruzar de un lado al otro del velo entre reinos y hablar con los espíritus.

Retuerce los labios consternada al oír mis palabras, pero no dice nada. *Por supuesto que no lo hace*. Tampoco hemos hablado nunca de esa quincena de pesadilla que pasé con el cadáver de Filippa. Ni una sola vez. Después de La Mascarade de Crânes, Jean Luc me devolvió a mis padres y explicó lo que había pasado, mientras mi madre lloraba y mi padre miraba, pálido, por la ventana del salón. Ninguno de los dos preguntó nada más allá de lo básico: «¿Su mente está intacta? ¿Cuánto tardará en recuperarse?».

«¿Lo vio alguien?».

«¿Lo sabe alguien?».

Al cabo de unos instantes, abre la boca para hablar, pero, después de oír su pregunta, desearía de todo corazón que no lo hubiese hecho.

—¿Qué quieres decir con que la Muerte te *tocó*? ¿Estás… estás intacta?

Un extraño impulso de echarme a reír trepa por mi garganta, y casi cedo a él. Casi me dejo caer hacia delante, ahí mismo, sobre el suelo de mármol mojado, y me desternillo de risa a los pies de mi madre. Porque incluso *ella* debe percibir lo ridícula, lo completamente absurda, que es una pregunta así cuando estamos rodeadas de vampiros y hablamos de la Muerte encarnada. Incluso ella debe conocer la respuesta.

Claro que la pregunta que ha hecho y la que quería hacer son dos cosas muy diferentes.

Igual de deprisa que llegó, el impulso de reírme desaparece y me pongo en pie despacio.

—No lo sé, *maman*. ¿Considerarías que morir en un ritual sacrificial antes de volver a despertar como una muerta viviente que ansía beber sangre es estar *intacta* o solo estás preguntando si la Muerte robó mi virtud? ¿Temes que me forzara en el ataúd de Pip?

Abre los ojos como platos por el hecho de que me atreva a hablar

de unos temas tan sensibles en voz alta. Balbucea de un modo incoherente.

Tampoco me habló nunca de sexo. No me habló nunca del asesinato de Filippa.

La miro y unas llamas lamen mis entrañas al recordar la primera visita del padre Algernon después de las catacumbas. «Corrupción del alma», les susurró a mis padres. «Fruta podrida». Creía que me habían poseído unos demonios, debido a mis pesadillas. Creía que estaría mancillada por el pecado. Aunque mi madre lo echó de inmediato cuando sugirió un exorcismo, a menudo me he preguntado por qué lo dejó entrar en la casa en primer lugar. Si hubiese hablado conmigo primero, tal vez se hubiese dado cuenta de que el agua bendita nunca fue la cura.

Y ahora… quizá sea demasiado tarde para tener esta conversación.

—Deberías dormir —le digo con aspereza. Señalo hacia la enorme cama del centro de la habitación—. Tienes un largo viaje por delante.

—Pero no hemos terminado nuestra…

—Sí, lo hemos hecho. —Paso por encima de los gatitos y subo las escaleras hacia la puerta. Lou discute con Pasha e Ivan en el pasillo al otro lado, y nunca en mi vida he tenido tantas ganas de unirme a ellos. Sin embargo, cuando mi mano toca el picaporte, dudo un instante y bajo la vista hacia ella por última vez. Sigue de pie al lado del biombo de seda, la boca entreabierta mientras me mira. Parece inexplicablemente abandonada.

—Hablaré con Michal para que organice tu pasaje de vuelta a Cesarine por la mañana. Jamás deberías haber venido aquí, *maman*.

Para mi sorpresa, no me lo discute y, en el insondable silencio que se extiende entre nosotras, giro el pomo de la puerta y me marcho.

CAPÍTULO 16

El desgarrón del velo

Para mi alivio, Pasha e Ivan no hacen nada para impedirme la salida cuando agarro la mano de Lou y la arrastro hacia el estudio de Michal. Da la impresión de que la advertencia de Odessa les importa muy poco. De hecho, incluso comparten una mirada siniestra cuando los informo de a dónde vamos.

—Muy bien —dice Ivan, al tiempo que hace una reverencia profunda y me hace un gesto para que los preceda por el pasillo—. Lejos de nosotros querer interponernos en tu camino, *mademoiselle*. Cómo no ibas a desobedecer a Odessa y a deambular por el castillo.

—Después de todo —añade Pasha con el mismo tono educadamente burlón—, tú eres mucho más lista que nosotros y sabes lo que te haces…

Les devuelvo sus sonrisas frías con una propia.

Su actitud me viene al dedillo. Razón de más para dejarlos aquí.

—En verdad… —Hago aletear mis pestañas con dulzura mientras entrelazo el brazo con el de Lou—. Necesito que os quedéis con mi madre. Va a permanecer en mi habitación hasta mañana por la mañana.

Sus sonrisas se esfuman de sus caras y un músculo se abulta en la mandíbula de Ivan.

—No respondemos ante ti, *humaine*.

Hago caso omiso del supuesto insulto.

—Pero *sí* respondéis ante Michal, y Michal dijo que estáis a mi disposición, lo cual significa que ahora también estáis a disposición de mi madre. —Y con eso, giro sobre los talones y arrastro conmigo a Lou, que se ríe con un júbilo indisimulado ante las expresiones incrédulas de sus caras—. Toma el té con limón —les digo con la cabeza medio girada hacia atrás justo antes de doblar la esquina.

Luego me dirijo a Pasha—. Y sugiero que te recojas el pelo. No le gustará de ese modo —añado.

Lou no ha dejado de reírse cuando llegamos a las puertas de obsidiana del estudio de Michal.

—Última oportunidad de volver a nuestro cuarto —le digo, mientras observo su cara con ansiedad.

—Ni de casualidad voy a perderme esto.

Después de una breve duda, asiento y empujo las puertas para abrirlas, pero sea donde sea que haya ido Michal después de dejarnos en el puerto, está claro que no era aquí. Frunzo el ceño al pensarlo, pero cruzo de todos modos hacia el gabinete de curiosidades, y el aroma a humo de velas y rosas me deja anonadada cuando abro la trampilla a su pie. Lou se lleva el dorso de la mano a la boca y tose cuando ella también lo huele. La *Muerte*.

Sí, está claro que entró por la gruta, es probable que por el mismo islote donde Frederic me quitó la vida. Con una persistente sombra de aprensión ante ese recuerdo, me asomo a las empinadas escaleras mientras Lou vuelve hacia el escritorio de Michal para hacerse con una vela. Después, trata de prender la mecha con un chasquido de sus dedos; le hacen falta tres intentos.

—Este lugar sigue siendo de lo más siniestro —susurra, al tiempo que sacude la cabeza en señal de exasperación—. Jodidos vampiros.

—¿Estás lista?

Asiente y, como una de esas vampiras, suelto el aire despacio y desciendo las escaleras en primer lugar. Una miríada de telarañas se quedan pegadas a las puntas de mis dedos a medida que las deslizo por las paredes de piedra y, en verdad, Lou tiene cierta razón. ¿Por qué *demonios* no las limpia Michal? No puede servir para nada vivir en unas condiciones tan poco hospitalarias. Y quizá sea solo por el silencio, las sombras, el aire antiguo y húmedo que nos rodea según nos adentramos bajo tierra, pero un escalofrío baja de puntillas por mi columna de todos modos.

—¿Por qué crees que Odessa nos dijo que nos quedáramos en la habitación esta noche? —pregunto en voz baja.

El sonido de un flujo de agua se une pronto a la suave cadencia de la respiración de Lou, los latidos sordos de su corazón. Aunque el

hambre me provoca un retortijón en el estómago por nuestra proximidad, mi mente vuela al instante y de manera intolerable hacia Michal, hacia el sabor potente de su sangre y… Aprieto los dientes para no perder la concentración.

—No lo sé —admite Lou después de pensarlo un momento—. Parecía nerviosa, pero si *de verdad* acecha algo por el castillo esta noche, no parece interesado en nosotras.

Este castillo es muy antiguo y contiene muchos malos recuerdos.

—Todavía no, en cualquier caso —musito. Lou suelta una risita suave.

—Todavía no. —Después habla en voz aún más baja—. Tus ojos están brillando.

Y es cierto. A cada paso, la extraña luz plateada de mis ojos, la luz que me marca como una Novia de la Muerte en el reino de los espíritus, brilla cada vez más y más fuerte, iluminando el camino hacia el dormitorio de Michal. La temperatura desciende con nosotras. El aire se vuelve más ralo. Detrás de mí, la respiración de Lou se vuelve laboriosa, cada espiración se condensa en una especie de neblina y los primeros copos de nieve flotan en la penumbra para posarse sobre nuestro pelo.

—¿Podré verlo? —pregunta Lou—. ¿El desgarrón en el…?

Sin embargo, al segundo siguiente, la escalera desemboca en la cavernosa habitación de Michal, y a Lou se le quiebra la voz ante lo que tenemos delante. Cualquier respuesta que hubiese podido darle se marchita en mis propios labios, porque, al parecer, la naturaleza ha contestado a la pregunta en mi lugar.

Al otro lado de la gruta, justo donde antes asomaba el islote del mar, un remolino colosal gira en espiral. Una verdadera manga marina.

—Oh, Dios mío —murmura Lou.

Me agarra del brazo para estabilizarse, como si quisiera asegurarse de que la escena es real y, durante unos segundos, ninguna de las dos parecemos capaces de hacer nada más que quedarnos ahí plantadas, al pie de las escaleras, y contemplar pasmadas el precio de la magia de Frederic. La amenaza es inequívoca. Con su agua hipnótica de movimiento lento, el remolino ocupa toda la anchura de

la gruta. Franjas de agua oscura lamen las paredes salpicadas de mica y, en su epicentro, el mar baja y baja y *baja* en espiral hacia una gran sima, un abismo negro. Parece la pupila de un ojo malvado que todo lo ve.

Una sensación inconsciente hace que me hormiguee la nuca.

—Esto baja más profundo que el reino de los espíritus. —Mientras digo las palabras, me siento extraña, ansiosa, todos los pelos del cuerpo erizados como si crepitasen de energía estática. Mis ojos palpitan aún más brillantes. Si me concentro, casi puedo oír una risa tenue, casi puedo *sentir* un calor suave emanar de las profundidades del remolino. De hecho, aunque los copos de nieve caen por todas partes en la gruta, se derriten varios palmos por encima del agua. Y la sensación que me recorre de arriba abajo… la reconozco. Ya la había sentido una vez antes.

Lou no dice nada. Se limita a mirarme con los ojos muy abiertos.

—Después de que Frederic me cortase el cuello, yo… no sé… Fue como si levitase por encima de todos, y apareció esta luz dorada que me llamaba. —Aunque me oigo hablar, mi voz suena muy lejana, como si proviniese de las profundidades del agua, mientras contemplo el ojo del remolino—. Mila también estaba ahí. Me dijo que no todas las almas eligen quedarse en el reino de los espíritus como hacen los fantasmas. Dijo que algunas almas eligen seguir adelante.

Lou está aún más pálida ahora, casi exangüe.

—¿A dónde van? —susurra.

—A través de eso, supongo. —Señalo al remolino, aunque observo mi brazo moverse como si le perteneciese a otra persona—. Hacia lo que sea que haya al otro lado. Frederic hizo un desgarrón enorme en el velo.

Esa sensación de extrañeza se intensifica cuanto más tiempo paso aquí, como también lo hace un fuerte impulso por tocar el agua. Pronto, mis rodillas se doblan sin mi permiso. Sin embargo, cuando extiendo una mano hacia la onda más cercana, Lou me agarra del brazo, alarmada.

—No creo que debas hacer eso.

Un penetrante olor metálico subraya sus palabras. Como un golpe

de yesca contra pedernal, mis pensamientos se aguzan al instante y mis ojos vuelan hacia donde su nariz ha empezado a sangrar de nuevo.

—¿Lou? —Hago caso omiso de la repentina punzada de hambre y me levanto a toda prisa para sujetarla—. Debemos marcharnos. No deberías estar tan cerca del…

—No es nada. —Su voz suena débil y oscila de nuevo sobre los pies mientras se seca la sangre de la cara y la mira desconcertada—. Aunque empieza a ser un poco embarazoso. No puedo seguir… sangrando delante de vampiros. —Sus dedos se aprietan en torno a mi brazo cuando hago ademán de sacarla a rastras de ahí—. No, Célie. Viniste a arreglar el velo. No nos vamos a marchar hasta que lo hagas.

—Ni siquiera sé si *puedo* arreglarlo, y tienes un aspecto…

—Espero que no estés a punto de decir «estupendo». —Dimitri viene hacia nosotras desde las escaleras, sin prisa, las manos metidas en los bolsillos de un traje de terciopelo negro como la medianoche. Un bucle de su pelo húmedo, recién lavado con jabón cítrico, cae por delante de su frente mientras nos mira ceñudo desde lo alto—. Porque esa sería la mentira más gorda jamás contada. —Hace un gesto con la barbilla en dirección al remolino—. Esa cosa hace que se sienta enferma. Hace que toda la *isla* esté enferma, en realidad; no hay más que ver toda la sangre y las cosas muertas. He pisado un *gusano* en el pasillo del piso de arriba.

—Así que… —Lou se estremece—. Más sangre y cosas muertas de lo habitual, ¿no?

Dimitri le sonríe.

—Eres muy descarada. Me gusta.

Aunque tengo una docena de preguntas en la punta de la lengua, las aparto todas a un lado para deslizar los brazos por debajo de las axilas de Lou y arrastrarla lejos del borde del agua. Para mi alivio, no se resiste y la distancia con el remolino parece cortar la hemorragia de su nariz. Y lo que es más afortunado aún, ver y oler la sangre parece tener poco efecto sobre Dimitri, y eso que por experiencia propia sé que ver y oler la sangre de la *Dame des Sorcières* es de las cosas más seductoras del mundo. Aun así, mis ojos se entornan,

suspicaces, mientras ayudo a Lou a sentarse en la cama de Michal.

—¿Qué pasó contigo, Dimitri? ¿A dónde fuiste después de la víspera de Todos los Santos?

Suelta un gran suspiro antes de señalar de nuevo hacia el remolino, hacia el agua oscura que gotea por las paredes de la caverna y que en realidad no es agua en absoluto.

—¿De verdad crees que esta es la conversación que deberíamos tener ahora mismo?

—Lo es.

—Entonces supongo que debemos tenerla, aunque la verdad es que no hay gran cosa que contar. —Avanza un poco para apoyarse contra el poste de la cama de Michal, luego hace un gesto con la cabeza en dirección a un recoveco en la pared de la caverna. Como humana, nunca me había fijado en él, supongo que porque la cortina de terciopelo negro que cubre la puerta se funde a la perfección con las sombras—. Michal guarda su ropa de cama ahí dentro. No debería ser difícil de encontrar. Es muy *aseado,* mi primo.

—Estoy bien —murmura Lou de nuevo, aunque sus ojos aletean antes de cerrarse cuando se recuesta contra las almohadas—. Solo un poco mareada.

—¿Estás segura? —Cuando asiente, me instalo a su lado, sobre el borde de la cama de Michal, antes de girarme otra vez hacia Dimitri —. Bueno, para ser justos, a ti todo el mundo te debe parecer aseado. Llevas viviendo en la leonera de un coleccionista desde hace quinientos años.

Dimitri apoya la cabeza en la madera de caoba tallada y me mira durante unos segundos.

—Lo arruiné todo.

—¿Qué?

Me dedica un asentimiento solemne y luego continúa hablando.

—Alcancé a Frederic y a tu hermana después de salir de la gruta. —Mi pecho se congela hasta convertirse en un bloque de hielo—. Prometió curar mi sed de sangre si yo curaba a Filippa. Es obvio que yo no conocía el plan que tenía en mente y me negué en cuanto me lo reveló.

—Quería que me mataras —conjeturo. Asiente otra vez, ahora con

rigidez.

—Debí acabar con su miserable existencia ahí mismo, pero necesitaba su grimorio antes. El muy bastardo lo guardaba con celo; lo mantenía oculto en todo momento y no dejaba que ni siquiera Filippa lo tocara. —Sacude la cabeza, asqueado—. No estoy orgulloso de haberme quedado con ellos. No puedo condonar mis acciones, pero he estado tratando de encontrar el camino para volver con todos vosotros desde el día que me marché.

—Razón por la cual ayudaste a Michal —digo, perspicaz—. Cuando lo atacaron los cazadores.

—Me lo merezco. —Cuando suspira de nuevo, el sonido es más suave que antes. Derrotado—. Por supuesto que me lo merezco, pero… no, Célie. Por mucho que te cueste creerlo, hubo un tiempo en que Michal y yo éramos como hermanos. No importa lo que seamos ahora, no quiero ver un hacha clavada en su cuello. *Esa* es la razón de que lo ayudara.

Se mueve para sentarse a mi lado en la cama, inclinado hacia delante para apoyar los antebrazos en sus rodillas. Frota la palma de su mano con un pulgar. Cuando levanta la vista otra vez, sus ojos lucen afligidos. Sinceros. Y casi lo creo, *quiero* creerlo cuando habla de nuevo.

—Las palabras jamás podrán expresar lo mucho que siento el papel que desempeñé en tu muerte. Sé que no querías convertirte en una vampira, que no te *merecías* convertirte en una vampira, y cargaré con ese remordimiento durante el resto de mi vida eterna.

Tengo muchísimas ganas de creerlo.

—No fue… —Trago saliva alrededor de las palabras, mi voz apenas un susurro—. No fue todo culpa tuya, supongo.

Las sombras de sus ojos se oscurecen cuando se percata de lo mucho que me cuesta admitir eso. Con el fantasma de una sonrisa amarga, pasa un brazo alrededor de mis hombros y tira de mí contra su costado.

—Eres la mejor de todos nosotros, Célie, y siempre lo he dicho. Demasiado dulce para Requiem.

Esas habían estado entre las primeras palabras que me dijo nunca: «Las criaturas dulces nunca duran mucho en Requiem».

Y había tenido razón.

Se me contrae el pecho de la emoción y, de repente, ya no puedo mirarlo. Tardo un momento más en despejar el nudo de mi garganta.

—¿Pudiste robar el grimorio? —pregunto al fin, a pesar de que ya conozco la respuesta.

—No.

—Entonces, ¿cómo…?

—Tu hermana encontró una cura.

—¿Ah, sí? —Toda mi atención se aguza al instante y me apresuro a levantar la vista para mirarlo a la cara—. ¿Cómo? ¿Qué cura?

—Ah. —Entonces me suelta, su sonrisa todavía un pelín amarga cuando se reclina sobre las palmas de las manos para contemplar el techo—. Ya había pensado que era probable que llegásemos a este pequeño punto de estancamiento antes o después, pero prometí no contarlo nunca. Tengo la intención de cumplir mi promesa.

A mi lado, Lou abre los ojos de golpe y lo taladra con una mirada furiosa.

—Eso no es una respuesta.

La sonrisa de Dimitri se ensancha.

—Y eso es lo que pretendía, sí.

—¿Cómo podemos confiar en ti si…?

—No podéis —me interrumpe con sencillez—. Pero seamos realistas, ¿vale? No hay nada que yo pueda decir, ninguna prueba que pueda proporcionar, que vaya a concederme toda vuestra confianza después de lo que hice en la víspera de Todos los Santos. Por desgracia, lo sé. Lo acepto. Y lo único que puedo hacer es prometer… —dice, y se incorpora para mirarnos a ambas a los ojos con intensidad— que durante mi recuperación nadie resultó herido. Podéis elegir creerme o no, y no hay nada que pueda hacer para alterar vuestra decisión. Sin embargo… —Abre los brazos a los lados y señala su pecho, sus dientes y sus ojos con un halo de luz ferviente—. Solo *mírame*, Célie. No me he sentido de este modo, no me he sentido así de… así de relajado desde mi propia transición. ¿Comprendes el milagro de eso? ¿Comprendes el *alivio*? —Se gira hacia Lou—. Que pueda estar sentado a tu lado ahora, al lado de

una humana que además es la bruja más poderosa del mundo, y pueda mantener una conversación sin soñar con una docena de formas diferentes de matarte es algo sin precedentes. Jamás había experimentado algo así. En más de mil años de vampirismo, nunca había tenido este tipo de *libertad*. Estoy curado. Estoy entero. Y jamás volveré a ser el hombre que era antes. —Me agarra la mano y la aprieta con fuerza—. Si eliges creer *algo*, por favor, Célie, que sea eso.

Lou me mira a los ojos por encima del hombro de Dimitri, pero los suyos no revelan nada.

Deja que yo tome mi propia decisión.

Las palabras de Dimitri son bonitas, no cabe duda, y *suenan* genuinas… pero yo siempre he querido creer en Dimitri. Ese ha sido siempre el problema.

Devuelvo mi atención al remolino.

—¿Cómo arreglamos esto?

Lou trata de incorporarse, pero le cuesta, hasta que Dimitri la agarra de la mano y tira de ella con energía para ayudarla a sentarse. Los labios de Lou parecen querer sonreír.

—Creo que la pregunta real es cómo lo vas a arreglar *tú*, Célie. El remolino es un síntoma, igual que todo lo demás. La verdadera enfermedad es el velo.

Como si percibiese nuestra conversación, el remolino se mueve de un modo malévolo en respuesta. La tenue risa desaparece de un plumazo, el calor suave se congela en hielo y varias extremidades distendidas brotan de la superficie del agua, desesperadas por liberarse de su corriente. Las miro boquiabierta, horrorizada.

Un brazo.

Un codo.

Un pie.

—Retornados —susurra Lou.

Dimitri hace una mueca de desagrado y yo casi vomito al verlos: todos los marineros que perecieron alrededor de la isla cuando su magia destrozó sus barcos. Sus cadáveres se mecen en la corriente una vez, dos, antes de que el remolino aumente con violencia y los engulla de nuevo. A pesar de mi alivio espantoso, parece un

tormento demasiado cruel de imaginar: ahogarse, morir, que una mano te saque a rastras de la muerte solo para ahogarte de nuevo. Este es el destino de todos ellos hasta que arreglemos el velo, una misión que ha caído sobre mis hombros de un modo de lo más *arriesgado*.

—Solo inténtalo, Célie. —Lou toca mi mano con dedos temblorosos —. Eso es lo único que podemos hacer todos.

Asiento en silencio, decidida a no dejar que se note mi miedo, mis dudas, e intento mirar más allá del remolino. Me concentro en mi dolor, mi ira, mi *esperanza* en Dimitri, hasta que la gruta entera centellea, rielando como un espejismo. Y solo entonces me doy cuenta de todo el alcance del daño que causamos. Porque el velo… Ya no lo veo. Lo *percibo*, sí. Lo siento. Los bordes desgarrados deberían estar *aquí mismo* para que pudiera unirlos de nuevo, pero no están, lo cual debe de significar que…

Doy un pasito hacia atrás y abro mucho los ojos mientras rebusco por el cavernoso techo, por las paredes e incluso por el océano más allá.

Nada.

La realidad empala mi pecho como un carámbano de hielo tirado por la mano de la propia Muerte.

Hizo un agujero en el velo cuando me robó a Filippa. Uno permanente esta vez. No como los cortecitos que dejas tú.

Los cortecitos.

¿Por qué he creído que sería fácil? Después de unas evidencias tan catastróficas de lo contrario, ¿por qué pensé que la Muerte se habría colado a la fuerza sin más por una grieta, quizá retorciéndose y contorsionándose y encorvando sus anchos hombros para caber? No, este desgarrón, el desgarrón de Frederic, el *mío*, debe abarcar la gruta entera, quizás el castillo entero… ¿Y cómo arreglo lo que no puedo ver ni tocar?

—No… no creo que pueda —murmuro horrorizada. Aterrada.

—Claro que puedes —dice Lou con vehemencia—. Solo tienes que intentarlo otra vez.

Dimitri y yo tiramos de ella escaleras arriba después de que intente y no consiga ponerse en pie, y el remolino se aviva a nuestras

espaldas. Una docena de retornados más salen a la superficie con él. Se debaten en sus profundidades revueltas y siento cómo muevo la cabeza arriba y abajo, me oigo hablar sin creerme nada de lo que digo.

—Tal vez… tal vez deberíamos hablar con Michal antes de hacer nada más. Dijo que tenía ideas…

No obstante, mi voz se apaga cuando los lejanos acordes de un violín y el suave tintineo del cristal bajan por la escalera hasta nosotros. Ladeo la cabeza y escucho con curiosidad. Unas voces tenues se unen pronto a la juerga. Una risa melosa. Un repiqueteo peculiar, una disonancia metálica que podría ser otro instrumento. Aunque no logro discernir nada más entre el ruido del agua detrás de nosotros, la tierra y la piedra en lo alto, suena casi como una fiesta.

Entonces, alguien grita.

CAPÍTULO 17

Una velada negra

Con un brazo alrededor de Lou, corro escaleras arriba y salgo por el gabinete de curiosidades, pero Dimitri nos alcanza en la puerta del estudio de Michal.

—Sea lo que sea lo que planees, yo lo pensaría bien. Nunca es buena idea seguir el sonido de gritos en Requiem.

—Pero alguien podría estar herido.

—¿Y *tú* qué? ¿No se supone que deberías estar a buen recaudo en tu habitación?

Doy un tirón para soltar mi codo de su agarre y lo miro con suspicacia.

—¿Cómo sabes eso?

Lou nos interrumpe antes de que pueda contestar.

—Quizás Odessa estaba en lo cierto, Célie. Quizá deberíamos volver a tu habitación.

Pero *eso* no suena como Lou en absoluto. Ella nunca se esconde de una pelea, ni siquiera cuando está pálida y débil por el tiempo pasado en la gruta. Preocupada, levanto la mano a toda velocidad hacia su frente, pero nuestra diferencia de temperatura es demasiado grande como para que este método sea eficaz ahora. Ella me aparta de un manotazo y pone los ojos en blanco.

—Solo creo que en vista de… bueno, de *todo*, tal vez no debamos salir corriendo en pos de un alarido escalofriante en un castillo infestado de vampiros. Si las cosas se ponen feas, no creo que yo pueda ser de gran ayuda ahora mismo.

—Ni yo —conviene Dimitri a toda prisa y sin razón alguna. Frunzo el ceño, los miro a ambos y dejo caer mi mano.

—¿Hay algo que yo debiera saber?

Dimitri se burla.

—¿Ese alarido escalofriante no es suficiente?

—No, no lo es. Y una vez más, esa no es una respuesta. —Más decidida aún ahora, paso por delante de él, agarro la mano de Lou y tiro de ella hacia el ala este—. Pero tienes razón, es probable que tú debas volver a nuestra habitación. Te acompañaré de vuelta antes de investigar…

—Oh, no —protesta Lou, que se niega a moverse—. No me vas a dejar con tu madre.

—Pero si tienes miedo…

—No he dicho que tuviera *miedo*, pero, aunque lo tuviera, jamás tendría tanto miedo como para eso. —Se seca los últimos restos de sangre de la nariz, cuadra los hombros y echa a andar delante de mí sin necesidad de ayuda. Ahora soy yo la que vacila; aparto la vista de esa mancha escarlata y trago saliva contra el leve dolor en mi garganta. Tendré que alimentarme pronto, pero aún no tengo ni idea de cómo hacerlo; o, más bien, de *quién* hacerlo. Quizás Odessa pueda ayudarme hasta que regrese Michal.

Mi estómago se revuelve de un modo desagradable al pensar en ella.

Los rítmicos acordes del violín suenan más fuertes aquí arriba, al igual que las voces murmuradas. Está claro que alguien está celebrando algún tipo de velada esta noche y, como señora del castillo, no puedo evitar pensar que Odessa lo sabría. Del mismo modo, como ni Lou ni yo recibimos una invitación para asistir a esa velada, solo puedo asumir que no nos quería ahí. Esa idea escuece más de lo que debería. Aunque los vampiros de Requiem han dejado claro que me detestan, y el sentimiento es bastante mutuo, ahora soy una de ellos. No tengo ningún otro sitio a donde ir.

De repente, las sonrisillas de suficiencia de Pasha y de Ivan se aparecen en el ojo de mi mente, junto con sus expresiones desdeñosas y satisfechas. *Lo sabían*, pienso con un retortijón desagradable en el estómago. *Sabían que no estaba invitada a… lo que sea esto*.

¿Esta velada es la verdadera razón de que Odessa me advirtiese que me quedara en mi habitación? ¿La razón de que Dimitri insista en que regrese a ella?

¿Los… avergüenzo?

—¿Hay algo que pueda decir para disuadirte? —pregunta Dimitri en voz baja. Levanto la barbilla en señal de desafío.

—No.

—Eso creía. —Suspira como si estuviese resignado, mientras observa a Lou desaparecer por la esquina, al tiempo que ese peculiar repiqueteo aumenta de volumen, junto con las risas—. Muy bien, Célie. Solo… prométeme que, veas lo que veas esta noche, no vas a intervenir.

Lo miro con desdén, cuadro los hombros y me vuelvo para seguir a Lou.

—Jamás podría prometer algo así, y desde luego que *intervendré* si es necesario. —Al final, importa muy poco si no les gusto a los vampiros, si Odessa ha querido excluirme.

Si están haciéndole daño a alguien en este castillo, lo voy a impedir.

Seguimos los ruidos hasta el ala norte del castillo y nos detenemos en silencio a la puerta de una sala mucho más pequeña y oscura que el salón de baile dorado de la fiesta de disfraces. Como era de esperar, en el interior hay una docena de vampiros o más. La luz de las velas, procedente de una única lámpara de araña colgada muy alta del techo abovedado, parpadea sobre sus preciosos rostros y sobre las copas de cristal en sus elegantes manos. En lugar de mármol, todo está revestido de madera de ébano, desde los suelos de parqué hasta la galería de los trovadores, pasando por las paredes. El cuarteto de violinistas no puede enmascarar los bufidos suaves y las burlas de los invitados.

Porque en el centro de la sala, atrapado dentro de una jaula de hierro, un retornado chilla y lanza zarpazos a sus captores.

Lou contiene la respiración de golpe y me agarra del codo cuando ella también ve a la desgraciada criatura.

Alguien le ha tirado una copa de sangre a la cara y el líquido gotea por sus mejillas esqueléticas como macabras lágrimas escarlatas, mientras un trío de vampiros ríe y lo tienta con una lanza. No. Unos zarcillos de ira suben lamiendo mi garganta. Mientras lo *torturan* con una lanza.

Lo están torturando.

Como si acabase de darse cuenta de lo mismo, Lou aprieta su mano sobre mi brazo, o a lo mejor reconoce todo el significado de la situación antes que yo. A lo mejor reconoce el lazo verde atado alrededor de la muñeca del retornado, las alas de mariposa hechas trizas a su espalda, porque al instante siguiente me empuja a un rincón oscuro cerca de la puerta. En cualquier caso, no se atreve a hablar. Ninguno de nosotros nos atrevemos, ni siquiera Dimitri, que se esconde a toda prisa con nosotras, con una expresión vagamente repugnada. «¡Haz algo!», le digo solo con los labios, y Lou asiente con énfasis.

Con una mueca, nos fuerza a arrodillarnos detrás de una urna. «¿Como qué?», formulan sus labios.

Una docena de ojos vuelan en nuestra dirección cuando él también se agacha, pero, por curioso que pueda parecer, los otros vampiros permanecen igual de silenciosos. En lugar de decir nada, sonríen.

Sonrisas largas y afiladas que me ponen de punta los pelos de la nuca.

Han vestido al retornado como yo.

La idea debería incitar mi horror. Debería despertar mi miedo. Los vampiros son violentos por naturaleza, sí, pero este tipo de crueldad transciende los límites de la violencia habitual. Que estén dispuestos a atrapar y atormentar a una criatura indefensa solo para enviar un mensaje es sádico. Es *malvado*. No obstante, cuando otro vampiro agarra las alas del retornado y da un tirón para pegar su cuerpo a los barrotes y que su amigo lo apuñale, mi visión se enturbia, no de miedo, sino de ira. Porque esta, *esta* es la verdad de un vampiro.

No son preciosos y no son civilizados.

Y quiero hacerles daño. Todo mi cuerpo se estremece con el impulso. Quiero hacer añicos sus largas copas de cristal y arañar con mis propias uñas sus sonrisas frías, sus miradas aún más frías. Con un vitriolo más intenso del que he sentido nunca, me entran ganas de causarles el mismo dolor que le han causado a este retornado. Si no fuese por Lou, que aún sujeta mi brazo con fuerza, iría directa hasta la jaula y me enfrentaría a todos ellos. *Disfrutaría* del baño de sangre subsiguiente y…

Y esa idea espantosa es suficiente para mantener mis pies anclados al suelo, para hacer que mis ojos vuelen alrededor de la sala en busca de Michal. Porque si alguien puede poner fin deprisa a esta velada, es él.

Sin embargo, no veo ninguna señal reveladora de pelo plateado y, cuando mis ojos se deslizan de vuelta al retornado, me doy cuenta de que es imposible que Michal esté aquí. Aunque los asistentes a la fiesta *no hubiesen* vestido a esa pobre criatura de mí, él jamás habría aprobado algo como esto. No. Echo un último vistazo por la sala antes de cambiar de objetivo para buscar a Odessa. Pero ella también parece ausente.

Frunzo el ceño confusa y miro a Dimitri, que evita mis ojos con determinación.

Si tan decidida estaba su hermana a excluirnos a Lou y a mí de la lista de invitados, ¿no debería estar ella aquí? A menos que tampoco supiese nada de esta macabra velada. Quizá solo sospechaba que los vampiros estarían resentidos con mi regreso después de la víspera de Todos los Santos y me pidió que me escondiera como favor. Y de todos modos, ¿quiénes *son* estos vampiros? ¿También viven en el castillo? A lo mejor son parientes lejanos o…

Lou me da un codazo en las costillas al tiempo que señala hacia el techo, y todas las excusas que podría haber ofrecido desaparecen en una nubecilla de humo. Porque… son ellos.

Odessa y Michal.

Están aquí.

Medio ocultos detrás de la balaustrada de la galería, están enfrascados en una discusión acalorada, completamente ajenos a la escena que tiene lugar a sus pies, completamente apáticos mientras el retornado trata de arrancar los barrotes de su jaula. Los miro con una incredulidad abyecta. Mi mente no logra conciliar cómo dos personas que han llegado a importarme pueden ignorar semejante crueldad en su presencia.

«No me corresponde a mí controlar a Yannick», me dijo una vez Michal, pero pensaba que…

Se me cae el alma a los pies.

Como una tonta, pensaba que Michal podía estar… *cambiando* de

alguna manera. Porque el Michal que me acarició el pelo en ese ataúd, el Michal que arriesgó su vida en la gruta, no puede ser también este Michal. Sus ojos se entornan en ranuras centelleantes mientras se alza amenazador por encima de Odessa.

—Si no revelas sus identidades, prima, la sangre de toda esta sala manchará tus manos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Una masacre?

Odessa echa la cabeza atrás y se ríe en respuesta, pero el sonido no tiene alegría alguna.

—Qué hipócrita fingir que esta gente te importa. Ahora, *olvida* esto. Nadie ha traído a un retornado al castillo. Según mis fuentes, encontró su camino hasta aquí él solito, y donde va uno, otros lo siguen. Esta es una amenaza real. Si no nos encargamos de ella, tendremos problemas mucho más grandes que lazos y alas de hada.

—Alas de mariposa —gruñe él.

Abro los ojos como platos al darme cuenta de lo que, o más bien de *quién*, están hablando.

Las uñas de Lou se clavan en mi antebrazo ahora. Se lleva un dedo a los labios y niega con la cabeza cuando hago ademán de levantarme, sus ojos turquesas enormes y sus pecas muy visibles. Incluso Dimitri pone una mano sobre mi hombro para frenarme. Se me queda la boca extrañamente seca ante sus reacciones. Porque no tenemos nada que temer de Michal y de Odessa, lo que significa que no tenemos nada que temer de nadie en esta habitación. Solo tienen que… parar esto, sea lo que sea, y soltar al retornado. O quizá no *soltarlo*, pero…

La criatura le lanza un mordisco a un vampiro que se acerca demasiado, y el resto de ellos se mofa. Se mueven y caminan de un modo que me recuerda de manera inexplicable a la jaula que formaron la víspera de Todos los Santos. Una jaula en la que no atraparon a un retornado, sino a otros vampiros, antes de hacerlos trizas. Los chillidos de Juliet resuenan en mis oídos al recordarlo.

Y más de un par de ojos saltan hacia la galería ahora, pendientes de cada mínimo movimiento de su rey.

—Michal. —Odessa masculla su nombre entre dientes, pero no se arredra ante su audiencia ni ante la luz asesina en los ojos de su primo. En lugar de eso, se acerca aún más a él—. No creo que seas

consciente de lo precaria que se ha vuelto nuestra situación, así que deja que te lo diga a las claras: si no proteges esta isla, lo hará otra persona.

La amenaza solo parece divertirlo.

—¿Ah, sí? —pregunta con tono sedoso, una ceja arqueada. Yo estiro el cuello para mirar a Dimitri, al tiempo que le ruego en silencio que intervenga. ¿Por qué *no ha* intervenido ya? Después de todo, se trata de su primo, de su hermana. De su *familia*—. ¿Y esa persona eres tú?

Aunque la voz de Michal aún suena ligera, su semblante parece oscurecerse con las palabras, parece palpitar con una sensación de poder pesada e indefinible. Una sensación de presencia. Cuando da un paso hacia Odessa, ella hace una leve mueca, como si también percibiese ese peso.

—Como has hablado sin rodeos, Odessa, permíteme que yo hable con menos rodeos aún: *yo* soy el rey de Requiem y defenderé esta isla hasta que la oscuridad nos reclame a ambos. Si no estás de acuerdo con mis métodos, puedes marcharte, *todos* vosotros podéis marcharos, pero habéis de saber lo siguiente… —Sus ojos negros se deslizan hacia el retornado en lo bajo, hacia los vampiros a su alrededor, que muestran una quietud preternatural mientras lo observan. Mientras esperan—. Cuando descubra quién ha hecho esto, iré en su busca y haré que talle una estaca con los huesos de sus seres queridos antes de clavársela directa en el corazón.

La bilis trepa por mi garganta.

No debería decir estas cosas. El ambiente de esta sala… parece diferente al ambiente de la víspera de Todos los Santos. Parece hacer equilibrios precarios sobre la punta de un cuchillo. Mi inquietud aumenta cuando Odessa se planta delante de Michal, cuando se sube en la balaustrada para bloquearle la vista de la sala a sus pies.

Desde mi punto de observación, sin embargo, todavía puedo verlo.

Todavía puedo verla también a ella.

«Dimitri», le suplico en silencio, desesperada, pero él aparta la cara de mí. Sus dedos se aprietan sobre mi hombro.

—No podemos actuar en interés de uno a expensas de muchos, y

no podemos… *no podemos*… perder la cabeza. —Odessa levanta la barbilla en señal de desafío, y una emoción mucho más oscura que la ira brota detrás de sus ojos cuando sigue hablando. Una emoción mucho más letal—. De lo contrario, uno podría cuestionar por qué me enviaste a la casa de una bruja en Cesarine en lugar de a buscar a tu propia familia. A mi propio *hermano*. —Una pausa amarga—. Si Dimitri no nos hubiese encontrado en Cesarine, ¿lo habrías buscado en algún momento?

El agarre de Dimitri se vuelve doloroso ahora. Aunque sigue sin interrumpir la escena, ni siquiera cuando Odessa y Michal se miran fijamente.

En esa única mirada, intercambian un mensaje mudo, una comprensión oscura, pero desaparece demasiado deprisa como para ubicarlo del todo.

—Supuse que estaba muerto —dice Michal, al tiempo que encoge un hombro con indiferencia—. Lástima, no podíamos tener tanta suerte.

Odessa retrocede como si la hubiese golpeado.

A mi lado, Lou reprime un gemido mientras varios vampiros mascullan indignados. Peor aún, uno lanza la sangre de su copa hacia arriba. El líquido vuela en un arco magnífico hacia la galería, pasa junto a Odessa y salpica las lustrosas botas de Michal. La sala aspira una bocanada de aire repentina y sorprendida mientras Michal baja la vista hacia la sangre.

Michal, no.

Como es obvio, no oye mi súplica silenciosa y, cuando pasa a la acción, nadie es capaz de moverse lo bastante deprisa para impedírselo. Se limita a dejarse caer desde la galería y aparece con la mano alrededor del cuello del autor de la ofensa. Aprieta hasta que los ojos del vampiro se abultan. Se me erizan todos los pelos del cuerpo y mi intuición grita por la reacción de Michal; no solo por la violencia, sino también por otra cosa, algo crítico que no puedo ver ni explicar. Solo puedo *sentirlo*. Toda esta situación… no tiene sentido. No me cuadra, no *encaja*. ¿No acababa de defender Michal a su primo hacía apenas unas horas? ¿No le había urgido a Odessa que hablase con él, que escuchase su explicación? «Ahora parece

diferente», le había dicho. «Parece mejor».

Sin embargo, aun cuando esta extraña sensación de equivocación se extiende, la atmósfera de la sala cambia de nuevo. Se enrosca como una serpiente en la hierba. Y Michal todavía no se ha percatado del peligro.

Sigue apretando despacio el cuello del hombre. Demasiado despacio.

—Olvidas tu lugar, Léandre.

—Para esto de inmediato. —Cuando Odessa se materializa detrás de él, no reconozco la luz ardiente en sus ojos. *¡Esto está mal!* Mi mente grita las palabras y esto… esto ha ido demasiado lejos. Alguien debe actuar. No obstante, cuando hago ademán de levantarme esta vez, el olor acre de la magia se extiende a mi alrededor y me atrapa. No puedo hablar. No puedo moverme. ¿Qué está *pasando*? Aunque miro a Lou con una acusación furiosa, ella se limita a negar con la cabeza, apenas aferrada a la conciencia mientras se desliza por la pared hacia el suelo. Sus párpados aletean mientras Odessa sigue hablando en tono imperioso—. Para esto *ahora*. Eres tú el que ha olvidado su lugar, Michal, no él.

El vampiro se atraganta, forcejea con la mano de Michal.

—¿Ah, sí? —pregunta en voz baja.

—¿Es que de verdad no puedes verlo? —Odessa abre los brazos a los lados para abarcar tanto al vampiro medio asfixiado como al resto de los inquietos presentes—. Está claro que tus prioridades han cambiado.

—No culpes a Célie por esto —gruñe Michal al oírla.

—Oh, esto empezó mucho antes de que te enamoraras de una *humana*. —Odessa escupe la última palabra como un insulto y yo dejo de forcejear un momento contra el encantamiento de Lou, consternada—. Esto empezó con el asesinato de Mila. Durante siglos, esta isla ha sido nuestro tesoro mejor guardado, y por tu culpa, por tu *obsesión* con estas mujeres, el mundo nos ha encontrado. Los cazadores vendrán. Quizá no sea hoy, quizá no sea mañana, pero antes o después reunirán el valor suficiente. Traerán su plata y su odio, y vendrán. —En el tenso silencio que sigue a sus palabras, el retornado pasa a la acción, agarra por sorpresa a la

vampira más cercana y clava sus dedos esqueléticos en la muñeca de la mujer, que bufa de dolor antes de romper el brazo de la criatura. Odessa hace una mueca—. Y los retornados ya están aquí.

Michal inclina la cabeza mientras la observa. Mientras los observa a todos.

Yo retomo mi forcejeo desesperado y le suplico a Lou con la mirada que me libere. Le suplico a Dimitri. Porque lo que ha dicho Odessa… no es todo verdad. Le *dije* que no era verdad. Los retornados se han levantado, sí, pero *Les Éternels* no tienen nada que temer si actúan con discreción; si permanecen en su isla y se alimentan con el consentimiento de la otra parte, Jean Luc nunca conducirá a los *chasseurs* hasta aquí. No tendría ninguna razón para hacerlo, excepto por… bueno…

La verdad de la situación se aparece ante mí despacio, con suavidad, como si incluso mi subconsciente hubiese estado esperando a que me diera cuenta de ello.

Excepto por mí.

Yo soy la que lo atacó. Yo soy la que provocó una respuesta. Yo soy la que reveló el secreto de *Les Éternels*, de Requiem, de la plata, y yo soy la que forzó a Michal a hacer su debut ante el mundo el mes pasado. La tensión de esta sala, la violencia, me pertenece solo a mí, pero… ¿qué debería haber hecho? ¿Qué debería haber hecho Michal? Estábamos intentando atrapar a un asesino, intentábamos proteger a los inocentes y vengar a su hermana y…

Mis ojos se deslizan de vuelta al rostro precioso y letal de Odessa.

Si Dimitri no nos hubiese encontrado en Cesarine, ¿lo habrías buscado en algún momento?

Odessa había dejado a un lado sus convicciones personales para seguir el liderazgo de Michal. Había dejado a un lado su desesperación por la sed de sangre y la traición de su hermano por el bien de Requiem, porque Dimitri era peligroso, porque se había aliado con Frederic.

Al final, Michal suelta al vampiro, que se desploma hecho un guiñapo a sus pies.

—¿Qué estás diciendo, prima? —Aunque suave, su voz corta con claridad a través del silencio de la sala. Las sombras parpadean

sobre la mitad de su cara—. ¿Me estás desafiando?

Odessa lo mira sin pestañear. Sus ojos centellean como cuchillos y le tiemblan las manos.

—Yo no quiero esto.

—¿Estás segura? —Michal da un paso hacia ella, aún con la cabeza ladeada—. Está claro que no estás sola en tu malestar. ¿Acaso no has planeado este escenario exacto, este momento exacto cuando me has invitado a venir aquí? —Odessa no dice nada y, cuando Michal sonríe, un escalofrío físico recorre la sala entera; se me eriza el pelo de la nuca y forcejeo con más ahínco contra el encantamiento. *Por favor, Lou*. No logro mover ni un dedo, a pesar de todos mis esfuerzos. *Por favor, suéltame*—. Y aun así, te pregunto —continúa Michal—. ¿Quién os ha protegido todos estos años? ¿Quién se ha preocupado de vuestro bienestar? —Aunque no aparta los ojos de Odessa, cruza las manos a la espalda y se dirige a la sala entera—. Cazadores, retornados… todos ellos no son más que un momento fugaz, y nosotros somos eternos. Dejad que vengan. Eliminaremos esta amenaza igual que hemos eliminado todas las demás.

Odessa, sin embargo, no cede.

—Célie no se pondrá de nuestro lado cuando vengan los cazadores. ¿De verdad estás dispuesto a eliminar *todas* las amenazas?

—Como yo lo veo —dice Michal con frialdad—, la mayor amenaza que tenemos delante eres *tú*.

Todo se queda paralizado ante esas palabras. Todo el mundo se calla.

Aunque aún pugno por moverme, por hablar, por chillar e interponerme entre ellos, sigo inmóvil, atrapada en este momento horrible como si flotara en un sueño. Parece surrealista. Esto *no puede* estar sucediendo. Me niego a aceptar el odio en los ojos de Odessa mientras mira a su primo, la repulsión en los de Michal cuando niega con la cabeza con expresión burlona y da media vuelta.

—Lo que yo pensaba —dice en tono despectivo.

Y ella ataca.

Incrusta la mano en la cavidad torácica de Michal, agarra su corazón y él se medio gira, perplejo, al tiempo que su boca se abre con un estremecedor borbotón escarlata. *No*. La incredulidad inunda mi organismo en una oleada impactante, pero Odessa no se detiene. No vacila. Con un giro rápido de la muñeca, proyecta su mano libre hacia fuera y los vampiros se desperdigan aterrados mientras el cuerpo de Michal vuela entre ellos. Y tal vez estoy gritando ahora, gritando y gritando mientras el mundo se ladea debajo de mí, mientras Michal se estrella contra la pared del otro rincón de la sala, se desploma y no se mueve más. *Esto no puede ser real*. Me aferro a las palabras, me aferro con más fuerza a Lou, cuyo cuerpo entero tiembla mientras susurra frenética a mi oído. *Esto no puede estar pasando. Levántate, Michal. ¡Levántate!*

—No volverá a levantarse, Célie —dice Odessa en voz baja y, para mi horror, me doy cuenta de que he dicho las palabras en voz alta. El encantamiento de Lou por fin ha cesado. En cualquier caso, sigo sin moverme, paralizada de miedo mientras Odessa me mira directamente a mí—. *Longue vie à la reine*.

CAPÍTULO 18

El rey está muerto

Larga vida a la reina.

Las palabras flotan en el silencio de la sala durante un único momento, o quizá durante toda la eternidad, mientras el tiempo parece detenerse y yo miro hacia el rincón donde Michal yace solo y algo encorvado, lo cual oculta el agujero de su pecho, como si aún se negara a mostrar ningún signo de debilidad. Nadie se mueve para inspeccionar su cuerpo. Nadie celebra su abrupta y trágica caída. Nadie habla siquiera. Los vampiros que bufaban y se burlaban hace apenas unos segundos se han quedado petrificados por el perímetro de la sala, medio encogidos y ocultos entre sombras; la sangre gotea de las copas rotas en sus manos. Aturdidos. Aterrados. La mano de Dimitri me está magullando el hombro y Lou pugna por respirar, todos los músculos en tensión, como si se preparase para huir.

Todos esperan.

Incluso yo, *sobre todo* yo. Esperamos y esperamos a que suceda algo, a que Michal se ponga en pie y nos mire con esos ojos fríos y penetrantes, a que se burle de nosotros por aceptar su muerte con tanta facilidad. En cualquier momento, arrancará su propio corazón de manos de Odessa y lo deslizará de vuelta dentro de su pecho, antes de partirle a ella el cuello en dos. Luego la tirará dentro de la jaula del retornado con Léandre y nos obligará a observar cómo la criatura los hace pedazos a ambos. Porque es Michal Vasiliev.

Cientos de personas lo han desafiado en sus mil años de reinado, pero solo queda él. ¿No dijo Odessa esas palabras antes de la víspera de Todos los Santos? «Aquí solo hay oscuridad, y la oscuridad es eterna».

Un aturdimiento siniestro se extiende por mis extremidades

mientras lo observo ahora, mientras insto a su cuerpo a levantarse.

En cualquier momento ya.

Sin embargo, cuando Odessa deja caer su corazón, este golpea el suelo de parqué con un enfermizo golpe sordo y mundano.

Y algo se rompe en mi interior.

Me levanto de un salto, aparto con brusquedad la mano de Dimitri y cruzo la sala a la carrera, rodeo la jaula del retornado y me detengo con un derrape cuando Léandre se levanta para bloquearme el paso. De golpe, como si se hubiese roto otro hechizo, todos los demás también se mueven. Hay vampiros que salen de las sombras como las cucarachas, algunos desaparecen por la puerta y otros rodean a Odessa, mientras que Lou aparece pegada a mi hombro. Rezo por que no empiece a sangrar otra vez.

—Célie…

—¡Está muerto! —Una cacofonía de gritos resuena por los pasillos ahora, alaridos y chillidos inhumanos que rebotan contra las paredes con una especie de júbilo salvaje, también de ira, de incredulidad, hasta que el castillo entero parece vibrar con la calamitosa noticia, hasta que las calles en lo bajo también bullen de ella—. ¡El rey está muerto!

¡Muerto! ¡Muerto!

¡El rey está muerto!

Longue vie à la reine

—¡Larga vida a la reina! —Una vampira cerca de nosotros grita esas palabras y se ríe como una demente mientras abre de par en par la jaula del retornado. La criatura alada se lanza hacia el centro de la sala, gruñendo y dando mordiscos al aire, hasta que hunde los dientes bien profundo en el pie de Léandre. Luego sale corriendo por la puerta y se pierde de vista.

Odessa observa cómo escapa con los ojos muy abiertos.

—Mierda.

¡Longue vie à la reine! ¡Longue vie à la reine!

—Esto es grave. —Lou agarra mi mano y retrocede alrededor de la jaula ahora vacía. Sus ojos saltan frenéticos de un lado para otro en busca de escapatoria—. Esto es muy grave. Esto no tenía que haber sucedido de este mo…

—¡Pasha! ¡Ivan! —Odessa chasquea sus dedos aún ensangrentados, y Pasha e Ivan intentan desenredarse del aluvión de guardias que entran en tromba en la sala, cada uno ataviado con sus uniformes oscuros y sus escudos dorados… excepto que ya no llevan el dragón y la cruz. Ahora dos zorros bailan alrededor de una columna de llamas con palabras que no alcanzo a leer, y una certeza me golpea de pronto, de un modo intolerable y enfermizo en todos los sentidos. *Esto estaba planeado*. Odessa levanta la voz por encima del tumulto, proyecta las manos hacia la puerta y se retuerce para ver a Pasha e Ivan entre la multitud, pero Dimitri aparece a su lado en lugar de ellos—. ¡El retornado! —Empuja a su hermano hacia la puerta, aterrada—. *¡Atrápalo!* ¡No dejes que escape!

Con un asentimiento rápido, corre tras la criatura y… y él también lo sabía. *Debía* de saberlo, lo cual significa que todo lo que dijo en la gruta…

Todo esto estaba planeado.

—¡Está muerto!

—*Muerto*.

—¡El rey está muerto!

La mano de Lou empieza a sudar en la mía.

—Tenemos que salir de aquí. *Ahora*.

Detrás de Odessa, un vampiro de rostro demacrado sigue todos sus movimientos con una intensidad depredadora. Ella no se ha fijado en él. Entre el caos, nadie lo ha hecho, pero cuando ataca, directo hacia el cuello de Odessa, esta chilla, gira en redondo y lo decapita con una sola pasada de su mano. Sus ojos refulgen de la indignación.

—¿Cómo te *atreves*? Este régimen ha empezado hace apenas *treinta segundos*.

Desde el otro lado de la sala, Pasha e Ivan se abren paso hacia ella gruñendo, y yo…

Corro hacia el cuerpo de Michal.

Los amigos de Léandre, sin embargo, se ponen en movimiento después de que dé dos pasos y forman un círculo amenazador alrededor de Lou y de mí. Desesperada, intento ver algo por los huecos entre sus elegantes cuerpos, busco una oportunidad de

cortar a través de ellos. Porque debemos llegar hasta Michal antes de que lo hagan ellos. Debemos… ayudarlo de algún modo, protegerlo, aunque mis pensamientos dan vueltas como locos sin saber cómo hacer ninguna de esas dos cosas cuando… cuando parece tan…

¡Muerto! ¡Muerto!

¡El rey está muerto!

El suelo empieza a ladearse y la sangre ruge en mis oídos, mientras Lou aprieta la espalda contra la mía. Puede que nos superen en número, que nos superen en todos los sentidos, pero ella no me abandonará; yo tampoco lo abandonaré a él. Una presión furiosa se acumula detrás de mis ojos mientras los chillidos en el exterior se intensifican. Lou tiene razón, esto es grave. Aun así, estoy *decidida* a llegar hasta Michal. Si eso me mata, sacaré su cuerpo a rastras de este lugar y… mi pecho se estremece… y lo enterraré. Nadie merece morir solo en un rincón, pero sobre todo no Michal. *Él, no*. Me atraganto con otro sollozo e intento seguir avanzando. Me niego a ceder, aunque los vampiros me bloqueen el paso con bufidos y miradas maliciosas de anticipación. *Por favor, no*.

—Mira cómo tiembla. —Los ojos de Léandre centellean enfervorizados al descender de la jaula en lo alto. Con una delicadeza deliberada, agarra mi barbilla con una mano y aparta mi mirada de Michal con la soltura y el derecho autoimpuesto de un aristócrata. Bajo nuestros pies, el suelo cabecea de nuevo y agarro su muñeca para mantener el equilibrio. Él arquea sus cejas doradas con una sonrisa condescendiente—. Oh, qué mona eres, Célie Tremblay. Qué *preciosa*. Por fin conocemos a la mascota humana de Michal. Aunque ya no eres tan humana, ¿verdad, cielo? Todavía estás aprendiendo a ser una vampira, ¿no es así? —Gira mi cabeza a un lado y otro para examinarla desde todos los ángulos antes de ejercer una presión mínima sobre mi barbilla. Obediente, me pongo de puntillas, desde donde puedo ver el cuerpo de Michal por encima del hombro del vampiro. *Puedo ver a Michal*.

Ese sollozo trepa más alto por mi garganta.

—¡Oh, también eres sumisa! Se me acelera mi frío y muerto corazón. —El suspiro nostálgico de Léandre contradice al brillo

malvado de sus ojos. Me recuerda a los vampiros de la pajarera, hermosos y elegantes mientras discutían cómo repartirse mejor mi cuerpo entre los cuatro. No obstante, ya no soy humana, y mi cuerpo ya no tiembla de miedo. Ahora tiembla de ira; una ira tan potente, tan vitriólica, que cuando Odessa mira en nuestra dirección, aún rodeada de guardias y asistentes a la fiesta, la miro a los ojos sin arredrarme. *Que me vea*, pienso con furia. *Que vea lo que se le viene encima*.

Su ceño se frunce un poco al ver mi expresión. Un destello de inquietud.

Bien.

—Oh, cariño. —Léandre frunce los labios con expresión preocupada, luego seca las lágrimas de donde ruedan por mis mejillas—. Oh, pobre desdichada. Si pretendes quedarte en Requiem, necesitarás protección.

—Ya la tiene. —Lou enseña sus dientes con una sonrisa feroz, luego levanta las manos y los más cercanos de los amigos de Léandre guiñan los ojos y dan varios pasos atrás para alejarse de la luz que ilumina las puntas de sus dedos. Aunque noto la tensión en sus hombros, el gran esfuerzo que requiere para mantenerse inmóvil, erguida, los otros no lo ven. *Sigue sin sangrar*—. Sugiero que la deje ir ahora, Leopold, y nos despidamos como amigos improbables.

El vampiro mueve la cabeza con irritación.

—Léandre.

—Eso no lo mejora —le asegura Lou.

¡Muerto! ¡Muerto!

¡El rey está muerto!

Las palabras aún resuenan por el aire como un grito de guerra, y tal vez sean justo eso; después de todo, esto es un golpe de estado, uno exitoso; por toda la isla, los ciudadanos inundarán las calles para luchar o para darse un festín o para lamentarse de que su rey esté muerto. *Michal está muerto*.

Actúo sin pensar. Actúo antes de que Lou o Léandre se den cuenta de que me he movido siquiera: retuerzo su muñeca y me deleito en el espeluznante crujido de sus huesos entre las palmas de mis

manos. Siento un breve fogonazo de sorpresa, porque eso ha sido fácil, demasiado fácil, pero Léandre me suelta con un aullido de rabia. Como si hubiese abandonado mi cuerpo, siento cómo me muevo alrededor del hombre y me deslizo entre dos de sus amigos.

Una de ellas me agarra del cuello del vestido, de *mi cuello*, y un dolor atroz brota por mi columna cuando la mujer tira de mí hacia atrás. Con una ristra de palabrotas coloridas, Lou salta hacia delante para incinerar su brazo, pero Odessa se materializa más deprisa que cualquiera de las dos, su expresión furiosa ante el caos que se está extendiendo por su corte.

—Suéltala —le dice con brusquedad a mi captora, una mujer con llameante pelo rojo que mira a Léandre en busca de su permiso. Odessa entorna los ojos.

Léandre la ignora y lanza una sonrisa salvaje en mi dirección.

—Te vas a arrepentir de eso, cariño.

Levanto la barbilla y le devuelvo una mirada igual de hostil.

—Basta ya, todos vosotros. —Odessa se abre paso entre nosotros hasta el centro del círculo. Aunque tanto Pasha como Ivan hacen ademán de seguirla y apartan por la fuerza a Léandre, ella los detiene con un gesto seco de su mano—. Parece que habéis convertido mi empatía por vuestra situación con Michal en permiso para hacer lo que os plazca. Esto no puede estar más lejos de la realidad.

—¿Ah, no? —Aunque Léandre enseña los colmillos, no se atreve a atacarla con una horda de centinelas a la espalda. En lugar de eso, me mira a mí con una ira y un deseo no disimulados—. ¿Acaso no la estás protegiendo también, igual que hacía tu primo antes que tú?

—Esto no tiene nada que ver con Célie —responde Odessa con voz impaciente—, y todo que ver con su amo. Haz un esfuerzo por *pensar*, ¿quieres, Léandre? Es una Novia de la Muerte. Sería de lo más estúpido provocar a la Muerte atacándola a ella. —Entonces agarra a la vampira de pelo llameante por el hombro—. Y si tú continúas ignorándome, Violette, querida, te arrancaré este brazo del hombro y lo usaré para azotarte en la calle durante mi procesión. ¿Me has entendido? —Su agarre sobre el brazo de Violette se aprieta y, despacio, a regañadientes, la mujer suelta mi cuello—. Bien. Muy

bien. Ahora…

Odessa lanza una mirada indignada por la sala y, al momento siguiente, *sube* por los barrotes de la jaula para ascender por encima de la multitud y plantarse alta y orgullosa ante ellos sobre los barrotes de hierro. De alguna manera, se han unido más vampiros a la refriega; rondan también por el pasillo, serpentean entre los guardias, pero todos ellos (*todos* ellos, incluso los más viejos, los más repugnantes) evitan el rincón de Michal como si estuviese contaminado. Con un ojo pendiente de Léandre, me dirijo con disimulo hacia ahí.

Odessa cruza las manos mientras observa la sala, y el gesto es tan familiar que duele y me venzo hacia delante. Me tambaleo un poco, pero me agarro del brazo de Pasha para no caer. Él no me dice nada, tampoco me detiene; más bien me empuja hacia Michal mientras Odessa habla en voz alta y clara.

—Ha llegado la hora, queridos, de poner orden en nuestra casa. No somos niños. —Baja la cabeza hacia la jaula debajo de ella—. Y no necesitamos juguetes. Somos *vampiros*, y todo el que no sea capaz de comportarse como tal perderá el privilegio de esta isla.

Aunque todavía se oyen gritos y estrépito en las profundidades del castillo, y una extraña música emana de la Ciudad Vieja, todos los vampiros al alcance del oído guardan silencio al oír sus palabras. Después de tanta conmoción, un silencio semejante parece antinatural, incluso opresivo, mientras cientos de ojos depredadores la miran desde abajo sin parpadear.

Excepto los míos.

Los míos no están fijos en Odessa sino en el hombre que yace en el rincón de la sala. Precioso y terrible y solo.

Michal.

Caigo de rodillas a su lado, tiro de su cuerpo sobre mi regazo, y su peso parece muy real, muy sólido y crudo entre la cualidad onírica de esta noche. Si no fuese por la mancha escarlata de su barbilla y el agujero antinatural en su pecho, podría imaginar que solo está durmiendo. Mis lágrimas caen más abundantes ahora. Más rápidas. Salpican su mejilla antes de rodar por su mandíbula y desaparecer dentro de su sobreveste de cuero.

Nunca le pregunté cómo dormir. Ese pensamiento es raro, indeseado, pero me golpea como un relámpago mientras lo sujeto, mientras contemplo con expresión hambrienta los planos suaves de su cara. Solo lo había visto así una vez, antes de los horrores de la gruta, relajado y despreocupado, completamente en paz. Abrazo su cintura más fuerte y lo mezo con suavidad, odiando las palabras y la mentira. *En paz*. Como si alguien pudiese encontrar la paz después de una muerte tan violenta e inesperada. Su prima le ha arrancado el corazón del pecho. El agujero sigue ahí, se burla de mí y… y tampoco le pregunté nunca sobre la filofobia o qué lugar del mundo le gustaría más visitar. Por qué había visitado Les Abysses tantas veces y el Paraíso solo una. Si sus padres le habían puesto el nombre de alguien conocido. ¿De un ser querido, quizá?

¿Michal había estado enamorado alguna vez?

Aunque Odessa había afirmado que me quería a *mí*, también le arrancó el corazón un segundo después y… y no sé qué hacer con nada de eso. Deslizo los dedos por sus cejas, memorizo sus rasgos. Ni siquiera sé cómo honran a sus muertos los vampiros; si es que honran a sus muertos en primer lugar. No sé lo que Michal tenía planeado para sí mismo, y la que es más probable que lo sepa es justo la vampira que lo ha matado.

«Nunca preguntaste», me dijo, y ahora nunca podré hacerlo.

De alguna manera, siempre parecíamos hablar de mí… De mi pasado, mi hermana y mis padres. ¿Sus padres siguen vivos? ¿Convirtió en vampiros a su padre y a su madrastra como convirtió a Mila? Pero… no. Mientras mis ojos se deslizan por la sala en busca de partes de su cara, recuerdo la voz desdeñosa de Odessa: *En toda su existencia, Michal solo ha engendrado a su ingrata hermana pequeña*. Y ella lo odiaba por ello.

¿Cómo voy a contárselo a Mila?

Oigo, más que veo, a Lou moverse detrás de mí para bloquearnos de cualquiera que pueda estar observando. Oigo también a Odessa (su voz, aunque no sus palabras) y la procesión que se está reuniendo en el vestíbulo de entrada varios pisos más abajo. La extraña música llega más alta desde la Ciudad Vieja, cada vez más descontrolada, menos inhibida. ¿La canción es para conmemorar el

ascenso de Odessa o la caída de Michal? No lo sé. *No lo sé*. Y desearía que alguien me dijera qué *hacer*.

Sin pretenderlo, mis ojos se posan en Pasha y en Ivan, apostados a los pies de Odessa delante de la jaula. Me seco las lágrimas nuevas que ruedan por mis mejillas y los observo con una inquietud creciente.

Entonces, me incorporo de golpe.

Al instante, Lou se acuclilla a mi lado, los ojos muy abiertos mientras busca los míos. Agarro su mano, aterrada y atrapada debajo de Michal. «Mi madre», articulo solo con los labios.

Mi madre todavía está en el castillo.

El poco color que le quedaba a Lou desaparece de su cara y ella también se gira a toda velocidad, medio trastabillada, para mirar a Pasha e Ivan, que deberían estar montando guardia a la puerta de nuestra habitación. Pasha e Ivan, que han dejado a mi madre humana sola e indefensa entre una horda de vampiros. *Ay, Dios. Ay, Dios, ay, Dios…*

Lou aprieta mi mano para tranquilizarme, se pone de pie de un salto y las luces de las puntas de sus dedos se intensifican cuando aspira una bocanada de aire temblorosa. Cuando hace acopio de valor. Cuando se cuela entre la multitud para dirigirse hacia la puerta. Varios de los presentes la observan marchar, giran la cabeza despacio y sus ojos relucen como los de los animales en la oscuridad. Quieren seguirla. Huelen su miedo, lo saborean en la lengua, y esta noche quieren abandonar toda ceremonia y sucumbir a sus instintos primitivos. Sin embargo, igual de deprisa que surge ese impulso, parecen darse cuenta de que Lou no es frágil ni débil; no es una presa. Lou ha conseguido engañarlos, y ni un solo vampiro hace ademán de seguir a la *Dame des Sorcières* cuando desaparece por el pasillo. Un alivio espantoso me recorre de arriba abajo mientras la escucho esprintar por el pasillo, girar a la izquierda, luego a la derecha, y bajar a la carrera un tramo de escaleras sin cruzarse con una sola alma.

Lou protegerá a mi madre. La esconderá, y las dos sobrevivirán a esta noche.

Aun así, un escalofrío de anticipación ondula por la sala cuando

Odessa por fin desciende de la jaula de hierro y una serie de centinelas se colocan a ambos lados de ella para iniciar la procesión. Aunque no sé nada sobre Requiem y sus rituales, sí sé cómo son los vampiros. Sé que la verdadera juerga está a punto de comenzar.

Habrá muchas muertes esta noche.

Solo puedo rezar por no ser una de ellas.

Retiro un mechón suelto del pelo plateado de Michal de su frente y lo sujeto más cerca mientras Odessa se lleva a sus cortesanos y centinelas de la habitación. A lo mejor se ha olvidado de mí. A lo mejor *todos* ellos se han olvidado de mí, pero ¿por qué respondería Dios a la oración de una vampira? Si ni siquiera nos permite decir su nombre. Como era de esperar, Léandre y la vampira de pelo llameante, Violette, vacilan un instante al lado de la jaula de hierro para girarse hacia mí.

—Más tarde —ronronea ella, tras oír el bufido suave de Léandre—. Iremos en su busca más tarde.

—De eso, nada. —Ivan la agarra del brazo y la arrastra hacia la puerta—. Ya habéis oído a nuestra reina.

—La Novia todavía tiene utilidad para ella. —Pasha le da una colleja a Léandre cuando este gruñe—. No interferiréis.

—¿Qué *utilidad*? —espeta Léandre, pero Pasha no responde. En lugar de eso, lo empuja detrás de los otros y saca una llave del bolsillo de su pechera. Entonces, se gira con decisión hacia mí.

—Quédate aquí —me advierte—. Su majestad volverá a por ti al amanecer.

Volveré a por ti al amanecer, Célie.

Mi rostro se viene abajo y aprieto la frente contra el hombro de Michal cuando sus palabras de antes resuenan por la habitación vacía. Acto seguido, Ivan cierra la puerta con un *clic* terminante e introduce la llave en la cerradura para dejarme encerrada dentro, sola con el cadáver de mi secuestrador, mi protector.

Mi amigo.

CAPÍTULO 19

Flores de brezo

No sé cuánto tiempo permanezco sentada en ese rincón con Michal, los ojos hinchados y la cara mojada. El tiempo pierde todo su significado. La distancia, también. Aunque concentro mis sentidos en el ala este con frecuencia, no sé cuántos momentos transcurren entre una vez y otra. En cualquier caso, sé que mi madre está a salvo.

Lou ha atrancado la puerta con magia y ha envuelto la habitación entera en un extraño silencio, pero aún alcanzo a oír a mi madre exigir marcharse, exigir buscarme, exigir llamar a Jean Luc para que arrase esta isla entera. Cierro los ojos contra el tenue sonido reverberante de su voz, respiro hondo y me grabo a Michal en la memoria: el olor exuberante y rico de su sangre, el cuero crudo de su sobreveste. Ambos olores se mezclan con el de la magia de Lou, que aún perdura a mi alrededor.

Un dolor sordo palpita por mi garganta, detrás de mis ojos, y me pregunto otra vez, por milésima vez, por qué me impidió intervenir. ¿De verdad lo odiaba Lou tanto? ¿De verdad quería que *muriera*? ¿O es que no creía que Odessa fuese capaz de cometer un acto tan cruel e inhumano?

Cuando el pomo de la puerta se mueve de pronto, me pongo tensa, pero quienquiera que sea no se para a investigar la puerta cerrada; en lugar de eso, sigue a su acompañante hacia el vestíbulo de entrada. Más allá, las calles han sucumbido al desenfreno más absoluto. Aunque la extraña música continúa desde la Ciudad Vieja, el tono ha cambiado desde que Odessa y su séquito hicieran su debut; las cuerdas chirrían ahora como sierras y los tambores aporrean con un ritmo violento y desconcertante. Me esfuerzo por no escuchar, por no examinar el silencio entre los golpes de tambor

o los gritos abruptos y estremecedores.

En un momento dado, creo oír un grito jubiloso de *monsieur* Marc, pero me apresuro a enterrar las orejas bajo mis manos.

De no haber sido por Lou y por Dimitri, podría haber evitado todo esto. Percibí el cambio en el ambiente antes de que Odessa matara a Michal. *Sabía*, de algún modo, que esta vez era diferente, que él corría un peligro real. Podría haberlo salvado.

Ella solo intentaba protegerte, dice la pequeña voz de la razón. *Te hubiesen hecho pedazos también a ti.*

Pero no lo hicieron. Abro los ojos de golpe cuando otra oleada de ira me golpea. *No* nos hicieron daño. Ignoraron a Dimitri, y Lou les infundió demasiado miedo como para atacarla cuando se escabulló por el pasillo en busca de mi madre. Y a pesar de todo su postureo, Odessa también se negó a dejar que Léandre me tocara. Si hubiésemos *hecho algo* en lugar de quedarnos escondidos detrás de esa urna, tal vez habríamos podido evitar semejante violencia sin sentido. Y ahora el corazón de Michal está tirado fuera de su cuerpo, horripilante y aterrador sobre el suelo, medio oculto por las sombras de la jaula.

Su *corazón*.

Aunque lo percibo ahí tirado, no soy capaz de mirarlo, de reconocer su presencia siquiera. Y tampoco puedo tocarlo. No puedo devolverlo a su cuerpo. Mi furia aumenta aún más con esa admisión, y me odio por tener semejante debilidad. Semejante miedo. Soy el peor tipo de cobarde y le he fallado por completo en todos los aspectos. A Michal, que no me ha fallado ni una sola vez. A Michal, que salió del mar con un cuchillo clavado en el pecho cuando lo necesité. A Michal, que corrió hacia mí (*hacia* mí) cuando me enfrenté a la Muerte en persona.

Se merecía muchísimo más que esto. Se merecía muchísimo más que *yo*.

Recuerdo su gesto desdeñoso en Les Abysses cuando lo acusé de planear mutilar a mis seres queridos. *Toda relación tiene sus problemas*.

Me concentro en el recuerdo, abro su sobreveste de cuero y permito que el amargo arrepentimiento fluya a través de mí; me

centro en su pecho vacío y me deslizo a través del velo para buscarlo, solo por si acaso. Sin embargo, no aguarda ninguna forma plateada. No sé dónde ha ido su alma, pero no es aquí, y la nieve cae con suavidad sobre el brezo de alrededor de su cadáver. Frunzo el ceño al ver las diminutas flores moradas. Crecen directas desde los suelos de parqué negros, y el pecho de Michal… Frunzo el ceño aún más. El agujero ha desaparecido, la piel de la zona casi brilla de vitalidad. Qué *extraño*.

Las lágrimas se congelan sobre mis mejillas mientras miro la jaula, donde más brezo repta por encima del corazón de Michal.

—¿Michal? —lo llamo con un susurro; lo sacudo con suavidad, pero sus ojos permanecen cerrados—. ¿Puedes oírme?

Espero otro momento largo a que conteste. Cuando no lo hace, las lágrimas vuelven a rodar por mi nariz y regreso al reino de los vivos, los ojos clavados en el agujero donde debería estar su corazón, oscuro y fuera de lugar contra su ancho pecho de alabastro. Y no puedo arreglarlo. No puedo arreglar *nada* de esto, aunque sé que no puedo permanecer tirada en este suelo para siempre. Antes o después, el sol saldrá y, con él, Odessa regresará con sus planes perversos.

Por lo que a mí respecta, puede atragantarse con ellos.

A menos que el cerrojo de la puerta se haya reforzado con magia, no puede contenerme.

Si Lou todavía puede ocultar una habitación entera, puede ocultarnos también a nosotras. Puedo convencer a los marineros necesarios en el puerto y podemos navegar de vuelta a Cesarine… o a Chateau le Blanc. Odessa no se atrevería a perseguirnos hasta el corazón del territorio de las brujas. Sería el refugio seguro que necesitamos para planear nuestros siguientes pasos, para reagruparnos. Podríamos investigar sobre los retornados en su gran biblioteca. Podríamos comenzar nuestra búsqueda de la Muerte y de mi hermana, podríamos esperar ahí al informe de Mila. Podríamos llevarnos a Michal con nosotras.

Podríamos esparcir sus cenizas por algún sitio pacífico.

Agarro las solapas de su sobreveste hasta que me duelen los dedos, mientras imagino el huerto de perales en invierno, la belleza

cruda de la nieve sobre sus ramas espectrales. *Le gustaría ese sitio*. Aun así, sigo sin reunir las fuerzas necesarias para moverme. El instante en que lo haga será el instante en que esta pesadilla se haga realidad y… ¿y a un vampiro se le *puede* incinerar para luego esparcir sus cenizas? Cada vez que he visto a un vampiro encontrar la muerte verdadera, su cuerpo se ha convertido en… en…

Esa idea me golpea con la fuerza de un ariete. Me marea, me deja aturdida. Me incorporo de repente y miro el agujero en el pecho de Michal.

En su *perfecto* pecho de alabastro.

No se ha disecado ni un centímetro de él y, según todo el mundo, Michal se convirtió en vampiro hace muchísimo tiempo. En la muerte, ¿no debería haber vuelto su cuerpo a su verdadera edad como hicieron el de Yannick y el de Juliet? ¿No debería ser una concha marchita? Extiendo las manos sobre sus hombros con una energía efervescente, las deslizo por sus brazos y *siento* la contradicción. Aunque quizá esté frío al tacto, su cuerpo permanece duro y poderoso, *vivo*. ¿Y no debería haberse desvanecido ya el olor de la magia de Lou? Mis dedos se curvan de un modo casi brutal contra sus bíceps. Quizá una bruja *sí* que reforzó la cerradura de la puerta, o quizá… quizá la muerte ha cambiado desde que la Muerte encarnada cruzara a través del velo. Quizá Michal *sí* que está muerto y esto es solo… esto es solo el aspecto que tiene la muerte ahora. Quizá en el reino de los espíritus las flores crezcan por encima de todos los vampiros.

Rozo su pecho con una mano, y el olor de la magia ondula con el movimiento.

Ondula *de* la herida.

Sin tomar una decisión consciente, me retuerzo para salir de debajo de él y corro hacia su corazón. Una risa insidiosa trepa por mi garganta, pero no me atrevo a darle rienda suelta. *Todavía no.* Porque si estoy equivocada…

No.

No puedo pensarlo, ni siquiera puedo plantearme la posibilidad. Porque si no, Lou jamás me hubiese controlado con su magia. Pasha nunca me hubiese dejado sola bajo una simple puerta cerrada con

llave, y Odessa… *Odessa*. Casi me atraganto con su nombre al recordar esa luz ardiente en sus ojos y su insistencia… No, su desesperación… por que me quedase en mi habitación. Dimitri y ella no querían que yo lo viera. Por alguna razón, no querían que yo supiera que iba a arrancar el corazón de Michal de su pecho, tras rasgarlo como las cuerdas de los violines fuera de esta sala.

Recojo el corazón de entre las sombras sin dudarlo ahora; cualquier miedo que pudiese haber sentido se ha transformado en algo completamente diferente, y lo acuno con cuidado entre las palmas de las manos mientras corro de vuelta a su lado.

—Michal, pedazo de *idiota* —digo sin aliento.

Antes de que toda mi teoría pueda colapsarse, planto el corazón de vuelta dentro de su pecho.

Por un momento, no ocurre nada.

No ocurre nada, y puedo oír cada una de mis propias respiraciones deshilachadas en el silencio. El olor de la magia sigue siendo espeso y penetrante en el aire, más intenso ahora que antes, mientras fuerzo ambos lados del agujero a juntarse y cierro la herida. *Por favor*. No sé a quién le rezo, pues seguro que Dios no se mancha las manos con vampiros muertos y magia de brujas, pero aún lo hago. Rezo.

—Despierta —susurro con pasión—. Despierta, Michal, o te seguiré a través del remolino y te encontraré. Arrastraré tu alma de vuelta a esta horrible habitación o… o algo peor, me *quedaré* ahí. Jamás tendrás ni un momento de paz, porque yo estaré también donde estés tú, te incordiaré y te *incordiaré* y no responderé nunca a ninguna de tus preguntas. ¿Cuántas te debo ya? ¿Seis?

Aspiro una bocanada de aire, los dedos temblorosos, cuando los bordes de su piel intentan suturarse.

—Y esas son solo de una conversación de diez minutos. —Aprieto los bordes con más fuerza, los sujeto unidos, pero esta herida parece demasiado grande como para que su cuerpo pueda curarla por sí solo—. Imagina cuántas acumularé durante una eternidad de…

—No… necesito imaginarlo.

Michal tose, boquea, y yo le sonrío radiante desde lo alto entre un

mar de lágrimas cuando su cuerpo entero se estremece. Casi me tumbo sobre su pecho en un esfuerzo por cerrar la herida, como si la fuerza de mi voluntad por sí sola pudiera cambiar algo, pero a él no parece importarle.

—Célie. —Se ríe bajito y rodea mis muñecas con sus dedos para detener con suavidad mis esfuerzos. No puedo evitarlo; más lágrimas aún caen sobre mi nariz mientras nos miramos. Frunce el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Eres un *imbécil* insufrible. —Le doy un manotazo débil cuando una de esas lágrimas rueda por mi mejilla—. ¿Cómo has podido hacer algo como esto? ¿Cómo has podido ser tan *estúpido*?

—Te dije que iría a recogerte al amanecer.

Perplejo, observa el progreso de la lágrima antes de fruncir el ceño y levantar una mano para secarla. Hace una mueca por el movimiento y, juntos, bajamos la vista hacia el agujero de su pecho, que la magia de Lou no ha curado.

—¿Qué hacemos? —pregunto con voz queda.

Él sigue tumbado sobre la espalda y yo sigo inclinada sobre él, demasiado cerca y supongo que cubierta de sangre otra vez. Su cabeza cae contra el suelo de parqué con un golpe hueco.

—Necesito sangre —dice sin más.

—Oh. —Asiento a toda prisa. *Ay, Dios*—. Oh, claro.

—No tienes por qué parecer tan asustada, mascota. —Hace otra mueca mientras palpa con los dedos el sanguinolento desastre de su pecho, antes de apoyarse con esfuerzo sobre los codos—. Arielle me está esperando en la habitación de Odessa.

—¿Qué? —Me resisto al impulso de fruncir el ceño, lo ayudo a levantarse y hago caso omiso de la aguda punzada en mi estómago —. Pero… se supone que estás muerto. Se supone que *Odessa* te ha matado. ¿No es un poco peligroso meter también a Arielle en el subterfugio? Peligroso para los tres. Eh, bueno, si es que… —Abro los ojos de par en par ante la repentina posibilidad—. Odessa es parte del subterfugio, ¿verdad? Igual que Lou y Dimitri. Esto… —Hago un gesto de impotencia hacia su cuerpo—. ¿Esto era todo parte de algún brillante plan secreto en el que nadie me incluyó por razones que estás a punto de explicarme? ¿Y que preferiblemente

también devolverá a los retornados a la tumba y arreglará el velo?

Añado eso último esperanzada.

Michal se deja caer hacia atrás de nuevo, al tiempo que cierra los ojos con una carcajada estrangulada que termina con una tos.

—No. Quiero decir, sí, Odessa ayudó con el plan y coaccionó a Lou para que participara. Supongo que Dimitri intervino cuando te negaste a permanecer fuera de la vista. Pero no a todo lo demás. —Entreabre un ojo para mirarme, justo cuando unas voces agudas y sobrenaturales surgen en armonía con la música en el exterior—. Melusinas —comenta ante mi pregunta sin formular—. Da la impresión de que no todos los aldeanos van a llorar mi muerte. —Parece contrariado por la idea—. Odessa se pondrá insoportable.

Lo ayudo a levantarse de nuevo y, esta vez, pasa un brazo alrededor de mis hombros; yo envuelvo los dos míos alrededor de su cintura.

—¿Y cómo, exactamente —susurro con una mirada de reojo hacia la puerta—, planeas llegar a la habitación de Odessa sin que te vean? Este lugar está plagado de vampiros.

Señala con la barbilla hacia la galería en lo alto.

—Hay un pasadizo.

—¿Un pasadizo secreto?

Me lanza una sonrisa y, al verla, tan natural y espontánea, tan *inesperada*, mi estómago da una voltereta y cae hasta algún sitio próximo a mis rodillas.

—De hecho, elegimos esta habitación porque el pasadizo de arriba conduce a un escenario en la Ciudad Vieja, donde una docena de trovadores aguarda para pregonar mi milagroso retorno de entre los muertos.

—El sarcasmo es la forma menos elevada del ingenio, Michal.

—Pero sigue *siendo* ingenio, Célie.

Al verme fruncir el ceño, él guiña un ojo (lo *guiña* de verdad), antes de flexionar las rodillas como preparación para… ¿Para qué? Sigo la dirección de su mirada hacia la balaustrada y comprendo cuál es su intención. Michal va a *saltar* con un gran agujero abierto en el pecho y… me apresuro a flexionar también las rodillas para respaldarlo mientras saltamos del suelo en lo bajo a la barandilla en

lo alto. Aunque casi me tropiezo, sorprendida por la velocidad a la que acabo de moverme, Michal me agarra del hombro para evitar que caiga.

—Este pasadizo conecta con otra docena de ellos por todo el castillo y forman canales de transporte y rutas de escape para la familia real. Como últimos miembros de esa familia, Odessa, Dimitri y yo somos los únicos que los conocemos. —Aprieta la mandíbula del dolor—. Y ahora tú.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada—. No deberíamos haber…

—Estaré bien, Célie.

Permito que me conduzca hasta el panel central detrás de las sillas de los músicos, donde desliza los dedos por debajo de la moldura del borde y lo hace girar entero para abrirlo. Con cierto nerviosismo, me asomo a otro pasadizo oscuro y húmedo más.

—No creas que esto te absuelve de haberme excluido esta noche.

—¿Requiero absolución?

Mi cabeza vuela hacia él con incredulidad.

—Acabo de tener tu corazón en mi mano, Michal. Tu *corazón*. Peor aún, me he pasado la mayor parte de la noche pensando que estabas…

Me mira a los ojos con atención, como si buscase una respuesta a algo.

—¿Muerto?

—Sí —mascullo indignada—. *Asesinado* por una de mis únicas amigas en este maldito sitio.

Una vez más, echo un vistazo hacia la puerta. Si algún vampiro se acerca demasiado o presta demasiada atención a esta habitación, la charada entera caerá como un castillo de naipes. Sacudo la cabeza y empujo a Michal hacia el pasadizo con la mayor suavidad posible antes de cerrar el panel a nuestra espalda. Nos sumimos en una oscuridad absoluta. Aunque todavía puedo ver bastante bien, lamento la falta de luz al instante; o quizá, lamento la forma en que mis otros sentidos se aguzan en su ausencia. El olor de Michal es suficiente para embarullar mis pensamientos en un día bueno, no digamos ya cuando estamos agarrados el uno al otro en la oscuridad.

Cuando vuelve a hablar al cabo de unos segundos, su voz retumba desde al lado de mi oreja.

—Lo siento. Quería contarte lo de esta noche, pero Odessa… prefirió que no te involucráramos.

—¿Por qué?

Es lo bastante honrado para no mentir.

—Nadie te juzga por ello, Célie, pero has dejado bien claro lo poco que te gusta Requiem. Esta isla es el hogar de Odessa. —Una pausa —. *Mi* hogar. En resumen, Odessa no te involucró porque no necesitabas estar involucrada, y yo respeté su decisión porque he pasado la mayor parte de la noche muerto en el suelo. Para que el plan fuese un éxito, Odessa necesitaba confiar en él, y en su capacidad para tomar estas decisiones sin mí.

—Entonces, ¿ahora… qué? ¿Se va a limitar a fingir que es la reina hasta que los dos decidáis otra cosa? —Pero continúo antes de que pueda responder—. ¿*Por qué* decidisteis hacer esto? ¿Tiene algo que ver con los retornados?

Con una leve presión sobre mis hombros, Michal trata de echar a andar por el pasadizo, pero me niego a moverme y lo obligo a quedarse aquí hasta que responda a las preguntas.

—Odessa no necesita fingir —dice tras un suspiro—. Ella *es* la reina. Puede que nuestra actuación de esta noche no haya sido real, pero la transferencia de poder sí lo fue. Cedí la corona cuando organicé mi ejecución pública. A todos los efectos, *estoy* muerto.

Espero a que continúe. A que lo explique. Cuando no lo hace, lo miro ceñuda, pero fruncir el ceño no es una baza eficaz.

—Aun así, debisteis contármelo —digo al final.

—¿Igual que tú me lo has contado todo? —Retrocedo ante eso y él parece arrepentirse al instante de la pregunta. Sacude la cabeza y se desenreda de mis brazos. Se tambalea un poco sobre los pies, luego me lanza una mirada de disculpa—. Deberíamos ponernos en marcha —dice—. Cuanto antes me alimente, antes podremos partir. He concertado una reunión con una bruja en el otro extremo de la isla poco después del amanecer. Es muy vieja, muy privada, pero es posible que sepa cómo matar a un retornado.

—¿Una bruja del otro extremo de la isla? —repito con una vocecilla

débil—. Ni siquiera puedes *andar*, Michal. Y aunque Arielle *consiga* ayudarte, ¿cómo pretendes ir paseando hasta el otro lado de la isla sin que nadie te vea? Se supone que estás muerto.

—No me verá nadie.

—¡Eso no puedes saberlo!

—Conozco esta isla mejor que nadie, Célie. Conozco sus trucos, sus trampas, sus secretos, y también conozco mis sentidos. Son más afilados que los de los otros vampiros porque mi cuerpo es más viejo y fuerte. Odessa es la única criatura en Requiem que podría seguir mi rastro y, por suerte para todos nosotros, tiene cosas mejores que hacer. —Su mandíbula se aprieta lo suficiente como para crujir—. ¿Satisfecha ya? ¿Podemos irnos?

Corro a sujetarlo del codo cuando empieza a andar de nuevo y cambio de estrategia en un instante.

—Sí, vale, *perfecto*, eres muy poderoso. Te buscaré una medalla. Pero ¿estás seguro de que Arielle podrá ayudarte?

—No tienes por qué unirte a nosotros si te sientes incómoda, Célie. Puedes esperar en el pasadizo.

Ya estoy negando con la cabeza antes de que termine la frase siquiera. Porque por supuesto que no puedo limitarme a dejarlo con Arielle cuando tiene una herida tan grave. Casi murió; de hecho, creí que lo había hecho… y… y…

—¿Su sangre es lo bastante potente para curarte?

Michal mantiene los ojos fijos con atención en el camino que tiene por delante.

—*Es* una licántropa.

—Sí —espeto—, pero esta no es una herida cualquiera, ¿no crees? Todavía puedo ver tu corazón entre tus costillas. Dadas las circunstancias, ¿no será más adecuado beber algo más fuerte? Tú…

Michal se detiene en seco. Al notar el cambio en él, suelto su brazo sin decir ni una palabra más, y un violento aleteo brota en mi estómago cuando todo el peso de su mirada se posa en mí.

—Habla con claridad, Célie. ¿Qué estás sugiriendo?

Mierda.

—Yo, eh… —Muerta de miedo, miro a mi alrededor en busca de una respuesta, pero no parece que haya nada en este lúgubre

pasadizo que pueda rescatarme—. Solo estoy *sugiriendo* que podrías curarte más deprisa, mejor, si bebieras de alguien más poderoso.

—Te refieres a un vampiro.

—Es po… posible.

—¿De cuál? —Cuando no respondo, oscila de nuevo y tiene que plantar una mano contra el murete bajo a su lado. Todo su cuerpo se comba del esfuerzo—. ¿De qué vampiro, Célie? Nómbralo y está hecho.

Durante un segundo beligerante, casi suelto un nombre, cualquier nombre, solo para fastidiarlo, como respuesta a la provocación que veo en sus ojos. Sin embargo, igual de deprisa, lo imagino *alimentándose* de verdad de esa persona desconocida y la ira abrasa mi pecho e incinera esa posibilidad. Y así sin más, la cosa no tiene remedio. Michal no puede alimentarse de Arielle ni de nadie más.

—De mí —digo con la voz un poco forzada, y levanto la barbilla antes de hacer lo sensato y huir—. Vas a beber de mí. Así que quítate la camisa.

CAPÍTULO 20

Compartir sangre

Michal me mira con recelo durante unos segundos, como si fuese un animal extraño y peligroso que podría transformarse en cualquier momento.

La verdad es que me gusta.

—¿Nos sentamos? —Señalo al suelo duro y me deleito en la punzada de dolor que se refleja en su cara cuando por fin asiente y se desliza por la pared. Ese rencor se diluye, como es obvio, cuando me dispongo a pasar por encima de él y veo su pecho de nuevo. Se me corta la respiración—. ¿Por qué lo hicisteis? —le pregunto otra vez—. No me has respondido.

Michal afloja el pañuelo de su cuello.

—Mis prioridades han cambiado.

—¿Y eso significa…?

—Célie —me ruega.

—Vale —me apresuro a decir. *Más tarde*—. ¿Debería simplemente…? —Señalo su regazo. Me niego a sentirme incómoda, incluso cuando la risa de Dimitri reverbera en mis oídos. *Los vampiros no comparten sangre con otros vampiros más que en situaciones muy íntimas. Sexo, Célie. Me refiero al sexo*.

Pero nada de eso importa ahora. Michal está *herido* y, además, nada fundamental cambió entre nosotros después de que bebiera de él en Cesarine. Ahora, puedo devolverle el favor. Ahora yo también puedo ayudarlo a él.

—¿Debería sentarme contigo? —Asiente de nuevo, deja caer la cabeza con fuerza contra la pared y cierra los ojos. Cualquier triunfo que hubiese podido sentir al provocarme parece haber cedido al agotamiento—. Tu camisa —le recuerdo—. Deberíamos echar un vistazo mejor a tu pecho.

—No puedo quitármela por encima de la cabeza.

—Lo haré yo.

Tratando de no hacerle daño, me siento en sus piernas con la mayor suavidad posible, pendiente de no rozar su pecho con mi hombro. Con movimientos lentos y cuidadosos, primero deslizo la sobreveste de cuero desde sus hombros, la bajo por sus brazos, y luego levanto su camisa por su cuerpo y por encima de su cabeza para dejar al descubierto la herida de debajo. Parece mucho más sorprendente sin ropa para ocultarla. Mucho más espeluznante.

—¿Hay algún punto en particular donde la sangre sepa mejor?

Con una respiración entrecortada, Michal separa más las rodillas y mi trasero queda acunado por sus muslos. Trago saliva con esfuerzo mientras la holgada falda de mi vestido flota a nuestro alrededor.

—Cualquier sitio —dice con voz débil. Aunque no abre los ojos, pasa un brazo por encima de mis piernas, mientras que su otra mano va a posarse con delicadeza sobre la zona de mis riñones.

Cualquier sitio.

De pronto me resulta imposible tragar. Mi garganta se comprime hasta ser del tamaño de una aguja y, como si percibiese mis nervios irracionales, él empieza a trazar círculos lentos y tranquilizadores con la mano sobre mi espalda.

—Este vestido es precioso —murmura—. Deberías llevarlo siempre.

—Yo… —Lo miro pasmada, distraída por un momento, y me pregunto si su trasplante de corazón también ha trasplantado su personalidad. Entonces recuerdo mis modales, mientras bajo la vista hacia la voluminosa falda violeta—. Gracias. Creo que este lo hizo Romi bajo la supervisión de *monsieur* Marc. ¿Estaría bien que usáramos mi… eh…? —Sacudo la cabeza deprisa para despejarla—. Lo que quiero decir es… ¿Encuentras que mi muñeca es…? —*Aceptable*, grita mi mente. *¿Encuentras que mi muñeca es aceptable?* Pero la distancia entre mi cerebro y mi boca resulta demasiado grande de recorrer y me trastabillo con las palabras.

Michal abre los ojos una rendija.

—Encuentro que tu muñeca es perfecta.

Ay, Dios. Estamos sentados demasiado cerca como para que él me mire de este modo, pero no se me ocurre cómo moverme sin

empeorar aún más la situación. En verdad, su cuerpo parece llenar todo el pasadizo, todo piernas largas y hombros anchos y *sangre*… Hasta que su olor lo supera todo. Hasta que mi cabeza da vueltas, embriagada por ella. *Debería aguantar la respiración*. Sí, debería aguantar la respiración y apartar la mirada, debería ofrecer mi muñeca sin más conversación, pero mi boca decide hablar justo *ahora*.

—O… o podrías beber de mi cuello, si prefieres.

Su mano se detiene sobre mi espalda.

—¿Tú preferirías eso?

—Solo lo decía… por si ayudaba.

—Célie. —Pronuncia mi nombre con suavidad, con tanta suavidad que debo inclinarme hacia él para oírlo. Luego retira el pelo de mi cuello con una ternura infinita—. Aunque aprecio tu oferta, hay… cosas que deberías saber antes de que hagamos esto.

La forma en que baja la voz en la palabra «cosas» parece extrañamente significativa.

—¿Son más tonterías acerca de lo de compartir sangre?

—No son tonterías.

—Por supuesto que lo son. —Parpadeo en su dirección con ansiedad, estudio los planos de su precioso rostro ahora ceniciento; su color ha empeorado y su boca se aprieta del dolor. Necesita alimentarse, y necesita hacerlo pronto. No obstante, cuando hago ademán de girarme en su regazo y poner una pierna a cada lado de su cintura para facilitarle el acceso a mi cuello, sus manos se deslizan a mis caderas para detener mi movimiento—. Comprendo las implicaciones de la intimidad, pero no es como si *de verdad* fuésemos a tener… —Mi garganta se cierra en torno al resto de la frase y me giro hacia él a toda velocidad al ver su expresión tensa—. Creía que habías dicho que los vampiros comparten su sangre todo el tiempo.

—No todo el tiempo, pero pueden hacerlo, sí. Lo *hacen*.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema. Es solo que… cuando dos vampiros comparten su sangre, ca… cambian. Cambian, Célie —termina en voz baja.

—Michal. —Aunque me contoneo para soltarme de su agarre, cada vez más asustada por el brillo vidrioso de sus ojos, sus manos permanecen como esposas a mi alrededor—. Suéltame. —Con voz firme, planto las manos a ambos lados de su mandíbula y lo obligo a mirarme—. Si no te alimentas pronto, vas a morir. A morir *de verdad*, esta vez.

—No voy a morir.

—¡Eso no lo sabes! No, *escúchame*. —Con cuidado de no moverlo demasiado, agarro sus muñecas, las suelto de mis caderas y atrapo sus manos contra mi pecho cuando por fin consigo girarme—. ¿Sufriré algún daño si compartimos nuestra sangre? —pregunto, la nariz casi pegada a la suya.

—No —responde en un susurro.

—¿Sufrirás algún daño *tú*? —El más leve gesto negativo con la cabeza y, por fin, su cuerpo se rinde. Cae contra la pared una vez más—. Entonces, vamos a hacerlo. Ahora cállate y toma mi sangre. —Y sin una palabra más, suelto sus manos, deslizo las mías detrás de su cabeza y la levanto hacia el hueco de mi hombro. Luego, lo obligo a pegar la boca a mi piel.

Michal espira una vez, un aire fresco y delicioso que envía un escalofrío por toda mi columna.

Entonces, separa los labios y sus dientes perforan mi piel.

Al instante, reprimo el impulso de gemir. Una especie de placer lánguido ondula hacia fuera desde la aguda y dolorosa presión de su boca, y cuando ajusta su agarre para morder más profundo, más fuerte, su lengua fría contra mi piel, echo la cabeza atrás. Me deleito en la sensación. Olvido que soy Célie y él es Michal, y murmuro su nombre.

Él cierra los puños al oír ese sonido.

En cualquier caso, los mantiene pegados a sus costados. Tiene sumo cuidado de no tocarme en absoluto, su cuerpo quieto como una estatua, con un control férreo… Pero yo nunca he tenido su fuerza de voluntad. Mi boca se abre con una respiración brusca ante la inexorable succión de sus dientes, su *lengua*, y no puedo evitarlo: quiero tocarlo ahora. Quiero hacer *más* que tocarlo. Peor aún, quiero que él también me toque, que me toque de verdad. De repente,

podría morir si no lo hiciera.

Mi vestido.

El pensamiento surge deprisa, de un modo imperativo, porque toda esa seda violeta se interpone entre nosotros. Me levanto la falda a toda prisa para liberar mis piernas, antes de instalarme contra él, piel con piel, mis rodillas desnudas cerradas en torno a sus caderas.

—Michal —digo de nuevo, y él se estremece un poco ante la súplica en mi voz. Mi cuerpo entero se tensa con él. Porque nunca había sentido a Michal estremecerse antes de ahora. Con ese pensamiento, me invade una embriagadora sensación de poder. Agarro sus manos, las llevo a mis caderas y las deslizo hacia arriba por mi cintura. Suelto una exclamación ahogada al sentir la fuerza de esos dedos—. Tócame. Por favor, Michal, tienes que tocarme.

Más allá del rugido de mi sangre, una parte lejana de mí se escabulle al oír mis palabras, al sentir el contoneo casi frenético de mis caderas. *Demasiado. Demasiado pronto*. Pero lo quiero. Oh, cómo lo *quiero* y, cuando me acerco más, nuestras manos se deslizan hacia arriba por mi cintura, las yemas de sus dedos rozan la curva de mi pecho. Y todos los pensamientos se esfuman de mi cabeza.

—Célie. —Separa la boca de mi cuello con un sonido afligido, y sus ojos se posan de inmediato en nuestras manos sobre mi cuerpo. Aunque la herida de su pecho se ha cerrado, Michal no parece darse cuenta. Mantiene la vista fija en sus dedos, como si estuviese en un trance, y los abre despacio, explora la curva de mi cintura, antes de que su pulgar solo roce la punta de ese pecho. Suelto una exclamación. Mis piernas dan una sacudida. Un deseo casi violento surge en sus ojos, que brillan con demasiada intensidad en la oscuridad—. No deberíamos hacer esto.

—¿Por qué no? —pregunto sin aliento.

—Porque creías que me había muerto. —Pronuncia las palabras en silencio, como si tratase de convencerse a sí mismo en vez de a mí. A pesar de que tiro de sus manos, desesperada por moverlas hacia arriba… o quizá por moverlas hacia abajo, abajo, *abajo* para aliviar la tensión creciente entre mis piernas… permanecen tozudas sobre mi

cintura. Me sujetan a cierta distancia de él, aun cuando me esfuerzo por acercarme más. Michal aprieta los dientes—. Porque me odias, ¿recuerdas? Porque jamás tuve la intención de seducirte en este mugriento pasadizo.

Casi sollozo de la frustración.

—¿Y si fuese *yo* la que tiene intención de seducirte *a ti?*

Deposita un beso suave sobre mi cuello antes de limpiar los últimos restos de mi sangre. Su mordisco ya se ha cerrado y, por alguna razón intolerable, siento confusión al percatarme de que este momento ha llegado por fin y ahora se está yendo, yendo, casi se ha *terminado* ya, escapa como agua entre las yemas de mis dedos. Y no puedo hacer nada por retenerlo.

—Mañana —me promete en voz baja—. Hablaremos mañana.

Esa confusión bulle con un calor inexplicable ante su respuesta, porque ¿por qué no *ahora*? No entiendo ese extraño brillo en sus ojos, este anhelo profundo e insondable entre nosotros. Este no es un simple flirteo. A veces, como ahora mismo, incluso parece que… me *desea*.

Los hombres nunca me ven de ese modo. Ansían tenerme, sí, pero de un modo diferente a como ansían tener a mujeres como Lou y Coco. Reid y Jean Luc me colocaron sobre un pedestal para admirarme y, en cierta medida, lo mismo hicieron los seres de Les Abysses. Igual que Léandre. Sus gustos pueden tener tendencias más oscuras, más depravadas (quiere romper mi piel de porcelana en lugar de pulirla), pero a menudo parecen dos lados de la misma moneda cuando los hombres me miran.

Nadie me ha mirado nunca del modo que me mira Michal.

Aparto ese pensamiento a un lado, agitada, antes de ponerme de pie con rigidez. Porque está claro que él tampoco me desea ahora. Está claro que todo esto ha sido un error terrible y he vuelto a cruzar alguna línea invisible. Yo… debería haberme limitado a curarlo sin complicarlo todo… A fin de cuentas, él sufría una herida grave, pero da la impresión de que siempre digo las cosas equivocadas en su presencia. Da la impresión de que siempre *hago* las cosas equivocadas. Y *duele*.

—¿Te has planteado en algún momento —musito—, que quizá no

quiera seducirte mañana?

Hace una pausa a medio camino de ponerse la camisa, el pecho entero e inmaculado otra vez. Cada línea de su cuerpo larga y dura y perfecta, desde sus anchos hombros hasta su estrecha cintura. Espero que me aplaque, o quizá que me lo discuta. Espero que se defienda. En lugar de eso, suelta una risita suave ante lo que ve en mi cara, y el sonido congela el calor de mi tripa hasta convertirlo en hielo.

—No —admite sin reparos—. Es probable que no quieras.

Levanto una mano, arrepentida al instante de mis palabras.

—Michal…

—No pasa nada. —Se aparta de mí y termina de pasar la camisa por encima de su cabeza antes de hacer un gesto con la barbilla hacia el otro extremo del pasadizo—. Viene alguien.

Aunque me pongo tensa, alarmada, él no parece preocupado de que estén a punto de descubrirnos y, al segundo siguiente, me queda claro por qué. Un olor dulce a canela y vainilla emana del pasadizo húmedo justo antes de que Lou en persona doble la esquina. Cinco luces chisporroteantes iluminan las puntas de sus dedos y proyectan un resplandor suave sobre su rostro claramente disgustado.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —pregunta con suspicacia.

—Nada —dice Michal, escueto.

Lou parece darse cuenta de que ha interrumpido algo, porque lanza una mirada significativa de la camisa sin remeter de Michal a su abrigo arrugado en el suelo.

—No *parece* nada.

—¿Dónde está mi madre? —Agarro su mano libre y la arrastro hacia mí con un alivio terrible. Luego inspecciono cada centímetro de su cuerpo, al parecer intacto. No obstante, vuelve a apoyarse en mí para que soporte su peso y casi se desploma en mis brazos—. ¿Está bien? ¿Estás bien *tú*? —Sigo hablando antes de que pueda responder—. Pareces aún más pálida que antes. ¿Cómo nos has encontrado? ¿Qué hora es?

—Pronto amanecerá. —Envía las lucecitas por encima de nuestras cabezas, donde continúan titilando con una luz tenue y proyectan

sombras extrañas sobre nuestros rostros—. Y las dos estamos bien. Aunque por «bien» me refiero a histéricas, al menos en el caso de tu madre. Me permitió arrojar un hechizo protector sobre nuestra habitación, pero me hizo falta otra hora entera para convencerla de que bebiese la misma pócima que te di a ti en Cesarine. Por suerte, eso la dejó inconsciente. —Entonces le lanza una mirada a Michal—. En cualquier caso, deberías saber que *madame* Tremblay no está para nada contenta con Requiem ahora mismo, y no puedo decir que yo esté demasiado entusiasmada tampoco.

Michal se encoge de hombros bajo su sobreveste de cuero.

—Imagina nuestra desilusión.

Frunzo el ceño ante su comentario.

—Podrías darle las gracias a Lou, ¿sabes? Su magia te salvó la vida.

—Mi vida no fue nunca la que estaba en peligro.

—¿Qué significa *eso*?

—Nada. —Hace una reverencia escueta y, con un esfuerzo supremo, parte del hielo parece fundirse en su cara—. Tienes razón. Por supuesto, tienes razón. Gracias, Louise, por ayudarnos a dar este golpe de estado esta noche. Odessa y yo no habríamos podido hacerlo sin ti.

Si es posible, Lou parece aún más suspicaz ahora que antes. Sus ojos saltan de uno a otro de nosotros.

—De nada. Claro que no es que Odessa me dejase mucha opción. Las cosas no debían salir como han salido —añade en mi dirección, antes de desenredarse a regañadientes de mí y acercarse a Michal para inspeccionar su pecho. Él se pone tenso, pero soporta sus atenciones en un silencio estoico—. Se suponía que Pasha e Ivan debían colarnos en la sala durante la procesión de Odessa para curar a Michal, porque hay otro pasadizo secreto cerca del ala este, pero es obvio que eso no salió como estaba previsto. —Lanza una mirada pesarosa en mi dirección—. En cuanto oímos el alarido del retornado, supe que todo estaba a punto de irse a la mierda, y de un modo completo y absoluto. Otro añadido a un plan bastante inesperado e indeseado.

—No te equivocas —dice Michal.

—En cualquier caso —continúa Lou, como si él no hubiese hablado —, Odessa pensó que si te contábamos algo de… —dice, y agita una mano en dirección al pecho de Michal— todo esto, no habrías estado de acuerdo nunca.

—Y hubiese acertado —digo indignada—. Todo ha acabado *completamente* fuera de control. Incluso sin el retornado, ¿cómo podía nadie pensar que este era un buen plan? ¿Cuándo *demonios* funciona lo de fingir la muerte de uno?

Michal vuelve a atarse la corbata con dedos hábiles.

—¿Esa es una pregunta retórica, o quieres una respuesta?

Lo miro con los ojos entornados.

—Ahora que lo mencionas, creo que sí que *querría* una respuesta.

—Muy bien. —Encoge un hombro, impertérrito—. Esta vez funciona. Todo Requiem cree que Odessa ha derrocado a un rey corrupto e inconstante. La isla está renovada, unida bajo su liderazgo, lo cual le permite hacer lo necesario para protegerla. Los vampiros confían en ella. Creen en ella. También creen que estoy muerto, lo cual también me permite *a mí* hacer lo necesario.

—¿Lo cual es…? —pregunto a toda velocidad.

Se limita a sonreír en respuesta. Una sonrisa taimada y afilada como un cuchillo.

Lou niega con la cabeza como si estuviese de lo más exasperada con nosotros, o quizá con la especie entera. Después, suspira y extiende las yemas de los dedos contra el pecho de Michal para inspeccionar algo que no podemos ver.

—En efecto, esta noche ha sido una cagada, pero parece que averiguaste cómo curar a Michal por tu cuenta.

—Su cuerpo no se desecó. —Ignoró la mirada inquisitiva de Michal —. Y brotaron flores alrededor de él en el reino de los espíritus. Brezo, creo.

Lou frunce los labios.

—Las *Dames rouges* a menudo utilizan ramitos de brezo en encantamientos protectores. Se dice que dan suerte. —Retira la mano con un asentimiento de aprobación. Después le da un golpecito a la camisa rota de Michal, que se arregla al instante con un pequeño estallido de magia. La sangre desaparece de nuestra

ropa, pero un hilillo de sangre fresca brota por la nariz de Lou. Se la limpia a toda prisa, pero una punzada de culpa nueva se cuela en mi estómago al verla. *Lou no puede estar cerca del remolino*—. No soy para nada una curandera, pero a mí me parece que todo está bien. ¿Tú te sientes bien? —le pregunta a Michal, que asiente—. Excelente. —Lou aplaude con una satisfacción sombría—. Entonces, me iré. Envié a Talon por delante para que le explicase todo a Reid, y Odessa nos ha conseguido a Satine y a mí un pasaje para regresar a Cesarine al amanecer; así hay menos probabilidades de toparnos con personajes desagradables. —Le hace una mueca a Michal, que vuelve a parecer el aristócrata perfecto después de cerrar los botones de su abrigo—. Los vampiros *sí* que prefieren dormir durante el día, ¿verdad?

Cuando asiente, la miro pasmada, afectada de un modo inexplicable, aunque… es obvio que debe marcharse. Cuanta más distancia ponga entre ella y la gruta, entre ella y este portal, esta entrada antinatural a lo que sea que aguarde *más allá* del reino de los espíritus, mejor.

Con una sonrisa desolada, Lou me aprieta las manos, y Michal nos da la espalda con tacto para proporcionarnos una ilusión de privacidad.

—Hablé con el padre Achille antes de partir —me dice en voz baja —. Después de que nos encarguemos de los retornados, podría estar abierto a una reconciliación con Requiem, pero, hasta entonces, Reid evitará que Jean Luc cometa alguna estupidez. Coco ya ha convocado un consejo de *Dames rouges* y *Dames blanches* de confianza en Chateau le Blanc. Si todo sale como está previsto, se aliarán con los *chasseurs* para vigilar los cementerios de todo el reino; juntos, con un poco de suerte, seremos capaces de contener a cualquier retornado nuevo. Beau también está estableciendo un toque de queda para mantener las calles lo más vacías posible para las patrullas.

Miro de reojo a Michal, que todavía finge ignorarnos.

—Investigaremos también a los retornados. *Alguien* en esta isla debe de saber más acerca de ellos; en concreto, cómo desterrarlos.

Lou asiente deprisa.

—Peinaremos también las bibliotecas de Chateau le Blanc, pero Célie… —Retuerce mis manos con expresión solemne—. Nada de esto importará si no cerramos el velo, y *tú* eres la única que puede hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

Trago saliva con dificultad y le aprieto las manos más fuerte aún.

—Sí.

—Por supuesto que lo sabes. Bien. —Asiente de nuevo, luego otra vez. Respira hondo, pero sus dedos todavía se niegan a relajarse alrededor de los míos—. Bien. Eso nos deja solo un pequeño e insignificante problemilla por delante antes de partir. —Si es posible, mi alma cae aún más abajo al oír la aprensión en su voz. Cualquier cosa que haga a *Lou* sentir aprensión debe ser muy desagradable—. Es, eh… tu madre —declara, y mis peores temores se confirman—. Se niega a marcharse sin ti, y nada de lo que he dicho ha conseguido hacerla cambiar de opinión.

CAPÍTULO 21

Despedida

El rubor trepa bien alto por los prominentes pómulos de mi madre, que nos mira con ojos asesinos y los labios fruncidos en una línea severa.

—De ninguna manera —espeta—. No me marcharé sin ella.

Michal, Pasha, Ivan, Lou y yo la miramos con impotencia. O quizá Lou y yo lo hacemos. Michal espera detrás de nosotras con una máscara de calma plantada en la cara, mientras que Pasha e Ivan han adoptado expresiones un poquito más amenazadoras. Aunque tampoco es que a mi madre le importe. Se niega a reconocer la presencia de ninguno de los dos. En lugar de eso, se alza alta, orgullosa y *furiosa* al pie de la gran escalinata de mi habitación. Ellos esperan detrás de ella como dos sombras enormes.

Resulta que Odessa les pidió que se quedaran con mi madre durante las *festividades* de esta noche, y ella no se alegró nada cuando corrieron en ayuda de su nueva reina. Los dos hombres regresaron con el rabo entre las piernas, poco antes de que Lou viniera a nuestro encuentro. Nos contó toda la historia mientras recorríamos los túneles de camino al ala este.

—Creo que están medio enamorados de Odessa, un hecho que a tu madre no se le ha pasado por alto —añadió con una sonrisa taimada—. Deberías haberla oído antes de que la convenciera para beber la pócima somnífera. —En ese momento de la historia, Lou imitó la voz cortante y seria de Satine Tremblay—: *Monsieur* Sokolov, ¿no comprendes que *jamás* te considerará una pareja adecuada con el pelo más largo que ella? Y *monsieur* Volkov, deja de mirarme *ceñudo* o me veré obligada a revelarle a la joven dama tu temperamento inapropiado.

Sea como sea, mi madre es la que muestra el temperamento

inapropiado ahora. Se ha negado a permitir que Michal, Lou y yo terminásemos de bajar las escaleras siquiera antes de cargar hacia nosotros, empeñada en hacer pública su opinión.

—No pienso tolerarlo —repite de nuevo—. Requiem no es sitio para nadie de buena reputación y, aunque puedo dar órdenes solo a mi hija, os recomiendo encarecidamente a *todos* vosotros que os reunáis con nosotras en ese barco y abandonéis esta isla miserable.

Me resisto al impulso de gemir.

—Ya te lo he *dicho, maman*. No puedo marcharme hasta que hayamos lidiado con los retornados. —*Y con el velo*, añado en silencio. *Y con Filippa. Y tal vez con la Muerte misma*.

Planta las manos en sus caderas y, de alguna manera, consigue mirarme por encima del hombro aun cuando está tres escalones más abajo que yo.

—Entonces, yo tampoco puedo.

—Pero este lugar no es *seguro* para ti.

—No veo cómo es más seguro para ti. Eres mi hija y no te abandonaré en este lugar.

Maldigo para mis adentros su recién descubierto instinto maternal, antes de bajar otro escalón y casi tropezar con Toulouse, que por fin ha conseguido subir las escaleras. Me agacho para agarrar al gatito y acariciar su cabeza con furia, solo para tener algo que hacer con las manos. En circunstancias diferentes, podría haberme sentido, bueno, *conmovida* por la reticencia de mi madre a marcharse. Tal vez todavía me sienta así, aunque solo un poco.

—Está claro que no has entendido lo que ha pasado aquí esta noche.

—Oh, lo entiendo muy bien. Este —comienza, y señala a Michal con un dedo acusador— ha fingido su muerte para ceder toda la responsabilidad a su prima, lo cual os deja a los dos libres para retozar por toda la isla y hacer *Dios sabe qué* mientras el resto de nosotros fingimos que te tienen encerrada bajo llave. Y he de reconocer —continúa, levantando la voz cuando abro la boca para discutírselo— que no comprendo el propósito de esto último. Como dudo mucho que vayáis a *revelarme* ese propósito, debo asumir que los vampiros todavía te necesitan por alguna razón, pero debo hacer

hincapié, con gran énfasis, en que esta no es una razón para quedarse. No les debes nada a estas repugnantes criaturas, Célie.

Estas repugnantes criaturas. Se me comprime el pecho al oírlo. Mi madre sigue hablando como si yo no fuese una de ellos, pero ¿qué *espera* si vuelvo a Cesarine? ¿Que me limite a volver a mi habitación de niña hasta que un joven agradable (rico y con título, por supuesto) se apiade de mí? ¿Que me corteje durante un mes o dos antes de declararse, que nos casemos en primavera, que criemos a nuestros preciosos bebés de pelo oscuro en la misma calle de nuestra casa? La idea es absurda, irrisoria, y si mi incidente con Jean Luc es indicativo de algo, acabaré por comérmelos a todos, a mi marido sin rostro, a mis hijos *y* a mis padres.

Así que me yergo en toda mi altura, como ella me enseñó a hacer, y digo la verdad.

—No tengo ninguna razón para volver.

Mi madre entorna los ojos.

—Entonces, deja que me repita: yo tampoco. —Con la voz cortante, hace hincapié en cada palabra antes de volver su mirada decidida hacia Lou—. Si pretendes que regrese a Cesarine sin mi hija, espero que tengas encima una remesa entera de ese somnífero asqueroso. Incluso con él, tendrás que dejarme inconsciente y verterlo por mi garganta para mantenerme a bordo de ese barco. Si no lo haces, me limitaré a saltar al mar y nadar de vuelta a esta odiosa roca.

—Siempre existen las cuerdas —sugiere Pasha con deleite.

Mi madre se gira para mirarlo y hace una mueca al ver su pelo alborotado por el viento de un modo bastante glorioso. Él retrae el labio en una mueca porque lo sabe.

—Joven, me hicieron falta semanas de investigación para encontrar a mi hija; antes de eso, necesité varias semanas más para tener siquiera una pista de su paradero. Hará falta una cuerda muy fuerte para evitar que la encuentre otra vez. —Nos fulmina con la mirada a Toulouse y a mí, como si nosotros también la hubiésemos ofendido de alguna manera. Luego se lleva una mano a la boca para amortiguar una tos en lugar de un estornudo—. Y si es verdad que la magia se ha roto, supongo que los hechizos protectores que

rodean esta isla tampoco deben de estar en muy buen estado. No debería costarme mucho volver. El capitán del puerto me debe un favor; encontré una pareja bastante buena para su hijo la temporada pasada, y los recién casados están esperando a su primogénito cualquier día ya. Louis está impaciente por ser abuelo.

Me tenso de manera inexplicable al oír eso. Recuerdo al hijo de Louis, por supuesto, pero ahora está casado. *Ahora está esperando un bebé*. Sin embargo, en lugar de analizar mi reacción, deposito un beso en la naricilla de Toulouse.

—Por favor, dele la enhorabuena de nuestra parte —dice Michal con elegancia en el desagradable silencio que sigue a las palabras de mi madre, pero antes de que esta pueda responder, o más bien antes de que pueda gruñirle a Michal, Dimitri entra por la puerta con expresión preocupada.

—¿Qué es eso que he oído de que te vas? —Pasa directo por delante de Michal y me da un fuerte abrazo, con cuidado de no aplastar a Toulouse. Michal suelta un gran suspiro—. Le *dije* a Odessa que deberíamos haberte incluido en nuestra pequeña farsa, pero en serio, Célie, tenemos todo controlado. No tienes por qué marcharte a menos que de verdad…

Lo aparto de mí, aún ofendida por que me excluyeran.

—No voy a ninguna parte, Dimitri. Las que se van son Lou y mi madre.

Mi madre se yergue indignada mientras Lou se encoge ante la inminente explosión.

—*No* pienso marcharme.

—Bueno, por supuesto que no. —Dimitri frunce el ceño como si hubiese sugerido algo ridículo, luego baja los últimos peldaños y agarra las manos de mi madre para deslizar los labios por sus nudillos. A mi madre casi se le salen los ojos de las órbitas ante semejante impropiedad. Después tose de nuevo. *Debe de picarle la garganta*—. Ya te he dicho que Odessa lo tiene todo organizado. Siente no estar aquí para explicarlo en persona, pero creía que era mejor empezar a tratar nuestro problemilla con los retornados. En estos momentos, está reunida con un consejo de brujas en busca de soluciones. —Da una palmada—. En cualquier caso, un centinela

está esperando para escoltar a Lou hasta el puerto, y Pasha e Ivan permanecerán aquí para vigilar esta habitación… Tú estarás en ella, por supuesto —me dice con un guiño, antes de volverse hacia mi madre—. Si usted quiere quedarse, *madame* Tremblay, su presencia solo le dará credibilidad a la farsa. Se *supone* que vamos a encarcelar a su hija, y nuestros cortesanos podrían sospechar si esta habitación se queda demasiado callada y tranquila. —Arquea entonces una ceja en dirección a Lou—. Supongo que el escudo que arrojaste sobre ella desaparecerá con tu partida, ¿no es así?

Lou asiente cansada, al tiempo que se agacha para acariciar la cabeza de otro gatito.

—Apenas soy capaz de mantenerlo en pie ahora. Aunque al menos mi nariz ha dejado de sangrar. —Nuestros ojos se cruzan; el miedo brilla fuerte y claro en los suyos por primera vez desde la sesión de espiritismo.

No sabe lo que ocurrirá si el velo permanece abierto. A ella. A las otras brujas.

—Un hábito peligroso, ese —admite Dimitri con sabiduría—. En especial en una isla de vampiros. Pero ¿tú qué opinas, Célie? ¿Se quedará tu madre con nosotros un poco más?

Sin pretenderlo, me giro hacia Michal, que no da ninguna indicación de su opinión en un sentido u otro. De hecho, pone gran cuidado en mantener sus ojos negros neutrales, como si estuviese decidido a no tomar la decisión por mí. Lo miro con cara de pocos amigos. *Muy bien*. Vuelvo a girarme hacia los otros y hablo con los dientes apretados.

—*Supongo* que no pasará nada si Pasha e Ivan vigilan la puerta; si la vigilan *de verdad,* esta vez —añado con los ojos entornados en su dirección—. Y siempre que tú permanezcas dentro de la habitación, *maman*.

—No pienso quedarme dentro de esta habitación.

Exasperada, casi levanto las manos por los aires.

—¡Muy bien pues! ¿Puede alguien ir en busca de algo de cuerda?

Mi madre bufa con desdén, aparta la mirada y cruza los brazos con fuerza contra su pecho.

—Qué *grosera* e insensible te has vuelto, hija. Aunque supongo

que no puedo culparte, dada la espantosa compañía de la que te rodeas…

—¿Hemos terminado? —En voz baja, Michal se dirige a la habitación entera con una impaciencia apenas velada—. Si es así, Célie y yo debemos irnos. El sol va a salir pronto y tenemos cosas que hacer al otro lado de la isla.

—Iré a buscar mi abrigo —dice mi madre sin moverse.

—*¡Maman!* —Preparada para *retorcer* su obstinado pescuezo, devuelvo a Toulouse al suelo con sus hermanos, donde corretean por encima de las botas de Ivan e ignoran su expresión feroz de desagrado—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Tú *no vas a venir…*

—*Madame* —me interrumpe Dimitri, al tiempo que vuelve a tomar las manos de mi madre y hace una reverencia profunda—. Entiendo muy bien su reticencia a separarse de su hija. Después de todo, es su madre, y un modelo de virtud, dicho sea de paso. Por supuesto que quiere quedarse con ella y protegerla donde mi primo ha fracasado. —Una advertencia retumba en el pecho de Michal, indiscernible para los humanos de la habitación. Los labios de Dimitri amagan con sonreír—. Permítame que le asegure, en cualquier caso, que no correrá ningún peligro real. La bruja a la que buscan es amiga de nuestra familia y, además, podría poseer los conocimientos que necesitamos para debilitar a los retornados. No le hará daño a Célie, y si lo intenta… —Se endereza con ese brillo demoníaco en la mirada, mientras hace un esfuerzo por mantenerse serio—. Juro que *tanto* la bruja *como* mi primo tendrán que enfrentarse a mí. Yo protegeré a su hija, *madame*. No tema.

Con el ceño fruncido, mi madre estudia a Dimitri con atención durante varios segundos antes de sorber por la nariz en señal de aprobación.

—Eso es porque *tú* eres un caballero. —Sus labios se fruncen cuando se gira hacia mí—. Te presentarás ante este joven en el mismo momento en que vuelvas. ¿Entendido? Si se tuerce cualquier cosa o *cualquier persona* —advierte, al tiempo que taladra a Michal con una mirada significativa—, él debe saberlo.

—Sí. —Dimitri asiente con seriedad—. Los dos debéis informarme.

Casi sin poder contener la risa a pesar de sus esfuerzos, Lou mira

de reojo a Michal y yo sigo la dirección de su mirada, muy consciente de su presencia en el escalón por encima del mío. Mi pelo roza su pecho cuando me giro y se me pone la carne de gallina por la espalda cuando él levanta una mano, una que mi madre no ve, y enrosca un mechón alrededor de sus dedos. Da un tironcito y yo respondo al instante, por instinto: me inclino hacia atrás hasta quedar pegada a él. Un intenso calor se extiende por mi tripa ante el contacto.

¿Te has planteado en algún momento que quizá no quiera seducirte mañana?

Menuda mentirosa estoy hecha.

—Por supuesto que lo haremos —dice Michal con calma.

Aunque sus ojos negros centellean con la promesa de un castigo, le devuelve la sonrisa a Dimitri, que parece de lo más satisfecho, por alguna razón. Entorno los ojos en su dirección.

Sin embargo, al instante siguiente llaman a la puerta y el calor de mi tripa se extingue. Después de otro tironcito rápido de mi pelo, Michal desaparece escaleras abajo con un susurro de movimiento. Solo alcanzo a ver su talón detrás del biombo de seda del vestidor cuando la puerta se abre para revelar a otro centinela, uno de rostro serio y desconocido, vestido con el mismo atuendo oscuro que Pasha e Ivan y zorros dorados en el emblema.

—Estoy aquí para escoltar a la bruja —gruñe.

Lou levanta la vista hacia él con desagrado y suspira.

—Esa soy yo.

Entonces me da un abrazo feroz (tan feroz como es capaz de darlo) y mis brazos se envuelven a su alrededor en un estado de leve incredulidad. Porque no sé cuándo volveré a verla. Porque no quiero que se vaya. Porque todo esto está sucediendo demasiado deprisa y… y porque no creo que pueda hacer nada de esto sin ella. No obstante, incapaz de encontrar la voz, lo único que puedo hacer es asentir con impotencia.

—Enviaré a Talon con cualquier noticia —me tranquiliza—, pero, mientras tanto, *intenta* tener cuidado, ¿quieres? —Se echa hacia atrás para mirarme a la cara—. Y recuerda lo que dije sobre el velo —añade a toda prisa—. *Puedes* arreglarlo. Sé que puedes; si

necesitas ayuda, solo… solo pídela. Uno de nosotros, o todos, podemos llegar aquí en cuestión de horas. —Sin embargo, nunca les pediré que vuelvan. Nunca les pediré que sufran ningún daño por mi causa, y tal vez ella lo sepa. Tal vez me haya imaginado que sus ojos se deslizan hacia el biombo de seda—. No estás sola aquí, Célie. Nunca estarás sola.

Trago saliva con esfuerzo.

Me obligo a soltarla y hablo con el énfasis suficiente como para que ella me *oiga*.

—Lo mismo te digo. No, en serio, Lou. Si los retornados se vuelven demasiado…

Pero ella sacude la cabeza con una carcajada juguetona y se da media vuelta.

—Tonterías. Sigo siendo la *Dame des Sorcières*. Será un día frío en el infierno cuando mi querida madre muerta me venza. —Y antes de que ninguna de las dos podamos sucumbir a las lágrimas, me lanza un guiño por encima de un hombro y sube las escaleras para preceder al guardia hacia el pasillo y perderse de vista.

PARTE 3

Qui n'avance pas, recule.
Quien no avanza, retrocede.

CAPÍTULO 22

Mila regresa

El bosque por el que me conduce Michal susurra sobre una época anterior incluso a *Les Éternels*.

Grandes rocas irregulares sobresalen del suelo neblinoso, intercaladas con viejos árboles cubiertos de musgo; hayas, creo, y abetos y arces. Un arroyo de aguas cristalinas corta a través de la maleza a nuestra izquierda. Todavía centellean gotas de lluvia sobre los helechos, pero, por primera vez desde mi llegada, las nubes se han calmado por encima de Requiem. Ningún trueno retumbante altera el aire de primera hora de la mañana. Ningún destello de relámpago.

Como si percibiese nuestra presencia, la vida salvaje a nuestro alrededor cesa su cháchara, y a nuestros oídos solo llega el suave murmullo del agua. La verdad es que la agobiante presencia que rondaba por el puerto y el castillo no parece haber llegado aún a esta parte de la isla. Parece pacífica. En calma. Quieta.

Frunzo el ceño en dirección a los helechos más cercanos a nosotros, donde el agua continúa goteando con suavidad de sus ramas, como si la lluvia cayese todavía del cielo. Por instinto, deslizo el dedo por una de sus gotas y me la llevo a la nariz.

Sal.

El agua huele a sal.

—Pisa con cuidado —dice Michal en el silencio—. Quédate pegada a las rocas de la orilla, si es posible, e intenta no alterar la vegetación. Este bosque rebosa magia —explica al ver mi mirada inquisitiva; luego, se mete las manos en los bolsillos y sigue adelante —. No queremos molestarlo.

—¿En serio? —Curiosa a mi pesar, me apresuro tras sus pasos, al tiempo que me levanto las faldas y me maldigo por no cambiarme

los zapatos; llevo unas finas bailarinas de satén con delicadas cintas alrededor de los tobillos. Acabarán destrozadas en menos de dos kilómetros—. ¿Hay más magia aquí que en otras partes de la isla? ¿Por qué?

—Porque a la bruja que vive en él no le gustan los visitantes. Esas son lágrimas, por cierto. —Hace un gesto con la barbilla en dirección al follaje, a los árboles, todo lo cual no deja de gotear, gotear, *gotear* —. El bosque entero empezó a llorar después de la víspera de Todos los Santos.

—Oh. —Miro a mi alrededor, a las gotas brillantes como joyas, y me pregunto cómo puede ser algo tan bonito y al mismo tiempo tan inquietante—. Qué… tranquilizador.

Michal sonríe y, al ver su sonrisa, me tropiezo con los guijarros de la orilla. Aunque el bosque es extraño, este Michal nuevo es más extraño aún. Desde que fingiera su muerte, parece… más suelto, de algún modo, casi *relajado*, lo cual no tiene ningún sentido; puede que se haya librado de su corona, pero nunca ha habido tanto en juego para ninguno de nosotros. Su sonrisa arrebatadora se ensancha al ver mi reacción, porque se ha percatado de mi tropiezo, por supuesto, y casi me atraganto con el hoyuelo de su mejilla. Solo uno, tan diferente y al mismo tiempo tan parecido al de Dimitri. ¿Cómo es que no me había *fijado* nunca?

Michal ralentiza el paso para caminar a mi lado.

—No tienes por qué preocuparte por una bruja, Célie —me tranquiliza—. Ahora eres una vampira. Tu fuerza iguala cualquier amenaza que pudiera utilizar contra nosotros.

Suelto un resoplido muy poco delicado y noto que me sonrojo sin razón aparente.

—La fuerza no ha sido nunca mi fuerte, Michal.

Él arquea una ceja.

—¿Y estás en contra de probar cosas nuevas?

—Por supuesto que no.

—¿Lo has hecho, entonces? —me pregunta sin vacilar—. Probarlas, quiero decir.

—¿Probar *el qué*?

—Tus recién adquiridas habilidades como vampira.

Si es posible, mi rubor aumenta. Aparto la mirada y Michal hace un ruidito grave en su garganta.

—Todavía no —digo muy seria—. No ha habido… ocasión. —Con esto último, le lanzo una miradita furtiva por el rabillo del ojo, aunque mi sutileza resulta innecesaria. En un abrir y cerrar de ojos, se ha plantado justo delante de mí y me bloquea el paso, lo cual me obliga a mirarlo.

—Ahora tenemos tiempo —comenta, con los ojos entornados.

—Pero has dicho que…

—Esto también es importante.

Aprieto la mano alrededor de mi falda, porque no lo es, en realidad no, y hay cien cosas más importantes que explorar antes que mi vampirismo. Hemos abandonado a Lou y a los otros para que se enfrenten a los muertos vivientes en Cesarine, mi madre insiste en cohabitar con unos monstruos sedientos de sangre y todavía no le he contado a Michal lo de la Muerte y Filippa. Esto último retuerce un cuchillo dentro de mi pecho. No. Dentro de la *espalda* de Michal. Debo decírselo. *Sé* que debo decírselo, pero acaba de morir; lo sacrificó todo sin cuestionarlo. En cambio, yo no he hecho nada más que dudar de él.

No creo que quiera hacerle daño a mi hermana, pero… pero ¿y si lo *hace*?

¿Y si no tiene otra opción?

La isla, el *mundo* entero, se está rompiendo y, en el centro de todo ello, están la Muerte y sus retornados. Eso está claro. Este bosque no estaría llorando sin ellos. El puerto no estaría sangrando, los cuadros no estarían muriendo. Peor aún, la Muerte parece estar planeando algo más, y parece que lo está haciendo con mi hermana.

Hice una promesa, querida, de que agotaría todas las opciones.

¿Todas las opciones para *qué*?

Ojalá lo supiera; ojalá pudiera delatar a la Muerte sin poner en peligro a Filippa, que está claro que no es ella misma.

—¿No sientes curiosidad, mascota? —Michal ladea la cabeza y me observa con paciencia—. ¿De poner a prueba tus límites? ¿De descubrir todo lo que esta vida eterna podría ofrecerte si le dieses la oportunidad?

—*No* —respondo con brusquedad. Con *demasiada* brusquedad. Me encojo para mis adentros por la vehemencia de mi voz.

Un destello de emoción cruza el semblante de Michal al oír la palabra, aunque aparece y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. ¿Desilusión? ¿Remordimiento? *No importa*, me digo con firmeza, pero incluso yo casi me río ante esa mentira. Nunca ha habido nada más importante.

—¿Estás segura? —pregunta con esa voz de una suavidad peligrosa—. La Célie que yo conozco adora el conocimiento. Ansía la emoción de nuevas experiencias, de aventura, y no permite que el miedo le impida perseguirlas.

Me burlo por instinto. Esa Célie de la que habla es mucho más grande que yo, pero Michal no tiene por qué saberlo. No tiene por qué saber *nada* de esta batalla que se está librando en mi pecho.

—No seas ridículo, Michal. Por supuesto que no tengo miedo.

—Demuéstralo.

Sus ojos negros centellean con un desafío. Con una emoción creciente. Y aunque eso me convierte en una cobarde absoluta, *sí* que tengo miedo… de ceder a mi propia curiosidad traicionera, sí, pero también de entregarme a *él*.

Con un valiente intento de mostrar indiferencia, paso por su lado.

—Molestaremos al bosque si corremos de un lado al otro de la isla.

Michal aparece delante de mí otra vez. Se niega a darse por vencido.

—No si corremos sobre el agua.

—Pero mi vestido…

—He dicho *sobre* el agua, Célie, no *dentro* del agua.

Su mano sale disparada para agarrar la mía cuando trato de rodearlo, y sus ojos… saltan hacia nuestra izquierda durante un breve instante, como si hubiese detectado movimiento. Por instinto, sigo la dirección de su mirada para encontrar un pequeño roto en el velo entre dos arbolitos jóvenes. Los bordes desgarrados ondulan con suavidad bajo una brisa inexistente, y unos copos de nieve caen flotando al suelo bajo él. Frunzo el ceño mientras Michal guía mi barbilla de vuelta hacia él. ¿Acaba de *ver*…?

—No debes temer por tu vestido, mascota —dice, como si no

hubiese sucedido nada—. Todos los vampiros pueden moverse a una velocidad excepcional, pero los más rápidos de nosotros podemos dejar atrás a la naturaleza misma. No te hundirás.

—Aprecio el sentimiento, Michal, pero no soy tú. Dudo mucho que fuese capaz de… caminar sobre el agua.

—*Correr* sobre el agua —me corrige—. Y tal vez te sorprendas. ¿Lo intentarás al menos? —Cuando no se me borra la expresión de desconfianza, sonríe de nuevo y, del bolsillo, saca un lazo esmeralda muy deshilachado, muy sucio y muy *familiar*. Mi corazón da un brinco al verlo.

—¿Eso es…? —Me lanzo a por él al instante. Después de los sucesos de la víspera de Todos los Santos, pensé que mi lazo había desaparecido para siempre, y una parte nada insignificante de mí se arrepentía de haberlo cambiado por el lazo plateado de mi disfraz aquella noche. El cuchillo de Frederic había arruinado *ese* lazo de un modo irrevocable, como es obvio, así que quizá había sido para mejor—. ¿Cómo lo encontraste?

—Nunca se perdió. —Levanta el lazo por encima de su cabeza cuando trato de agarrarlo, y la punta cuelga justo fuera de mi alcance—. Supongo que te gustaría recuperarlo, ¿no?

Lo fulmino con la mirada.

—Sí.

—Fantástico. —A la velocidad del rayo, vuelve a guardarse el lazo en el bolsillo—. Dame el gusto con este caprichito mío y te lo devolveré. Podría ser útil, ¿sabes? —añade en voz más baja, y mi tripa se aprieta como un puño ante el sonido—. Aprender los límites de tu nuevo cuerpo.

—¿Por qué es tan importante para ti?

Porque es *importante*, pienso sorprendida. A pesar de su actitud casual, los ojos de Michal arden con una intensidad abrasadora.

—Necesitas conocer tus ventajas para sacarles el mayor partido. Los retornados seguro que lo harán. —Una idea brota en sus ojos antes de que pueda discutírselo—. Si los retornados y el lazo no son incentivo suficiente, supongo que podría limitarme a… huir.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

No me da más explicaciones; en su lugar, esa idea se solidifica en un brillo sabedor y travieso y… en la décima de segundo antes de que gire sobre los talones, recuerdo su advertencia en el exterior de L'ange de la Mort. *Nunca huyas de un vampiro*. Frunzo el ceño aún más, porque no puede ser que esté pensando…

Como un manchurrón de negro y plata, echa a correr arroyo arriba y mi cuerpo reacciona sin un pensamiento consciente.

Corre tras él.

Si una parte pequeña y distante de mi mente, la parte humana, se da cuenta de lo que estoy haciendo, permanece callada por completo al paso de la oleada de poder instintivo y absorbente que baja por mi columna. Como antes con Brigitte, mi visión se agudiza. Se tiñe de rojo mientras la sangre palpita en mis oídos. Cada piedra de la orilla, cada rama de helecho, cada lágrima y cada fibra de musgo y hierba y tierra… Todo ello se alza ante mí con una claridad cristalina, antes de que mis ojos se claven en Michal.

Oigo su risa. Pese a lo veloz que soy, mi pelo ondeando a mi espalda, mi vestido haciendo otro tanto a mi alrededor, los pies ingrávidos sobre el agua, aún alcanzo a ver cada sacudida de los hombros de Michal, cada zancada de sus piernas, mientras se aleja poco a poco de mí, cada vez más y más deprisa. Un gruñido brota por mi garganta. Olvido el lazo esmeralda. Lo olvido todo salvo la imagen de su espalda que se aleja. Porque la alcanzaré. Lo alcanzaré *a él*, y mis propias zancadas se alargan en respuesta. Me inclino hacia delante y levanto el pecho para casi volar por encima del agua, hasta que la imagen de Michal empieza a crecer ante mis ojos, hasta que se gira hacia atrás, hacia mí, sorprendido, *encantado*. Me preparo sin perder ni un ápice de velocidad, flexiono las rodillas y me catapulto sobre él.

Colisionamos en un batiburrillo de brazos y piernas, pero él se gira y envuelve los brazos alrededor de mi cintura antes de que impactemos contra el suelo. Su espalda se lleva el grueso del golpe. Resbalamos entre las rocas mientras él me sujeta con fuerza, sin dejar de reír, hasta que por fin ralentizamos nuestro avance y paramos.

—No puedo creer que me hayas alcanzado —dice sin aliento, antes

de dejar caer la cabeza en la orilla—. Nadie me había alcanzado nunca hasta ahora.

Levanto la vista hacia él, el pecho comprimido hasta el punto de doler.

—¿A menudo huyes de mujeres sin previo aviso?

—Solo de aquellas a las que les he robado algo. —Suelta mi cintura para levantar una mano entre nuestras caras. Mi lazo esmeralda está enroscado entre sus largos dedos y, esta vez, cuando trato de tocarlo, Michal deja que la seda resbale de su agarre. Mientras el lazo cuelga por mi muñeca y le hace cosquillas en la mejilla, sonríe otra vez y lo sopla contra mi nariz—. Sabía que no te hundirías.

Por supuesto que lo sabía. Lo único que ha hecho este hombre en la vida es creer en mí, *salvarme*. Quizá no necesite ocultarle cosas para proteger a mi hermana. Quizá, si se lo cuento, Michal también la ayude y, juntos, podríamos liberar a Filippa de las garras de la Muerte.

Despacio, retira un mechón de pelo de mi mejilla, su dedo se demora en mi mandíbula. Y con ese único movimiento espontáneo, mis últimas dudas se desvanecen.

—El hombre que viste conmigo en Cesarine era la Muerte —suelto de sopetón, y hago una mueca ante mi falta de tacto. Un calor instantáneo abrasa mis mejillas mientras Michal parpadea, sorprendido, y el momento entre nosotros se hace añicos—. Debí decírtelo antes, pero mi hermana ha hecho algún tipo de trato con él, creo, porque él le prometió… *algo*…

—¿La Muerte le prometió algo a Filippa? —Las manos de Michal agarran mis hombros y tira de mí hacia arriba, la calidez de sus ojos congelada de repente en hielo negro—. ¿Te refieres a la *Muerte*, la encarnación de un poder destructor de vida? ¿La Muerte, la entidad que te reclamó como su Novia?

—Bueno, así no es *precisamente* como se presentó, pero… sí —termino con una vocecilla pequeña, y Michal me pone en pie con una maldición salvaje.

—¿Qué pasó?

Le cuento deprisa todo lo que pasó después de que nos

separáramos en Cesarine: cómo me encontraron Frederic y Filippa en la rosaleda, cómo Frederic había amenazado con matarme, cómo Filippa observó cuando la Muerte le arrancó el corazón al hombre. Cuando le digo que la Muerte se llevó la sangre de Frederic y el grimorio, se gira para darme la espalda. Cuando le cuento lo del misterioso trato entre la Muerte y Filippa, suelta otra ristra de palabrotas y maldiciones.

—¡Pero cumplió el trato que tenían! No me hizo nada.

—Por ahora, Célie. La Muerte no te ha hecho nada *por ahora*.

Envuelvo los brazos a mi alrededor; la inquietud hace que me hormiguee el cuello.

—Suenas como si lo conocieras.

—Nos hemos visto —responde, escueto.

Todavía está de espaldas a mí, por lo que solo veo la dura línea de su mejilla, el borde de su mandíbula, que se aprieta mientras contempla ceñudo el arroyo en un esfuerzo por controlarse.

—¿Cómo puede ser? —pregunto—. Se materializó en un cuerpo en la víspera de Todos los Santos.

—Lo conocí antes de que adquiriera un cuerpo. Él… me hizo un favor una vez, supongo que similar al que le ha prometido a tu hermana. —Aunque ardo de curiosidad, mantengo la boca cerrada. Lo siguiente que dice me sorprende—. Me he arrepentido de ello cada día de mi vida desde entonces. No es alguien a quien quieras conocer, Célie; y no es alguien en quien Filippa deba confiar. La cosa solo acabará mal para las dos. —Por fin se gira hacia mí, y me quedo alucinada al ver el sutil resplandor plateado que emana de sus ojos por lo general negros. Michal parpadea ante lo que sea que ve en los míos, igual de sorprendido—. Tus ojos están brillando —me informa.

Suelto una exclamación y me acerco a él. Luego, levanto una mano como para tocar la luz combinada de nuestros ojos.

—*Tus* ojos están brillando.

Nos miramos durante un instante, perplejos, antes de forzarme a bajar la mano y mirar a mi alrededor en busca de alguna señal del reino de los espíritus. Sin embargo, no se ha unido a nosotros ningún fantasma, ninguno que yo vea al menos, así que respiro hondo y me dirijo a Michal de nuevo.

—Siento no habértelo contado antes —susurro. Me estudia con una expresión inescrutable.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque soy una cobarde.

Su mandíbula se aprieta al oír eso, y daría cualquier cosa por poder leerle los pensamientos mientras vuelve a agarrar mi mano para contemplar mis nudillos sin verlos de verdad. Al final, deposita un beso suave en mis dedos, aunque su expresión sigue envuelta en sombras.

—Tú me has perdonado cosas mucho peores.

Levanto la vista hacia él. Ojalá pudiera hacer que se disiparan esas sombras.

—Michal…

—Siento molestar —dice Mila con ironía, al tiempo que asoma la cabeza entre dos árboles llorones—, pero este parece un momento tan bueno como cualquier otro para interrumpir lo que seguro hubiese sido un interludio tierno.

Michal y yo nos separamos y giramos en redondo. Los ojos de él siguen brillando cuando los posa en su hermana. Yo sacudo la cabeza en un esfuerzo por despejarla.

—¿Puedes *ver* a…? —Pero Michal asiente antes de que termine la pregunta, así que yo también asiento, desorientada y confusa—. Oh. Claro. Por supuesto que puedes. Eso es perfectamente… perfectamente…

—Esperable. —Mila nos sonríe de un modo un tanto desdeñoso que me recuerda a Dimitri—. Compartir sangre no es nunca algo que deba tomarse a la ligera, aunque tampoco es que tengamos tiempo de discutir una situación tan delicada ahora. Acabo de escabullirme de tu hermana, que se ha instalado con la Muerte encarnada en vuestra antigua casa, Célie. Muy amable por tu parte mencionar que *lo* viste, por cierto.

—Estoy de acuerdo —murmura Michal.

—Oh, ya lo he oído. —Con un gesto significativo, Mila nos indica que continuemos hacia la cabaña de la bruja. Yo trato de no parecer ofendida por que nos hubiese estado escuchando—. Se han construido un laboratorio bastante lujoso. Incluso Odessa sentiría

envidia.

—¿Un laboratorio? —pregunta Michal con brusquedad, y es casi como si su hoyuelo no hubiera existido nunca. Deslizo el lazo esmeralda dentro de mi bolsillo—. ¿Qué tipo de experimentos están llevando a cabo?

—El tipo que implica el uso de la sangre de Frederic. No logré discernir su objetivo exacto, pero también han estado haciendo… pruebas, creo, con Filippa. Pruebas extrañas, además —añade con una mueca—, sobre todo tipo de cosas, desde su sangre a su cerebro, pasando por su útero. La Muerte incluso tomó una muestra de los puntos de sutura de la mejilla de Filippa.

No obstante, apenas oigo esto último, pues mi atención se ha quedado atascada en las dos palabras anteriores.

Su útero.

Están haciendo pruebas en su *útero*.

—Por lo que he podido deducir, la Muerte también ha extraído su propia sangre. —Cuando la miro, desconcertada, ella me devuelve una mirada sin rastro de disculpa—. ¿Qué? Puede que ahora tenga *aspecto* humano, pero ya no parece ser del todo ni lo uno ni lo otro. Ese desgarrón en el velo debe de haberlo retorcido también a él. —Señala hacia los helechos sollozantes y, cuando lo hace, una mariposa muerta pasa revoloteando a través de su pecho.

—¿Están solos? —pregunta Michal, sin hacer ni caso del animalillo —. ¿Solos ellos dos?

Mila se ríe sin ninguna alegría.

—Solos ellos dos, sí… y un verdadero ejército de retornados. Filippa abrió un agujero en el velo en vuestra habitación de niñas, Célie, y los condujo a todos al interior. —Siento náuseas al pensar en cadáveres como el del arzobispo arrastrando los pies por la alfombra de mi cuarto—. Parece que le pasaste tus habilidades a través de tu sangre, igual que hiciste con Michal.

Mis pensamientos se desperdigan en todas direcciones al oír eso, como si se me hubiese caído un alfiletero al suelo.

Es solo que… cuando dos vampiros comparten su sangre, ca… cambian.

Aliso el corpiño de mi vestido, solo para tener algo que hacer con

las manos. Un nudo de emoción atora mi garganta, pero no puedo desenredar las hebras, no mientras esos ojos plateados tocan mi cara y evalúan mi reacción.

—Abdiqué del trono —anuncia Michal. Mila aparta la mirada de mí.

—Eso he oído. Los espíritus no han sido capaces de hablar de nada más, y muchos se percataron de vuestro subterfugio cuando no pasaste por nuestro reino. Nunca contamos con eso en nuestro plan de contingencia. —Entorna los ojos—. ¿A dónde fuiste mientras fingías estar muerto, si no fue a nuestro reino?

Aparece una arruga entre las cejas de Michal.

—No lo sé —admite después de un momento—. Cuando mi corazón abandonó mi pecho, yo solo… me quedé dormido. —La arruga se profundiza—. *Soñé*.

—Tu alma seguía atrapada —dice Mila, perspicaz como siempre—. Nunca abandonó tu cuerpo.

—Hay quien diría que los vampiros ya no tienen alma.

Mila señala a su propia forma translúcida y rutilante.

—Está claro que yo soy prueba de lo contrario. Sea como sea, fue una magia extraña, y me temo que no vendrá sin repercusiones.

—La *Dame des Sorcières* en persona pronunció el hechizo.

—La *Dame des Sorcières* no es infalible. Su magia está igual de rota que la del resto.

Michal encoge un hombro con indiferencia.

—Si hay repercusiones, seré yo quien las sufra.

—Eres un auténtico idiota, hermano, si crees eso. —Con una carcajada desdeñosa, Mila se eleva varios centímetros más que Michal y lo mira por encima del hombro—. Sea lo que sea lo que planee la Muerte, nos afectará a todos. Y *está* planeando algo. Puedo sentirlo. —Su voz suena cada vez más frustrada—. En cualquier caso, Filippa y él están siendo muy reservados con lo que dicen en voz alta, lo cual me lleva a creer que saben que hay alguien escuchando.

Toda irritación que Michal pudiera sentir hacia su hermana parece desaparecer con esas palabras.

—Debes tener cuidado, Mila. No quieres llamar la atención de la Muerte. Tal vez no deberías…

—He muerto dos veces, Michal. Ya he llamado su atención. —Aprieta la mandíbula con decisión y sus ojos… arden con intensidad ahora, con un propósito nuevo y desconocido—. Solo puedo esperar que, pronto, él se arrepienta de haber llamado la *mía*.

Aunque Michal abre la boca para discutírselo, Mila se gira a toda velocidad y su pelo azota la cara de su hermano. Se gira hacia la cabaña de la bruja, que se alza entre las raíces de dos enormes robles delante de nosotros. Unas tejas negras cubiertas de líquenes asoman entre sus ramas retorcidas y los cristales romboides de las ventanas centellean como ojos enjoyados entre la ajada estructura de madera negra, abovedada y elaborada, aunque un poco venida a menos por efecto de los elementos y los años.

En circunstancias diferentes, sentiría una oleada de emoción al ver una morada tan obviamente mágica, pero ahora el miedo agría mi estómago.

—Vendré a informaros si cambia algo, pero mientras tanto… —Mila inclina la cabeza hacia la cabaña antes de darle la espalda con una sonrisilla de suficiencia, haciendo caso omiso de la mirada ceñuda de su hermano—. Buena suerte con Mathilde, Célie. Y permite que te haga una advertencia: muerde.

CAPÍTULO 23

La cabaña

Mathilde? —Parpadeo al oír el nombre, sorprendida, pero… seguro que es solo una coincidencia. Michal me lo hubiese comentado si la bruja a la que vamos a consultar acerca de los retornados es en realidad la pariente largo tiempo perdida de Lou. Su tatarabuela, para ser más precisos. Además, ¿por qué habría abandonado a su gente una bruja tan prestigiosa y poderosa para vivir como una reclusa entre vampiros?—. No se refiere a…

—De hecho, sí. —Michal me conduce hacia la cabaña mientras Mila se aleja. El eco de su risa reverbera a su espalda—. Hace mucho que es un gusto tener a Mathilde le Blanc en la isla, y no me refiero al de su sangre.

—¿Qué ha querido decir Mila —pregunto despacio— cuando ha dicho que Mathilde *muerde*?

A modo de respuesta, Michal señala hacia un enorme caldero de hierro forjado situado sobre el escalón superior. No puedo evitarlo: me asomo a su interior con aprensión. Espero algún tipo de poción, quizá un veneno, solo para retroceder a toda prisa al segundo siguiente.

Huesos.

Mathilde ha llenado el caldero de huesos; mandíbulas de animales y fémures, costillas y vértebras humanas, así como lo que parecen ser las falanges de una mano izquierda entera. Unas enredaderas en flor serpentean entre los dedos de esta última, antes de caer por los lados del caldero. De un azul vívido y una belleza siniestra, las flores dan la impresión de temblar cuando me agacho para examinarlas con una fascinación macabra; reconozco las filas de dientes afilados como agujas alrededor del centro de las flores un instante antes de

que se abalancen hacia mí lanzando violentos mordiscos.

Retrocedo a toda velocidad. *Flores Barba Azul*. Las mismas florecitas horribles que crecen a la puerta de la tienda de *monsieur* Marc; Michal me dijo una vez que comen mariposas.

Supongo que debería estar agradecida de que Mathilde no sea una caníbal.

—¿Y Mathilde tiene conocimientos sobre los retornados? *—¿Sabrá algo sobre Filippa?*

Michal me observa con atención, como si hubiese percibido mi pensamiento desesperado. Mi hermana parece vivir y respirar entre nosotros.

—Mathilde tiene conocimientos sobre muchas cosas.

Evito sus ojos con cuidado, mientras paso alrededor del caldero. Aunque siempre me he sentido nerviosa cuando Michal centra en mí toda su atención, siento como si mi piel se hubiese quedado dos tallas demasiado pequeña después de nuestra conversación inacabada en el bosque. *La cosa solo acabará mal para las dos*.

—Mathilde *sí* que nos espera, ¿verdad?

Michal asiente antes de reunirse conmigo delante de la puerta; su presencia fría me pone la carne de gallina por los brazos.

—Un error por mi parte, creo. —Pese al silencio bastante inusual procedente del interior de la cabaña, Michal habla en voz baja. Aguzo el oído, mientras me pregunto si Mathilde podría estar escondiéndose de nosotros. Ahí es cuando me doy cuenta de la llamativa ausencia de los sonidos de su respiración, incluso de los latidos de su corazón—. Le envié una carta para solicitar una reunión con ella cuando atracamos en Requiem. Nunca respondió.

—Tal vez no la recibió.

—Oh, creo que sí lo hizo.

Michal hace ademán de empujar la puerta para abrirla, pero mi mano se desliza para agarrar su muñeca.

—¿No crees que deberíamos al menos llamar primero? Después de todo, esta *es* su casa, aunque… Bueno, aunque ella no esté aquí. —Mi voz acaba con una entonación de pregunta esperanzada. Quizá sea por las flores Barba Azul y sus huesos limpios como la patena o quizá sea el pomo plateado de la puerta, pero, de repente, la idea

de imponerle nuestra presencia a una bruja que está claro que no nos quiere ver parece estúpida.

—Por supuesto. —Los ojos de Michal se posan en mi mano sobre su muñeca—. Adelante.

Suelto una bocanada de aire temblorosa y llamo tres veces. Cuando no responde nadie, llamo tres veces más. En el interior de la cabaña no se mueve nada. Cuando por fin me giro, decidida a convencer a Michal de intentarlo otra vez más tarde, él corta mi argumento con un breve gesto negativo de la cabeza.

—Ya oíste la advertencia de Mila. No tenemos tiempo para jugar a ser educados, Célie. Y aunque lo tuviéramos, Mathilde no nos devolverá el favor. No nos vamos a ir de aquí hasta que hayamos hablado con ella.

—¿Cómo sabes que está *aquí* siquiera?

—Está aquí —afirma sin más.

Vale. *Muy bien*. En verdad, nadie en esta maldita isla se preocupa demasiado por la educación de todos modos. Por el amor de Dios, Mathilde alimenta a sus flores con *carne*. Odessa le arrancó el corazón a Michal, y Dimitri coleccionaba *souvenirs* de todas las criaturas a las que había matado con su sed de sangre. A lo mejor ha llegado el momento de que yo también tire todo mi sentido común por la ventana.

Me siento extrañamente desafiante, así que levanto parte de mi falda para agarrar el pomo de la puerta, pero Michal me detiene de nuevo con unos dedos suaves sobre mi brazo.

—Creo que eso debería hacerlo yo. —Antes de que pueda hacer más que mirarlo ceñuda, me quita la tela de la mano y la envuelve alrededor de la suya.

Para mi sorpresa, el pomo gira con facilidad. Excepto…

—Joder —musita Michal.

Se agarra la mano envuelta en mi falda y me doy cuenta de la razón al instante: el pomo lo ha *mordido*, y la sangre mana de dos pequeñas heridas punzantes en la palma. Dos pequeñas marcas de colmillos.

—Está claro que Mathilde sabe que estamos aquí —comenta Michal con una risa amarga.

Observo ceñuda el pomo de la puerta mientras sus dientes de plata se funden de vuelta con el resto del metal suave y liso.

—Creía que a Mathilde no le importaban los vampiros. Entonces, ¿por qué toda esta parafernalia *mordedora*?

—Mathilde cree que es graciosísima.

—¿Lo es?

—Dímelo tú.

Con una sonrisa reticente, levanto el borde de mi falta y arranco un trozo de mis enaguas de seda. Aunque los ojos de Michal siguen la línea de mi pierna cuando dejo caer la tela, intento ignorarlo. También intento ignorar el aroma embriagador de su sangre.

—Eso sigue sin explicar por qué se instaló en una isla de vampiros.

—Eso fue cosa de Mila —murmura, pendiente de cómo envuelvo el trozo de seda alrededor de su mano—. Convenció a Mathilde de que se retirara aquí después de pasarle el título de la *Dame des Sorcières* a su hija. Se conocieron cuando Mathilde era una mujer mucho más joven, y las dos se volvieron uña y carne.

Mis dedos se quedan quietos alrededor de la mano de Michal y, sin pretenderlo, mis pensamientos deambulan de vuelta a Filippa. Se me encoge el corazón.

—¿Cómo es que Mathilde tiene conocimientos sobre los retornados? No me dio la impresión… Bueno, Odessa y tú no parecíais saber lo que eran siquiera antes de que Coco los nombrara. Y ella solo lo sabía por el grimorio de su tía. A menos que Mathilde conociera a La Voisin…

—Dejaré que ella te lo cuente. Y ahora… —Abre la puerta cuando termino de vendarle la mano—. No lo dudes más. Por favor, entra.

Los dos entramos en la cabaña con pisadas silenciosas y aparecemos en una cocina sencilla y acogedora con una enorme chimenea de piedra. De las vigas cuelgan ramilletes de hierbas secas, y una tetera de cobre se calienta sobre la rejilla; el resto de la comida de las flores Barba Azul ocupa la repisa de la chimenea en un surtido extraño de calaveras.

—Entonces, supongo que… tú ya conoces a Mathilde, ¿no?

Los ojos de Michal recorren la habitación en busca de algún signo de actividad.

—La he visto dos veces. La primera cuando llegó a Requiem, y la segunda poco después de que llegaras tú.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Eres muy cotilla, ¿no crees?

Lo fulmino con la mirada antes de adentrarme más en la cabaña. Asomo la cabeza a una pequeña sala de baño y echo un vistazo a la bañera de hojalata, luego al rincón de sábanas raídas.

—Intenta no tocar nada —dice Michal cuando pasa por detrás de mí, y puede que ese sea el consejo más innecesario jamás pronunciado. Después de lo del pomo de la puerta, nunca he tenido menos ganas de tocar nada que en esta cabaña.

Aun así, estiro el cuello para mirar hacia donde va cuando se agacha para caber por la puerta del dormitorio.

—En verdad, ¿qué estoy buscando, exactamente?

—Cualquier cosa fuera de lo común. Un sonido, un olor, algo que veas. Lo del olor será difícil, aunque no imposible. Sea donde sea que se esconda la bruja, apestará a magia.

—La cabaña *entera* apesta a magia.

Miro a mi alrededor con recelo, a la espera de que el suelo de madera se abra y me engulla. Parte de mí desearía que lo hiciese. Cualquier cosa para cortar esta desagradable tensión entre Michal y yo, para disipar la presencia persistente de mi hermana. Michal no la ha mencionado desde nuestra conversación, y ahora, en esta quietud siniestra, da la impresión de que está esperando a que yo la mencione en su lugar.

Abro la boca para hablar, sin tener muy claro qué decir, justo cuando él se vuelve para hacer lo mismo.

—Creo que deberíamos…

—No tenemos que… —digo al mismo tiempo. Los ojos de Michal se entornan ante lo que sea que ve en mi cara.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Qué ibas a decir *tú*?

Nos miramos durante un momento largo; ninguno de los dos quiere ser el primero en hablar de nuevo… hasta que el suelo de madera empieza a retumbar de verdad bajo nuestros pies. La vibración hace añicos la tensión, igual que lo hace el grito de

sorpresa que escapa por mi boca cuando salto hacia delante y choco con el ancho pecho de Michal. Sus brazos se cierran a mi alrededor por acto reflejo y se ríe con suavidad. Yo niego con la cabeza.

—Esta casa nos va a matar.

—Venga ya, mascota. —Retira un mechón de pelo de mi cara con una sonrisa radiante. Una tregua temporal, hasta después de que hablemos con Mathilde. El alivio inunda mi organismo—. No me digas que tienes miedo de un poco de magia.

Mis hombros se relajan al sentirlo contra mí y la tensión se diluye de mi mandíbula. Porque si Mathilde sabe lo que hacer con los retornados, es posible que también sepa qué hacer con Filippa.

—¿Lo convertimos en un juego? —pregunta Michal. *Una distracción*. Levanto la barbilla y me fuerzo a apartarme de él.

—¿Qué tienes en mente?

Se apoya contra el marco de la puerta, aunque es demasiado grande para el espacio.

—El primero que encuentre a la bruja tendrá derecho a que el otro le haga un favor.

Ay, Dios.

—¿Qué tipo de favor?

—*Cualquier* tipo de favor.

Un revoloteo brota en mi tripa. Si imponerle nuestra presencia a una bruja parece estúpido, aceptar deberle a Michal un favor sin límite alguno parece realmente demencial. *Solo si pierdes*, protesta esa voz desafiante en mi cabeza y, con un leve estremecimiento de anticipación, enderezo la espalda a modo de respuesta.

—Muy bien. De acuerdo. Espero que estés listo para lavar las manchas de sangre de todos mis vestidos.

—¿Empezando por este? —Señala los goterones escarlatas sobre mi falda. Es su sangre , pienso, y me empiezan a arder las mejillas. Siempre es su sangre—. Podría llevármelo ahora, si quieres.

Me arde aún más la cara ante el aluvión de imágenes que evocan sus palabras: Michal arrodillado delante de mí, deslizando las manos por mis piernas, por mis caderas, mientras retira la sedosa tela de mi cuerpo.

Su sonrisa se vuelve de lo más maliciosa porque lo sabe.

Porque su distracción ya está funcionando.

Porque cuando me mira de ese modo, apenas logro recordar mi propio nombre.

Aprieto las piernas y me agacho para entrar en un salón que está un poco más adelante por pasillo, antes de que se me ocurra hacer algo humillante. Respiro hondo varias veces justo al otro lado de la puerta. *Concéntrate, Célie*.

Otra chimenea domina el centro de la habitación, y permite que baldas y baldas llenas de libros ocupen las paredes por todos lados. Mathilde parece haberlas colgado de manera aleatoria, hasta llenar cada rincón y recoveco con poca previsión o planificación. De hecho, las baldas se parecen un poco a dientes rotos. Sobresalen hacia un lado u otro, desiguales, de formas y tamaños variados y, cuando se quedó sin espacio en las paredes, da la impresión de que Mathilde empezó a apilar sus libros en montañas inestables sobre el suelo: debajo de la mesa, al lado del sofá, encima de la alfombra raída.

Lo único que muestra algún tipo de orden es una estantería estrecha en el rincón. A diferencia de las otras, flotantes, esta se extiende desde el suelo hasta el techo, y los tomos que hay dentro muestran un estado prístino. Las letras grabadas en relieve sobre sus lomos centellean a la luz del fuego. Sus tapas de cuero brillan. De hecho, aún puedo oler el aceite de visón con el que Mathilde las ha curtido a lo largo de los años. Estos libros, sean lo que sean, deben de ser los más apreciados de su colección.

También están de lo más fuera de lugar en el caos de la habitación.

Curiosa, me acerco a la estantería a inspeccionar los títulos ahí guardados. *Una noche con el rey de los osos. El hechicero de Waterdeep's Staff. El demonio: dotado y ardiente*. Me atraganto con una carcajada mientras retrocedo; la tensión se afloja aún más en mi pecho. Da la impresión de que los libros más preciados de Mathilde son textos eróticos y eso… eso es perfectamente aceptable. Sano, incluso. Sin embargo, no es asunto mío para nada.

Me dispongo a registrar el resto de la habitación, pero me detengo en seco al ver un título en el centro de la estantería.

La puerta secreta.

Vacilo un instante, con una sensación de bochorno increíble, pero es *cierto* que existen pasadizos secretos en esta isla. Los he recorrido yo misma, y también parecen el tipo de cosa que una bruja como Mathilde podría utilizar. Y eso sin tener en cuenta siquiera su relación con Lou, que pensaría que la indirecta es muy ingeniosa.

¿Podía ser tan sencillo?

Miro el libro con más atención. ¿Está Mathilde detrás de esta estantería en este mismo momento, riéndose de mí? Es verdad que no huelo a nadie y que la magia en este punto tampoco huele más fuerte que en cualquier otro sitio de la cabaña, pero tampoco olí a Babette ni a Frederic. Las brujas siempre han sido capaces de ocultarse de los vampiros.

Al final, el sonido de las pisadas de Michal en la buhardilla por encima de mi cabeza es toda la motivación que necesito.

Cuadro los hombros, agarro el libro y tiro.

Un mecanismo se activa en algún lugar profundo de la pared.

De hecho, algo, o *alguien*, se ríe.

Y todos los libros de la estantería salen volando hacia mí en rápida sucesión. Con un chillido, levanto las manos por encima de mi cabeza y retrocedo a toda prisa, pero los libros me persiguen, agitan sus páginas como si fuesen alas e impactan contra cada centímetro de mí al que logran llegar. Y *duele*. Michal aparece en cuestión de un segundo con expresión peligrosa. Agarra uno, dos, tres en pleno vuelo antes de lanzarlos dentro del cajón del escritorio, donde se sacuden y dan bandazos y amenazan con desintegrar el mueble entero.

La casa retumba de nuevo. Los tablones de madera del suelo tiemblan bajo nuestros pies.

Maldigo en voz baja, atrapo el siguiente libro y, en mi prisa, casi lo lanzo a través de la pared. En lugar de eso, su esquina de metal se incrusta en el yeso y, atrapado, continúa aleteando furioso, con lo que sus páginas se rasgan contra la pared.

—¿Qué has *hecho*? —pregunta Michal exasperado, al tiempo que aparta de un manotazo un tomo de un grosor extraordinario que volaba directo hacia mi cabeza—. Te dije que no tocaras nada.

—¡El libro decía algo acerca de una puerta! —Abrumada por el

pánico y por otro extraño impulso de reírme, me agacho detrás del sofá para ponerme a cubierto—. Solo pensé que… quizá… Mathilde podría estar escondida en…

En ese momento, la esquina plateada de otro libro me hace un corte en la mejilla y los ojos de Michal se dilatan al oler mi sangre. Respira hondo para mantener la compostura antes de agarrar *La puerta secreta* de detrás de mi cabeza.

—¿Este?

—¡Sí! *Mira*…

Con un suspiro, Michal abre el libro y le echa un vistazo antes de tirármelo con desgana.

—¿Este es el contenido que esperabas encontrar?

El libro ilustra a un par de feéricos abrazados, sus cuerpos alados jadeando y los rostros contorsionados del éxtasis. Con un chillido repentino, aprieto los ojos con fuerza y cierro el libro con la misma fuerza.

—¡Guárdalo! ¡Oh, madre mía, Michal, devuélvelo a su sitio *ahora mismo*!

Se ríe entre dientes, pero me hace caso. En el mismo instante en que devuelve el libro a su estantería, el resto de ellos, que ya aleteaban por la habitación casi sin ganas, se quedan quietos y caen con estrépito al suelo. Suelto el aire deprisa, demasiado aliviada para sentir vergüenza, o al menos *demasiada* vergüenza. Levanto una mano hacia la sangre de mi mejilla, mientras Michal me observa con una diversión centelleante.

—¿Continuamos nuestra búsqueda o te gustaría echar un vistazo al resto de la extensa colección de Mathilde? Puedes convencerme para hacer cualquiera de las dos cosas.

Aún siento esas ridículas ganas de reír.

—No tenemos que buscarla más.

Una sonrisa pícara se extiende por su cara.

—Opción dos, entonces. A menos que des por perdido nuestro juego. No hay vergüenza en perder, ¿sabes? Seré un ganador muy gentil.

—Michal. —Mascullo su nombre con los dientes apretados, porque me niego a darle la satisfacción de perder los papeles ahora—. Lo

que *quiero decir* es que creo que la he encontrado.

—Hmm. Vaya, eso no es tan divertido.

—He oído a alguien *reírse*. —Fuerzo una mueca hosca al ver su expresión (porque, en serio, ¿*qué* me pasa?) y paso por delante de él en dirección a uno de los apliques de la habitación. Me acerco bien para inspeccionar la escultura de bronce en su base. Se parece a una cara humana. Una cara bastante arrugada, los ojos entornados, las mejillas flácidas a ambos lados de una nariz aguileña con una verruga en la punta. Cuando un hilillo de sangre resbala de dicha nariz, la sonrisa de Michal se esfuma.

—Célie —me advierte, pero es demasiado tarde.

CAPÍTULO 24

Mathilde

La cara sale disparada de la pared con un chasquido de dientes en el *tercer* intento de esta cabaña por morderme.

Esta vez, sin embargo, reacciono demasiado despacio y los dientes pescan mi nariz entre ellos. Un dolor atroz estalla por toda mi cara cuando esos dientes se cierran y aprietan, aprietan, *aprietan*, al tiempo que se sacuden con suavidad, como haría un perro con un hueso. Con un aullido, le doy puñetazos a ciegas. Michal tira de esa espantosa cosa de la pared hasta que aparecen sus orejas, seguidas de su cuello. Sus hombros. Su pecho y su cintura y su…

Oh.

Suelto una exclamación ahogada, con las manos aún sobre la nariz, cuando una decrépita anciana aterriza sobre la alfombra y rueda para lanzarnos una mirada furiosa. Sin una sola palabra de explicación, se sacude el tinte metálico de su generoso pecho y de las mangas de su sencillo vestido de lino. El polvo de latón vuela en todas direcciones, pero la mayor parte se asienta, de algún modo, sobre la cara de Michal, que parpadea incómodo para eliminarlo de sus ojos.

—Hola, Mathilde —la saluda con tono seco.

—Vas a pagar por la destrucción de mi propiedad, sanguijuela —le espeta ella en respuesta, al tiempo que se seca la sangre de la nariz.

—Ah, cómo te he echado de menos.

—No te atrevas a utilizar ese repugnante encanto *conmigo* como si fuésemos viejos amigos. Te dije que no volvieras y aun así aquí estás, con todo tu descaro. —Se levanta sobre unos pies inestables y se frota el trasero con un *refunfuño* irritado. Luego nos mira de arriba abajo con unos brillantes ojillos azules mientras la casa deja

de retumbar poco a poco—. Vampiros. Siempre metiendo las narices en mis asuntos.

—No estoy segura de que yo vaya a *conservar* la nariz —protesto indignada.

—Pues te está bien merecido, ¿no crees? Eso te enseñará a no meterla donde nadie te llama. ¿Cómo habéis llegado aquí siquiera?

Michal pone los ojos en blanco y se quita la sobreveste de cuero para sacudirse el polvo de latón.

—Esta casa es mía, Mathilde.

—¡Bah! Chantaje puro y duro. —Se dirige con paso cansino hasta el sofá, sobre el que se deja caer antes de apoyar sus pies rechonchos sobre una banqueta que no estaba ahí hace tan solo un momento. Parpadeo con suspicacia y echo un vistazo al resto de la habitación entre mis dedos, reacia a soltar mi nariz por miedo a revelarle a Michal un muñón de carne desgarrada y orificios nasales —. ¿Y qué significa la propiedad de todos modos, sino un derecho superficial de posesión? No, no, ningún gobierno se apoderará de esta propiedad mientras *yo* viva en ella.

Aunque Mathilde continúa hablando sin parar, dejo de escucharla en cuanto los ojos de Michal conectan con los míos. Los suyos se entornan un poco, y me pongo tensa al ver que viene hacia mí. Hace caso omiso de mis protestas y retira a la fuerza mis manos de mi cara. Mira entre ellas para inspeccionar mi nariz, con un aspecto de lo más ridículo con las mejillas cubiertas de polvo de latón, antes de sacudir la cabeza.

—Desfigurada, me temo —murmura.

—Cállate, Michal. —Lo aparto de un empujón y palpo la zona en busca de alguna señal de herida. No parece haber ninguna, y un resplandor cálido se extiende por mi pecho al ver la traicionera media sonrisa de Michal. Peligrosa es lo que es. Lo que *él* es.

Muy peligroso.

Con un poco de retraso, me doy cuenta de que he ganado la apuesta, y las posibilidades me emocionan y aterran a partes iguales.

—¿Me estáis *escuchando* siquiera? —Mathilde hace un sonido enfadado desde el sofá—. Por supuesto que no. Huele como un

maldito burdel aquí dentro.

Michal arquea una ceja en dirección a los libros desperdigados por el suelo.

—¿Estás segura de que no es *eau* de *Ordeñando al minotauro*?

Mathilde suelta un gritito indignado.

—¡Menudo descaro! ¿Irrumpís en *mi* casa, destruís *mi* salón y os atrevéis a insultar mis gustos y comodidades? Una pensaría que las hemorragias nasales y los temblores ya son suficiente. Son unas cosas *espantosas* y de lo más inconvenientes.

—Y también la razón de que estemos aquí. —Aunque Michal se gira hacia ella, se detiene en seco cuando levanto una mano para retirar el polvo de su cara. Después, por increíble que pueda parecer, se agacha un poco para facilitarme la tarea. Observo mis dedos sobre su piel como si le perteneciesen a otra persona, incapaz de retirarlos ni aunque lo intentara. Michal traga saliva.

Al instante siguiente, sin embargo, algo puntiagudo asoma entre nosotros y alancea el estómago de Michal mientras nos separamos a toda velocidad. Michal baja la vista hacia el atizador de la chimenea que Mathilde controla de alguna manera desde el sofá.

—¿Estoy interrumpiendo otra vez? —pregunta con tono mordaz—. Creía que habías venido a hacerme proposiciones a *mí*.

La mirada contrariada de Michal salta hacia ella y le quita el atizador de la mano.

Al instante, una amplia sonrisa se despliega por la cara de la bruja y menea las cejas en un gesto de lo más propio de Lou.

—¿Os digo mejor dónde está el cuarto de invitados?

Si Dios pudiese elegir *este mismo* momento para poner fin a mi existencia, quizá se lo agradecería. Sin embargo, como no lo hace, me veo forzada a pasar delante de Michal y fingir que esta situación que he creado es de lo más normal. Me planto una sonrisa radiante en la cara y cierro los puños sobre mi falda.

—Mis disculpas, *madame*. No sé en qué estaba pensando.

Mathilde se ríe con ganas.

—Yo sí.

Michal suelta un gran suspiro.

—Necesitamos información, Mathilde, y si nos la das, te

recompensaremos bien.

—Si te refieres a favores sexuales, jovencito…

—Me *refiero* —la interrumpe él— a transferirte la propiedad de esta casa a cambio de que nos des algunos consejos acerca de los retornados. En concreto, cómo matarlos.

Todo el humor que podía haber encontrado en nuestra situación se marchita para formar un nudo en mi pecho.

Del mismo modo, la sonrisa de Mathilde desaparece a la misma velocidad que apareció.

—No os voy a decir ni una maldita cosa.

—Sé razonable, Mathilde. Los retornados se están convirtiendo en un problema, incluso para ti. Esos agujeros que han abierto en el velo no solo están haciendo que el bosque llore, están haciendo que tu casa tiemble y tu nariz sangre. Supongo que también están afectando tu magia. —Michal tira el atizador a un lado, y este aterriza encima de las *comodidades* de Mathilde, que refunfuña de nuevo y cruza los brazos—. Si eso no es suficiente, también están rondando por las calles de Cesarine con una furia ciega. ¿Cuánto tardarán en encontrar el camino hasta Chateau le Blanc? ¿Cuánto tardarán en darse un festín con tu progenie?

—Mi progenie es más tonta que un poste de madera —dice, escueta—. Se merecen todo lo que puedan hacerles los retornados, y no pienso levantar ni un dedo para detenerlos.

Parpadeo en su dirección, horrorizada.

—Lou es una de las personas más inteligentes que he conocido jamás.

Mathilde se limita a hacer una mueca desdeñosa, luego se gira para apoyarse en el reposabrazos del sofá y mira irritada por la ventana de cristales romboides. Sus piernas tiemblan, aunque solo un poco.

—Entonces, no debes de conocer a demasiada gente, ¿no crees, pétalo?

Un tipo de calor diferente sube lamiendo mi columna al oírla, y un sonido de indignación brota por mi garganta. A la mierda la educación.

—No insultará a Louise le Blanc delante de mí.

—Qué conveniente. —Señala con la barbilla por encima de mi hombro—. Ahí tienes la puerta.

—Ni siquiera la *conoce*.

—No necesito hacerlo. No *quiero* hacerlo. —Levanta su nariz aguileña con una actitud testaruda, y ahí, justo en la punta, está la familiar verruga que tanto le gusta a Lou. La comparación me irrita. Esta anciana malhumorada con sus aficiones eróticas y su rencor no se merece a una nieta como Lou—. Tampoco estoy interesada en actos de matricidio.

—Dice la mujer que intentó ahogar a Morgane en un retrete —respondo acalorada.

—¡Eso fue diferente!

—¿En *qué* sentido, *madame*?

Nos fulminamos con la mirada durante un momento largo, feroces ojos verdes contra brillantes ojillos azules. Y entonces…

—Se suponía que no me iban a pescar —musita Mathilde.

—Menuda *hipócrita* asquero…

—Considéralo un favor personal hacia mí. —Michal engancha un dedo por el borde de mi corpiño y me lanza una mirada de advertencia cuando mis dientes empiezan a alargarse sin permiso. Después de todo, aún puedo oler la sangre de Mathilde y su olor es… Doy un paso atrás de pronto al cobrar conciencia de algo. Su olor me resulta extrañamente… *familiar*. Incluso el peculiar aroma de la casa y toda su magia no pueden ocultar del todo el toque subyacente a rosas. Los dedos de Michal se cierran con más fuerza alrededor de los lazos de mi corpiño—. Vamos, Mathilde. No hay muchas personas en este mundo a las que les deba favores.

—No, solo este, ¿verdad? —pregunta Mathilde con astucia. Se echa a reír cuando ve a Michal entornar los ojos—. Oh, no me mires así. ¿No esperabas que oyera tu plática ingeniosa con esta pequeña zorra? Pues entonces tal vez no deberías gritarlo por toda la isla, ¿no crees? Las noticias vuelan, *mon roi.* —Sus ojos centellean triunfales al ver la expresión asesina de Michal—. ¿O no debería llamarte así? Imagina mi sorpresa al ver a un hombre tan muerto acercarse a mi cabaña del brazo de la chica que murió por proteger. Me da la sensación de que una nota rápida a la Ciudad Vieja aclararía

cualquier malentendido.

Me muevo por instinto. Me aparto de Michal mientras me planteo la mejor forma de tirar a Mathilde por la ventana. Como si intuyese el peligro, Mathilde se levanta con una agilidad inesperada y algo antiguo se remueve en su mirada. Algo poderoso.

—Mejor que controles ese temperamento, pétalo —dice en voz baja—, a menos que quieras que yo pierda el mío.

Toco la punta de un colmillo con mi lengua.

—Le sangra la nariz otra vez.

Sus dedos nudosos se cierran.

No obstante, antes de que ninguna de las dos podamos cumplir nuestras amenazas, Michal se interpone entre nosotras.

—Yo pensaría muy bien cómo vas a proceder, Mathilde —musita con calma—. Eres una enemiga poderosa, sí —Ladea la cabeza y sus ojos centellean mientras estudia el semblante pálido de la anciana—. Pero no finjamos que soy el único aquí que preferiría que su existencia siguiese siendo un secreto.

Aunque las dos fruncimos el ceño, Mathilde no parece confusa por esa advertencia críptica. No, mira a Michal con ese mismo poder antiguo; se mueve, evalúa, prueba la verdad de sus palabras. Sin embargo, tiene poco sentido; Mathilde vive en una isla habitada por criaturas con sentidos preternaturales. Seguro que no puede esconderse de ellos por completo; en especial no con la magia rota. Mis dientes se repliegan mientras el escepticismo, y quizá un poco de vergüenza, sustituyen a ese ramalazo protector. Es *verdad* que pensé que Michal había muerto hace tan solo unas horas.

—¿Es que los vampiros no saben de su existencia, Mathilde?

—Oh, saben que una bruja poderosa vive en un extremo de la isla —admite Michal—. Saben que deben evitarla si es posible. Pero lo que no saben es quién es en realidad. *Lo* que es en realidad —añade con una inflexión significativa.

—¿*Lo* que es… en referencia a una antepasada de la *Dame des Sorcières*?

—Entre otras cosas.

Eso no es una respuesta, y todo el mundo lo sabe. En cualquier caso, antes de que pueda exigir una explicación de verdad, Mathilde

refunfuña de nuevo, se deja caer en el sofá y vuelve a acomodarse entre los cojines.

—Vaya, da la impresión de que hemos llegado a un punto muerto, ¿no crees? —Aun así, todo rastro de ese poder antiguo desaparece, sustituido por una expresión malhumorada. Cruza los brazos—. Te guardaré el secreto —declara—, pero sigo sin estar interesada en tus *favores*.

Dice esto último como si fuese una palabrota, y Michal suelta el aire despacio, como si rezara por tener paciencia.

—Todo el mundo tiene un precio, Mathilde. ¿Qué quieres, si no es mi favor ni mi casa?

La bruja frunce los labios y cruza las manos nudosas sobre su amplio pecho mientras piensa.

—Quiero mi sombrerera —dice al cabo de unos instantes.

Si esperaba una reacción a una petición tan extraña, no la obtiene. No de Michal, al menos. *Yo*, sin embargo, parpadeo perpleja en su dirección, y frunzo el ceño cuando mi confusión aumenta.

—¿Su *sombrerera*? ¿Se refiere a la sombrerera que le dio a Odessa?

—¿Que le *di*? —Se pone en pie de un salto otra vez, con una mueca a causa del movimiento; luego, levanta un dedo torcido hacia el techo—. ¡Utilizó la *coerción*! ¡Me engañó! Bien podría haberme puesto empulgueras.

—Trato hecho. —Sin una palabra más, Michal se muerde la palma de la mano y le tiende la sangre fresca a Mathilde, que la mira con suspicacia. Después de unos instantes, en los que siguen sin explicar la situación, suspira y saca un cuchillo de plata de un bolsillo para hacerse un corte en la palma de su propia mano. Mi estómago se contrae con una fascinación macabra cuando planta la palma de su mano contra la de él. Después chasquea los dedos con actitud irritada y el olor de la magia brota de nuevo. Más suave esta vez. Más persistente—. Un juramento de sangre —declara Michal, que sujeta con fuerza a Mathilde cuando esta se tambalea un poco—. Tu sombrerera a cambio de todo lo que sabes acerca de los retornados. Y de cómo derrotarlos.

La anciana parece incapaz de no replicar.

—¿Y si no sé cómo derrotarlos?

—Puesto que uno de esos retornados está atrapado dentro de su sombrerera —le digo—. Espero de todo corazón que sepa hacerlo.

Mathilde maldice y su magia palpita en respuesta, una vez, dos, antes de estallar en una nube acre de incienso y tierra. De *podredumbre*. Solo entonces suelta a Michal con una mueca feroz.

—¿He mencionado ya cuánto odio a los vampiros?



De un modo muy similar a la desordenada cabaña de Mathilde, su jardín rebosa follaje de todos los tamaños, formas y colores. Hay flores Barba Azul, sí, pero también rododendros, azaleas y rosas trepadoras. Tres peonías. Glicinias malvas. Todo ello forma una especie de barrera natural contra el resto del bosque y rodea el huerto (con lechugas, zanahorias, coliflores, puerros, champiñones y una docena de plantas más cuyos nombres ignoro) junto con un pequeño patio adoquinado. Un estanque salpicado de pétalos y lleno de lirios y ranas completa la escena, que podría ser idílica.

Podría ser porque, trágicamente, todo está muerto.

Todo excepto el oso.

Intento no mirarlo mientras camina alrededor del borde del agua. Luego hace hincapié en darnos la espalda, antes de tumbarse sobre la barriga y soltar un suspiro contrariado.

Por encima de todo ello, flota un olor a podredumbre y rosas.

Michal y yo nos sentamos con una reticente Mathilde alrededor de una mesa de hierro oxidada debajo de un sauce. Las ramas, quebradizas y negras, ondean con suavidad en lo alto mientras ella pide que le traigan café.

—Eh… —Echo un vistazo dubitativo hacia la cabaña—. ¿Tiene cocinera, *madame*? No vi a nadie cuando…

—¿… registrasteis mi casa? —Mathilde tamborilea con sus dedos nudosos sobre el tablero de la mesa—. Niñata metomentodo. Y no soy tu *madame*.

Vale.

Aprieto los dientes con una sonrisa, decidida a sobrevivir a esta

conversación sin lanzarme a las fauces del oso.

—¿Vamos directos al grano, entonces? ¿Puede hablarnos de los retornados?

—Acabo de pedir café —espeta irritada.

—Sí, ya lo sé, pero como hemos establecido que no hay ayudantes en la casa…

—¿Quién ha establecido eso? No pongas nunca palabras en mi boca, niña tonta. *Por supuesto* que tengo ayudantes. Solo porque *tú* no los vieras o los oyeras no significa que no existan. —Suelta un resoplido brusco por la nariz—. ¿Quién te crees que soy?

La puerta trasera se abre antes de que pueda responder, y *de verdad* que quiero responder, pero tengo que cerrar la boca de golpe al ver un carrito del té salir al jardín por sí solo. Sobre él, una cafetera y cuatro boles disparejos rebotan de cualquier manera junto con un azucarero y una jarra de leche. Los últimos dos van derramando su contenido con un abandono despreocupado, dejando un rastro dulce al paso del carrito. Mathilde refunfuña en su dirección, antes de chasquear los dedos. A continuación, una fregona sale disparada por la puerta, pero cae con estrépito a mitad de camino. Aunque Mathilde chasquea los dedos una, dos, tres veces, el artilugio se niega a moverse y la anciana frunce el ceño ante su nueva hemorragia nasal.

—No se te ocurra hacer nada —espeta cortante cuando mis ojos siguen por instinto el camino de la sangre. Al oír su tono, levanto las manos en un gesto aplacador. Porque Mathilde y su magia no son asunto mío. Estamos aquí para aprender cosas sobre los retornados y, por alguna razón, parece que ella es la única autoridad en la materia. Lo cual significa que debería morderme la lengua; no debería meterme donde no me llaman.

Por desgracia, nunca se me ha dado bien hacer ninguna de las dos cosas.

—*¿Duele?* —Incapaz de evitarlo, hago un gesto incrédulo de su nariz a la fregona y al carro del café, que se estremece antes de detenerse a un palmo de nosotros. La cafetera da la impresión de gemir—. Está claro que la magia se ha roto. Solo escuche a ese *recipiente*. Entonces, ¿por qué continuar usándola cuando la afecta

de este modo?

Mathilde me mira como si me hubiese vuelto loca.

—Porque soy una bruja.

—Sí, pero…

—Deja de complicar las cosas, pétalo —me aconseja—. Soy una bruja. Para bien o para mal, la magia es parte de mí. No puedo ignorarla más de lo que un *loup garou* puede resistirse a la atracción de la luna. —Suelta un resoplido desdeñoso antes de tirar del carro hacia ella—. Pero ¿qué estoy diciendo? Esa respuesta no significará demasiado para alguien como *tú*.

La miro y parpadeo. Odio reconocer que tiene razón: significa muy poco.

—¿Porque no soy una bruja?

—Porque eres una vampira que todavía cree que es humana. —Sus ojillos brillantes vuelan hacia Michal mientras yo me pongo tensa. Sus labios se retuercen con una desaprobación rápida—. Y no hay nada más peligroso que fingir ser algo que no eres. ¿No es cierto, sanguijuela?

En lugar de responder, Michal echa un vistazo al jardín con su indiferencia habitual. Sin embargo, sé que sus palabras han dado en el blanco, porque algo cambia en sus ojos. Algo se endurece, su máscara impenetrable vuelve a colocarse en su sitio. Y la *odio*. Esa diferencia en él, aunque sutil, roza mi nuca como un bloque de hielo y tengo que hacer un esfuerzo por reprimir un escalofrío. Cuando aprieto mi pie sobre el suyo por debajo de la mesa para instarlo a girarse hacia mí, me lanza una mirada inquisitiva y arquea una ceja.

—Un café sería maravilloso, ¿verdad? —pregunto, fingiendo que Mathilde está siendo una anfitriona cortés en lugar de estar provocándonos.

Michal no hace tal esfuerzo.

—Nosotros echamos sangre en el café —le dice con frialdad—. ¿Me la estás ofreciendo?

El rostro arrugado de Mathilde se ilumina con una sonrisa, y luego se inclina hacia delante con ademán conspirador.

—¿Te lo beberías si así fuera? He oído rumores bastante malvados de que harías lo contrario, pero una nunca sabe. Debe dar mucha

sed que te arranquen el corazón del cuerpo.

Y me ha llamado a *mí* niñata metomentodo.

Michal se echa hacia atrás en su silla, su expresión astuta.

—Has hablado con Mila.

—Es posible que se deje caer por aquí de vez en cuando.

Sin dejar de reírse, Mathilde agarra un plato descascarillado repleto de *croissants* blandos como la mantequilla. Si es posible, mi confusión aumenta aún más… porque mi cuerpo recuerda haber comido *croissants*, sí, y por la extraña punzada de hambre que siento a continuación, pero también por el giro brusco en la conversación.

—¿Cómo puede *usted* hablar con Mila? —le pregunto.

Mathilde entorna los ojos al oír el tono de mi voz, antes de agarrar un bol y llenarlo hasta el borde de humeante café negro.

—Porque soy una Novia de la Muerte —declara, encorvada sobre su café.

—¿Qué?

—¿Creías que eras la única? —Da un sorbo con actitud engreída—. Los jóvenes. Siempre tan vanidosos.

—Yo… —Mi mirada incrédula se desliza hacia Michal, que no revela nada mientras Mathilde pesca un *croissant* del carro. Lo empuja entonces contra mi codo, un poco más fuerte de lo necesario, pero la ignoro y presiono con más fuerza sobre el pie de Michal—. ¿Tú sabías esto?

—No hasta que llegaste aquí.

Ahí me doy cuenta de cuándo fue.

—Aquella noche que te fuiste del castillo… —Mi voz se pierde en el aire mientras rememoro un tiempo diferente, una vida diferente, cuando Michal me advirtió, aún humana, que no deambulara por la isla sin él—. Cuando dijiste que tenías asuntos que atender en otra parte, viniste aquí, ¿verdad? A interrogar a Mathilde sobre mí. —Michal asiente con la cabeza—. *¿Por qué?*

—Tu olor se parece al de ella. —Levanta un hombro, pero el movimiento es demasiado tenso para ser indiferente—. Lo reconocí casi al instante, aunque en ese momento no sabía lo que significaba.

Mathilde disimula una sonrisilla de suficiencia detrás de su bol de

café.

—Deberías haber arrancado una hoja de mi libro, pétalo, y mantenerte escondida. Puede que a la Muerte le gustemos, pero nunca sucede nada bueno por que otra gente lo sepa.

—Oh, esto otra vez no —dice Guinevere con voz aburrida, y nos giramos todos al unísono hacia el sonido—. Tú nunca le *gustaste* a la Muerte y, para ser alguien que dice no querer compañía, tu jardín siempre parece ocupado.

Al instante siguiente, sube flotando por el estanque y pone los ojos en blanco al ver al oso. Yo me sobresalto con su presencia inesperada, al tiempo que recuerdo la última vez que la vi. O, más bien, la última vez que *soñé* con ella, viva, mientras bailaba del brazo de un D'Artagnan humano. *Ten cuidado con tu hermana*. Un escalofrío de inquietud baja reptando por mi columna cuando la miro ahora, pero al menos los ojos de Michal todavía brillan plateados también.

Un consuelo extraño.

—¿Qué… qué estás haciendo aquí, Guinevere? —pregunto irritada.

—Lo mismo que él. —Hace un gesto contrariado con una mano en dirección al oso, que le gruñe con los ojos cerrados—. Aunque yo nunca elegiría un oso como disfraz. Un cisne, quizá —musita pensativa, al tiempo que echa un vistazo al estanque—, pero ¿cómo no ibas a reservar tu ira para mí, hiciera lo que hiciese? Qué típico. ¿Puedo preguntar dónde *debería* estar, Célie querida? Los refugios seguros como este empiezan a escasear.

—¿Refugios seguros? —pregunta Michal de repente.

Guinevere abre mucho los ojos, con sorpresa y deleite al darse cuenta de que puede verla.

—Pero bueno, *hola* de nuevo, Michal. Vaya, vaya, vaya, qué fortuita ha resultado esta invitación. —Guinevere se instala en la cuarta silla de la mesa y le lanza a Michal una mirada coqueta, hace aletear las pestañas y enrosca un bucle alrededor de su dedo. Cuando él le devuelve la mirada, inexpresivo, la sonrisa de la primera vacila un poquito. Parpadea confusa, antes de deslizar sus ojos plateados hacia mí. Los abre como platos, horrorizada.

—¿Por qué no lo estás tocando? ¿Por qué puede verme, Célie?

¿Qué has *hecho*?

Michal sí que sonríe ahora, una sonrisa tan afilada como un cuchillo.

—Creo que ya lo sabes, Guinevere.

Se produce un momento de silencio.

Guinevere parece hincharse, antes de levantarse disparada de su silla indignada. Abre y cierra la boca como un pez, mientras Mathilde se echa a reír y casi se cae de su propia silla.

—Esto es… No puedes… Michal, ¿cómo has *podido*? —aúlla Guinevere mientras se retuerce las manos y Michal pone los ojos en blanco—. Te he *esperado*. Me he *reservado* para cuando tú…

—¿*Reservado*? —Mathilde se desternilla de risa ahora, dando golpes con el puño sobre la mesa de hierro—. ¡Ja! Llevas compartiendo tu éter con todo el mundo de aquí a Amandine desde hace quinientos años. La cosa no habría funcionado nunca entre vosotros. Este prefiere una ingenua. —Señala con el pulgar a Michal antes de chasquear los dedos de nuevo. Un libro choca con algo dentro de la cabaña, luego rebota contra el marco de la puerta y sale volando al jardín, solo para cruzar directo a través de la frente de Guinevere. Michal lo atrapa al vuelo por acto reflejo.

—*Las muertes grandes y pequeñas: la guía de un fantasma para su satisfacción personal* —lee con tono seco, al tiempo que arquea una ceja—. Una lectura especializada.

Mathilde inclina la cabeza sin dejar de reír, de lo más orgullosa de sí misma.

—Para tu placer, Guinevere.

El bochorno hace que la sangre de Michal trepe por mi cara y pinte mis mejillas de escarlata. Porque esto ha llegado a un punto ridículo. Arranco el libro de manos de Michal y lo lanzo de vuelta dentro de la cabaña.

—Podemos hablar de la satisfacción personal en otro momento. Ha hecho un juramento de sangre para hablarnos de los retornados, Mathilde.

La anciana agita un dedo nudoso por el aire.

—Ah, pétalo, pero nunca dije *cuándo*. —En cualquier caso, al ver la mirada sombría de Michal, su sonrisa torcida se diluye y vuelve a

refunfuñar contrariada—. Oh, *vale*. Menudos aguafiestas.

Aun así, se toma su tiempo para pescar la hoja ennegrecida de su café antes de verter el resto sobre sus azaleas muertas, que se beben el líquido con ansia, se estremecen y crecen otro par de centímetros. Después, vuelve a hablar.

—Eres una Novia de la Muerte —dice Mathilde a regañadientes—, así que conoces los requisitos. Yo debería haber muerto a la tierna edad de nueve años. Resbalé y caí directa desde un risco en La Fôret des Yeux. Me abrí la cabeza, pero la Muerte eligió salvarme la vida en forma de Josephine Monvoisin.

Cuando suelto una exclamación, ella asiente con una alegría sombría. Guinevere suspira, corta una flor de azalea de una rama y la remete por su escote. Luego le lanza una mirada suplicante a Michal.

Él cierra los ojos con actitud sufrida.

—Ella me encontró al pie del acantilado, y debió de percibir la presencia de la Muerte… Siempre estuvo un poco *demasiado* interesada en ella, me parece a mí. Obsesionada, incluso. —Mathilde se encoge de hombros y hace una pausa dramática para sorber los posos de su bol con deleite—. A mi propia madre no le importaba si yo sobrevivía o moría, así que Josephine insistió en que volviera al campamento de las brujas de sangre con ella y ese espectro suyo. —Chasquea los dedos, inquieta, mientras trata de recordar su nombre.

—Nicholina —dice Guinevere de memoria.

—¡Eso! —exclama Mathilde, triunfante—. Nicholina. Nunca me gustó.

—No parece que le guste nadie —señalo.

—No te equivocas, y con razón. Josephine me acogió como una especie de aprendiza de modo que podía pincharme y extraer mi sangre a cada oportunidad que tenía. —Mathilde hace una mueca—. Yo era solo una niña, así que le permití hacerlo. Aunque no veía el momento de librarme de ella, así que aproveché la oportunidad de volver a Chateau le Blanc cuando mi querida y anciana *maman* murió. Me fui sin mirar atrás. —Vacila unos instantes con una consideración sorprendente, mientras se da unos golpecitos en la

barbilla vellosa—. Aprendí mucho de ella. Era una mujer malvada, desde luego, pero más poderosa de lo que debería serlo nadie.

—¿Y alguna vez *leyó* el grimorio de Josephine?

Mathilde se regodea con un orgullo evidente.

—Por supuesto que lo leí. Puede que ella fuese poderosa, pero yo era una cosita valiente, incluso entonces. Me colaba en su tienda y lo ojeaba a cada ocasión que se me presentaba. Intenté arrancar una página una vez, pero esa maldita cosa se negó a dármela. Así que opté por copiarla. —Con una mueca y un gesto rápido de la muñeca, una solitaria hoja de papel aparece entre sus dedos—. Después de todo, ella se había llevado mi sangre para ello.

Amarillento por los años, el pergamino muestra una caligrafía infantil en descolorida tinta negra, con un título familiar en la parte superior:

UN HECHIZO PARA RESUCITAR A LOS MUERTOS

Lo reconozco al instante, y me inclino hacia delante para quitarle la hoja de los dedos. Luego la examino con ansiedad. Las marcas hechas por Frederic no están en esta versión, porque Mathilde debió de copiar el hechizo antes de que él naciera, pero la escalofriante anotación *Sangre de la Muerte* sigue en el mismo sitio. Giro la página en busca de algo más, algo nuevo sobre los retornados, pero no encuentro nada. Michal se inclina para examinarlo por encima de mi hombro, e incluso Guinevere deja de enroscar el mechón de pelo alrededor de su dedo para escuchar.

—¿Esto es todo? —Miro a Mathilde, abatida—. ¿De… de verdad no sabe cómo derrotarlos?

—Más palabras puestas en mi boca —dice irritada, antes de recuperar la hoja de malos modos—. Has preguntado por su grimorio y yo te he contestado. Lo que has olvidado, niña tonta, es que viví con La Voisin. ¿Crees que dejé que me robara la sangre sin averiguar cómo la utilizaba? ¿Crees que no conocía sus trucos? *Por supuesto* que los conocía. Aquella noche la seguí y vi cómo resucitaba a ese cadáver. También vi cómo el resucitado estuvo a punto de dejarla inconsciente de un golpe y cómo le daba un

mordisco en la pierna antes de que ella consiguiera matarlo de nuevo. De un modo permanente esta vez.

—¿Cómo lo hizo? —pregunta Michal con un toque afilado en la voz.

Sin embargo, algo susurra en el fondo de mi mente, más insistente a cada palabra que dice la anciana. Hasta ahora no lo había pensado nunca, jamás me había cuestionado cómo habían llegado a existir ninguno de los hechizos del grimorio de La Voisin. Ahora, en cambio, al hilo de la explicación de Mathilde, parece muy obvio: *por supuesto* que La Voisin puso cada uno a prueba. No habría anotado ninguno de ellos en su preciado grimorio si no hubiesen demostrado funcionar, lo cual significa…

—¿Abrió también un agujero en el velo? —pregunto con tono urgente. Los ojos de Mathilde vuelan hacia los míos.

—*Esa*, pétalo, es la más interesante de las preguntas.

El oso del estanque levanta la cabeza.

—Cuando Josephine resucitó a ese pobre hombre, hizo un desgarrón en el velo, sí, pero uno *pequeño* que se arregló solo en el instante en que incineró el cadáver. Lo convirtió en polvo —añade, en respuesta a la pregunta de Michal—. *Fuego*. Eso matará a cualquier criatura que sea un muerto viviente, ¿no es así? Cenizas a las cenizas y todo eso. Vampiros, retornados… Al final, no importa. —Agita una mano para restarle importancia, pero nada en sus palabras me parece trivial. En lugar de eso, me hormiguea la piel por las implicaciones. Peor aún es ese susurro en el fondo de mi mente. Insiste en que lo mire, en que reconozca su presencia, pero me niego. Me alejo de él por instinto.

Cuando Josephine resucitó a ese pobre hombre, hizo un desgarrón en el velo, sí.

Se arregló solo en el instante en que incineró el cadáver.

Aunque los duros ojos de Michal se posan en mi cara, también me niego a mirarlo a él.

—¿No hay forma de ayudarlos? —pregunta—. ¿Solo la muerte?

Mathilde lo atraviesa con una mirada significativa.

—Ya están muertos, Michal. Solo podemos evadirla durante un tiempo. Evadirlo *a él*. Nadie vive para siempre.

Una especie de peso se asienta sobre el jardín con sus palabras, e

incluso las plantas parecen marchitarse un poquito más.

Mathilde no parece darse cuenta; en lugar de eso, continúa sin inmutarse.

—Pero el desgarrón de esa noche no es nada *(¡nada!*) comparado con lo que sea que se abriera la víspera de Todos los Santos. Jamás había sentido nada parecido, lo cual me lleva a creer que algo salió mal con ese hechizo de Frederic. —Hace una pausa significativa, sus ojos brillantes cuando busca los míos—. O algo salió muy, pero muy bien.

Ni Michal ni yo cuestionamos cómo sabe lo de la gruta y lo de Frederic. Esta es justo la información que necesitábamos. Mathilde nos ha proporcionado una manera de proteger Requiem, también Belterra, y ahora podemos empezar a arreglar todos esos pequeños desgarrones de los que habló Mila. *Fuego. Eso matará a cualquier criatura que sea un muerto viviente, ¿no es así?*

Entonces, ¿por qué me siento tan mal al respecto?

Me trago el nudo de mi garganta antes de volverme hacia Michal.

—¿Tú qué opinas?

Guinevere flota hasta el reposabrazos de la silla de Michal, apoya la barbilla en un puño y lo mira furiosa con un resentimiento flagrante.

—Sí, Michal, ¿qué opinas *tú* sobre tu amante muerta y su hermana, también muerta?

Me encojo un poco al oír eso, pero Michal la ignora. Me mira con atención durante un momento largo, o quizá sea solo un segundo, antes de que su mirada se deslice más allá de mí, hacia el estanque. Aprieta la mandíbula.

—Opino que es hora de marcharnos.

Parece que nuestra tregua ha terminado.

El nudo de mi garganta se expande, casi me ahoga ahora. No consigo moverme. No consigo obligarme a partir. Cuando lo haga, todo cambiará de nuevo; todo se romperá.

Solo podemos evadirla durante un tiempo.

—La primera cosa agradable que dices en toda la mañana. —Sin más rodeos, Mathilde planta las manos sobre la mesa y las usa para ponerse en pie—. D'Artagnan os acompañará fuera de mi propiedad.

—¿D’Artagnan? —Frunzo el ceño y miro hacia el oso, que se levanta con movimientos pesados. Como era de esperar, los ojos del oso… de *él*… lucen con un familiar brillo ambarino entre el espeso pelaje negro de su cara. Cuando hace un extraño sonido estrangulado que suena como una risa, reconozco su voz. Sus dientes afilados. Se me cae el alma a los pies.

—Te dije que tuvieras cuidado con tu hermana.

CAPÍTULO 25

Le Lien Éternel

Tomamos una ruta diferente de vuelta al castillo: evitamos el arroyo y optamos en cambio por abrirnos paso por una zona con una maleza muy densa. El nerviosismo hace que me hormiguee la piel mientras evito la mirada de Michal, pero a cada paso que damos, siento cómo su determinación se endurece, igual que han hecho las lágrimas en nuestra ausencia.

El bosque entero brilla cubierto de hielo.

Las lágrimas centellean desde las ramas como cristales diminutos, lisos y afilados, y preferiría clavarme cada uno de ellos en los ojos antes que tener esta conversación. Suelto una bocanada de aire lenta e invernal, mientras busco algo que decir que no implique a mi hermana. Algo para posponer esta conversación solo un poco más.

—Entonces… eh… ¿por qué crees que ha sucedido —comienzo, y hago un gesto impotente hacia los helechos de medio metro que nos rodean por los cuatro costados— todo *esto*? —Cuando sus ojos negros vuelan hacia los míos cargados de incredulidad, añado deprisa—: Lo del hielo, quiero decir. Las lágrimas se han, bueno… congelado. Aunque es obvio que eso ya lo ves tú solo.

Michal sacude la cabeza.

—Célie…

—El velo debe de estar afectando la temperatura. Vi un pequeño agujero hace un rato por el que ha debido de colarse un retornado, y el reino de los espíritus… es mucho más frío que el nuestro. Parece que ahí siempre está nevando, o tal vez sea solo ceniza… Nunca he sido capaz de discernirlo, pero eso explicaría por qué están cayendo en picado las temperaturas aquí. —Las palabras salen por mi boca más deprisa de lo estrictamente necesario, después más deprisa aún, hasta que farfullo con una risita nerviosa que trepa ardiente por

mi garganta—. Aunque es bonito, ¿verdad? Todo este hielo. Me hace pensar en regalos de Yule y bufandas blancas como la nieve, en palacios de hielo y naranjos y… y… —Con eso me tropiezo y casi resbalo sobre una roca entre los helechos, pero la mano de Michal sale disparada para agarrarme del codo.

Quema mi piel a través de la seda violeta de mi manga.

—Célie. —Un músculo se abulta en su mandíbula cuando me mira desde lo alto y, por un momento, algo blando, casi vulnerable, oscurece sus rasgos. Me preparo para lo inevitable, aunque mis pensamientos buscan a la desesperada otra cosa, *cualquier* otra cosa, para posponer sus siguientes palabras—. *Moje sunce*. Tenemos que hablar de Filippa.

Filippa.

Cierro los ojos despacio cuando su nombre flota entre nosotros, tan frágil como los copos de nieve que empiezan a caer. Aunque no siento su frío, sí siento su humedad, y cada uno besa mi cara como un recuerdo. Filippa entrelazando los dedos con los míos mientras corremos hacia el río con barro en las botas y hojas en el pelo. Riendo. Bailando.

Filippa con la cabeza agachada sobre un libro de cuentos, pendiente de cada palabra de la página.

Filippa pelando una naranja para mí. Filippa llorando. Filippa lanzando un cuchillo a mi espalda. Filippa de pie por encima del cuerpo roto de Frederic, una mano apretada sobre su tripa mientras da media vuelta sin decir una sola palabra.

Mis ojos se abren de golpe con esta última imagen y los copos de nieve se posan en mis pestañas; empañan mi visión hasta que lo veo todo blanco. Ese maldito nudo se expande otra vez en mi garganta, pero me lo vuelvo a tragar.

Porque ahora mi hermana es una retornada, y ninguna cantidad de lágrimas cambiará eso. Según Mathilde, cada retornado debe morir a fin de arreglar el velo, de arreglar el orden natural, el *mundo* natural. Pero ¿cómo puedo condenar a mi propia hermana? ¿Cómo puedo enviarla de vuelta a la tumba que nunca se mereció?

Cuando Michal retira la nieve de mis ojos con manos suaves, una ira inexplicable abre mi pecho en canal. Porque no es justo. *Nada* de

esto ha sido justo, y no he tenido ni una sola elección en nada de ello. De repente, todo se vuelve demasiado, demasiado *doloroso*, y me aparto de su mano como si me hubiese dado una bofetada.

—No.

Aunque un músculo se aprieta en su mandíbula, sus dedos se aferran a los míos, se niega a dejarme ir.

—Ya has oído a Mathilde, Célie. El velo no se va a arreglar solo.

—A lo mejor no me importa. —Levanto la barbilla para asegurarme de que oye cada una de mis palabras—. No voy a hablar de esto contigo.

—¿Por qué? —Su voz se endurece de un modo casi imperceptible, pero aun así lo oigo. Lo *siento*—. Creía que éramos *amigos*.

—*Somos* amigos.

—¿Y los amigos no se comunican? —Se acerca un poco más, como si fuese incapaz de reprimirse, y el calor invade mi tripa con ese pequeño movimiento—. ¿Los amigos no confían el uno en el otro para ayudarse? ¿Para decir la verdad?

La verdad. Incluso las palabras me dan ganas de reír, o quizá de gritar. Porque Michal y yo no hemos dicho la verdad nunca, al menos no por completo, y nunca el uno al otro. Desde que nos vimos por primera vez fuera de ese cementerio, hemos bailado alrededor de lo que sea esto entre nosotros, ignorándolo cuando es posible y disfrazándolo con juegos y preguntas cuando no. Nunca hemos sido honestos, pero ¿*ahora* quiere que hablemos abiertamente? Cuán conveniente cuando implica a mi hermana en lugar de a él.

En lugar de a *nosotros*.

—¿Quieres que nos comuniquemos? ¿Quieres decir la verdad? Perfecto. —Agarro su camisa y me pongo de puntillas para hablar directamente contra sus labios. No me paro a examinar ese instinto, a cuestionar los medios o el fin—. Háblame de lo que pasa al compartir sangre.

Michal entorna los ojos.

—Eso no es a lo que me refería.

—Pues es a lo que *deberías* referirte, ¿no crees? Quiero decir, todo el mundo parece tener una opinión al respecto, pero yo todavía no he oído demasiado sobre ello de *tu boca*. —Antes de que pueda

decir nada, sigo hablando sin pensar. Sin aliento—. Tus ojos han brillado como los míos, has podido ver a Mila y a Guinevere sin tocarme y te alcancé durante nuestra carrera de antes, cosa que has dicho que no había ocurrido nunca. ¿Es a eso a lo que te referías cuando dijiste que los vampiros cambian cuando se alimentan unos de otros? ¿Asumen las habilidades de la otra parte?

Su agarre se vuelve un poco posesivo.

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

Cuando vacila, me acerco aún más, hasta que mi pecho roza su estómago. Esta conversación debería importarme. Debería importarme mucho, pero lo único en lo que parezco capaz de pensar es en ese pequeño punto de contacto entre nosotros… La forma en que sus músculos abdominales se contraen con el roce de mis pechos, la forma en que sus manos se deslizan desde mis muñecas hasta mis codos…

—¿Qué otras cosas, Michal? —susurro.

Al oír mi voz, maldice en voz baja y me suelta como si lo hubiera quemado. Luego se aleja hasta el árbol más cercano. Los árboles crecen más separados en esta zona, enormes y primitivos, lo cual me da tiempo de sobra para ir tras él. Cosa que hago. De inmediato. Lo agarro del brazo.

—Solo *dímelo* —insisto.

Se gira de nuevo al sentir mi contacto, y cualquier persona en su sano juicio huiría si alguien lo mirase desde lo alto con una expresión tan fiera. Al parecer yo no estoy en mi sano juicio, puesto que ver su intensidad, una *emoción* tan cruda de alguien tan controlado, tan frío… solo envuelve mi cuerpo en un calor nuevo.

—Se llama *Le Lien Éternel* —dice con voz tensa—. Lo que estamos haciendo, lo de compartir sangre, forma el Vínculo Eterno, y debemos parar antes de que sea demasiado tarde. —Al ver mi expresión embelesada, resopla con brusquedad—. Por favor, deja de mirarme así.

—¿Y si no lo hacemos?

¿Y si yo no lo hago?

Con otra maldición, se pasa una mano por el pelo, y no puedo

evitar mirar extasiada su cabello enmarañado. ¿He visto a Michal desaliñado alguna vez? Lo he visto roto y sangrando, sí, y en varios estados de desnudez, la ropa manchada y desgarrada, pero creo que nunca lo he visto tan… tan confuso, tan *aturullado* como está ahora. El hombre se ha ido poniendo más y más nervioso desde que nos marchamos de la cabaña de Mathilde, quizá incluso desde antes de eso, y una emoción inexplicable me invade al ver su estado. Al verlo *a él.*

La reacción debe de reflejarse en mi cara, porque la suya se oscurece. Mira a nuestro alrededor por el claro, cierra esos dedos fríos sobre mis brazos y nos conduce hasta el refugio del árbol más cercano. La corteza gélida araña mi espalda mientras él me habla en voz baja.

—Cuanto más tiempo se alimenten dos vampiros el uno del otro, más fuerte se hace ese vínculo, hasta… —En ese momento, duda y clava sus ojos negros y ardientes en los míos.

—¿Hasta qué? —pregunto, y aprieto bien mi cuerpo contra el suyo.

—Hasta que se vuelve irrevocable.

—¿Irrevocable?

—Necesitarás mi sangre para sobrevivir. Y yo necesitaré la tuya.

—Oh. —*Oh*. Sus palabras penetran en la neblina de mis pensamientos demasiado despacio, pero, cuando lo hacen, actúan como agua helada sobre el calor de mi tripa. Las llamas sisean y se retuercen hasta dejarme más fría, los sentidos un poco más atenuados que antes. Levanto la vista hacia Michal y parpadeo, mientras la cruda realidad que ha descrito se asienta sobre nosotros. *La verdad*.

Un vínculo irrevocable. Uno eterno.

Por primera vez desde la víspera de Todos los Santos, el abismo de la eternidad se extiende ante mí, enorme e interminable. *Eterno*. Debería haberme percatado antes de lo que significa esa palabra. Debería haberme percatado de lo que sería para una vampira. Y quizá *sí* que lo hice, pero no… no de un modo consciente. Nunca imaginé los años reales, el mundo y su gente en un flujo constante, siempre cambiando, evolucionando, mientras yo permanezco igual.

Y Michal…

Lo miro, incapaz de encontrar las palabras durante unos momentos, ahora que por fin veo ante mí este gran futuro sin nombre.

Michal ya lo ha vivido. Durante cientos de años, ha caminado por esta tierra, ha experimentado cosas con las que yo no podría ni soñar, ha corrido aventuras, ha conocido a todo tipo de personas y criaturas y monstruos. *Y los ha amado*, dice esa vocecilla maliciosa en mi cabeza. Por instinto, me alejo un poco de esa idea; porque por supuesto que Michal ha tenido relaciones íntimas antes de ahora, antes de *mí*… Es probable que docenas de ellas, montones incluso. La idea de esas personas guapas y sin rostro me deja aún más fría que antes.

Yo he querido a dos personas en toda mi vida, y ambas relaciones terminaron con un abrir y cerrar de los ojos de Michal.

Irrevocable.

La palabra todavía reverbera entre nosotros en la quietud del claro. Adquiere un significado bastante distinto cuando se combina con una vida eterna. Porque ¿quién soy *yo* para tomar una decisión tan crucial? No soy Michal y, por instinto, sé que no soy una de sus amantes habituales. Sigo siendo solo Célie, únicamente Célie, y hace menos de dos semanas que soy vampira.

Al ver mi expresión, se aparta con movimientos rígidos.

—Debes de arrepentirte de haberme conocido.

—Yo no he dicho nunca eso.

—Pero es lo que *deberías* decir, ¿no? —Busca mis ojos antes de repetir mis palabras anteriores—. ¿Es lo que deberías querer?

Aunque pronuncia la última frase como una pregunta, no puedo evitar sentir que no pretende que lo sea. «No deberías quererme, Célie» es lo que parecen decir sus ojos, y una parte de mí aún lo cree. Parte de mí sabe que debería huir lo más lejos y rápido que pueda de Michal Vasiliev. Pero la otra parte da un paso hacia él.

—¿Me vas a decir cuándo se forma este vínculo místico? —le pregunto—. ¿O ha sucedido ya? —Me invade un pensamiento repentino y desagradable—. ¿Esa es la razón de que…? —*Ay, Dios*. Lo miro boquiabierta mientras ese calor trepa más arriba, hasta el punto de casi estrangular mis palabras—. ¿Esa es la razón de que

esté *sintiendo* todas estas cosas por ti? ¿Se deben a este Vínculo Eterno?

—Nos hemos alimentado el uno del otro una vez —dice Michal con una paciencia apenas velada—. Odio ser yo quien te lo diga, mascota, pero cualquier cosa que estés *sintiendo* por mí es cosa tuya, no del vínculo.

—¿Cosa *mía*? —Aunque hago ademán de pasar por su lado, de alejarme de él, mis manos agarran su sobreveste y tiro de él hacia mí. Sus dedos se entrelazan con los míos—. Todo lo que está pasando es cosa *tuya*. Tuya y de tus… tus ojos y tu lealtad y tu estúpido hoyuelo. —Sus cejas se fruncen al oír eso, pero continúo hablando antes de que él pueda decir nada—. ¿Cuándo sucede, Michal? ¿Cuándo se vuelve permanente este vínculo entre nosotros?

—No quieres saberlo.

—*Dímelo*.

—Cuanto más fuertes sean las emociones implicadas, más deprisa sucede, pero nadie puede predecir el momento exacto. —Aparta los ojos de los míos con la actitud de alguien que quiere recuperar el control de la situación. Al parecer, no puede mirarme para hacer eso. Tampoco puede tocarme. La idea me llena de una oleada de euforia, como también lo hace la idea de que el vínculo no se ha formado todavía. Si dejamos de beber el uno del otro, no sucederá nunca. No tiene que cambiar nada entre nosotros. O al menos, no *eso*—. No volveré a alimentarme de ti —declara entonces, como si se hiciese eco de mis pensamientos.

Al instante, la imagen de él alimentándose de Arielle, o de *cualquier* otro, surge en mi mente como una serpiente a punto de atacar. De todos modos, la aparto a un lado.

—Bien. De acuerdo. Tal vez Arielle permita que yo también me alimente de ella. Parecía disfrutar bastante de *tus* atenciones…

—Tengo la intención de cumplir mi palabra, Célie —dice con una voz baja y letal—. Nuestro trato sigue en pie. Puedes alimentarte de mí hasta que aprendas a controlarlo.

—Oh, no. —Clavo un dedo en su pecho, y esa sensación de euforia aumenta cuando me mira ceñudo desde lo alto—. Oh, no, no, no. Me alimentaré de quien quiera, cuando quiera, y nada de lo que

puedas decir me detendrá.

Los ojos de Michal centellean de un modo peligroso mientras se acerca y su cuerpo poderoso acorrala el mío contra el árbol de nuevo.

—Muy bien, Célie. Como quieras. —Después, continúa con una sinceridad cortante—. En cualquier caso, hablaba en serio antes. Lo que sucedió en los túneles… Eso no puede volver a ocurrir. No importa si eliges alimentarte de mí o de otra persona, yo no volveré a tomar ni una sola gota más de tu sangre. —Sus ojos negros se deslizan hacia mi cuello—. Sin importar lo tentadora que puedas ser.

Parpadeo en su dirección, sorprendida.

—¿Tentadora?

Aunque no aclara lo dicho, el calor inunda mi cuerpo solo con esa palabra, y nos miramos bajo las ramas del tejo congelado. El momento se prolonga, lo bastante tenso como para saltar por los aires. Al final, encojo un hombro con actitud indiferente e intento no temblar bajo el peso de su mirada.

—Muy bien —digo sin más—. No puedes volver a alimentarte de mí.

—Muy bien —repite él—. Nunca más.

Y lo beso.

CAPÍTULO 26

Irrevocable

En el instante en que nuestros labios se tocan, su cuerpo entero se pone en tensión y un ruidito grave de sorpresa reverbera en su garganta. Lo siento por todo el cuerpo, hasta que llega a las puntas de mis pies. Lo siento *a él*. Tiro de él y casi trepo por su pecho en un esfuerzo por llegar mejor a sus labios, por deslizar las manos por debajo de sus brazos y envolverme a su alrededor. La parte racional de mi mente me grita que pare, pare, *pare*. Que lo suelte ahora y retroceda despacio, que finja que no ha ocurrido nunca. Pero por una vez en mi vida, no *quiero* ser racional. No quiero parar. Solo por esta vez, quiero olvidarme de los muertos vivientes y los vínculos esotéricos y quiero besar a Michal mientras el mundo entero se desintegra.

Al segundo siguiente, sin embargo, sus manos se cierran en torno a mis muñecas de nuevo y tira hacia atrás con una contención cuidadosa.

—Célie, no podemos…

—¿Por qué no podemos? —Mi voz es un susurro contra sus labios. Él gime en respuesta.

—Porque si te beso ahora, querré besarte una y otra y otra vez, y la cosa no puede ir más allá de eso. —Aun así, su mano se desliza desde mis muñecas hasta mis codos y más arriba todavía. Mis hombros. Mi cuello. Se demora en cada zona, como si tratase de aprender cómo es su tacto, como si quisiese grabarse en la memoria cada curva de mi cuerpo. Al final, envuelve mi mandíbula e inclina mi cabeza hacia atrás, de modo que no tengo más remedio que mirar directo a sus ojos negros. Arden de indecisión, de reticencia, de odio hacia sí mismo y de un deseo tan evidente que me roba la respiración.

Me pongo de puntillas para depositar otro beso en sus labios, este solo un roce de los míos. Un escalofrío recorre su cuerpo ante el contacto. Sus manos se deslizan bajo el pelo de mi nuca.

—Considera esto mi favor —susurro—. A menos que no *quieras* besarme.

La indecisión en sus ojos se aviva al instante. Aprieta los dedos e inclina mi cabeza más hacia atrás. Mi cuello queda al descubierto para su mirada depredadora.

—Quiero hacer más que besarte.

—Nada de mordiscos —le advierto.

Michal asiente y suelta una mano de mi pelo. Luego desliza un pulgar por mi mejilla, presiona con suavidad en la zona más hueca y observa, cautivado, cómo mi piel blanda cede bajo su contacto.

—Dime lo que quieres, Célie, y lo haré.

—Quiero que me toques. He querido que lo hagas desde Les Abysses, antes incluso, pero nunca he sabido cómo pedirlo. —Esas palabras atrevidas brotan por mi boca sin dudarlo, pero ni siquiera yo puedo seguir fingiendo que no son verdad. La presión arde detrás de mis ojos. Porque *siempre* han sido verdad; incluso cuando creía que Michal era despiadado y cruel, quería que me tocara. Incluso cuando me secuestró, me encerró y me amenazó con hacer daño a mis seres queridos. Todo aquello debió de haber importado de alguna manera, pero nunca lo hizo.

Y *Dios*, cómo ansío que me toque.

—¿Estás segura? —pregunta en tono sombrío.

Todo mi cuerpo se pone en tensión, preparado. Trago saliva y asiento. Entonces, con una chispa de atrevimiento, cierro los labios a modo tentativo en torno a su pulgar y succiono para meterlo en mi boca. Esta vez, Michal no retrocede, no como hizo en Les Abysses. En lugar de eso, observa mis labios sobre su dedo durante unos segundos, su expresión hambrienta, antes de negar con la cabeza y chasquear la lengua en reprimenda.

—¿Quién hubiese podido imaginar que esa lengua afilada tuya podía ser tan blandita? —Retira el pulgar despacio, antes de deslizar la humedad por mi labio de abajo. Ahora es mi turno de estremecerme. Cosa que hago. Con violencia—. Pero esas no son las

reglas de nuestro juego. Las has definido con bastante claridad: quieres que *yo* te toque a *ti*, no a la inversa.

Frunzo el ceño, confusa. Porque yo también quiero tocarlo. Tengo muchísimas ganas de tocarlo.

—Pero ¿qué vas a…?

—Pon las manos en el árbol.

Una oleada de sorpresa, de placer inesperado, surca a través de mí al oír la autoridad pura de su voz y se me pone la carne de gallina por toda la columna. Aun así, no he hecho esto nunca; no sé cómo moverme, cómo responder a una orden semejante y, aunque me niego a reconocer el rubor creciente de mi propia inseguridad, Michal lo ve de todos modos. Su voz se suaviza cuando agarra mis manos para guiarlas hacia la rama por encima de mi cabeza.

—Aquí mismo —dice—. No las sueltes.

—¿Y si lo hago?

Una sonrisa afilada ante mi desafío.

—Encontraré otra manera de contenerte.

Después de *eso*, me cuesta hasta el último ápice de mi autocontrol no soltar la rama. Sin embargo, cuando no lo hago, Michal emite un sonido de aprobación casi salvaje. Y entonces pasa a la acción.

Incluso con nuestras habilidades compartidas, se mueve más deprisa de lo que yo puedo reaccionar; en un abrir y cerrar de ojos, pasa una mano por detrás de mi rodilla y engancha mi pierna alrededor de su cadera. Luego me empuja contra el tronco del árbol. Suelto una exclamación ahogada ante la ruda textura de la corteza contra mi espalda, ante la sensación de su pesado cuerpo apretado contra el mío. *Envolviendo* el mío. Porque Michal… está *por todas partes*, todo manos y dientes y músculos duros y, cuando me besa, me doy cuenta de que no lo ha hecho nunca de verdad hasta este momento. En cada una de nuestras breves interacciones, me sujetó como si fuese de cristal, como algo precioso y frágil y rompible de un modo irrevocable, como algo que no podía soportar perder.

Ahora no muestra tales reservas. Tal contención. Ahora me besa como un hombre hambriento; aprieta con fuerza sus labios contra los míos y, cuando suelto otra exclamación, abrumada por la intensidad de todo ello, él devora el sonido, como si estuviese

decidido a reclamar hasta la última parte de mí. Y tal vez eso debiese asustarme. Tal vez *sí* que me asuste, pero mis pensamientos se han prendido fuego, desintegrados, y no puedo dejar de oír las palabras que dijo Michal, de ver el leve temblor de su mano. *Nadie se sentiría decepcionado, Célie.*

Si mi corazón aún pudiese latir, estaría martilleando en mi pecho. Como no puede hacerlo, mi estómago se contrae en su lugar… Así como otro sitio más abajo, más caliente, un sitio que siempre he tratado de ignorar. Sin embargo, no lo ignoraré más. No cuando me estremezco entre los brazos de Michal y él se aparta un poco para deslizar la boca por mi barbilla, mi cuello, mi hombro. *Está probando mi sabor*, pienso. Cada centímetro de mi piel. Y yo anhelo tocarlo también.

Suelto el árbol para plantar las manos en su pecho, pero él me da un mordisquito en la clavícula a modo de advertencia.

—Tus manos, Célie —murmura contra mi piel, mientras su mano libre se desliza hasta la pierna con la que rodeo su cintura. Agarra la parte inferior de mi vestido y lo levanta por mi espinilla, por encima de mi rodilla, hasta que el satén se hace un gurruño por encima de nuestras cinturas. Casi me atraganto cuando da un paso más hacia mí, cuando se encaja mejor entre mis piernas. De todos modos, lo intento. *Intento* levantar las manos, encontrar un agarre sobre la rama por encima de nosotros.

Entonces, empuja las caderas contra mí y casi expiro en el sitio. Incapaz de evitarlo, mis manos vuelan hacia él de nuevo, medio desquiciada por su *deseo* ardiente.

—Michal…

Se ríe bajito y recoloca mis manos sobre la rama.

—Quizá la próxima vez gano yo, para que puedas tocarme.

La próxima vez. Si es posible, las llamas que rugen por todo mi cuerpo lamen más arriba, porque sí, *habrá* una próxima vez. Mis caderas han empezado a contonearse contra él ahora, buscan más de esa deliciosa fricción, mientras mis dedos se clavan en la madera. Michal desliza los nudillos por mis brazos en respuesta, y no para hasta que llega a mis costillas. Una vez ahí, abre las manos y observa hambriento cómo sus dedos se separan bajo mis pechos.

Traza la parte inferior de uno de ellos con el pulgar.

—¿Recuerdas —pregunta en voz baja— la mañana que nos conocimos? Llevabas un camisón y estaba lloviendo.

—Lo recuerdo —jadeo.

—¿De *verdad*?

Un intenso calor se extiende por mi piel al oír su tono. Aumenta el rubor que trepa por mi pecho. De repente, Michal se inclina para lamerlo con su lengua, y se me escapa un gemido bajito cuando desliza los dientes por la suave curva de la parte superior de mis pechos. Mis dedos resbalan sobre la rama.

—Te… te negaste a ayudarme.

—No quería ayudarte.

—*¿Por qué?* —La rama empieza a partirse; la nieve cae entre nosotros mientras él desata despacio la parte delantera de mi corpiño, un corsé incorporado en el vestido con lazos violetas. Debido a él, no me puse un corsé normal, y solo una camisola de seda protege mi piel de la tela. El vestido se abre entonces; Michal separa ambos lados y deja mi pecho al descubierto ante sus ojos. Sus pupilas se dilatan al verlo. Sus labios se entreabren con una inspiración brusca.

—Porque —dice con voz tensa—, incluso entonces, *moje sunce*, sabía que no podría conocerte nunca, que jamás podría ganarme semejante privilegio. Que jamás podría merecérmelo.

—Pero… sí me conoces. —Las palabras salen ahogadas, pronunciadas a toda prisa—. Claro que me conoces, Michal. Mejor que nadie. —La confesión se extiende entre nosotros como la savia del árbol a mi espalda: pegajosa y difícil de quitar.

Cuando toma mis pechos en sus manos, cuando pone la *boca* sobre ellos, la sensación me provoca un fogonazo de calor directo al centro de mi ser. Con otra exclamación, empujo con mis caderas, pero mis movimientos se están volviendo cada vez más desquiciados, más torpes. En una neblina inconsciente, suelto la rama para agarrar sus hombros, para agarrarme a él, para aliviar este *deseo* creciente e intenso en mi interior. Sus labios siguen pegados a mi pecho, pero siento cómo se curvan en una sonrisa maliciosa.

Demasiado tarde, me doy cuenta de mi error, pero no consigo que me importe. Echo la cabeza hacia atrás contra el árbol mientras me restriego contra él. Cuando vuelvo a hablar, me tiembla la voz y, *Dios*, necesito que… que…

—Michal, *por favor*. Tócame. Necesito que me toques…

—Has infringido las reglas de nuestro juego.

—A la *mierda* el juego.

Con una risa retumbante y un tirón rápido y eficaz, arranca la manga de mi vestido. Me doy cuenta de lo que planea un segundo antes de que lo haga. Abro los ojos como platos, escandalizada.

—No te *atrevas* a hacer eso.

Hace una pausa a medio enroscar el satén violeta alrededor de mis dos muñecas.

—¿Quieres que pare?

La respuesta brota de mí sin dudarlo. Sin remordimiento.

—No —susurro.

Nunca en mi vida me había sentido tan expuesta como me siento ahora, con Michal Vasiliev atando mis muñecas a la rama en lo alto. Nunca en mi vida me había sentido más *viva*. Cada centímetro de mi piel arde con un fuego voraz, mientras él ata la tela con un pulcro lazo. Luego, agarra mi barbilla y me besa de nuevo. Un beso febril y *sucio* que contradice a sus suaves caricias.

—Mantén las manos quietas —me advierte de nuevo, y su sonrisa se ensancha cuando mi otra pierna se enrosca alrededor de su cintura en respuesta.

Tiro de él contra mí, desesperada por sentirlo de nuevo, y me deleito en la sensación de su cuerpo moviéndose con el mío. Si *esto* es lo que se siente con el sexo, me temo que no voy a querer parar nunca… hasta que ese delicioso deseo, agudo e incluso doloroso, aumenta a toda velocidad. Es casi *demasiado* intenso ahora. Casi demasiado doloroso. Aunque me debato contra Michal, no sé qué hacer para aliviarlo. No sé qué *hacer*.

Como si percibiese mi pánico creciente, Michal desliza una mano entre mis piernas, y yo casi salto dentro de las ramas del árbol al sentirlo ahí.

—Tranquila —me murmura al oído y, al instante, me relajo entre

sus brazos de nuevo. Se me pone la carne de gallina por la espalda al sentir la caricia de esos dedos fuertes y hábiles. Cuando gimo, él se estremece y aprieta más fuerte, al tiempo que se echa hacia atrás para observarme con expresión hambrienta—. Haz eso otra vez.

No es difícil darle ese gusto. Al oírme, Michal mueve los dedos más deprisa e introduce uno dentro de mí. Dos. Y me da la sensación de que podría desgarrarme por las costuras si sigue tocándome de este modo. Sin embargo, aunque la presión aumenta más y más, el alivio se queda justo fuera de mi alcance; casi sollozo de la frustración, los dedos enroscados alrededor de mis ataduras de seda.

—Michal, *no puedo*. No… no sé cómo…

—Todo lo que has hecho es perfecto —dice, su voz tensa.

Al final, presiona sobre la parte más sensible de mí y todo mi cuerpo se hace añicos. Un grito brota por mi garganta y el brazo libre de Michal se cierra alrededor de mí cuando mis piernas se quedan rígidas, cuando mis manos desgarran la seda violeta como si fuese gasa para agarrar su cara. Tengo la vaga sensación de estar diciendo su nombre; de decirlo una y otra vez, de que él ha cerrado los ojos al oírlo, de que apoya la frente contra la mía como si quisiera oírlo durante el resto de su vida.

Nos quedamos ahí de pie, abrazados, durante unos momentos largos después de que mis rodillas colapsaran. Ninguno de los dos dice nada.

Le Lien Éternel, lo llamó Michal. El Vínculo Eterno.

Su voz parece girar alrededor de nosotros ahora, reconfortante y desconcertante a partes iguales. *Cuanto más tiempo se alimenten dos vampiros el uno del otro, más fuerte se hace ese vínculo, hasta que se vuelve irrevocable*.

Irrevocable.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y yo le devuelvo la presión, entierro la cara en su hombro e inspiro hondo. Porque la verdad es que Michal Vasiliev no se ha alimentado de mí otra vez, pero esta emoción que se extiende por mi pecho…

A mí me parece irrevocable.

CAPÍTULO 27

Polvo al polvo

Después de unos segundos más, Michal se tensa con la brisa y yo huelo por qué casi de inmediato.

Descomposición.

Flota hacia nosotros por encima de los helechos como un heraldo, y yo también me pongo tensa. Porque reconozco ese hedor; huele un poco diferente aquí, mezclado con toques de liquen y tierra y pelaje de animal, pero la base putrefacta sigue siendo la misma. *Retornado*. Como era de esperar, Michal se aparta de mí con los ojos entornados. Cuando se gira para escudriñar el claro, vuelvo a atar mi corpiño por acto reflejo, mis dedos borrosos cuando miro alrededor de él en busca de cualquier cosa inusual. Aunque las ramas ondulan al viento, no detecto ningún otro signo de movimiento. El cielo nublado parece un poco más luminoso que antes, quizá… el bosque a nuestro alrededor está envuelto en un silencio antinatural, pero, aparte de eso, nada parece fuera de lugar.

Mi vista se queda atascada en una leve alteración a nuestra izquierda, donde la maleza se mueve de nuevo. Entorno los ojos. Podría ser efecto del viento, por supuesto, pero…

Con un chillido, le hago un placaje a Michal un instante antes de que el retornado salga disparado de entre el follaje cristalino y colisione con el árbol, mientras nosotros desaparecemos debajo de las ramas. La tierra fría amortigua nuestra caída, con nieve volando en todas direcciones, pero Michal se levanta de un salto antes de que nuestros cuerpos frenen del todo; luego empuja el mío detrás del suyo. Suelta una violenta maldición cuando capta su primera imagen clara de la bestia delante de nosotros.

Porque es verdad que *es* una bestia. Miro boquiabierta a la deforme criatura, que sacude la cabeza para despejarla del dolor del

impacto. Sin embargo, más que eso es un…

—*Loup garou* —susurro horrorizada.

Michal asiente con rigidez.

Solo que esta criatura es distinta de cualquier *loup garou* que haya visto nunca. Sus fauces, atrapadas a media transformación, congeladas para siempre entre hombre y lobo, se cierran por encima de unos dientes tanto afilados como romos, y gotea sangre fresca por su pelaje. Aunque su tronco sigue siendo humanoide y de aspecto masculino, sus patas de atrás parecen las de un lobo: unas garras afiladas sobresalen de las pezuñas donde deberían estar sus pies, en la punta de cada dedo alargado. Excepto que… varios se le han caído. Igual que varios de sus dientes, y su piel parece hinchada en algunas partes, flácida en otras. Me resisto a las ganas de vomitar. Al menos no ha empezado a licuarse, lo cual significa que debe llevar poco tiempo muerto. No más de unas pocas semanas.

Trago saliva para sobreponerme al hedor, luego agarro el brazo de Michal.

—Sin movimientos bruscos, Célie —murmura, con una calma inesperada en la voz.

Casi resoplo con desdén al oírlo. Casi. No tenía por qué advertirme de lo precario de esta situación. El pánico ya me ha erizado todos los pelos de la nuca. De no ser por Michal, el arzobispo me habría *comido* en Cesarine, pues exhibía una velocidad supernatural y una fuerza capaz de rivalizar incluso con la de los vampiros. Y él había empezado sin un solo hueso supernatural en el cuerpo. No como este *loup garou*. Por lo que sabemos, sus habilidades podrían superar a las nuestras por completo. Si huimos ahora, es posible que no seamos capaces de dejarlo atrás, pero aunque pudiéramos, no podemos limitarnos a dejarlo aquí para aterrorizar a la isla.

Cenizas a las cenizas, había dicho Mathilde. *Polvo al polvo*.

Una pesadumbre se asienta sobre mí mientras miro su cuerpo destrozado.

Nadie merece un destino así.

El viento aumenta otra vez, hace ondear nuestro pelo, mi vestido, la capa de Michal. Los ojos del retornado, amarillos y despiadados, giran atormentados en sus cuencas mientras se endereza, se vuelve

hacia nosotros y olisquea el aire, como si hubiese captado un olor nuevo. Un gruñido estremecedor brota de su pecho y, en ese momento, me doy cuenta de que el peligro es mayor de lo que me temía. Porque la sangre de su hocico es fresca, sí, pero se mezcla con la sangre seca un poco más oscura sobre su pecho, la que oculta los trozos de piel desgarrada y las marcas de dientes por encima de ella.

De golpe, la causa de su muerte me resulta dolorosamente obvia.

Un vampiro le arrancó la garganta.

Mis dedos se aprietan sobre el codo de Michal cuando los gruñidos del *loup garou* se vuelven más sonoros, cuando enseña los dientes con un odio inconfundible. Aunque el labio de Michal se enrosca en respuesta, tomo una decisión instintiva antes de que pueda empeorar la situación.

—Tenemos que ayudarlo —me apresuro a decir, suplicante, al oído de Michal—. Si pudiésemos razonar con él, si pudiésemos animarlo a usar el sentido común, tal vez haya otra manera de lidiar con los retornados, una que no implique prenderles *fuego*.

Michal se mueve para ponerse del todo delante de mí, sin apartar los ojos del retornado en ningún momento.

—Mathilde dijo que no se les podía ayudar.

El *loup garou* se acerca más.

—*Dimi… tri* —farfulla con voz gutural, y se me cae el alma a los pies, para luego atravesar directa a través del suelo del bosque. Si conoce a Dimitri, esta situación acaba de pasar de mala a catastrófica, y sus siguientes palabras solo sirven para recalcar esa idea—. ¿Dónde? —El retornado se atraganta, sufre un espasmo, mientras me esfuerzo por comprenderlo, asomada por un lado del brazo de Michal—. ¿Dimitri?

Mis ojos se clavan en esas heridas brutales de su cuello mientras la explicación de Coco de lo que era un retornado vuelve a mí. *Uno que ha muerto y luego se ha levantado de nuevo con el propósito expreso de aterrorizar a los vivos, en especial a los que el cadáver en cuestión conoció en vida*.

Ay, Dios.

Con otro gruñido salvaje, el retornado avanza con la nariz en alto

de nuevo. Olisquea el aire a nuestro alrededor antes de que sus ojos malignos se enfoquen sobre Michal, que se prepara para golpear.

—Todavía no nos ha atacado. —Agarro la sobreveste de Michal a toda prisa y mis uñas perforan el cuero, pero consigo que Michal vacile un instante—. Eso cuenta para algo.

Al final, Michal aparta la vista del retornado para escudriñar mi rostro y, en su propia expresión, en la línea tensa de su mandíbula, la inquietud brillante de sus ojos, percibo que comprende con exactitud lo que estoy pidiendo: «Por mi hermana, tenemos que intentarlo. Tenemos que conseguirlo».

—Por favor, Michal —repito en voz baja—. Tiene que haber otra manera.

Para mi sorpresa, no me aparta a un lado como habrían hecho los *chasseurs*; no me dice que huya ni implora que entre en razón. En lugar de todo eso, asiente, y yo casi lloro del alivio por la trascendencia de ese pequeño gesto. Porque significa que está conmigo. Significa que no matará a mi hermana según la vea.

Me giro hacia el retornado.

—¿Recuerda su nombre, *monsieur*?

El retornado gruñe en respuesta, luego se encorva para negar con la cabeza. Sigue sufriendo espasmos y da sacudidas, como si fuese incapaz de estarse quieto. Mi corazón se comprime al verlo, al ver su dolor y, de repente no puedo soportarlo más. Doy un paso tentativo en torno a Michal.

—Quédate cerca —me dice en voz baja.

Cuando el retornado bufa y sacude la cabeza como para quitarse de encima a un enjambre de abejas, doy un pasito hacia delante y hablo en voz mucho más baja y lenta que antes. Más íntima.

—No te merecías lo que te hizo Dimitri. —Su gruñido de aquiescencia subraya mis palabras—. Pero hacerle daño ahora no va a deshacer el dolor. Solo te traerá aún más dolor a ti.

Escarba el suelo de nuevo. Resopla y se estremece, al tiempo que yo hago una mueca angustiada. Continúo con voz dulce.

—Quizá, si intentas cambiar a una forma u otra, el dolor disminuya.

Pero la criatura se limita a gruñir; sus ojos vuelven a girar en sus

cuencas cuando se acerca despacio.

Michal se materializa al instante a mi lado y se dirige al retornado.

—Deja de intentar controlar tu adrenalina. —Si nota mi mirada de sorpresa, no da muestras de ello—. Deja que fluya con libertad por tu cuerpo. Tal vez reinicie tu transición. Primero tu cabeza —precisa cuando el retornado vacila. Se tambalea un poco con un gemido agudo—. Después baja hacia tu cuello, tus hombros, hasta tu pecho.

No obstante, mientras habla, me doy cuenta de que el escaso olor a adrenalina que aún perdura en el retornado es solo eso: algo que perdura. Su cadáver ya no puede producirla, y esa debe de ser la razón de que se haya quedado atrapado entre formas en primer lugar. Los ojos de Michal se cruzan con los míos y me sostiene la mirada, porque él sabe lo mismo.

Desesperada, continúo pensando; me devano los sesos en busca de otra solución.

—A lo mejor Odessa puede preparar algún tipo de estimulante.

Pero ya es demasiado tarde.

Con un rugido angustiado, el retornado se encabrita sobre las patas de atrás sumido en una furia ciega y parte las ramas por encima de él. Cuando me las tira, Michal gira conmigo hacia un lado, y todo el peso de la realidad cae sobre el claro como una avalancha. *Esto no va a funcionar*.

El retornado se lanza a la carga.

Michal me agarra por la cintura y yo grito aterrada, me revuelvo, *chillo*… y entonces me lanza bien alto por encima de la cabeza de la criatura. Aunque aterrizo de un inesperado modo felino entre las ramas del tejo, casi pierdo pie cuando me giro sobre el hielo, horrorizada, para observar a Michal y al retornado enzarzarse en una batalla de dientes y brazos y piernas y patas. *Ay, Dios*.

En cuestión de segundos, mis sospechas demuestran ser irrefutablemente ciertas: este retornado es más rápido que el arzobispo. También es más fuerte. Hinca los dientes en el hombro de Michal con un aullido bestial mientras yo busco frenética un arma. *Cualquier* arma. Al oír el gemido de Michal, la fuerza de mi agarre sobre la rama más cercana la parte en dos. Tiro los trozos a un lado con impaciencia, porque tengo que hacer algo. No puedo limitarme a

mirar mientras ese retornado lo destroza.

Se me sube el corazón a la garganta cuando se me ocurre una idea. Porque… las ramas son…

De *madera*.

Con otro crujido, rompo una segunda rama del árbol, retiro las hojas y la parto en dos trozos que empiezo a frotar entre sí a toda velocidad en un manchurrón de marrón y gris. *Fuego*. Mathilde dijo que necesitamos fuego, pero esta madera… sigue fría y húmeda por las lágrimas. *Demasiado* húmeda. Una maldición frustrada sube por mi garganta justo cuando Michal arranca el brazo del retornado de su hombro, aparta a la criatura de una patada y luego se agarra el cuello sangrante. El pecho de Michal sube y baja, agitado por la furia, los músculos agarrotados por el dolor.

—Vamos, *vamos*. —Estiro el cuello para mirar hacia abajo. Froto la madera más deprisa mientras el retornado se levanta y un líquido asqueroso rezuma del agujero donde debería estar su brazo. Se lame los labios y camina en un círculo acechante alrededor de Michal, con los pelos erizados. Michal gira con él, camina con pasos ligeros y le bloquea el paso hacia el árbol. Hacia *mí*. El retornado gruñe.

Aunque la madera se calienta con la fricción, no se produce ninguna chispa. Todavía no. Pero cuando lo haga…

—Déjalo venir hacia mí, Michal. —Susurro las palabras con la esperanza de que el retornado no pueda oírlas—. Tráelo justo hasta las raíces del árbol —añado.

Aunque no puedo ver su cara, Michal no se mueve. Permanece testarudo entre nosotros, hasta que, con una maldición violenta, asiente una vez y da un pequeño paso atrás.

Como si hubiese estado esperando a tener permiso para hacerlo, la primera llama brota en mi mano cuando el retornado imita su movimiento, pero Michal gira a una velocidad endiablada para aparecer al instante justo debajo de mí.

—¡Dame! —Levanta la mano hacia la madera en llamas, pero el retornado se mueve más deprisa; salta antes de que Michal pueda agarrar la llama y lo atrapa contra el árbol. El horror agría la boca de mi estómago. Como en cámara lenta, observo las garras del

retornado hundirse profundo en el pecho de Michal; los dientes desfiguran su mejilla, su *ojo*…

La sangre mana de la herida cuando Michal se echa hacia atrás, cegado por unos instantes. No ve la rama caer hacia el suelo. No puede ver nada.

Reacciono sin pensar.

Con un grito estrangulado, salto del árbol, atrapo la rama a medio vuelo y aterrizo justo sobre los hombros del retornado, al tiempo que echo todo mi peso hacia atrás para que ambos caigamos al suelo del bosque. *Lejos de Michal*. Y el fuego… por fin prende con fuerza, lame la madera y me chamusca las manos. En cualquier caso, apenas siento el calor; en lugar de eso, incrusto la antorcha improvisada en pleno pecho del retornado, que arquea la espalda con otro aullido de ira. Se retuerce y forcejea cuando se prende primero su ropa andrajosa, después su pelo apelmazado. Aun así, sigue lanzándome zarpazos, sigue tratando de hundir sus garras en mis piernas. Las enrosco alrededor de su cuello como una tenaza, mientras un mar de lágrimas calientes quema mis mejillas. Y las odio. Las *odio* porque no me las merezco. No mientras agarro ambos lados de su cara y giro su cabeza para romperle la columna.

Michal.

La sangre sigue goteando entre sus dedos, aún aferrado a su ojo. Ese líquido escarlata es todo lo que puedo ver. Su nombre es todo lo que puedo oír; aporrea como un tambor de guerra en mis oídos: Michal, Michal, *Michal*… y retuerzo la cabeza del retornado aún más en respuesta. La arranco por completo de sus hombros.

Pero la criatura sigue luchando; sigue gimoteando y gruñendo para encontrar a Dimitri.

No lo suelto hasta que Michal se separa del árbol para reunirse con nosotros. Aunque se tambalea un poco, despacha al resto del retornado deprisa: hace pedazos el cuerpo y tira cada uno en un agujero entre dos raíces, donde continúan humeando y quemándose. Excepto la cabeza de la criatura. Esa la tengo todavía aferrada entre las manos, y sus ojos giran desquiciados de miedo mientras yo me atraganto con el sollozo que se acumula en mi garganta. Porque quiero cerrarlos. *Debería* cerrarlos.

En lugar de eso, le entrego la cabeza a Michal sin decir palabra y observo cómo la suelta sobre el fuego.

La nieve deja de caer al instante.

CAPÍTULO 28

Incluso el sol debe dormir

Michal se acuclilla delante de mí un segundo después; su expresión es impenetrable.

Le devuelvo la mirada entre lágrimas, decidida a no mirar hacia el tejo. *Recupera la compostura*, me digo con vehemencia. *Matar a un retornado no es lo peor que has hecho en la vida*. De alguna manera, admitir eso solo me hace sentir peor. Quizá se deba a que he pasado la última semana imaginando cómo sabría la sangre de mis amigos, o quizá se deba a que intenté asesinar a Jean Luc. Y aunque no acabé por arrancarle el corazón, sí observé cómo tanto Frederic como Michal perdían el suyo. Me reuní con mi hermana muerta viviente en el proceso y conocí a mi marido demoníaco, la encarnación de la Muerte. Comparado con *él*, este retornado no debería importar.

Aun así, mi barbilla empieza a temblar mientras miro a Michal.

Su ojo, al menos, ya se ha curado. Aunque la sangre sigue ahí y pinta la mitad de su cara de un vistoso tono escarlata, no ha sufrido ninguna herida grave por mi culpa. Un zarcillo de alivio se desenrosca al pensarlo.

Y se marchita igual de deprisa, ahogado por el olor del humo.

—Tus manos —murmura Michal y, despacio, bajo la vista hacia las palmas quemadas y con ampollas como si le perteneciesen a otra persona. Mis ojos se quedan atascados en su muñeca cuando me la ofrece. La sangre mancha también la piel de esa zona; mancha sus dedos y sus mangas y cada parte de él. Cada parte de mí—. Tómala, Célie. Bebe.

Un pitido terrible brota en mis oídos.

Esas manos, *mis* manos, tiemblan al aceptar su muñeca, al retirar la manga de su sobreveste para revelar las venas debajo. Como si

estuviese fuera de mi cuerpo, siento cómo se agacha mi cabeza. Observo cómo se abren mis labios, cómo se alargan mis dientes. Y cuando muerdo y perforo la piel, un pánico familiar trepa por mi garganta. Una risa maníaca amenaza con salir también, pero me la trago. Me lo trago *todo* porque debo, porque morí, porque los vampiros se alimentan de sangre y se empachan de violencia y porque ahora *yo* misma soy una vampira. Si no arranco las cabezas de mis enemigos de sus hombros, me comerán, me empalarán o me amenazarán con un cadáver vestido igual que yo.

Con cada succión de mi boca, mi pecho se comprime. Mi cabeza se sacude.

Y todas las razones por las que hui de Requiem vuelven a la superficie.

Este retornado representa demasiado de lo que no puedo cambiar, de mi hermana, de una situación que cada vez escapa más de mi control. Y de alguna manera sé, en lo más profundo de mi ser, que lo peor está aún por venir. *Todos debemos ir a la sala del reloj antes o después*.

—Lo siento —dice Michal, su voz afligida, mientras retira mi pelo y lo sujeta lejos de su sangre y de mis lágrimas—. Siento mucho que haya sucedido de este modo.

Aunque ejerce una presión suave sobre mi nuca para retirar mi cara de su muñeca, no puedo mirarlo a la cara. Simplemente *no puedo*. Aprieto los ojos con fuerza y aparto la cara, pero la oscuridad de detrás de mis párpados corre a mi encuentro. Huele a retornados y a *putrefacción*, como mis más viejos y terribles amigos, pero… pero no debería haber sido capaz de encontrarme otra vez como vampira. Porque… porque ahora veo en la oscuridad. No necesito respirar; entonces, ¿por qué siento que me estoy asfixiando, que unos dedos pálidos acarician mi garganta en un abrazo amoroso? *¿Estás asustada, cielo?*

Un miedo frío atenaza mi corazón al oír esa voz. Retrocedo al instante y me levanto de un salto.

No, no, *no*.

—Célie. —Unas manos firmes agarran las mías y el rostro de Michal aparece ante mí, sus ojos negros ardientes de propósito—.

Escúchame. Concéntrate en mi voz. Acabar con una vida nunca es fácil, y no debe serlo. Has hecho lo necesario para protegerte, para protegerme a mí. Y esa criatura… estaba *sufriendo*. Estaba sufriendo y tú has acabado con su desdicha lo más deprisa posible, con la mayor humanidad posible.

Mi cuerpo, sin embargo, no deja de temblar. Me siento mareada, desorientada.

—Le he arrancado la cabeza —murmuro.

—Le has proporcionado un descanso eterno —objeta Michal con firmeza—. ¿Crees que hubiese preferido pasar toda la eternidad en el estado que se encontraba? ¿Angustiado? ¿Descerebrado? Puede que tu sangre resucitara su cuerpo, pero había dejado su alma atrás. El hombre ya no era él mismo. —Retira el pelo de mi cara antes de acariciar mis mejillas—. Lo has liberado.

Sus palabras perforan mi corazón porque son verdad.

Me hacen sentir aún peor.

Como si lo percibiese, Michal se coloca detrás de mí, su pecho roza mi espalda y sus manos sujetan mis brazos con suavidad.

—Elige una cosa —me indica—, y descríbemela.

—¿Qu… qué?

—Empezaré yo. —El aire se mueve por encima de nosotros cuando señala hacia la nieve que gira a nuestro alrededor y, demasiado tarde, me percato de que he caído sin querer a través del velo y al reino de los espíritus. Otro estremecimiento de cuerpo entero me abruma al pensarlo; hacía semanas que no perdía el control de este modo, pero Michal… me ha seguido al otro lado. Ha venido por mí—. Los copos de nieve parecen estrellas fugaces —declara.

—¿Estrellas fugaces?

Michal levanta la mano para atrapar uno sobre la yema de un dedo. Luego lo baja hasta la altura de mis ojos.

—Míralo con atención. Ahora puedes ver mejor su forma que cuando eras humana.

Debido a la temperatura de Michal, o quizá debido al reino de los espíritus en sí, el copo de nieve no se derrite, sino que centellea sobre su piel de alabastro. Su forma es delicada. Sus líneas fluyen y florecen.

Atrapo otro copo sobre la palma de mi mano y observo sus bordes afilados y centelleantes antes de tirarlo a un lado. Parecían pequeñas lanzas. Cuchillos de trinchar.

—No… no creo que las estrellas tengan este aspecto, Michal.

—¿Qué aspecto tienen, entonces?

—No lo sé —admito después de otro momento. Me fuerzo a inspirar el aire gélido por la nariz y a expulsarlo por la boca. Deslizo las yemas de los dedos por las hojas de helecho congeladas y me estremezco de nuevo—. Nunca he visto una estrella de cerca.

—Deberías pedirle a Odessa que te las enseñe alguna vez. El año pasado construyó un telescopio. Es uno de sus intereses más recientes —añade en voz baja a modo de explicación. El momento parece casi etéreo, delicado, como si pudiera romperse con un ruido demasiado alto o un movimiento demasiado repentino—. Incluso invitó a un par de astrónomos a examinarlo.

—¿Sobrevivieron? —pregunto con voz débil.

—Sí. —Levanta la mano otra vez y, juntos, observamos cómo el copo de nieve sale revoloteando de su dedo con una ráfaga de viento—. Escoge otra cosa. Dime lo que ves.

Ante su indicación suave, mis ojos se deslizan a nuestro alrededor en un intento fracasado por ver algo que no sea nieve… y el tejo, y el cadáver debajo de él, que no quiero volver a ver nunca. Se me corta la respiración en respuesta. El aire se congela en mi garganta.

—No puedo. Michal, no puedo hacer esto.

—Sí que puedes.

Aún detrás de mí, toma mis manos y me guía hacia atrás, paso a paso, hasta que la temperatura aumenta y la nieve deja de caer, sustituida por el humo denso y acre de la madera húmeda. En cualquier caso, giramos en dirección contraria a esto último y miramos hacia una hondonada en la distancia, donde los helechos crecen más separados y el hielo no cubre todo el paisaje, sustituido por parches de brezo que ondulan entre las rocas y los árboles. *Las* Dames rouges *a menudo utilizan ramitos de brezo en encantamientos protectores. Se dice que dan suerte*.

Son las mismas flores que crecían alrededor del corazón de Michal.

Parpadeo para eliminar el recuerdo, al tiempo que me percato de

que Michal está esperando a que hable.

—Veo… flores —digo al final. Lo miro de reojo y mis mejillas se caldean y tiñen de rosa. Me siento avergonzada. Sin gracia alguna. Michal, sin embargo, inclina la cabeza, con un ápice de desafío ahora. Sigue esperando.

Cuando no digo nada más, una leve sonrisa tironea de sus labios.

—No tan descriptivo como sería de esperar. Inténtalo de nuevo.

Suelto un gran suspiro.

—Veo flores *moradas*.

—¿Qué tono de morado?

—Michal…

—¿Qué *tono*?

—Malva. —Ese calor de la vergüenza se torna exasperación y su sonrisa se ensancha, triunfal—. Las rosas son de tono malva, cereza, *magenta*, y el viento sopla entre ellas para hacerlas parecer olas.

Y es verdad. *Sí* que parecen olas, lo cual, como es obvio, me recuerda otra vez al remolino, a mi hermana y a los retornados. No obstante, justo cuando mi garganta empieza a cerrarse, me obligo a mirar a Michal de nuevo; me obligo a quedarme quieta, a calmarme, a permanecer presente en este momento. No puedo controlar el futuro. No sé lo que pasará, pero aquí, ahora, estoy de pie con Michal en un sitio precioso. Con él, estoy a salvo.

Más que eso, tengo su apoyo. Me giro entre sus brazos al tiempo que me invade una sensación de gratitud.

—Es precioso —le digo con sinceridad.

Él deposita un beso en mi frente.

—Es el primer sitio de Requiem en el que estuve. El mar está justo un poco más allá. —Levanta la barbilla hacia el horizonte—. Mi tierra natal, mucho más allá de eso. Buscaba una escapatoria —dice en respuesta a la pregunta que tengo en la punta de la lengua—. Un nuevo comienzo. Antes de casarse con mi padre, mi madre veneraba la tierra de un modo muy similar a como lo hacen las brujas, y me enseñó un poco de lo que sabía. Y reconocí esas flores como una señal de esperanza para mi hermana y mis primos.

—¿Pero no para ti? —Hambrienta de recibir más información acerca de su pasado, echo la cabeza atrás para verlo mejor, para

verlo como podría haber sido en ese lugar distante, de niño, aferrado a las faldas de su madre mientras aprendía el lenguaje de las flores. A pesar de mis intentos, no logro imaginar semejante suavidad en él ahora. No puedo imaginar a Michal como nada distinto de quien es: pálido y enigmático, una fortaleza en sí mismo.

No responde a mi pregunta de inmediato, los ojos aún perdidos en el campo de brezo, como si estuviese viendo un tiempo diferente, un lugar diferente. Una isla diferente. De hecho, espera tanto que temo que no vaya a responder en absoluto. Una oleada de agotamiento barre a través de mí al pensarlo y, con ella, los últimos restos de tensión abandonan mi pecho de manera inesperada. De algún modo, a su paso me siento al mismo tiempo quebradiza y de una solidez increíble, como si una única hoja de helecho pudiera romperme, o como si quizá ya hubiese echado raíces en este lugar oscuro y lúgubre.

Y no puedo evitar preguntarme si en realidad era la oscuridad lo que he temido toda mi vida.

Los brazos de Michal se aprietan a mi alrededor antes de caer a los lados. Su voz se suaviza, cargada de remordimiento.

—Nunca tuve la intención de que acabáramos así.

—¿Quiénes? —Vacilo un instante antes de girarme del todo hacia él, decidida a oír su respuesta y al mismo tiempo asustada de lo que pueda decir. Me resulta más difícil mirarlo ahora que antes, y no porque le pidiera que me tocase. Tampoco porque haya matado para protegerlo. *No*. Me duele el pecho al mirarlo porque nadie me había seguido nunca al reino de los espíritus. Nadie me había seguido nunca al interior de una pesadilla.

Vagamente, soy consciente de que pronto perderá esa habilidad. Cuando mi sangre abandone su organismo, jamás volverá a poner un pie ahí.

Como si percibiese mi incertidumbre, desliza el pulgar por mi mejilla con una sonrisa burlona.

—Tantas preguntas… —Se agacha. Durante una décima de segundo, parece como si pudiera depositar un delicado beso en mis labios, pero se aparta igual de deprisa y me deja extrañamente desolada—. Pareces exhausta, mascota. Deberías dormir un rato. —

Suelta un suspiro profundo—. El retornado tardará varias horas en quemarse —añade.



Me recuesto entre las raíces de otro árbol (uno diferente, este al otro lado del claro) y me apoyo contra su corteza plateada. Intento cerrar los ojos con Michal de pie cerca de mí, pero fracaso en mi intento. Con las manos metidas en los bolsillos, la sobreveste en el suelo a un lado, se apoya en el árbol y observa la pira improvisada del retornado. El tejo oculta gran parte del humo, pero una fina columna aún escapa entre las ramas desnudas hacia el cielo en lo alto.

Podría verlo alguien. Podría *venir* alguien.

Pese a ello, Michal no parece preocupado. Sus ojos negros se deslizan hacia los míos después de unos segundos silenciosos. Los entorna un poco.

—No me da la impresión de que estés durmiendo.

—No estoy cansada.

—Ya. —Asiente con un gesto escueto—. Y yo puedo comer *éclairs* de chocolate. De hecho, acabo de comerme uno para desayunar.

Suspiro ante su descaro y echo la cabeza atrás, sin hacer caso del hielo que cubre la corteza. Ni mi pelo ni mi vestido tienen salvación. Aunque Michal no hubiese arrancado una manga entera de este último, el satén violeta ya está manchado de todo tipo de restos repugnantes. De hecho, intento no mirarlo.

—¿Tu madre era una bruja? —pregunto después de otro momento. Michal sacude la cabeza con una risa sombría.

—Oh, no. No, no vamos a abrir esa puerta.

—Ya la has abierto, Michal.

—Considera que la acabo de cerrar otra vez.

—Considera que yo he plantado un pie entre la puerta y el marco. Lo único que has revelado acerca de tu pasado bastante extenso es que tu padre era un clérigo y que se casó en segundas nupcias con la tía de Odessa y Dimitri después del fallecimiento de tu madre. ¿Por qué no quieres contarme más cosas sobre ti?

—Porque el pasado es irrelevante, mascota. Ya no podemos vivir

ahí.

Lo miro con atención mientras jugueteo con un brote de algo que huele a romero silvestre, pero no me animo a insistir más en el tema. Ahora mismo, no. Porque Michal tiene razón: *estoy* exhausta, noto las extremidades y los párpados pesados, y nunca había echado tanto de menos el olvido que proporciona el sueño.

—Lou mencionó que tomaste un somnífero en Cesarine —dice Michal en voz baja—. ¿Por qué?

Resoplo y tiro el romero a un lado, frotando su aceite astringente entre mis dedos.

—Creía que no teníamos derecho a hacer preguntas.

—Si la memoria no me falla, me debes varias.

—Tú y tus malditos *juegos*.

—Esta vez, no. —Me da un golpecito en el brazo con la rodilla para que lo mire. Y como es Michal, no puedo resistirme a la oportunidad de hacer justo eso. Levanto la vista hacia él y recorro su camisa desgarrada, sus mangas enrolladas, los restos de carmesí en su despampanante rostro. Hace un rato utilizó el retal de tela de mi manga para limpiar la sangre lo mejor que pudo, pero, al igual que mi vestido, la espantosa verdad de nuestro encuentro con el retornado no es tan fácil de lavar—. ¿Estás teniendo problemas para dormir, Célie? —pregunta.

Quizá esté demasiado cansada para no ser sincera, o quizá solo quiero seguir diciendo la verdad. Seguir diciéndole *a él* la verdad.

—No he dormido desde la víspera de Todos los Santos.

Me mira como si acabase de hablar en glosolalia. Abre un poco más los ojos.

—¿Qué?

—No he dormido —repito, ajena a su reacción—. Tampoco puede ser tan raro. Los vampiros no parecen necesitar dormir, ¿no? Después de todo, sigo viva. —Hago una mueca al darme cuenta de lo irónico de mis palabras—. Me refiero a que da la impresión de que mi cuerpo no tiene problema con ello.

—¿Da la impresión de no tener problema con ello? —Incrédulo, se separa del árbol y saca las manos de los bolsillos para clavar todo el peso de su mirada en mí—. Célie… ¿Me estás diciendo que no has

dormido en más de una semana?

Yo también me pongo de pie, sin saber muy bien qué hacer.

—No es como si no lo hubiese *intentado*. Es solo que, cuando cierro los ojos, mi cuerpo se niega a… a *relajarse*. Antes de tomar la poción de Lou, nunca pude asentarme lo suficiente como para dormir, e incluso con ella, el sueño pareció más una parálisis que un descanso verdadero.

—Joder. —Michal sacude la cabeza y se pasa una mano por la cara —. ¿Por qué no se lo dijiste a Odessa? —pregunta.

—Como ya te he dicho, no creí que importara.

—Pues importa —dice con vehemencia, al tiempo que deja caer la mano—. Puede que los vampiros no necesiten dormir del mismo modo que los humanos, pero aún necesitamos hacerlo… Si no por nuestros cuerpos, entonces por nuestras mentes. Consumimos cantidades ingentes de información sensorial por *segundo*, Célie, y tú has estado consciente durante *cientos* de horas. Por supuesto que estás nerviosa, inquieta. —Con un sonido disgustado, da media vuelta en un esfuerzo por recuperar la compostura, cada línea de su cuerpo dura e implacable. Vuelve a maldecir—. Esto es culpa mía. Yo debería haber sido el que te enseñara estas cosas, no Odessa. Debería… debería haber *estado* ahí.

—Entonces, ¿por qué no lo estabas?

Es posible que esa sea la pregunta que más me he repetido durante esas largas e inquietantes horas en el cuarto de invitados de Lou: ¿por qué? ¿*Por qué* me había convertido Michal en vampira después de decirme que jamás lo haría? ¿Por qué me dejó ir a Cesarine después de haberme pedido que me quedara?

Como suele ser el caso, la respuesta que da no es la que yo había imaginado.

—No creía que quisieras eso —dice sin más.

Las palabras, sin embargo, son demasiado crudas y están demasiado cerca de la verdad como para ocultar lo que pretende decir en realidad: «No creía que quisieras *tenerme ahí*». Abro la boca al instante para refutar una afirmación tan brutal, o tal vez para cambiar de tema por completo, pero él vuelve a hablar antes de que pueda decidirme.

—Este es un momento perfecto para corregir mis errores. Siéntate, Célie. Por favor. —Sigue sin mirarme, pero hace un gesto con la cabeza hacia las raíces y el romero—. Deja que te enseñe a apagar tus sentidos.

Apagar tus sentidos. La perspectiva parece peligrosa en un lugar como Requiem, pero vuelvo al rincón de tierra mullida porque confío en él. Enrosco los brazos alrededor de mis rodillas y Michal vuelve a acuclillarse a mi lado. Siempre en cuclillas. Siempre en tensión. Verlo sentado, descansando, tumbado como hizo conmigo en la orilla del arroyo, parece tan surrealista y fuera del alcance como el sueño en sí.

—Recuéstate hacia atrás —me indica—, y cierra los ojos.

Trago saliva.

—No… no necesariamente *quiero* cerrar los ojos.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no?

—¿De verdad me vas a obligar a decirlo después de lo que acaba de pasar? —Cuando asiente, decidido, hago una mueca—. Michal, ¿sabes que a veces puedes ser un verdadero depravado?

—¿Y *tú* sabes que en realidad no le tienes miedo a la oscuridad?

—¿Perdona? —Lo miro y parpadeo, insultada y también aterrada por su perspicacia—. Lo confirmaste tú mismo en L'ange de la Mort cuando todavía era humana. Dijiste que era nictofobia. Oíste cómo se me aceleraba el pulso, viste cómo se dilataban mis pupilas.

—Oh, no tengo ninguna duda de que la oscuridad despierta recuerdos que más vale mantener en el olvido, pero creo que has combinado tu miedo a la oscuridad con un miedo a otra cosa.

—¿Como qué? —pregunto con recelo.

—Dímelo tú. —Apoya los antebrazos en las rodillas mientras me estudia. Sus ojos negros centellean—. ¿Qué es lo que se esconde en la oscuridad? —Una pausa sugerente—. O más bien, *¿quién?*

Lo miro con los ojos entornados, sin entender bien lo que quiere implicar, pero sin que me guste tampoco. Mi subconsciente se pone a la defensiva y arranco otra ramita de romero para tener algo que hacer con las manos.

—Nadie puede esconderse ya de mí en la oscuridad.

—Entonces, no deberías tener miedo de cerrar los ojos.

Hago lo que dice a regañadientes y oigo el aire moverse cuando asiente con aprobación.

—Bien. Ahora silencia esa mente gloriosa tuya y escucha.

No puedo evitar entreabrir un ojo con suspicacia.

—¿De verdad crees que mi mente es gloriosa?

Me sonríe desde lo alto.

—Sabes que sí. Y ese es justo el problema. Los vampiros recién nacidos (todos los vampiros, en realidad) tienen problemas con la sobrecarga sensorial hasta que aprenden a centrar su atención. Y tienes que centrar tu atención para relajarte.

—Eso parece ilógico.

—Cierra los ojos, Célie.

Mis labios se fruncen un poco cuando los cierro de nuevo, pero permito que la voz de Michal me recorra como un bálsamo.

—Imagínatelo como el fuego —me dice—. Un fuego incontrolado es mucho más difícil de sofocar que, digamos… una vela. Y lidiar con la enorme cantidad de información que percibimos puede ser como estar de pie en medio de un fuego incontrolado. Es demasiado. Es excesivo. Semejante aluvión desencadena una respuesta fisiológica incluso en los vampiros, lo cual hace que nos resulte imposible relajarnos. Sin embargo, si centramos nuestra atención, si la concentramos en un solo sentido, un solo detalle, ese fuego también se limita.

Mis párpados aletean. Mi sonrisa se diluye poco a poco.

—Hasta no ser más que una vela.

—Una vela —repite—. La vista es el sentido más fácil de apagar. Lo estás haciendo ahora al cerrar los ojos. A continuación viene el olfato. Ese lo puedes apagar…

—Aguantando la respiración —termino—. Lo cual deja… ¿el sonido?

Sus dedos rozan mi rodilla.

—Y el tacto.

Los primeros desaparecen un segundo después y me dejan a la deriva en la oscuridad traicionera de mis párpados. *No tienes miedo a la oscuridad*, me digo con vehemencia. *No tienes miedo, no tienes*

miedo, no tienes miedo.

La voz de Michal se suaviza cuando continúa hablando.

—Céntrate en cualquier otra cosa que sientas: en el satén frío de tu vestido, en sus fibras individuales, el musgo y los líquenes debajo de ti. En la tierra húmeda. Las raíces de los árboles. Incluso en el aire sobre tu piel. Imagina cada cosa como una vela y limítate a… apagarlas.

Trago saliva, intento hacer lo que dice y, para mi sorpresa, consigo centrarme en las sensaciones individuales sin dificultad. Las percibo. Las separo de mi cuerpo una a una y las mantengo aisladas en el ojo de mi mente mientras apago cada vela por turnos. Una oleada de satisfacción me recorre de arriba abajo, porque lo he hecho; por una vez en la vida, *lo he hecho de verdad*… Solo que ahora realmente voy a la deriva sin las referencias del tacto. El pánico trepa por mi garganta una vez más, pero la voz de Michal todavía me encuentra en la oscuridad. Todavía está aquí.

Después de todo, se niega a marcharse.

—Ahora haz lo mismo con el sonido. El viento que sopla entre los árboles, el hielo en proceso de descongelación, el retumbar de los truenos sobre el mar. Si escuchas con atención —añade—, incluso puedes oír a Mathilde regañar con Guinevere y D'Artagnan.

En efecto, sí que puedo.

Ahí, sentada con Michal, cada sonido parece amplificado mientras deslizo mi atención de uno a otro y dejo que aumenten hasta que me envuelven en una orquesta extraña y tranquilizadora. Mi cuerpo se vuelve más pesado con los acordes rítmicos, e incluso con las voces tenues de Mathilde y sus invitados. Mi oleada de satisfacción se apacigua a su paso, e incluso el pánico de mi pecho amaina poco a poco.

Porque ya no estoy sola. En realidad, no. Ni siquiera en la oscuridad.

Michal está aquí, y su voz también se envuelve a mi alrededor. Me acuna mientras realizo una última inspiración, aguanto el aire, soplo para apagar cada vela y espero hasta el último momento posible para apagar también la de él.

Entonces me da un beso en la frente.

—*Čak i sunce mora spavati*.

Pero apago su vela antes de poder oírlo bien, y caigo de cabeza en un sueño.

CAPÍTULO 29

Una audiencia con la reina de hielo

El sueño empieza de un modo agradable, como una escena directamente sacada de un libro de cuentos de hadas: un castillo de hielo tallado y reluciente se alza alrededor de mí, y cientos de copos de nieve caen con suavidad del techo como estrellas fugaces. Algunos de ellos son esponjosos y floridos, otros, afilados y cristalinos. Centellean sobre las yemas de mis dedos, sobre mis mejillas, y sonrío antes de pescar uno con la lengua.

Al principio, no me doy cuenta cuando se detienen.

Tampoco me doy cuenta de que el aire empieza a ralear ni de que la escarcha trepa por mi finísimo vestido. En verdad, no me doy cuenta de nada hasta que el castillo en sí se extiende por encima de mis pies para atraparlos en hielo sólido. Sorprendida, bajo la vista hacia mis manos blancas como la nieve, hacia el estremecedor rojo de mis uñas, a juego con las bayas de invierno que crecen en mi pelo.

Hacia el rastro de sangre que centellea sobre el hielo a mi espalda.

—Por fin —dice mi hermana con voz aburrida—. Pensaba que no te ibas a dormir nunca.

—¿Filippa?

Giro en redondo, incrédula, pero casi caigo al suelo cuando mis pies se niegan a moverse, aún congelados como un bloque. Y con una desagradable punzada de intuición, me doy cuenta de que esto no es un sueño en absoluto, no con mi hermana a escasa distancia de mí, fría y cruel y equivocada, y no con esa expresión de apatía en sus inquietantes ojos. Uno negro y uno verde.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Retuerzo el cuello para mirar a nuestro alrededor. Contemplo pasmada las paredes centelleantes. Veo que la sangre detrás de mí no es sangre para nada, sino una

capa de un carmesí vívido cuyo material no logro discernir; aunque ondula bajo esta extraña luz plateada como si fuese líquida, como si mi mano pudiera colarse a través de ella, *dentro* de ella, si me atreviese a agacharme para investigar—. ¿Dónde *estamos*?

Mi mirada se queda atascada en la mesa pedestal del centro de la sala, con copos de nieve tallados en la más pálida de las maderas, y en el elegante ramo de campanillas de invierno congelado en su centro. Detrás de ella, la grandiosa escalinata sube hacia un rellano rutilante antes de dividirse y seguir subiendo hasta perderse de vista. Me arrodillo para inspeccionar los suelos cristalinos, donde un bosque perenne ha sido esculpido debajo del hielo.

—¿Estamos en el reino de los espíritus? —pregunto asombrada.

Filippa levanta un hombro delicado antes de alisar la tela casi translúcida de su reluciente vestido blanco. Ella no lleva una capa carmesí ni bayas en el pelo. En vez de eso, parece casi espectral con su melena oscura y su piel exangüe, un tajo negro en el tejido que compone este lugar.

—Casi.

Bajo la vista otra vez, incapaz de evitarlo. Me da la impresión de ver sombras ondular entre los árboles perennes bajo el hielo y, si miro con atención, casi podrían ser… personas. Reprimo un escalofrío cuando una se acerca demasiado y revela una mata de pelo borrosa, pero de un inconfundible tono castaño.

Frederic.

Retrocedo a toda prisa, lejos de él, con el estómago revuelto.

—¿Por qué respiras? —pregunta Filippa de pronto, lo cual me saca de mi sorpresa. De mi *confusión*—. Eres una vampira, *ma belle*. Estás muerta, y los muertos no deberían preocuparse por cosas tan mundanas.

Mis ojos se deslizan hacia los suyos con un horror creciente. Porque mi hermana ha atrapado el alma de su examante dentro del suelo. Porque a su lado, Evangeline también me mira desde abajo, sus ojos desolados y vacíos.

—La res… la respiración nos permite oler cosas.

—¿Ah, sí? —Filippa arquea una ceja burlona—. ¿Y yo a qué huelo?

Inspiro con reticencia, preparada para lo peor, pero, en lugar de

eso, mi confusión aumenta. Frunzo el ceño. Porque… no huele como una retornada. Me echo un poco atrás e inhalo su aroma otra vez. Y otra. Pero… no, no detecto putrefacción. Las campanillas de invierno sobre la mesa se tiñen de negro y se agrietan cuando me doy cuenta de eso, pero Filippa no les presta atención alguna. En cambio, levanta la barbilla en un gesto tan propio de nuestra madre que solo verlo es como un golpe físico contra mi pecho, o quizá se haya limitado a congelar el aire también dentro de mí. Esto no tiene ningún *sentido*.

El *loup garou*, los corsarios, incluso el arzobispo, olían a descomposición y a cosas fétidas, a desesperación. Además de eso, ninguno de ellos podía comunicarse; apenas podían *pensar*, no digamos ya hablar. No como Filippa.

Algo salió mal con ese hechizo de Frederic. O algo salió muy, muy bien.

Mathilde describió el agujero que Frederic y Filippa habían hecho en el velo como único, distinto de los desgarrones creados por otros retornados. Cualquiera que haya visto el remolino estaría de acuerdo, pero… ¿hasta dónde llegan esas diferencias?

—¿Entonces? —Filippa desliza los dedos despacio por encima de las campanillas—. ¿Huelo a rosas?

Un escalofrío baja por mi columna ante esa sugerencia. Ante ese recuerdo de rosas y podredumbre, de humo de vela y una oscuridad absoluta y asfixiante. Sin embargo, no estoy dispuesta a tener miedo de mi hermana ni de su recién encontrada alianza.

—Hueles como siempre, Pip. A velas de cera de abeja.

La mentira sale por voluntad propia, o quizá no. Quizá, a pesar de todo, quiero provocarla, calibrar su reacción. Quizá quiero *ver* ese destello de irritación en sus ojos, esa sutil tensión del descontento y…

La esperanza se aviva en mi pecho cuando sus ojos se entornan. Cuando frunce los labios. *No quiere oler a miel veraniega*. Asimilo esa idea despacio, aunque todavía no la comprendo.

Por instinto, la provoco aún más.

—Este palacio tiene el mismo aspecto exacto que siempre imaginé, como sacado directamente de las páginas de *La reina invernal*,

¿verdad? —Señalo su vestido y la delicada coronita de plata que descansa sobre su cabeza, y un músculo empieza a apretarse en su mandíbula. Un movimiento leve, sí, pero uno condenatorio de todos modos—. Desde luego que te has vestido bien para el papel. La capa es un toque bonito. ¿Cosiste los diamantitos tú misma?

Con un crujido que no augura nada bueno, el hielo empieza a agrietarse entre nuestros pies.

—Sé lo que estás haciendo, *ma belle* —dice con frialdad—, pero no encontrarás lo que buscas en mí. Te sugiero que dejes de buscar.

La chispa de esperanza se aviva, trepa más alto, y doy otro paso hacia delante, desesperada por… por sacudir a Filippa, quizá por *abrazarla*. Por hacerla recordar lo mucho que nos quisimos en el pasado. Porque el palacio, el vestido, las amenazas, incluso su alianza con la Muerte… Parece haberse enfundado cada una de esas cosas como una armadura, lo cual significa que…

Quizá todavía haya algo que proteger en su interior.

—Nunca has sido un monstruo, Filippa —digo con pasión.

—No espero que lo entiendas. —Filippa se mantiene muy rígida, las manos cruzadas a la cintura en una imitación perfecta de mi madre, mientras contempla a nuestra niñera flotar sin rumbo entre los árboles—. Tampoco requiero tu aprobación. Aunque hubo un tiempo en el que nos parecíamos, nunca hemos sido iguales. Quizá sea para bien que yo tenga este aspecto ahora y tú tengas ese. Nuestros rostros reflejan la verdad del tema, ¿no crees? Yo soy un monstruo con aspecto de monstruo, y tú eres un monstruo con aspecto de diosa.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—Porque te conozco. —Cuando abro la boca para discutírselo, para mostrar mi desacuerdo vehemente con su lógica mordaz, ella se me adelanta—. ¿Por qué no me seguiste nunca cuando me escabullía para encontrarme con Frederic? Esperaba que fueses en mi busca al menos una vez, pero jamás te aventuraste más allá de la ventana. ¿Es que no sentías curiosidad acerca de él? ¿No te preguntabas a dónde íbamos?

—*Por supuesto* que me lo preguntaba. —Aunque intento mantenerme igual de fría, calmada y serena que mi hermana mayor,

mi voz suena más aguda e indignada—. Te lo pregunté, Filippa. Todas las noches; pregunté y pregunté y *pregunté*, y tú te negabas a decirme ni una palabra acerca de él. Estaba claro que no querías que lo supiera (ahora sé *por qué*), así que nunca me aventuré más allá de la ventana porque hacerlo hubiese sido invadir tu privacidad. Quería gustarte. Quería que *confiaras* en mí, pero, al final, ninguna de las dos obtuvimos lo que queríamos, ¿verdad?

No dice nada en respuesta. Se limita a continuar su examen de las sombras bajo el suelo y yo hago una mueca, arrepentida ya de mis palabras amargas.

—Filippa… —empiezo con remordimiento, pero ella me interrumpe antes de que pueda disculparme.

—Prometió devolverme a Frostine a cambio de mi ayuda.

La confesión casi parte mi pecho en dos.

—Oh, Pip.

Ella suelta una risa pesarosa; aunque, como es obvio, no es una risa en absoluto.

—Necesito tu compasión en la misma medida que necesito tu comprensión y aprobación. —Al final, levanta los ojos hacia los míos y, en ellos, veo reflejadas las luces de las almas de Frederic y Evangeline. Se las quedó. Pese a su desafío callado, su desprecio cortante, las conservó con ella, y está dispuesta a sacrificarlo todo por conservar también a su hija.

Y ahí está mi respuesta.

—Le pedí que no te involucrase en esto, Célie. —Filippa se desliza por delante de mí sin mirarme, igual de etérea en este extraño lugar que un fantasma en el reino de los espíritus. Igual de escalofriante —. Intenté mantenerte fuera de esto, pero la Muerte es la Muerte. Al final, ¿qué podemos hacer nosotras? —Cuando no contesto, vacila en el umbral de la puerta. Gira la cabeza hacia mí, pero no revela nada—. La verdadera razón de que te haya traído aquí no es que quisiera verte. Es que quiere verte él.

Antes de que yo pueda decir ni una palabra más, Filippa hace un gesto rápido con la mano y caigo en picado a través del hielo. Chillando, desciendo hasta que mis pies se estrellan contra tierra dura. Desorientada, flexiono las rodillas por instinto y aterrizo en

cuclillas para amortiguar el impacto. Tardo unos segundos en darme cuenta de que ya no estoy en el palacio de hielo. Ya no estoy con Filippa para nada, sino mirando una cara familiar.

—Hola, cielo —ronronea la Muerte—. Te he estado esperando.

Mi cuerpo se paraliza al oírlo, todos los músculos en tensión, preparados para echar a correr. Todos mis instintos me gritan que *huya*. Porque esto… esto no está bien. Yo no debería estar aquí, dondequiera que sea *aquí*, y desde luego que no debería estar sola con la Muerte. *No de nuevo*. La última vez que lo vi, le arrancó el corazón a Frederic con una sonrisa alegre, drenó toda la sangre de su cuerpo, y sus retornados… sus *retornados*…

Su hedor pútrido nos rodea, se pega a mi pelo, a mi piel, a mis mismísimos sentidos.

Necesito marcharme.

Ahora.

Como si percibiese mi pensamiento, la Muerte chasquea la lengua con suavidad y sacude la cabeza a modo de advertencia.

—Y yo que pensaba que te alegrarías de verme —comenta—. En serio, pensé que incluso quizá quisieras ayudarme, dadas las circunstancias.

Sonríe con suficiencia al ver mi expresión de incredulidad. Sus ojos plateados giran a la luz moteada de otro bosque, y él se apoya en el tronco de un viejo abeto nudoso. Igual que en Cesarine, zarcillos de podredumbre parecen emanar de su ser. Se estiran hacia fuera para introducirse entre el follaje, ennegrecer las ramas de los árboles por encima de él y dejar sus agujas pálidas y marrones.

—¿No? —Arquea una ceja, divertido—. ¿No tienes ninguna pregunta que ardas en deseos de hacer? ¿No tienes nada que decirme? ¿Nada en absoluto? Eso no suena como la Célie que yo conozco.

La Célie que yo conozco. Las palabras parecen demasiado íntimas, casi intimidantes, pero el instinto me advierte que no discuta; en lugar de hacerlo, me enderezo despacio, con cautela, con el corazón atascado en la garganta. Porque reconozco estos árboles; son todos pinos, píceas y cipreses. Árboles perennes. Su intenso olor impregna el aire a medida que me doy cuenta de dónde estoy. Noto un

hormigueo en la nuca, esa sensación indefinible de ser observada, como si estos árboles nos viesen con la misma claridad que nosotros los vemos a ellos. Como si tuviesen sentidos, como si estuviesen *vivos*, sus susurros arrastrados por una brisa curiosa.

—La Fôret des Yeux —susurro. La Muerte sonríe.

—Muy bien. Supongo que ya has estado aquí antes, ¿no?

Asiento y se me pone la carne de gallina por los brazos; sí, he estado en el Bosque de los Ojos muchas veces, y me gustaría recordar más o menos… ninguna de ellas.

—¿Esto es… algún tipo de sueño?

Por favor, que sea un sueño.

—¿Con qué frecuencia sueñas conmigo, Célie? —Sin perder la sonrisa, la Muerte se aparta del árbol. Va vestido solo con una fina camisa blanca, sin abrigo ni pañuelo al cuello, y unos ceñidos pantalones negros remetidos por unas botas de caña alta. Extiende un brazo como si esperase que yo me agarrase a él, como si esperase que paseáramos juntos entre la podredumbre y los retornados—. Espera. No respondas a eso. Mejor mantener un poco el misterio tan pronto en nuestra relación.

Frunzo el ceño al instante.

—No *tenemos* ninguna…

Una rama se precipita de lo alto antes de que pueda terminar y, aunque salto a un lado para evitar su trayectoria, un rayo de luz corta a través de las copas de los árboles cuando la rama cae. La luz ilumina mi mejilla, mi cuello, mi pecho con un calor abrasador y, solo por un instante, no entiendo qué está pasando, qué me *duele* tanto… Entonces doy un alarido, me agarro la cara y me zambullo en las sombras mientras un hilillo de humo se desliza entre mis dedos. Mientras escapa hacia el brillante cielo azul que asoma ahora por los agujeros de la cubierta vegetal.

Contemplo esos agujeros horrorizada. Parpadeo varias veces. *Luz solar*.

Motea la maleza alrededor de la Muerte, cuya pestilencia continúa expandiéndose, envenena los árboles y marchita su follaje. Las finas agujas de los árboles revolotean hasta el suelo del bosque. Otra rama se parte. Por el ángulo de la luz, debe de ser media tarde, lo

cual significa…

La Muerte chasquea la lengua, comprensivo, a medida que la realidad cae sobre mí como un jarro de agua fría.

Lo cual significa que estoy atrapada.

Aunque por algún milagro *consiguiese* escapar tanto de la Muerte como de sus retornados, por no mencionar todo lo demás que pueda vivir en este bosque dejado de la mano de Dios, no tendré ningún sitio a donde ir hasta que se ponga el sol. Ningún sitio donde esconderme.

La Muerte lo sabe.

Se acerca despacio y menea los brazos abiertos en mi dirección.

—Por supuesto que tenemos una relación, Célie, cariño. Eres mi Novia. —Y algo en su *voz*…

Se me cae el alma a los pies ante la posibilidad de que él pueda estar… *controlando* todo esto, de algún modo. La muerte y la descomposición. Las ramas rotas. Aunque ahora parece humano, no sabemos casi nada acerca de sus habilidades en nuestro reino. La próxima vez, tal vez pueda hacer algo mucho peor que quemarme. Mi intuición me advierte de que tal vez lo haga.

—Esto… esto no es solo un sueño, ¿verdad? —le pregunto. La Muerte niega despacio con la cabeza.

—Nunca lo son.

Con esa confirmación aterradora, el hedor de los retornados termina por sobrepasarme y me tambaleo un paso hacia atrás, con lo que casi vuelvo a quemarme en otro parche de luz. Aunque se mantienen fuera de la vista y se mueven con un sigilo antinatural, los percibo justo al otro lado de las sombras. Nos observan. Esperan. *Montones* de ellos. Los pinos se estremecen por su presencia, mientras esos zarcillos se extienden más lejos aún de la Muerte, marchitando todo a su paso.

Excepto a mí, pienso de repente, con un retortijón brutal en el estómago.

Excepto a los retornados.

—Pero… —Sacudo la cabeza, la mano aún pegada a la mejilla, al tiempo que ignoro las agudas punzadas de dolor mientras se cura—. La Fôret des Yeux está a *cientos* de kilómetros de Requiem.

—Al reino de los espíritus le preocupan poco las cosas tan mundanas como la distancia física.

El reino de los espíritus. Mis pensamientos vuelven corriendo a cuando caí en él fuera de la cabaña de Mathilde, pero… pero regresé con Michal a nuestro reino antes de sucumbir yo al sueño. Sus ojos vigilantes es lo último que recuerdo, aparte de fragmentos vagos y embarullados de la voz baja de mi madre y un paño caliente sobre mi cara. No tiene ningún *sentido*.

—¿Cómo lo ha hecho Filippa? ¿Utilizó el *velo* para traerme aquí?

La Muerte asiente, y luego suelta un suspiro de impaciencia cuando se percata de que no voy a aceptar su brazo. Opta por agarrar mi codo, en cambio.

—Nunca he oído a nadie *pensar* de un modo tan sonoro como tú. ¿Siempre les gritas tus pensamientos a cualquiera que pueda estar por ahí?

Abro la boca para responder, o para preguntar *cómo* utilizó Filippa el velo para viajar, pero la cierro otra vez igual de deprisa. Bajo la mano de la piel recién curada en mi mejilla.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto en cambio, mientras me fuerzo a mantener la calma—. ¿Qué *quieres* de mí?

—Ah… Vaya, me alegro de que preguntes *eso*. —La Muerte señala hacia la tierra compactada que rodea nuestros pies. Entorno los ojos para seguir el camino hasta lo que parece ser una… ¿puerta? La sospecha se cuela a medio formar en mis pensamientos. Porque ¿cuál puede ser la razón de que haya una *puerta* en medio del bosque?—. Me temo que necesito tu ayuda con un pequeño experimento. Ignóralos —añade cuando mi mirada vuela hacia una mano pálida que asoma del árbol por encima de nosotros, aunque desaparece de la vista casi al instante.

—Más fácil de decir que de hacer.

—Mis retornados no atacarán a menos que huyas. Y no vas a hacer eso, ¿verdad? Los ojos de la muerte centellean de un modo casi travieso mientras me arrastra a la fuerza por el camino, su brazo libre rodeando mis hombros—. No, eres demasiado lista para esos numeritos. Después de todo, esta es una oportunidad para descubrir mi plan diabólico y, en cualquier caso, no tienes ninguna antorcha

para incinerar a nadie esta vez. Es un *gran* inconveniente, ya lo sé.

Recalca esas palabras con un apretoncito, y yo hago una mueca al sentir su fuerza obvia. Peor aún, si está insinuando lo que creo que insinúa, sabe lo del retornado que quemamos Michal y yo, pero… ¿cómo *puede* saberlo? Lo habríamos olfateado si hubiese estado escondido; habríamos notado también a otro retornado.

Aunque mi inquietud aumenta al pensarlo, no me atrevo a intentar soltarme de él. *Todavía no.* Porque por mucho que odie admitirlo, la Muerte tiene razón: no tenemos ni idea de lo que quiere, solo que quiere *algo*, y esta podría ser mi única oportunidad para descubrirlo. Sería tonta de no aprovecharla, de no sonsacarle aunque sea solo una respuesta antes de que haga… Bueno, lo que sea que esté a punto de hacer.

—¿Cómo sabes lo del *loup garou*? —Para mi sorpresa, mi voz suena serena, y doy gracias a todas las deidades que puedan estar escuchando por estas pequeñas misericordias—. ¿Lo… lo mandaste *tú* a por nosotros? —pregunto con suspicacia. La Muerte suelta un resoplido burlón mientras cruzamos por la puerta.

—No seas ridícula. ¿No acabo de decir que ningún retornado te hará daño a menos que lo provoques?

—Entonces, ¿cómo…?

—No eres la única que tiene espías, cielo.

Parpadeo en su dirección, mientras rezo por haberlo oído mal, pero… no. Ha dicho espías. *Espías*. La palabra zumba de un modo extraño en mis oídos, suave al principio, un susurro de advertencia, antes de aumentar hasta convertirse en un grito ininteligible y doloroso. Duele *mucho*. Porque un espía es mucho peor que el hecho de que la Muerte se esconda entre los helechos para escucharnos hablar; es peor que los retornados que siguen nuestros pasos ahora. Un espía es desconocido. Un espía es *peligroso*. En especial, si sabe lo del subterfugio de Michal. *Y seguro que lo sabe*, masculla mi subconsciente. *Si vio al retornado arder, vio también a Michal.*

Mi inquietud se convierte en un pánico patente al pensarlo, pero me fuerzo a contenerlo. Este no es el momento para perder la cabeza. Mientras la Muerte me arrastra hacia delante, muchísimo

más fuerte que yo, demasiado fuerte para resistirme, aprieto los dientes y lo sigo a trompicones. Incluso finjo seguirlo por voluntad propia. Y, en cierto modo, *así es.* La Muerte necesita algo de mí, eso está claro; si logro ser lista, si logro manipular esa ventaja, quizá me diga todo lo que necesito saber.

Aun así, arrastro los pies justo lo suficiente para parecer convincente.

—No tenemos por qué ser enemigos, ¿sabes? Yo tampoco le tenía demasiado aprecio a Frederic, y en cuanto a mi hermana… bueno, yo quiero que sea feliz más que nadie. ¿Alguna vez te has planteado *pedir* mi ayuda en lugar de amenazarme con…? —Agito una mano en dirección a los árboles moribundos y a las sombras que se mueven entre ellos—. Con todo esto.

—¿Oh? —La Muerte arquea una ceja y me mira con una sonrisilla de suficiencia, como si supiese a la perfección lo que estoy tratando de hacer y lo encontrase de lo más divertido. Sus ojos plateados, sin embargo, centellean con intriga. Con anticipación. Le prometió a Filippa que agotaría todas las opciones antes de involucrarme, así que esto que quiere, sea lo que sea, debe de quererlo mucho—. ¿Y exactamente qué información me darás a cambio del nombre de mi espía?

Encojo un hombro delicado debajo de su mano y me preparo para lo que viene a continuación.

—Supongo que eso depende de la información que tú me des a mí.

Suelta una sonora carcajada al oír eso, y me da otro apretoncito a modo de advertencia sutil cuando doblamos una esquina y aparece ante nosotros la primera cabaña de madera. Y con ella, otro olor se une a los de la pinocha, las rosas, la descomposición. Este es intenso, punzante y cruel; casi quema mi nariz cuando inspiro, pero lo peor es que… lo reconozco. Se me cae el alma a los pies.

Magia de sangre.

—Cómo me gusta un buen callejón sin salida —comenta la Muerte, al tiempo que guiña un ojo al ver mi expresión horrorizada—. Veamos cuál de nosotros es el primero en quebrarse, ¿te parece?

CAPÍTULO 30

Una cita con la Muerte

Después de la batalla de Cesarine, Coco hablaba a menudo de su visión de construir un asentamiento permanente para las *Dames rouges*. Tenía sentido. Su gente se había visto obligada a deambular por el bosque como nómadas, sin permanecer nunca en un mismo lugar por miedo a atraer una atención indeseada. Aunque nunca visité sus campamentos en persona, Coco los describía como lugares oscuros y lóbregos bajo el mando de La Voisin; miserables, incluso, cuando las temperaturas caían en picado y los víveres escaseaban.

Nada que ver con este encantador pueblecito que asoma entre los árboles de hoja perenne.

En lugar de talar los viejos árboles, las brujas de sangre se habían limitado a construir sus cabañas alrededor de ellos. Pese a la presencia de la Muerte a mi lado, una semilla de asombro germina de todos modos en mi pecho mientras contemplo los tejados de colores vistosos, sus puertas delanteras a juego, en un surtido aleatorio de rojos, terracotas y azules turquesa. Las calabazas talladas para la víspera de Todos los Santos aún miran con maldad desde las escaleras a su lado. Huertos de verduras de invierno florecen en cada jardín, rebosantes de puerros, chirivías y calabazas, mientras las agujas de los pinos caen revoloteando para tapizar todo de dorado. Incluidos los…

Fosos de fuego, pienso al ver los círculos de piedra en cada jardín improvisado. Los troncos en su interior todavía huelen un poco a humo, a sangre… Un escalofrío baja rodando por mi columna cuando recuerdo a Coco mencionar un ritual semejante el marzo pasado. Habíamos estado plantando semillas en los parterres de Lou durante su celebración de Ostara cuando yo le había preguntado

también sobre sus rituales otoñales.

—Encendemos hogueras en noviembre. —Coco había alisado la tierra mientras Lou descansaba en la hierba a nuestro lado, retorciendo dos briznas de hierba alrededor de un dedo para formar una corona diminuta—. Son para protegernos de los espíritus malignos que puedan haber cruzado en Samhain.

Yo había respondido a su sonrisa morbosa con una sonrisa radiante, porque Samhain y sus dedos espectrales parecían muy lejanos entonces. Porque jamás podrían alcanzarnos mientras disfrutábamos del sol en esa luminosa tarde primaveral, rodeadas de tierra y flores.

La ironía de esa conversación no se me pasa por alto ahora.

Y ese asombro en mi pecho… se marchita con todas las demás cosas a nuestro paso, y se enrosca sobre sí mismo como una araña muerta hasta que solo queda la Muerte.

Esquivo otro parche iluminado por la luz del sol mientras él levanta una mano para examinar la hilera de piñas colgadas alrededor del pozo en la plaza del pueblo. Trozos de pergamino aletean de cada piña y, en ellos, han escrito…

—Deseos —digo de pronto, al tiempo que me acerco para leer el más próximo: «Deseo besar a alguien a quien acabe de conocer»—. Es un pozo de los deseos.

—*Era* un pozo de los deseos —me corrige la Muerte mientras examina otro papel con poco interés—. ¿O es que no has notado que este pueblo ya no es un pueblo? —Al ver mi expresión confusa, suspira antes de retirar otro trocito de pergamino de su piña—. *Personas*, Célie. ¿Dónde están las *personas*?

—¿A qué te…?

—Escucha.

Frunzo el ceño y hago justo eso. Ladeo la cabeza y me concentro en las cabañas a nuestro alrededor, pero… no emana sonido alguno de ellas. Ningún roce de cortinas, ninguna pisada sobre suelos de madera. Frunzo el ceño aún más cuando la Muerte me suelta para caminar alrededor del pozo, arrancando trozos de pergamino de cada pino para echar un vistazo a los deseos.

No oigo tampoco ninguna respiración. Ningún latido de corazón.

Qué raro.

Echo un vistazo detrás de nosotros, a la izquierda y a la derecha, sin saber bien qué espero encontrar. Entonces me fijo en el recinto vallado más allá del pozo de los deseos, donde las brujas guardaban a sus animales. La puerta está abierta de par en par entre dos enormes píceas, y las vacas, ovejas y gallinas que vivían en el interior han desaparecido junto al resto del pueblo. Sin embargo, no hay señales de forcejeo ni de violencia de ningún tipo. No hay cuerpos ni sangre, aparte de la que se ha secado en las hogueras de las brujas. Da la impresión de que, simplemente, se han… marchado.

Mi intuición hace que me hormiguee la piel otra vez.

«Huido», parece susurrar el viento.

Miro la cabaña más próxima a nosotros, con sus persianas cerradas, antes de dar unos pasos tentativos hacia ella. Cuando ninguno de los retornados me detiene, sino que se limitan a observar desde las sombras, cruzo deprisa la distancia que me separa de la puerta, me agacho para pasar por debajo de una rama podrida y tiro del picaporte. La puerta se abre sin ofrecer resistencia. *No está cerrada con llave*. Un solitario frasco olvidado de mermelada de bayas de saúco rueda por el suelo de madera, y un vistazo rápido a la despensa confirma que es la única comida que queda en la cocina.

Dos oleadas gemelas de alivio y miedo me atraviesan al unísono de arriba abajo mientras cierro la puerta sin hacer ni un ruido.

Si en algo conozco a Coco, y creo que lo hago, seguro que ella habría evacuado este lugar en el mismo instante en que Lou le habló de la Muerte y sus retornados. Después de todo, fue el grimorio de su tía el que los ayudó a pasar a través del velo en primer lugar; las brujas de sangre serían las primeras a las que acudiría la Muerte si tuviese alguna pregunta. Coco habría hecho la conexión enseguida. Si sospechaba que la Muerte podría hacerles una visita, no habría dudado en llevarse a sus congéneres a un lugar seguro. Habían mantenido su paradero, su propia *existencia*, en secreto durante cientos de años antes de crear este pueblo, así que es probable que puedan esconderse durante cien años más.

Gracias a Dios.

Porque si la Muerte busca brujas de sangre… No puede significar nada bueno.

Lo observo con recelo ahora, aguanto la respiración y aguardo su reacción, pero no parece demasiado preocupado con el pueblo desierto. Ni siquiera parece sorprendido. En lugar de eso, deja caer una brazada entera de deseos dentro del pozo con expresión contrariada antes de girarse hacia mí.

—«Inspirar risa» —dice en respuesta a mi pregunta tácita—. «Ayudar a otros». «Hacer preguntas». —Con una carcajada burlona, levanta la cara hacia el viento y respira hondo—. Ese podía haber aprendido un par de cositas de ti. Para ser sincero, los únicos deseos con los que podría identificarme apenas de refilón eran «visitar una granja de chocolate» y «hacer el pino». Los humanos son de lo más aburridos.

—No hay nada más humano que el chocolate y hacer el pino. —Continúo antes de que pueda discutirme eso—: ¿Sabías que el pueblo estaría desierto?

—Sí. —Inspira hondo otra vez, los ojos entornados en dirección a la línea de árboles en busca de algo—. ¿Sabes si la preciosa Cosette incineró el cuerpo de su tía? —pregunta de sopetón—. ¿Ascendió las cenizas?

Lo miro pasmada.

Fuera lo que fuese lo que esperaba que dijera, no era esto, y cualquier respuesta que pudiera haberle dado se queda atascada en mi garganta, que se comprime hasta ser del tamaño de la punta de un cuchillo. Y la verdad es que me da la *sensación* de que la punta de un cuchillo se ha quedado ahí clavada, porque lo único peor que el hecho de que la Muerte busque brujas de sangre es que la Muerte busque a *esa* en particular. Esa muy vieja, muy malvada y muy *muerta*. Niego con la cabeza mientras reúno cada ápice de mi convicción.

—No hay nada más personal que la ascensión para una *Dame rouge. Si* Cosette escogió ascender las cenizas de su tía, la verdad es que no es asunt…

—Oh, bueno, es que esa es la cosa, ¿no? —La Muerte suelta una

risa siniestra, se mete las manos en los bolsillos y se dirige hacia los árboles sin previo aviso. Espera que lo siga, y eso hago. Oh, claro que lo hago, corro tras él como un murciélago salido del infierno. *Esto es malo*—. *Sí* que es asunto mío; y tuyo también, dicho sea de paso. Será una tarea harto difícil localizar su cuerpo si Cosette no lo trajo aquí. Los *chasseurs* podrían haberlo enterrado en cualquier sitio…

Sus palabras anteriores vuelven a mí como desde una gran distancia, pese a que voy casi pisándole los talones. *Me temo que necesito tu ayuda con un pequeño experimento.*

Oh, Dios. Oh, *no*. Sacudo la cabeza para despejarla, convencida de que lo he entendido mal, pero… pero ¿por qué si no iba a necesitar mi ayuda? *Mi* ayuda, en concreto. ¿Por qué si no iba a romper su trato con Filippa para traerme aquí? Aunque hago un esfuerzo desesperado por conservar la calma, mi voz suena una octava demasiado alta cuando vuelvo a hablar.

—Quieres resucitar a La Voisin.

No es una pregunta, pero él la responde de todos modos. Saca el grimorio de su bolsillo y lo levanta por el aire sin mirarme. Sigue paseando entre los árboles como si no tuviese ni una sola preocupación. Incluso empieza a *silbar*.

—Sabía que eras lista.

Abro los ojos como platos al ver ese librito odioso, y me devano los sesos para encontrar una manera de… de distraer a la Muerte de algún modo, de retrasar sus planes durante todo el tiempo posible.

—Pero Frederic… El ritual requería también su magia. Requería a una bruja de sangre. Necesitarás una para poder…

—No te preocupes, tu sangre es el único requisito.

—¿Qué pasa con la *tuya*? —pregunto sin pensar, porque la verdad es que no importa de quién sea la sangre que utilice; lo único que importa es que no utilice sangre en absoluto. No podemos permitir que nadie más se levante de su tumba, y *sobre todo* que no lo haga Josephine Monvoisin—. ¿O… o es que no tienes? Sangre, quiero decir.

—A riesgo de fomentar esa estúpida idea en tu cabeza… —Se gira hacia mí con una ceja arqueada, mientras devuelve el grimorio a su

bolsillo—. Sí, tengo sangre en este cuerpo, pero aun así sería una estupidez atacarme. La Muerte no puede morir. —La desilusión debe reflejarse en mi cara, porque se ríe entre dientes; luego, extiende las manos hacia el bosque a nuestro alrededor—. Y *he* utilizado mi sangre, Célie, querida… ¿Creías que la tuya había creado a todos nuestros nuevos amigos?

Aunque me niego a reconocer la presencia de los retornados a nuestro alrededor, aún los veo moverse por la periferia de mi visión, y exceden por mucho mi estimación inicial. Una vez más, tanto el alivio como el miedo me atraviesan al recibir esa información. Porque estos retornados no son culpa mía y porque…

Trago saliva.

Porque quién sabe a cuántos ha creado la Muerte.

—*Por favor*. —Alargo mis zancadas para mantenerle el ritmo—. Planees lo que planees, te imploro que lo reconsideres. El velo ya está hecho jirones, y si resucitas a…

Me detengo en seco, después de irrumpir en un bosquecillo de abedules y casi chocar con la espalda de la Muerte. Se me abre la boca de la sorpresa. Del asombro. Por todas partes a nuestro alrededor, unas vasijas encaladas se mecen con suavidad sobre ramas etéreas, y reconozco ambas cosas con un mareante fogonazo de claridad.

—No —susurro, al tiempo que doy un paso atrás por instinto.

No deberíamos estar aquí.

Este bosquecillo es sagrado para las *Dames rouges*, prohibido para forasteros excepto con una invitación explícita. Yo lo sé bien. Envuelta en una capa escarlata, acompañé a Coco hasta aquí la noche de después de la batalla de Cesarine, junto con Lou, Reid, Beau e incluso Jean Luc. Y fue una de las experiencias más dolorosas y perturbadoras de toda mi vida. «Para honrar su sangre», nos dijo Coco, al tiempo que se rajaba el pecho y utilizaba la suya para pintar extrañas marcas sobre la vasija de su madre. «Y su magia».

La ascensión.

Es el último rito de una *Dame rouge*, uno en el que los seres queridos elevan las cenizas de la bruja al lugar de su último

descanso, lo cual libera su espíritu y les concede la paz eterna. Lo típico es que el campamento entero asista al ritual junto con la persona que ha sufrido la pérdida, además de realizar una vigilia silenciosa previa ante la pira de la difunta, pero las circunstancias que rodearon a aquella ascensión fueron diferentes. Secretas.

Coco ascendió a su madre, sí, pero nunca tuvo la intención de que ascendiera también su tía.

Sin pretenderlo, mis ojos se deslizan hacia el rincón más retirado del bosquecillo, donde dos vasijas cuelgan solas.

La Muerte se gira despacio hacia mí, sus ojos plateados casi relucientes a la tenue luz.

—¿Pasa algo?

Aspiro una bocanada de aire profunda y tranquilizadora, aguanto la respiración y me fuerzo a quedarme justo donde estoy. No puedo huir. Eso está claro. Tampoco puedo ayudarlo, sean cuales sean las consecuencias.

—¿Por qué quieres hablar con La Voisin?

Me mira con los ojos entornados durante un momento y ladea la cabeza, pensativo.

—Muy bien, Célie —dice al fin—. En otro alarde de buena fe, como ofrenda de *amistad*, estoy dispuesto a confesar que su grimorio ha sido… menos útil de lo esperado. —Sus ojos vuelan hacia las vasijas en lo alto. No hay nombres para distinguirlas, ninguna señal que identifique a la propietaria de los restos contenidos en su interior. Da la impresión de que él acaba de darse cuenta de lo mismo—. De haber sabido lo prosaico que se volvería todo esto sin Frederic, es posible que no lo hubiese matado —añade con tono irritado.

—¿Y esto? —Señalo hacia los recipientes, a la arboleda—. ¿Tiene algo que ver con tus experimentos con mi hermana?

—Tiene *todo* que ver con mis experimentos con tu hermana. —La Muerte se agacha para examinar una vasija que cuelga muy baja, adornada con plumas de paloma alrededor de la boca—. Seguro que te has percatado de que Filippa es diferente. Es capaz de pensar, incluso de razonar, más allá de los impulsos básicos de un retornado. —Levanta un hombro, el vivo retrato de la indiferencia, pero sus ojos brillan un poco demasiado mientras examina las marcas pintadas—.

Quiero saber por qué.

—¿Y crees que La Voisin puede decírtelo?

—Entre otras cosas.

—¿*Qué* otras cosas?

—A lo mejor puede decirnos por qué el agujero que hicieron Frederic y Filippa en el velo es tan… diferente de los otros.

Lo miro con el ceño fruncido, sorprendida. *Diferente de los otros*. Es verdad, por supuesto, pero nunca atribuí esa diferencia a Frederic y a Filippa en particular. Mi mente se queda enganchada en ese pensamiento; se atasca, pero no logro seguirle el hilo con la Muerte delante de mí. No cuando maldice ante cada vasija con las mismas marcas.

—Jodidas brujas de sangre —masculla.

Lo rodeo para evitar la luz del sol.

—Si su ausencia indica algo —comento—, no… no creo que tú tampoco les gustes demasiado.

La Muerte sonríe mientras se endereza para inspeccionar otra vasija.

—Oh, acabaré por encontrarlas. *No lo dudes*.

El miedo se cuaja en mi estómago.

—Promete que no les harás daño.

—No prometeré tal cosa. —Al ver mi expresión, se le borra la sonrisa y me da la espalda, como si no quisiera mirarme. Unas cuentas de cuarzo cuelgan del borde de una tercera vasija; tintinean con suavidad bajo la brisa mientras la Muerte evita mis ojos—. Los oigo, ¿sabes? —dice después de un momento largo, y se me pone la carne de gallina por el cuello ante esa confesión inesperada—. A los muertos. Me llaman. No con sus palabras, sino con sus espíritus. En esos segundos finales, ansían la paz de mi abrazo. —Otra pausa larga—. Tú no lo hiciste.

—¿No? —Lo miro, perpleja, y trato de recordar, pero mis recuerdos del ataúd de Filippa giran en espiral en una especie de abismo ahora, como mi propio remolino personal. El tiempo dejó de existir dentro de él. Yo también dejé de existir. Estaban solo Filippa y Morgane, locura y magia, y la seguridad absoluta de que iba a morir. No iba a acudir nadie a salvarme, y Morgane jamás permitiría que yo

viviese. La impotencia había sido paralizante. La desesperación lo había sido aún más. Razón por la cual todo suena tan increíble ahora: que la Muerte me perdonara la vida, que de algún modo me resistiera a él en esa oscuridad eterna.

Aparto la mirada deprisa.

—¿Contestas a lo que te dicen? —murmuro. Al ver su mirada inquisitiva, hago un gesto hacia las vasijas a nuestro alrededor—. Los muertos y los moribundos, quiero decir.

—Estos no son los muertos, Célie. Estos son simples cuerpos; conchas vacías, si quieres. Sus espíritus ya han cruzado, pero… —añade, hablando por encima de mí cuando intento interrumpir—, hubo un tiempo en que… sí, creo que entonces les contestaba, en cierto modo.

Aunque se me ocurren mil preguntas más en respuesta, me decido por la más útil.

—Pero ¿los oyes incluso en tu forma actual? —*Bueno, quizá las dos o tres más útiles*—. ¿Los muertos siguen siendo capaces de… de *morir* cuando estás en nuestro reino en lugar de en el tuyo? ¿Sus almas todavía están cruzando a…? —Me callo de golpe y clavo en él otra mirada de ojos muy abiertos—. ¿A *dónde* van después de cruzar?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo?

—*Eres* la Muerte.

—Y tú haces muchas preguntas.

De repente, da media vuelta y entorna sus ojos plateados, mientras los retornados se mueven, tensos e inquietos, y sé que no debo presionarlo más. No le ha gustado lo que sea que ha pasado entre nosotros ahora mismo. No le ha gustado nada. Como para distraerse, alarga una mano para agarrar la vasija más cercana, antes de retirarla otra vez igual de deprisa, porque… porque los símbolos lo *cortan*.

De las yemas de sus dedos brota sangre negra.

Retrocedo al verla, al detectar su *olor* peculiar, mientras él maldice con violencia en un idioma que no reconozco. Entonces, como si hubiesen apretado un interruptor en su interior, agarra la vasija con un gruñido y la lanza hacia el otro lado del bosquecillo, donde se

hace añicos contra el tronco de un abedul moribundo. Un montón de cenizas, los restos de una *persona*, se filtran entre sus raíces, y yo parpadeo deprisa ante esa violación inesperada. Ante la violencia absoluta del acto. Se abren más cortes en la palma de su mano a causa del contacto, pero se curan casi al instante.

Y eso responde al menos a *una* de mis preguntas. Observo horrorizada cómo enrosca los dedos contra la palma de su mano para ocultar la piel nueva que la cubre.

—Mis disculpas, cielo. —Se alisa el pelo, suelta el aire con brusquedad y cierra los ojos, como si se arrepintiese de haber perdido la compostura. Como si tratase de recuperar el control. Como era de esperar, cuando se gira hacia mí de nuevo, habla con una calma aterradora—. Enséñame dónde escondió Cosette su urna y podremos salir de este espantoso lugar.

Lo miro incrédula. *Cielo*, me llama.

Y habla en *plural*.

No me gusta el sonido de ninguna de las dos cosas; no me gusta *nada*, y su arrebato me gusta aún menos. El *peligro* absoluto de mi situación se reafirma con esos ojos plateados giratorios. Me inmoviliza durante varios segundos largos y tensos.

—Yo no… —Niego con la cabeza y empiezo de nuevo, mientras me trago el nudo que atora mi garganta—. No sé dónde la han escondido. La ascensión es sagrada para las *Dames rouges*. Ni siquiera Coco me lo diría jamás.

—No lo hagas —dice la Muerte con esa terrible sonrisa lasciva—. No me mientas.

Mierda.

Los retornados se acercan más en respuesta, lo bastante cerca ya como para ver su piel podrida, sus ojos hundidos. Estos últimos brillan como los de las bestias nocturnas entre las sombras de la arboleda. Me resisto al impulso de alejarme de ellos. De alejarme de la Muerte, cuyos ojos ya no brillan como los de sus retornados, sino que empiezan a *refulgir* de verdad.

—Sé razonable. —Hago un gesto a nuestro alrededor con toda la compostura posible, consciente de cada uno de mis movimientos—. ¿Por qué crees que no hay nombres en estas vasijas? No *quieren*

que sepamos quién reside aquí, y esas marcas… Las brujas de sangre las pintaron para evitar que gente como nosotros hiciese justo esto.

Nosotros.

La Muerte da unos pasos. Se acerca como un depredador, al tiempo que mete las manos en sus bolsillos.

—Soy mucho mejor como amigo que como enemigo, cariño. —Antes de que pueda contestarle, se inclina para plantar la cara delante de la mía y articula sus siguientes palabras con gran precisión, para asegurarse de que oigo bien cada una de ellas—. Quieres que seamos amigos, ¿verdad? Quieres portarte bien, ¿no? —Contengo la respiración mientras asiento—. Bien —murmura—. Ahora, ve a por la vasija.

Y porque estoy sola, atrapada, rodeada y superada en número por la Muerte y sus criaturas revividas, doy media vuelta y hago justo eso. En cualquier caso, levanto la barbilla. Y la mantengo alta mientras cruzo el bosquecillo hasta el rincón más alejado. Ahí, dos vasijas familiares cuelgan sin cuentas, cristales ni plumas como adorno; cuelgan separadas del resto, enclaustradas juntas en un abedul medio oculto por el enorme abeto a su lado.

Miro las vasijas con recelo antes de agacharme para agarrar los bajos de mi camisón. Con un tirón brusco, arranco una tira de seda del dobladillo y la envuelvo alrededor de mis manos, con cuidado de cubrir toda mi piel. A continuación, con movimientos suaves, deslizo la vasija de la derecha para retirarla de su rama, mientras le envío una disculpa silenciosa a Coco y rezo por que, de alguna manera, pueda oírla. *Perdóname*.

—Toma. —Empujo las cenizas de Josephine en dirección a la Muerte un momento después. Siento náuseas, pero él chasquea la lengua otra vez, poco dispuesto a tocar la vasija. Y eso… eso me produce una satisfacción salvaje. *La Muerte puede sangrar. La Muerte puede sentir dolor*. Me guardo esa información mientras deposito la vasija en el suelo.

Cuando me indica que retire la tapa y extienda mi mano sobre las cenizas, me digo con convicción que tal vez no funcione esta vez. *Esto no es la víspera de Todos los Santos*. Aun así, mi visión se

estrecha y me empiezan a pitar los oídos cuando la Muerte le hace un gesto con la barbilla a un retornado cercano, que se acerca para entregarle un cuchillo de plata. Porque todo esto me resulta demasiado familiar, demasiado desgarrador como para volver a experimentarlo otra vez.

Mi sangre es diferente ahora de lo que era entonces. Mi sangre es parte Michal ahora y… y aunque no lo fuera, Josephine no tiene cuerpo. Me aferro a esto último como a un salvavidas. Lo repito una y otra vez en mi cabeza, mientras me obligo a mantener los ojos abiertos, a observar cómo la Muerte desliza la hoja del cuchillo por la palma de mi mano. Hago una mueca cuando siento la punzada de dolor.

Josephine no puede regresar sin cuerpo. Filippa tenía uno.

La Muerte inclina mi mano sobre las cenizas de Josephine y, juntos, contenemos la respiración mientras mi sangre gotea dentro de la vasija, con menos violencia que en la víspera de Todos los Santos, pero de algún modo peor por ello. Porque sigo siendo igual de débil que entonces, sigo estando igual de *atrapada* que esa chica humana asustada dentro de un ataúd de cristal. *Por favor, que no funcione*, pienso con desesperación. *Por favor, que mi sangre falle.*

Esperamos varios segundos largos a que suceda algo. Aunque los retornados mantienen las distancias, silenciosos y con sus miradas huecas, los abedules parecen inclinarse bajo el viento, como si ellos también observasen. La Muerte mantiene una inmovilidad preternatural durante otro momento, los ojos fijos y el ceño fruncido, antes de partir la vasija con suavidad y esparcir las cenizas empapadas de sangre por el suelo. A medida que se solidifican en pegotes informes bajo las atenciones de la Muerte, se me revuelve el estómago.

Y esperamos.

CAPÍTULO 31

Mariposas rotas

Después de cinco minutos más de contemplar esa mezcla asquerosa, mi respiración empieza a apaciguarse y los árboles… se retiran, como si estuviesen satisfechos. *No ha funcionado*. La idea parece surrealista, increíble, *imposible* incluso, después de todas las cosas horribles que he visto, pero ni siquiera la Muerte puede decir que su experimento haya sido un éxito.

Las cenizas de Josephine permanecen igual de inertes.

Igual de muertas.

—No ha funcionado. —En voz baja, la Muerte se hace eco de mi pensamiento y, a pesar del alivio que recorre mi cuerpo, me pongo tensa en respuesta al tono letal de su voz. Se gira despacio para mirarme y no soy capaz de leer las emociones reflejadas en sus ojos demasiado brillantes—. No *has* funcionado —declara entonces.

Ah.

Trago saliva y escojo mis siguientes palabras con sumo cuidado. Por poderoso que pueda ser la Muerte, también parece… frágil, en cierto modo, igual que la porcelana de las hadas de mi caja de música. Igual de fácil de romper, y más peligroso aún por ello. Sin pretenderlo, mis ojos se deslizan hacia la vasija desintegrada al otro lado del bosquecillo.

—El ritual requería mi sangre, pero mi sangre ya no existe. No como antes, no sin diluir.

La Muerte esboza una sonrisa realmente aterradora.

—Supongo que tendré que buscar otra Novia, ¿no crees?

—No hay ninguna más. —Mantengo la voz baja y calmada mientras retiro la mano y retrocedo con la mayor discreción posible —. Yo soy la última.

—Oh, no creo que eso sea verdad. —Aunque sus ojos centellean al oír mi mentira, permite que mis dedos resbalen de entre los suyos y se agacha para recoger un fragmento de la vasija de Josephine. Después, igual de despacio, igual de tranquilo, agarra mi mano herida y desliza uno de los irregulares bordes por el corte que ya hay ahí. Lo profundiza. Me muerdo la lengua para evitar gritar al sentir el doloroso efecto del encantamiento de Coco—. La *mayoría* de mis Novias han cruzado ya, sí, pero no todas. No todas, Célie.

Deberías haber arrancado una hoja de mi libro, pétalo, y mantenerte escondida.

Los ojos de la Muerte no abandonan mi cara en ningún momento mientras pulveriza el fragmento de vasija y espolvorea los restos entre nosotros. Sus zarcillos de podredumbre se extienden por encima de mis pies descalzos. Parecen de hielo, como la oscuridad del ataúd de mi hermana. Me aprieto la barbilla para evitar que tiemble, me obligo a enderezarme y a sostenerle la mirada. Porque no soy Mathilde. Es demasiado tarde para esconderme.

—Tal vez se te pasara algo por alto en el grimorio. Tal vez haya otro hechizo…

Con un gruñido, saca de malos modos el odioso libro negro de su bolsillo.

—No me trates con condescendencia, *cariño*. Como he dicho antes —dice, y arranca la primera página—, este libro… —Me la tira a la cara antes de arrancar otra—. Es tan inútil —continúa, mientras me lanza *otra, otra, otra*— como *tú*.

Un miedo real estalla en mi pecho a medida que las páginas del libro nublan mi vista, a medida que esa podredumbre trepa más arriba, a medida que siento cómo los retornados se acercan. Aunque *percibo* su hambre, no puedo verlos; no puedo ver *nada* y me defiendo de la siguiente página a ciegas. La atrapo entre mis dedos.

—¡Para! *¡Para!*

Me tambaleo hacia delante cuando la Muerte me arranca la página de la mano.

—No, no —dice con una risa siniestra, antes de estrujarla en su puño junto con las otras—. No te *mereces* estas páginas, así que no las tendrás y, ya que estamos, tampoco las tendrán ni tu preciada

hermana ni tu querido Dimitri.

Todos los demás pensamientos caen a un lado junto con mi mano y me alejo de un salto con un bufido de dolor cuando el viento arrecia, cuando las ramas se mueven y la luz del sol da de lleno en mi hombro.

Dimitri.

Solo existe una razón por la que la Muerte conectaría a Dimitri con este grimorio. Junto a esa certeza me invade una oleada de resignación, una pesadumbre opresiva lastra mis extremidades cuando las piezas por fin encajan en su sitio. «Tu hermana encontró una cura», me dijo Dimitri en la gruta.

Cualquiera que sea esa cura, debe implicar a Dimitri.

—Dimitri es tu espía —musito—. Hiciste un trato también con él.

Una sonrisa bastante siniestra se extiende por la cara de la Muerte mientras deslizo la espalda por el tronco del árbol más cercano y me siento entre sus raíces.

—Oh, Dimitri no es tan terrible. Pintó parte del retrato para mí, sí. Y uno bastante vívido, además. Pero debe de habérsele pasado por alto algo importante en la víspera de Todos los Santos. Por desgracia, Filippa no estaba consciente durante el proceso, y maté a Frederic antes de poder pedirle detalles.

Me niego a acobardarme cuando se acuclilla delante de mí; la plata de sus ojos aún reluce con un brillo malévolo.

—A lo mejor, después de todo, no necesito a La Voisin. *Tú* puedes atar los cabos por mí. Debemos empezar por ti y por tu hermana, como es obvio, pero vosotras dos no fuisteis las únicas hermanas implicadas, ¿verdad? Dimitri y Odessa también desempeñaron sus papeles, así como Michal y Mila Vasiliev. La oveja negra y la gallina de los huevos de oro de cada familia. ¿Sabías que su padre era un borracho?

Sé que no debería picar el cebo. Sé que una reacción es justo lo que quiere. Alterarme, ponerme nerviosa y engañarme para que revele algo que no debo. Pero no puedo evitarlo. No cuando Michal y Mila no están aquí para defender a su familia.

—Su padre era un clérigo —digo con voz tensa. La Muerte inclina la cabeza.

—Perdóname. No sabía que esas dos cosas fuesen mutuamente excluyentes. No querrás saber, entonces, cómo su padre bebió hasta dejarlos en la indigencia.

Cierro las manos en torno a mi falda y casi desgarro la tela ante su educada expresión burlona. Debería decirle que parara. Debería decirle que se *callara*, que esto no tiene nada que ver con la víspera de Todos los Santos. Tampoco tiene nada que ver con mi hermana ni con los retornados, pero, cuando abro la boca, no es una condena lo que sale por ella.

—¿Cómo es que sabes todo esto? ¿Cómo es que lo conoces? Michal dijo que le hiciste un favor.

—Y así fue. —La Muerte pronuncia las siguientes palabras con deleite—. La querida Mila enfermó gravemente después de la caída en desgracia de su familia, y su querido hermano empezó a desesperarse. No podían permitirse pagar a un curandero ni las medicinas necesarias para sanarla. Michal trató de robar algunas, por supuesto, pero un soldado lo pescó *in fraganti* y lo apaleó con unas varas al rojo vivo en la plaza del pueblo. Tuvo mejor suerte que la mayoría; al menos conservó las manos.

Las náuseas amenazan con apoderarse de mí ante las imágenes que empiezan a cobrar forma en mi cabeza: Michal apaleado, Michal roto, Michal joven y asustado y *humano* mientras trata de salvar a su hermana pequeña. Y aunque desearía poder arrancar esa sonrisilla insufrible de la cara de la Muerte, necesito oír la conclusión de esta historia. Necesito oírla más de lo que he necesitado oír nada en toda mi vida.

—¿Y después qué pasó?

—Me encontró a mí —dice sin más. Lo miro y parpadeo, confusa.

—¿Qué quieres decir con que te *encontró* a ti? ¿Cómo?

—Del mismo modo que lo hace todo el mundo. No soy difícil de encontrar.

Al principio no entiendo el significado de sus palabras, como si mi mente se negase a plantearse siquiera una cosa así. Cuando lo hace, sin embargo, todo el aire sale de mis pulmones en una ráfaga dolorosa y aprieto los ojos con fuerza ante el aluvión de imágenes nuevas. *Michal*.

—Un plan temerario, desde luego —dice la Muerte como si tal cosa, como si estuviésemos hablando del tiempo y no de la más horrible de las tragedias—. Había aprendido cosas sobre mí de su difunta madre, que adoraba a los viejos dioses a la vieja usanza. Y cuando fui a por él, no me abrazó como los otros. No. Quiso hacer un trato. Dijo que quería cambiar su vida por la de su hermana. Un enfoque nuevo, incluso para mí. Confieso que me sentí intrigado.

Abro los ojos de golpe al darme cuenta de lo que sucedió, y las náuseas de mi estómago se convierten en hielo.

—Lo convertiste en vampiro —susurro.

—Le di el poder de salvar a su hermana a costa de todos los demás, incluido ese desgraciado soldado de la plaza, la bonita familia de la puerta de al lado, la mujer solitaria calle arriba y la congregación entera de su padre. Y *tú,* Célie —añade. Sus ojos giran más y más brillantes aún, vivos con ese *algo* que no soy capaz de nombrar. Tampoco puedo apartar la mirada—. Cuando Michal hizo su elección hace muchísimos años, te sacrificó *a ti* con la misma certeza que sacrificó a todos esos otros inocentes. Es irritante cómo salen las cosas al final, ¿verdad? Tus tatarabuelos ni siquiera habían nacido cuando Michal Vasiliev selló tu destino.

Me pongo de pie, las manos temblorosas de la emoción. De furia, sí, pero también con otra emoción que no me atrevo a contemplar, que *no puedo* contemplar, por miedo a que arruine todo lo que Michal y yo hemos construido.

—Él no pretendía hacerle daño a nadie. Solo… solo intentaba salvar a su hermana.

—Fue egoísta —sentencia la Muerte; él también se levanta, alzándose amenazador por encima de mí como una columna de humo, de sombras—. No pensaba en su hermana. No pensaba en *ti*, y tendrá lo que se merece hasta el fin de los tiempos. Después de todo, eso fue parte de nuestro trato. Es la razón de que no pudieses sustentarte con sangre animal. Para poseer una vida inmortal, los vampiros deben *arrebatarla*. La vida —aclara en tono sombrío—. Igual que yo. —Cuando sigo sin hablar, se acerca para dar más énfasis a sus palabras—. Ahora —murmura, y suena casi como una súplica—, háblame de la víspera de Todos los Santos.

No obstante, su petición cae en oídos sordos. No sentía tanta animosidad por la pérdida de mi libre albedrío desde que Morgane me torturó; ni cuando me secuestró Michal, ni cuando me coaccionó Odessa, y ni siquiera cuando me sacrificó Frederic. Quizá este odio corrosivo surja del hecho de que la Muerte ha sentado las bases para *todos y cada uno* de nuestros problemas catastróficos, o quizá él sea el punto de ruptura. Quizá él sea solo lo inevitable, y yo me he *cansado* tanto de lo inevitable que quiero gritar. Quiero gritar, y quiero hacerlo hasta tener la garganta en carne viva, hasta que alguien me explique *por qué* no hacen más que pasarnos todas estas cosas horribles a nosotros. A *mí*. ¿De verdad soy yo la culpable? ¿O lo es Frederic porque me cortó el cuello? ¿Quizá Filippa por amarlo?

¿Acaso importa?

Echarle la culpa a alguien no cambiará el pasado. No arreglará todas las cosas malas que han sucedido. Desde todas direcciones, cada camino da la impresión de conducirme exactamente *aquí*, pero, aun así, mi vida es solo eso: mía. No puede ser inevitable. *No es* inevitable. Así que una sola palabra escapa entre mis dientes apretados.

—*No*.

La Muerte parpadea en mi dirección. Está claro que se ha sorprendido, pero se recupera igual de deprisa. Sus ojos plateados se entornan mientras yo pugno contra nuestra conexión.

—¿No? —Ladea la cabeza con una expresión de confusión educada —. ¿Acabas…? Célie, cielo, ¿acabas de *negarme* lo que quiero?

—No te pertenezco. No le pertenezco a *nadie*.

—¿Ah, no? —Una sonrisa peligrosa toca los labios de la Muerte y sus ojos palpitan aún más brillantes—. ¿Ponemos a prueba esta valiente teoría tuya? Está claro que necesitas una lección, pero ¿cuál será, Célie? ¿El sol o los retornados? *Espera*. —Sus ojos palpitan de la emoción—. Ya lo sé. Demos un paseíto, ¿te parece?

Me agarra de la nuca y no puedo evitar que me fuerce a levantar la cabeza. Luego hace un extraño movimiento, como si estuviera agarrando algo con su mano libre y, en respuesta, la escena a nuestro alrededor (las vasijas, la arboleda, el mismísimo *bosque*)

parece ondular, antes de arrugarse como un trapo. Y, con un horror creciente, me doy cuenta de que *así es*. Porque la Muerte está… está reuniendo el velo en la palma de su mano. Lo está *plisando*. Como era de esperar, al instante siguiente me suelta para que atraviese los pliegues y, al otro lado, aparece una habitación familiar. Huele a Requiem, al castillo. *A mi madre*.

Todo el aire escapa de mi pecho en una única exhalación dolorosa.

Está sumida en un sueño inquieto en nuestro dormitorio, temblando a pesar de las llamas de la chimenea. Aunque bañan su rostro en una luz dorada, sigue pareciendo pálida y pequeña contra las oscuras sábanas negras. Por instinto, cuento cada una de sus respiraciones, angustiada, pendiente de cómo sube y baja su pecho durante varios segundos, antes de apartar la vista para encararme con la Muerte.

—¿Qué crees que estás haciendo? Ivan y Pasha están justo al otro lado de la puerta, y cuando ellos…

—Parece un poco desmejorada, ¿no crees? —No le dedica a mi madre ni una sola mirada; en lugar de eso, me observa a mí con algo parecido al hambre—. Un poco… enferma. Escucha ese murmullo en su pecho.

—Como la *toques*…

—No necesito tocarla para detener su corazón. —Cuando mis ojos destellan espantados, *iracundos*, él se encoge de hombros y se inclina hacia mí, sus propios ojos más brillantes que nunca. Baja la voz—. No quiero esto, Célie. Ni siquiera quiero sugerirlo, pero si insistes en rechazar mi lado bueno, tal vez el malo te convenza. Necesito saber lo que sucedió en la víspera de Todos los Santos, y haré lo que sea necesario para conseguir esa información. —Una pausa significativa—. ¿Nos entendemos?

Su mano vuelve a mi cuello cuando me niego a contestar, y aprieta. Fuerte. Suelto una exclamación ahogada.

—*No* le harás daño a mi madre —gruño.

—Bien. De acuerdo. Tenemos un trato. Tú me das lo que necesito y tu madre permanecerá intacta. Como es obvio… —Entonces vacila con aire teatrero, ladea la cabeza para observarnos a las dos antes de agacharse para murmurarme al oído. Siento incluso su sonrisa

lenta contra mi cuello—. Si mis términos no son aceptables, siempre *podrías* empezar a alimentarla con tu sangre. Ella no tendría por qué saberlo. Solo una gota con su desayuno todas las mañanas y ni siquiera yo podría apartarla de ti.

—Estás *enfermo*.

Suelta una risa sombría antes de soltarme por fin. Luego gira en redondo para dar una patada a las cenizas de La Voisin.

—Solo algo en lo que pensar.

Y sí que lo pienso. Mientras se aleja, pienso en mi madre y pienso en él; pienso en cómo mis extremidades han recuperado la capacidad para moverse con libertad, cómo esta podría ser mi única oportunidad. *No puede ser inevitable*. Y, sin pensar en nada más, salto.

Durante una décima de segundo, mis pies abandonan el suelo y la esperanza disipa mi desesperación, se hincha como una burbuja en mi pecho mientras estiro una mano hacia el velo y el dormitorio al otro lado. Hacia mi madre. Hacia *Michal*. Sin embargo, la Muerte agarra mi muñeca antes de que pueda cruzarlo y tira de mí hacia atrás con esa misma diversión cruel de siempre, excepto que ahora no parece diversión para nada.

Parece furia.

—Encuentro que estoy perdiendo la paciencia a pasos agigantados con toda esta iniciativa, así que me vas a hablar de la víspera de Todos los Santos. —Arregla el velo con una pasada seca de la mano —. Me vas a hablar también de tu *hermana*, y lo vas a hacer ahora.

La cosa siempre vuelve a mi hermana.

Como por qué el agujero que hicieron Frederic y Filippa en el velo es tan… diferente de los otros.

Pero no entiendo *por qué*. No del todo. No lo suficiente como para satisfacer a la Muerte y su fascinación macabra. Y aunque lo entendiera, no se lo diría. No podría.

—Mira, no *sé* lo que hace especial a Filippa, y no sé por qué creó una puerta en lugar de una ventana. Ojalá lo supiera, pero la única persona que podría haber sido capaz de decírnoslo está muerta. Tú lo mataste. Frederic y mi hermana… Ellos compartían algo. Y ese tipo de amor es peligroso. No es para seres como *tú*.

Aunque su expresión ceñuda sigue siendo feroz, la Muerte ladea la cabeza como si también estuviese intrigado.

—Voy a derribarlo.

Tres palabras sencillas, pero aun así el suelo parece desaparecer bajo mis pies cuando las dice. Me agarro a otro árbol para mantener el equilibrio y rezo por haberlo oído mal. Por haberlo malinterpretado.

—¿Qué es lo que vas a derribar?

Con una sonrisa dura, la Muerte camina despacio por encima de los fragmentos de la vasija de arcilla.

—El velo, Célie. Imagínatelo. Fundir el mundo de los vivos con el mundo de los muertos en un solo reino. Tú y tus amigos ya no tendréis que temer mi abrazo, ya no tendréis que llorar a vuestros seres queridos fallecidos cuando se levanten de nuevo. —Pese a su sonrisa, todo su cuerpo irradia intensidad mientras se dirige hacia mí —. Evangeline te cantará una vez más, Filippa reclamará a Frederic y Michal se reunirá de verdad con su hermana, igual que hará Lou con su madre, Reid con su patriarca, Cosette con su madre y su tía. Juntos, crearemos un mundo sin necesidad de la Parca…

—… pero necesitado de un rey —lo interrumpo, al tiempo que me oculto detrás de mi árbol para bloquear su avance—. Supongo que tú estarás dispuesto a ocupar ese papel.

Su sonrisa se vuelve taimada y, en lugar de una respuesta, agita una mano en dirección a los retornados.

—Reducidlo todo a cenizas.

—¿Qué? *¡No!*

Me giro hacia el pueblo, horrorizada, pero él pliega el velo con otro movimiento como de agarrar algo, abre un agujero a través de él y me agarra del brazo al mismo tiempo. Su mano solo se aprieta cuando forcejeo.

—No temas que nos separemos, cielo. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto.

Aunque trato de aferrarme al velo, este se desgarra bajo mis dedos y me tambaleo hacia delante en una posición precaria, a medio camino entre ambos reinos. En cualquier caso, estiro el cuello hacia atrás para suplicar.

—No puedes hacer esto. Por favor, *piensa* en lo que estás intentando…

La Muerte se ríe y me empuja hacia el otro lado.

CAPÍTULO 32

Romantizar las pesadillas

Esta vez, caigo directa sobre la cama de Michal.

Más en concreto, caigo directa encima de *Michal* en su cama, lo cual podría haber sido agradable en circunstancias diferentes. En estas, sin embargo, me estrello contra él como un saco de ladrillos, y él se despierta con un gruñido, me voltea sobre el colchón y me inmoviliza contra él en un instante. Los dientes a la vista. Los ojos brillantes.

El cuerpo tenso y pesado y *muy* desnudo.

Se me escapa un gritito aterrado mientras lo miro desde abajo, los ojos como platos e incapaz de moverme, su mano cerrada alrededor de mi cuello. Cuando me ve, sin embargo, se relaja de un modo casi involuntario, la cara lo bastante cerca para detectar el momento exacto en que su mente alcanza a su cuerpo.

—¿Célie? —Retira la mano al instante y se echa hacia atrás con una expresión incrédula que enseguida se torna recelosa—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Levanta la vista antes de que pueda responder y sigo la dirección de su mirada hacia el velo desgarrado cerca del techo de la gruta, a través del cual aún reverbera la risa de la Muerte. Los ojos negros de Michal se entornan hasta no ser más que estrechas esquirlas de obsidiana.

—¿Ese era… la Muerte? —pregunta con voz queda.

—Sí. —Me incorporo deprisa para explicarme, para explicarle *todo* en un arrebato de pánico ininteligible—. Y quiere… Michal, la Muerte intenta derribar el velo. Todo él. El velo entero. Quiere derribarlo y… y amenazó a mi madre si me negaba a ayudarlo. Amenazó también a las brujas de sangre. Y creo que quizá le haya dicho demasiado, pero no estoy segura porque *no sé* cómo desgarraron Frederic y

Filippa el velo en la gruta. Tampoco sé cómo recrearlo, lo cual significa que…

—Célie. —Con la mandíbula apretada, Michal se echa hacia atrás para apoyarse en las rodillas y niega con la cabeza—. Antes de que hablemos de nada, necesito que te vayas al otro lado de la habitación. —Señala la escalera con la barbilla—. *Allí*.

Lo miro y parpadeo, sorprendida por su petición.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque —dice con la voz estresada—, estoy desnudo y tú acabas de *caer* en mi cama de un modo muy literal. Si quieres que mantengamos algún tipo de conversación racional, necesito que salgas de ella. Deprisa. —Su mano se desliza hacia los bajos de mi camisón—. A menos que prefieras que utilice la boca para algo menos civilizado que hablar.

Mis mejillas empiezan a arder con un calor instantáneo; en parte de vergüenza, pero en su mayor parte a causa de la imagen visceral de su lengua entre mis piernas. *Ay, Dios*. Me levanto de la cama de un salto, corro al otro lado de la habitación mientras me recoloco bien el camisón y no me atrevo a volver a mirar a Michal hasta llegar a la fría seguridad de las escaleras. Sus labios se han curvado en una sonrisilla irónica.

—Empieza de nuevo —me indica—. Desde el principio esta vez.

Desde el principio.

Vale.

Respiro hondo y empiezo a andar de un lado para otro en un intento fracasado de ordenar mis pensamientos. El pánico trepa cada vez más alto por mi garganta. Esta situación se ha salido de madre hasta un nivel insospechado, y cada segundo que pasamos aquí es un segundo desperdiciado. Tenemos que pasar a la *acción*.

—Mi madre…

—Está a salvo en estos momentos. —Cuando abro la boca para discutir, aún sofocada y desorientada, Michal me interrumpe—. La Muerte tiene que conservar esa baza, y tú has cooperado esta noche. ¿Qué mensaje enviaría si la matara ahora? ¿Qué probabilidades habría de que volvieras a cooperar? —pregunta.

Otro escalofrío me sacude entera, y me fuerzo a sentarme en el

escalón de abajo para sentir la piedra bajo mis manos.

—Parecía tan enfadado… Volátil, incluso.

—Esperemos que siga así. —Al ver mi confusión, lo explica un poco —. Una Muerte enfadada significa que todavía tenemos ventaja. —Maldice en voz baja y mira el cabecero de la cama sin verlo de verdad, y el peso de mis palabras parece caer entonces sobre él—. El *velo*. Debería haberlo imaginado. —Se vuelve hacia mí—. Cuéntame el resto. Cuéntamelo todo.

Respiro hondo, asiento e intento hacer lo que me dice. Hablar más despacio. Empezar por el principio. Y al concentrarme en el frío de las escaleras, en su suavidad adquirida con el paso del tiempo, las palabras salen con un poco más de facilidad mientras relato todo lo ocurrido esta noche. La expresión de Michal permanece inescrutable a lo largo de todo ello, excepto cuando mi voz se quiebra al contarle cómo la Muerte amenazó a mi madre. Ahí, su labio se crispa en una leve mueca, pero no me interrumpe. No dice ni una sola palabra hasta que termino de farfullar el resto de la historia y un nuevo fogonazo de ansiedad me alancea al recordar las palabras de despedida de la Muerte.

—¡El pueblo! La Muerte dijo… Michal, les ordenó a los retornados que lo redujeran a cenizas. —Me levanto de un salto—. Debo volver. Debemos intentar salvar sus casas de alguna manera. Las brujas de sangre…

—… podrán reconstruir sus hogares —me corta él con firmeza—. No hay nada más que podamos hacer. Gracias a Coco, lograron evadir a la Muerte, lo cual es una hazaña increíble, si está tan volátil como dices. Y tiene sentido. No está acostumbrado a experimentar emociones humanas. Ira, orgullo, avaricia… Ahora deben de campar a sus anchas por su cuerpo nuevo. Supongo que lo habrán convertido en un bastardo arrogante.

—En efecto —confirmo, aunque no dejo de sentirme inquieta—. La Muerte también sabe que Mila lo ha estado espiando. Podría estar en peligro. Debemos advertirle de inmediato.

—Y lo haremos. —Al otro lado de la habitación, sus ojos oscuros como la noche centellean con un brillo intenso, con *convicción*—. Enviaremos mensajes a todo el mundo: a Louise, Cosette,

Beauregard, incluso a Jean Luc, y ellos harán correr la voz a toda su gente. Del mismo modo, después de esta noche todas las criaturas de Requiem sabrán cómo despachar a los retornados. Odessa se encargará de eso.

Aunque mi cuerpo sigue en tensión, mi mente reconoce la verdad de sus palabras. El tema de los retornados, al menos, tiene solución, y sus muertes arreglarán los agujeros que han creado. Aun así… *Ya no tendréis que temer mi abrazo, ya no tendréis que llorar a vuestros seres queridos fallecidos*. La voz de la Muerte flota como un espectro en mis pensamientos. Tenemos un problema mucho mayor que los retornados ahora mismo, pero como no tenemos una solución inmediata, lo ignoro por el momento y me centro a cambio en Michal. La tensión de mis hombros se alivia un poco.

—No estás sola en esto, Célie —continúa—. La Muerte ha intentado asustarte esta noche. Ha intentado aislarte, y continuará haciéndolo. Sin embargo, sin importar cómo te haga sentir, debes recordar que tú tienes el control. Tú tienes la ventaja. Tú tienes…

—A ti —digo sin pensar.

Parpadea como si estuviera sorprendido y, durante unos segundos, su cuerpo se queda inmóvil. No logro descifrar su expresión. Aunque su respuesta no es inesperada, sí me produce un nudo en la garganta. Por una vez, desearía que se relajara, que viviera y dejara vivir, que me dejase *ver* esas emociones que trata de mantener enterradas. Lo deseo tanto por su propio bien como por el mío. Porque el vampiro que tengo delante es solo una fracción del todo; antes de esto, Michal era un hombre joven que quería tanto a su familia que hizo un trato con la Muerte y lo sacrificó todo por ellos. *Me hizo un favor una vez. Me he arrepentido de ello cada día de mi vida desde entonces*.

A pesar de todo, no puedo evitar pensar que, si las cosas se pusiesen feas, Michal no pensaría en las consecuencias y volvería a hacer lo mismo otra vez. Para salvar a Mila.

Para salvarme a mí. Ahora inclina la cabeza.

—Durante todo el tiempo que quieras tenerme, Célie. —Se me corta la respiración al oírlo, y sé que él se da cuenta porque cierra los ojos, solo por un segundo, como si el sonido le doliera de algún

modo. Tengo ganas de preguntarle por qué; quiero *saberlo*, pero sus ojos ya se han abierto—. ¿Te hizo daño? —Aunque niego con la cabeza, mis ojos se posan sin querer en mi mano. Eso tampoco se le pasa por alto y su expresión se ensombrece—. Ven aquí —me dice.

Mis pies responden por voluntad propia y, pese a la amenaza callada en su voz, cruzo la distancia que nos separa sin dudarlo. Me siento en el borde de la cama antes de girarme hacia él.

—Te prometo que estoy bien —murmuro. No obstante, agarra mi mano antes de que pueda terminar; emplea un cuidado extremo para girar la palma de la mano hacia arriba y examinar el corte hecho con el cuchillo de plata de la Muerte. Enrosco los dedos para ocultarlo—. De verdad que no importa. No es nada. —Aun así, observo hipnotizada cómo se dilatan sus pupilas, mientras sus dedos se deslizan por mi antebrazo, antes de vacilar un instante sobre la piel suave y delicada de la cara interna de mi codo. A esta altura, mi cuerpo debería estar cubierto de huellas dejadas por la Muerte, pero no lo está.

Gracias a Michal.

Aun así, da la impresión de que percibe con exactitud dónde deberían estar las marcas, porque sus ojos centellean con una promesa fría y letal cuando por fin conectan con los míos.

—Tengo la intención de estar ahí la próxima vez que la Muerte venga de visita. No volverá a tocarte nunca más.

Se me pone la carne de gallina por los brazos al oír su cambio de tono y, con él, la situación más inmediata vuelve a hacerse patente: a saber, su presencia imponente, su expresión siniestra y su cuerpo gloriosa e inescapablemente desnudo. Volver a ser consciente de su estado me provoca una oleada de calor que sube por mis mejillas y llega hasta mis orejas. Trago saliva con esfuerzo y clavo los ojos en su cara, negándome a mirar más abajo de su cuello. En cualquier caso, mi bajo vientre se tensa; sigue aleteando de la anticipación. Porque soy *idiota* y debería… No sé, haberle exigido que se vistiera al principio de esta conversación, o haber huido al otro lado de la habitación para mantener una distancia mucho más segura. *Como al otro lado del reino*, pienso con otro estremecimiento inexplicable.

De haberlo hecho, es posible que ahora no estuviera pensando en

cómo se parece Michal a un antiguo dios pagano, cada centímetro de su cuerpo cincelado en piedra. Es posible que no me estuviera fijando en cómo se refleja la luz de las velas sobre su pecho, sus brazos, su torso, trazando cada contorno en claro relieve. Ni en cómo su presencia aquí parece mucho más grande que en cualquier otro sitio, potente, casi abrumadora, a pesar de que esté arrodillado delante de mí sobre unas sábanas de seda.

Sus ojos se caldean poco a poco a medida que el silencio se prolonga entre nosotros. Entonces desliza con suavidad, con una suavidad extrema, un pulgar por encima de mis nudillos.

—Toma mi sangre, Célie. Cúrate.

Ay, Dios.

Aturullada, me aparto de él a toda prisa.

—Si… siento muchísimo haber caído sobre ti de ese modo —farfullo—. Lo… lo siento mucho. *Muchísimo*. Esto es… —Agito una mano con nerviosismo hacia su cuerpo, los ojos clavados con determinación en el otro lado de la caverna. Al menos los retornados del remolino han desaparecido; es probable que quemados, si debo fiarme del olor a humo que aún perdura en el ambiente—. Esto no es… Quiero decir, la mano ni siquiera me duele y… y creo que debería ir a ver cómo está mi madre. Sí. —Asiento como una lunática, mientras me encojo ante lo espantosamente ligera que suena mi voz en la cavernosa sala. Lo *alegre*—. Como has dicho, es probable que esté bien, y yo también estoy bien, pero es verdad que la he dejado sola en un castillo lleno de vampiros y…

El brazo de Michal sale disparado para agarrarme por la cintura antes de que pueda bajarme de la cama y fundirme con el suelo.

—Buen intento —dice en voz baja y serena—, pero Pasha e Ivan están apostados ante su puerta. ¿Por qué estás huyendo de mí?

—No *huyo*. So… solo… —Busco las palabras adecuadas, pero no encuentro ninguna, abrumada por la deliciosa sensación del peso de su brazo a mi alrededor. Lo noto… pesado. *Fuerte*. Casi mareada del calor ya, cierro los ojos y aprieto las piernas para impedir que tiemblen. *Este no es el momento. Este no es el lugar*. Todavía hay muchas… muchas *cosas* de las que debemos hablar, y mi mano puede esperar. *Necesita* esperar, o me temo que me quedaré en esta

cama para siempre—. No pretendía invadir tu intimidad. Eso es todo lo que quería decir. Nunca planeé venir aquí.

—¿Por qué no? —pregunta Michal con tono seco—. ¿Puedes visitar a la Muerte pero no a mí?

Abro los ojos de golpe, a la defensiva de pronto. Me aferro a esa emoción como si fuese una balsa, incluso cuando mi cuerpo se inclina un poco hacia atrás contra su pecho.

—No *visité* a la Muerte. Me secuestró de mi cama, pero…

El brazo de Michal se aprieta de un modo casi imperceptible.

—¿De tu cama?

—No *de ese modo*. Él… yo… —Las palabras se enredan en mi lengua cuando la sangre de Michal ruge en mis oídos y no logro ni pensar, sumida en esta necesidad abrumadora de apretarme contra él. *Toda yo*. Sin embargo, un hilillo de nerviosismo todavía me reprime. Se hace un nudo en mi tripa, inexplicable e imposible de ignorar, porque esta cama no es un árbol en el bosque.

No hay ningún retornado a punto de atacar.

Michal y yo estamos solos ahora, solos de verdad, y él está desnudo. Si las cosas progresan más, es posible que progresen hasta el final y… y no debería querer eso, ¿verdad? «No le des nada que no puedas recuperar», me advirtió mi madre una vez sobre Reid. A la tierna edad de quince años, acababa de decirle que lo quería y, por alguna razón, la confesión la había alarmado. Ahora entiendo su miedo un poco mejor.

Pero Michal no es Reid. Michal es mucho… más.

Durante todo el tiempo que quieras tenerme, Célie.

Parece percibir mi pánico creciente. Sin decir ni una palabra, deja caer el brazo y se echa hacia atrás de nuevo, haciendo caso omiso de mi ruidito de protesta.

—Tienes miedo —dice sin más.

Cuando hace ademán de envolver la sábana alrededor de su cintura, agarro su brazo por instinto y admito la verdad.

—No de *ti*. Es solo que… nunca he visto a un hombre desnudo.

Nuestros ojos se cruzan y nos quedamos así unos instantes mientras las palabras evocan otro tiempo, otro lugar, otro Michal, y el recuerdo de Les Abysses cae sobre nosotros. *Sabes que no es un*

insulto, recuerdo que me dijo aquella noche.

¿El qué?

Virgen.

Para mi alivio, ahora tampoco parece decepcionado. Aunque guarda silencio durante un momento largo, algo se aviva en sus ojos mientras nos miramos en la tenue luz de la gruta. Algo semejante al anhelo y, aunque resulte extraño, parece tan vulnerable como mi confesión.

—Bueno, pues mira —dice al fin.

Sus pupilas se dilatan cuando una nueva oleada de calor aflora en mis mejillas, pero aun así no se mueve cuando mi mano se desliza desde su brazo hasta la palma de su mano. La determinación se reafirma en mi pecho. Porque… quiero mirarlo. Aunque sé que no debería, tengo muchísimas ganas de mirarlo y ahora… ahora puedo.

Con una respiración profunda, me acerco un poco y contemplo las líneas duras de sus hombros, la ancha extensión de su pecho. Su abdomen. Los músculos tensos de la zona se contraen un poco bajo el peso de mi mirada, y me cuesta un esfuerzo supremo apartar mis ojos para estudiar la «V» entre sus caderas. Un deseo casi doloroso emana de mi tripa al verlo. Y me entran ganas de tocarlo. *Necesito* tocarlo, pero más abajo aún.

Se me seca la boca.

Aunque nunca había visto a un hombre desnudo, jamás había imaginado que pudiera tener este aspecto.

—Estás… —Mi voz sale más aguda de lo normal. Demasiado aguda. Así que me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. Eres… eres guapísimo, Michal. Precioso —consigo decir al fin—. Una de las personas más bellas que he conocido nunca.

La vulnerabilidad en sus ojos parece fisurarse ante el cumplido y aparta la mano con una carcajada brusca y autocrítica. Desinfla la cualidad onírica del momento y nos devuelve de golpe a la realidad.

—¿Qué te dije sobre romantizar las pesadillas? —me pregunta.

Sorprendida, lo miro con el ceño fruncido, preocupada por haber dicho algo equivocado, algo *horrible*. Pero no. Frunzo el ceño aún más. No creo que lo haya hecho.

—¿De verdad es eso lo que piensas de ti mismo?

—Tú también deberías.

—No, no debería —digo, con un deje un poco cortante—, y tú tampoco.

Antes de que pueda insistir más en el tema, un maullido familiar resuena desde el suelo. Uno agraviado. Me asomo por el borde de la cama, solo para toparme con un gordo gato anaranjado que no llega al borde de la sábana de Michal a pesar de lo mucho que lo intenta. Nos miramos parpadeando durante un instante de silencio más. Después…

—¿Toulouse? —Distraída por un momento, me agacho para levantarlo, y un platillo de leche cerca de un pequeño escritorio capta mi atención en el rincón. No reconozco ninguna de las dos cosas de la última vez que estuve en la gruta—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Maúlla de nuevo y sus hermanos y hermanas salen corriendo de debajo de la cama en respuesta. *Todos* ellos. Gimotean y tratan de trepar por la colcha para llegar hasta nosotros. Los miro perpleja desde lo alto.

—¿Qué…?

Michal sacude la cabeza y suelta un resoplido seco en respuesta, antes de ponerse en pie. Aunque querría detenerlo, para terminar nuestra conversación, desaparece detrás de la cortina negra al instante siguiente y, cuando regresa, lleva unos pantalones holgados y una cara inexpresiva. La tensión aún perdura en sus hombros, en sus ojos, cuando me tiende una venda de tela. *Una ofrenda de paz*. Alargo la mano para aceptarla, pero, en lugar de dármela, me agarra por la muñeca y envuelve la tela alrededor de mi mano herida con movimientos hábiles y suaves.

—Ya no puedes quedarte en tu habitación —me dice en voz baja, mientras anuda los extremos de la venda y deposita un beso efímero sobre mis dedos—. Prométemelo. No mientras la Muerte crea que puede ir y venir como le plazca.

—Pero mi madre…

—Está a salvo de la Muerte hasta que cambie el *statu quo*, pero si estás preocupada, Pasha e Ivan se quedarán con ella en todo momento. Estará a salvo con ellos. —Se agacha para rascar la

cabeza de Toulouse, y el movimiento me resulta extrañamente instintivo y… dulce. También lleva su cara mucho más cerca de la mía. Estudio sus espesas pestañas oscuras, su pelo plateado. Es una combinación impactante. Una inusual. Por primera vez, me pregunto si su pelo ha sido siempre de este color o si cambió de alguna manera después de convertirse en vampiro. Me pregunto si alguna vez tuvo un gato. Preguntas tontas, quizá, pero hay muchísimas cosas que no sé sobre él.

¿Sabías que su padre era un borracho?

—¿Por qué están aquí los gatitos? —farfullo.

No vacila al responder, al tiempo que rasca a Toulouse debajo de la barbilla.

—Porque hacen que tu madre se sienta incómoda.

Y algo en la sencillez de su respuesta me derrite.

Me inclino hacia delante sin previo aviso y lo beso.

Lo beso porque es desinteresado y amable; en algún punto del camino, aprendió a ocultar las mejores partes de sí mismo. Lo beso porque se preocupa por mi madre, se preocupa por los gatitos, se preocupa por *mí* a pesar del peligro que suponemos, a pesar de que su mundo se está haciendo añicos a su alrededor. Habría sido mucho más fácil darnos la espalda. Hubiese sido de esperar (lo hubieran celebrado incluso) que nos matara a mí y a mis amigos en la víspera de Todos los Santos. Él hubiese conservado su corona. Hubiese reinado para siempre.

En lugar de eso, suspira con más suavidad ahora, casi como un gemido, y responde a mi gesto. Besa mi mandíbula, mi cuello, antes de retirar a Toulouse de mi regazo y depositarlo en el suelo. Cuando regresa, desliza las palmas de las manos por mis piernas y separa mis rodillas despacio, colocándose en el espacio entre ellas. Yo deslizo las caderas hasta el borde de la cama en respuesta, justo contra las suyas, y enrosco los pies alrededor de sus pantorrillas.

—No vuelvas a irte con él —dice contra mis labios—. No sin decírselo a alguien. Prométemelo.

Quiero aceptar. Quiero besarlo hasta que ninguno de los dos podamos respirar, hasta que deje de ponerme roja como un tomate cada vez que lo veo. Quiero conocer el tacto de su piel. Quiero

explorar esta conexión abrumadora entre nosotros y, aún más que eso, quiero comprenderla. Quiero comprenderlo a *él*.

En lugar de eso, no digo nada. Y me odio por ello, porque no puedo prometer que no volverá a suceder. No puedo prometer nada cuando de la Muerte se trata, pues él parece tener a todo el mundo en la palma de su mano. A mi hermana, a mi madre, incluso a *mí*, y también…

La verdad que había intentado olvidar se estrella ahora sobre mi cabeza.

Dimitri.

Olvidé hablarle a Michal de Dimitri.

Si la Muerte decía la verdad, posee también a Dimitri. Hizo algún tipo de trato con él, y tengo una sospecha instintiva de que sé cuál fue. Peor aún, lo perdonamos después de su traición en la víspera de Todos los Santos; *creímos* lo que nos dijo, y eso nos convierte en los tontos. Su mero nombre me agría el estómago ahora. De hecho, me pongo rígida justo cuando las manos de Michal se posan en mis caderas, cuando sus ojos descienden hacia donde nuestros cuerpos se tocan.

—Michal.

Ante la repentina tensión de mi cuerpo, sus ojos vuelan de vuelta a los míos, y el calor de los suyos se enfría un poco ante lo que sea que ve ahí. Aparece una arruga entre sus cejas.

—¿Qué pasa? ¿Va algo mal?

Su voz suena tensa, forzada, y no quiero decírselo. *Dios*, no quiero decírselo y arruinar este momento, pero cuando levanta una mano hacia mi mejilla, cuando busca respuestas en mi cara, me doy cuenta de que esto no tiene nada que ver conmigo. Tiene que ver con él. Dimitri es su primo, y se merece saber lo que la Muerte me ha dicho hoy.

No obstante, antes de que pueda decir las palabras en voz alta, Michal habla con una intensidad tan callada que me entran ganas de empezar a besarlo de nuevo.

—No tenemos que hacer nada que no quieras hacer, Célie. Si estás incómoda…

—No lo estoy —me apresuro a decir, y aprieto las piernas cuando

hace ademán de retirarse. Deslizo los brazos alrededor de su cuello para asegurarme y me aferro a él—. No estoy incómoda y no… no quiero parar. —Michal ladea la cabeza ante mi explicación embarullada—. Pero necesito hablarte de… de Dimitri.

Michal parpadea. Está claro que lo ha sorprendido que mencione a su primo.

—Dimitri —repite en tono neutro—. Quieres hablar de… Dimitri.

Asiento con recelo.

—Y de la Muerte.

—Ah. —La comprensión parpadea en las profundidades de los ojos de Michal, y ahora es *él* quien se pone tenso. Sus manos caen de mis caderas por completo. Se aparta con una maldición y yo lo suelto a regañadientes. Siento náuseas de nuevo cuando se dirige hacia el escritorio, abre el cajón y saca una botella de absenta que deja sobre la encimera con un golpe seco—. ¿Qué ha hecho? —pregunta al final.

Aún siento la necesidad de… proteger a Michal, de algún modo, incluso cuando sé que no es posible.

—No sé si es verdad.

—Es probable que lo sea.

—La Muerte dijo todo tipo de cosas horribles…

—Suéltalo, Célie.

—Hicieron un trato —digo de sopetón—. No sé qué aceptó la Muerte darle a Dimitri a cambio, pero Dimitri le contó lo sucedido en la víspera de Todos los Santos. Le habló del baile de disfraces, del ritual de Frederic, de ti y de mí, e incluso de Odessa y la insurrección falsa. —Cuando Michal no dice nada, bajo de la cama con cuidado de no pisar a Toulouse y a sus hermanos y me acerco a él—. Como he dicho, puede que Dimitri no estuviese implicado. Puede que la Muerte estuviese mintiendo. —Una pausa cuidadosa—. Después de todo, también parecía saber… otras cosas. Cosas que Dimitri no podría haberle contado.

Michal saca dos vasos pequeños de su escritorio y sirve un poco de absenta en cada uno. No me mira. Aprieta la botella con tal fuerza que sus nudillos se ponen blancos.

—¿Como qué? —pregunta con calma.

Me resisto al impulso de poner una mano en su espalda.

—Ha… habló de tus padres.

—¿Qué dijo de ellos?

—Uhm, bueno… —Mi garganta se cierra en torno a las palabras.

—¿Habló de la adicción de mi padre? ¿De la herejía de mi madre? —Me mira de soslayo en busca de confirmación, sus ojos crispados y demasiado brillantes—. Dimitri sabe ambas cosas.

—También habló de Mila. —Cuando trago saliva, Michal sigue el movimiento de mi garganta pensativo, antes de girarse otra vez hacia la absenta. La mira con un odio palpable, como si solo verla lo repugnara. De repente, me pregunto por la presencia de esa botella en su dormitorio. Me pregunto por qué la guarda aquí para empezar a hablar—. Me dijo cómo la convertiste en vampiro. Cómo te convertiste *tú* en vampiro.

Sin decir palabra, me ofrece uno de los vasos, pero niego con la cabeza; no he olvidado mi última experiencia con ese brebaje espantoso ni cómo vomité encima de sus prístinas botas. Es probable que mi cuerpo vampírico lo rechazara todavía más deprisa. No tengo ni idea de cómo puede retenerlo Michal.

—Preferiría morir antes que beber eso otra vez —declaro con franqueza.

—Lo entiendo. —Engulle ambas bebidas de un solo trago, su rostro impasible pese al ardor del alcohol, antes de devolver los vasos al escritorio—. Estoy seguro de que tienes preguntas —dice después.

—No me debes ninguna respuesta, Michal. —Me detengo a su lado y me giro un poco para apoyarme en el escritorio—. Me parece recordar que yo sí que te debo *a ti* unas cuantas. Espero que seas amable cuando llegue el momento.

El fantasma de una sonrisa toca sus labios y un tipo de calor más profundo llena mi pecho al verla, porque todavía no se ha cerrado en banda conmigo. Porque no me está apartando de su lado. En lugar de eso, sacude la cabeza y él también se gira, cruza las piernas e imita mi postura.

—No más juegos, Célie. ¿Qué quieres saber?

Nos miramos durante un momento largo.

—La Muerte dijo que lo encontraste igual que lo encuentra todo el

mundo —digo con tono tentativo. Luego vacilo un poco—. ¿Cómo… cómo lo hiciste?

Su expresión se endurece cuando se da cuenta de a qué me refiero.

—Siguiente pregunta.

Asiento deprisa, aliviada en parte por que se haya negado a contestar. *Algún día, quizá quiera contármelo. Y si ese día llega, haré todo lo posible por escuchar*.

—¿Cómo fue tu primera transición? —pregunto en cambio—. ¿Cómo te convertiste en vampiro?

—¿De qué color era la luz que viste al morir?

—Era como… dorada.

Se inclina hacia atrás para agarrar la botella de absenta, pero pasa por alto los vasos y bebe directamente de ella antes de responder.

—La mía era negra. Me adentré en ella y, cuando desperté, asesiné a toda la familia de mi vecino. Su hija, Vesna, y yo… —Sacude la cabeza con amargura, incapaz de ocultar el desprecio en su voz—. Ella fue mi primer amor. Siempre pensé que me casaría con ella algún día. Para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, yacía muerta en mis brazos, con sus padres y su hermano tirados al otro lado de la habitación.

—Oh, Michal.

Me dedica un gesto de aquiescencia con la botella de absenta antes de llevársela otra vez a los labios.

—Y aun así convertí en vampira a mi hermana. Observé cómo ella convertía a Odessa, y Odessa a Dimitri. Observé cómo los tres acababan con cualquiera que les hubiese hecho daño y, cuando nuestros padres renegaron de nosotros, estuve encantado de unirme a ellos y dejar un rastro de cadáveres por los alrededores. Los rumores empezaron a seguirnos y los aldeanos empezaron a marcar sus puertas con cruces. A instancias de mi padre, creo. —Sacude la cabeza y bebe otro trago. El gesto parece casi beligerante ahora, pero Michal sigue sin reaccionar al alcohol—. Al parecer, se desintoxicó después de que nos marcháramos y no volvió a tocar una botella nunca más. No lo sé a ciencia cierta. Murió antes de que yo regresara a casa.

—¿Cuántos…? —Trago saliva con dificultad y lo intento otra vez, los ojos fijos en la botella que tiene en la mano—. ¿Cuántos años *tienes*?

—No lo sé —dice sin inmutarse—. La gente calculaba el tiempo de manera diferente por aquel entonces. Por meses, por años, por el equinoccio cada otoño y el solsticio cada primavera. Físicamente, no podía haber sido mucho mayor que tú cuando hice la transición y me convertí en vampiro.

—Oh. —Echo un vistazo incrédulo a su pecho desnudo. Para mis adentros, pienso que eso es imposible—. Debíais de… eh… madurar más deprisa entonces.

Para mi sorpresa, sonríe. Esa media sonrisa burlona y afilada que tanto me gusta ahora.

—Siempre he sido fuerte, Célie. Incluso como humano.

Tomo nota. Mi propio pecho se retuerce un poco cuando su sonrisa se diluye de nuevo y nos sumimos poco a poco en un silencio cómodo. Todavía me quedan docenas de preguntas que hacer, por supuesto, es posible que cientos, pero me da la sensación de que Michal ha llegado a su límite esta noche. Agarra la absenta con ambas manos, los nudillos blancos alrededor de la etiqueta. Se mira los dedos sin verlos en realidad. Aunque el silencio se extiende entre nosotros, no me animo a moverme, a dejarlo a solas con sus pensamientos.

En mis peores momentos, mis pensamientos me atrapaban de un modo igual de completo que cualquier ataúd.

Sin embargo, justo cuando estiro la mano hacia él, me hace una pregunta en un tono tan bajo que resulta devastador.

—¿Habrías dudado con Filippa?

Es la cosa más vulnerable que le he oído decir nunca y, en respuesta, mi mano cambia de rumbo en medio del aire; despacio, se alarga para quitarle la botella. Sus dedos resbalan del cristal sin oponer resistencia. La dejo detrás de nosotros con un golpe sordo, me pongo delante de él y espero a que me mire. Cuando lo hace, me acerco más, envuelvo los brazos alrededor de su cintura y apoyo la mejilla en su pecho. Justo donde debería latir su corazón.

—Eres un buen hombre, Michal.

Aunque su cuerpo sigue tenso, remete un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Ya no soy un hombre, Célie, y si has escuchado algo de lo que he dicho esta noche, sabrás que no he sido bueno nunca.

Me echo hacia atrás para mirarlo con los ojos entornados.

—¿Crees que *yo* soy buena?

—¿Cómo puedes preguntarme eso siquiera? —Suena incrédulo ahora, casi enfadado—. Célie, eres… —Pero su voz se quiebra, y aparta la vista a toda velocidad mientras se aclara la garganta—. Sí, creo que eres buena.

—Entonces, escúchame. No, *escucha*, Michal. —Levanto las manos para agarrar su cara entre las palmas y obligarlo a mirarme. Sus ojos centellean como esquirlas de cristal roto a la tenue luz, brillantes y afilados y dolidos—. Me acusas de romantizar las pesadillas, pero no estoy de acuerdo. Siempre he sido capaz de diferenciarlas. —Suelta el aire con brusquedad y trata de apartar la cara, pero me pongo de puntillas para mantenerlo inmóvil—. El mundo nunca ha consistido en ángeles y demonios. Consiste en personas, y las personas toman decisiones, hacen elecciones. El arzobispo, Morgane, incluso mi propio padre… Casi siempre hacen la elección equivocada. Sé que yo también, igual que tú.

Esta vez, cuando lo suelto, no aparta la cara. Se limita a mirarme. Me mira y espera a oír mi condena. Siento cómo su cuerpo se prepara para el impacto, *veo* cómo la repulsión hacia sí mismo se asienta en su mirada. Y empatizo con él. Durante muchísimo tiempo, necesitaba que alguien me dijese la verdad; que se limitase a *decirme* que soy débil, que no valgo nada, que jamás seré lo bastante buena, para así poder aceptarme y seguir adelante.

Sin embargo, nunca pude aceptar lo que no era verdad. Y Michal tampoco puede.

Aun así, Michal se ha odiado en privado durante cientos y cientos de años; convencerlo de lo contrario será difícil. *Difícil, pero no imposible*. Quizá, si oye mis palabras esta noche, las tendrá presentes más tarde. Quizá algún día las crea.

—No hubo nada equivocado en que intentaras salvar a tu hermana —le digo con vehemencia—. Hiciste todo lo que pudiste por las

personas a las que querías, y fue una decisión valiente y admirable. Fue más que lo que la mayoría de nosotros elegimos hacer nunca. Solo puedo esperar hacer algún día lo mismo. —Me pongo de puntillas otra vez y planto un beso en su mejilla—. Venga. Vamos a hablar con Dimitri.

CAPÍTULO 33

La torre oeste

Lo encontramos en la torre oeste en torno al crepúsculo, una torre que Odessa se ha apropiado como su *suite* personal. Enorme y diáfana por completo, la habitación parece un obelisco gigante con balcones apilados a lo largo de su circunferencia, cada uno rebosante de varias vidas enteras de *hobbies* descartados: cestas con lanas y agujas de tejer, un órgano, frascos con plantones diversos, botes de pintura y marcos de lona, una mano de quiromancia e incluso dos modelos giratorios del sistema solar.

De repente, el alcance de la vida de Odessa me golpea como un puñetazo en la cara. Porque es *verdad* que ha vivido varias vidas enteras, y ha enterrado cada una en esta habitación. El lugar es, a partes iguales, cementerio, aula de estudio y laboratorio de una científica voluble.

Y es *maravilloso*.

Después de seguir a Michal a través del umbral, levanto la vista hacia una extraña estatua cerca de la puerta, su cara pintada en una eterna y estremecedora sonrisa blanca y dorada.

—¿Qué *es* eso? —pregunto con una fascinación mórbida—. ¿Algún tipo de guardián?

Michal le echa un vistazo desinteresado.

—Odessa dice que es un autómata.

—¿Y un autómata es…?

—Un experimento fallido. —Michal pasa por encima de una caja de zapatos cubierta de lentejuelas y llena de engranajes, piñones y dientes de latón—. Mila y Dimitri a menudo se colaban aquí dentro para reorganizar las cosas de Odessa. Eso la volvía *loca*. Al contrario de este aire general de caos, ella afirma que su locura tiene un

método, por lo que construyó a Potvor para disuadirlos de tocar nada más. Explotó antes de que pudiera terminarlo.

—Y sirvió justo para su propósito —dice Dimitri desde el otro lado de la habitación—, puesto que creímos que había llenado el sitio de explosivos. —Está de pie sobre un tablero de ajedrez gigante pintado en el mismísimo suelo, las manos en las caderas mientras observa las piezas de tamaño natural a su alrededor—. ¡Des! —Golpea la silla del caballo con los nudillos antes de retorcer el cuello para gritar hacia atrás—. ¡Creo que tu reina puede comerse a este caballo!

Odessa asoma la cabeza por encima de la barandilla del balcón del tercer piso. Sujeta un mapa en una mano y un transportador de ángulos en la otra; unas grandes gafas descansan sobre el caballete de su nariz.

—¡No muevas ni una sola pieza! Te lo prohíbo. Esta partida está en marcha y es el turno de Panteleimon, no el mío.

Dimitri sacude la cabeza exasperado antes de mover la reina de todos modos.

—Panteleimon es un pavo real —musita.

Cuando dicho pavo real pasa por su lado un momento después, con un brillante collar dorado, todos observamos, cautivados, cómo empuja su torre hacia delante para comerse a la reina. Dimitri suelta una maldición. Odessa suspira.

—Eres idiota —dice, antes de desaparecer otra vez.

—Sí, lo eres. —Michal se adelanta entonces y pone fin al momento de ocio con su pose regia y su mirada fría, tan distintas del hombre que me permitió ver abajo. La máscara volvió a su sitio habitual en cuanto dejamos atrás la seguridad de la gruta—. Tenemos que hablar —le dice a su primo. Dimitri hace una mueca.

—Suena aburrido.

Michal hace una mueca de enfado justo cuando Odessa reaparece por una escalera de piedra medio oculta en la parte posterior de la torre.

—Sea lo que sea, puede esperar. —Sin gafas ahora, fluye hacia nosotros ataviada con una espectacular bata de seda turquesa, antes de darme un abrazo de una fiereza inusual—. *Aquí* estás,

Célie. Estaba a punto de ir en tu busca. Fue todo idea de Michal, como estoy segura de que ya sabes, pero tengo que dejar muy claro que nunca quise montar semejante espectáculo de arrancarle el corazón. Siempre he abogado por hacerlo en privado —añade con dulzura.

—Bueno, tampoco te oí quejarte —comenta Michal.

Ella lo ignora mientras se echa hacia atrás para mirarme. Pese a su intercambio jocoso, sus ojos oscuros brillan de incertidumbre mientras aguarda mi reacción. Está claro que espera que esté enfadada por el papel que desempeñó en la insurrección, que esté dolida por su participación en el subterfugio. Y tal vez lo esté. En lugar de advertirme que me quedase en mi habitación, debería haberme explicado lo que iba a pasar; podría haberme incluido. Pero en vez de eso me obligó a ver morir a Michal, me obligó a ver cómo lo mataba *ella* y a sentir cada ápice de dolor asociado a esa traición. Y aun así…

No puedo evitar recordar las palabras de Michal.

Nadie te juzga por ello, Célie, pero has dejado bien claro lo poco que te gusta Requiem.

A lo mejor no soy la única que ha resultado herida.

Esta isla puede ser extraña y cruel en ocasiones, igual que sus habitantes, pero no es *solo* extraña y cruel. Está claro que Odessa ha tenido una vida plena y gratificante aquí con su familia; esta misma habitación es testimonio de ambas cosas.

Le devuelvo el abrazo y la aprieto con fuerza. Intento transmitirle la profundidad de mi propio alivio por que no asesinara a su primo. Y quizá también una disculpa.

—Lo entiendo —digo en voz baja—. Y me alegro bastante de que mi amiga no sea una loca hambrienta de poder.

—Oh, también lo es. —Con las manos en los bolsillos, Dimitri da unos pasos hacia nosotros con una sonrisa, mientras Odessa me suelta a toda prisa, aparta la mirada y parpadea repetidas veces. Se me comprime el corazón ante esa inesperada muestra de emoción. ¿O ha sido porque la he llamado «amiga»? *Debí buscarla antes*. Aunque nunca lo admitiría, Odessa tiene unos sentimientos igual de intensos que los de cualquier otro, y el estrés y la incertidumbre de

los últimos días deben de haber pesado mucho sobre ella.

Sin embargo, antes de que pueda reunirme con ella en el mullido sofá al otro lado del tablero de ajedrez, Dimitri se planta delante de Michal y me bloquea el paso.

—Me gusta ese ceño fruncido tuyo tanto como a cualquier otro, primo, pero ¿lo alisamos antes de que se vuelva permanente? Supongo que has subido aquí para regañarme por algo. Así que, por favor, no lo dudes, vayamos al grano y…

Michal lo agarra de repente por el cuello de la camisa, tira de él y se agacha para olerle el cuello.

—Lo sabía —dice por encima de las protestas de Dimitri, antes de apartarlo de un empujón. Con una maldición, Dimitri sale disparado hacia atrás para chocar contra un maniquí plagado de alfileres.

—¿Qué estáis…? ¡Parad, *parad*! —Con los ojos como platos por el repentino cambio de atmósfera, Odessa se mueve a la velocidad del rayo para sujetarlos a ambos, aunque suelta a su hermano cuando bufa y enseña los dientes, al tiempo que gira para encararse con Michal, incrédula.

—¿Te has vuelto *loco*?

Michal se pone delante de mí y Dimitri imita su movimiento, lo cual los deja demasiado cerca como para poder tener una conversación tranquila y bien razonada. Aunque sabía que pasaría esto, se me cae el alma a los pies de todos modos al recordar lo que admitió Dimitri en la gruta: «Por mucho que te cueste creerlo, hubo un tiempo en que Michal y yo éramos como hermanos». Cuando los miro ahora, sí que cuesta creerse algo así.

—Te advertí de lo que sucedería —dice Michal en voz baja—. Te advertí de lo que haría si volvías a traicionarnos.

—¿Qué *está* pasando? —Desconcertada, Odessa endereza el maniquí mientras yo, en contra de mi buen juicio, me interpongo a la fuerza entre Michal y Dimitri, decidida a evitar cualquier derramamiento de sangre. Aunque Dimitri ha demostrado ser una víbora, quizá Michal se arrepienta algún día de matarlo. *Creo*.

Sin embargo, ninguno de los dos da muestras de verme siquiera. Ninguno de los dos retrocede.

—Adelante, primo. —Michal arquea una ceja fría y burlona, y su

pecho se tensa contra la palma de mi mano—. Cuéntale a tu querida hermana todo lo de tu trato con la Muerte. Él le contó un poco a Célie, pero me gustaría saber más.

—Michal —le advierto.

Porque Odessa se ha quedado quieta como una estatua al oír sus palabras. Todo excepto sus ojos, que se entornan y saltan de uno a otro mientras se aferra al maniquí.

—¿De qué está hablando, Dima? ¿Qué trato con la Muerte?

La expresión de Dimitri se endurece.

—Quería contároslo —dice con vehemencia—. *Iba* a contároslo… —Pero se interrumpe cuando el rostro de Odessa se crispa, cuando retrocede ante su confesión como si fuese una bofetada. Dimitri parece percatarse de su error en ese mismo instante. Enrosca el labio y da otro paso hacia Michal, el cuerpo en tensión, pegado por completo a mi costado—. No deberías haber venido aquí de este modo. Lo has hecho mal.

—¿Comparado con lo que has hecho *tú*? —pregunta Michal.

—Oh, esto es ridículo. —Aunque levanto otra mano para separarlos, Odessa se me adelanta, agarra el brazo de Dimitri y lo obliga a darse la vuelta con un gruñido verdaderamente aterrador. Sus ojos oscuros arden como dos columnas de fuego.

—A menos que alguien me dé una explicación en los siguientes dos segundos, os voy a destripar a ambos yo sola y con mis propias manos.

—Descubrimos el origen de su cura misteriosa —dice Michal, inexpresivo—. Supongo que tú también has notado el sutil cambio en su olor, ¿verdad? —Cuando Odessa asiente, Michal por fin cede un paso y yo dejo caer la mano de su pecho antes de retirarme hacia el sofá con pies pesados. Nada de esto me parece una victoria —. Yo también me había fijado, pero me autoconvencí de que el olor era mío. O más bien de *ella*.

Hace un gesto con la cabeza en mi dirección, y yo le doy un empujoncito a Panteleimon para que me haga sitio a su lado. Me siento y finjo que los otros no están observando cada uno de mis movimientos. Finjo que mi presencia, mi *olor*, no ha permitido a Dimitri ocultar su engaño. Aun así, me siento sucia. Mancillada.

—Así que decidí dejar que Dima conservara su privacidad —continúa Michal—. Cualquiera que hubiese sido su método, no podía ser peor que masacrar gente en masa y recolectar sus trofeos.

—Nunca fueron trofeos —se defiende Dimitri con los dientes apretados.

—Pero estaba equivocado. *Sí* que es peor, y pone en peligro más que a los habitantes de esta isla. —Se gira para hablarle directamente a Odessa—. Dimitri ha estado bebiendo la sangre de la Muerte.

Se produce un momento de silencio después de esa declaración agorera, roto solo por el *crujido* seco de la madera.

Odessa ha partido el maniquí en dos.

Por instinto, me levanto otra vez para ayudar, pero me detengo en seco cuando Dimitri fuerza una sonrisa amarga, pone los ojos en blanco y se dirige hacia la pieza de ajedrez más cercana.

—Menudo *dramatismo*. —Se apoya contra la enorme torre sin mirarnos a ninguno, y me gustaría *sacudirlo* por fingir indiferencia, por negarse a aceptar su responsabilidad, por sumirnos más profundo en una situación ya precaria de por sí—. Gracias por tu preocupación, Michal, pero te aseguro que tengo la situación bajo control. Nadie tiene por qué tratarme de manera diferente, ni regañarme, ni *temerme*.

—No te teme nadie, Dimitri —digo en silencio—. Tememos *por* ti.

—Es curioso, pero tampoco recuerdo haber pedido eso.

—Esto no es un juego —espeta Michal—. Ahora estás en deuda con la Muerte y, antes o después, *vendrá* a cobrársela. ¿Estás preparado para pagar ese precio? ¿Estás preparado para que *nosotros* lo paguemos? Ya ha amenazado a Célie…

—¿Lo ha hecho? —Dimitri entorna los ojos y levanta la cara hacia la mía a toda velocidad para que le dé una explicación. Casi parece preocupado—. ¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

—¿Acaso importa? —le pregunto.

—*Por supuesto* que importa. —Resopla y sacude la cabeza con incredulidad antes de mirarnos a cada uno a los ojos—. Estáis actuando como si hubiese cometido algún tipo de pecado imperdonable al obtener esta cura cuando, en realidad, los

verdaderos pecados los cometí antes, y seguiría cometiéndolos de no ser por la Muerte. El grimorio resultó ser inútil. Su sangre fue la que me *salvó*. Tú mismo lo dijiste, Michal: por fin vuelvo a ser Dima. Por fin soy *yo*. A cambio, la Muerte no me pidió nada más que alguna entrevista ocasional. Y a *ese* respecto, no he divulgado ningún secreto; le he dicho solo cosas que podría haber descubierto por su cuenta.

Pese a todo, Odessa y Michal no parecen creerlo. Al ver la expresión escéptica de ella y la mueca disgustada de él, Dimitri suelta una carcajada ronca y sus hombros se desploman contra la pieza de ajedrez.

—Pero no importa lo que yo diga, ¿verdad? Jamás importará. Ninguno de los dos habéis comprendido nunca mi afección. Después de todos estos años, *seguís* sin comprenderla. Mila es la única que lo ha intentado alguna vez. —Los fulmina con la mirada, pero el calor ardiente de sus ojos parece más impotencia que ira verdadera. Parece desesperación—. ¿Y por qué habríais de hacerlo? —escupe—. Odessa Petrov nunca se ha topado con una pregunta que no pueda responder. Michal Vasiliev nunca jamás ha perdido el control. —Cuando estira el cuello para mirarme a mí, me preparo para lo peor, pero no llega—. ¿Sabes lo que es ser la cruz de la existencia de tus seres queridos? ¿La oveja negra? ¿La mancha? ¿Sabes lo que se siente cuando decepcionas de manera constante e irrevocable a todos los que te rodean?

Mi corazón sufre un retortijón peculiar al oír eso. Quizá porque la respuesta es que sí, por supuesto que lo sé, por supuesto que *todo el mundo* lo sabe. O quizá es porque la verdad de sus palabras llega mucho más profundo que eso. Aunque ninguno de nosotros ha sufrido la afección de Dimitri, sí *hemos* compartido su desesperación, y todos hemos recurrido a la Muerte para encontrar una solución… Yo, Filippa, incluso Michal. Por supuesto que Dimitri quiso recurrir también a él. Y *por supuesto* que la Muerte aprovecharía la situación y utilizaría a Dimitri para sembrar la discordia.

Esto es lo que quiere, pienso, al tiempo que miro a los ojos felinos de Dimitri. Se parecen muchísimo a los de su hermana. También a los de Mila. Una sensación plomiza se asienta sobre mi pecho al

pensar que este podría ser el fin; que después de todos estos años, este podría ser el momento en que su familia se rompa de manera irreparable.

—No metas a Célie en esto —masculla Michal con tono lúgubre—. No te vas a aprovechar de ella como has hecho con nosotros.

—¿*Aprovechar*? —A Dimitri casi se le salen los ojos de las órbitas —. No puedes hablar en serio.

—¿Cómo has conseguido *reunirte* con la Muerte siquiera? —Odessa abandona el maniquí para dar unos pasos adelante, los brazos cruzados con fuerza delante del pecho. Panteleimon baja del sofá de un salto, despliega las plumas de su cola y chasquea el pico de un modo bastante amenazador mientras la sigue—. Me hubiese dado cuenta.

—Has estado un poco ocupada, Des, y no puedo decir que te culpe… —En ese momento, Panteleimon le da un picotazo tremendo, y Dimitri da un salto hacia atrás con una maldición. Luego baja la vista hacia el cuero perforado de su bota—. Eh, retira a la caballería, ¿quieres? Es la Muerte la que *me busca a mí*, ¿vale? Viene en mi busca y, después de contestar a un par de preguntas, nada malvado, bebo su sangre. Con ella en mi organismo, la sed se atenúa; desaparece, incluso. No he matado a nadie desde la víspera de Todos los Santos. —Agarra las manos de su hermana—. Después de lo que hice esa noche, *jamás* habría regresado sin estar seguro de tenerlo bajo control por completo.

La mandíbula de Michal da la impresión de poder partirse.

—Como si alguna vez hubieses tenido el control completo.

Con la mayor discreción posible, me agacho como para ajustar los bajos de mi camisón, agarro el velo cerca del suelo y lo desgarro hacia arriba cuando me levanto. No sé por qué lo hago, excepto que… Bueno, si este *es* el momento, Mila también debería estar aquí. Y rezo por que lo esté. Rezo por que haya estado aquí desde el principio, observando cómo discurre esta terrible escena, quizá buscando un agujero por el que colarse.

—Menudo lío están armando, ¿verdad?

Sentada a mi lado o… levitando varios centímetros por encima del almohadón del sofá, Mila dobla las piernas debajo de ella y observa

a Michal y a Dimitri con una expresión extrañamente distante.

—Los retornados siguieron las órdenes de la Muerte al pie de la letra —dice después de unos segundos de silencio—. El pueblo de las brujas de sangre ya no existe, reducido a cenizas, y medio bosque con él. Cuando el fuego llegó a Domaine-les-Roses, la policía alertó a un contingente local de *chasseurs*, pero me fui antes de que llegaran. —*Mila estaba ahí*, pienso con un sobresalto, *observando toda la escena*. Esa idea me proporciona un ápice de consuelo, de alivio al saber que se quedó fuera de la vista—. Las llamas me quemaron. —Alarga una mano sin mirarme y revela la herida opaca que se extiende por la palma de su mano—. Lo… sentí —dice sin más—. Dolió.

Mis cejas se aplanan al oír eso, ante esta prueba incontrovertida de que el velo entre los reinos está en peligro. Aunque querría preguntarle más cosas al respecto, advertirla de que no puede seguir espiando, guardo silencio, pues todavía no quiero alertar a los otros de su presencia. No cuando Michal y Dimitri continúan con su amarga discusión, y no cuando ella parece estar tan… tan lejos. ¿Es el dolor de la quemadura lo que la afecta o ha pasado algo más desde que hablamos la última vez? A lo mejor, en su ira, la Muerte la amenazó también a ella.

Tomo su mano y la aprieto en una pregunta silenciosa. *¿Estás bien?*

Una leve sonrisa roza sus labios y, cuando vuelve a hablar, suena aún más lejos que antes, extraña y desconocida.

—Es raro… Llevan tantos años enfadados que apenas los recuerdo de otra manera. Pero no empezaron así. Esto ha consumido sus identidades sin que se dieran cuenta siquiera, hasta que ya no podían verse a sí mismos, no digamos a la otra persona, a través del dolor. —Las palabras se quedan atascadas en su garganta, como si incluso ahora no soportase pronunciarlas. Sospecho que ya no describen a Dimitri. Aparta la vista de su hermano y continúa en voz baja—. Ojalá hubiese sido diferente. Ojalá lo hubiese *sabido*. Parece muchísimo más tonto, visto desde este lado, haber perdido tanto tiempo… Complaciente, incluso.

Se gira hacia mí y, por primera vez desde que la conocí, desde que

la vi pasar bailando por delante de la puerta de mi dormitorio, luce de verdad como una fantasma. Una impronta. Una sombra de su ser anterior.

—¿Por qué es a ellos a quienes peor tratamos siempre? A los que más queremos.

Y ya no puedo permanecer en silencio por más tiempo.

—Porque podemos —murmuro—. Porque es seguro.

Ella sacude la cabeza con tristeza.

—No, no lo es.

Al otro lado de la habitación, Michal y Dimitri dejan de discutir al oír el sonido de mi voz, y los dos se giran al unísono. Odessa hace otro tanto. Aunque aún veo un resquicio de luz plateada titilar en los ojos entornados de Michal, da la impresión de que ya no es capaz de ver a su hermana. Queda poco de mi sangre en su organismo y… y no sé cómo me siento al respecto. En cualquier caso, apenas importa ya. Mila retira su mano de la mía.

—Tienes que ayudarlos, Célie. Por favor.

—En realidad, no es mi…

—*Sí* que es tu lugar. Lo es. Michal no es el único que te quiere. —Me da un apretoncito en los dedos, al tiempo que asiente en dirección a Odessa y Dimitri, que también parecen haber unido las piezas de nuestra conversación, porque miran en torno al sofá por si ven alguna señal de Mila—. Te convertiste en parte de esta familia desde el momento en que pusiste un pie en Requiem. No lo malgastes como hice yo.

Me pongo de pie con ella.

—No malgastaste nada, Mila. Tu dolor también importaba.

—Tal vez. —Baja la barbilla en reconocimiento—. Pero él importaba más.

—¿Célie? —Michal se acerca con cautela y extiende una mano—. ¿Mila está aquí? ¿Quiere hablar?

Al ver el leve gesto negativo de la cabeza de Mila, no tomo la mano de su hermano. Ignoro su brazo estirado y envuelvo a cambio mis propios brazos alrededor de su cintura para abrazarlo con fuerza.

—Esto es de su parte —murmuro contra su pecho mientras Mila

desaparece de la vista. Después de unos segundos tensos, él me devuelve la presión, y luego me aparto un poco—. Y esto es de la mía—. Me pongo de puntillas, aprieto los labios contra los suyos y le infundo cada ápice de mis remordimientos a ese beso.

¿Por qué es a ellos a quienes peor tratamos siempre? A los que más queremos.

Michal ha aprendido a esperar lo peor de la gente.

Todos lo hemos hecho.

CAPÍTULO 34

Un gesto de amistad

Los *chasseurs* no encontraron a Filippa hasta tres días después de desaparecer. El mar arrastró su cuerpo hasta las orillas de L'Eau Melancolique, el cuello rajado y la piel arrugada, y un pescador alertó a las autoridades, que se lo comunicaron a su vez al arzobispo. Aún recuerdo el momento en que me enteré de la noticia; había estado sentada en un rincón oscuro del dormitorio de mi madre, hojeando las páginas de *La reina invernal y su palacio* sin de verdad verlas. Las cortinas estaban echadas. Las velas, apagadas.

Cuando llamaron a la puerta principal, levanté la vista hacia el contorno envuelto en sombras de mi madre. No había salido de su cama desde que descubrió que su hija mayor había desaparecido en medio de la noche. Entonces tampoco se movió, aun cuando siguieron llamando con suavidad a la puerta. Puesto que mi padre estaba fuera en viaje de negocios y no quedaban sirvientes en la casa, ella debería haber sido la que se levantara, se vistiera e invitara a los recién llegados a pasar al interior. Como es obvio, no hizo ninguna de esas cosas. En lugar de eso, se quedó mirando el techo con sus ojos apesadumbrados y su pelo apelmazado, el camisón arrugado y las sábanas desordenadas.

Dolía muchísimo verla así.

Y yo la quería demasiado como para marcharme.

Toc, toc, toc.

Cerré con cuidado el libro de mi hermana, como si romper el silencio fuese a romper también a nuestra madre.

—Hay alguien en la puerta —murmuré, pero ella no respondió nada. Esperé otro momento, sin saber muy bien cómo abordar la situación con delicadeza. Yo no había experimentado nunca una

afección como la suya, no había experimentado nunca una apatía tan enfermiza, un agotamiento tan profundo y absoluto. Desde hacía tres días ya, daba la impresión de que alguien había vaciado a mi madre y había olvidado rellenarla con otra cosa. Simplemente… existía—. Podrían ser noticias de Filippa —añadí en tono tentativo.

—¿Y qué noticias podrían ser esas?

—Que… que la han encontrado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees que han encontrado? —Cuando fruncí el ceño en su dirección, confusa, ella cerró los ojos, como si fuese incapaz de mirarme, ni siquiera de refilón—. Tu hermana está muerta.

Dijo las palabras con tal aceptación inexpresiva que me levanté con brusquedad, temblando de arriba abajo. *La reina invernal* cayó al suelo y me apresuré a recoger el libro mientras seguían llamando a la puerta.

—O… o también podría ser *pére* —dije—. Podría haber enviado una carta o un… un regalo. Hace una eternidad que no manda ninguno, y tú has estado pidiendo un detalle de sus viajes. Aquel collar de perlas, ¿recuerdas? Y yo le pedí un libro nuevo.

Levántate, supliqué para mis adentros. *Por favor*, maman, *solo sal de la cama*…

Sus ojos encontraron los míos por fin, pero en ellos vi escarnio. Desprecio. Las primeras emociones que había visto en días.

—No está vendiendo sus productos, chica tonta. Está comprando los de otra persona. Una prostituta llamada Helene.

Prostituta. Aunque había oído la palabra susurrada de pasada, jamás me había topado con ella de este modo, escupida a mi cara como veneno, sorprendente y ácida. Retrocedí para alejarme de la palabra, de *mi madre*. Parpadeé consternada.

—Pe… pero él no… él nunca… —tartamudeé.

—Sal de aquí. —Su voz sonó desprovista de sentimientos otra vez. Devolvió la vista al techo, mientras el *toc, toc, toc* continuaba en el piso de abajo. En cualquier caso, me quedé clavada en el sitio, desesperada por llegar hasta ella de alguna manera, hasta que me espetó—: ¡Ahora!

Así que eso hice.

Aún aferrada a ese libro de cuentos, bajé las escaleras y abrí la puerta principal. Cuando vi a Reid y a Jean Luc en las escaleras, vestidos con sus uniformes recién planchados, supe, con una espantosa sensación nauseabunda en el estómago, que mi madre había estado en lo cierto. Que estas no eran buenas noticias. *Filippa*. Su nombre se quedó atascado en mi garganta, aun cuando lo veía en los ojos de ambos. Pese a que Jean Luc trató de ocultarlo (apartó la mirada para estudiar el patrón del parqué en el suelo polvoriento), Reid no vaciló a la hora de cumplir con su deber. ¿Cuántas veces le había dado la mano después de que tuviese que comunicar noticias trágicas a parientes que no se las esperaban? ¿Cuántas veces se había venido abajo al pie de nuestro naranjo, pálido y descolocado, después de consolar a viudas y huérfanos? «Necesitan que alguien se siente con ellos», me había dicho cuando sugerí que uno de sus hermanos hiciese ese trabajo en su lugar. «A nadie le gusta sentarse con el dolor de otra persona, no cuando no se puede hacer nada al respecto». Al ver mis labios fruncidos y mi expresión escéptica, tiraba de mí para que me sentase delante de él, pasaba los brazos alrededor de mi pecho y apoyaba la barbilla sobre mi cabeza. «Y no se puede hacer nada para aliviar la aflicción».

En esos momentos no lo había entendido, pero ahora lo hacía.

Y cuando dio un paso al frente para sujetar *mi* mano esta vez, un pitido terrible empezó a sonar en mis oídos. Sin decir ni una palabra, me condujo al interior del vestíbulo, mientras Jean Luc vacilaba detrás de nosotros.

—Célie —empezó, aunque yo apenas lo oía.

La escena entera había adoptado una cualidad surrealista, como de pesadilla, y ya no me sentía parte de mi propio cuerpo. *Esto no es real. Esto no puede estar pasando*.

Demasiado tarde, me di cuenta de que el libro se me había vuelto a caer. Se me resbaló de los dedos, lo dejé ahí tirado en el umbral de la puerta, y ahora Reid me estaba guiando de vuelta al escalón inferior de la gran escalinata. Estaba arrodillado delante de mí, esperaba a que lo mirase a los ojos, pero no podía hacerlo, porque en cuanto hablara, todo cambiaría. *Todo*. Y, al mismo tiempo, nada de nada. Mi hermana habría desaparecido y yo estaría sola; esta

sala fría y vacía nunca formaría parte de sus cuentos de hadas. Nosotros, tampoco.

Como si alguna vez fuese a permitir que te ocurriese algo, Célie.

De repente, no soportaba oír esas últimas palabras condenatorias de nadie más que de mí. Le debía eso a Filippa. Le debía todo. Debería haberla seguido, debería haberla arrastrado de vuelta y atrancado la ventana, pero me negaba a traicionarla ahora acobardándome. Mi hermana no se acobardaba nunca.

Miré a Reid a los ojos.

—Filippa está muerta, ¿verdad? —le dije. Detrás de él, Jean Luc se movió incómodo.

—Quizá deberíamos ir en busca de tu padre…

—Mi padre no está aquí. —Mi voz se afiló, cortante como un cuchillo, mientras los fulminaba con la mirada. De pronto estaba enfadada, *enfadadísima*, y retaba a cualquiera de ellos a disentir, mientras la situación volvía de golpe a la realidad con una claridad brutal y demoledora. «Prostituta», había dicho mi madre, y la palabra se quedó conmigo de un modo que no pudo hacer ninguna otra. Porque mi hermana estaba muerta, mi madre estaba rota y mi padre se había marchado, ajeno a todo esto, para retozar con otra mujer mientras nuestra familia se hacía añicos como un espejo y distorsionaba nuestros reflejos—. Partió hace más de una semana en otro viaje de negocios, y mi madre se niega a salir de la cama. Si traéis noticias de mi hermana, soy la única a la que podéis dárselas. —Me puse en pie, pase por delante de ellos hasta el umbral de la puerta, agarré el libro y lo abracé con fuerza contra mi pecho—. Así que os lo preguntaré otra vez, y os imploro que esta vez *me respondáis*: ¿mi hermana está muerta?

Mi arrebato produjo un momento de silencio. Después…

—Sí. —Reid destrozó la ilusión de nuestra familia con una sola palabra—. Lo siento, Célie. Lo siento muchísimo.

Me negué a llorar hasta que se marcharon una hora más tarde, hasta que la puerta se cerró con un *clic* y yo me deslicé por ella, al tiempo que tiraba *La reina invernal* al otro lado del vestíbulo y maldecía a Morgane, maldecía a las brujas, maldecía a Reid y a Jean Luc, a mi padre y a su prostituta, a mi madre y a esta casa desierta

abandonada de la mano de Dios. Incluso maldije a mi hermana, quien se había ido donde no podía seguirla y a quien no volvería a ver en la vida.

Pero, por encima de todo, me maldije a mí misma.

Y cuando llegaron las lágrimas, no pararon. Ni por un instante. Ni siquiera ahora.

Y estoy harta de llorar.



—Quiere que nos peleemos —les digo ahora a Michal y a Dimitri, que me escuchan con una atención embelesada—. La Muerte quiere distraernos mientras busca una manera de destruir el velo. De otro modo, no hubiese mencionado vuestro acuerdo. Sabía que yo se lo diría a Michal, y sabía lo que ocurriría a continuación: una ruptura en vuestra relación, en vuestra familia. —Antes de que nadie pueda decir nada, me giro para apelar a Odessa, cuya mano aún tiembla un poco sobre la cabeza de Panteleimon—. Sé que no puedo pedirte que confíes en tu hermano de nuevo, pero ¿puedes confiar en mí en su lugar? ¿Por favor? Esta no es una batalla que vayamos a ganar si nos dedicamos a pelearnos entre nosotros. —Al ver la mirada ceñuda de Michal, añado—: Dimitri necesita beber la sangre de la Muerte, pero quizá podamos utilizar su trato en nuestro propio beneficio.

—O podríamos limitarnos a matarlo —apunta Michal.

Dimitri cruza los brazos con cara de pocos amigos.

—¿No acabamos de establecer que necesito su sangre para sobrevivir?

—Ah, crees que me refería a la Muerte.

—No creo que *podamos* matarlo —los interrumpo deprisa, y me interpongo entre ellos de nuevo—. En la arboleda, sus heridas se curaron al instante, y además… —Le lanzo a Michal una mirada de disculpa—. Me pareció mucho más fuerte que yo. Y más rápido.

La expresión de Michal se endurece, pero antes de que pueda hablar, Odessa se le adelanta.

—¿Qué otros poderes posee? ¿Qué más averiguaste?

—No mucho. —Niego con la cabeza y me devano los sesos en busca de cualquier detalle que pudiera habérseme pasado por alto. Pienso en la armadura de la Muerte—. Es obvio que sabemos que puede sangrar, pero su sangre… olía antigua, sí, pero también olía extrañamente como… —Mis ojos vuelan hacia Dimitri, que parece resignado.

—La nuestra —termina él con voz sombría—. Supongo que tiene algo que ver con su participación en nuestra creación hace muchísimos años. Es probable que de ahí provengan también la velocidad y la fuerza de los vampiros.

Odessa frunce el ceño. Está claro que la conjetura no la impresiona lo más mínimo.

—Sí, bueno, todo eso está muy bien, pero la Muerte no es un vampiro. La Muerte es *muerte*. En su verdadera forma, es todopoderoso, infinito. Roba vida con un toque de su dedo, cosecha almas con una mínima respiración.

—Pero ese es justo el tema, ¿no? —Los ojos de Michal se vuelven introspectivos, se entornan un poco mientras sopesa las palabras de Odessa—. La Muerte no está *en* su verdadera forma. Si todavía tuviese la capacidad de robar vidas y cosechar almas, ¿no lo habría hecho ya? —Aunque Odessa abre la boca para discutírselo, él niega con la cabeza y la interrumpe—. No. Piénsalo, Des. Esta noche ha intentado resucitar a La Voisin con la sangre de Célie. Al recrear la víspera de Todos los Santos, esperaba derribar el velo…

Tanto Odessa como Dimitri sueltan una exclamación al unísono.

—¿Qué?

—Luego os cuento los detalles —dice Michal con firmeza—, pero lo que digo sigue siendo válido. La Muerte le dijo a Célie que buscaría a otra Novia cuando su sangre no funcionó. ¿No sería más fácil *crear* otra Novia en lugar de eso? Podría elegir a quien quisiera.

Dimitri frunce el ceño.

—Pero si lo que busca la Muerte es poder, ¿por qué no limitarse a… matar a todo el mundo? Ya sabéis, con todo eso de tocar y respirar que habéis mencionado. —Le lanza una mirada furtiva a Odessa, que pone los ojos en blanco y se encoge de hombros con actitud de disculpa—. ¿Qué? El velo no tendría que caer si él

acabase con todos nosotros, y así cruzaríamos a su reino mucho más deprisa.

—No creo que pueda hacer eso. —Las palabras salen por mi boca como si hubiesen estado ahí esperando desde el principio. Porque la explicación más sencilla suele ser la correcta. Si la Muerte aún tuviera unos grandes poderes cósmicos, los estaría empleando; en lugar de eso, hizo un trato con mi hermana y creó un ejército de retornados. Asesinó a Frederic de un modo bastante rudimentario, cortó mi mano con un cuchillo antes de reducir a cenizas el pueblo de las brujas de sangre en un ataque de ira—. Parece estar atascado en algún punto intermedio: en parte humano y en parte Muerte. No sé si podemos matarlo, pero *sí* sé que nos arrepentiremos si fracasamos en nuestro intento.

Los ojos de Michal se posan en mi mano herida.

—Célie…

—Estoy bien, Michal. —Escondo la mano detrás de mi espalda, los dedos apretados por encima de la venda—. Sea como sea, creo que nuestra mejor opción para derrotar a la Muerte está en engañarlo para que haga algo. En manipularlo. Si lográsemos conducirlo hacia donde debe ir…

Dimitri vuelve a fruncir el ceño.

—¿Que es…?

—A la gruta —declara Odessa sin dudarlo.

Debería haber sabido que ella ya habría unido todas las piezas. De hecho, es probable que las haya unido mucho antes que el resto de nosotros.

Nuestros ojos se cruzan por encima del tablero de ajedrez y asiento. Trago saliva con esfuerzo al ver la angustia palpable (y la ira) en los suyos. Quizá le pedí demasiado con respecto a Dimitri. Que él le rompiera el cuello en la víspera de Todos los Santos es probablemente el menor de los dolores de Odessa, y desearía tener tiempo de procesar juntas ese dolor. Desearía que Dimitri hubiese encontrado una cura que no tuviera nada que ver con la Muerte. Desearía que mi hermana no se hubiese aliado con él y desearía que Frederic no hubiese hecho nunca ese agujero en el velo.

Sin embargo, ha llegado la hora de dejar de desear y empezar a

actuar.

—La Muerte debe volver a su reino —digo—, a la verdadera tierra de los muertos. Cuando resucitó a Filippa, Frederic creó una puerta, que a su vez creó el remolino. No sé por qué es tan distinto su desgarrón del de los otros retornados, pero tiene lógica que podamos invertir el daño que ellos causaron si expulsamos otra vez a la Muerte a través de él. Solo tenemos que decidir la mejor manera de atraerlo hasta ahí. ¿Alguna idea? —Cuando nadie dice nada, cuando la tensión solo se espesa al pronunciar el nombre de Filippa, sigo hablando con determinación—. Muy bien. Bueno, tal vez podamos organizar una reunión a través de Mila, o tal vez Dimitri pueda coordinar que *su* próxima reunión tenga lugar en…

—¿En la habitación de Michal? Oh, eso no es nada sospechoso. —Dimitri pone los ojos en blanco y finge pensarlo un poco—. Aunque si lo que de verdad quieres es atraerlo hasta el dormitorio —añade con sequedad—, estoy seguro de que podríamos encontrar una manera de hacerlo. Después de todo, *eres* su Novia…

—Termina esa frase —masculla Michal con voz fría—, y te arrancaré la garganta de cuajo. —Sus manos se posan sobre mis hombros para hacer girar con suavidad mi cuerpo hacia él. Sus ojos, sin embargo, no pierden la tensión. Lucen recelosos, casi arrepentidos, mientras yo me pongo tensa, pues ya sé lo que va a preguntar—. ¿Cómo cerramos la puerta, Célie?

Como era de esperar, el silencio se estira al máximo, y empieza a deshilacharse a causa de la presión de que todo el mundo conozca esta respuesta. No obstante, nadie quiere decirla; nadie quiere condenar a mi hermana a otro ataúd; nadie excepto Odessa, que frunce el ceño antes de responder.

—Todos sabemos lo que debe hacerse, Michal, y andar de puntillas alrededor del tema no va a hacer que sea más fácil. Puede que esta puerta sea distinta de las otras, pero, en esencia, sigue siendo un desgarrón en el velo. La única información definitiva que tenemos es la que nos diste tú mismo: cuando un retornado muere, restaura el equilibrio en nuestro reino y el agujero que creó se repara solo. —Empuja su alfil en diagonal para comerse a la reina de Panteleimon, mientras yo contengo la respiración y rezo por que haya otra

solución. *Por favor, por favor, por favor*. Pero ni Dios ni Odessa oyen mi plegaria—. La forma más sencilla de hacer jaque al rey —dice Odessa sin mirarme— es eliminar a la reina. Si queremos cerrar la puerta, Filippa debe morir.

Filippa debe morir.

Michal masajea con suavidad mis hombros en el silencio subsiguiente. *Me está preparando*, pienso. Quizá porque mi boca se aprieta y mis puños se cierran. Quizá porque me ha golpeado una visión repentina de mí estrangulando a Odessa. *Filippa debe morir*. Las palabras reverberan por mi cabeza; palpitan a través de mi sangre con un calor visceral. Las ha dicho como si solo describiese lo obvio, como si resolviese la más simple de las ecuaciones, pero no hay nada ni obvio ni simple en ejecutar a mi hermana. Para mí, no.

—Eso no lo *sabemos* —digo con calma—. Filippa no es como los demás retornados.

—Lo cual no es necesariamente algo bueno. No estoy del todo segura de que el fuego vaya a funcionar con ella. —Odessa camina entre las piezas de ajedrez con una expresión inescrutable, al tiempo que saca un trozo de pergamino doblado de su bata. Me lo tiende con brusquedad y, como no tengo otra opción, lo agarro con los dedos rígidos. Una serie de cruces en tinta negra marcan una docena de lugares en un intrincado mapa de Requiem: el bosque, el teatro, la pajarera. La «X» más grande, sin embargo, está dibujada sobre el castillo. *La gruta*. Odessa da un golpe ahí con una uña afilada—. Si quieres pruebas, Guinevere ha estado informando del cierre de agujeros toda la tarde a medida que mis centinelas despachaban a los retornados.

Las manos de Michal bajan con suavidad por mis brazos. No se aparta de mí; en vez de eso, sus ojos oscuros arden de remordimiento. *Necesitan que alguien se siente con ellos*.

—El desgarrón que vimos en el bosque —confirma—. Estaba cerrado cuando te traje de vuelta al castillo. Mathilde tenía razón: matar al *loup garou* lo arregló.

Una emoción aguda e incapacitante debilita mis rodillas. Martillea contra la barrera mental que he construido, con ese maldito *toc, toc, toc* tan familiar, pero atranco la puerta con dedos temblorosos. No

puedo volver a abrirla. No puedo sucumbir a la tristeza, a la desesperación, y no puedo… no *pienso*… volver a enterrar a mi hermana.

Odessa sacude la cabeza.

—Una vez es una anomalía. Dos veces, una coincidencia. Cualquier cosa más que eso establece un patrón. —Una pausa—. Lo siento, Célie.

Lo siento, Célie. Lo siento muchísimo.

Me libero de las manos de Michal con un gesto brusco de los hombros, hago caso omiso de la mirada amenazadora de Panteleimon y cruzo por medio del tablero de ajedrez, incapaz de mirar a ninguno de ellos; ni siquiera a Dimitri, que ha mantenido un silencio absoluto al lado de su hermana. Aunque me encantaría *sacudirlo*, hablaba en serio con lo que dije antes. La Muerte está intentando dividirnos, y no podemos dejar que lo haga.

Todo el mundo en esta habitación encontró una excusa válida en su momento, lo cual significa que yo también puedo encontrar una.

Respiro hondo antes de apelar a cada uno de ellos con los dientes apretados.

—Odessa, tú has conservado a tu hermano a pesar de su afección.

Después señalo a Michal, muy consciente de cómo sigue con la mirada cada paso que doy, cada giro sobre mis talones, los ojos entornados, como si estuviese muy concentrado. *A nadie le gusta sentarse con el dolor de otra persona, no cuando no se puede hacer nada al respecto*. Michal, sin embargo, no es de los que se quedan sentados; es de los que *hacen* y, hasta ahora, siempre ha tenido todas las cartas en la mano. Casi puedo oír girar los engranajes de su mente brillante mientras planifica; oigo también cómo chirrían de la frustración.

—Tú has conservado a tu hermana —le digo—. Ha muerto *dos* veces, pero aun así todavía puedes verla, hablar con ella, aunque sea un espíritu. —Me giro hacia Dimitri—. Y tú has conservado tu *vida*, la verdad. Cada uno de vosotros ha encontrado una manera de escapar de la Muerte, pero mi hermana no. Hasta ahora. Si existe alguna manera de mantenerla con vida, voy a encontrarla, aunque eso me convierta en una *chica tonta*. —Suelto un resoplido amargo

al repetir el insulto de mi madre, pero no dejo de caminar—. ¿Os he mencionado que mi hermana construyó un palacio de hielo en el reino de los espíritus? Tiene el mismo aspecto que el palacio con el que soñábamos de niñas, y mantiene atrapadas dentro las almas de Frederic y de Evangeline. ¿Y *su* trato con la Muerte? Pidió que le devolviera a su hija. A su bebé. Sabiendo eso, ¿os parece que es un monstruo?

—*Sí*. —Odessa me quita el mapa de mis dedos apretados y lo vuelve a guardar dentro de su bata con una valiente puñalada a la paciencia—. Célie, ha encerrado el *alma* de su amante…

—Porque todavía lo quiere, Odessa —dice Dimitri con un suspiro—. ¿No es obvio?

Me giro hacia él a toda velocidad al oírlo, aunque apenas me permito albergar esperanza. Pese a que encoge los hombros en mi dirección de un modo algo evasivo, las manos aún enterradas en los bolsillos, por lo menos no retrocede ni se retracta cuando su hermana se dirige a él con furia.

—¿Ah, sí? ¿Y lo quería mientras observó a la Muerte arrancarle el corazón? —espeta en tono cortante.

Michal se reúne con nosotros en el centro del tablero de ajedrez y se coloca justo detrás de mí.

—Con la intención de traerlo de vuelta. Ella sabía que lo vería otra vez cuando la Muerte hiciera caer el velo. No era un adiós para siempre, sino solo por ahora.

Esa chispa de esperanza se aviva.

Se enciende.

—Exacto, y *ese* es el quid de la cuestión. —Odessa levanta las manos por los aires y nos mira con cara de pocos amigos. Está claro que no le gusta la dirección que ha tomado nuestra conversación—. Necesita que el velo caiga para reunirse *tanto* con su hija *como* con su amante. Nuestra única manera de evitar eso es retirarla del tablero de juego. La puerta no podrá cerrarse mientras ella viva.

Entonces dejo toda mi cautela y mis reticencias de lado.

—Ayudadme a encontrar otra manera de hacerlo. Por favor.

Aunque Odessa vacila y me mira con una aprensión patente, y quizá con un toque de terquedad, Michal no lo duda. Su voz

reverbera por mi columna y me estremezco ante su peso contundente. Su tono tajante.

—Por supuesto que te ayudaremos. —Se gira un poco, y no se me pasa por alto la mirada amenazadora que lanza en dirección a Dimitri—. Igual que tú nos has ayudado siempre a nosotros.

Dimitri pone los ojos en blanco.

—Para que quede claro, ese patético despliegue de prepotencia no era necesario. Es obvio que estoy de acuerdo; *siempre* iba a estar de acuerdo. Célie es mi amiga. —Aunque se gira para hablarme a mí, no puedo evitar sentir que las palabras van destinadas a otra persona—. Si es que aún me aceptas como tal, quiero decir —añade con voz queda, al tiempo que baja la barbilla.

Michal y Odessa intercambian una mirada tensa.

Por instinto, desenvuelvo la venda de alrededor de mi mano. Tres pares de ojos vuelan hacia la delgada línea escarlata que aparece debajo, pero los ignoro a todos excepto a Dimitri.

—¿Estás *seguro* de que eres capaz de mantener el control? —le pregunto, al tiempo que meneo la mano debajo de su cara—. Inspira. No aguantes la respiración.

Dimitri hace justo eso. Aspira una bocanada de aire lenta y medida. Aunque sus pupilas se dilatan un poco al oler mi sangre, permanece relajado y vuelve a apoyarse en la torre. Una sonrisa triste curva sus labios.

—Por deliciosa que te encuentre, *mon papillon chérie* —dice, y el gruñido grave de Michal lo interrumpe—, puedo controlarme a la perfección. —Ignora a Michal mientras se inclina más cerca con un guiño, aunque sus ojos no centellean con la misma luz que antes—. Y prometo no morderte a menos que me lo pidas. ¿Me lo *estás pidiendo*?

Mis dedos se cierran sobre la palma ensangrentada de mi mano justo cuando Michal aparece a mi lado.

—No —les digo a los dos a toda prisa—. ¿Qué opinas, Michal? ¿Crees que podéis volver a trabajar juntos?

Un músculo se abulta en la mandíbula de Michal mientras mira a su primo, y Dimitri le devuelve la mirada. Al final, Michal asiente escueto y, como un solo ser, nos giramos todos hacia Odessa, que

suelta un gran suspiro antes de sacudir la cabeza en señal de derrota. Luego se acuclilla delante de Panteleimon para acariciar su brillante cabeza.

—Supongo que un reloj roto da la hora correcta dos veces al día. Pero *hay* un reloj, y no sabemos cuánto tiempo queda. En estos mismos momentos, la Muerte podría estar encontrando la respuesta que necesita.

Suena movimiento en el pasillo y, al instante, los cuatro nos ponemos tensos, giramos a toda velocidad hacia la puerta y escuchamos con atención. *Pisadas*. Está claro que son pisadas. Se me cae el alma a los pies cuando me doy cuenta, demasiado tarde, de lo que hemos hecho. Hemos olvidado mantener la voz baja; hemos olvidado que el resto del castillo, el resto del *reino*, cree que Michal está muerto y que yo estoy encarcelada. Si alguien nos encuentra aquí, será la anarquía. Una anarquía verdadera, esta vez. Dudo que ni siquiera Michal, Odessa y Dimitri fuesen capaces de defenderse contra una isla entera de vampiros asesinos. Dimitri maldice con amargura, de acuerdo conmigo, y tira de mí para ocultarme detrás de él, mientras Michal y Odessa se adelantan. Se recolocan un poco, separan mejor los pies y su tronco se pone en tensión.

Se están preparando, pienso, con un pánico tardío, mientras agarro la manga de Dimitri.

Aunque mis ojos vuelan en busca de un lugar donde escondernos, Michal niega con la cabeza como si intuyese mi respuesta de huida.

—Es demasiado tarde. Quienquiera que sea, ya nos habrá oído. Quédate con Dimitri —me ordena—, a menos que nos superen, en cuyo caso —gira la cabeza para mirarme a los ojos, que se abren más al ver la maldad en su expresión—, quiero que corras lo más deprisa y lo más lejos posible. Ve a buscar a Mathilde. Ella te protegerá de personas como Léandre y Violette hasta que…

Sin embargo, la puerta se abre con violencia antes de que pueda terminar, y no son ni Léandre ni Violette los que están en el umbral.

—¿Pasha? —pregunta Odessa, indignada—. ¿Ivan? ¿Qué os dije? La madre de Célie no puede…

Se interrumpe al ver sus movimientos rígidos y pesados. Dimitri

vuelve a maldecir, antes de arrastrarme detrás de un enorme alfil. Con un trino de miedo, Panteleimon desaparece escaleras arriba. Tardo un segundo más en comprender por qué, en reconocer las enormes pupilas y las superficies empañadas de los ojos antes cristalinos de Ivan y de Pasha, en detectar el olor putrefacto que emana de su piel cenicienta. La sangre, oscura ahora, se ha secado sobre los cortes que tienen en el cuello y tiñe de un negro espantoso a los zorros dorados de sus uniformes.

Retornados.

Inspiro por acto reflejo y debo resistirme a no vomitar. En cualquier caso, su olor se mezcla con otro, este familiar, herbal y un poquito amargo. Sin embargo, no soy capaz de ubicarlo, no cuando Michal y Odessa convergen en la puerta y les bloquean el paso a la habitación.

—¿Nos entendéis? —pregunta Michal muy serio—. ¿Podéis hablar?

Ivan levanta las manos con una respiración entrecortada. Cuando habla, su voz resuena mucho más grave que cuando estaba vivo, hosca, gutural y aterradora.

—Un… regalo.

Estiro el cuello y me asomo alrededor de Dimitri y del alfil para ver lo que lleva, pero Dimitri me obliga a meterme detrás de él otra vez con un discreto gesto negativo de la cabeza. Al final no importa demasiado, puesto que al segundo siguiente Ivan levanta la mano más alto para revelar el maltrecho grimorio de La Voisin entre sus dedos. Alguien ha vuelto a juntar las páginas de cualquier manera.

Ivan mira directo al otro lado del tablero de ajedrez. A mí.

—*Mierda* —gruñe Dimitri, pero yo ya me he colado por debajo de su brazo y he echado a correr hacia Michal, hacia Odessa, hacia Pasha e Ivan y su regalo de la Muerte. Porque solo la Muerte podría haberles hecho esto. Solo la Muerte podría haber intentado recomponer el grimorio de nuevo.

—¿Qué queréis? —Me detengo en seco entre Odessa y Michal, con Dimitri pegado a mis talones, una mano cerrada sobre la espalda de mi camisón. Aunque Michal parece dispuesto a sacarnos las tripas a ambos, no logro que me importe; Ivan y Pasha no han venido a atacarnos, porque de lo contrario lo hubiesen hecho ya. No, esto

apesta a otra cosa; algo muchísimo más siniestro. Señalo con la barbilla hacia el malvado librito negro—. ¿Por qué me estáis dando esto?

—Gesto… de… amistad. —La sangre se ha solidificado en el largo pelo negro de Pasha, pero él no parece darse cuenta de ello; tampoco parece reconocernos. De su bolsillo, saca una caja de cerillas. Mi mal presagio va en aumento y unos dedos fríos de miedo bajan por mi columna, dejándome la carne de gallina a su paso.

—No lo aceptes, Célie. —Los dedos de Dimitri se aprietan, retuercen la tela a mi espalda—. Ese libro… No puede salir nada bueno de él.

—No creo que tengamos elección.

Despacio, alargo la mano hacia el grimorio, mientras Michal y Odessa se preparan para lo peor y Dimitri se acerca tanto que apenas puedo moverme a causa de la pared de vampiros que me rodea. Pero yo también soy una vampira ahora y, con un paso decidido hacia delante, arranco el grimorio de los dedos rígidos de Ivan. Extiendo la otra mano hacia Pasha.

—La caja de cerillas también, por favor —le digo—. Cre… creo que vuestro amo querría que la tuviera.

Tanto Pasha como Ivan niegan con la cabeza al unísono, y otra oleada de ese olor peculiar me envuelve con el movimiento. Me quema la nariz y la garganta y despierta recuerdos de ataúdes en la bodega de un barco, de la silueta de Michal en la gruta mientras me contaba cómo había sido su transición. Y en la décima de segundo antes de que Pasha saque una cerilla y la deslice por el pedernal, por fin lo ubico.

Absenta.

Sin decir una palabra más, Pasha le prende fuego a Ivan y luego a sí mismo, y no puedo hacer nada más que observar horrorizada cómo estallan en llamas. El fuego lame su ropa, su piel, antes de que se desplomen en columnas gemelas de fuego. Michal me agarra de los codos cuando salto hacia atrás y me hace girar para no mirarlos, mientras Odessa agarra a toda velocidad sus esquejes y plantones. A pesar de que echa el agua de sus frascos medio llenos por encima de los cuerpos, no es suficiente. El fuego se limita a

arder aún más fuerte, *más alto*, hasta que Dimitri, con un grito, echa una manta por encima de los dos guardias y se tira encima para ahogar las llamas. Después de unos instantes, él también se aparta de un salto y busca desesperado cualquier forma de salvarlos, antes de registrar la triste realidad, que serpentea entre el humo y los gritos.

Ivan y Pasha son retornados ahora. Si apagamos este fuego, deberemos encender otro; no podemos permitir que vivan.

No temas que nos separemos, cielo. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto.

El mensaje de la Muerte ha sido recibido.

—Joder —masculla Michal.

PARTE 4

Le loup retourne toujours au bois.
Uno regresa siempre a sus orígenes.

CAPÍTULO 35

El diablo y el sol

Una hora después, Michal y yo nos miramos por encima de su colcha esmeralda.

—No tenemos por qué hacer esto si te sientes incómoda —me dice—. Mi sangre curará tu mano, sí, pero no hay ninguna razón para que tú hagas lo mismo. Puedo fortalecerme de otras maneras.

Su voz grave reverbera por mi columna y me deja la carne de gallina a su paso, aunque, después de la amenaza apenas velada de la Muerte, no debería temblar por el sonido de la voz de Michal. Tras examinar el grimorio con detenimiento y no encontrar nada útil, ni un solo hechizo para ayudar a Filippa, tampoco debería ser tan consciente del cuerpo de Michal. Tenemos otras cosas, cosas cruciales, cosas *apocalípticas*, en las que concentrarnos ahora. De hecho, en estos mismos momentos, Odessa y Dimitri están ayudando a mi madre a recoger sus cosas. Sin Pasha e Ivan como protección, ya no puede quedarse en mi habitación. Cuando Michal ofreció su gruta como alternativa, mi madre la aceptó con una sospechosa falta de protesta, los ojos entornados y fijos en la exigua distancia entre nosotros.

Incluso ahora, a pesar de cómo me palpita la palma de la mano, no parezco capaz de pensar más allá de las largas líneas de sus muslos, de cómo tiene las piernas estiradas a mi lado; no logro *ver* nada más allá de la abrumadora anchura de sus hombros apoyados contra el cabecero de la cama. ¿Alguna vez había apreciado de verdad sus hombros hasta este momento? Seguro que lo he hecho, pero igual noto la boca bastante seca al mirarlos. Al mirarlo *a él*.

Mi madre no le ha dicho nunca ni una palabra amable a Michal, y a pesar de todo él le ha abierto sus aposentos sin dudarlo. Antes de

eso ya se había llevado a los gatitos de su presencia y había adoptado a los siete, tanto por ella como por mí. Y aún puedo oír el tono tajante con el que defendió a mi hermana ante Odessa; aún *siento* su presencia firme a mi espalda.

Como siempre.

—¿Célie? —insiste en voz baja.

Deberíamos haber elegido otro sitio para hacer esto. Como una bañera de agua fría.

Me sacudo para mis adentros y me arrastro de vuelta al presente.

—Ya has visto a Pasha y a Ivan. La Muerte no va a parar y, hasta que decidamos exactamente cómo lo vamos a engatusar para venir aquí, sería… beneficioso que tú también te alimentaras. Para conservar tus fuerzas —preciso—, y también para que veas el velo. Podría ser útil. No tenemos ni idea de lo que podría hacer la Muerte a continuación.

—Esto también es arriesgado, Célie. —Aunque Michal habla de ese modo frío y desapasionado suyo, percibo la tensión que irradia bajo su fachada. Todo su cuerpo está más tenso que un arco y, por instinto, sé que una sola caricia de uno de mis dedos desencadenaría… *algo* entre nosotros—. Hasta ahora has tenido suerte, pero si vuelvo a beber de ti, podría formarse el Vínculo Eterno. ¿Estás dispuesta a arriesgarte a tener que pasar toda la eternidad con alguien como yo?

La irritación hormiguea en mi pecho al oír eso. *Alguien como yo*. Lo dice como si ese destino pudiese ser reprensible, el peor resultado posible en una situación llena de los peores resultados posibles. Pero Michal no ha sido nunca lo peor que podría pasarme; según a qué luz, incluso a la luz tenue y parpadeante de esta gruta, podría hasta parecer lo mejor. Al compartir su sangre conmigo, no solo está curando el corte de mi mano, sino que también me está ofreciendo su fuerza física, su velocidad, su protección en la lucha por venir. Y yo…

También quiero protegerlo.

Mi irritación se contrae al darme cuenta de esto, aprieta hasta que casi no puedo respirar. Quiero proteger a Michal. En serio. Además, necesitaremos contar con todas las ventajas que podamos contra la

Muerte, contra Filippa, y eso incluye mi vista. Sin embargo, aún vacilo, los ojos clavados en el grimorio sobre mi regazo. Intento pensar en el *deseo* profundo y sin fin que se apodera de mi pecho siempre que estoy cerca de Michal. Aunque tener un vínculo irrompible con él ya no parece lo peor que me podría pasar (quizá nunca me lo ha parecido), ¿buscaría tenerlo si no estuviese bajo la amenaza de la Muerte? ¿Todavía lo querría? ¿Lo *elegiría*?

¿*Alguna vez en la vida* he hecho una elección por mí misma?

Cuadro los hombros, me pongo de rodillas y lo miro a los ojos.

—Las emociones son la clave, ¿verdad?

Michal asiente con recelo.

—Exacto.

—Así que, en teoría, si no sentimos nada el uno por el otro, ¿el Vínculo Eterno no puede formarse?

—En teoría.

Me siento un poco más erguida, tiro el grimorio a un lado y cruzo las manos.

—Excelente. Parece bastante fácil.

Parpadea como si acabase de hablar en glosolalia. Sus ojos se endurecen. Después, justo cuando abro la boca para preguntarle exactamente *por qué* se está desplegando esa sonrisilla por su cara, él también se incorpora y se inclina hacia delante para apoyar los codos en sus rodillas. Acerca la cara a apenas unos milímetros de la mía. Me quedo muy quieta, mientras trato de no fijarme en los halos de marrón fundido alrededor de sus pupilas. Ni en el cerco de espesas pestañas oscuras.

¿Su pelo siempre fue plateado? Ese pensamiento me golpea de nuevo sin permiso mientras nos miramos. *¿O fue oscuro alguna vez? ¿Siempre ha vestido de negro?*

Ladea la cabeza como si oyese mis pensamientos, al tiempo que levanta una mano para tocar mi pelo con una caricia suave.

—¿Crees que es fácil no sentir? —Me fuerzo a asentir. A *intentarlo*. Porque la única manera de fortalecernos sin formar este… este vínculo *permanente* es ser dolorosamente sinceros. Y la dolorosa verdad es que, sin importar lo mucho que *desee* a Michal, no puedo elegirlo de verdad mientras estoy arrinconada y sin salida.

Se merece más que eso.

En cualquier caso, mi determinación vacila un poco cuando sus dedos se enredan en mi pelo y su pulgar se desliza despacio por mi mejilla.

—A lo mejor tienes razón, mascota. A lo mejor es fácil. —Una pausa significativa—. Demuéstramelo.

El estómago se me aprieta de un modo casi doloroso al oír el apodo. *Mascota*. Rezuma familiaridad, intimidad y también algo más oscuro. Algo pecaminoso y posesivo.

—¿De… demostrarte qué?

—Que no sientes nada por mí. —Su sonrisa se ensancha al ver mi expresión perpleja—. Debería ser fácil, ¿no?

Levanto la mano para agarrar la suya y apartarla con cara de pocos amigos, pero en lugar de eso entrelazo los dedos con los suyos y tiro de él para ponerlo de rodillas. Luego, pego todo mi cuerpo al suyo.

—Sí —consigo murmurar con la garganta muy cerrada, muy seca —. Esto es… es solo para fortalecernos el uno al otro. Solo para… para compartir habilidades.

Michal agarra también mi otra mano, las lleva las dos detrás de mi espalda y se inclina hacia mí para depositar un beso suave en mi cuello.

—¿No sientes absolutamente nada?

—Absolutamente —comienzo, y me resisto al impulso de echar la cabeza atrás, de cerrar los ojos y exponer mi cuello a sus labios— nada.

Nada de nada, excepto que… mi cuerpo entero se estremece cuando baja y baja y baja una de mis mangas con suavidad, hasta revelar mi hombro, y *Dios*, quiero que me muerda ahí; quiero *sentir* el pinchazo agudo de sus dientes, la saliva de su lengua, el peso de sus brazos a mi alrededor. *Nada*, me digo con ferocidad. *Nada, nada, nada*.

Se ríe contra la curva de mi cuello antes de echarse hacia atrás una vez más. Suelta mis manos y se quita la camisa, holgada y de un blanco prístino, por encima de la cabeza, para revelar cada centímetro de su perfecta piel diamantina. Su abdomen plano, su

ancho pecho, sus *hombros*.

—¿Y ahora? —Al ver mi expresión consternada, se borra la sonrisa de la cara con una mano—. La última vez, la liaste bien. Incluso un inmortal tiene un número de camisas limitado.

—*¿Yo?* —Mis dedos reaccionan por instinto y empiezan a desabrochar con torpeza los botones negros que bajan por mi pecho. *Perlas*. Una opción ridícula—. Tú eres el que cortó una tira de mi camisón para atarme a un *árbol*.

—Y no me arrepiento en absoluto. —Asiente en dirección al camisón con un brillo malicioso en sus ojos negros. *Ojos marrones*, me corrijo sin pensar. *Unos ojos marrones oscuros y seductores*—. ¿Necesitas ayuda con eso?

—No. —Con una fuerza de voluntad extrema, me obligo a apartar la vista de él, a mover los dedos más despacio y desabrochar los botones uno a uno, a hacer caso omiso de cómo Michal está pendiente de todos mis movimientos con una concentración depredadora. Y esa intensidad en su mirada, el *hambre*, parece avivar todas las sensaciones. Jamás en mi vida había sido tan consciente de mi cuerpo, del suave deslizar de las perlas, del empuje decidido de mis dedos, de la deliciosa fricción contra mi piel. Con un escote generoso y unas mangas holgadas, además de una seda de un verde tan oscuro que parece negro, este vestido es espectacular por sí solo. Sobre *mí*, en cambio, con mi hombro aún a la vista, parece… provocativo. Poderoso, incluso.

No. Mis dedos se detienen y levanto la vista hacia Michal. *Yo* me siento poderosa.

Y cuando nuestros ojos conectan, un sonido grave de aprobación retumba desde su pecho. Alarga las manos hacia mí, pero sacudo la cabeza mientras desabrocho el último botón despacio, *despacio*. El vestido se abre por el centro de mi cuerpo. Con la mandíbula apretada, los ojos ardientes de la contención, Michal se echa hacia atrás contra el cabecero de la cama para observar cómo dejo caer el vestido de mis hombros. La seda se desliza por mis caderas hasta mis rodillas y se arremolina sobre la colcha. Deja mi ropa interior de seda ante sus ojos. No llevo corsé. El escote no lo permitía, pero no logro arrepentirme de las escuetas prendas que llevo. No cuando

Michal ha entrecerrado los ojos y me mira como si fuese un banquete para devorar.

Remeto un dedo por debajo del tirante de mi sostén y lo sigo hasta la curva de mi pecho, después hasta el enganche en la parte delantera.

Sin decir ni una palabra, lo abro, lo tiro a un lado y trepo al regazo de Michal.

Sus ojos se oscurecen y, durante varios segundos, se limita a mirarme, todo el cuerpo duro y quieto debajo de mí. Cuando me inclino hacia delante para besar su mejilla y luego deslizo los labios por su mandíbula hasta su cuello, él traga saliva y *siento* el movimiento en mi lengua. Quiero saborearlo. Quiero saborearlo *a él*. Se me escapa un suspiro suave cuando paso los brazos alrededor de su cuello, y Michal parece derretirse al oír el sonido. Sus dedos suben por mis costillas como para asegurarse de que soy real, de que estoy aquí, antes de apretarse cuando le doy un mordisquito impaciente en la oreja. Porque *soy* real, *estoy* aquí y…

Me echo hacia atrás justo lo suficiente para mirarlo a los ojos, poco deseosa de aflojar los brazos. Me deleito en la sensación de su pecho desnudo contra el mío. En el roce frío de nuestra piel cuando él se mueve un poco y empuja con las caderas hacia arriba. Un fogonazo de calor se aviva en el mismísimo centro de mi ser ante su movimiento y… y creo que quiero sentirlo también en otros sitios. La idea me deja agitada, sin aliento.

—Eres el hombre más guapo que he visto en la vida —le digo, al tiempo que entierro la cara en su cuello y me aprieto contra él, me contoneo, me restriego, buscando esa fricción deliciosa por su pierna.

Sus manos agarran mis caderas cuando la encuentro, y me arrastra por su longitud con una fuerza brutal. Jadeando, me aprieto aún más, las manos enredadas en su cuello a medida que la presión aumenta.

—Creía —dice con los dientes apretados— que estábamos fingiendo que no nos gustábamos.

Ahora sí que echo la cabeza atrás. Cierro los ojos para no ver su cuerpo mientras se flexiona debajo de mí, mientras se enrosca. La

tensión ha endurecido su abdomen hasta hacerlo de acero y sus bíceps se contraen, sus hombros se aprietan.

—En ese caso —murmuro; apenas puedo respirar con todo lo que me hace sentir—, también eres el hombre más insufrible.

Michal suelta su propia respiración deshilachada.

—El menos enamorado.

—Yo no pienso nunca en ti, *jamás*.

—Yo nunca te imagino así —masculla—. Encima de mí, debajo de mí, *alrededor* de mí, con tus talones clavados en mi espalda. —Suelto otra exclamación ahogada ante esa imagen mental. Él suelta mi cadera para agarrar mi barbilla—. Mírame —me pide, y respondo sin dudar. Abro los ojos para encontrar los suyos ardientes de calor —. Nunca sueño con abrazarte, y nunca me quedo despierto hasta el amanecer mientras me torturo por la forma en que dices mi nombre, como si me veneraras, como si fuese un ángel caído y no el diablo en persona.

Olvido nuestro juego al instante y me echo hacia atrás para fulminarlo con la mirada.

—No eres el diablo.

—Y tú no eres el sol.

Dice las palabras con furia, como si yo se las hubiese arrancado del mismísimo pecho y, en una oleada de calidez, de añoranza, me percato de lo mucho que le ha costado hacer esa confesión. Y me doy cuenta de lo que significa para él, sí, pero también para mí. *No eres el sol*. Quizá lo fui en algún momento, y quizá él no era una noche interminable; quizá los dos nos hemos convertido en criaturas más oscuras de lo que éramos antes, o quizá siempre hemos sido de este modo. El sol y la noche. La oscuridad y la luz. Dos almas que se han buscado a lo largo del tiempo y por fin se han entrelazado.

Le sostengo la mirada con decisión mientras aparto mi pelo para mostrarle el cuello a modo de invitación.

Sus ojos hacen la pregunta que su voz no consigue hacer. «¿Estás segura?».

Cuando asiento, pasa a la acción sin dudarlo. Hinca los dientes en mi cuello y hace rodar nuestros cuerpos para inmovilizar el mío debajo del suyo como hizo antes. *Como él no había imaginado*

nunca. Yo, sin embargo, sí que me lo he imaginado. En mis fantasías más oscuras, me permitía estar con él de este modo. Me permitía arquear la espalda, gemir su nombre, tirar de las cintas de sus pantalones hasta soltarlos. Cuando lo toco, se estremece, agarra mi barbilla y aprieta el pulgar contra mi labio inferior en una invitación silenciosa. Con ella, recuerdo otro tiempo, otra *vida*, y perforo la punta como quise hacer en Les Abysses. Me meto su pulgar en la boca y succiono. Me *alimento*. La gruta desaparece con cada succión de mi boca y un blanco cegador estalla detrás de mis párpados. Un zarcillo de *algo* se agrieta en mi pecho mientras nos abrazamos. Tentativo, al principio; después, más fuerte.

No obstante, justo cuando aumenta con un calor peculiar, cuando me roba los pensamientos y mi mismísima respiración, asfixiante en su intensidad, unas pisadas resuenan por las escaleras a nuestra espalda. Unas pisadas *sonoras*. Irrumpen en mi ser con una explosión de conciencia y el calor desaparece de un plumazo, deja de existir entre una pisada y la siguiente. Me quedo jadeante, con una extraña sensación de pérdida cuando Michal y yo nos separamos para girarnos a toda velocidad hacia la entrada de la gruta.

—Si estáis haciendo lo que, por el olor, parece que estáis haciendo —dice Dimitri en voz alta, antes de entrar en la habitación—, sugiero que terminéis deprisa. *Madame* Tremblay está de camino con mi hermana en estos mismos momentos, y dudo que quiera ver a su hija bailando el vals del diablo con nadie. —Asoma la cabeza por la esquina mientras yo me apresuro a taparme, con un ataque de pánico. Se me cae el alma a los pies, pero Michal consigue deslizar el vestido hacia arriba por mi cuerpo en un borrón de seda verde. Dimitri nos guiña el ojo a ambos con una amplia sonrisa—. A menos, claro está, que ese alguien sea yo.

CAPÍTULO 36

Hijas adoradas

Roja como un tomate, me apresuro a abrochar mis botones mientras Michal vuelve a atar las cintas de sus pantalones y echa un vistazo al suelo en busca de su camisa. Él no se sonroja ni agacha la cabeza avergonzado como yo, no siente la frenética necesidad de rellenar el silencio con cháchara mientras Dimitri se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El v… vals del diablo? —pregunto con cierta aprensión.

—Sexo, Célie —dice Dimitri de nuevo—. Me refiero al sexo.

En un movimiento fluido, se agacha para agarrar del suelo la camisa de Michal y una de mis prendas interiores (la que me sujeta los pechos… Dios, mis *pechos*) y nos tira a cada uno la nuestra. No puedo creer que esté pasando esto. *No puede* estar pasando esto. Sea como sea, me pongo todavía más roja cuando atrapo el trozo de tela y lo pego a mis pechos desnudos para usarlo como un escudo contra la habitación en su conjunto. Porque no soy una chica que pueda ir por ahí sin soporte, no sin que se dé cuenta todo el mundo, en especial *mi madre*.

Ay, Dios. Su voz resuena por las escaleras ya, aguda y seca, seguida de una respuesta irritada de Odessa. Muerta de miedo, mis ojos saltan de Dimitri a Michal, que se mete la camisa por dentro antes de venir a ponerse a mi lado con una expresión resignada, como si se preparase para el fiasco que está por venir. Pero no necesito que se ponga *a mi lado*; necesito que se ponga *delante* de mí, así que ignoro cómo pone los ojos en blanco cuando me escondo detrás de sus anchos hombros.

—¿Debería esconderme yo también? —pregunta con tono seco—. A lo mejor los gatitos pueden hacerme un hueco debajo de la cama.

—No me estoy *escondiendo*. Estoy dando muestras de sensatez.

—Ah, sí —comenta Dimitri, de lo más entretenido—. Todo esto parece de lo más prudente. Tu madre jamás sospechará nada, con la cama deshecha y el estado medio inexistente de vuestra ropa.

—Cállate, Dima —espeto.

En un intento apresurado por desabrochar mi vestido de nuevo, mis dedos se enredan con las perlas, gruesos y torpes de repente. Aunque Michal se gira hacia mí para ayudar, mi madre ya está casi sobre nosotros. En cualquier instante va a irrumpir en la gruta y…

Michal sacude la cabeza deprisa en señal de derrota, tira del vestido hacia arriba y luego se gira a toda velocidad hacia las escaleras, justo cuando Satine Tremblay aparece con una exclamación imperiosa.

—¡Célie! ¿Qué demonios estás haciendo? —Viene hacia mí, sus cejas oscuras cada vez más fruncidas a medida que sus ojos avispados recorren la escena—. Sal de ahí ahora mismo.

Abrocho la última perla detrás de Michal, me encojo un poco y me preparo para enfrentarme a mi destino. Sujeto con fuerza esa maldita prenda interior detrás de mi espalda y rezo con fervor por que el verde oscuro de mi vestido oculte… Bueno, *todo*. Los nervios me dan agudos pinchazos bajo la piel sonrojada y extrasensible y, de repente, tengo que reprimir un impulso abrumador de echarme a reír. En menuda situación me he metido, el *summum* de la ridiculez. No es como si no hubiese sabido que mi madre iba a reunirse con nosotros pronto. ¿En qué estaba *pensando*?

Con pocas opciones más, asomo la cabeza desde detrás de Michal para saludarla con un valiente intento de mostrar despreocupación.

—¡M… madre! ¡Hola! ¿Has… has podido recoger sin interrupción? ¿Os ha visto alguien en los túneles?

Preguntas sin sentido con respuestas obvias. Si alguien la *hubiese* visto, la habría seguido hasta aquí y ahora estaríamos luchando por nuestras vidas en lugar de encontrarnos en este silencio incomodísimo. Y quizá un enfrentamiento hubiese sido preferible, puesto que los ojos de mi madre se han entornado para mirar de Michal a mí. Se fija en mi postura rígida y en la posición casualmente defensiva de Michal, y las aletas de su nariz se están abriendo según va comprendiendo la situación.

Sus ojos avispados se posan entonces en mi cuello.

Maldita sea. Demasiado tarde, planto una mano sobre la sangre que se ve ahí, las marcas de *dientes*, y gimo para mis adentros. Odessa no tiene tantos escrúpulos. Se hace eco del sentimiento con un suspiro sonoro e impaciente, mientras desciende las escaleras detrás de mi madre, cargada con un enorme baúl entre los brazos, que inclina para que quepa por el estrecho pasadizo. Eso sí, no parece sorprenderse lo más mínimo cuando mi madre cruza la distancia que nos separa con la amenaza de una tormenta inminente.

—Ah —dice en tono sombrío, los ojos centelleantes—. *Ah*.

—Esto no es… —empiezo con impotencia.

—Célie Fleur Tremblay, esto es *justo* lo que parece. —Señala con un dedo severo hacia mi nariz, temblando de indignación moralista mientras ignora a Michal por completo—. No insultes mi inteligencia fingiendo otra cosa. Sabes que *he* concebido a dos hijas, ¿verdad? Dentro del matrimonio —añade con firmeza al ver mi mueca—, y los sórdidos requisitos para ello todavía no se me han borrado de la memoria.

Por favor, les ruego a los cielos, o quizá a los infiernos, *que se abra el suelo ahora mismo y me engulla entera*.

No sucede tal cosa, por supuesto, lo cual permite a mi madre entrar en bucle. De hecho, empieza a caminar en bucle de un modo bastante literal delante de nosotros, pálida y agitada y aferrada al cuello de su viejo vestido burdeos.

—Dime, ¿*estás* preparada para traer a un niño a este mundo? ¿Estás preparada para dar a luz, para amamantarlo y cuidarlo y criarlo, para entregárselo al Señor? ¡Porque esos son los premios de este tipo de juegos disipados, hija! —Me encojo otra vez—. No importa lo *atractivo* que pueda ser el libertino. —Por fin le lanza una mirada disgustada a Michal, que mira con cara de pocos amigos a Dimitri, quien a su vez tose para disimular su carcajada—. Al final, la responsabilidad de semejante indiscreción recae sobre la mujer, no sobre el hombre. Sin un anillo, lo arriesgas todo, *todo*, por no mencionar tu *alma* inmortal.

—Los vampiros no pueden concebir ni contagiar enfermedades —le

informa Odessa en tono neutro desde detrás de nosotros—. Y los filósofos vampíricos hace mucho que debaten si los inmortales poseen siquiera almas que perder. —Luego se gira hacia su hermano —. Por cierto, *gracias* por ayudar con el equipaje —añade con una dulzura agorera, aún cargada con el enorme baúl—. Siempre tan caballeroso.

—Oh, venga ya, Des. —Dimitri agita una mano vaga hacia Michal y hacia mí—. Alguien tenía que avisar a estos dos.

Pero mi madre no ha terminado y apunta ahora con el dedo a Dimitri.

—Y *tú*… —Dimitri tiene el suficiente sentido común para mostrarse contrito, y adopta enseguida una expresión adecuada para el lecho de enfermo de un buen amigo—. Estoy muy decepcionada también contigo, joven. Aunque espero lo peor de *él* —asegura, sin dignarse a mirar a Michal de nuevo—, esperaba más de alguien de tu impecable fibra moral. Espero de todo corazón que no *apruebes* esta… ¡esta fornicación prematrimonial!

Angustiada por la idea, sufre un intenso y espantoso ataque de tos, y yo reacciono sin pensar. Paso alrededor de Michal para poner una mano sobre su espalda. Incluso a través de la lana almidonada de su vestido, su escápula sobresale para clavarse en la palma de mi mano. Del mismo modo, la parte superior de su columna, justo visible debajo de su moño, parece tensar su piel de porcelana.

—¿Has perdido peso? —pregunto, con el ceño fruncido, mi humillación olvidada por un momento.

Parece un poco desmejorada, ¿no crees?

—¿De qué estás hablando? —Irritada, aparta mi mano a un lado con una última bocanada de aire e imita la postura impecable de una varilla de hierro, tan recta y firme como las de su corsé—. Por supuesto que no. Y seguro que no tengo que recordarte la vulgaridad de hacer preguntas semejantes, Célie. Uno no comenta *nunca* sobre el cuerpo de otra persona. —Parece escandalizada solo de pensarlo, y la respuesta es tan propia de mi madre que aparto la voz de la Muerte a un lado, la destierro al rincón más remoto de mi mente. *Está bien*, me digo con vehemencia. *Por supuesto que lo está.*

—Mis disculpas más sinceras por haber permitido semejante falta de decoro, *madame* Tremblay. —Con una reverencia, Dimitri deposita un casto beso sobre la mano de mi madre—. A partir de este momento, me esforzaré por ser el más diligente de los chaperones. Estos dos no volverán a reunirse nunca fuera de mi presencia, y si lo hacen…

Mi madre, sin embargo, ha perdido interés en sus manos; ahora mira con atención las mías, los ojos clavados en el retal de tela aferrado entre mis dedos.

—Célie —musita con suspicacia—, ¿qué es eso que llevas en las…?

—Me alegro de oírlo, hermano. —Odessa deja caer el baúl a sus pies, al tiempo que señala con la barbilla hacia la cortina negra que conduce a la sala de baño. Más allá de ella, una segunda habitación aguarda a mi madre. Era el dormitorio de Mila, provisto de muebles simples a la par que suntuosos, apropiados para una reina—. ¿Puedes esforzarte también por desempacar sus *muchas* posesiones en penitencia? Después de todo, sí que permitiste esta falta de decoro.

Podría *besar* a Odessa.

Cuando mi madre se agacha, indignada, para comprobar que su baúl no ha sufrido daños, me apresuro a guardar la prenda de ropa interior en el bolsillo de Michal, y lo miro furiosa cuando sus labios se aprietan con una risa reprimida, mientras lo reto a decir una sola palabra. Dimitri contiene otra carcajada y lo fulmino con la mirada también a él. Porque todo esto *no tiene gracia*, ninguna gracia, y si una persona pudiese *morir* de la humillación, esa sería yo. Aquí. Ahora. Entonces, ¿por qué me estoy mordiendo los carrillos por dentro para evitar reírme con ellos? *Reírme como una colegiala*.

A mi madre le daría un ataque.

Antes de que pueda sucumbir, Michal da un paso adelante con soltura y extiende una mano hacia la cortina.

—Encontrará su habitación al final de este pasillo, *madame* Tremblay. —Una sonrisa maliciosa—. *Dimitri* la acompañará, además de encargarse de guardar sus pertenencias y asistirla en sus comidas. Pronto será la hora de la cena.

—He encargado que preparasen pan, queso y vino —aporta

Odessa—. No es gran cosa, y me disculpo por ello. El castillo debe creer que es mi prisionera, no mi invitada.

Mi madre sorbe por la nariz con una desaprobación apenas velada.

—Lo entiendo bien.

—Después de usted, *madame*. —Sin perder su amplia sonrisa, Dimitri se echa el baúl al hombro y la conduce hacia la cortina.

Cuando los dos desaparecen en la sala de baño, Michal saca mi prenda interior con una sonrisilla de suficiencia y la menea delante de mi nariz.

—Supongo que vas a necesitar esto, ¿no? —Se la arranco de las manos, las mejillas rojas y el estómago hecho un nudo. Luego me giro para ponérmela lo más deprisa posible, muy consciente de los ojos de Michal sobre mi espalda. Odessa pone los ojos en blanco, la cara levantada hacia el techo.

—¿Habéis terminado vosotros dos? —pregunta, pero Michal sacude la cabeza cuando yo me apresuro a asentir, molesta al instante. A él no parece importarle la exasperación de su prima; en vez de eso, da un paso hacia mí para abrochar una de las perlas que se me había pasado por alto. Sus dedos se demoran en la tela, y un escalofrío nuevo baja por mi columna ante el leve contacto de su piel con la mía. Por instinto, levanto la cara hacia la suya, los ojos clavados en sus labios.

—Ni de lejos —me promete.

Se me corta la respiración.

—Oh, *basta ya*. —Odessa aparta la mano de Michal de un manotazo antes de chasquear los dedos delante de nosotros—. Tenemos que concentrarnos en decidir nuestro siguiente movimiento. Las cosas ya son bastante difíciles de por sí, sin distracciones adicionales. —Le lanza a Michal una mirada mordaz entonces, pero él le dedica solo un vistazo fugaz—. Como las *tuyas*, primo, así que bórrate esa sonrisa ridícula de la cara antes de que se vuelva permanente. —Aunque habla con brusquedad, sus ojos parecen ablandarse ante lo que sea que ve en los de Michal; parecen intercambiar un mensaje mudo. Significativo. No obstante, Odessa recupera la compostura al segundo siguiente, sacude la cabeza y se planta las manos en las caderas—. Guinevere no ha

regresado esta noche, lo cual puede beneficiarnos, pues nos da más tiempo para hacer planes. Debemos ser muy cuidadosos, muy *listos*, cuando pensemos esto. No podemos limitarnos a atraer a la Muerte hasta aquí sin unos canales adecuados ya operativos para manejarlo cuando llegue. —Agita una mano en dirección al remolino—. Es probable que esta sea nuestra única oportunidad de empujarlo al otro lado.

Como un solo ser, nos giramos para observar las lentas aguas giratorias; solo que… su giro ya no es tan lento. Incluso la corriente de la superficie parece lo bastante violenta para tragarse a un hombre entero.

—No sé si seremos *capaces* de empujarlo. —La duda se cuela en mi voz—. No si trae a sus retornados con él, no digamos ya si trae a mi hermana. Necesitaremos algún tipo de… no sé… de *distracción* para conseguir que se acerque al borde del agua.

—Esa —dice Michal— tendrá que ser una distracción de mil demonios.

Odessa asiente.

—Lo mismo que el cebo. Dudo que la Muerte tenga demasiadas ganas de volver a su reino si la puerta se está cerrando a su espalda. —Se aclara la garganta—. Hablando de eso, he estado pensando un poco en cómo podríamos…

Sin embargo, antes de que pueda terminar ese pensamiento, una forma plateada cruza el suelo y suelto una exclamación al ver a Guinevere. Mis ojos palpitan con una luz fría, y los de Michal hacen otro tanto. De inmediato, sé que algo va mal. Las mejillas de Guinevere se han teñido de un tono opaco y, cuando sus ojos se cruzan con los míos, lucen saltones del pánico.

No.

Del miedo.

—¡*Ahí* estás! —Con un gritito de alivio, retuerce mi mano delante de nosotras antes de intentar arrastrarme hacia las escaleras con todas sus fuerzas—. Célie, debes darte prisa, *mucha prisa*.

—¿Guinevere? ¿Qué pasa? —Me apresuro a seguirla, pero antes me estiro hacia atrás para agarrar la mano de una perpleja Odessa. No obstante, los nervios de Guinevere la han llevado más allá del

punto de coherencia. No sé lo que ha pasado, pero, sea lo que sea, parece incapaz de articularlo con palabras; se limita a tirar de mi mano con una desesperación creciente, farfullando incoherencias entre sollozos, hasta que Michal le corta el paso a mitad de la gruta.

—Frena un poco, Guinevere, y cuéntanos lo que ha pasado.

—¡Es… es… *Mathilde*! —El nombre brota de sus labios con un sollozo lastimero, y yo casi me tropiezo cuando un fogonazo de sorpresa se convierte directamente en un mal presagio. De alguna manera, sé a la perfección lo que va a decir Guinevere antes de que lo diga, aunque nunca hubiese imaginado que la Muerte la encontraría tan pronto—. Su cabaña… Oh, Michal. Su cabaña se… se está *muriendo*, y los retornados y la M… Mu… Muerte… —Se retuerce las manos otra vez y vuelve a arrastrarnos hacia delante a Odessa y a mí—. Ella le dijo que no, y él… él… ¡Oh, debéis venir! Venid *ahora*.

—¿Cuántos retornados, Guinevere? —pregunta Odessa a toda prisa.

No sé si los fantasmas pueden desmayarse, pero Guinevere parece a punto de hacer justo eso.

—D… docenas y docenas, ¡quizá más! —*¿Más?* Mis ojos se clavan incrédulos en su pálido rostro, en los finos hilillos de agua que ruedan por sus mejillas. ¿Esas son… *lágrimas*? Michal también las mira, la mandíbula apretada, antes de alargar la mano para tocar una.

Retira el dedo mojado.

Pero… no. *No*. ¿Qué está *pasando*? Los fantasmas no pueden llorar, no tienen un cuerpo con el que producir fluidos, pero no hay quien niegue la humedad en la yema del dedo de Michal. Detrás de nosotros, el océano se agita como si se riera, y tres retornados más emergen en el centro del remolino. En cualquier caso, la corriente es demasiado fuerte para que puedan escapar y los arrastra de vuelta al fondo con una fuerza brutal.

—Tardaríamos demasiado en llegar al otro lado de la isla. —Con una respiración profunda para calmarme, retiro la mano de la de Guinevere, que se agarra el cuello y sigue llorando—. Tanto Filippa como la Muerte pueden… plisar el velo, de alguna manera, para

recorrer grandes distancias. —Retuerzo la cara mientras me concentro. Intento evocar el movimiento exacto que hizo la Muerte, pero el recuerdo del rostro marchito de Mathilde no hace más que importunarme, su risa ronca mientras servía café. Sacudo la cabeza deprisa para despejarla—. El tamaño de los pliegues debe corresponder a la distancia entre los sitios, pero él… nunca me lo explicó bien.

Odessa me aprieta la mano, sus ojos oscuros brillantes de la aprensión.

—¿Crees que tú también podrías hacerlo?

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Aunque Michal me habla a mí, su mirada se desliza hacia Guinevere, que todavía se agarra el cuello como si le doliera—. La cabaña de Mathilde está en la esquina noreste de la isla. —Después, incapaz de evitarlo—: Guinevere, ¿estás…?

—Estoy bien. *¡Bien!* —Agita su mano libre de un modo histérico—. Ma… Mathilde.

Vale. *Vale*.

Nunca se me ha dado demasiado bien la aritmética. La geografía, sí, pero mi interés siempre estuvo en los lugares en sí, más que en la ciencia de la cartografía. Esos detalles eran más propios de Filippa, que comprendía los números de un modo que yo nunca pude. *Filippa*. Su nombre actúa como una chispa sobre yesca, quema a través del pánico que se ha apoderado de mi pecho. ¿Ayudaría ella a la Muerte a viajar a través del velo? ¿Está con él ahora, aterrorizando a Mathilde o… o cosechando su *sangre*?

Deberías haber arrancado una hoja de mi libro, pétalo, y mantenerte escondida.

—¿Célie? —Odessa me estruja los dedos entre los suyos, y los sacude con suavidad en su frustración—. ¿Está pasando algo?

Decidida, agarro un puñado aleatorio del velo, mientras hago caso omiso del extraño comportamiento de Guinevere y me concentro con cada fibra de mi ser. El velo parece ondular entre mis dedos en respuesta y, cuando cierro los ojos para centrarme en *eso*, una sensación peculiar sube por mi muñeca hasta mis brazos. Un *hormigueo*. No. Frunzo el ceño mientras analizo la sensación, que es

más… una percepción consciente que cualquier otra cosa. ¿O quizá una presión?

Mis párpados aletean cuando roto el velo en mi mano; pienso en su peso y en su *tacto* como no había hecho nunca antes. Mi concentración se centra en los filamentos individuales, en cada hebra translúcida, pero en lugar de restringirse a ese punto, el velo parece extenderse y difuminarse bajo mi atención. Sube por mi brazo ahora, cruza mis hombros y baja por mi pecho, mi estómago, mis piernas. Se asienta sobre mi cuerpo… No, se asienta *dentro* de él… como una segunda piel diáfana, ligera como el aire pero mancillada por una inexplicable sensación de *equivocación*.

El velo parece enfermo. *Muy* enfermo.

Los agujeros del tejido… son heridas que sangran con suavidad, extienden la enfermedad por los reinos y envenenan todo lo que tocan. Hay muchísimas heridas, *demasiadas* para que podamos curarlas todas. El velo cuelga hecho jirones a mi alrededor, pero aun así trato de plegar la tela como le vi hacer a la Muerte. Aprieto los pliegues con fuerza entre mis dedos. Quizá cada uno contenga quince kilómetros del reino de los espíritus. *O quizá contenga setenta y cinco*. Como ha dicho Michal, no podremos saberlo hasta que lo intentemos, así que perforo el manojo con un solo dedo, mientras imagino la cabaña de Mathilde e ignoro la punzada de dolor cuando rajo hacia abajo para abrir una ventana.

Unas aguas oscuras nos reciben al otro lado. Cierro la ventana a toda prisa.

—Hemos ido demasiado lejos —murmuro.

No me había dado cuenta, pero Michal se ha puesto delante de *mí*, sus ojos clavados con ansiedad en mi cara. Refulgen de color plateado.

—¿Cómo lo sabes?

—No me dio la sensación de que fuese Requiem. —Para Odessa, sin embargo, las *sensaciones* nunca han sido suficiente, así que cuando abre la boca para discutir, señalo al cielo más allá de la gruta —. Estamos mirando hacia el oeste, lo cual significa que acabo de abrir una ventana en algún sitio entre Requiem y Cesarine. Tengo que girar en el sentido de las agujas del reloj para llegar a la cabaña

de Mathilde. Al noreste, ¿recuerdas?

—Espera. —Michal toca mi mejilla antes de que pueda girar—. ¿Estás bien?

No puedo mentirle.

—No —susurro.

Después, ajusto mi ángulo y lo intento de nuevo, con menos tela; cinco pliegues menos esta vez, y doblados con mayor precisión. Un dolor nuevo abrasa mis sentidos cuando corto a través del velo para revelar las ruinas de una antigua ciudad. *Hay menos enfermedad aquí*. Me fuerzo a respirar. *Menos agujeros*. Aunque nunca he visto estas estructuras medio derruidas en la isla, sí *parecen* Requiem. De hecho, las olas encrespadas estrellan a lo lejos, y tenues trazas de la brisa huelen a sal, a algas, a…

Brezo.

—Tenemos que ir más al sur —aporta Michal.

Con gran dificultad, cierro también esta ventana, doy un paso atrás y luego otro. No puedo explicar la decisión, solo la frustración que roe mi pecho. La creciente debilidad de mis extremidades. ¿Cómo *hace* esto la Muerte? ¿Cómo lo hace Filippa? Ya siento cómo empieza a escapárseme la conexión con el velo. Está demasiado enfermo, demasiado roto para sujetarlo en las manos durante mucho tiempo.

Aun así, una abrumadora sensación de *jamais vu* se apodera de mí mientras me giro por cuarta y última vez e, incluso antes de deslizar la mano entre los pliegues, sé que esta ventana es la correcta. Simplemente *lo sé*. Incluso antes de oler las flores Barba Azul, los huesos, el hedor a podrido de los retornados, la tierra vieja, Filippa; y pelo chamuscado…

—¡Célie! —La voz de mi madre llena la gruta y los cuatro nos giramos al unísono para encontrarla saliendo de la sala de baño. Dimitri la sigue con expresión de impotencia, los ojos de mi madre muy abiertos y fijos en el desgarrón del velo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es eso? ¿*Dónde* es eso? —Y entonces, de un modo increíble…—: Filippa —murmura mi madre.

Su rostro pierde todo el color, y a mí se me cae el alma a los pies demasiado deprisa como para que mi mente pueda seguirla. Sin embargo, cuando sigo la dirección de la mirada de mi madre, ahí

está: Filippa, justo visible en la distancia, de pie, de espaldas a nosotros mientras su pelo negro ondea a la brisa vespertina. Observa con calma cómo el suelo bajo la cabaña de Mathilde se sacude con violencia, cómo unas profundas grietas aparecen en sus cimientos.

Al verla, pierdo la concentración y parpadeo deprisa, desorientada. Aunque el desgarrón del velo permanece abierto, mi *madre* no debería ser capaz de verlo… No debería ver el desgarrón ni el velo, y desde luego que tampoco a mi traicionera hermana al otro lado. Porque Satine Tremblay no conoce a la Muerte. No es una Novia y no la estoy tocando de ninguna manera, lo cual significa que…

Al otro lado del desgarrón, un oso ruge con una furia inconfundible.

Después de eso, todo ocurre en rápida sucesión: Guinevere corre hacia D'Artagnan con otro alarido, el pelo plateado de Mathilde destella entre los árboles y, con un gemido todopoderoso, la mitad de su cabaña se parte y se separa del resto. Cae directamente dentro de la tierra cuando el suelo del bosque se abre en canal; las raíces expuestas actúan como dientes, que muerden y se tragan su dormitorio entero.

Y Filippa…

Filippa se tambalea al borde de ese abismo.

No me paro a pensar, sino que me limito a *reaccionar* y me lanzo con temeridad hacia mi hermana. Michal, por su parte, agarra mi mano en el último segundo y una ráfaga de movimiento suena detrás de él. Oigo, más que veo, a Odessa agarrarlo de la muñeca, a Dimitri saltar hacia delante para agarrar el codo de su hermana. Aunque mi madre no puede moverse lo bastante deprisa como para atraparnos, no necesita tocar a nadie para ver el desgarrón.

No.

Satine Tremblay se limita a saltar detrás de cuatro vampiros y cae de cabeza a través del velo.

CAPÍTULO 37

Polvo de estrellas

Los siguientes treinta segundos discurren como un borrón.

En cuanto nuestros pies tocan el suelo del bosque, los retornados más próximos a nosotros atacan; son tres, pero Michal, Odessa y Dimitri golpean primero. Con una eficiencia brutal, arrancan las cabezas de los retornados de sus cuerpos, sus brazos y piernas también, antes de tirar los pedazos en todas direcciones. Sin embargo, hay demasiados, y mi hermana está *ahí* mismo.

D'Artagnan ruge de nuevo y corre hasta perderse de vista, con Guinevere sobre su lomo.

—Id —les gruñe Michal a sus primos, al tiempo que señala a los otros retornados con un gesto de la barbilla—. Desperdigadlos.

Y comprendo la orden de inmediato. *Desperdigad los trozos*. No tenemos tiempo de despachar bien a los retornados ahora, así que solo podemos debilitarlos, pero todo esto es secundario. No importa. Lo único que importa es mi hermana, que todavía está de pie peligrosamente cerca del borde del mundo. Porque *es* el borde del mundo. El suelo delante de ella continúa su desplome, cae desmigajado al abismo negro y deja la mitad de la cabaña de Mathilde en un equilibrio precario al borde.

—Filippa —murmura nuestra madre.

Me percato de mi error demasiado tarde, y una comprensión repentina perfora mi pecho. Nunca le conté a mi madre lo de Filippa. Nunca le *conté* que su hija mayor había sobrevivido a la tumba.

Con los ojos como platos, echa a correr para arrastrar a Filippa de vuelta a un lugar seguro, pero yo extiendo un brazo para bloquearle el paso justo cuando el suelo se detiene en seco. Michal se pone tenso a nuestro lado, al tiempo que una maldición inconfundible

surge desde la cabaña. Y esa *voz*…

Se me agarrota el estómago del miedo.

La determinación se refuerza en la mirada de Michal cuando él también reconoce a la Muerte y, antes de que yo pueda decir nada, *hacer* nada, echa a correr hacia la cabaña, salta por encima del abismo y aterriza como un gato sobre el único peldaño de acceso a la casa que aún queda en pie. Abre la puerta de una patada veloz y el pánico sube trepando por mi garganta cuando desaparece entre los escombros. Porque… *no*. No, no, *no*. Solo existe una razón por la que Michal se enfrentaría a la Muerte él solo.

O podríamos limitarnos a matarlo.

Pero se lo *dije*. Le dice que no funcionaría, y ahora… ahora va a…

Se me cae el alma al suelo del bosque.

No obstante, antes de que pueda moverme, mi madre agarra mi brazo cuando Filippa se gira por fin, seguida de una legión de retornados. Descienden desde los árboles sobre pies silenciosos, sus rostros inquietantes y vacíos… Los que tienen rostro, al menos. La carne se ha podrido en al menos una docena, y sus huesos destellan pálidos y brillantes a la luz de la luna. *Ay, Dios*. De todos modos, es la sonrisa cruel de mi hermana la que alancea mi columna con un escalofrío gélido.

—Hola, Célie —dice, y ladea la cabeza con curiosidad entre nosotras—. *Maman*.

Con los ojos redondos del horror, nuestra madre contempla a Filippa como lo haría con un fantasma. Se demora en sus rasgos ya no familiares: la gruesa hilera de puntos de sutura, las cejas y los iris disparejos, la piel exangüe y el largo pelo negro que brilla de un modo incongruente contra el resto de ella. Sin perder la sonrisa, Filippa extiende los brazos bajo la mirada de mi madre, como si se deleitara en su consternación. En su miedo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el funeral? Más de un año, ¿no? —Si es posible, su sonrisa se ensancha aún más. Tira de los puntos de sutura hasta que están demasiado apretados—. ¿Me habéis echado de menos?

La Muerte maldice de nuevo y la cabaña… se estremece; la chimenea se desploma sobre sí misma. Aunque aguzo el oído para

detectar algún sonido producido por las pisadas de Michal, no logro oírlo, y ese silencio reverbera en mi cabeza como el tañido de una marcha fúnebre. Me retuerzo para soltarme del agarre de mi madre, pero Filippa me bloquea el paso con la misma facilidad que cualquier vampiro.

—Si entras ahí, hermanita —dice inexpresiva—, no volverás a salir.

Como para demostrar lo que dice, la madera se astilla en algún lugar profundo de la cabaña y una pared entera se desintegra. Pero Michal sigue ahí dentro. Sigue necesitando ayuda. Me planto justo delante de mi hermana.

—*Apártate*, Filippa —gruño—. No quiero pelearme contigo.

Su sonrisa se endurece mientras los retornados se mueven con un nerviosismo temerario.

—Mi *querida* hermanita, siempre en el lugar equivocado en el momento equivocado. —Distraída, hace girar su cruz de plata entre sus dedos, justo cuando un rayo de luz de luna perfora las nubes en lo alto. Ilumina su semblante de una forma extraña y proporciona a sus rasgos cincelados un relieve marcado: profundiza los huecos bajo sus ojos y alarga las sombras de sus mejillas. Cuando nuestra madre da un paso involuntario hacia atrás, la satisfacción refulge como unas brasas calientes en la mirada de Filippa—. Tus opciones se están agotando, *ma belle*, y a mí se me está agotando la paciencia.

La verdad es que tengo poco tiempo para la teatralidad, así que me abro paso por al lado de mi hermana con un empujón. Ella bufa, me agarra del codo y hunde los dedos bien profundo en mi brazo.

—Hazlo otra vez —masculla—. Te reto.

Despacio, bajo la vista hacia la sangre que gotea de mi brazo.

—Filippa, *Célie*. —Nuestra madre se interpone entre nosotras al tiempo que mis dientes se alargan, pero sus manos aún tiemblan cuando las levanta hacia cada una de nosotras como si nos suplicara. Tiene los labios pálidos. Los latidos de su corazón son ensordecedores—. Basta ya, las dos. Por favor, os… os prohíbo que os peleéis. No después de que acabe de… No después de que *acabemos* de… —Sus dedos se alargan para acariciar la mejilla de Filippa, y sus ojos muy abiertos recorren cada centímetro del rostro

nuevo de mi hermana—. Estás aquí —murmura.

El rostro de Filippa se retuerce de la repulsión, y sus puntos se estiran y *tensan* mientras fuerza a mi madre a poner la mano en su pecho en lugar de su cara; la fuerza a sentir su piel gélida, su corazón muerto.

—Bueno, ¿qué opinas de mi piel ahora, *maman*? ¿Estás contenta de saber que tus hijas serán jóvenes para siempre? ¿O lloras porque han sido tocadas por el diablo?

Nuestra madre parpadea al oír el veneno puro en su voz y, por fin, parece ver más allá de la hija, hasta la mujer que hay debajo, la depravación, la *ira*, las heridas que cortan mucho más profundo de lo que habíamos visto nunca.

Filippa, sin embargo, no se detiene ahí. No. Mueve la mano de nuestra madre hacia su útero muerto.

—Yo triunfaré donde tú fracasaste —le dice—. Mi hija jamás cuestionará mi amor, mi afecto, y *jamás* la obligaré a observar mientras me someto a mis circunstancias, mientras sucumbo a ellas en lugar de enseñarle a pensar, a hablar, a *defenderse*.

Nuestra madre retrocede sorprendida. Horrorizada. Mira la tripa de Filippa.

—Dime —continúa Filippa, y su voz adopta un peligroso trono suave—, ¿qué hiciste cuando descubriste la infidelidad de *pére*? ¿Cuando despilfarró tu dote para pagar a su prostituta y cubrir sus deudas? ¿Y cuando despilfarró *nuestra* dote después? ¿Alguna vez quisiste pegarle? ¿Alguna vez se te ocurrió *planteártelo* siquiera?

Aunque nuestra madre trata de retirar la mano, Filippa no se lo permite. Y Filippa es muchísimo más fuerte que ella ahora.

—Pides cosas imposibles, hija —se defiende mi madre con debilidad—. Siempre lo has hecho. Si hubiese abandonado a vuestro padre, no habría vuelto a veros nunca.

—No finjas que tu cobardía tenía nada que ver con nosotras. No finjas que te importaba lo más mínimo ver a tus hijas. Fuiste *débil*, *maman*, y yo no me parezco en *nada* a ti.

Maman se echa hacia atrás con un sonido angustiado, y yo arranco la mano de Filippa de su muñeca.

—Has cruzado una línea roja —le digo, aunque en verdad la cruzó

hace una eternidad. Es cierto que nuestra madre nunca ha sido perfecta, pero no se merece esta crueldad—. Y ahora quítate de nuestro camino antes de que yo también cruce una.

—No, Célie, no. —Las lágrimas ruedan con libertad por las mejillas de mi madre, que sacude la cabeza y me agarra el brazo, justo cuando cede otra pared de la cabaña. Se me revuelve el estómago. *Michal*—. Esto no es culpa de tu hermana, y tampoco tuya. Es mía, *toda* mía y lo… —Se seca la cara, trata de cuadrar los hombros, de erguirse bajo la mirada fulminante de Filippa—. Y siento de todo corazón el daño que os he causado a ambas. Tu hermana tiene razón, cariño —me dice—. He sido una cobarde. *Peor* que una cobarde. Fui bendecida con dos hijas extraordinarias, pero nunca fui la madre que necesitaban. La madre que se merecían. Les fallé a ambas.

Filippa parpadea al oír eso, y *maman* aprovecha su ventaja para levantar una mano tentativa hacia su mejilla una vez más.

—Pero ¿cómo puedes pensar que lloraría? —Sus ojos recorren el rostro de su hija, pero no se ve aflicción alguna en ellos. Sorprendida, me doy cuenta de que nunca la hubo—. ¿Cómo puede ser esto obra del diablo cuando yo he rezado por ello? Por *vosotras*. Dios me ha devuelto a mis hijas, Filippa. —Aparta la vista para mirarme a mí ahora, mientras Filippa parpadea de nuevo. Traga saliva y observa el perfil de nuestra madre con esa misma intensidad abrasadora, como si esta vez se grabase su recuerdo en la memoria —. Me las ha devuelto a las dos, y no pienso desperdiciar mi segunda oportunidad.

Aunque mi hermana no da muestras de registrar esa declaración, y tal vez no pueda, sí parece un poco… *afectada* por ella. A medida que asimila las palabras, su expresión da la impresión de cambiar, con una sutil relajación alrededor de la boca y de los ojos. Sin embargo, cuando se percata de que la estoy mirando, todo su rostro se endurece de nuevo, y me pregunto si han sido solo imaginaciones mías.

—Yo tampoco —declara Filippa. Luego da un paso atrás entre dos retornados, muy parecida a ellos y al mismo tiempo muy diferente—. Te guste o no, Célie, el velo *está* cayendo. Si vuelves a interponerte

en mi camino, te atravesaré el corazón con esta cruz de plata.

Aunque nuestra madre suelta una exclamación de espanto, yo ya me he hartado. Agarro el collar que cuelga de su cuello, cierro la mano directamente sobre la cruz y tiro para acercar a Filippa a mí, mientras un dolor abrasador me hace ampollas en la palma de la mano.

—Despierta, Filippa. Tu hija nonata no es la única persona a la que has querido en tu vida.

—¿Y qué pasa con el hombre al que quieres tú? —Otra sonrisita cruel se despliega por sus labios—. Aunque sobreviva a la Muerte, jamás te sobrevivirá *a ti*.

Arranco el collar de su cuello y lo dejo caer a mis pies.

—Quítate de mi camino —le digo a mi hermana con calma.

—No —responde.

Y lo que hay en juego… es demasiado importante, demasiado valioso. Ninguna de las dos podemos parar. Las líneas ya se han trazado y, cuando la Muerte suelta una risa aguda y cruel, seguida del rugido de dolor de Michal, sé de qué lado estoy. Reacciono por instinto. Me muevo demasiado deprisa como para que Filippa pueda seguirme, demasiado deprisa para los retornados también, y salto al otro lado del abismo para zambullirme dentro de la cabaña.



El humo embota mis sentidos mientras me quedo en cuclillas en la cocina, contengo la respiración y levanto un brazo para proteger mi cara del calor. Me arden los ojos. Los bajos de mi vestido se prenden contra el borde de un tablón roto del suelo, pero arranco el trozo de tela y salto por encima del agujero que ha dejado la chimenea al explotar. El caldero de Mathilde yace partido sobre un lado, la repisa de la chimenea ha sido en parte arrancada de la pared y sus calaveras de animales están hechas añicos y desperdigadas por el pasillo.

En llamas. Todo está en llamas.

Peor aún, el suelo de madera bajo mis pies da la sensación de estar… moviéndose, *plegándose*. Las paredes, también. Profundas

fracturas agrietan el techo mientras se comprime hacia dentro como un acordeón. *Magia*, pienso horrorizada. La casa de Mathilde *es* magia y, ahora mismo, parece que se está comiendo a sí misma. Justo cuando lo estoy pensando, la bañera de hierro forjado vuela hacia mí. Me agacho a toda velocidad y el artilugio sigue su violento camino pasillo abajo hacia el salón, que parece ser la boca del hechizo, pues succiona todo hacia su interior. Me dirijo hacia allí con una determinación letal e irrumpo por la puerta para encontrar…

A *Michal*.

Se me comprime el pecho cuando la bañera impacta contra su espalda. Su agarre sobre el cuello de la Muerte se afloja cuando el golpe los hace caer a ambos al suelo, que se astilla debajo de ellos.

El terror se apodera de mi corazón.

En el lugar por donde desapareció la mitad de la cabaña se abre un abismo negro e insondable, antiguo, insidioso. De sus profundidades infinitas emana un olor a rosas y a humo de velas. No, a *azufre*. El olor sube en espiral mientras Michal cae a través del suelo de madera y la bañera cae con él, *encima* de él. Aprisiona sus caderas y sus piernas y lo deja inmovilizado. Atrapado. Lo único visible entre el humo es su tronco. Su cara, su pecho, sus *brazos*. Estos últimos se estiran al máximo hacia la pesada pata del sofá para intentar agarrarse a algo mientras la casa sigue desplomándose a nuestro alrededor. Sigue *ardiendo*.

Tenemos que salir de aquí.

No sé qué planeaba hacer Michal, pero no puede hacerlo con las piernas destrozadas. Sin embargo, cuando me lanzo a por él, desesperada por ayudarlo, por escapar, la cafetera de Mathilde se estrella contra mi cabeza. El humeante café se derrama sobre mi pelo, escalda mi piel, la *derrite*; aun así, logro girar justo a tiempo para frenar el carrito antes de que se estampe también contra mí. Me estremezco con una indignación justificada.

La Muerte se incorpora con dificultad con una maldición amarga.

—Esta *jodida* casa.

Aparta la mano de Michal de una patada, al tiempo que un puñado de terrones de azúcar en llamas golpean su cabeza. Yo también tengo ganas de abalanzarme sobre él, de arrancarle las

extremidades una a una como si fuese uno de sus preciados retornados. La situación, sin embargo, se ha vuelto demasiado volátil; la *cabaña* entera amenaza con caer directa al desconocido infierno que aguarda al fondo de ese abismo. Asimismo, da la impresión de que está… *luchando* contra nosotros de alguna manera, visto lo que hacen la cafetera y el carrito y los terrones de azúcar. Está *protegiendo a Mathilde*. Puede que la presencia de la Muerte haya desencadenado la aparición de este abismo, pero está claro que la casa todavía obedece a su ama y no nos quiere aquí.

Columpio el carro con todas mis fuerzas para estamparlo contra las corvas de la Muerte.

Impacta con un crujido espantoso y la Muerte cae de nuevo. Pero no tenemos tiempo de celebrarlo porque Michal sigue atrapado. Aunque se retuerce para levantar la bañera por encima de él, sus brazos abultados y en tensión por el esfuerzo, sus piernas están demasiado quietas debajo de ella. Rotas. Destrozadas.

Inútiles.

¿Qué vamos a hacer?

El abismo negro rodea mi visión, hasta que el mundo a nuestro alrededor parece todo igual. Oscuro. Todo es oscurísimo, *demasiado* oscuro y… y estamos atrapados. La cabaña se sacude con violencia; gime en un intento de mantenerse en pie mientras miro a la Muerte, cuya nariz gotea sangre sobre el sofá. Su mano se cierra despacio alrededor de la pata, antes de partir la madera con una ira apenas velada.

—Vaya, vaya, *vaya*, pero si es mi entrometida mujercita. Eso ha sido un golpe bastante bajo, ¿no crees? No fue demasiado sumiso por tu parte. Ni demasiado *amable*.

El pánico amenaza con asfixiarme. Unas garras afiladas estrujan mis pulmones y perforan mi pecho, pero, cuando los ojos de Michal conectan con los míos, fieros y ardientes, corro hacia él, mientras me fuerzo a permanecer presente en este momento. Como él me enseñó.

Elige una cosa y descríbemela.

La mejilla de Michal está manchada de ceniza, *gris como un cielo nocturno tormentoso*. Agarro el borde de la bañera, *las nubes son*

marfileñas en lugar de grises, y juntos volcamos el hierro forjado hacia el abismo. Michal trata de levantarse, la mandíbula crispada y el semblante blanco, pero esas piernas no pueden sostenerlo y se desploma casi al instante.

Cuando paso los brazos alrededor de su cintura para levantarlo, hace una mueca y niega con la cabeza.

—La cabaña no aguantará mucho más. Debemos *huir*.

—He de confesar… —dice la Muerte, que se dirige hacia nosotros con una sonrisa dura— que me estoy cansando bastante de estas payasadas. —Levanta la pata del sofá que lleva en la mano y examina su punta afilada con interés. Se me queda la sangre helada en las venas al verla.

Una estaca.

Un silencio estremecedor se extiende a nuestro alrededor mientras aprieta la punta contra su dedo hasta hacerse sangre y una sonrisa malvada se despliega por su cara. *Ay, Dios*. Mis brazos se aprietan alrededor de Michal. Esta no es una pelea que pueda ganar sin su ayuda, y él apenas puede levantarse. Por instinto, mis ojos vuelan a mi alrededor en busca de otra vía de escape. No encuentro ninguna. Estamos atrapados de verdad.

La Muerte lo sabe.

Ataca a la velocidad del rayo, rápido como una víbora. Se abalanza sobre nosotros, pero anticipo su movimiento y aparto la estaca de un manotazo, antes de tirarme hacia un lado para girar a su alrededor. *No me matará. No se lo permitiré*. Sin embargo, agarra mi muñeca con su mano libre y me rompe el hueso entre los dedos como si fuese una ramita seca. Aunque un millar de estrellitas estalla ante mis ojos y un dolor agudo y debilitante se propaga por mi brazo, reprimo mi grito porque ese dolor no es nada, *nada*, comparado con el puño de terror que atenaza mi corazón cuando la Muerte desvía mi mano y baja la estaca a toda velocidad.

La baja.

No hacia mí, sino hacia…

Michal se gira en el último segundo y la madera se clava en su costado en lugar de en su corazón.

Y entonces empiezo a *gritar*; grito y Michal se enrosca sobre sí

mismo. Su cuerpo entero se estremece, se agarrota, mientras la Muerte enseña los dientes en una sonrisa furiosa.

—*Justo* ahí entre las costillas. Incómodo, ¿verdad? Molesto. —Sus ojos centellean cuando Michal aprieta los dientes y se niega a emitir ni un ruido, pese a que la Muerte empuja la madera más profundo y la retuerce con una fuerza brutal—. Aunque quizá no sea lo bastante incómodo. Veamos lo que podemos hacer al respecto, ¿te parece?

La puerta principal pasa volando por delante de nosotros, seguida del caldero, las calaveras, la *repisa de la chimenea*.

Al segundo siguiente, el tejado también sale volando. Se arranca del resto de la cabaña con un estruendo ensordecedor y las habitaciones a nuestro alrededor se desmoronan con él, más deprisa ahora. Ni siquiera los muebles de Mathilde pueden luchar para siempre, y desaparecen en el abismo.

—¡Para! Por favor, tenemos que *salir de aquí*. —Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras araño la mano de la Muerte, pero él no parece notarlo. No parece que le *importe*. En lugar de eso, arranca otra pata del sofá cuando este pasa volando por nuestro lado. Horrorizada, abro los ojos. No. No, no, *no*…

Me lanzo sobre el pecho de Michal cuando la Muerte arremete con la segunda estaca. Pretende apuñalarlo de nuevo, pero cambia su trayectoria al ver mi movimiento. Incluso por el rabillo del ojo, la dirección de su golpe parece equivocada, extraña… y dirigida hacia mí. Hacia *mí*, por fin, y no hacia Michal, pero me doy cuenta demasiado tarde; mis sentidos se paralizan y no puedo reaccionar lo bastante deprisa, no puedo hacer nada más que observar cómo la estaca baja a toda velocidad.

La mano de Michal aparece de la nada para bloquear el golpe. La Muerte, sin embargo, no vacila y, con una sonrisa desquiciada ahora, incrusta la punta a través de la palma de la mano de Michal en lugar de en mí. La atraviesa de lado a lado, y yo no me paro a pensar. Me limito a abalanzarme sobre él.

Araño con saña los tendones de su muñeca, sin parar de gruñir y de darle patadas. Lo derribo al suelo, pero me agarra del pelo con facilidad. Tira con violencia para quitarme de encima de él, para levantarme en *volandas*, y el cuero cabelludo casi se separa de mi

cabeza.

—Oh, un par de héroes. Qué conmovedor —masculla, sin perder esa sonrisa maníaca—. ¿Te enseño lo que *hago* con los héroes, mi amor? ¿Te enseño lo que les aguarda al final?

Antes de que pueda responder, agarra el tobillo roto de Michal y nos arrastra a ambos fuera de la cabaña.

Aunque no veo a mi madre, sí que oigo su grito de espanto cuando la Muerte nos lanza al otro lado del abismo y aterrizamos de cualquier manera al lado de Odessa y Dimitri, ahora inconscientes. Reprimo un gemido. Filippa los ha atado con cadenas de plata, y la piel de sus tobillos y muñecas humea con suavidad, llena de ampollas y en carne viva. Una quemadura con forma de cruz brilla con intensidad en la mejilla de Dimitri. A juego con el collar sujeto en las manos cerradas de Filippa.

Todo esto no tiene *ningún sentido*. Dimitri servía a la Muerte junto con Filippa, a menos que… Mis ojos vuelan hacia Odessa, hacia el corte que aún sangra sin control en su cuello. A menos que Dimitri haya luchado para proteger a su hermana. A menos que él también haya trazado su línea roja en la arena. Arrastro a Michal a mi regazo y extraigo la estaca de sus costillas, después de su mano, mientras pugno con la histeria y él gime. Sus pestañas aletean. *No moriremos aquí. Michal se va a curar. Tiene que curarse*.

—La cosa no tenía por qué haber llegado nunca a estos extremos. —La Muerte masculla cada palabra mientras camina de un lado para otro, presa del nerviosismo, y los últimos restos de la cabaña de Mathilde resbalan hacia las profundidades del abismo. El bosque entero recupera la quietud—. No teníamos por qué habernos rebajado a semejantes hostilidades. ¿Acaso no me he comportado de un modo *de lo más* agradable? —Señala como un demente a los retornados, a Filippa, como si esperase que cada uno de ellos asintiera con una aquiescencia feroz, pero nuestra audiencia guarda un silencio inquietante. No lo veneran. Se limitan a observarlo con los ojos vacíos mientras aguardan su siguiente orden.

Excepto Filippa. Ella está de pie al lado de mi temblorosa madre y me observa *a mí*.

La Muerte, por su parte, no nos presta atención a ninguno de

nosotros. En vez de eso, levanta los brazos por los aires y sus zancadas se alargan cuando su nerviosismo escapa de su control y se convierte en todo un ataque de ira.

—¿Acaso no lo he pedido bien? ¿No he pintado un retrato lo bastante persuasivo? Todo el mundo se beneficiará de que caiga el velo. *Todo el mundo*. Y aun así, de alguna manera, sigo siendo el villano de esta maldita historia. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando los héroes son tan insufribles? ¿Cuando se niegan a comprender mi *visión*? —Sin previo aviso, agarra al retornado más próximo a él; la criatura no mueve ni un músculo cuando la Muerte le arranca la cabeza de los hombros. Mi madre grita y yo aprovecho la distracción para desgarrar mi manga hacia arriba y hacerme una raja en la mano con el borde de la cadena de Dimitri. Aunque aparece un fugaz fogonazo plateado cerca del abismo, me apresuro a agachar la cabeza y le hago caso omiso. Me inclino hacia delante para susurrar frenética al oído de Michal.

—Bebe. —Pego mi sangre a sus labios y él gime, antes de abrir los ojos con un aleteo de pestañas—. Todo va a ir bien. Solo bebe y *cúrate* y…

—Oh, no lo creo. —La Muerte aparta mi mano de una patada con un deleite salvaje—. No estoy para nada seguro de que todo vaya a ir bien. Después de todo, te ofrecí una elección, y elegiste mal. Ahora todos debemos sufrir las consecuencias de tus actos.

Lo agarro del pie, hinco las uñas en su bota y trato de desequilibrarlo de un tirón, de derribarlo. En lugar de eso, acabo haciendo una mueca cuando me agarra del cuello. Sin embargo, no debo venirme abajo; debo *distraer*…

—Jamás te… elegiremos… a ti. —Me debato bajo su agarre y boqueo cuando sus dedos se aprietan. Cuando amenazan con aplastar mi tráquea—. Tú mismo… lo dijiste. La muerte verdadera es… equilibrio, perspectiva y… paz. —Araño su muñeca para atraer su atención, para atraer la atención de *todos ellos* a medida que ese fogonazo plateado se solidifica y se acerca poco a poco—. La promesa de vida. De significado. No es… nuestra enemiga. Lo eres *tú*. Jamás te… serviremos. Jamás te ayudaremos a corromper… este reino.

En lugar de gruñir como esperaba, en lugar de enseñar los dientes y estrangularme hasta acabar con mi vida, la Muerte asiente con solemnidad.

—Te creo —me dice. Después, me tira al suelo y recupera la estaca abandonada en la hierba—. Esta consecuencia es solo tuya, *mon mariée*.

Hay demasiadas cosas que comprender en este momento, y es como si los segundos titilasen y cayesen como estrellas fugaces por el cielo nocturno. Las imágenes vuelan ante mis ojos. La Muerte. La estaca. *Michal*. Pero no soy capaz de entender, no quiero entender, las implicaciones del agarre de nudillos blancos de la Muerte, de cómo abre Michal los ojos, de la hierba y el barro debajo de mis uñas, mientras trato de arrastrarme hacia delante más y más deprisa, la garganta en carne viva y la sangre rugiendo en mis oídos. No, no, no, no. *No*.

Necesito llegar hasta ellos. Michal no puede morir. *Él,* no. Nunca.

—Basta. —El fantasma plateado cruza el césped a la velocidad del rayo, agarra la muñeca de la Muerte y la estaca sale volando de sus manos. El pedazo de madera aterriza a mi lado y rueda contra mi muslo cuando por fin llego hasta Michal. Lo tiro hacia el bosque, lo más lejos que puedo y, cuando desaparece de la vista, Mila sonríe.

Mila.

No nos ha dejado solos. Ha *salvado* a Michal y ahora… ahora… frunzo el ceño, los ojos clavados en la mano que mantiene escondida detrás de su espalda. Con el más leve de los movimientos, hace rotar su dedo índice en un círculo pequeño antes de volver a mirarme a mí, y algo en sus ojos me recuerda a otro momento. Otro lugar.

Pero, en serio, ¿qué esperabas si reprimes tus emociones? Al final tienen que acabar en alguna parte, ¿sabes? Y este reino es bastante conveniente.

Rota el dedo otra vez y de repente lo entiendo. Quiere que desgarre el velo. Quiere que escapemos por ahí, para darnos algo de ventaja. Una oportunidad. Agarro la mano de Michal y le doy un apretoncito para tranquilizarlo. Porque quizá las cosas sí que acaben por salir bien. Podemos liberar a Odessa y a Dimitri, enfrentarnos a

los retornados, salvar a mi madre y… y…

Se me comprime el corazón en el pecho de un modo doloroso mientras ese pensamiento se marchita. Y muere. *Con un poco de suerte*.

¿Cuándo he tenido yo suerte en toda mi vida?

—Los vas a dejar en paz. —Mila pronuncia las palabras con calma, confiada, el pelo ondeando a la brisa mientras las rosas y el azufre cargan el ambiente. Mantiene la cabeza alta y flota por encima de la Muerte, mirándolo desde lo alto como la monarca que habría sido. Como una reina, regia y sin miedo—. Aunque todavía no nos has pedido nuestra opinión, aquellos de nosotros que existimos entre los reinos de los vivos y los muertos encontramos que eres horrible, terrible… —Se acerca más con cada palabra, hasta que la Muerte entorna los ojos—. *Inconcebiblemente* espantoso. ¿De verdad te has parado a pensar en el aspecto que tendrá este reino sin ti? ¿El aspecto que tendrá *cualquier* reino sin ti?

—Los reinos *seguirán* teniéndome.

—No, no lo harán. —Mila retira un mechón de pelo de la Muerte a un lado con una familiaridad obvia, lo remete detrás de su oreja y desliza los dedos por su barbilla. El movimiento es extrañamente… sensual, y los ojos de la Muerte se oscurecen en respuesta—. Ya te están perdiendo. ¿Por qué crees que todo se está rompiendo? El velo, las brujas, el *mundo*.

La Muerte acaricia la mano de Mila sobre su mejilla y una sonrisa lenta se despliega por sus labios. Siento el cambio como un relámpago en la tripa, y el terror me impulsa a moverme. A toda velocidad, engancho un dedo en el velo cerca de los pies de la Muerte. Me concentro en ese primer recuerdo que tengo de Mila, el de la fantasma que reía mientras pasaba bailando por mi pasillo, y empiezo a desgarrar. Solo que una bota dura aplasta mi mano.

—Y ese —dice la Muerte— ha sido tu último aviso.

Michal se incorpora de golpe.

—Mila, *huye*…

Por un instante, pienso que quizá lo haga, pero ese instante se desvanece cuando la Muerte incrusta una mano justo a través de su pecho hasta el sitio donde debería estar su corazón. Pero… su

corazón no está ahí; es una fantasma, *por supuesto* que no tiene corazón. Mila le sonríe, arquea las cejas victoriosa y, entonces, él aprieta el puño. Su mano se aprieta sobre algo reluciente, algo que brilla más que el resto de ella. También más caliente. Mila suelta una exclamación sorprendida.

—Qué interesante. —La Muerte ladea la cabeza, intrigado, mientras examina su mano dentro del pecho de Mila—. Muy interesante.

Michal levanta la cabeza.

—*Suéltala*.

La Muerte lo ignora.

—Pequeña y queridísima Mila, mi eterna damisela —ronronea contra sus labios, y la vida de Mila, o lo que queda de ella, brilla entre sus dedos—. ¿A la tercera irá la vencida? Seguro que ya te habrás dado cuenta de que algunos recuerdos, incluso improntas de recuerdos, es mejor olvidarlos. —La Muerte retuerce la mano y Mila cae de rodillas delante de Michal, que intenta llegar hasta ella, desesperado. Me levanto de un salto, preparada para *arrancarle* las extremidades a la Muerte una a una, pero Mila ni se inmuta, tampoco llora. En lugar de eso, una determinación férrea arde en sus ojos.

No hay ningún miedo en ellos. Solo aceptación.

Se gira hacia Michal, su mirada tan interminable como los mares y los cielos mismos. Mira y mira, como si no fuese a dejar de mirar nunca.

—Te quiero, hermano. Siempre te he querido, y seguiré queriéndote cuando me haya marchado.

—*No*.

—Es la hora.

Oh, Dios mío. No. *Mila, no*. La chica que me enseñó a ver en la oscuridad, la primera que me retó a no tenerle miedo. La fantasma que me dio la mano y se quedó. Ella siempre se quedó.

No puede marcharse ahora.

Trato de alcanzar el velo a toda velocidad, agarro humo y vapores, fuerzo a mis emociones a salir a la superficie mientras desgarro y desgarro. Quizá pueda asirla y traerla de vuelta, o… o empujarla a

través. Quizá pueda salvarla como ella nos ha salvado siempre a nosotros.

—Jamás debí culparte, hermano —susurra. Aunque Michal tiene las mejillas empapadas de lágrimas, se inclina hacia delante para plantar un beso furioso en la frente de Mila—. *Do ponovnog susreta*.

Mila sonríe.

Y la Muerte aprieta el puño del todo antes de arrancar la luz de su pecho.

—Qué conmovedor —comenta, y la existencia de Mila implosiona en polvo de estrellas a nuestro alrededor.

CAPÍTULO 38

Los pecados de otro

Después de que suceda todo, después de la gran división, soy incapaz de pensar. Soy incapaz de *existir*. Porque antes estaba Mila, y ahora ya no está. Resollando, me agarro a la hierba en un intento de orientarme, pero la Muerte me pisa los dedos al pasar.

—Ven —le dice a mi hermana. A *mi hermana*, cuyas últimas palabras aún resuenan en mi cabeza—. Está claro que Mathilde ha escapado. Nos marchamos.

Se detiene un momento al lado de Dimitri, antes de agacharse para revolverle el pelo.

—Y gracias por la información, Dima. Este viaje ha sido… —Lanza una mirada burlona hacia donde antes estaba Mila—. De lo más productivo.

Cuando la Muerte se endereza, Dimitri empieza a removerse.

No. *Dima.*

Gracias por la información, Dima.

Cierro los ojos, derrotada, mientras dejo que las palabras se asienten en mi interior. La traición.

Dimitri le habló a la Muerte de Mathilde.

De repente, esa idea es demasiado. *Todo* esto es demasiado… Dimitri, Mathilde, Filippa. *Filippa*. Levanto la cabeza de golpe y miro a mi hermana angustiada, incapaz de tocarla. Incapaz de *llegar* hasta ella. Incapaz de dejarla marchar.

—No vayas con él. Por favor. —Las palabras brotan por mi garganta sin yo quererlo, y se me quiebra la voz con la súplica. Filippa se gira hacia atrás, vacila durante un segundo de más mientras nuestra madre solloza a mi lado—. Pip —murmuro. Y solo por un instante, un cruel y vacilante latido del corazón de nuestra

madre, creo que tal vez me escuche. Creo que tal vez se quede.

Pero da media vuelta y sigue a la Muerte a través del velo.

Maman cae de rodillas mientras los retornados se van con ellos, y yo me dejo caer a su lado, la acuno entre mis brazos y acaricio su pelo desgreñado. Parece tan débil, tan frágil… Mientras Michal pugna por liberar a sus primos, ella se sume en otro ataque de violentas toses. *Está conmocionada*, me digo. *Solo es eso.*

Dimitri se acuclilla a nuestro lado al instante.

Pese a su papel en todo esto, le permito enderezar a mi madre. Quizá porque sus tobillos y sus muñecas aún rezuman carmesí y, para curarlos, debe alimentarse de alguien que no sea la Muerte. Quizá porque, sin la sangre de la Muerte, hará daño a ese alguien. Lo matará.

—Lo siento —susurro en cambio, sin tener muy claro por qué me estoy disculpando. Dimitri niega con la cabeza.

—No merezco tu compasión, Célie.

—Dimitri…

—Mila se ha ido por mi culpa. Yo filtré la información sobre Mathilde y ahora… ahora Mila ya no está. —Su cara se llena de repulsión. De un odio completo y absoluto hacia sí mismo—. Debería haber muerto yo en su lugar.

Consternada, alargo un brazo hacia él cuando se aparta, pero mi madre interviene antes de que pueda agarrar su mano.

—Habría acabado con ella de todos modos. No puedes culparte por los pecados de otro. Ya tenemos suficientes de los nuestros que soportar.

—Deberías escucharla. —Michal asiente en dirección a Dimitri mientras desliza los dedos por mi espalda cuando Odessa y él se reúnen con nosotros. Aunque sus piernas se han curado, la herida de sus costillas todavía rezuma sangre; empapa su camisa, resbala por su mano. Sin embargo, son sus ojos los que llaman mi atención: negros como el carbón y ribeteados de rojo, centellean con un propósito—. Tenemos que marcharnos —dice en voz baja—, antes de que la sangre atraiga a otros hasta este lugar.

—¿Puedes llevar a mi madre de vuelta al castillo? —le pido a Dimitri—. Por favor.

Odessa se seca las lágrimas antes de volverse hacia Michal, pero estas aún trazan senderos entre el hollín de sus mejillas y centellean a las moribundas brasas del fuego.

—Vosotros dos tampoco deberíais quedaros aquí. Es demasiado peligroso.

Levanto la mano de Michal para examinar los pedazos de madera que aún quedan dentro de la herida.

—Os seguiremos en un momento.

Cuando Odessa aún vacila, Michal planta una mano en su hombro y una comprensión muda discurre entre ellos. Y creo que yo también lo entiendo; si hoy ha demostrado algo, es que el futuro nunca está garantizado. En verdad, cuanto más débil está el velo, más fuerte parece hacerse la Muerte, y ninguno de nosotros sabe cuánto más podrá soportar este reino.

Ninguno de nosotros sabe lo que ocurrirá cuando por fin se rompa.

Odessa asiente a regañadientes, antes de acercarse para besarnos a ambos en las mejillas.

—Solo… no dejéis que os vean. Por favor. —Luego se vuelve hacia mi madre—. ¿Puede ponerse en pie, *madame*? —le pregunta, aunque no con rudeza.

No obstante, la atención de mi madre ha divagado y no parece oírla. En lugar de eso, tiene la mirada perdida en el punto por donde desapareció Filippa con la Muerte, y da la sensación de que ella también esté desapareciendo ahora. Le tiembla la barbilla. Sus rodillas se estremecen.

—¿*Maman*? —pregunto con tono tentativo, temerosa de su respuesta.

—La he dejado marchar —susurra—. La he dejado marchar otra vez.

Y por primera vez desde que Filippa se escabullera por la ventana de nuestra habitación, me doy cuenta de que quizá yo no sea la única que se culpaba.

—Tenemos suficientes de los nuestros que soportar, *maman* —repito con suavidad.

Mi madre no responde. Dimitri, por su parte, lo piensa solo durante un segundo, antes de asentir con decisión y levantarla entre sus

brazos.

—Tened cuidado —nos dice, y sigue a su hermana.

A diferencia de Filippa, mi madre no mira atrás.

Me invade un repentino impulso por seguirlos mientras los observo marchar; no para cuidar de mi madre como antes, sino solo para estar juntas. *Parece muchísimo más tonto, visto desde este lado, haber perdido tanto tiempo*. Las palabras duelen cuando pienso en Mila, cuando pienso en Michal, y con ellas cae sobre mí un agotamiento profundo.

—Las cosas no van a ir bien nunca, ¿verdad?

—No lo sé.

Michal tira de mí contra él y, sin decir nada, le ofrezco mi muñeca. Porque está herido y está sangrando. Porque no podemos volver al castillo hasta que esté curado. E incluso entonces, no podemos dejar que nos vea nadie, no nos pueden atrapar… ni los vampiros, ni los retornados, ni la Muerte misma, que todavía ronda por la isla en busca de Mathilde. Quizá las cosas no vuelvan a ir bien.

Michal niega con la cabeza y me conduce hacia el corazón del bosque.

—Ven conmigo.

CAPÍTULO 39

Por favor, quédate

El vapor acaricia mi cara en las ruinas de unas antiguas termas. Riza mi pelo, sentada al lado de Michal al borde del agua, un manantial de aguas calientes alrededor del cual construyeron el pueblo entero. Y por «construyeron» me refiero a Michal.

A Michal y su familia.

Más allá de la cabaña de Mathilde, más allá del bosque que la rodea y sus campos de brezo, se encuentra la playa que Michal me enseñó una vez desde la distancia. Las ruinas que vi antes cuando viajamos a través del velo. El lugar donde Michal, Mila, Odessa y Dimitri pusieron pie por primera vez en Requiem y, al parecer, donde construyeron sus casas juntos. «Buscaba una escapatoria», me dijo Michal, perdido en recuerdos de esos tiempos tan remotos. «Un nuevo comienzo. Y reconocí esas flores como una señal de esperanza para mi hermana y mis primos».

Ahora me ha traído aquí también a mí.

—Este lugar… es increíble —le digo. Luego trago con esfuerzo y admiro los murales esculpidos en las paredes a nuestro alrededor, las volutas talladas a mano en los escalones que conducen al manantial. Mis propias manos se abren y se cierran en torno a la tela arrugada de mi falda cuando meto los pies en el agua. Este lugar es precioso. Tranquilo. Callado. Pacífico—. No sabía que pudieras… hacer cosas como esta.

Un asomo de sonrisa toca sus labios.

—Me enseñó mi padre. —Empuja un poco mi rodilla con la suya—. No todo el mundo crece en la aristocracia, mascota. Algunos de nosotros tuvimos que utilizar nuestras manos.

Clavo en él una mirada de ojos entornados.

—No todo el mundo crece con un padre que les enseñe cosas.

Me arrepiento de la pulla al instante, pero Michal se limita a reírse con suavidad.

—*Touché* —murmura.

Y por alguna razón, su risa alivia la tensión de mis hombros más de lo que podría hacerlo jamás su compasión. No tiene gracia, por supuesto, pero temo poder ahogarme bajo el peso de esta noche, y Michal parece entenderlo.

—¿Por qué te fuiste de aquí? —le pregunto—. ¿Cómo ha llegado a estar tan…? —Agito las manos en dirección a la piedra medio desmigajada, al musgo que se extiende por doquier, a la costra de sal sobre la puerta—. Tan abandonado…

—Las tormentas son peores en este lado de la isla. —Agarra mi mano en un gesto casi inconsciente y desliza el pulgar por mis dedos. Recorre las líneas de la palma—. Cortesía de Ysabeau le Blanc, otra parienta de tu amiga y una examante rechazada por Dimitri. Nos vimos obligados a mudarnos cuando las olas diezmaron la mitad del pueblo.

—Entonces, ¿no siempre ha querido a Margot?

—Margot es humana, Célie. Dimitri ha querido a muchas personas antes que ella, y querrá también a muchas después. Esa es la maldición de la inmortalidad. —Un gran suspiro—. Ver cómo nuestros seres queridos se marchan de nuestro lado. —Aunque mi garganta amenaza con cerrarse otra vez, Michal sacude la cabeza con pesar y planta un beso en la palma de mi mano—. Tampoco es que Dimitri haya sido nunca el parangón de la fidelidad. Él se enamora un poco de todas las personas a las que conoce.

—De mí no se enamoró.

—Solo porque yo le hubiese arrancado la cabeza de los hombros. Puede que aún lo haga —añade con expresión contrariada—, si sigue haciéndote proposiciones deshonestas.

Lo ayudo a quitarse la camisa ensangrentada por encima de la cabeza y la tiro a un lado para quemarla más tarde. No queremos atraer a nadie más hasta aquí.

—Solo lo hace para irritarte, lo cual es un mal necesario, creo, pues da la impresión de ser el único capaz de hacerlo.

—Mila también podía —dice nostálgico y, para mi sorpresa, vuelve

a sonreír—. Deberías haberlos oído cuando se juntaban. Eran de lo más despiadados. Odessa y yo nunca tuvimos nada que hacer contra ellos. —Desearía haberlo visto; en verdad, desearía haber paseado por las calles arenosas de este pueblo con Mila, haber tomado el sol en la orilla con Odessa y Dimitri. Desearía haber podido ver… No, *ayudar* a Michal a crear este refugio, lejos de la enfermedad de su infancia. Más que nada, desearía haberlos conocido antes de… Bueno, de todo lo demás.

Desabrocho mi capa, arranco una tira del forro interior y me agacho para sumergirla en el agua.

—¿Qué crees que le pasó? A Mila.

Michal cierra los ojos mientras yo levanto mi retal mojado para limpiar con ternura el hollín de sus mejillas.

—No lo sé —admite después de unos segundos largos—. No creo que podamos saberlo.

—Esté donde esté, espero que encuentre la paz. —Michal asiente con un movimiento seco. Mis ojos se deslizan entonces hacia su pecho, hacia la herida roja e hinchada que aún tiene trozos de madera clavados; luego miro su mano herida. Desenrosco su puño con sumo cuidado y él hace una mueca cuando empiezo el doloroso proceso de limpiarla—. Siento muchísimo que sucediese esto, Michal —susurro en el silencio.

Abre los ojos al instante.

—Yo también. —Mis dedos se detienen en la palma de su mano y él me mira a los ojos con un brillo duro y amargo en los suyos—. No por la razón que crees. Aunque puede sonar cruel, no me angustia que mi hermana por fin haya seguido su camino. Es lo que siempre quiso. Yo la obligué a convertirse en eterna cuando la alimenté con mi sangre hace muchísimos años, y *eso* es lo que lamento. Porque le robé la posibilidad de elegir; igual que hice contigo.

—Michal. —Pego la palma de su mano a mi mejilla y suelto un suspiro de alivio cuando la piel, limpia de madera ahora, por fin se cierra. Se cura—. Yo soy la que dudó. Nunca te lo conté, pero en la gruta tuv… tuve la oportunidad de seguir adelante. Apareció esa luz dorada y… Ahora sé que era la Muerte, pero la ignoré porque no podía dejar a mis amigos. No podía dejarte a ti.

Él niega con la cabeza.

—Merecías algo mejor que esta vida.

—¿Eso quién lo dice? —pregunto con ironía—. ¿Tú?

—Sí. Yo. —Desliza su mano hacia mi nuca y tira de mí para mirarme a los ojos. No. Solo para tenerme cerca—. Yo soy el que te condenó a una eternidad de sufrimiento. Yo soy el que debe observar ahora, sin poder hacer nada, cómo te asignas mis errores como tuyos, a medida que empiezas poco a poco a odiarte a ti misma en lugar de odiarme a mí. Y sigo siendo un cobarde. —Escupe la palabra como una maldición, incapaz de ver la verdad—. Un cobarde egoísta, porque tú no estás hecha para el vampirismo, Célie, y yo lo sabía. Sabía que esta vida te haría más daño del que nos hace al resto de nosotros… Tener que cazar, que alimentarte, que hacer daño a otros seres vivos. Demonios… —Me suelta de pronto para pasar una mano por su pelo desaliñado—. Incluso te duele hacer daño a los muertos. Pero no me importó. Cuando te vi morir en la víspera de Todos los Santos, no me paré a pensar; no podía dejarte marchar.

—Eso no te convierte en un cobarde, Michal —digo en voz baja. Él suelta un resoplido brusco.

—Y seguiría sin pararme a pensar si tuviese que hacerlo de nuevo. Volvería a convertirte en vampira a fin de mantenerte a mi lado para siempre. Si eso no te dice el tipo de hombre que soy, no sé qué lo hará.

—A lo mejor «para siempre» ya no da tanto miedo.

—*Petite menteuse*. —Aunque se ríe y se dispone a levantarse (para escapar, para huir), agarro su brazo y me levanto con él; me niego a permitir que haya distancia entre nosotros. Su cuerpo entero se estremece ante el contacto y gira de golpe, los ojos ardiendo, antes de pegar su boca a la mía—. Eres preciosa —dice con pasión, aunque se retira al oír mi exclamación ahogada y agarra mi cara entre sus manos—, pero ya no tienes por qué mentir más. No hay nada que puedas decir que vaya a apartarme de ti.

Sin aliento, agarro sus muñecas y lo miro ceñuda, ansiosa por que me bese de nuevo.

—No te estoy mintiendo, pedazo de cretino insufrible. —Mis manos

se deslizan de sus muñecas a su cintura y envuelvo los brazos a su alrededor. Me fuerzo a admitir la verdad, toda la verdad esta vez, en lugar de solo las partes que me interesan—. Cuando desperté en Cesarine, no estabas ahí, y pensé que no querías… Que quizá no quisieras…

Traga saliva como si estuviese dolido y sus manos se suavizan, acunan mi cara como si yo fuese algo valioso. Algo que aún podría perder.

—Lou dijo que querías irte. Después de lo que hice, no podía soportar la idea de obligarte a quedarte.

—Creía que querías quedarte conmigo para siempre.

—El beneficio del «para siempre» era que quizá algún día no me odiarías.

—Nunca te odié.

—Sí que lo hacías.

—Te tenía miedo, Michal. Temía tu control, tu intensidad, tu determinación absoluta. Nunca había conocido a nadie como tú. —Aspiro una bocanada de aire temblorosa, concentrada en el embriagador aroma de Michal, y también en la fragancia del agua, de la piedra y del mar. Quiero recordar este momento. Dentro de mil años, aún quiero verlo en mis sueños—. Pero, por encima de todo, tenía miedo de mí misma; temía cómo me sentía cuando estaba cerca de ti, temía las cosas que deseaba. —Una pausa—. Supongo que no eres el único que ha sido un cobarde.

Aunque sus labios se curvan en una leve sonrisa, es la imagen más desoladora que he visto nunca. La más solitaria. Baja la vista hacia sus manos.

—Ya te había robado tu futuro. No quería robarte todo lo demás. En cualquier caso, no pude mantenerme alejado —añade con amargura—. Me dije que era para advertirte acerca de los retornados, pero en realidad… solo quería verte. Necesitaba verte. Aunque tú no necesitaras verme a mí.

—Habría vuelto. —No sabía lo que quería—. Te… te echaba de menos —murmuro. *Te echaba muchísimo de menos*.

—Célie. —Agacha la cabeza—. Todavía seguirías viva de no ser por mí. Es probable que también estuvieras casada, y en proceso de

arrastrar a la Torre de los *chasseurs* hacia una era de gloria. No te hubiese tocado ni un ápice de esta oscuridad.

—La oscuridad me había tocado mucho antes de que lo hicieras tú. —Apoyo la mejilla contra su pecho, justo donde debería latir su corazón—. ¿Por qué lo hiciste?

Su cuerpo se tensa al instante contra el mío, y sé sin preguntar que ha entendido mi lo que quiero decir: «¿Por qué me convertiste en una vampira? ¿Por qué no podías vivir sin mí?».

—Cuidado, mascota —dice despacio—. Algunas respuestas, una vez dadas, son imposibles de dejar de oír.

A lo mejor no lo ha entendido en absoluto.

—No hay nada que puedas decir jamás que vaya a volverme contra ti. —Me pongo de puntillas y susurro contra sus labios—: ¿Por qué no me dejaste morir?

Michal no me besa. Todavía no. En vez de eso, se queda muy quieto, como si… como si de alguna manera yo también le diese miedo. «No le tengo miedo al dolor», me dijo una vez.

«¿No? ¿Cuál es tu miedo, entonces?», le pregunté en aquel momento.

Mirándonos ahora, creo que sé la respuesta. Sin embargo, no la digo; espero a que él hable primero, a que confíe en mí como yo he confiado siempre en él.

—Tú… —Entonces se calla, sacude la cabeza, disgustado consigo mismo, y me elevo aún más para depositar un beso, primero en una mejilla y luego en la otra. En su frente. Su nariz. Su barbilla. Lo beso y lo beso hasta que sus cejas se fruncen por la perplejidad, hasta que olvida mostrarse tan enfadado y confuso.

—Dímelo.

Y como si se hubiese roto una presa, las palabras brotan por su boca con un arrebato acalorado.

—Tú eres el sol, Célie. No podía dejarte morir porque eres mi sol; eres todas las cosas buenas que he querido en la vida y nunca he merecido. Y una vez que te vi, que te sentí, ya no podía vivir sin ti. Cuando no estás aquí, anhelo tu presencia. Y cuando estás conmigo, olvido que la oscuridad haya existido jamás. Llenas todos los rincones de mi visión hasta que ya no veo nada; no soy capaz de

pensar nada aparte de cuándo será la próxima vez que me mires y qué podrías decir a continuación. Me has cegado, ya no veo a nadie más. No podía dejarte morir porque eres radiante, y todo el que está en contacto contigo brilla con más fuerza por ello, es mejor por ello, y tú no te das ni cuenta. No eres capaz de ver el efecto que tienes sobre todos nosotros. —Como si no pudiese resistirse más, ahora sí me besa, y siento ese beso como si me marcase con un hierro candente, más abrasador de lo que podrían serlo nunca las palabras. Le infunde hasta el último ápice de su anhelo, hasta el último ápice de su miedo y su ira y su adoración, y su intensidad cruda casi me obliga a dar un paso atrás. Sin embargo, aún quiero más.

Aún quiero más.

—¿Eso responde a tus preguntas? —me dice, tras apartar la boca de la mía—. ¿Eso te ayuda a comprender?

Todavía no lo ha dicho y, con un fogonazo de claridad, me doy cuenta de que no lo hará nunca. Se niega a atraparme con esas palabras finales, se niega a presionarme para que yo también las diga, para que yo también lo sienta, cuando puede que algún día quiera marcharme.

De verdad que es el más insufrible de los hombres.

Lanzo los brazos alrededor de su cuello, ignoro su leve mueca y lo hago caer otra vez al suelo.

—Yo también te quiero, Michal. —Una inspiración brusca al oír eso, de sorpresa, de incredulidad, pero también la ignoro mientras retiro mi pelo a un lado—. Ahora, bebe.

Contempla mi cuello con recelo.

—Pero el Vínculo…

—No me importa el Vínculo Eterno. Te quiero, y quiero estar contigo. —Vacilo un instante cuando se me ocurre un pensamiento repentino y terrible—. Es decir… si quieres estar conmigo —añado.

Ahora es Michal quien se burla, quien se ríe, y es posible que sea el sonido más bonito que he oído nunca. Acaricia mi pelo por última vez, con suavidad, de un modo reverente, antes de sentarse y arrastrarme a mí con él. No duda cuando muerde.

Y cuando sus dientes perforan mi piel, cuando ese mismo calor embriagador me invade, sucede algo diferente.

Algo cambia.

No es una cosa lenta y sutil; no aumenta poco a poco y no llega de manera silenciosa. En lugar de eso, una brillante luz incandescente brota detrás de mis párpados cuando encajamos en nuestro sitio, y todo mi ser se tensa ante la repentina sensación de sentirlo a él, no su cuerpo físico enroscado con el mío, sino una presencia más profunda y fuerte. Una más oscura. Y ahora puedo ver todas esas emociones que Michal trata de ocultar, girando como humo entre las luces, antes de convertirse en una sola junto con las mías.

A continuación, empiezo a sentir destellos de recuerdos y me veo con sus ojos cuando salgo del cementerio, histérica y empapada. Su intriga por la joven fanática serpentea por la oscuridad, me arrastra al siguiente recuerdo: mis muñecas atadas en el barco, mi cara de pocos amigos en su estudio, la forma en que mi pelo caía como tinta por su silla. Veo mis propios ojos muy abiertos y aterrados refulgir en el teatro, siento la preocupación reticente de Michal, su furia cuando Yannick aprieta la boca contra mi cuello. Veo mi vestido escarlata.

La botella de absenta.

La inesperada punzada de celos cuando pego mi cuerpo al de Bellamy, el fogonazo de lujuria cuando caigo contra Michal después, el pánico por cómo le gusta sentir sus brazos a mi alrededor.

Más que gustarle.

El humo se enrosca más apretado por la anticipación, las luces blancas se prenden y se avivan y una emoción más profunda que el resto se desenrosca mientras me mira en el ataúd, una emoción paralizante e imposible de ignorar. Amor. Se enamoró de mí en ese momento. Y ahora se estremece al cobrar conciencia de ello, mientras carga con el peso de mis propias emociones, mis propios recuerdos. Veo también atisbos de ellos; titilan con violencia como estrellas fugaces en el cielo nocturno, hasta que también se asientan en la oscuridad, en una sola voz. La de él.

Por favor, quédate.

Cuando volvemos a caer en nuestros cuerpos un momento después, descolocados y sin aliento, boqueo asombrada por esta nueva presión en mi pecho. La reconozco como la esencia de Michal.

Su sombra. Ya no da ningún miedo, sino que es feroz y firme y preciada, muy preciada, mientras se entrelaza con la mía y nos une de manera irrevocable en *Le Lien Éternel*.

De alguna manera, no es suficiente.

Aunque el vínculo entre nosotros es impactante en su intensidad, vital, aunque ya no puedo vivir sin él, quiero conocer a este hombre impresionante de todas las maneras posibles; quiero tocarlo, saborearlo, darle hasta la última parte de mí.

Percibe mi decisión en el mismo instante en que la tomo. Cuando mi boca se estrella contra la suya, él gime y yo capturo el sonido con hambre, al tiempo que deslizo mis manos por su cuerpo ya curado por completo. Por encima de cada línea gloriosa de su abdomen, por las duras curvas de su pecho y sus hombros.

Esta vez deja que lo toque. Su respiración se vuelve profunda y entrecortada cuando arrastro la boca por su mandíbula, cuando acaricio cada centímetro de su piel con mi lengua. Y quizá sea por el vapor de las termas o por el calor de la primavera, quizá sea solo mi sangre, pero un rubor rosáceo tiñe sus mejillas cuando agarra mis hombros y me aparta un poco de él para ponernos en pie a ambos.

Pese a que protesto al instante, él sacude la cabeza con una sonrisa lenta y seductora. Una sonrisa que, de algún modo, siento como un tirón entre las piernas. Todo se tensa en respuesta.

—No sabes lo a menudo que he pensado en este momento, mascota —dice con voz sombría—. Ahora que por fin ha llegado, no puedes esperar que permita que tú te quedes con toda la diversión.

—¿Eso no era…? —Se me corta la respiración cuando se arrodilla de repente, los ojos fijos en los míos, y levanta despacio el vestido mojado por mi cuerpo—. ¿Eso no era divertido para ti?

—Se me ocurren otras cosas divertidas.

—¿Otro juego? —Aprieto las rodillas entre sí y tengo que hacer un esfuerzo supremo por mantenerme erguida a medida que él descubre centímetro tras tortuoso centímetro de mi piel. Y no debería sentirme tan febril bajo su mirada. No debería sentirme tan sensible, pero, aun así, el más leve roce de sus dedos hace que arda por dentro, que me retuerza. Y él lo sabe—. Creía que te habías cansado de jugar conmigo.

—Me parece recordar —dice él, y sus propios ojos se caldean a medida que descubre poco a poco mis pantorrillas, mis muslos, mis caderas—, que todavía me debes varias preguntas.

—Pregunta lo que quieras. —Las palabras salen roncas, sin aliento.

—Oh, no, mascota. Eso sería demasiado fácil. Intercambiemos esas verdades por retos, ¿te parece?

Cuando planta un beso sobre mi tripa con la boca abierta, empiezo a tirar del corpiño de mi vestido para aflojar las cintas. Lo aparto hacia los lados y lo abro del todo; su risa retumba a través de las termas cuando se endereza para contemplar mi cuerpo desnudo.

Su sonrisa se diluye entonces. Su expresión se vacía por completo, pero aún puedo sentirlo: la intensa punzada de lujuria, sí, pero también el profundo e interminable dolor que aflora en su pecho cuando me mira.

Agarro su mano y tiro de él para pegarlo a mí, y su satisfacción nos envuelve a través del vínculo. Su alegría y su alivio. Los míos. La palabra reverbera entre nosotros, y ahora ya no sé si provenía de mí o de él.

Aun así, lo beso en respuesta. Tuya.

Sin previo aviso, pasa un brazo por detrás de mis rodillas y me tira dentro del estanque.

Escupiendo agua y boqueando, salgo indignada a la superficie y aparto el pelo empapado de mis ojos… solo para descubrir que Michal ya se ha reunido conmigo. Un brillo malicioso ilumina sus ojos mientras se desliza por el agua con los movimientos fluidos y poderosos de sus brazos. De sus hombros. Me acecha como un depredador a una presa.

Nunca huyas de un vampiro.

No puedo evitarlo. Con una sonrisa burlona, me sumerjo bajo la superficie y salgo disparada hacia el otro extremo del estanque, pero él me agarra de un pie al instante, me arrastra de vuelta con una facilidad irrisoria y tira de mí contra su cuerpo.

Contra su cuerpo desnudo.

Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura por acto reflejo y el agua salpica entre nosotros cuando me levanta más alto, me da otro beso en el cuello y camina conmigo así hasta el borde del

estanque. Se me pone la carne de gallina cuando me empuja contra él, porque ver a Michal desnudo es muy diferente a sentir su piel contra la mía, a registrar todo su impresionante e inamovible alcance.

—Primer reto. —Pesca el lóbulo de mi oreja entre los dientes y tira con suavidad—. Intenta no hacer ni un ruido.

Antes de que pueda contestar, me levanta para dejarme sentada en el borde del estanque, con el agua lamiendo mis pantorrillas mientras apoyo las manos detrás de mí. Entonces separa mis piernas. Agacha la cabeza. Y me besa justo en la unión de mis muslos.

Con la primera pasada de su lengua, mis caderas dan una sacudida y mi espalda se arquea. Con la segunda, mi cabeza cae hacia atrás por voluntad propia y mis ojos se cierran, no vaya a deshacerme por las mismísimas costuras… Algo que parece decidido a provocar, porque con la tercera pasa mis piernas por encima de sus hombros. Sus brazos se deslizan alrededor de mi trasero y me sujetan contra él mientras arrastra la lengua hacia arriba hasta ese haz de nervios, antes de succionar con deleite. En ese instante, me olvido de su reto, olvido mi propio nombre, gimo sin control y agarro su pelo para encontrar más de esa deliciosa fricción. Para apretarme más fuerte contra él. Para mover las caderas al ritmo de su lengua hasta que… que…

Mis piernas se quedan rígidas, se aprietan alrededor de su cabeza, pero sus dedos también se clavan en mi piel porque se niega a dejar de lamer, a dejar de darse un festín, hasta que las termas mismas se hacen añicos a mi alrededor. Incluso entonces, aunque me arqueo hacia atrás, incapaz de soportar este placer casi violento, sigue a lo suyo hasta que el último estremecimiento abandona mi cuerpo. Hasta que me desplomo sobre el suelo de piedra con las extremidades flojas y temblorosas.

—Eso ha sido… —No encuentro las palabras adecuadas, así que aspiro grandes bocanadas de aire a cambio, como si de algún modo pudiesen ayudarme—. Eres…

Pero Michal está saliendo del estanque, sin dejar de besar mi cuerpo por el camino. Y otra oleada de calor imposible me recorre

de arriba abajo cuando se acomoda entre mis piernas, cuando su miembro presiona largo y duro contra mi muslo. Mi vista empieza a nublarse ante esa sensación embriagadora y, al instante, hago ademán de tomarlo entre mis manos. Sin embargo, él niega con la cabeza, los dientes apretados y el rostro crispado mientras besa mi mandíbula, mi barbilla.

—Si me tocas ahora —dice con voz tensa—, el juego terminará demasiado pronto.

—Pero quiero que tú también sientas esto —susurro sin aliento—. Quiero que…

—Ya lo hago. —Con una espiración rasposa, quizá una risa estrangulada, apoya la frente en la mía, todos los músculos de su cuerpo contenidos con fuerza—. Haces que esto sea una maravilla sin intentarlo siquiera. —Después continúa con su juego—. Siguiente reto: si no quieres hacer esto, dímelo ahora y no cambiará nada entre nosotros. Puedo besarte hasta que estés lista, o para siempre si prefieres…

Deslizo las manos alrededor de su espalda y lo desafío a terminar esa frase.

—Quiero hacer esto, Michal, y quiero hacerlo contigo.

—Va a doler, Célie.

—Y después dejará de hacerlo —digo con decisión—. He leído los libros. Sé cómo funciona esto.

—¿Hay libros sobre dormir con vampiros inmortales vinculados a ti en cuerpo y alma?

—Más de los que crees. Mathilde tenía tres.

—Reto. —Su sonrisa sardónica se desvanece cuando retira mi pelo para estudiar mi cara—. Dime si hacemos cualquier cosa que no te guste.

—Prometo que lo haré.

—Reto. —Desliza la mano entre nosotros y, si mi corazón todavía pudiese latir, se abriría paso fuera de mi pecho… No, entraría en combustión… cuando sus dedos separan mi piel y se coloca en mi entrada—. Y esto es importante: cuando te diga que muerdas, muerde.

Frunzo el ceño.

—¿Qué…?

La pregunta, sin embargo, se desintegra cuando empieza a penetrarme despacio y la sensación casi me deja sin respiración. No es que duela, exactamente; solo me noto… llena, casi *demasiado* llena. Cuando me muevo para aliviar la presión, se desliza otro par de centímetros en mi interior. Luego, dos más. Al principio, sus caderas se mecen con suavidad, pero sus dedos… alivian la punzada de dolor y no dejan de moverse contra mí hasta que podría perder la cabeza de nuevo. Hasta que mis talones presionan contra el suelo y mi espalda se arquea y mi cuerpo parece vacío de alguna manera. Abandonado. Ansío estar aún más cerca de él, y mi voz se quiebra alrededor de su nombre, en parte gemido y en parte sollozo.

—Michal…

—Muerde.

Al decirlo, embiste más fuerte y mi cuerpo se encoge como una goma elástica que se rompe, todos los músculos en tensión contra la punzada de dolor. En cualquier caso, reacciono por instinto a la orden de Michal e hinco los dientes en su hombro al segundo siguiente. Envuelvo los brazos por detrás de su espalda y me aferro a él mientras gime; luego, se queda quieto y espera a que su sangre surque mi cuerpo.

En cuanto toca mi lengua, el dolor amaina; no del todo, pero lo suficiente como para que mis músculos empiecen a relajarse a su alrededor. Lo suficiente como para que su olor me vuelva loca. Lo suficiente como para que… para que necesite que…

Me muevo por instinto, antes de separar la boca de su piel con un jadeo.

—Hazlo otra vez.

Con una espiración ruda pero satisfecha, los brazos temblorosos por la contención, Michal sale de mí por completo antes de enterrarse en mi interior de nuevo. Hasta el fondo esta vez. La presión aumenta detrás de mis párpados por la intrusión y araño su espalda, al tiempo que doy una violenta sacudida y enrosco las piernas a su alrededor.

—Hazlo otra vez —repito, apenas capaz de oír nada entre el rugido de mis oídos. Entre el calor.

Así que eso hace.

Y ese dolor agudo da paso a una especie de necesidad más profunda con cada embestida lenta de su cuerpo, hasta que el mío empieza a moverse en respuesta. Hasta que mi respiración se acelera y mis uñas se clavan en su espalda.

—Joder, qué maravilla —masculla, embistiendo más fuerte ahora. Más deprisa. Y sus palabras… me hacen algo. Clavo los talones en su espalda e inclino las caderas para acogerlo aún más adentro, y recibo sus embestidas con las mías propias a medida que acelera el ritmo. Y ahora es brutal, duro y crudo y primitivo, pero me encanta. Me encanta porque su férreo control por fin se está aflojando, y lo está haciendo debido a mí. Esa imagen casi me desintegra.

En lugar de eso, deslizo la lengua por su cuello, igual que hice hace una eternidad en Les Abysses.

Nadie se sentiría decepcionado, Célie.

Y Michal pierde el poco control que le quedaba.

Sale de mí de repente y me voltea sobre el estómago antes de levantar mis caderas y penetrarme de nuevo. Me abruma. Me consume. Jamás me cansaré de esto, de él. Cuando enrosca una mano por delante de mí para proporcionarme la fricción que necesito de un modo desesperado, me siento más viva de lo que nunca creí posible; más guapa, más poderosa.

Gracias a él.

Él es el espejo que siempre necesité y por fin, por fin, puedo ver mi propio reflejo. Lo veo con claridad. Y cuando el clímax estalla por todo mi cuerpo, cuando él me sigue con un rugido de placer, lo abrazo con todas mis fuerzas mientras espero a que los temblores abandonen su cuerpo.

Me niego a dejarlo ir.

CAPÍTULO 40

Casa

Michal encuentra un baúl de ropa al otro lado de una puerta cerrada con llave en un rincón de las termas. Él mismo escondió la llave de estas habitaciones hace un montón de años, de *sus* habitaciones, su primera casa en la isla. Es probable que lo hiciera cuando decidió abandonarlas para siempre.

—Esto era de mi madre —me dice ahora, al tiempo que saca un vestido antiguo pero muy bien conservado. Aunque el corte me resulta extraño, el vestido en sí es precioso en su simplicidad: blanco sobre una seda de trama también blanca (diasper, creo), con un suave forro de armiño y un delgado cinturón plateado—. Su vestido favorito y el mejor. Se lo ponía solo en ocasiones especiales.

Deslizo los dedos por las delicadas mangas, al tiempo que me trago el nudo que atora mi garganta. Todavía tiene un leve aroma a salvia y a algo cítrico, quizá a limón.

—No puedo ponerme esto, Michal. Mira lo que les pasó a todos mis otros vestidos. —Lanzo una mirada pesarosa hacia las termas, donde aún huelo la tela ensangrentada de la creación de *monsieur* Marc—. Jamás me lo perdonaría si estropease este.

Se encoge de hombros como si no le importase lo más mínimo, pero no hubiese guardado las cosas de su madre durante tantos años si significaran tan poco para él.

—Ella habría querido que te lo pusieras.

—¿Yo le habría gustado?

—Te hubiese adorado. —Una sonrisa algo melancólica curva sus labios cuando asiento. Luego paso el vestido con cuidado por encima de mi cabeza y prometo para mis adentros matar a cualquiera que lo toque. Ni una sola *mota* de sangre, de humo o de vísceras dañará la tela—. A mi padre y a mi madrastra también les hubieses gustado.

Es probable que más que yo la mayoría de las veces.

Me enderezo, sintiéndome indignada.

—Eso no puede ser cierto.

Para mi sorpresa, su sonrisa melancólica se convierte en una sonrisilla maliciosa. Una satisfecha.

—Por aquel entonces, yo era un vándalo —comenta, mientras se enfunda su propio atuendo extraño: una túnica oscura con unas calzas de lana basta.

Un vándalo. No un vampiro, un demonio o un diablo, sino un niño huraño que no hacía más que maldades por su pueblo. La idea me deja a mí también una extraña sensación de melancolía.

—Ojalá te hubiese visto entonces.

Se ríe abiertamente al oír eso.

—Y *yo* me alegro de que no lo hicieras. Mi padre amenazó con enviarme a un monasterio cuando tenía doce años. Encerré a nuestro burro en una cuadra con la espectacular yegua de mi madrastra solo para ver qué pasaba.

Aprieto los labios para no soltar una carcajada.

—¿Y *pasó* algo?

—Oh, sí. Doce meses después, en medio de una tormenta de nieve, mi padre me despertó a las dos de la mañana para ayudarlo en el parto de nuestra nueva mula. La llamé Snježana, y vivió hasta la venerable edad de cincuenta años.

—¿Cincuenta?

Michal asiente. Está claro que sigue encantado consigo mismo, y no puedo evitarlo: yo también me río, al tiempo que miro a mi alrededor con avidez en busca de alguna señal de Snježana aquí dentro. Como era de esperar, veo una figurita de una mula pintada de blanco en una balda cerca de la mesilla de noche, junto con un pequeño retrato de una mujer con el mismo pelo plateado que Michal. *Su madre*. No puede ser nadie más. Se me comprime el pecho al verla… La ternura de sus rasgos, la forma en que sus ojos parecen centellear incluso a través de la pintura, muy parecidos y al mismo tiempo muy diferentes de los de su hijo. Más redondos. De un azul aciano en lugar de marrones.

Es *preciosa*.

—Adelina —dice Michal en voz baja, como si no quisiese interrumpir el pacífico silencio de la habitación.

Adelina.

La reconozco. Ya había visto un retrato suyo una vez; un retrato distinto, relegado a las sombras de la gruta.

Este marco ovalado, sin embargo, está colocado encima de un antiguo libro sobre el lenguaje de las flores; a su lado hay un ramo de amapolas secas y la figura de madera de una deidad con cuernos. Hay también otros recuerdos variopintos desperdigados por el dormitorio: tres anillos de oro, que parecen alianzas de boda, una manta tejida a mano, un rosario, un par de desgastadas botas de cuero. ¿Habrían pertenecido a su padre? ¿A un tío? ¿A un primo largo tiempo fallecido? Una especie de percepción lenta resbala entre mis dedos mientras los deslizo por una mecedora de madera de carpe y me pregunto qué relato hay detrás de ella. La historia.

Tantas historias…

Michal las dejó todas aquí, ocultas y a salvo de los peligros del castillo y, de repente, desearía que nosotros también pudiésemos quedarnos. Este lugar… aún parece una casa, de alguna manera, a pesar de cómo lo han maltratado el tiempo y los elementos. Todavía parece querido de un modo que yo no he conocido nunca.

Mi mano cae de la mecedora.

—La Muerte no va a parar, ¿verdad?

Ante la mención a la Muerte, la magia de la habitación parece oscurecerse un poco. La sonrisa de Michal también se diluye, y me lamento de su pérdida al instante. *Solo un poco más*. El pensamiento duele en esa parte muy profunda de mi ser y, a juzgar por su expresión resignada, Michal lo percibe a través del vínculo. *Quiero pasar solo un poco más de tiempo contigo*.

Michal se acerca a mí por detrás, pasa los brazos alrededor de mi cintura y apoya la mejilla en mi cabeza, como si siempre hubiésemos estado así. Como si siempre fuésemos a estarlo.

—No —se limita a asegurar—. No va a parar.

—Tendremos que atraerlo otra vez, ¿no? —logro decir—. A la gruta.

—Sí.

—Tendremos que enviarlo de vuelta a través del remolino antes de que encuentre a Mathilde.

Michal vacila. Después:

—Sí —dice de nuevo.

Me giro en sus brazos al oírlo y levanto la vista hacia él, mientras su recelo se asienta sobre mí. Sus dudas. Aunque sus ojos oscuros lucen tan inescrutables como siempre, lascas de obsidiana duras y brillantes, ahora puedo sentirlo. Jamás volverá a ser un enigma para mí.

—¿No crees que podamos hacerlo? —pregunto en tono acusador, aunque parece más bien pánico.

—Creo… —Planta un beso firme en mi frente—. Creo que hay muy pocas cosas que no podamos hacer juntos, pero con la Muerte… —Deja la frase sin terminar, la mandíbula apretada mientras busca las palabras adecuadas. Pero yo no necesito las palabras adecuadas; necesito las *verdaderas* y, por suerte, Michal parece darse cuenta de ello. Sus manos resbalan por mis brazos hasta cerrarse en torno a las mías—. Habrá que pagar un precio, Célie. Con la Muerte siempre hay que pagar un precio, sin importar si te das o no te das cuenta de que lo has pagado.

Las palabras son demasiado familiares, irritantes a estas alturas.

—Las brujas dicen lo mismo. Toda la magia tiene un precio.

Incluso Filippa utilizó esa expresión para renegar de nuestros padres.

—Con razón —confirma Michal ahora—. Las brujas han vivido el tiempo suficiente como para comprender la importancia del equilibrio en la naturaleza. Un equilibrio que la Muerte ha alterado al quedarse más tiempo del debido en nuestro reino. Mila tenía razón. A menos que, por algún milagro, la Muerte descubra una repentina capacidad de adivinación, esto no acabará bien para ninguno de nosotros, incluido él.

Mila tenía razón.

Su nombre se engancha a mi pecho como un anzuelo, doloroso y difícil de retirar. Y quizá no pueda hacerlo nunca. Quizá sea así como debe ser la aflicción; quizá, después de todo, la aflicción sea el precio del amor. Y yo quería a Mila como si fuese mi propia

hermana.

También quiero a Filippa.

—A lo mejor podemos forzarlo a descubrirla. —Trago saliva y enderezo los hombros—. Puede que se me haya ocurrido una idea.

CAPÍTULO 41

Dos cazadores, tres brujas y cuatro vampiros entran en una gruta

Unas voces airadas resuenan por toda la gruta cuando nos colamos por la trampilla una hora después. Voces familiares, voces *enfadadas*, y aunque hago ademán de echar a correr escaleras abajo hacia ellas, Michal me agarra de la mano y tira de mí hacia atrás para darme un último beso apasionado.

—Suena como si mi dormitorio fuese a estar ocupado durante un tiempo —comenta cuando nos separamos un momento después.

Y, en efecto, una verdadera multitud se ha reunido al pie de las escaleras: Odessa y Dimitri, sí, pero también Lou, Reid y… *Mathilde*. Mi corazón da un brinco de alegría al verla. *Sobrevivió*.

Todos sobrevivieron.

Aunque, ahora mismo, Mathilde da la impresión de querer asar a su nieta en un espetón.

—… sin una invitación siquiera. —Con pinta de estar estresada, Lou agita una daga curva delante de la cara de Mathilde. De la hoja gotea sangre (fresca, por su olor) y salpica su camisón, que no es más que una camisa extragrande de Reid. Puesto que no lleva puesto nada más y tiene el pelo recogido en una trenza, está claro que no esperaba hacer un viaje repentino a Requiem. Además, da la sensación de que Mathilde acaba de sacarla de algún tipo de *ataque* —. No puedes irrumpir sin más en mi casa y arramblar con todos nosotros como rehenes.

Mathilde aparta la daga con una mano nudosa, con lo que salpica sangre sobre los zapatos de Dimitri, que baja la vista con expresión sufrida.

—He salvado tu desagradecido pellejo —escupe la anciana—. De no haber aparecido cuando lo hice, esos retornados os hubiesen *comido*, así que ahora puedes devolverme el favor protegiendo el *mío*.

Lou se queda boquiabierta de la incredulidad.

—Nosotros no te *pedimos* que nos ayudaras. Ni siquiera te *conocemos*.

—Una decisión intencionada por mi parte, te lo puedo asegurar. —Mathilde cruza los brazos con un refunfuño contrariado—. Y una que ya me arrepiento de haber revertido. Eres una nieta *espantosa*.

En ese momento, Lou me ve en las escaleras y pasa por delante de Mathilde con una mueca feroz.

—*Ahí* estáis. Gracias a los dioses que por fin estáis aquí. Esta mujer es una lunática total y absoluta y, viniendo de mí, eso es mucho decir. Se limitó a entrar *tan campante* en mi salón durante el ataque de unos retornados…

—¿Os atacaron unos retornados? —pregunto consternada—. ¿En vuestro *salón*?

—Fue más una infestación. —Lou agita una mano con indiferencia en un intento de sonar casual. Y fracasa de manera estrepitosa—. Atacan sobre todo al caer la noche, pero nos encargamos de ellos…

—*Yo* me encargué de ellos —masculla Mathilde. Lou le hace caso omiso, pero sube la voz aún más.

—Y entonces empezó a desvariar sobre la Muerte y tu hermana y…

—i… y mi preciada colección de libros! Mi colección de *valor incalculable*. —Mathilde frunce el ceño con expresión de lo más hostil, aunque el efecto lo arruina un poco su propio camisón, una prenda floral bastante horripilante con volantes hasta la barbilla—. Supongo que han desaparecido todos gracias a vosotros. Decidme, ¿de qué sirve poseer todas estas… estas habilidades sobrenaturales si ni siquiera podéis proteger a una mujer indefensa en su propia casa? —Al hablar, gesticula hacia nosotros con nerviosismo.

Me detengo a medio paso, los ojos fijos más allá de ellos, en el otro lado de la gruta, donde mi madre está sentada sola tras el escritorio de Michal. Aunque el agotamiento es muy patente en su rostro y las lágrimas aún perfilan sus ojos vidriosos y vacíos, eso no

es lo que llama mi atención inmediata. Porque no está sola para nada.

Jean Luc y Brigitte están de pie a su lado, sumidos en un silencio rígido, sus expresiones divididas entre el recelo y una hostilidad abierta.

Ay, Dios. Mi cuerpo entero se queda paralizado cuando Jean Luc me mira a los ojos. Después de atacarlo a las puertas de la Torre de los *chasseurs*, después de romper de manera irreparable el amor que una vez compartimos, no esperaba volver a verlo nunca, mucho menos verlo *aquí*. En cualquier caso, a la misma velocidad que siento esa sorpresa, desaparece de nuevo, dejando solo una profundísima tristeza a su paso… Tristeza y esta enorme caverna entre nosotros. Al menos sus heridas se han curado; la sangre de Coco debe de haber hecho un milagro.

Trago saliva con dificultad.

Lo mío con Jean Luc no habría funcionado nunca, pero no deberíamos haber terminado así.

Como si intuyese mis pensamientos, Jean Luc aparta la vista primero, incapaz de seguir mirándome. Sus ojos se posan entonces en Michal, en nuestras manos entrelazadas, y su mirada se endurece. Ni siquiera puedo culpar a Brigitte cuando se mueve para ponerse delante de él y bloquearle la vista. Para protegerlo.

Tampoco suelto la mano de Michal.

—Hola —les digo en voz baja, tentativa, mientras Michal aprieta mis dedos para darme ánimos.

Ninguno de los dos responde.

Reid se aclara la garganta a fin de aliviar la repentina tensión y da un paso al frente.

—Jean Luc y Brigitte siguieron a los retornados hasta nuestra casa antes de que Mathilde…

—Nos secuestrase —espeta Lou—. Cortó a través del velo para aterrizar justo sobre la mesa de mi cocina y me levantó en volandas a media decapitación de un Grue revivido. Reid agarró mi brazo y Jean Luc agarró *su* brazo y… —Agita una mano por el aire con nerviosismo—. Ya me entienden. Nunca me he sentido peor en toda mi *vida* que cuando estaba en el reino de los espíritus —añade con

un escalofrío—. Aunque este lugar no le va a la zaga.

—¡Una nieta espantosa! —aporta Mathilde, aunque su mano tiembla un poco cuando señala con ella a Lou—. ¡Y una mujer inútil e indefensa!

Con una maldición, Lou se dirige a la cama de Michal antes de dejarse caer en ella sin ceremonia alguna. Reid la sigue con una mirada de disculpa.

—Tú no tienes nada de indefensa, Mathilde —comenta Michal con tono seco—, pero veo no te quedaste a charlar con la Muerte.

—Porque no soy idiota. Es la *Muerte*.

—Y menos mal que huyó en lugar de cumplir sus deberes maritales. —Aunque evito con cuidado los ojos de Dimitri, veo que sus muñecas y sus tobillos aún supuran con suavidad, llenando la gruta del delicado aroma de su sangre. La furiosa quemadura roja de la cruz de mi hermana aún resalta en su mejilla—. También tiene razón acerca de sus libros y de su cabaña. La tierra los engulló, pero es verdad que prestaron bastante batalla contra la Muerte.

—¿Los *engulló*? —Brigitte frunce el ceño, perpleja en contra de su voluntad. Luego mira de mí a Mathilde—. ¿Deberes maritales? *¿Ella?*

Mathilde la fulmina con una mirada asesina, pero Dimitri las interrumpe antes de que la bruja pueda hacer algo impulsivo, como echarle una maldición y condenarla al olvido o arrancarle la nariz de un mordisco.

—Créeme —dice, intentando sonreír con valentía—, no es lo que piensas.

Los dedos de Mathilde se mueven de un modo espasmódico.

—Cuidado con lo que dices, chico. Soy vieja, pero no estoy muerta.

—Es una pena —musita Lou desde la cama.

A través del vínculo, noto que a Michal se le acaba la paciencia. Desciende los últimos escalones, hace que los presentes se abran para dejarle paso y me arrastra a mí tras él.

—Basta ya. La *chasseur* tiene razón: no podemos proceder hasta que todo el mundo comprenda la situación. —Se apresura a explicar todo lo sucedido en la cabaña de Mathilde y todo lo sucedido antes de eso, hasta que las mandíbulas de Brigitte y Jean Luc cuelgan

flojas, así como también las de Lou y Reid, y mi madre cierra los ojos y agacha la cabeza.

—¿Filippa? —Jean Luc da medio paso hacia delante cuando Michal menciona su nombre, y abre mucho los ojos antes de deslizarlos hacia mí. Aunque intenta disimular su preocupación, no dejo de oír cómo se le acelera el pulso, cómo inspira con cierta brusquedad. Asiento—. ¿Está… está viva?

—Por decirlo de algún modo —responde Odessa.

Jean Luc vacila un instante y su expresión se ablanda un poco al mirar a mi madre.

—¿Podemos ayudarla?

Cuando no responde, trago saliva.

—Lo intentamos.

Michal me aprieta la mano de nuevo y, aunque Jean Luc sigue el movimiento, no muestra ningún otro tipo de reacción.

—Filippa es un síntoma de la enfermedad global —dice Odessa con impaciencia antes de volverse hacia Michal—. ¿Por qué no nos mató la Muerte en la cabaña de Mathilde? Sus retornados nos superaban en número, incluso nos habían incapacitado a Dimitri y a mí, y *tú* no estabas para nada en condiciones de defender a nadie. Filippa utilizó a su madre como chantaje contra Célie, así que ¿por qué no nos mató a todos? ¿Por qué no terminó con nuestra pequeña resistencia ahí mismo, en ese momento?

—¿No es obvio? —Mathilde, que se había sentado en el escalón de abajo, malhumorada, durante la explicación de Michal, se da unos golpecitos astutos en la sien—. Todavía no ha encontrado la pieza que le falta: ese algo especial que hace que Filippa sea única. Y todos vosotros sois los únicos que quizá podáis. Si os mata sin más, el secreto morirá con vosotros, y la Muerte es un cobarde. No se arriesgará a seguiros a su propio reino. No hasta que el velo caiga. —Suelta un resoplido desdeñoso antes de dirigirse directamente a mí—. Pero recuerda lo que te digo, chiquilla: pronto se cansará de perseguir Novias y crear retornados, y te castigará por boicotear sus planes.

Al oír eso, todos los ojos de la gruta se giran con curiosidad en mi dirección. Noto que me hormiguea la piel bajo su atención, pero

frunzo el ceño en dirección a Mathilde.

—¿Boicotearlo? Yo no lo he boicoteado en ningún sentido. No tengo *ni idea* de por qué mi hermana no es como los otros retornados.

—¿No? —Mathilde frunce los labios, poco convencida—. O sea que no se te ocurre nada, ¿eh? ¿Ni una sola idea en esa estúpida cabeza tuya?

—Está claro que *tú* tienes una —masculla Michal con voz tensa—. Te animaría a que la compartieras con nosotros.

—A riesgo de sonar obtusa —interviene Brigitte—, ¿por qué importa que Filippa sea diferente? Creí que habíais dicho que la Muerte quiere derribar el velo, no crear otra… —Esos ojos cristalinos saltan hacia mí—. Novia oscura.

Aunque entorno los ojos ante el insulto apenas velado, me fuerzo a respirar hondo para calmarme.

—Importa porque Filippa casi derribó el velo ella solita cuando regresó a la vida en la víspera de Todos los Santos. Si la Muerte consigue recrear esas circunstancias, el velo podría venirse abajo por completo. La vida y la muerte como las conocemos dejarían de existir, y vista nuestra situación actual… —Hago un gesto general hacia el remolino, el castillo por encima de nuestras cabezas, el mercado y el bosque y el *mundo* más allá, donde las paredes rezuman sangre y los helechos lloran lágrimas, donde todo se decolora y se tiñe de distintos tonos de gris—. Eso no será bueno para nadie.

—Incluidos los *chasseurs* —señala Lou sin levantar la cabeza. Da la impresión de percibir, más que ver, la reticencia de Jean Luc y Brigitte, o quizá solo la ha adivinado. Quemar a retornados en Cesarine es una cosa; es algo tangible, algo *factible*. Enfrentarse a la Muerte encarnada mientras hace pedazos el mundo es otra muy distinta.

En efecto, Jean Luc y Brigitte intercambian una rápida mirada furtiva. El primero nunca ha sido capaz de ocultar sus emociones (en este caso, la desconfianza), y la segunda no tiene ninguna intención de disimular su animadversión.

—Al margen de lo que le sucedió a Filippa —dice Michal, que hace

caso omiso de los dos *chasseurs* y se dirige solo a Mathilde—, la Muerte va a seguir buscándote, y parece claro que está cada vez más desesperado.

—Razón por la cual vas a esconderme. —La bruja clava un dedo torcido en el pecho de Michal—. Y con la ayuda de estos idiotas. —Primero señala con la barbilla a Lou y a Reid. Después apunta hacia Odessa, que está cerca de las escaleras—. Seguro que, entre los cuatro, estaré lo bastante a salvo de cualquier cosa.

—Nadie estará a salvo mientras la Muerte aún camine entre los vivos —declaro yo—. Antes o después, nos encontrará a todos, incluso a usted. Pero, si nos *ayuda*, tendremos más probabilidades de derrotarlo. Tengo un plan.

Mathilde empieza a negar con la cabeza antes de que yo termine siquiera.

—Ni de casualidad.

—Mathilde, es usted la bruja más anciana de la que se tiene memoria.

—Más vale que eso sea un cumplido —comenta con los ojos entornados.

—Lo cual significa que es poderosa —continúo con decisión—. Más que eso, es lista; es probable que sea más lista que el resto de nosotros juntos. —Aunque tanto Lou como Odessa resoplan con desdén, las ignoro—. ¿Hace cuántos años que evita que la detecten? Incluso sus propias congéneres ignoraban que seguía con vida. Podríamos utilizar ese tipo de astucia en nuestro beneficio.

—Cuidado con lo que dices ahora. —Me mira por encima del hombro, los ojos centelleando con esa misma perspicacia insólita que mostró en la cabaña. Y por primera vez desde que he conocido a Mathilde, comprendo lo astuta que ha debido ser para vivir tantísimo tiempo como una mujer humana, no una inmortal como Michal y Odessa. De alguna manera, existe una diferencia entre ellos. Una vitalidad que no logro ubicar del todo. Arquea una ceja plateada antes de seguir hablando—. Los halagos te llevarán a donde quieras.

—Si el bien común no es suficiente para ti —apunta Michal—, reconstruiré tu cabaña con mis propias manos cuando hayamos

desterrado a la Muerte.

—¿Y mis libros?

—Todos repuestos, incluso las primeras ediciones.

—Trato hecho. —Mathilde se ríe entonces, de lo más satisfecha consigo misma—. Se hicieron solo tres copias de *El hechicero de Waterdeep's Staff* en todo el mundo… Ahora hay dos, así que buena suerte con eso.

—¿Has leído *El hechicero de Waterdeep's Staff*? —pregunta Lou con incredulidad, al tiempo que se incorpora sobre los codos para mirar a Mathilde. Ya luce demasiado pálida, demasiado enferma para hacer lo que debe hacerse. Sin embargo, no tenemos otra opción; solo puedo rezar por que su magia sea suficiente.

—Eso explica muchas cosas —musita Reid.

—Sí, bueno… —Odessa agita una mano impaciente antes de volverse hacia mí—. Todo esto está muy bien, pero ¿qué es lo que vamos a *hacer* realmente? Has dicho que tenías un plan.

—Se me ocurrió una *idea* —digo, al tiempo que me giro hacia Michal—. En las ruinas. —Cuando los ojos de Michal se oscurecen al recordarlo, me sonrojo un poco y, pese a nuestras circunstancias muy poco alegres, la cara de Lou y la de Dimitri se iluminan con sendas sonrisas idénticas. Los ignoro a ambos—. ¿Y si… fingimos traer a Mila de vuelta?

Michal lo comprende de inmediato.

—Otra resurrección —murmura al instante y, a través del vínculo, se desenrolla un zarcillo de esperanza; pequeño y tentativo, pero *presente*. Uno propio responde del mismo modo, se enrosca con el suyo y lo estrecha con fuerza, lo fortalece.

—Para derribar el velo… o al menos para dañarlo más. —Asiento entre él y Odessa, que parece escéptica. En verdad, no puedo culparla. Hay todavía tantísimas variables, tantísimas cosas que podrían torcerse…—. Si logramos crear un segundo remolino con magia, un remolino *falso*, quizá podamos engañar a la Muerte para que crea que la resurrección de Mila ha sido la causante, igual que hizo Filippa en la víspera de Todos los Santos. Creerá que el velo está cayendo y vendrá a investigar.

—Como si fuese a creerse eso en algún momento —masculla

Mathilde con desdén.

—Ahí es donde entra en juego usted. ¿Y si crea una *onda sísmica* a través del velo? Una lo bastante poderosa como para incitar a la Muerte a husmear por aquí.

—Aunque *pudiera* hacer tal cosa, no sería capaz de mantener una ilusión así durante demasiado tiempo. Unos minutos como mucho.

—Solo para tenerlo claro —comenta Jean Luc, incrédulo—, ¿tu plan es fingir una resurrección solo con… la *esperanza* de que aparezca la Muerte? —Mira de unos a otros, como si esperase el remate del chiste más ridículo del mundo—. ¿Con qué fin? ¿Para que pueda matar a los actores secundarios? —Señala con la barbilla hacia sí mismo, Brigitte, mi madre—. Estoy bastante seguro de que no tiene ninguna necesidad de mantenernos a los demás con vida.

—Será arriesgado —admite Lou—. Todo ello. En especial con la manera en que se está comportando la magia en los últimos tiempos. Incluso ahora, me siento… débil, por estar tan cerca del remolino. —Le lanza a Mathilde una mirada inquisitiva—. Supongo que tú también, y esa es la razón de que no hayas aceptado hacerlo.

Mathilde se revuelve indignada.

—¿Crees que soy tan fácil de manipular? El poder verdadero habla por sí solo. Una bruja ilustrada no necesita exhibir su magia para demostrar su valía. En situaciones normales, al menos. —Se planta las manos en las caderas y una sonrisa impaciente retuerce sus labios—. En este caso, debe hacer ambas cosas, al parecer, para enseñar a nietas tontas cuál es su lugar. —Entonces se vuelve hacia mí—. *Muy bien*, crearé esa onda sísmica y después me iré. ¿Lo entiendes? Planeo estar a medio camino de Zvezdya cuando estalle este pandemonio. Y lo *hará*. No es Frederic con quien estáis tratando. Ni siquiera es tu abominable hermana. Es la *Muerte*, y no apreciará este tipo de payasadas.

Odessa sacude la cabeza.

—Vale, digamos que la Muerte *sí* se traga lo de la onda sísmica. En ese caso, ¿cómo vamos a incapacitarlo? Por si lo has olvidado —le dice a Michal—, a *ti* te dejó fuera de combate en cuestión de unos instantes.

Jean Luc se ríe entre dientes al oír eso, pero se calla de golpe al

ver la sonrisa afilada que se despliega por la cara de Michal.

—Me cayó encima una bañera de hierro forjado, Odessa.

—Bueno, no creas que es algo de lo que alardear —comenta Dimitri—. ¿Podríamos limitarnos a… *empujar* a la Muerte dentro del remolino real y enviarlo de vuelta por donde vino? —Parpadea un par de veces antes de girarse hacia mí—. ¿Crees que es ahí a donde va el remolino? ¿Al reino de los muertos?

—Por supuesto que sí. *Es* la puerta por la que él entró. —Odessa suelta un suspiro exasperado, gira sobre los talones y empieza a andar de un lado para otro, con tanta fuerza que casi agrieta la piedra bajo sus pies—. En este hipotético mundo fantástico en el que estamos viviendo todos ahora mismo, digamos que *conseguimos* atraer a la Muerte hasta aquí. Y lo que es aún más improbable, digamos que también conseguimos empujarlo dentro del remolino y a través del velo. ¿Qué sucede después? La puerta seguirá sin cerrarse si no tenemos a Filippa.

—Dijimos que encontraríamos otra manera de hacerlo —dice Michal con tono seco.

—No existe otra manera. Siempre ha dependido de ella. —Para sorpresa de todos, las palabras no provienen de Odessa, sino de mí. Y son verdad. Han sido verdad desde el momento en que mi corazón dejó de latir, desde que Filippa utilizó mi sangre y la magia de Frederic para escapar de su tumba; han sido verdad desde que la Muerte se coló en este reino con ella, desde que hicimos este enorme desgarrón en el velo, nosotros cuatro, y creamos esa monstruosidad en el mar. El remolino aún me llama, incluso ahora, pero me resisto, mientras miro con intensidad de una cara a otra antes de girarme con decisión hacia mi madre.

Se levanta de su silla despacio cuando nuestros ojos se cruzan y conectan. Avanzo hacia ella y bajo la voz.

—Quería salvarla, *maman*. Debes creerme. Quería… volver a cambiarla de alguna manera, quererla lo suficiente como para que ella también *quisiera* cambiar, pero la Muerte la ha retorcido por dentro. Ya la viste en la cabaña. Filippa no es la misma mujer que conocíamos, quizá nunca *fue* esa mujer y la Muerte… la empeoró. Asesinó a Frederic y se aprovechó de los miedos de Filippa, de su

soledad, y yo… —La presión aumenta detrás de mis ojos ahora, inmerecida y *despreciable*—. Creo que Filippa se ha sentido sola desde hace mucho tiempo. —Mi madre no dice nada cuando tomo sus manos—. Peor aún, la Muerte la ha convencido de que él es su único camino hacia la felicidad, hacia su hija. Hacia su *futuro*. —Me trago el nudo de emoción que atora mi garganta; no me lo he ganado. Estoy sentenciando a mi hermana a la muerte—. Filippa no lo va a abandonar, *maman*.

Cuando mi madre se limita a mirarme, llevo sus manos a mi pecho con la esperanza de que me perdone. Que sienta ese lugar donde mi corazón solía latir, donde a veces creo que aún lo hace. Si no, ¿cómo podría estar sangrando de este modo?

—Por favor, di algo —susurro.

Una sombra se mueve en sus ojos entonces, y me aterra.

Me recuerda a la mujer atrapada en su cama, atrapada dentro de su *cabeza*, la que no podía escapar ni siquiera por sus hijas. Después de otro momento largo, retira las manos.

—No puedo darte mi bendición —dice en voz baja—. No importa cuánto la desees. No puedo condenaros a ninguna de las dos a semejante destino.

Sin decir una palabra más, me da la espalda y desaparece al otro lado de la cortina.

Y me deja ahí plantada, mirando por donde se ha marchado con este terrible pitido en los oídos.

—Yo… —Me trago la palabra y giro la cabeza hacia Michal, pero es Jean Luc quien aparece delante de mí cuando por fin me dispongo a seguirla. Toca mi codo con dedos suaves. Sin embargo, no encuentro compasión en sus ojos, tampoco la repulsión con la que suele mirarme ahora. En lugar de eso, están llenos de comprensión. De tristeza.

Y con ello, sé que jamás arreglaré este abismo que hay entre nosotros. No del todo. Incluso si me perdona, nunca volveremos a ser como antes de que él se enamorase de mí y yo me desenamorase de él. Y… quizá sea para bien.

Quizá algunos dolores discurren demasiado profundos como para poder olvidarlos nunca.

Aun así, me da un apretoncito en el codo.

—Yo hablaré con ella —me dice. Después, cuando él también me da la espalda…

—Lo siento, Jean.

Las palabras salen por mi boca en un susurro ahogado, tal vez demasiado suaves para que las oiga, pero vacila un instante al lado de la cortina y se gira hacia mí con una expresión inescrutable. A lo mejor sí que sabe ocultar sus emociones después de todo. Con un suspiro, inclina la cabeza hacia el escritorio, sobre el que descansa una carta abierta. *Su* carta.

—Lo sé —dice con voz queda.

Cuando desaparece detrás de mi madre, regreso a la seguridad de los brazos de Michal, a su presencia fuerte y serena, y apoyo la mejilla en su pecho. En cualquier caso, sigo sin permitirme llorar; aún no me lo he ganado. De hecho, incluso sonrío un poco al ver a Brigitte paralizada al lado de la cortina. Mira de la tela a mí, como si no supiese bien qué hacer.

—No quiero ser maleducada ni nada —dice por fin—, pero ¿quién demonios es Mila?

CAPÍTULO 42

El segundo remolino

En cuestión de treinta minutos, Reid Diggory, antes famoso capitán de los *chasseurs*, héroe de guerra condecorado y marido de la bruja más poderosa del mundo en la actualidad, se ha convertido en Mila Vasiliev.

O al menos se parece mucho a ella.

Hicieron falta varios intentos fallidos, varios momentos largos y estresantes en los que el remolino debilitaba sus esfuerzos, pero despacio, poco a poco, Reid convenció a su magia para cooperar. El intenso olor de esta aún perdura sobre su piel cuando presiona la punta de un recién creado dedo femenino contra su nariz, que se rompe por efecto del contacto. Hago una mueca cuando él gime, mientras la piel de su rostro se retuerce y contorsiona para dar forma a los rasgos de Mila: su nariz respingona, sus labios carnosos, sus mejillas arreboladas. Una única peca decora estas últimas, una peca en la que no me había fijado nunca en todo el tiempo que conocí a Mila.

Con una punzada de tristeza, me doy cuenta de que en realidad no la conocí nunca.

Conocía su impronta, sí, la ilusión, pero nunca la conocí *a ella.* Aunque técnicamente esta tampoco es ella (es Reid, que está rompiendo su cuerpo para volver a recomponerlo de modo que se parezca al retrato de Mila), me resulta diferente verla en todo su glorioso color. Esas lágrimas traicioneras no han dejado de escocer en mis ojos desde la partida de mi madre, y amenazan con brotar otra vez cuando el último toque de la transformación de Reid encaja en su sitio. Mi alivio es una cosa enmarañada y agridulce.

Los ojos de Mila.

Cálidos, luminosos y marrones, me miran desde el otro lado de la

gruta. Del mismo tono exacto que los de Odessa y Dimitri, aunque un poco más separados y grandes, más redondos, con espesas pestañas negras perfiladas con *kohl*. No puedo apartar la mirada. No puedo dejar de escrutarla, de memorizarla: el fuerte perfil de su mandíbula, los delicados huesos de sus hombros, el lustroso pelo negro azabache que cae en cascada alrededor de su vestido. Su vestido blanco paloma. Michal se lo describió a Reid con el mayor detalle posible, y el efecto es… impresionante.

Ella es impresionante.

Michal, Odessa y Dimitri se han quedado quietos como estatuas.

La miran como uno mira una estrella fugaz o un eclipse solar. Como si, en el caso de parpadear, pudiesen perdérsela para siempre.

Sin embargo, cuando gime de nuevo, con su voz demasiado grave, demasiado masculina, la ilusión se hace añicos y me fuerzo a respirar hondo, a calmarme, mientras Reid aprieta los puños de Mila.

—No seré capaz de mantener esta ilusión mucho rato. —Cada palabra suena laboriosa, dolorida—. El remolino… es demasiado fuerte.

—Tu voz —susurro.

—Lo siento. —Niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza. Los ojos de *Mila*—. No puedo… no puedo hacerla más aguda. Mi magia…

Michal viene a ponerse a mi lado. Al oír la voz de Reid, su mandíbula se tensa y sus ojos negros brillan con demasiada intensidad a la luz de las velas. Cualquier otro podía haberlo confundido con lágrimas, pero yo siento cómo la ira trepa por sus costillas. No. La aflicción. No obstante, en lugar de hacer que Michal parezca más vulnerable, lo hace parecer más fiero de algún modo, depredador incluso. Como un animal salvaje atascado en una trampa.

—Tienes exactamente el mismo aspecto que ella —le dice a Reid.

No suena como un cumplido.

Cuando Reid parpadea, sorprendido por su tono, Odessa apoya una mano suave sobre su brazo.

—Es verdad.

Michal hace una mueca.

Por suerte, en ese momento llegan Lou y Mathilde, una por cada

lado. La primera agarra la barbilla de Reid mientras que la segunda toquetea su vestido.

—La boca de Mila es más ancha —decreta Lou, al tiempo que gira la nueva cara de Reid para examinarla. Mila es solo unos pocos centímetros más alta que ella, lo cual acorta la habitual diferencia de altura entre ellos—. Y su arco de Cupido es menos pronunciado. —Da unas palmaditas en la mejilla de Reid con una mano débil, sus pecas muy visibles—. El tuyo está todo puntiagudo.

Mathilde aparta sus dedos de un manotazo.

—Viste a la chica *dos veces*. No creas que eres una autoridad en el asunto.

—Sí, bueno… —Lou pone los ojos en blanco. De las yemas de sus dedos cuelga un collar, y los bordes dorados del colgante centellean con suavidad cuando la luz se refleja en ellos. Desde su interior, un retrato de Mila nos sonríe, serena y preciosa y viva—. Yo soy la que tiene el medallón, y está *claro* que su arco de Cupido tiene un aspecto diferente.

Michal se pone rígido a mi lado, así que deslizo una mano por su brazo, antes de trazar círculos por la palma de su mano. Se calma un poco con mi contacto, aunque su mandíbula sigue dura como un diamante.

—Ese retrato es del tamaño de un dedal. —Mathilde le quita el medallón a Lou, aunque el movimiento hace que oscile un poco sobre los pies—. E incluso si no lo fuera, el artista que lo pintó era un impostor, además de un torpe. En su ansia desesperada de gloria, se apartó de la civilización y no se bañó durante un *año* entero, al tiempo que afirmaba que la naturaleza era su única musa verdadera. Deberíais haberlo olido al final de aquello, absolutamente *fétido*, con solo un puñado de paisajes chapuceros como resultado. —Mathilde sujeta el retrato en alto para examinarlo con mayor atención—. Dicho todo eso, puede que esta sea su mejor obra. No era difícil de hacer con Mila. —Con un exagerado resoplido desdeñoso, se guarda el medallón con cariño en su capa—. Aunque sigues equivocada con respecto a su boca.

Recalca esto último apoyando todo su peso en el poste de la cama, al tiempo que aparta a los gatitos que trepan por sus piernas.

Igual que conmigo, llevan arremolinados alrededor de sus pies desde que Michal los soltara de la sala de baño para que estirasen las patas antes de nuestro enfrentamiento con la Muerte. Un gesto considerado, aunque Mathilde no da la impresión de apreciarlo.

—Mila era mi mejor amiga y, sin duda, yo soy la que mejor la conocía —musita ahora, sin dejar de lanzar miradas asesinas a los gatos.

La verdad es que esperaba que Michal dijese algo, o quizá Odessa y Dimitri; esperaba que mostrasen su desacuerdo e increpasen a la bruja por reclamar cualquier parte de Mila, pero ninguno de ellos dice nada. Dimitri ni siquiera se gira hacia nosotros desde el borde del agua, donde espera rígido, los ojos clavados en el remolino y las manos en los bolsillos.

Lou se aclara la garganta en el silencio y suelta la cara de Reid con una mirada furtiva a los vampiros. A la propia Mathilde.

—Es probable que estés en lo cierto —admite al final—. Su arco de Cupido es perfecto.

Con esfuerzo, Michal se obliga a esbozar una leve sonrisa fría, la de un hombre impertérrito, un hombre bajo control, pero esos ojos aún arden con un fuego negro. Puede que su hermana eligiese seguir su camino, puede que incluso haya pasado al otro lado de un modo pacífico, como la luna por encima del sol, pero él aún la echa de menos, y siempre lo hará.

No obstante, ya habrá tiempo para llorarla más tarde, después de que lidiemos con la Muerte. Quizá le demos incluso un funeral como es debido; averiguaré cómo envían a los muertos a su eterno descanso en la tierra natal de Michal y Mila, y será un tributo precioso. Pero por el momento…

Mathilde suelta un gruñido de dolor y amenaza con desplomarse cuando las uñas de uno de los gatitos se agarran a su rodilla.

—¿Quiere alguien hacer algo con estos *malditos* gatos?

Me pongo en movimiento al instante, decidida a salvar al pobre animalillo antes de que Mathilde lo lance al mar sin querer, pero vacilo un instante cuando Brigitte se apresura a agarrar una cesta. Pesca a cada gato del pescuezo y los guarda uno a uno sin decir ni una palabra. Frunzo el ceño al ver su eficiencia. Su *agilidad*. De

hecho, cuando me agacho para ayudar, me quita al último gatito antes de dar media vuelta con brusquedad, los nudillos blancos mientras aprieta la cesta contra su pecho. Sus ojos vuelan hacia la cortina.

Hacia mi madre y Jean Luc.

La comprensión barre a través de mí de inmediato. Puede que Brigitte nos odie, sobre todo a mí, pero no ha actuado de acuerdo con sus sentimientos; no ha desenvainado su Balisarda ni me la ha clavado en el cuello, como claramente desea hacer. No. En vez de eso, ha escuchado, ha hecho preguntas, incluso ha *ayudado*… y todo por Jean Luc.

Levanta más la cesta y pasa por mi lado en dirección a la cortina, pero alargo una mano tentativa para detenerla.

—Gracias —murmuro cuando se gira, sin saber muy bien qué más decir.

Ella pasa su larga trenza por encima de un hombro y me fulmina con la mirada mientras rasca a uno de los gatitos debajo de la barbilla.

—No estoy haciendo nada de esto por ti. Yo no he pedido estar aquí. —Aunque su voz rezuma veneno, y hubo un tiempo en que eso me hubiese llenado de veneno también a mí, he estado en su misma posición, y es una que no le deseo a nadie. Yo también me he encontrado varada en la destrucción del pasado de un amante. Peor aún, el suyo la ha abandonado en una gruta con su exprometida.

Por supuesto que quiere clavarme una espada en el cuello. No puedo culparla por ello, así que le ofrezco una pequeña sonrisa a cambio. Una ramita de olivo.

—Te lo agradezco de todos modos, Brigitte. De verdad.

En lugar de responder con alguna fórmula similar, retrocede como si le hubiese dado una bofetada. Y eso… también está bien. *Esperable*. Aunque me pongo tensa cuando abre la boca para decir algo, parece cambiar de opinión al segundo siguiente; pone cara de pocos amigos y sacude la cabeza. Luego, pasa al otro lado de la cortina sin decir ni una palabra. En cualquier caso, aún puedo oírla cuando se reúne con Jean Luc y con mi madre, cuando deja la cesta en el suelo. El leve roce de tela al sentarse, el susurro aún más leve

de su saludo a Jean Luc. Oigo cómo él toma su mano.

En ese momento dejo de escuchar y me vuelvo hacia Michal, que me mira a los ojos desde el otro lado de la gruta.

«Te quiero», le digo solo con los labios y sin pensarlo. Él viene hasta mí para abrazarme. Sin decir nada, me besa, y nuestra conexión palpita entre nosotros como el latido de un corazón. Y eso es suficiente. Con él, siempre será suficiente.

En cualquier caso, percibo la antorcha que porta ahora. Aunque trato de ignorarla, presiona contra el hueco entre mis escápulas, y me trago el nudo que atora mi garganta antes de que me asfixie. Porque no… no puedo pensar en ella ahora. No puedo pensar en ella *nunca*, no puedo admitir su existencia, hasta que todo esto haya terminado, hasta que no pueda hacer nada más que arrepentirme el resto de mi vida eterna. *No tenemos elección. Nunca tuvimos elección*.

Los remordimientos palpitan a través del vínculo, procedentes también de Michal, junto con el miedo enfermizo por lo que debe hacer. Pero no doy muestras de percibir ninguna de las dos cosas y, por suerte, él permanece en silencio.

Por encima de su hombro, veo que Lou se mete en el agua, donde cierra los ojos y levanta las manos, con Reid en forma de Mila montando guardia a su lado.

—¿Estás lista? —le pregunta él en una forzada voz baja. Lou aprieta la mandíbula y asiente.

—No hay mejor momento que este.

Y empezamos.

Mathilde se levanta de la cama cuando Lou hace un gesto rápido con las muñecas y el agua más allá del remolino real también empieza a girar, despacio al principio, muy despacio, mientras Odessa y Dimitri ocupan sus posiciones en extremos opuestos de la orilla. Ellos serán los responsables de empujar a la Muerte a las aguas si yo fracaso.

La idea debería aterrarme, y lo *hace*… Que pueda fracasar, que el velo pueda caer, que todos los presentes puedan rendirse a la Muerte al final. Aun así, aparte de Reid, yo soy la única a la que la Muerte podría permitir acercarse a él. Soy la única con el factor

sorpresa.

Lo cual deja a Michal para ocuparse de Filippa. Si es que viene.

Vendrá, me digo con furia. *Su futuro también depende de esto*.

Se me revuelve el estómago al pensar eso, y amenaza con vaciarse por todo el suelo de esta maldita gruta. *Su hija*.

En cualquier caso, nuestra duplicidad no sucederá hasta el final, así que Michal y yo observamos juntos cómo las aguas aumentan su ímpetu y el segundo remolino empieza a formarse. La sangre empieza a gotear por los oídos de Lou a causa del esfuerzo, y Dimitri cierra la boca con un gemido mientras Odessa lo vigila como un halcón.

—Deja de respirar —le dice, aunque apenas mueve los labios para evitar que nadie se dé cuenta—. Aguanta la respiración.

Su hermano traga saliva y asiente.

—¿Y tú? —me pregunta Michal en voz igual de baja—. ¿Estás lista para esto?

No, quiero decir, pero, como es obvio, no puedo. Aunque es igual de obvio que él lo percibe de todos modos.

—Cuando Lou haya terminado, Mathilde empezará con el velo. —Los brazos de Michal se aprietan a mi alrededor una última vez—. Si la Muerte pica el anzuelo, podría estar aquí en cuestión de unos instantes.

—En cuestión de segundos —susurro.

—Y dispondrás de… —Los brazos y las piernas de Lou tiemblan de la tensión ahora, a pesar de que su magia rota aún es capaz de mover un *océano* entero—. De ese mismo tiempo para empujarlo.

Unas olas se estrellan detrás de los remolinos cuando pronuncia esas palabras, una tormenta que se acumula, que implosiona, al tiempo que el viento también arrecia. Revuelve nuestro pelo, agita nuestros vestidos, atrapa las cartas del escritorio de Michal y las arrastra hacia el mar. Dimitri cede un solo paso cuando el agua gélida rocía su cara, y Odessa planta los pies con firmeza, preparada para la batalla por venir. Porque *será* una batalla. Una vez que la Muerte se dé cuenta de que lo hemos engañado, de que hemos maquinado la escena entera, su ira será absoluta, interminable. Como ha dicho Lou, dispondremos de apenas unos segundos para

empujarlo, quizá menos; y Michal solo podrá despachar a mi hermana cuando la Muerte haya caído al otro lado.

Da la orden, Célie, parece susurrar su voz, solo que ahora sé que esa voz me pertenece a mí. Siempre lo ha hecho. *De* matar *a tu hermana. De quemarla*.

Las aguas giran aún más deprisa.

Y más deprisa.

Como si reaccionase a la magia de Lou, el remolino real da la impresión de volverse aún más grande, más fiero; parece que quisiese engullir a su subterfugio. Gira en espiral cada vez más profundo, hasta que se ven unas rocas irregulares en el suelo marino. Parecen dientes. La sangre gotea ya también por la nariz de Lou y Reid la sujeta estable, la mantiene anclada en el sitio con las pequeñas manos y el cuerpo enjuto de Mila, pues ha empezado a temblar con violencia.

No sé qué magia está utilizando para crear el segundo remolino, pero debe de estar extrayéndola de sus mismísimos huesos.

—Tranquila, chica —musita Mathilde, e incluso da un paso al frente como para ayudarla. Como si le preocupase.

—Estoy… *bien*. —Lou escupe las palabras con los dientes apretados. Después, levanta la voz por encima del rugido de las olas —. Ya casi —murmura, al tiempo que sufre otro enorme estremecimiento— estamos. ¿Está listo todo el mundo?

—¿Y si no lo estamos? —Dimitri casi tiene que gritar para que lo oigamos, mientras el viento revuelve su pelo por toda su cara—. ¿Qué pasa entonces?

—Sería… una pena.

Dimitri masculla una maldición y Michal me suelta por fin.

—La Muerte es la prioridad —espeta Odessa—. ¡Lo empujamos al otro lado cueste lo que cueste! —Cuando las rodillas de Lou tiemblan en respuesta, Odessa señala con un dedo hacia el techo y añade como una demente—: Y te… ¡te *debo* una escoba nueva, Louise le Blanc! Desmonté la tuya y la bañe en una solución alquímica para hacerla volar, así que no te atrevas a *morirte* ahora.

Lou fuerza una carcajada a pesar de su estado, y un relámpago zigzaguea más allá de la boca de la cueva. Su sangre mana más

deprisa.

—Las escobas no… vuelan.

—¡Puede que la *tuya* sí! ¡Cuando todo esto termine, lo averiguaremos! —Después la arenga, con más ferocidad aún que la de la tormenta—. *Concéntrate*, Louise. ¡Ya casi lo tenemos!

—¡Nadie va a volar a ninguna parte hasta que yo recupere mi sombrerera! —Mathilde entorna los ojos ante la fuerza de los remolinos y luego asiente una vez para sí misma, como si estuviese satisfecha. Se me cae el alma a los pies al ver el movimiento, al observar, paralizada, cómo pugna con el viento para dirigirse al centro de la gruta. *Es la hora*—. ¡Una promesa es una promesa, panda de criaturas desgraciadas!

Lou se ríe aún más alto, apenas capaz de mantenerse en pie. Mathilde asiente una vez más en dirección a Reid, que arrastra entonces a Lou detrás de la cortina y hacia la sala de baño. Para esconderla. La Muerte no puede ver a nadie que no espere ver, en especial no a una bruja sangrando por los ojos y las orejas. *Estará bien*, me digo angustiada. *Se curará en cuanto se aleje del remolino*.

Jean Luc y Brigitte también se quedarán escondidos, encerrados con mi madre, para no espantar a la Muerte con sus rostros humanos y sus Balisardas. Si él sospecha demasiado pronto de nuestras verdaderas intenciones, todo estará perdido.

Cuando regresa Reid unos segundos después, los remolinos aún giran furiosos y Mathilde cierra el puño alrededor del velo.

—Espero que sobreviváis todos —dice, antes de alancear a Michal con una mirada ceñuda—. Y si lo hacéis, hablo muy en serio con respecto a mi sombrerera. ¡Y mis libros! Todos y cada uno de ellos. —Después, desgarra el velo y sus ojos centellean como plata fundida cuando el reino de los espíritus ondula en la punta de sus dedos. Los copos de nieve caen revoloteando a la gruta—. Yo me agarraría a algo si fuese vosotros.

Y más deprisa de lo que he podido hacerlo yo nunca, desaparece por la abertura y la cierra en el mismo movimiento fluido.

El resto de nosotros nos ponemos tensos por la anticipación mientras Reid se mete en el agua. Su pecho aún resuella del dolor, la cara crispada por la concentración. Tendrá que calmar su respiración

si queremos que la Muerte se crea que es Mila, se crea que ha vuelto de… *donde sea* que van los fantasmas cuando salen del reino de los espíritus. Mi propia respiración se corta al pensarlo. No hemos discutido ninguna historia plausible para Reid. No sabrá qué contestar si la Muerte le hace alguna pregunta; tendré que contestar yo por él y…

Y hará falta un milagro para que esto funcione.

Aun así, cruzo las manos por costumbre, o quizá para rezar, y cierro los ojos mientras esperamos la señal de Mathilde. Por un segundo, un único y glorioso segundo, me permito pensar en un futuro mejor. Un futuro en el que sobrevivimos, en el que desterramos a la Muerte, en el que Lou vuela sobre una escoba y en el que yo ayudo a Michal a reconstruir la cabaña de Mathilde antes de marcharnos a su casa en las ruinas. Para no volver a ser vistos jamás.

Sin embargo, cuando abro los ojos, no veo ninguna de esas cosas.

En lugar de eso, un gatito gordo y anaranjado sale corriendo de la sala de baño y, para mi horror, mi madre aparece detrás de él.

—Vuelve aquí en este mismo *instante*. —Se endereza al oír el rugido del viento, su cara pálida paralizada por la sorpresa, y no puedo hacer nada más que levantar una mano aterrada antes de que Mathilde envíe su onda sísmica a través del velo.

El mundo implosiona.

La presión sísmica destroza el éter, el mismísimo centro de mi ser, al tiempo que el velo estalla hacia fuera, me roba la vista, la respiración, y no puedo encontrar a Michal para agarrar su mano… No encuentro *nada* excepto el poste de su cama, así que me lanzo hacia él para evitar caer. Porque da la sensación de que Mathilde me ha atacado a *mí* en lugar de al velo; parece que ha columpiado un garrote directo a mis rodillas, mientras la gruta ondula y se estremece con oleada tras oleada de réplicas. Michal se tambalea hacia atrás cuando él también las siente, y mi madre…

Con una exclamación, suelto el poste de la cama y caigo de rodillas. *Mi madre*.

Suelta un grito de sorpresa, de dolor, y se desploma. Cae al suelo con un golpe muy poco delicado y no vuelve a moverse. Aunque el

éter aún tiembla, aunque el suelo aún se sacude y el mar aún ruge, me arrastro hacia ella mientras Michal lanza un grito de advertencia. Agarro la cara fría de mi madre en mi mano.

Oh, Dios mío.

—*Maman*. —Mi voz sale como un graznido mientras la sacudo con suavidad, decidida a despertarla antes de que llegue la Muerte. A través del ondulante tejido de la realidad, Reid, Odessa y Dimitri nos miran horrorizados, completamente inafectados por la onda. Entonces, ¿por qué la afectó a *ella*?—. *Maman*, despierta. *Por favor*, despierta. Debes esconderte, la Muerte llegará en cualquier momento y si te…

Pero Michal se ha reunido con nosotras ya; se arrodilla a nuestro lado con expresión seria y agarra la muñeca de mi madre para comprobar el pulso.

—Está viva —se apresura a decir—. Su corazón está débil, pero aún late.

Está viva. Las palabras me golpean como sendos relámpagos gemelos y me incorporo de golpe. Miro a Michal boquiabierta mientras escucho los tenues latidos del corazón de mi madre. Porque ¿por qué no habría de estar viva? ¿Qué está *pasando*? ¿Y dónde…?

—¿Dónde está la Muerte? —Miro frenética a nuestro alrededor en busca de alguna señal de él—. ¿Por qué no ha venido? Ha debido de sentir…

Sin embargo, antes de poder terminar la frase, brota un sonido agorero detrás de Reid. El velo se raja, se *desgarra*, antes de que la Muerte y Filippa pasen a través.

—Vaya, vaya, vaya —comenta, y sus ojos se abren un poco cuando pasan de Mila al remolino, luego a Michal y a mí, aún de rodillas. Hace caso omiso de mi madre por completo—. Menudo giro de los acontecimientos más interesante.

Me levanto sobre rodillas inestables y me pongo delante de mi madre a medida que la última réplica se va perdiendo. Recuerdo las lecciones que nos enseñó acerca de mantener la compostura cuando estábamos con la aristocracia, así que mantengo la barbilla alta y me planto una sonrisa dura en los labios. Reid no será el único actor en

esta farsa.

—*Bonsoir, monsieur* —saludo, al tiempo que realizo una genuflexión perfecta—, sé bienvenido.

—*Bienvenido*… —Arquea las cejas con incredulidad mientras yo me enderezo—. Esa no es una palabra que haya oído nunca de tu boca.

Doy un pasito hacia él, al tiempo que agito una mano errática por el aire.

—Bueno, quizá «bienvenido» sea una exageración, pero no puedo decir que tu presencia aquí sea del todo inesperada. —Otro paso—. Al menos has dejado a tus retornados en casa esta vez.

La Muerte entorna los ojos, antes de deslizarlos hacia Reid… hacia *Mila*… como una polilla atraída por una llama.

—Mis retornados nunca están lejos, querida —dice con suavidad y, detrás de él, el velo ondula con su presencia. Cuántos esperan al otro lado, no puedo saberlo. Entonces continúa—: ¿Cómo lo habéis hecho?

Otro pasito pequeño. Y otro. Como planeamos, Michal permanece a una distancia segura detrás de mí. Solo necesito acercarme lo suficiente sin levantar sospechas; la Muerte nunca me ha tomado en serio, y tengo la intención de hacer que se arrepienta de ello.

—No creerás que te lo voy a decir. —Continúo mi trayecto lento hacia él y pongo los ojos en blanco, como si estuviese irritada—. Tú eres el que se dio por vencido después de lo de las cenizas de La Voisin. —Paso, paso, paso—. Nunca probaste mi sangre sobre un *cuerpo* de verdad.

—Ah, cielo mío, pero Mila no *tenía* un cuerpo de verdad.

Arqueo una ceja y le lanzo una mirada taimada a Michal, que enrosca el labio.

—¿Y tú qué sabes? —pregunta.

Incluso la Muerte parece un poco sorprendido por eso, quizá un poco asqueado.

—¿Guardaste el cadáver de tu hermana después de que Frederic drenara toda su sangre? Qué cosa más… inquietante. Pero ¿por qué esperar todo este tiempo? ¿Por qué no revivirla cuando secuestraste a nuestra querida Célie?

Levanto la barbilla con actitud desafiante y rezo por que nuestra

enclenque explicación sea suficiente.

—No sabíamos lo que podía hacer mi sangre.

—Ah. —La Muerte levanta el brazo de Mila para examinarlo y desliza los dedos por la cara interna de su codo. Cuando Michal gruñe con suavidad, la Muerte se ríe—. O sea que has averiguado cómo hacerlo. La has… traído de vuelta. Tu sangre ha sido la clave desde el principio.

Suena a pregunta.

—Obvio.

—Pero no lo ha derribado. —La Muerte observa el segundo remolino, antes de alargar una mano como para palpar el velo, para ponerlo a prueba, mientras yo continúo mi avance hacia él—. Me pregunto cuántas más harán falta. No creo que el velo pueda aguantar mucho más maltrato. —Cuando no digo nada, él levanta la cabeza para mirarme. Estudia mi reacción con atención—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Por qué has hecho esto?

Agradecida por que mi corazón no pueda aporrear mi pecho de miedo, encojo un hombro.

—Mataste a Mila. La queríamos de vuelta.

—Ah, sí. *Mila*. No hemos oído demasiado de nuestra preciosa amiga, ¿verdad? Recuerdo que era mucho más… habladora en vida. Y en la muerte —añade pensativo—. Nos hemos conocido bien a lo largo de los años.

Por favor, por favor, por favor.

A ambos lados de la orilla, Dimitri y Odessa siguen mis movimientos con el mayor disimulo posible, pero la Muerte no se ha fijado aún en ellos. Parece demasiado absorto en Mila. Camina en círculo a su alrededor, cada vez más cerca del remolino mientras desliza una mano por su espalda. Ella tiembla, cierra los ojos, y la mirada plateada de la Muerte centellea de satisfacción. Cree que la está afectando, cuando en realidad Reid está luchando por mantener el control. Sus piernas se han bloqueado. Tiene la mandíbula apretada. La bilis trepa por mi garganta ante la expresión ávida y hambrienta de la Muerte, pero vuelvo a tragármela. Porque este era el plan. Dimitri, Odessa, la Muerte misma… Todo está saliendo de acuerdo con el plan.

Excepto por Filippa.

Ella sigue los pasos de los gemelos con demasiada atención, en especial los de Dimitri, y sus rasgos se crispan con suspicacia cuando nuestros ojos se cruzan.

—Cuidado —le murmura a la Muerte, al tiempo que se acerca también a él—. Esto podría ser un truco.

La Muerte resopla con desdén.

—Has sentido la alteración, ¿verdad? ¿La ves de pie delante de nosotros ahora? —Aunque la Muerte se dirige a Filippa, aún mira a Mila como si fuese su posesión más preciada. Atrapa un mechón de su pelo, que vuela por efecto del viento. Luego, hace un gesto con la cabeza en dirección al agua—. Ves los remolinos.

—Huelo la magia —dice Filippa con tono huraño. La Muerte descarta su enfado.

—Me hueles *a mí*, o quizá a tu hermana, pues no podemos evitar oler a lo divino. —Abre las aletas de la nariz y, a regañadientes, le lanza una mirada hostil a Michal—. Aunque me he dado cuenta de que tú estás mancillando nuestro olor estos días. Es una lástima.

Michal gruñe.

—Si sabes lo que te conviene, vas a largarte de aquí. Ahora.

—No, no creo que lo haga.

Los ojos de Michal centellean cuando la Muerte se lleva la mano de Mila a los labios y Reid se estremece de nuevo, su respiración superficial.

—No la toques —gruñe Michal con brusquedad.

Me apresuro a avanzar, mientras la Muerte ignora a Michal y una sonrisa lenta y seductora se despliega por su cara.

—Mila Vasiliev —dice y, por suerte, Reid adopta una expresión arrogante con los rasgos de Mila en lugar de una enfadada—. Mi eterna damisela. Eres muchísimo más guapa *viva*. Dime, cariño, ¿cómo te sientes al caminar entre nosotros una vez más?

Michal se pone rígido al oír la pregunta. Odessa y Dimitri se detienen a medio paso. Y yo debo *actuar* deprisa, antes de que la Muerte perciba ningún tipo de vacilación.

—¿Cómo crees que se siente? —intervengo en voz bien alta—. Se…

—No estaba hablando *contigo*. —Sus ojos plateados permanecen clavados con firmeza en Mila, y arquea una ceja de manera inquisitiva. Y espera. Yo tampoco me atrevo a mirar a nadie más, no vaya a darse cuenta la Muerte de que algo va mal. *Solo unos pasos más*. Unos pasos más por mi parte, o por la de Dimitri y Odessa, y podremos hacerlo. Podemos llegar hasta él, después hasta Filippa. Siento un subidón de energía, una oleada de adrenalina que impregna el aire, y da la impresión de que los otros también lo han sentido. Abandonan toda cautela para acelerar el paso justo cuando la Muerte insiste—. ¿Y?

Un hilillo de sangre resbala por la nariz de Mila en respuesta.

En la sala de baño suena un golpe sordo.

Aunque me giro hacia el sonido, pensando que quizá mi madre se ha levantado y luego ha caído de nuevo, veo que permanece tirada en el suelo, y ese *sonido*…

Para mi horror, el segundo remolino empieza a ralentizarse, empieza a parar, y el viento amaina con él para dejarnos envueltos en un silencio espantoso. No.

No, no, no.

Se me sube el corazón a la garganta cuando miro con impotencia a Mila, que de pronto parece mucho más alta que antes, el pelo teñido de rojo, y su nariz se funde en una forma pálida y bulbosa antes de recuperar la forma de la de Reid. Más recta. Más grande; demasiado grande para su cara con forma de corazón. *Ay, Dios*. La Muerte empieza a darse cuenta de que aquí hay gato encerrado, lo veo en sus rasgos. Entorna los ojos y alarga una mano despacio para limpiar la sangre con el pulgar.

—¿Qué…?

Reid pasa a la acción. Le asesta un puñetazo inesperado que lo tira al agua.

La Muerte cae en cámara lenta, y agita los brazos por el aire antes de aterrizar justo al borde del remolino con un enorme *splash*. Reid hace un gesto brusco con la muñeca en dirección a la antorcha de Michal y echa a correr hacia Lou; la antorcha se prende, entonces, igual que lo hacen la mano, la muñeca y el brazo de Michal. Las llamas suben por su manga como si estuviesen vivas, y él ruge de

dolor antes de tirar la antorcha a un lado, mientras Odessa, Dimitri y yo nos lanzamos al unísono hacia la Muerte. Aunque Filippa surge para recibirnos, Dimitri no lo duda: la empuja hacia un lado y ella se estrella contra mí y luego contra Michal, que la agarra por el cuello del vestido con una mano en llamas para lanzarla dentro del remolino detrás de la Muerte.

Con el pelo en llamas, Filippa apuñala el puño de Michal con un cuchillo de plata. Michal maldice con violencia, pero Filippa ya se está moviendo.

Arranca su cuchillo del puño de Michal para lanzarlo hacia atrás con una velocidad y una precisión preternaturales. Y yo no puedo hacer nada, *nada*, cuando la Muerte surge del agua, cuando Dimitri se abalanza hacia él y las puntas de sus dedos apenas rozan la manga de la Muerte…

Y el cuchillo de Filippa se clava hasta el mango en el pecho de Dimitri.

Un grito desgarra la gruta. No sé si le pertenece a Odessa o si me pertenece a mí, no con la sangre que ruge en mis oídos y la forma en que los ojos de Dimitri se abren como platos por la sorpresa. No con la forma en que su piel se deseca como si… como si…

Estuviera muriendo.

Mi mente se niega a aceptar las palabras aun cuando él se tambalea un paso hacia atrás y Odessa placa a Filippa para tirarla al agua, gruñendo y chillando y llorando. Eso acaba con la única oportunidad que podíamos haber tenido de matarla. Y Michal se lanza a por la Muerte, que se ríe, pero yo echo de menos ese espantoso silencio de antes. Lo echo muchísimo de menos. Porque nadie más puede oír el último aliento ahogado de Dimitri.

Y nadie más puede verlo cuando resbala, cuando sus ojos aterrados se cruzan con los míos, cuando cae hacia atrás dentro del remolino.

CAPÍTULO 43

No seas suave

Si la muerte de Mila trajo paz, la muerte de Dimitri desencadena una guerra. Una guerra violenta y sedienta de sangre.

Michal suelta a la Muerte para agarrar a Odessa por la cintura y evitar que se lance dentro del remolino en pos de su hermano. Ella patalea, grita y *forcejea* como si su cuerpo estuviese en llamas.

—¡Dimitri! *¡Dimitri!* —Su dolor, su furia, tienen un nombre, y lo chilla como si apelase a los mismísimos cielos. Cuando no responden, le chilla a Michal a cambio, a *mí*; escupe amenazas y palabrotas y maldiciones, araña sus brazos y le promete a la Muerte que se lo hará pagar, que nos lo hará pagar también a nosotros. Y mi cuerpo entero tiembla porque lo dice en serio. Nos culpa por haber roto su alma en dos, y debería hacerlo. *Debería*. Las lágrimas ruedan también por mis mejillas ahora. Me empañan la vista mientras miro el remolino, el lugar donde Dimitri estaba antes y ahora no está.

Esto es culpa mía. Dimitri está muerto porque yo he vacilado, porque yo… intenté proteger a mi propia hermana durante demasiado tiempo. Y ahora Odessa no volverá a verlo nunca. Michal no se recuperará jamás.

—¡Dimitri! ¡Dimitri!

Odessa se arquea de nuevo, alarga los brazos hacia su gemelo, trata de llegar a la desesperada hasta el remolino, pero Michal se niega a soltarla; la sujeta hasta que sus gritos amainan y se convierten en sollozos rotos, y luego se desploma entre sus brazos. Michal le acaricia el pelo con la palma de su mano ensangrentada, le susurra con vehemencia al oído, pero ya no puedo oír sus palabras. Una presión insoportable se acumula en mi cabeza cuando Filippa la

da una patada a la antorcha y esta vuela hacia el remolino detrás de él. Debería moverme, hacer algo para atraparla, para salvarla, pero mis piernas se niegan a sostenerme más. Caigo de rodillas entre las olas.

Con los ojos como platos, Filippa se gira hacia mí con un gruñido de incredulidad.

—¿De verdad me ibas a *matar*, Célie? ¿*A mí*? ¿A tu propia hermana?

Sacudo la cabeza, incapaz de oírla, incapaz de oír nada más que la advertencia de Michal repetirse en mi cabeza.

Habrá que pagar un precio, Célie. Con la Muerte siempre hay que pagar un precio, sin importar si te das o no te das cuenta de que lo has pagado.

Dimitri ha sido nuestro precio.

Un sollozo sacude mi cuerpo, pero ahogo el sonido con mi puño. ¿Cómo he podido ser tan *estúpida*? ¿Cómo he podido pensar alguna vez que este absurdo plan mío podría funcionar? Una y otra vez he intentado hacer lo correcto para mis seres queridos, he intentado prevalecer por encima de los que querían hacerles daño, y una y otra vez he fracasado. No solo *fracasado*, sino que les he hecho más daño del que podría haberles hecho nadie.

Mi hermana perdió su futuro, a su prometido y a su hija nonata porque yo me negué a seguirla por la ventana. Y ahora mírala, contorsionada de rabia mientras arranca la cruz de plata de su bolsillo y la tira hacia la Muerte, que sale del agua con furia. Al otro lado de la gruta, nuestra madre aún yace inconsciente. Ella no estaría aquí de no ser por mí, como tampoco lo estaría Reid, que intenta revivir frenético a Lou en la sala de baño, mientras Jean Luc y Brigitte se apresuran a ayudar. Odessa ha perdido a su hermano. Michal ha perdido a su hermana. Allá donde voy, el dolor y la desesperanza parecen seguirme, como si se alimentasen de las sombras que proyecto. Como si *prosperasen* a mi paso.

¿Cuánto más tendrán que pagar? ¿Cómo puede aumentar todavía más el precio? Ya me da la sensación de estar asfixiándome en su aflicción, de absorber su peso y hundirme y ahogarme, hasta que solo hay oscuridad.

Dimitri está muerto.

La Muerte ha ganado.

En cuanto lo pienso, una mano agarra mi pelo y me levanta en volandas por el cuero cabelludo. Aunque me retuerzo, aunque clavo las uñas en la muñeca de la Muerte, esta vez no duda; no hace una pausa para escuchar, para mirar, para hablar. Con los ojos echando chispas, se limita a pasar una cadena de plata alrededor de mi cuello y tira.

Un fuego atroz brota por mi piel, un dolor tan abrumador que borra todo lo demás, y mi grito desgarrador corta a través de la gruta.

—Sí —masculla la Muerte con los dientes apretados y, tras un gesto de su barbilla, los retornados irrumpen en la gruta por el velo. *Docenas* de ellos, uno detrás de otro—. Duele, ¿verdad?

Solo puedo tratar de aflojar la cadena en respuesta, ajena a las ampollas que me destrozan los dedos y las palmas de las manos… porque voy a morir. Me va a *matar,* y lo último que veré en la vida es el rostro aterrado de Michal.

¡No!, grito a través del vínculo cuando Michal se lanza al ataque y los retornados van a su encuentro, cuando la Muerte ríe de nuevo y aprieta la cadena aún más, desgarrando mi piel y cortando mi grito en seco. Mi sangre caliente se arremolina alrededor del metal y Michal se detiene al instante. Su rostro luce angustiado. Sus ojos están abiertos como platos.

—*Por fin.* —La Muerte tira de mí para pegarme a su pecho desnudo—. Por fin empiezas a entender lo que hay en juego aquí. Ah, ah, ah. —Su cara vuela hacia Odessa, que había dado un rodeo hacia nuestra derecha cuando Michal atacó y ahora ha flexionado las rodillas para saltar. Un puñado de retornados se arremolina también a su alrededor—. No se te ocurra hacer nada, o la cabeza de Célie se reunirá pronto con tu hermano.

Aunque Odessa se endereza despacio, todo su ser arde de un odio vitriólico.

—Para esto. Páralo *ahora*. No quieres una guerra contra los vampiros.

—¿Sabes *qué*, Odessa? —pregunta la Muerte en voz alta—. Creo

que no voy a parar. De hecho, no creo que haya empezado siquiera, pero sí me ha gustado esta pequeña actuación vuestra. Menudo espectáculo más brillante. —Con zancadas largas y furiosas, me arrastra fuera del agua de la cadena de plata. Aunque clavo los talones en la roca para ralentizarnos, no sirve de nada. Aunque hurgo desesperada en un intento de deslizar mis dedos empapados de sangre entre la plata y mi piel, la Muerte agarra la cadena demasiado apretada. No logro meter los dedos, y la cadena corta más profundo en mi piel. La sangre resbala ya por mi pecho en otra parodia espantosa de la víspera de Todos los Santos—. ¿Tú qué opinas, Célie? ¿Aprovechamos el escenario que ya habéis preparado? Tengo una teoría nueva que me gustaría poner a prueba.

—Suéltala —gruñe Michal.

—Oh, pienso hacerlo —afirma la Muerte con una especie de alegría pervertida y violenta—. Tu querida compañera (menuda palabra más *desagradable*, por cierto) será la estrella de nuestro segundo acto. Oh, no hace falta que te pongas tan seria, mi amor. —Me levanta más alto y da un tirón para pegar mi mejilla a la suya mientras yo me atraganto y farfullo. Las puntas de mis pies resbalan por el suelo —. De hecho, será bastante fácil. Habéis fingido resucitar a Mila y la verdad es que me gusta bastante la idea de recrear ese segundo remolino, así que pongámonos a ello, ¿vale? ¿A quién de los presentes quieres más? ¿A tu amante? —Inclina nuestras caras hacia Michal y la cadena se clava un poco más profundo—. ¿A tu amiga? —A continuación, me fuerza a mirar a Lou, que irrumpió desde detrás de la cortina con Reid, Jean Luc y Brigitte al oír mi grito. La sangre aún gotea de sus ojos y oídos, así como también de la nariz de Reid—. ¿Quizás a tu prometido? Él *sí* que es una sorpresa inesperada.

Al oír eso, Jean Luc desenvaina su Balisarda, pero la Muerte suelta una carcajada y le hace a Filippa un gesto con la barbilla; mi hermana golpea con una velocidad letal, le arranca la espada de la mano con un giro repentino y estrella la empuñadura contra su cráneo. Cuando Jean Luc se desploma como una piedra, Brigitte chilla de rabia y desenvaina su propia arma, pero no es rival para la fuerza preternatural de Filippa. En cuestión de segundos, se reúne

con Jean Luc en el suelo. Filippa columpia ambas armas al unísono, y luego las apunta hacia las manos de Lou y de Reid.

—No os mováis —les advierte—, o tendré que cortároslas.

Ninguno de los dos se atreve a desobedecer.

Más retornados acuden a rodearlos.

—O *quizá* —continúa la Muerte, como si Filippa no acabase de incapacitar ella solita a cuatro personas— sea a tu querida madre a la que más quieres. ¿Echamos un vistazo más de cerca? —Con una mirada de advertencia en dirección a Michal y a Odessa, la Muerte cruza la gruta, sin dejar de sujetarme contra él por la cadena de mi cuello. Luego me obliga a arrodillarme delante de mi madre, antes de inclinarse sobre mí y estampar mi pecho contra el suelo. A continuación, le da a mi madre un golpe brutal en la frente—. ¿Hola? ¿Todavía está ahí dentro?

Los párpados de mi madre aletean ante semejante ataque, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no gruñir y columpiar todo mi peso hacia atrás para estrellar mi cabeza contra su rostro burlón.

—No la toques —logro mascullar.

—¿Por qué no? —me pregunta la Muerte con suavidad—. Ella me *pertenece*.

Mi madre abre los ojos mientras asimilo esas palabras y, cuando ve la cadena de plata alrededor de mi cuello y cómo las manos de la Muerte me están decapitando poco a poco, toda la sangre desaparece de su rostro ya ceniciento. Y sus ojos… ¿Cómo no me he fijado en ellos antes? Siempre fueron de un intenso verde esmeralda, pero ahora parecen casi grises. Descoloridos. Como si una parte de ella ya existiese en el reino de los espíritus. Aspira una bocanada de aire entrecortada.

—Célie.

Parece un poco desmejorada, ¿no crees?

—Madre —susurro.

Aunque trato de llegar hasta ella, la Muerte da un tirón violento y caigo hacia atrás mientras ella se da impulso para sentarse. Luego se lleva una mano a la frente.

—¿Qué está… qué está pasando? —Pero su voz suena débil. *Demasiado* débil. A pesar de nuestra proximidad, apenas la oigo, y

sus ojos se deslizan hacia la cara de la Muerte, por encima de la mía, antes de enfocarse un poco—. Vas… vas a liberar a mis hijas en este mismo instante. —*Hijas*, no «hija». Se me comprime el pecho al oír la palabra, pero Filippa no dice nada, no *hace* nada, mientras yo trato de remeter los dedos por la cadena de plata otra vez—. ¿Me has oído? *Suéltalas*.

La Muerte se acuclilla a su lado, al tiempo que gira la cadena para que se clave más en mi cuello. Me obliga a inclinarme. Después pellizca la mejilla de mi madre como haría con un niño travieso, lo bastante fuerte para dejarle un moratón.

—No —se limita a decir.

Y aparta su cara de un empujón.

Mi madre cae hacia atrás con una exclamación ahogada, y ahora *sí* que me muevo. Me lanzo a por ella, pero la Muerte tira de mi cuello hacia atrás y hace girar mi cuerpo con brusquedad justo a tiempo de ver a Filippa dar un respingo de sorpresa, de enfado, antes de que su expresión se quede vacía de nuevo. Sus nudillos, sin embargo, siguen blancos alrededor de sus armas. Y sus hombros irradian tensión.

—Ah, ah, ah. —La Muerte señala a Filippa con un dedo, triunfante —. ¿Ves? ¡Es *justo* eso! Esa expresión en tu cara. Esa mirada. *No hago más que verla*, Filippa, querida, igual que la vi a las puertas de la cabaña de Mathilde.

Filippa permanece quieta como una estatua.

—No sé a qué te refieres.

—Serás *mentirosa*. —La Muerte se ríe, como si estuviese encantado, y luego tira de la cadena más alto y yo me elevo con ella. Pero me niego a boquear. A reaccionar. Entre la pared de retornados que se interpone entre nosotros, Michal no aparta la vista de mí. Y su ira… Siento cómo se acumula a través del vínculo, oscura y poderosa, como un *ente vivo*, solo a la espera del momento correcto. La ira no se atreve a golpear, *todavía no*, pero está pendiente de cada gota de sangre que cae de mi cuello, de cada paso de la Muerte detrás de mí. Insta a la Muerte a acercarse a la orilla una vez más. A acercarse *a él*. A Michal le harán falta solo unos segundos para evadirse de todos los retornados, para arrancar los

brazos de la Muerte de sus hombros, pero yo tendré que haberme liberado de la Muerte primero. Tendré que romper la cadena, quizá romperle las muñecas, y huir antes de que me pueda hacer daño otra vez.

No volverá a hacerte daño nunca más.

Las palabras pertenecen a Michal, pero aun así palpitan escarlatas en el ojo de mi mente y envuelven mi vista en una neblina ensangrentada.

—En el campamento de las brujas de sangre —dice la Muerte, ajeno a nuestro intercambio—, Célie mencionó lo mucho que te quería Frederic, y no pude evitar preguntarme si no habrá sido *esa* la pieza que faltaba en este tablero de ajedrez nuestro. —Ladea la cabeza con una fascinación cautivada—. Encajaría, ¿verdad? La Voisin nunca quiso a nadie, así que no hubiese sido capaz de comprender el efecto del amor sobre su hechizo, pero ¿y si lo *afectó*? Si la sangre normal puede resucitar un cuerpo, si puede crear a un retornado, imagina lo que podría hacer el amor.

Alarga una mano por encima de mi hombro para acariciar mi cara, sin dejar de observar a Filippa con gran interés. Después, sin previo aviso, da un tirón de la cadena hacia arriba y me levanta del suelo. Un dolor atroz atraviesa mi cuello, la periferia de mi visión se tiñe de negro y, aunque Filippa hace todo lo posible por permanecer impasible, algo parpadea en sus ojos de nuevo. Se tensan de un modo infinitesimal.

—¿Y si…? —La voz de la Muerte se tiñe de una emoción casi enfervorizada, como si Filippa le hubiese dado justo lo que quería—. ¿Y si el amor trae de vuelta el alma además del cuerpo? Una *verdadera* resurrección. —Su mano libre se agita en dirección al remolino detrás de nosotros—. Y la última afrenta a la naturaleza.

Filippa niega con la cabeza.

—No seas ridículo.

—¿Tú qué opinas, Célie? —Se agacha bien para susurrarme al oído y me giro hacia él, para mirar directa a esos odiosos ojos plateados —. ¿Estás de acuerdo? ¿*Es* ridículo el amor? ¿Es ridículo que todas estas personas aún te quieran después de todo lo que has hecho? ¿A cuántos seres queridos han perdido ya por tu culpa?

Consigo remeter el dedo meñique debajo de la cadena, sin hacer caso del ardor.

—Por *tu* culpa.

—Después de todo, eres mi Novia. Donde vayas tú, iré yo. Donde te quedes tú, me quedaré yo. —Me hace girar entre sus brazos al pronunciar esas palabras y tira de mi cabeza hacia atrás con la cadena. Cuando Michal gruñe, la Muerte sonríe—. Él también te quiere, ¿verdad? Te quieren *todos*; menuda bendición debe ser esa. —Sus palabras amables, sin embargo, contradicen la anticipación en su voz, el brillo hambriento en sus ojos—. De hecho, tu querida y anciana madre te quiere *tanto* que hizo un sacrificio al llegar a Requiem, uno de lo más noble. ¿Puedes creerte que se ofreció voluntaria cuando cierta bruja acordó detener el corazón de cierto vampiro? —Señala con un dedo primero a Lou y después a Michal—. No puedes conseguir algo a cambio de nada, ¿sabes?, y *este* algo —dice, y extiende el brazo para incluir también a Odessa— requería que un segundo corazón dejase de latir para que el hechizo funcionara. Un corazón *vivo*. Solo sería algo temporal, por supuesto. ¿O no?

La punta de mi dedo anular se detiene debajo de la cadena y, sin pretenderlo, mis ojos saltan hacia Michal y Odessa. Los dos lucen una extraña expresión… consternada, en lugar de furiosa. Pero esto no puede ser verdad. La Muerte está mintiendo, seguro. No obstante, una punzada de inquietud aún reverbera a través del vínculo, y no soy capaz de distinguir si proviene de mí o de Michal. Incluso Lou levanta la cabeza del hombro de Reid, sus ojos muy abiertos por encima de los manchurrones de sangre que cubren sus mejillas. Confusos.

Se me cae el alma a los pies.

—Eso… eso no puede ser verdad. —Niego con la cabeza por instinto y trago saliva contra la nueva punzada de dolor. De pánico. La Muerte es un ser manipulador, un *mentiroso*, y siempre lo ha sido. Desde la primera pasada de su mano por el pentagrama, ha intentado explotar cada uno de nuestros movimientos—. Eso no sucedió así.

—Oh, vaya. —La Muerte chasquea la lengua con deleite—. ¿No te

lo dijo nadie? ¿Nunca te preguntaste cómo pudieron arrancarle a Michal el corazón sin matarlo? Qué golpe más… terrible.

Lou se endereza a duras penas.

—No te atrevas a hacer esto, *imbécil* arrogante —gruñe. Se inclina hacia delante sin hacer caso de la Balisarda que tiene ante el pecho, la sangre sobre su cara, los gruñidos graves de los retornados, y se dirige a mí. Me habla con vehemencia, con desesperación—. Célie, no matamos a tu madre. Necesitaba detener un corazón palpitante para preservar a Michal, pero fue solo unos momentos. Ella se ofreció voluntaria y solo… se quedó dormida durante esos momentos. Cuando la desperté, dijo que se sentía… —Mira con ansiedad a mi madre, que ha cerrado los ojos en señal de derrota—. Dijo que se sentía bien…

La Muerte se ríe otra vez, más alto y con más crueldad que antes. Una risa tan fría como el hielo que se está extendiendo por mi cuerpo.

Lou no puede oír los latidos del corazón de mi madre como los oigo yo. No puede oír cómo se ha ralentizado ni los estertores que sacuden ahora sus pulmones. Había atribuido el declive de su salud al estrés, a la falta de sueño y al *shock*, a cualquier cosa excepto a lo obvio. Porque ¿cómo podía estar muriéndose? ¿Cómo podía estar *muerta*? La maldad de mi mundo nunca debería haberla tocado.

—*Maman* —murmuro—. ¿Qué hiciste?

—No me arrepiento de ello —declara sin abrir los ojos.

—Os echó un solo vistazo a Michal y a ti y supo que lo querías —explica la Muerte con voz sedosa—. Después de eso, supongo que la elección fue bastante fácil. Después de todo, no podía poner en riesgo la felicidad de su querida hija. Y ahora *eres* feliz, ¿verdad, Célie? Estás *muy* feliz con tus decisiones, ¿no es así?

Detrás de él, las manos de Filippa tiemblan un poco alrededor de sus dagas. Mira a nuestra madre con una expresión horrorizada, un horror que se refleja también en el semblante de Michal. En los de Lou y Odessa y Reid, mientras la Muerte afloja por fin la cadena.

—Supongo que ya no necesitamos esto —murmura. Con una ternura dolorosa, se arrodilla para tomar la mano de mi madre, la ayuda a ponerse en pie y deposita un beso sobre sus dedos. Y creo

que voy a vomitar; una oleada de escarlata sube por mi garganta, pero la fuerzo a bajar de nuevo.

¿Cuánto más van a tener que pagar?

Todo.

La Muerte se lo ha llevado todo.

Entonces, se vuelve hacia mí.

—¿Ponemos *a prueba* mi nueva teoría? Después de todo, me has atraído hasta aquí bajo unas pretensiones falsas, y eso fue muy tonto por tu parte, Célie, de lo más tonto. Aunque conveniente, por supuesto, dado que también trajiste a todos los que has querido alguna vez. En verdad, parece cosa del destino, ¿no crees? —Una sonrisa empalagosa—. ¿Empezamos por tu madre?

—¿Con qué *fin*? —El miedo agudiza mi voz, y mi cuerpo entero tiembla cuando levanto las manos por los aires. Michal y Odessa se materializan entre los retornados a ambos lados de mí, que no reaccionan. En cualquier caso, ninguno de nosotros puede arreglar esto. *Nada* puede arreglar esto y… y…—. ¡No puedo *resucitar a alguien* así sin más! No sé *cómo*…

La Muerte asiente en dirección al remolino, sin importarle lo más mínimo lo que yo diga.

—Me temo que hay solo una manera de aprender.

Incapaz de evitarlo, sigo la dirección de su mirada hacia las aguas giratorias, hacia su gran vórtice malvado, antes de ponerme en pie muerta de miedo. Porque si mata a mi madre, no… no sé si seré capaz de traerla de vuelta. Y… ¿y qué pasa si lo *hago*? Si la Muerte está en lo cierto, si el amor es la clave, el velo entero podría desmoronarse cuando regresemos… *Si es que regresamos*. Mi miedo se torna terror al darme cuenta de eso: *yo también podría morir. Todos* nosotros podríamos morir, porque la Muerte no parará hasta que gane, hasta que destruya la vida misma.

Toda esta situación, esta *pesadilla*, es un ladrillo que se hunde hacia las profundidades del remolino, y la Muerte nos ha atado a todos a él.

Como si percibiera el caos febril de mis pensamientos, Michal desliza una mano tranquilizadora por mi espalda. Y su ira sigue ahí, pero… atemperada, de algún modo, por la resignación, una idea que

se endurece para convertirse en determinación. Sin embargo, no puedo concentrarme en ello, pues la Muerte continúa sin pausa.

—En teoría, deberías ser capaz de atravesar el remolino para recuperar a tu madre intacta porque la quieres. Una vez más, asumo que tiene algo que ver con su alma, o quizá con la tuya; no tengo forma de saberlo, puesto que yo no poseo una. Ahora… —Se vuelve hacia mi madre—. No tiene ningún sentido demorar lo desagradable.

Aunque *maman* abre la boca para hablar, él la obliga a callar con un dedo antes de deslizarlo con ternura por su mejilla. Y el corazón de mi madre… se trastabilla con ese contacto. Se *para*.

No.

—¡No!

—¡No!

Filippa y yo gritamos al unísono, aterradas, mientras la Muerte nos mira de reojo, una sonrisa siniestra desplegada en los labios cuando levanta el dedo de su cara. El corazón de mi madre da otra sacudida. Dos, tres, cuatro veces. Filippa, que ha dado un paso apresurado hacia nosotros, se queda paralizada al oírlo, igual que yo, igual que toda la gruta; nos quedamos todos escuchando, contando cada latido.

—A menos… —La Muerte alarga la palabra con un deleite palpable —. Quizá otra persona desee ocupar su lugar. Después de todo, no soy poco razonable. Si prefieres utilizar a otra persona en su lugar, estaré encantado de perdonarle la vida a tu madre. Se convertirá en una Novia, igual que tú, pero por lo demás no sufrirá daño alguno. Quizá incluso acabe mejor. Más sana, desde luego. —Esa sonrisa malvada aumenta, casi parte su cara en dos—. ¿Qué dices, Célie? ¿Quién será?

Y así sin más, la situación va de mal a imposiblemente peor.

Filippa clava los ojos en los míos desde el otro lado de la gruta; arden con una promesa feroz. La conozco desde hace demasiado tiempo y demasiado bien como para malinterpretar esa expresión: quiere que elija a otra persona, a *cualquier* otra, para salvar a nuestra madre. Y hay un montón de seres queridos aquí entre los que elegir: Lou y Reid, Jean Luc, Odessa… y Michal. Sus dedos se aprietan sobre la tela húmeda del vestido de su madre, el vestido

más excepcional que he llevado en la vida, pero que aun así he arruinado como todos los demás. Pese a todos mis esfuerzos, no he podido salvarlo.

Como tampoco puedo salvar a mi madre. No puedo salvar a nadie.

Una ira salvaje se aviva en mi pecho, abrasadora, demoledora. Quema todo el miedo y la racionalidad mientras me interpongo a la fuerza entre ella y la Muerte, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

—Derríbalo, entonces. Derriba el velo, para que puedas gobernar sobre un reino de personas que te *odian*. ¿Crees que te aceptarán? ¿Todas esas almas que has reclamado? En el mejor de los casos, sacarás a la fuerza de su descanso a los que están en paz; en el peor, desatarás un infierno sobre la tierra. En cualquiera de los dos casos, no te adorarán, no te *querrán*, y estarás exactamente igual que ahora. Miserable y solo.

La sonrisa de la Muerte se borra al instante, dejando una expresión fea a su paso.

—El reloj corre, Célie. Haz tu elección.

Lo miro con cara de pocos amigos y me niego a contestar. Me niego a *elegir*, pese a que el corazón de mi madre se debilita, pese a que cada latido subraya sus últimos segundos.

Todos vamos a la sala del reloj antes o después.

La Muerte chasquea la lengua con impaciencia.

Tic.

Pero no puedo hacerlo.

Tac.

No puedo matar a mi propia madre.

Michal se acerca despacio a la Muerte.

—Célie —dice en voz baja—. Elígeme a mí en su lugar.

Y esa idea que percibí antes, esa determinación que se endurecía, se despliega por el vínculo, totalmente formada. *Elígeme a mí en su lugar*. Mi mente rechaza esa posibilidad al instante, y sacudo la cabeza antes de que pueda sugerir nada más. Porque no puedo… *él* no puede…

—Desde luego que no. —Sigo negando con la cabeza, aun cuando Michal rodea a la Muerte, que sonríe de nuevo y me quita a mi

madre de los brazos antes de girarla hacia Odessa. *Está despejando el escenario*, pienso con una vaga sensación de premonición.

Tic, tac; tic, tac; tic, tac…

—Esto es lo que él quería —le susurro a Michal, entre dientes, mientras unas lágrimas traicioneras asoman a mis ojos—. No lo haré. No puedo perderte.

Michal me estrecha entre sus brazos.

—Volveremos a vernos.

—*No*. —Lo aparto otra vez, la visión borrosa, pero se niega a soltarme—. No sé lo que estoy haciendo. No sé a dónde *ir*. Michal, es… demasiado arriesgado y… y el vínculo... —Me aferro a esa excusa como si fuese un salvavidas; me aferro también a su camisa —. Si tú mueres, yo muero, y no… y no seré capaz de traer a *nadie* de vuelta.

Por favor, quédate.

Su súplica de antaño reverbera de vuelta a mí, y la repito ahora como una oración. *Por favor, quédate, por favor, quédate, por favor, quédate*.

La Muerte nos acaricia la cara a ambos, demasiado cerca para sentirnos cómodos, tan cerca que puedo ver mi reflejo en el brillo maníaco de sus ojos.

—Oh, no tienes por qué preocuparte de eso, querida. Después de todo, yo *soy* la Muerte. Puedo ralentizar cualquier efecto que pueda conllevar la ruptura de este maldito vínculo.

Michal aparta a la Muerte de un empujón antes de acunar mi cara entre sus manos. Para mi sorpresa, no siento ningún miedo en nuestra conexión, solo un calor sereno y, por increíble que pueda parecer, una sensación de gratitud. De veneración. Me tiembla la barbilla.

—¿Confías en mí? —me pregunta.

Y quiero decir que no. Tengo *muchísimas* ganas de decir que no, pero…

—Sí —murmuro.

—Puedes hacerlo. —Deposita un beso suave sobre mis labios antes de dar un paso atrás. Siento su ausencia como si hubiese perdido una extremidad, las manos aún estiradas hacia él—. Esperaré hasta

que me encuentres. Te esperaré *siempre*.

Se gira hacia la Muerte mientras las lágrimas ruedan con impotencia por mis mejillas, y no puedo dejar de negar con la cabeza. No puedo dejar de aferrarme al vínculo, que es lo más cerca que puedo estar de Michal ahora. A pesar de su inminente deceso, me envía oleada tras oleada de ánimo a través de él, de consuelo y *amor*. Y lo quiero. Lo quiero muchísimo. Las cosas no deberían haber sido así nunca. Acabamos de encontrarnos; deberíamos haber tenido más tiempo juntos. Una eternidad. Y yo por fin la quería. A pesar de la oscuridad de su vida, quería pasar toda la eternidad con él, *con* él, y ahora debo dejarlo marchar.

Odessa solloza en silencio detrás de ellos.

—Vamos, acaba ya con esto —dice Michal.

La Muerte, sin embargo, sacude la cabeza, al tiempo que saca una delgada daga de plata de entre los pliegues de su capa.

—¿Dónde estaría la diversión en eso? —Se asoma por un lado de Michal e inclina la daga hacia mí—. He dicho que era razonable, no benévolo. Aunque este amante tuyo ha sido un incordio para mí durante siglos, creo que *tú* deberías hacer los honores.

Mis dedos se cierran alrededor del mango.

Al otro lado de la gruta, el reloj del escritorio da las doce de la noche. Sus campanas repican una detrás de otra. Doce campanadas. Doce respiraciones. Después…

—Este no es el fin, *moje sunce*. —La mano de Michal se une a la mía alrededor de la daga para situarla sobre su pecho. Sus ojos taladran los míos y su voz baja, se vuelve sombría hasta que podríamos estar solos en la gruta. No existe nadie más—. ¿Verdad o reto?

No sé si reír o llorar.

—Creía que te habías cansado de jugar conmigo —digo sin poder evitarlo.

—Nunca.

—Reto.

—No seas suave. —Sus dedos se aprietan alrededor de los míos y tira de mí como para darme un beso—. Solo haz que sea rápido.

Así que eso hago.

CAPÍTULO 44

El reino de los muertos

Deslizo la daga entre sus costillas y justo a través de su corazón.

—Te *encontraré* —susurro con pasión, pero no sé si me oye.

Cuando la hoja llega a su destino, Michal cierra los ojos y su último aliento suena como mi nombre. Sus manos resbalan de las mías. Y su cuerpo… se deseca alrededor de la daga y envejece años, décadas, siglos en el lapso de unos pocos segundos, hasta que…

Hasta que desaparece.

Un mar de lágrimas silenciosas rueda por mis mejillas.

Su cuerpo se reduce a polvo y después a nada en absoluto, y yo me quedo sujetando una daga donde antes estaba Michal. Mis manos la dejan caer por inercia y el arma choca con un ruido sonoro y *cruel* contra la piedra. Me tambaleo un paso hacia atrás, mis hombros se sacuden, me *duele* el pecho. Caigo de rodillas y palpo desesperada el lugar donde residía nuestro vínculo, donde residía *Michal*, pero lo encuentro vacío. Eso también ha desaparecido.

Michal ha desaparecido.

Y me da la sensación de que jamás volveré a sentirme completa.

Una mano pequeña toca mi hombro mientras la Muerte aplaude, haciendo añicos el silencio; cuando por fin aparto la vista de la daga, encuentro a Odessa de pie por encima de mí, su semblante pálido y crispado.

—Esto no ha terminado —dice en voz baja.

Por la periferia de mi visión, Lou asiente con solo un leve descenso de la barbilla. Para mi sorpresa, Filippa no vuelve a levantar sus cuchillos; se limita a mirar de mi madre a mí, su expresión dividida entre la incertidumbre y el antagonismo.

—¡Un espectáculo espléndido! —Con una carcajada, la Muerte

pasa el brazo alrededor de mis hombros y aprieta mi cuerpo contra el suyo como si fuésemos viejos amigos—. Bueno, eso no ha sido tan difícil, ¿verdad? Te *dije* que lo log…

—¿Cómo entro en el remolino? —pregunto en tono neutro—. ¿Saltando?

Su sonrisa radiante vacila un segundo antes de que vuelva a fijarla en su sitio.

—Una pregunta justa, supongo, y una con una respuesta fácil: sí. —Me empuja hacia el borde del agua con más fuerza de la necesaria y vuelvo a tropezar, hasta el punto de casi caer de rodillas. Una especie de insensibilidad cosquillea por mis brazos y mis piernas, como si unas agujas finísimas pincharan mi piel. Desconectada de mi cuerpo en cierto modo, observo cómo Lou y Reid se acercan para ayudar. Pero la Muerte les corta el paso, al tiempo que lanza una mirada asesina detrás de ellos, en dirección a Filippa, que debería haberlos contenido.

—Filippa, querida. —La Muerte levanta las manos por los aires, exasperado—. ¿Esos cuchillos que llevas a los lados son solo atrezo o piensas utilizarlos en algún momento?

Filippa no responde.

La Muerte entorna los ojos, y cualquier euforia que hubiese sentido por el fallecimiento de Michal parece afilarse mientras camina hacia mi hermana para chasquear los dedos delante de su cara.

—¿Hola? —pregunta con tono suave, peligroso—. ¿Me has oído? Te he hecho una pregunta, cariño. —Cuando Filippa se limita a levantar la vista hacia él, como si su tono no la afectase lo más mínimo, sus puntos de sutura tensos y su boca apretada, la Muerte ladea la cabeza con una diversión lúgubre—. Oh, no me digas que te lo estás pensando mejor. Todo esto es parte del *plan*, ¿o has decidido que preferirías marcharte bailando hacia el ocaso con toda esta panda en lugar de reunirte con tu amada hija? —Hace una mueca desagradable—. ¿Cómo demonios decías que se llamaba? ¿Frosty?

Ante la mención de su hija nonata, el rostro de Filippa se retuerce.

—Frostine —dice por acto reflejo.

—No mejora mucho. —La Muerte arquea las cejas con una incredulidad silenciosa—. Y debo decir, querida, que no me gusta tu

tono. —Luego señala con la barbilla de mí al remolino, aunque no aparta sus ojos plateados de ella en ningún momento—. No obstante, si insistes en permitirte este pequeño arrebato de rebelión, no lo dudes, ve con ella. Mantén a tu hermana centrada en la tarea que tiene entre manos y asegúrate de que vuelve conmigo. De lo contrario, puedes despedirte para siempre de esa mocosa.

Los puños de Filippa se aprietan de un modo casi imperceptible alrededor de los cuchillos. Solo por un segundo, me da la impresión de que podría atacar.

—Hazlo tú mismo —dice en cambio.

La Muerte se queda petrificado. Todo el humor se esfuma de su rostro y el silencio entre ellos se vuelve aún más tenso, más letal. Aun así, Filippa ni se inmuta… hasta que la mano de la Muerte sale disparada y la agarra por el cuello, apretando hasta que todos sus tendones se estiran de un modo espantoso. Y debería temer por mi hermana, por mí misma, pero no logro que me importe nadie aparte de Michal. Mis ojos vuelan de vuelta al remolino. Michal está ahí abajo en alguna parte, me está *esperando*, y cada segundo que permanezco aquí es un segundo perdido.

—¿Y *por qué* habría de hacer eso? —murmura la Muerte con la cabeza ladeada.

Una vena palpita en el cuello de Filippa, los músculos de su mandíbula se abultan. Cuando traga saliva, su silencio ahora una aquiescencia, la Muerte afloja su agarre y luego dibuja círculos tiernos con el pulgar sobre los moratones que ha dejado en su piel.

—Bien —murmura—. Muy bien. Parece que has olvidado cómo funciona este acuerdo, así que deja que te lo recuerde: si te digo que vayas con tu hermana, vas con tu hermana; si te digo que la traigas de vuelta, la traes de vuelta. —Coloca su mano libre con ternura sobre la tripa de Filippa, y el intenso olor del miedo de mi hermana inunda la gruta—. Si te *digo* que le cortes el cuello a tu madre, le cortas el cuello, y además te mostrarás *agradecida* por ello. De lo contrario, jamás conocerás a este maldito bebé estúpido. ¿Entendido?

Filippa parpadea y retrocede un poco al oír la amenaza, antes de que su cuerpo entero se transforme, antes de que se endurezca y

pase de ser presa a ser depredador entre las mismísimas manos de la Muerte. Se inclina hacia él y le muestra los dientes en una sonrisa escalofriante.

—Sí.

—Eso está mejor. —Asiente, su propia sonrisa tensa, y acaricia la tripa de Filippa una última vez mientras le echa el aliento por la cara. No obstante, si está intentando quebrar a mi hermana, estaremos aquí toda la noche, pero el dolor de mi pecho es cada vez más profundo, palpitante incluso. Parece casi como el latido de un corazón, solo que en lugar de bombear sangre, esparce… vaciedad, un agujero, como si un cuchillo me estuviese trinchando las venas. El dolor ralentiza mis pensamientos, por lo que me cuesta pensar, pero sé que me estoy muriendo sin Michal. El Vínculo Eterno se ha roto.

—¿Has terminado ya? —pregunto inexpresiva—. ¿Salto ahora o piensas violar a mi hermana delante de nuestra madre moribunda?

—No seas tan dramática. Ya apenas se muere. —La Muerte agita una mano y mi madre, que había estado boqueando en busca de aire en brazos de Odessa, consigue ponerse de pie y soportar su propio peso. Su respiración se asienta y recupera el color. Reid va a examinarla de inmediato, con Lou pegada a los talones, mientras la Muerte suelta a Filippa antes de darle un empujón en mi dirección.

—Tictac, señoritas —dice con voz fría—. Yo cuidaré de vuestra madre hasta vuestro regreso.

Nuestra madre se revuelve indignada entre Lou y Reid, pero antes de que pueda cargar hacia nosotras, de que pueda intervenir, Filippa me tiende la mano. Cuando la miro, sin hacer ademán de aceptarla, pone los ojos en blanco.

—Tómala —espeta.

Sin embargo, no tengo ganas de tomar la mano de mi hermana; en este momento, nunca he deseado nada menos. Al comprender mi rechazo de manera implícita, me mira con desdén y menea los dedos.

—No te ofrezco la mano por *afecto, ma belle*. Tenemos que entrar en el remolino juntas, no vaya a separarnos. Esta no es mi primera excursión al reino de los muertos.

—Lo recuerdo. —El vacío que se extiende por mi interior ha empezado a bullir y el sudor gotea de mis dedos, por mi columna, de un modo que no debería afectar a una vampira. A lo mejor sigo a Michal por causas naturales; a lo mejor su pérdida me quemará de dentro a fuera—. Yo soy la que se encargó de tus preparativos, de *todos* tus preparativos. —Tal vez no sea ni el lugar ni el momento para volver a discutir sobre el pasado, pero mi sutileza desapareció en el momento que clavé un cuchillo en el corazón de Michal. Si soy sincera conmigo misma, debería haber desaparecido mucho antes; mi hermana no se la mereció nunca. Y quizá esto me haga rencorosa, me haga cruel, pero otra verdad brota por mis labios en un arrebato de resentimiento—. Yo soy a la que dejaste atrás.

Los ojos de Filippa centellean.

—Me *morí*.

—Te ibas a marchar de todos modos. —Con eso, agarro su mano justo cuando amaga con retirarla y entrelazo los dedos con los suyos igual que hacíamos cuando éramos pequeñas—. ¿Dolerá? —le pregunto.

Niega con la cabeza, los ojos clavados en el remolino para evitar mirarme a la cara.

—Morir no da miedo, Célie. —Damos un paso juntas, luego otro, y casi no oigo sus siguientes palabras cuando saltamos al corazón de las olas y descendemos al reino de los muertos—. Vivir asusta más.



En un abrir y cerrar de ojos, Filippa y yo caemos con facilidad, de un modo indoloro, y aterrizamos con la suavidad de una pluma sobre un colchón de hierba mullida.

Ruedo sobre la espalda, una mano plantada sobre los ojos para protegerlos de un sol brillante que cuelga sobre nosotras en un cielo prístino, del más puro azul turquesa. Una profunda sensación de serenidad impregna el aire, acompañada de una cálida brisa veraniega que se enrosca alrededor de mis piernas y brazos y, del mismo modo que los gruesos robles alineados en la distancia, del mismo modo que sus largas ramas y su denso follaje, levanto la cara

hacia ella. El vacío de mi pecho ha desaparecido, sustituido por un deseo arrollador e inexplicable de pasear entre las flores, o quizá de holgazanear a la orilla de un río cercano. Qué *extraño*.

Parpadeo despacio mientras miro a mi alrededor en un intento fallido por ubicar nuestro entorno. ¿Dónde *estamos*? Aunque no sé qué esperaba encontrar al otro lado del remolino, desde luego que no era esto. Aquí no hay retornados ni un zarcillo serpenteante de podredumbre; no hay ninguna neblina sobrenatural que pinte las flores y los árboles de distintos tonos de gris. No hay nieve, cenizas ni fantasmas.

En lugar de todo eso, escucho el sonido de una corriente de agua, y su olor se mezcla con un leve toque a naranjas.

Esto no puede ser correcto.

Me pongo de pie y giro en un círculo pequeño para examinar todos los lados de este… este lugar, y pronto me doy cuenta de que es *un jardín*. Pisándole los talones a ese pensamiento, llega otro, más veloz todavía: lo reconozco. Reconozco la muerte y su luz cálida y dorada, aunque las suaves risas de la víspera de Todos los Santos han desaparecido. *Aquí es a donde habría ido*. La idea me eriza los pelos de la nuca y me siento extraña, pero no… no estoy asustada.

En lugar de eso, la adrenalina surca por mi cuerpo con cada latido de mi corazón, hasta que me duelen los pulmones y se me pone la vista borrosa. Levanto la cara hacia el sol otra vez. Lo noto… caliente. De un modo incluso incómodo. Mi piel se caldea bajo sus rayos, pero… no. Frunzo el ceño de nuevo.

No, esto no es correcto.

No es posible.

Apoyo una mano en mi mejilla para comprobar mi temperatura, y luego compruebo la de mi frente, mi cuello, debajo de mis dedos…

—Oh, Dios mío. —Mi voz sale como un graznido cuando miro hacia mi hermana, a su rostro perfecto y sin desfigurar—. Oh, Dios, oh, Dios, oh, *Dios*.

—¿Qué pasa? —Filippa se levanta despacio y se toma el tiempo de estirar cada una de sus extremidades. Todavía no se ha dado cuenta de que su piel, *mi* piel, están calientes. Y mi corazón… está latiendo en mi pecho, frenético y tartamudo y *vivo*. Y… y acabo de decir

«Dios». Me maravillo ante la palabra. La he dicho. La he dicho cuatro veces y no se ha prendido ningún fuego en mi garganta. Me toco el cuello de nuevo, solo para asegurarme, y retiro los dedos intactos, sin sangre. Mis heridas también se han curado.

Miro a mi hermana boquiabierta mientras rezo por que esto no sea un sueño, por no estar alucinando, pero el pensamiento se marchita cuando parpadea en mi dirección con dos ojos esmeraldas.

Dos. Ojos. Esmeraldas.

La incredulidad va en aumento mientras contemplo su cara pálida, lisa desde la frente hasta la barbilla, sin un solo punto de sutura a la vista. Sus labios rosas se fruncen en una mueca, pero es una mueca *preciosa*. Es *su* mueca. Un sollozo se acumula en mi garganta, pero brota en cambio como un gritito agudo.

—¡Filippa!

Ella se asusta al oír el sonido y frunce el ceño de inmediato, alarmada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Cuando corro hacia ella en respuesta y le agarro ambas manos y se las aprieto (*sin* romperle los huesos), retrocede sorprendida y las retira a la misma velocidad que yo las había agarrado—. ¿Qué estás haciendo? Contrólate, Célie. Estás actuando como si hubieses visto un… un…

—¿Un fantasma? —Incapaz de resistirme a mi propio entusiasmo, boto un poco sobre las puntas de los pies—. No del todo. De hecho, diría lo contrario. Palpa tu muñeca, Pip.

Filippa frunce el ceño al oír el mote. Antes no lo odiaba. Aun así, examina la piel de porcelana de sus brazos antes de situar dos dedos sobre su muñeca. Sin embargo, en lugar de abrir los ojos por la sorpresa, como yo esperaba, los entorna.

—Qué curioso —comenta.

Pero esto… esto es mucho más que *curioso*. Es un *milagro*, algo que jamás me había permitido ni soñar. Esta es la Filippa de mi juventud, la chica que escapaba sin miedo por nuestra ventana, la que nunca miraba atrás, con su larga melena negra cayendo sobre sus hombros y sus pestañas aleteando contra sus mejillas. Esta es mi *hermana* otra vez, lo cual debe significar que yo también debo ser… Que soy…

Aprieto una mano contra mi pecho y vuelvo a buscar el dolor que sentía unos momentos atrás, pero solo queda la tristeza. Una tristeza natural, recuerdos, no el abismo voraz de un vínculo roto. Deslizo a toda velocidad la lengua por mis dientes y los encuentro suaves. No noto colmillos. No percibo sed de sangre ni de violencia.

La euforia barre a través de mí, me deja sin respiración y, cuando los últimos restos de tensión abandonan mi cuerpo, me siento ingrávida, ligera. Muchísimo más ligera de lo que me he sentido en semanas, meses, *años*. Porque soy humana otra vez. Soy *humana*. Al instante, giro en redondo en busca de Michal, desesperada por verlo otra vez, por mostrarle mi estado, pero solo encuentro a mi hermana, que no sonríe.

Parece… pensativa.

—¿Cómo es posible? —pregunto, en un susurro asombrado.

Filippa resopla malhumorada antes de echar a andar por el jardín y alejarse de mí. Camina por la exuberante hierba y pasa por delante de un puñado de naranjos. Los frutos cuelgan de tamaños imposibles y tiran de las ramas tan abajo que varias llegan hasta la hierba y crean santuarios sombríos de olor dulce. Aunque corta una naranja del árbol más cercano, no se la come; en lugar de eso, la tira recto hacia delante, pendiente de cómo la fruta cae al río y salpica agua en todas direcciones.

Antes de que pueda repetirle la pregunta, empieza a hablar.

—Sospechaba que este sitio podría… cambiarnos, pero no estaba segura de cuáles podrían ser esos cambios. —Mira hacia atrás y un aluvión de recuerdos de la infancia cae sobre mí al verla: cómo trepábamos por el naranjo de nuestra casa, cómo jugábamos en la tierra, cómo nos escapábamos hasta las orillas del Doleur con cada luna llena… Ella, sin embargo, no parece compartirlos, porque sigue con su explicación—. Sin la Muerte, los retornados no pueden existir. Los vampiros, tampoco. Y la Muerte se ha marchado de este reino. Ya no existe aquí; no como era antes, al menos, no como se supone que *debe* ser… Lo cual debe de significar que…

—Hemos vuelto a quienes habríamos sido sin él. —La miro y parpadeo, sacada de golpe de mi ensoñación juvenil—. Eso suena mucho a especulación.

—Por supuesto que lo es. —Se ríe con desdén—. Estamos hablando de la Muerte, el mayor misterio de toda la vida y, para ser franca, no conozco a nadie más que haya muerto, haya regresado a la vida y luego haya vuelto a semimorir. *¿Tú sí?* A lo mejor podríamos invitarlos a tomar el té y hacerles todas las preguntas que queramos. —La miro ceñuda y, aunque los labios de Filippa amagan con sonreír de satisfacción, ella sigue negándose a hacerlo. Entonces se encamina hacia el río—. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que *ese* —añade, al tiempo que señala con el pulgar hacia atrás— es nuestro único camino para salir de aquí.

Sigo la dirección de su pulgar y levanto la vista hacia donde una única nube cuelga en el brillante cielo. Una nube de tormenta, tan discordante y fuera de lugar como una flor en el desierto. Y lo que es más extraño todavía, parece estar *lloviendo*, pero ninguna humedad carga el ambiente. Entorno los ojos para mirar con más atención y me sobresalto al percatarme de que las gotas no son gotas para nada, sino jirones del velo roto. Ondulan iridiscentes al viento, preciosos incluso, hasta que recuerdo quién existe al otro lado.

Se me corta la respiración al pensarlo y me apresuro a seguir a Filippa, que desliza sus dedos pálidos por las flores de colores vibrantes de camino al río. Multitud de rosas rojas crecen en enormes topiarias espirales sin una sola espina; las campanillas de invierno centellean de tonos blanco paloma y gris claro, más pequeñas que las otras especies y… Parpadeo incrédula; hay incluso flores Barba Azul meciéndose con suavidad bajo la brisa. Una de ellas incluso lanza un mordisco a nuestros talones cuando pasamos por su lado. Filippa frunce el ceño aún más.

—¿Qué demonios es eso?

—¿No lo sabes?

—El jardín cambia para adaptarse a la persona que lo cruza, Célie.

Qué curioso.

—Son las flores Barba Azul. —Encantada de saber algo que no sabe mi hermana mayor, añado con un toque de vanidad—: Comen mariposas.

Me lanza una mirada desdeñosa.

—¿Qué ha pasado con la niñita a la que tanto le gustaban las mariposas?

Sus palabras salen disparadas como una flecha apuntada directa a mi pecho y, con ellas, me doy cuenta de que no soy la única que ha dado un rodeo por la avenida de los recuerdos. Sin embargo, en lugar de recordarme con afecto, con nostalgia, mi hermana parece recordarme solo con desdén.

—Murió —respondo escueta.

Y así sin más, todo deseo de impresionarla también desaparece.

Con un bufido entre dientes, estampa el pie sobre una campanilla de invierno descarriada y la aplasta bajo su talón, aunque por lo demás no dice nada. Yo paso con cuidado por encima de los pétalos caídos y no vuelvo a hablar hasta que el silencio se alarga entre nosotras.

—¿Qué pasa con el río? —Juntas, miramos hacia el lento flujo de agua en la distancia. Discurre perpendicular al jardín y se extiende a izquierda y derecha hasta donde alcanza la vista, imposible de evitar, aunque una neblina peculiar oculta lo que sea que haya más allá de él—. Parece… significativo —musito con recelo.

—¿No es obvio? —Cuando no digo nada, sino que espero a que me lo explique con una paciencia que mengua a ojos vista, Filippa suelta un suspiro exasperado—. Uno debe cruzar el río para llegar al lugar de su último descanso.

Ah.

—Tú ya lo has cruzado —deduzco—, cuando te mató Morgane.

—Frederic tiró de mí hacia atrás. —Lanza una mirada de soslayo en mi dirección, pero frunce los labios al ver mis ojos como platos y mi expresión inquisitiva. Pone los ojos en blanco—. *Sí*, Célie, podemos asumir que eso fue lo que causó el remolino. Este jardín parece ser transitorio. Si nos quedamos aquí el tiempo suficiente, el viento aumentará de velocidad y las aguas del río subirán hasta arrastrarnos con la corriente. Y eso supone la muerte *verdadera*.

Si queremos cerrar la puerta, Filippa debe morir.

Trago saliva y aparto la mirada para observar el lento flujo de agua. *¿Eso es lo que le ocurrió a Michal? ¿Le pasó también a Filippa?* La idea me produce un dolor inesperado. No por la Filippa que

camina a mi lado ahora, fría e insensible, sino por la niñita que creía en los cuentos de hadas hace muchísimo tiempo. Esa niñita no debería haber aprendido nada sobre este viento y este río; no debería haber esperado nunca en esta orilla.

—Creía que este lugar sería… diferente —confieso—. Temible, incluso.

—Ya te lo dije, Célie. —Ella también contempla el agua, aunque sospecho que ya no la ve. Sospecho que ve lo que aguarda al otro lado cada vez que cierra los ojos—. La muerte no es algo a lo que temer… No en su verdadera forma, al menos. Nuestro reino lo ha retorcido. —Pese a que querría preguntarle cómo, *por qué*, no me atrevo a interrumpirla, así que continúa en voz baja, pesarosa—. Cuando regresé en la víspera de Todos los Santos, sentí un tipo de tirón diferente… Más violento esta vez, más doloroso. Me arrancó del otro lado del río para llevarme de vuelta a nuestro reino.

—El hechizo de Frederic —susurro.

—No habría podido hacer ese trayecto sin él. —Sacude la cabeza y, dondequiera que acabase de desaparecer dentro de sus pensamientos, Filippa regresa de golpe. Su boca se aprieta en una línea seria—. Michal dijo que te esperaría, pero nunca tuvo elección. El río ya se lo habrá llevado, y no está destinado a fluir en los dos sentidos. Si no podemos sacarlo de ahí otra vez, si nos topamos con alguna resistencia de cualquier tipo…

—Nosotras tampoco tenemos elección. —Pronuncio esas palabras con los labios apretados porque me niego a aceptar ninguna otra posibilidad. Puede que Filippa sepa mucho acerca de este lugar, pero no lo sabe todo. Además, esta vez no es como la anterior. Yo no soy Frederic y no necesito un hechizo para encontrar a Michal. Soy una Novia de la Muerte y, aunque no lo fuese, haría cualquier cosa para encontrarlo. *Cualquier cosa*, y nadie podrá cambiar eso jamás. Filippa no podría, y desde luego que la Muerte tampoco.

Mi mano sube por voluntad propia hacia mi pecho y froto con suavidad el sitio donde aún permanece Michal. Parte de mí cree que todavía puedo sentirlo ahí, esperando.

—Lo *sacaré* de ahí —digo con convicción, no sé si a Filippa o a mí misma— o cruzaré ese río yo misma. No puedo volver sin él.

Filippa ralentiza sus pasos hasta detenerse a la orilla del río, su expresión inescrutable, antes de inclinar la cabeza en señal de aquiescencia. Luego gira hacia el río. Me uno a ella con un propósito renovado, sin dejar de frotar ese punto en mi pecho.

Se llama Le Lien Éternel*.*

Cuanto más tiempo se alimenten dos vampiros el uno del otro, más fuerte se hace ese vínculo, hasta…

¿Hasta qué?

Hasta que se vuelve irrevocable.

Lo que compartimos Michal y yo no puede romperse. «Irrevocable» significa «final». «Eterno» significa «para siempre». *Michal*, pienso, y mi corazón humano se agrieta.

Michal, pienso, y una brillante cuerda blanca aparece en mis manos.

Bajo la vista hacia ella con los ojos como platos, confusa, *asombrada*, antes de enroscar los dedos a su alrededor. Aunque siento su peso en la palma de mi mano, cierro los ojos, solo para abrirlos otra vez, convencida de que desaparecerá. No lo hace. La cuerda sigue ahí, floja y sin enrollar entre mis dedos como… como un lazo. La toco con curiosidad; luego palpo su textura entre mi pulgar y mi dedo índice, y suelto una exclamación ahogada cuando la cuerda se tensa.

Cuando *tira*.

Su brillo se aviva con la presión, se estira en dirección contraria a mí, hacia… Abro aún más los ojos, también la boca, a medida que lo entiendo. Hacia el *río*. Doy un paso tentativo hacia delante, antes de enrollar la cuerda alrededor de mi muñeca y tirar a modo experimental hasta que se tensa. Se tensa *demasiado*. Filippa se gira para mirarme cuando me tambaleo hacia delante. Trato de recoger la cuerda, pero me arrastra más cerca del río, y Filippa ladea la cabeza, confusa. Preocupada. *Ella no la ve.*

—Michal —murmuro y, con un último tirón fuerte, mis pulmones se agarrotan.

De repente, no puedo respirar en absoluto.

La cuerda se tensa entre mis manos, un peso inmenso me propulsa hacia delante desde el otro lado. Y no puedo impedírselo.

Aunque clavo los talones en la hierba, en el barro, solo consigo resbalar más deprisa. Pero es peor que eso… *Sigo sin poder respirar*. Con la garganta en llamas, caigo de rodillas; agarro la cuerda con mi mano libre y me inclino hacia atrás con todas mis fuerzas, pero sigue tirando de mí hacia delante. Me arrastra lejos de Filippa, que ahora se agacha para agarrar mi antebrazo.

—No tiene gracia, Célie. Sea lo que sea lo que estás haciendo, ¡para! —Aprieta más fuerte e intenta tirar de mí para ponerme en pie—. *Para* y levántate.

Aunque abro la boca para contestar, no sale ni una palabra por mis labios. Tampoco ningún grito. En lugar de eso, el río sube como un torrente por mi garganta y se derrama por mi pecho. Me asfixia, me *ahoga*. Mis pulmones humanos aúllan de la agonía y me desplomo de bruces sobre la orilla embarrada del río. Pero el agua sigue llegando de todos modos. Fluye desde el interior de mi cuerpo como si *yo* fuese el río, pese a que me arde el cuerpo como si estuviese en llamas.

—¡Célie! —Aterrada, Filippa se deja caer a mi lado sin dejar de tirar de mis brazos, pero la cuerda también sigue tirando, para arrastrarme cada vez más y más cerca de Michal. *De Michal*. Ahora lo siento, está muy cerca de mí. *Muy cerca, muy cerca, muy cerca*… —. No, *no* —suplica Filippa, la voz quebrada. Hace tan solo unos instantes, hubiese llorado del alivio ante ese breve atisbo de su humanidad. Significa que mi hermana todavía está ahí dentro en alguna parte; escondida, quizá, pero *viva*. Sin embargo, ahora no puedo pensar más allá de la oscuridad que perfila mi visión. De un modo vago, me doy cuenta de que me estoy ahogando.

—*Soc… socorro* —consigo escupir entre el agua, tosiendo y boqueando.

Otra ola brota por mi boca.

—¡Célie! *¡Célie!* —Filippa desliza los brazos por debajo de mis axilas para tirar de mí hacia atrás. Consigue ponerme de rodillas y me sujeta contra su pecho. Pero no sabe qué hacer. No puede soltarme, ni siquiera *ve* la cuerda para cortarla—. Lo estoy *intentando* —dice desesperada—, pero tienes… tienes que enseñarme cómo… qué hac…

Sin embargo, el jardín está desapareciendo a toda velocidad ahora, se está perdiendo en una negrura insondable a mi alrededor. Mi último pensamiento consciente surge con indignación. Menuda manera más *estúpida* de morir. Sobrevivir a todo, a *todo*, solo para ahogarme en tierra firme en el momento en que me vuelvo humana otra vez. Y todo se ha oscurecido ahora, se vuelve más oscuro y luego más oscuro aún.

Un destello plateado se aviva entre la neblina. Un plateado familiar, uno que me roba la respiración. Me concentro en él hasta que mi vista se enfoca y la voz suplicante de Filippa va y viene en la distancia.

—*Venga*, Célie. —Sus brazos se aprietan alrededor de mi pecho—. *No* vas a morir, chica tonta y… estúpida.

Aunque debería intentar responder, no puedo hacer nada más que mirar a Michal. A Michal, que está saliendo del río. A Michal, cuyo pelo asoma primero a la superficie, después sus ojos negro ónice. Y… *Oh, Dios mío*. Es aún más despampanante, más devastador de lo que debería ser posible.

Escupiendo y borboteando, siento cómo los últimos restos de agua salen de mis pulmones justo cuando él alarga una mano hacia la orilla y se abre paso con uñas y dientes a través de los juncos, a través del barro y las rocas y los líquenes. Se abre paso de vuelta hasta *mí*.

Me echo hacia atrás contra el pecho de mi hermana e hinco los talones en el suelo.

—Tira —le ruego a la desesperada.

Filippa hace lo que le digo, aun cuando también estira el cuello para mirarme a la cara, para estudiar mi expresión con ansiedad.

—¿Qué está *pasando*?

—*Tira*. —Enrosco la cuerda alrededor de mi mano, una y otra vez, para mantener la tensión mientras Filippa se arrastra hacia atrás conmigo y me pone en pie, anclándonos contra el peso de Michal. *Ya casi estamos. Estamos muy cerca*…

Cuanto más fuerte tiramos, más deprisa surge Michal, hasta que, boqueando y empapado, enrosca la cuerda alrededor de su puño y clava los ojos en los míos. Con un último tirón poderosísimo, Filippa

y yo nos lanzamos hacia atrás y Michal trepa a la hierba con un gemido gutural, boqueando y tosiendo mientras su cuerpo entero se estremece.

Al final, Filippa afloja su agarre y mi corazón da un brinco. Esto ha terminado. *Ha terminado*. Sin otro pensamiento consciente, esprinto hacia él, pero una segunda voz masculina me detiene en seco.

—Joder —masculla Dimitri, al tiempo que llega a la orilla agarrado al tobillo de Michal y antes de dejarse caer a su lado—. Eso no podía haber dolido *más*.

Michal levanta la cabeza.

—Podrías haberte soltado en cualquier momento —gruñe—. Nunca te pedí que vinieras conmigo.

Dimitri resopla con desdén y hace un gesto con la barbilla hacia el río.

—Claro. Porque quería quedarme *ahí* yo solo.

Los miro a los dos, sin palabras. Después los miro más, incapaz de creer lo que estoy viendo. Porque Michal no ha regresado solo. De… de alguna manera, ha traído a *Dimitri* con él, lo cual explica el enorme peso de la cuerda. Filippa y yo los hemos traído de vuelta a los dos, y ahora se están poniendo en pie al unísono; están caminando hacia nosotras y están sonriendo. Sonriendo y *vivos*.

Y me da la impresión de que mi corazón podría estallar cuando Michal me estrecha contra su pecho y lanzo los brazos alrededor de su cuello.

—Sabía que me encontrarías —susurra con la cara enterrada en mi pelo.

Cuando lo beso, no me guardo nada.

CAPÍTULO 45

Una noche suave

Un momento después, deslizo las manos por la cara de Michal, recorro sus mejillas sonrosadas y su mandíbula cincelada. Me aprendo su aspecto de cero. Su piel está diferente ahora, aún pálida, pero de un tono claro en lugar de alabastro, y cuando mis dedos llegan a su cuello, me recibe un pulso estable. Él suelta el aire con brusquedad al sentir el contacto, como si le doliera, o quizá solo aliviado. Su pecho aún sube y baja con gran esfuerzo después de casi ahogarse, y el agua baja resbalando por los duros planos de su cuerpo.

Su cuerpo *humano*.

Michal también se ha vuelto humano.

—Eres guapísimo —susurro, y ahora mis dedos se deslizan por sus hombros, bajan por sus brazos, acarician su abdomen. Muy parecido, pero al mismo tiempo muy diferente del Michal que conocía. Y no puedo dejar de tocarlo, casi mareada por la emoción, con un poco de miedo también, pero sobre todo anticipación. Y preguntas. Docenas y docenas de preguntas, todas las cuales intentan salir de golpe y traban mi lengua, hasta que no puedo decir nada de nada, no puedo hacer nada más que mirarlo boquiabierta. *Es guapísimo*.

Como vampiro, parecía un ángel caído, o quizás un dios vengador, oscuro e intocable, nacido del infierno mismo, pero ahora, como humano, exuda calor y vitalidad. Una energía que no logro ubicar del todo. *Su pelo sigue siendo plateado*, pienso asombrada.

Su sonrisa se ensancha mientras aparta el pelo mojado de su cara.

—¿No estás decepcionada?

Y yo que creía que conocía todas las versiones de él: el villano, el cómplice, el amigo. Lo he visto como un hermano y un primo,

también como un artesano y un rey. Ha sido mi secuestrador. Ha sido mi salvador. Incluso lo he conocido como mi amante, y aun así no lo había visto nunca como está ahora: entusiasmado, sí, pero también vacilante e inseguro mientras espera mi respuesta.

Este Michal parece… vulnerable otra vez. A través del vínculo, percibí solo atisbos de esa vulnerabilidad antes, pero ahora puedo *verla* en cómo traga saliva y busca mis ojos. Puedo *sentirla* en cómo sus manos se deslizan por mis brazos para agarrar las mías, sus dedos apretados, como si estuviese aterrado de soltarme.

Me encanta.

Me encanta *él*. Lo quiero.

—¿Decepcionada? —Me pongo de puntillas para llenar su cara de besos—. Pareces un… un sueño, un…

Atrapa mi boca a toda velocidad y se traga el resto de mis palabras hasta que nos quedamos sin aliento de nuevo, antes de susurrar contra mis labios.

—No estamos soñando, Célie. Esto es real. Soy Michal Vasiliev, hijo de Tomik y Adelina, y es un verdadero placer conocerte.

Lo abrazo más fuerte en respuesta y su cuerpo se funde con el mío; extiende una mano por mis riñones mientras la otra acuna mi mandíbula en actitud reverente. Cuando desliza la nariz por mi cuello, el mismísimo centro de mi ser se pone en tensión, pero mis dientes… no se alargan. No ansío su contacto del mismo modo desesperado que antes, aunque mi cuerpo parece contraerse aún más apretado debido a ello. Lo quiero y lo *deseo* y, cuando cierro los ojos y giro mi mejilla hacia la palma de su mano, me siento como si estuviera en el cielo.

—Dios, cuánto te he echado de menos. —Mi voz es un susurro deshilachado entre nosotros—. Te he echado muchísimo de menos. Por favor, dime que no… Dime que no estás molesto. —Me echo hacia atrás para mirarlo de nuevo y me apresuro a explicarme—. No tenía ni idea de lo que pasaría al venir aquí. De *haberlo sabido*, te habría advertido y podrías haber, no sé, elegido otra cosa. —Inspiro una bocanada de aire repentina y ansiosa con esas palabras, y mis pulmones se expanden de un modo doloroso, aún afectados por el agua del río—. Tu *elección*, Michal. La Muerte y yo te la quitamos y

lo… lo siento muchísimo.

Se ríe al oírme, retira mi pelo a un lado y me besa de nuevo.

—Esta *fue* mi elección, mascota. ¿Y cómo podría estar molesto cuando te tengo entre mis brazos? —Otro beso, este más lento y sensual que el anterior. Michal baja la voz—. ¿Cómo podría estar molesto cuando puedo saborearte sobre mi lengua?

Detrás de nosotros, mi hermana suelta un bufido, pero Dimitri se limita a reírse encantado. No sé si de ella o de nosotros. La verdad es que tampoco me *importa*. Aun así, mis mejillas se caldean como una llama al rojo vivo.

—Sí, pero has sido un vampiro durante mil años, Michal, y ahora…

—Célie. —Su pulgar acaricia mi labio de abajo y lo aprieta, como hacía siempre. Un escalofrío sube por mi columna—. Por favor, escúchame ahora porque no lo diré otra vez: nunca me ha importado si eras una vampira, si *yo* era un vampiro, y tampoco me importa que ahora seamos humanos. Porque tienes razón, *he* vivido mil años, y durante cada uno de ellos he estado esperando a encontrarte. —Entrelaza nuestros dedos, luego levanta los míos para besarlos con suavidad—. Estar contigo de esta manera… lo ha significado todo para mí. Merece la pena pagar cualquier precio por ti.

Igual que por él.

—Te quiero, Michal Vasiliev.

Michal sonríe otra vez. V ver esa sonrisa, amplia y desinhibida, me deja literalmente sin respiración.

—Yo también te quiero, Célie Tremblay. *Moje sunce*.

—Si habéis terminado ya —nos interrumpe Filippa con cara de pocos amigos—, quizá deberíamos *regresar*. Empiezan a dolerme las muelas. —Y así sin más, la dulzura del momento desaparece, disuelta en la brisa.

Y nos quedamos ahí plantados, empapados y titiritando, en la orilla de un río celestial.

Me giro hacia ella para exigirle que me permita pasar unos instantes con este hombre, mi *alma gemela*, que podría haberse perdido para siempre, pero en ese momento el viento arrecia. Una miríada de pétalos revolotea entre nosotros en un torbellino de

blancos como la nieve, rojos como la sangre y negros como las sombras. Filippa atrapa uno entre los dedos, lo sujeta en alto entre nosotros y mi estómago se revuelve al ver su expresión seria y decidida.

Al final… *el viento aumentará de velocidad y las aguas del río subirán hasta arrastrarnos con la corriente*.

El pelo de Dimitri se revuelve de un modo infantil mientras mira a mi hermana con ojos asesinos.

—¿Quién dijo que *tú* fueses a venir con nosotros? — Dimitri cruza los brazos, su piel marrón más vibrante sin la lividez del vampirismo. Aunque ese no es el único cambio. Mientras que Michal y yo estamos más… vivaces, Dimitri parece extrañamente estable. Sus ojos no saltan de persona a persona como solían hacer antes; no está pendiente del pulso en nuestros cuellos y muñecas. Incluso con la sangre de la Muerte en su organismo, nunca había estado tan… tan sereno.

—*Yo* estoy aquí para garantizar que todo el mundo siga las instrucciones de la Muerte —responde Filippa con frialdad—. Vamos a volver *todos* a través del velo y no hay nada que tú puedas hacer para impedirlo. Por si no te has dado cuenta, has perdido esos dientes afilados tuyos. A menos que hayas mantenido el cuchillo enterrado en tu corazón.

Dimitri enseña los dientes en una sonrisa dura y da un paso decidido hacia delante, pero cuando alargo una mano para tocar su brazo, se detiene. Luego se gira para mirarme, para mirarme de *verdad* ahora. Una sonrisa se despliega por su cara ante lo que sea que ve, aparece su hoyuelo y esa imagen me llena de una tranquilidad inmediata, las primeras chispas en la chimenea en una larga noche de invierno.

—Célie —exclama sorprendido—. Eres… *tú*. —Entonces corre hacia mí, me arranca de brazos de Michal y me envuelve en un abrazo de oso—. Creía que no iba a volver a verte nunca. Creía que no podría disculparme nunca y decirte lo que significa para mí tenerte como familia.

Filippa se revuelve al instante.

—Ella *no* es tu familia.

Como si intuyese de manera innata la mejor forma de irritarla, Dimitri finge no oír a Filippa; finge que ni siquiera existe y no le dedica ni una mirada. Suelto una carcajada antes de que él continúe hablando.

—Sé que a veces era difícil hacerlo, pero tú siempre creíste en mí. *Confiaste* en mí. Debí tener más cuidado con eso. —Me suelta. A continuación se dirige a Michal, y sus ojos brillan con una sinceridad real—. Debí tener más cuidado con la confianza de *todos* vosotros.

—Dimitri —le digo, al tiempo que le doy un apretoncito tranquilizador en el brazo—, lo sé.

Asiente una vez, la gratitud patente en sus ojos, y despega una campanilla de invierno que ha caído en su pelo.

Luego se la tira directamente a Filippa.

Ella la aparta de un manotazo con una mueca feroz antes de hacer gestos elocuentes hacia las ráfagas de viento.

—Esto es todo muy *conmovedor*, pero si no nos marchamos pronto, no nos marcharemos en absoluto. Y eso no puede suceder.

—Otra vez hablando en *plural* —interviene Dimitri, incrédulo—. ¿Qué te hace pensar que vamos a ponértelo fácil? ¿Qué te hace pensar que vamos a *ayudar* a la esbirra favorita de la Muerte? ¿Tenemos pinta de ser tontos?

—No creo que quieras que conteste a eso. Y la Muerte no es mi *amo*.

Michal los silencia a ambos con un gesto seco de la mano.

—¿Por *dónde* se sale de aquí? —le pregunta a Filippa—. Señálanos hacia dónde ir y podremos… discutirlo por el camino.

Siento una punzada de inquietud por la forma en que dice «discutirlo», pero, antes de que pueda cuestionarlo, Filippa señala con un dedo hacia atrás, en dirección a la nube de tormenta.

—*Nosotros* volvemos por donde vinimos. —Luego se gira hacia Dimitri—. Sin embargo, no estoy segura de a dónde vas tú. La Muerte necesita a estos dos, pero *tú* no formas parte del plan.

—¿Cuál *es* el plan? —Dimitri abre los brazos a los lados, incrédulo —. ¿Está aquí en el jardín con nosotros? Si es así, me encantaría oírlo.

—Basta. —Me interpongo entre ellos sin quitarle el ojo de encima a

Michal, que ya no parece escuchar la discusión. De hecho, la luz incandescente de sus ojos se ha atenuado un poco desde que ha visto la nube de tormenta, y no me gustan las implicaciones de eso. No me gustan nada—. Deberíamos irnos.

Una ráfaga de viento pasa por nuestro lado entonces, mucho más rápida que las anteriores; incluso dobla las topiarias y arranca varias flores de sus tallos. Filippa señala de las flores al río crecido, que se acerca cada vez más a nuestros pies. Su voz se vuelve desdeñosa.

—Debemos tener cuidado de no tocar nada de agua.

Dimitri observa con cautela las aguas profundas. Giran despacio, de un modo casi hipnótico.

—Me arrastró bajo la superficie de inmediato, pero aun así no puedo… —Cuanto más mira, más frunce el ceño con expresión confusa—. La verdad es que no recuerdo dónde me llevó. El lugar exacto, quiero decir. Supongo que era más una… sensación que cualquier otra cosa.

Filippa pasa por su lado, al tiempo que pone los ojos en blanco.

—Nadie lo recuerda.

Vacilo un instante antes de seguirla y me giro hacia atrás para mirar a Michal, que aún no ha dicho nada.

—¿Cómo *era*? —Retiro unos mechones de pelo húmedo de mi cara y aparto de una patada una naranja despistada—. El otro lado.

Michal esboza una sonrisa dulce al pensarlo.

—Me sentí como en casa.

—Oh.

Michal agarra mi mano antes de que pueda decir nada más.

—Me sentí como mi casa de hace mucho tiempo… Antes de todo esto, antes de convertirme en vampiro. Y me sentí… —Busca la palabra correcta, mientras sus ojos escudriñan los abedules en la distancia—. En paz, sí, pero también incompleto. —Cuando levanto la vista hacia él, me da un apretoncito en la mano, un gesto al que infunde hasta el último ápice de su pesar—. No estabas *tú*. Sé que prometí esperarte, Célie, y lo hice. Lo *intenté*. Esperé en ese jardín hasta que el viento arreció, hasta que me empujó hacia el río… Hasta que oí a *Dimitri* gritar en la distancia, aferrado a una rama por las puntas de sus dedos. —Sacude la cabeza, arrepentido—. No

esperaba volver a verlo nunca, así que cuando lo *hice*… simplemente no podía dejarlo ir. Intenté ayudar, pero resbaló y, al final, el viento nos arrastró a ambos. Y el río nos engulló enteros.

Michal abre su otra mano y la cuerda blanca centellea entre nosotros.

—Y ahí es cuando apareció esto en mi mano.

—El vínculo —susurro.

Desde más adelante, Dimitri estira el cuello para girarse hacia nosotros con suspicacia.

—¿Qué andáis susurrando vosotros dos? —Después se gira hacia Filippa—. ¿Tú los oyes?

—Hazme un favor —dice con dulzura—, aléjate *diez* pasos de mí ahora mismo. Hueles a agua de río.

Dimitri entorna los ojos con una sonrisa afilada como un cuchillo. Se acerca aún más y mi hermana le lanza una mirada asesina antes de continuar adelante sin decir otra palabra, la mandíbula apretada y los ojos decididos. Dimitri la observa durante un momento, la cabeza ladeada en una frustración abyecta, antes de echar a andar justo detrás de ella.

Michal agarra mi mano cuando hago ademán de seguirlos, sacude la cabeza con sutileza y baja la voz.

—Célie…

Levanto la vista hacia él y se me erizan todos los pelillos de la nuca al ver la forma en que me mira, como si tratase de memorizar mis ojos, mis labios, la curva de mi mejilla. Como si sospechara que no volverá a verlos durante mucho tiempo. Pero… no.

No.

—No hagas esto, Michal —le advierto, al tiempo que aprieto los dedos alrededor de los suyos. Porque sé lo que va a decir. Sé lo que piensa *hacer*, y no se lo permitiré. *No* le…

—No puedo volver contigo —dice con voz queda.

Se me cae el alma a los pies, me arde la garganta como si todavía me estuviese atragantando. Lo miro ceñuda.

—¿De qué estás hablando? *Por supuesto* que debes volver. —Agito las manos en dirección al jardín a nuestro alrededor, a ese odioso río, antes de clavar un dedo en su pecho—. El *objetivo* de todo esto

era resucitarte.

—Si me resucitas, el velo caerá. —Atrapa mi dedo y se lo lleva a los labios—. La Muerte ganará.

Mi expresión se ensombrece aún más ante la verdad de sus palabras. Su verdad, sin embargo, no es la única; también existe *mi* verdad, y me niego a vivir sin él.

—No puedo regresar sin ti. El vínculo… —Tiro de la cuerda, que palpita con intensidad entre nosotros—. Me traerá directa aquí otra vez, ¿recuerdas? No podemos estar separados.

La frustración se acumula en mi interior cuando él sacude la cabeza con tristeza. Estaba tan concentrada en rescatar a Michal, en reunirme con él, que olvidé todo lo que viene después: la Muerte y su reloj implacable. El destino de mi madre, de todos nuestros seres queridos. El destino del mundo entero. Nos miramos a medida que la desoladora realidad de nuestra situación se asienta sobre nosotros.

—La Muerte, su magia, ha mantenido el vínculo vivo. —Michal cierra mi mano alrededor de la cuerda y, aunque quizá sea mi imaginación, siento que se atenúa un poco con sus palabras—. Si regresas al reino de los vivos, desaparecerá. —Una pausa—. Serás libre.

Libre.

Al instante, esa frustración se convierte en ira, y Michal da un respingo cuando tiro de la cuerda con fuerza.

—No seas estúpido. Si regreso sola al reino de los vivos, no seré *libre*. Me convertiré en la verdadera Novia de la Muerte, y será todo tu culpa. Tu noble y *exasperante* culpa. —Lo fulmino con la mirada, al tiempo que agarro la pechera de su camisa—. Una vez me llamaste «mártir», pero nunca he conocido a nadie tan hipócrita como tú. No dejaré que vuelvas a sacrificarte. —Levanto la barbilla —. Dos veces son más que suficientes.

Cuando Filippa se ríe entre dientes desde más adelante, me giro para fulminarla también a ella con la mirada. Se detiene entonces, decidida a no amilanarse.

—Solo para tenerlo claro: cuando Frederic hizo esto, estuvo mal, pero ahora que se trata de ti, ahora que se trata de santa Célie, ¿el

fin justifica los medios?

—No le hables así —espeta Dimitri—. Frederic no se parece en *nada* a Célie, tampoco a mi primo. Tu querido *Fred* no pensó nunca en nadie más que en sí mismo. Por ejemplo, asesinó a tu *hermana* para traerte a ti de vuelta y no pensó dos veces en las consecuencias. No solo en todo esto —dice, y agita una mano nerviosa en dirección a la nube de tormenta—, sino también en cómo te afectaría a *ti*. ¿Puedes afirmar con sinceridad que aprobaste ese sacrificio? ¿Puedes afirmar con sinceridad que no lo hubieses odiado si hubieras perdido a Célie para siempre?

Aunque Filippa abre la boca, airada, la cierra de golpe al registrar bien las palabras de Dimitri. Cuando desliza los ojos hacia mí, aparto la mirada deprisa, incapaz de sostenérsela. *¿Crees que, si estuviera aquí ahora mismo, elegiría la muerte para dejarte vivir?*

—Él dijo que debería haber sido yo —susurro en dirección a mis pies.

Los tres se quedan paralizados al oír mis palabras. Incluso el viento amaina un momento, y levanto la vista para encontrar el rostro consternado de Filippa. Después de unos segundos más, traga con esfuerzo.

—Estaba equivocado.

Dimitri niega con la cabeza, su expresión cada vez más sombría mientras los cuatro vacilamos, divididos entre el río y el velo. La muerte verdadera y la vida.

—No hay un final feliz para ti y para tu hija. A la Muerte no le importas, Filippa. No le importa nadie. Si no obedeces cada uno de sus caprichos, te tirará a un lado; si lo *haces*, jamás traerá a tu hija. Sin Frostine, no puede controlarte. Desde el principio, no has sido más que un peón para él. Igual que yo. —Su voz se suaviza—. Los dos nos parecemos mucho en ese aspecto.

Filippa parpadea deprisa, sus manos caen flácidas a sus lados, y quizá *sí* que tengo un corazón blando y sangrante; quizá no debiera protegerla ahora mismo, pero tampoco puedo evitarlo. Es mi hermana y siempre lo será. No quiero verla llorar nunca. Michal y yo nos acercamos a ellos. Nos acercamos al velo.

—Solo piénsalo, Filippa. Tu vida ha sido dura, pero no tiene por

qué serlo siempre. Deja que te ayudemos.

Filippa, sin embargo, sigue sin responder, como si estuviese paralizada por la emoción.

Aparto la vista para dejarle espacio y me concentro, en cambio, en el velo desgarrado. Dimitri hace lo mismo, aunque noto cómo los engranajes giran en su cabeza. Estudia sus manos entonces, absorto en sus pensamientos de repente.

—Si nosotros hemos vuelto a nuestros cuerpos originales al entrar en este reino —empieza despacio—, ¿qué le pasaría a la Muerte si nos siguiera? —De pronto, levanta la vista hacia Michal—. A lo mejor tenemos un tercer camino delante de nosotros. Uno que no implique el fin del mundo *ni* que nosotros dos volvamos a cruzar ese maldito río de nuevo. Para siempre esta vez.

Michal arquea una ceja, intrigado.

—Crees que la Muerte también regresaría a su cuerpo original.

—Creo que merece la pena explorarlo.

—¿Qué aspecto tiene el cuerpo original de la Muerte? —pregunto.

El silencio se alarga varios segundos entre nosotros, cargado de tensión, de aprensión, incluso del más leve destello de esperanza, hasta que, al final, responde Filippa.

—No tiene cuerpo —dice en voz baja, mientras se niega a mirarnos a ninguno de nosotros—. Acudió a mí después de que Morgane terminase con su tortura, pero no podía verlo. Sentí su presencia, sí, como si una noche suave se asentara sobre mí. Me limité a cerrar los ojos y, cuando volví a abrirlos, me encontré aquí. La Muerte no está destinado a ser un villano. Está destinado a ser… la *Muerte*.

—Sí, bueno, todo eso está muy bien, excepto que… —Un deje de impaciencia afila mis palabras; no contra ellos, sino contra esta maldita conversación circular—. Mirad, ya hemos fracasado en nuestro intento de atraer a la Muerte, al *villano*, aquí una vez, e incluso si no lo hubiésemos hecho, no tenemos forma de arreglar el velo para atraparlo, no sin que tú cruces el río y mueras de nuevo. —Filippa no parece sorprendida por esta información. En lugar de eso, sus ojos esmeraldas centellean con astucia. Ya sabe todo esto (va tres pasos por delante de nosotros, como de costumbre), pero aún se niega a compartir nada más.

Nos miramos la una a la otra; las dos nos negamos a movernos.

—Si yo regreso —aporta Michal después de otro momento—, no podréis ni intentarlo. Tal vez mi resurrección no derribe el velo por completo, pero desgarrará otro agujero, creará otro remolino. Tiene el potencial para desencadenar incluso el fin del mundo como lo conocemos.

Me resisto al impulso de estampar el pie en el suelo como rechazo de lo que dice. Parece que todavía no entiende que no voy a… que no puedo… vivir sin él. Preferiría cruzar el río yo misma que regresar como la Novia de la Muerte.

—Todo esto también lo hemos hablado ya —insisto—. ¿Cuántas veces me has visto hacerlo? Puedo arreglar cualquier desgarrón que yo cree. Puedo *detener* la enfermedad antes de que se vuelva permanente, lo cual significa que…

Lo cual… significa…

Puedo arreglar cualquier desgarrón que yo cree.

Cualquier desgarrón que yo *cree*.

La idea me golpea como un puñetazo en las costillas, hasta el punto de que casi me doblo por la cintura del impacto. Me giro hacia Filippa a toda velocidad.

—Tú puedes cerrar la puerta —le digo.

Dimitri se inclina hacia nosotras, incapaz de oír por encima del rugido de la corriente de agua.

—¿Qué?

—Tú creaste la puerta —digo más alto, más claro. La miro sorprendida. Con una esperanza que crece poco a poco. En un abrir y cerrar de ojos, pasa de ser apenas un destello a una llama. Durante todo este tiempo, he estado buscando una solución para salvar a mi hermana, pero ¿podría ser que… que ella misma *fuese* la solución? No su muerte, después de todo, sino su vida. Solo… *ella*.

Filippa sabe cómo manipular el velo; la he visto ir y venir a través de él, la he visto desgarrarlo a su antojo. Nunca ha muerto para arreglarlo, y ahora tampoco tiene que morir. Sin aliento por la revelación, corro hacia ella para agarrar sus manos.

—Tú creaste la puerta, Filippa, así que puedes cerrarla. Has sido capaz de cerrarla desde el principio.

No tiene por qué morir.

Una vez más, Filippa no reacciona. En vez de eso, me mira con esa misma astucia infalible.

—Sí —dice sin más—. Lo sé.

CAPÍTULO 46

Cambia la marea

Filippa y yo volvemos solas del jardín.

Volvemos también, de alguna manera, como humanas.

Cuando llegamos nadando a la gruta, todo está como lo habíamos dejado. Lou y Reid están sentados a ambos lados de mi madre, mientras Odessa monta guardia entre ellos y los retornados. La Muerte aguarda con impaciencia a la orilla, dando golpecitos con el pie como un niño petulante, antes de reunirse con nosotras en las aguas poco profundas. Agarra primero el brazo de Filippa, luego el mío, y nos saca de entre las olas antes de girarse en busca de Michal.

—¿Y? —espeta—. ¿Dónde está?

Me desplomo en el suelo a sus pies, pugnando por respirar después de superar la violenta corriente. Mis brazos y mis piernas tiemblan del agotamiento; me duelen los pulmones y noto la garganta escocida y en carne viva.

—Se… se negó a volver con nosotras.

—¿Perdón? —pregunta la Muerte, malhumorado y con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué has dicho?

Intuyendo el peligro, Odessa empuja a Lou, Reid y mi madre hacia las escaleras; en el último segundo, se agacha para recoger a Jean Luc y Brigitte, que siguen inconscientes. Aunque los retornados los siguen en silencio, formando un círculo a su alrededor, la Muerte no parece darse cuenta. Toda su atención permanece fija en mí. Sus ojos plateados se oscurecen, giran, se condensan como una tormenta en el horizonte. *Bien*.

—¿Tu oído se ha deteriorado desde que nos fuimos? —le pregunto —. Michal no ha venido.

Me niego a encogerme, a revelar nada, cuando la Muerte se pone

en cuclillas, agarra el cuello de mi camisa y acerca mi boca a su oído.

—Repite eso —gruñe.

—Michal dijo que *no*. —Señalo de mí a Filippa, que ha conseguido mantenerse en pie a pesar de cómo resuella su pecho. Con los ojos entornados, no hace nada para defenderme, pero tampoco va a reunirse con los retornados—. Lo sacamos a rastras del río, pero Michal sabía que si él volvía, el velo caería. No pude obligarlo. —Con una mueca disgustada, hago un gesto hacia mi propio cuerpo humano, empapado y liviano; demasiado liviano para superar a Michal, aunque lo hubiese intentado.

No pude obligarlo.

Y tal vez esa sea la peor parte de todas: que no pudiera convencerlo, que no escuchara mis súplicas. Michal eligió quedarse en el jardín para salvar al mundo, y ¿cómo podía quitarle yo esa elección?

—Ha dicho… que no —repite la Muerte con voz sedosa.

Y sin más previo aviso que ese, estalla.

Se pone en pie de un salto y levanta las manos por los aires antes de mesarse los cabellos y gritar de rabia. Sorprendida, caigo hacia atrás y me arrastro otra vez hacia las aguas poco profundas para escapar de él.

—¡Parece que no fui lo bastante claro si pensaste que «no» era una opción! —Barre de una sola pasada todos los artículos del escritorio de Michal. —Luego vuelca el escritorio sin ningún miramiento, pero no parece satisfecho y agarra a continuación el reloj de la repisa de la chimenea y lo lanza al otro lado de la gruta en dirección a Odessa. Los retornados se separan a ambos lados como marionetas y el reloj se hace añicos contra la espalda de la vampira, que gira para proteger a los otros, para hacerles de *escudo*. Los trozos de madera salen disparados en todas direcciones—. ¿Acaso no entiendes las *consecuencias*? ¿Acaso crees que esto es un *juego*?

Me tira el escritorio entero *a mí* ahora, y apenas logro aplanarme contra las rocas para dejar que pase volando por encima de mi cabeza. El pánico trepa por mi garganta cuando ruedo para evitar la

silla a juego, luego un poste de la cama que la Muerte ha arrancado de su marco y penetra en el remolino como una jabalina. Y esto… *esto es malo*. Corro a toda prisa hacia la silla del escritorio y me refugio detrás de ella, incapaz de recuperar la respiración. Mis piernas amenazan con ceder ante el estallido de movimiento, aún exhaustas de luchar contra el remolino.

Había olvidado lo *enclenque* que podía parecerme mi cuerpo, pero este no es el lugar ni el momento para debilidades. Aunque sabía que la Muerte reaccionaría así, no he logrado distraerlo el tiempo suficiente para que los otros escaparan. Ahora están agachados a mitad de la habitación, atrapados por los retornados, mientras Odessa gruñe y arranca otro poste de la cama. Sin embargo, no puede proteger a cinco personas ella sola, no con dos inconscientes y otras dos al borde del colapso.

Mi madre chilla al ver avanzar a la Muerte, que empuja a un lado a sus preciados retornados cuando no se apartan a la velocidad suficiente, la piel arrebolada y moteada de la ira.

—¡Te *dije* que sucedería esto! ¡Te lo *advertí*!

—*¡Filippa!* —Desesperada, me lanzo hacia ella y me tambaleo hasta donde está, de pie al lado de la orilla, observando la escena en silencio—. Filippa, *por favor*.

La Muerte gruñe de nuevo al oírme. Gira de pronto y cambia de opinión de manera inesperada para cargar hacia nosotras en lugar de hacia mi madre. Imita mi voz con un chillido aterrador.

—Sí, Filippa, *¡por favor!* Por favor, *por favor*, dime *exactamente* cómo debería filetear a tu madre y a tu hermana debido a tu incompetencia, a tu *fracaso*. —La Muerte enseña los dientes en una sonrisa realmente desquiciada—. Dime *exactamente* cómo debería…

—Hice lo que pediste. —Filippa levanta la barbilla cuando él se acerca, impertérrita, y se enfrenta a su mirada maníaca sin miedo—. Guie a mi hermana a tu reino y la traje de vuelta sana y salva. ¿Dónde está mi hija?

—¿Lo que *pedí*? —La Muerte abre los ojos como platos de la incredulidad—. Estás haciendo a propósito… *No* has… ¡Quiero que caiga el velo, Filippa! —le brama a la cara—. ¿¡Has hecho que caiga el velo!?

—Está claro que estás sobrepasado. —La voz de Filippa rezuma desdén—. Eres incapaz de controlar tus emociones. —Con un gesto de desprecio, sacude la cabeza—. Debería haberme dado cuenta antes, pero no lo hice, o quizá no podía hacerlo. Fui una tonta al aceptar ayudarte, obedecerte, a cambio de protección para mi hermana y el regreso de mi hija. Infringiste la primera condición sin dudarlo, pero no permitiré que infrinjas la segunda. No después de todo lo que he hecho. —Se yergue ahora en toda su altura, cuadra los hombros y fulmina con la mirada a la Muerte como si no fuese una entidad primordial, sino un niño maleducado necesitado de una regañina. Y a pesar de todo, no puedo evitar admirarla por ello.

Siempre la he admirado por ello.

Como si alguna vez fuese a permitir que te ocurriese algo, Célie.

—Ahora —dice con frialdad—, deja que me repita: *¿dónde está mi hija?*

La Muerte incluso sufre un espasmo en respuesta. Después, sus dedos se cierran sobre el hombro de Filippa cuando habla.

—Me importa una *mierda* tu hija. Si todavía estuviese en tu tripa, os tiraría a las dos dentro de ese remolino solo por el placer de ver cómo os ahogáis.

Y ahí está, la verdad que todos habíamos intentado decir con suavidad, dicha ahora con crueldad. Con una crueldad inimaginable. Una crueldad *despreciable*. Nunca quise que Filippa la oyera, nunca quise que se hundiera en la miseria, pero ahora conoce las profundidades de la depravación de la Muerte, hasta dónde está dispuesto a llegar. Sabe que a la Muerte no le importa, que nunca le ha importado y que nunca traerá a su hija de vuelta.

Filippa se pone rígida bajo su mano cuando registra todo eso. Y aunque está claro que la Muerte no siente remordimiento alguno, yo sí que lo siento; me comprime la garganta cuando Filippa me mira a los ojos e intercambiamos una comprensión feroz.

Una mirada que no pasa inadvertida.

—Sea cual sea el estúpido plan que habéis trazado —dice la Muerte, y sus dedos se aprietan sobre Filippa con una fuerza brutal —, os sugiero que lo reconsideréis. Como ha señalado tu hermana, las dos sois bastante delicadas otra vez, cariño. Bastante

vulnerables.

Aunque Filippa abre la boca para responder, la Muerte aprieta más fuerte, *demasiado* fuerte, y ella suelta un grito de dolor cuando le parte la clavícula. Sin embargo, la Muerte no se contenta con eso y continúa apretando y, aunque me abalanzo sobre él, horrorizada y muerta de miedo, me agarra por el brazo y me tira dentro del mar, para aterrizar directa en las franjas de agua giratoria. Medio atragantada, pugno por mantener la cabeza a flote. Mis piernas sufren espasmos, calambres, *agarrotadas* contra la corriente, mientras la Muerte tira dentro también a Filippa, que grita antes de sumergirse bajo la superficie.

—*¡Filippa!* —Frenética, me zambullo tras ella porque no puede nadar; la Muerte le ha roto los *huesos* y la corriente es demasiado fuerte, demasiado *rápida*.

Mis dedos atrapan su muñeca justo cuando la Muerte entra a la carrera en las aguas poco profundas detrás de nosotras, pero no puedo concentrarme en él. No puedo concentrarme en nada más que en Filippa. *Filippa*. Se debate bajo mi mano, araña mi brazo, y tiro de ella hacia delante con todas mis fuerzas. La lanzo hacia el islote con la siguiente pasada de la corriente, y ella lo entiende al instante y trata de agarrarse a la roca con su brazo bueno. Sus dedos encuentran una hendidura en su superficie, pero cuando engancha una pierna por encima del saliente, la misma corriente me arrastra lejos otra vez. Aguanto la respiración, los pulmones en llamas, cuando vuelve a arrastrarme bajo la superficie. Me arrastra hacia abajo.

Abajo.

Abajo.

Y en algún lugar oigo otro grito, seguido de una abrupta estela cuando algo… *alguien*… se zambulle en las profundidades a mi lado. Se me cae el alma a los pies cuando unas manos grandes se plantan sobre mis hombros, mi cabeza, y me empujan más hondo en un esfuerzo por catapultarse hacia arriba. Aprieto los dientes, lo agarro por la cintura en el último segundo y salimos a la superficie juntos, salpicando agua en todas direcciones.

La *Muerte*.

Gruñe mientras intenta desenredarse de mí, pero no pienso ahogarme en este miserable sitio. *No pienso*. Enrosco las piernas y los brazos a su alrededor, trepo por su cuerpo y me niego a soltarlo. Y mientras forcejeamos como un par de anguilas y la Muerte maldice y escupe agua y me tira del pelo hasta que unas lucecitas brotan ante mis ojos, mi madre está paralizada en la periferia de mi visión, en las aguas *poco profundas*, las manos aún estiradas, como si hubiese…

Como si ella lo hubiese *empujado*.

Los retornados caen sobre ella al instante siguiente y mi agarre sobre la Muerte se afloja. No obstante, antes de que pueda liberarse del todo, bajamos en espiral arrastrados por la traicionera corriente, más profundo esta vez. Más cerca del corazón del remolino. Y esto no era parte del plan, no con Michal y Dimitri todavía ahí abajo, todavía *esperando*, pero encojo las rodillas contra el pecho y le lanzo una patada a la Muerte. Lo *golpeo* y rezo por que sea suficiente. Aunque intenta agarrarme de la muñeca, sin dejar de gruñir y decidido a arrastrarme con él, me retuerzo en el último segundo y se aferra solo a mi manga.

Cuando la tela se rompe bajo sus dedos, me escurro de su agarre y la corriente lo arrastra a través del velo. *Lo hicimos*.

Sin embargo, no puedo pararme a celebrarlo; ni siquiera puedo hacer una pausa para ver cómo está Filippa.

Solo puedo rezar por que esté lista cuando yo vuelva.

Y sin esperar ni un segundo más, respiro hondo y me zambullo en pos de la Muerte.

CAPÍTULO 47

Una vela y su sombra

Cuando aterrizo en el jardín, no ha cambiado nada. Ni los azules ni los verdes, y desde luego que no la luz del sol. La misma hierba ondula bajo la misma brisa suave, y el río se mueve igual de pacífico en la tarde lánguida. De hecho, después de la pesadilla de la gruta, esta escena pastoral es casi… escalofriante.

Me levanto a toda prisa en busca de alguna señal de la Muerte, pero parece haber desaparecido sin dejar rastro.

La idea me produce poco consuelo.

—¿Michal? —susurro su nombre mientras me dirijo de puntillas hacia la orilla del río, al tiempo que me asomo entre las ramas de los naranjos y echo un vistazo detrás de las topiarias por si hubiese algo inusual. *Algo* tiene que parecer diferente después del regreso de la Muerte, ¿no? Unas rosas marchitas, quizá. Unas campanillas de invierno ennegrecidas. Tal vez el viento debería convertirse en una tempestad… Sin embargo, todo está en calma, perfecto, justo como lo dejamos—. ¿Michal? ¿Dimitri? —Levanto la voz un poco más y hago una mueca cuando corta a través de la tranquilidad—. ¿Estáis ahí?

No responde nadie. Michal y Dimitri dijeron que esperarían cerca del agua durante todo el tiempo que pudieran, pero ahora no los veo. Y esas sombras… Mis ojos saltan hacia el naranjo por encima de mí; las sombras parecen más largas de lo natural, más oscuras, a medida que el viento empieza a soplar con más fuerza. El caudal del río empieza a aumentar.

Dimitri y Michal llevan aquí demasiado tiempo. Si no los encuentro pronto, podríamos estar todos condenados. Miro a mi alrededor con impotencia, hasta que el brazo de Michal se desliza alrededor de mi

cintura para arrastrarme detrás del árbol más cercano. Casi me salgo del pellejo del susto y suelto un grito, pero él planta una mano delante de mi boca. Es Dimitri el que me lo explica al ver mi cara de incredulidad.

—Está aquí —susurra.

Y el jardín entero se sume en una oscuridad repentina.

Me agarro la cabeza cuando la presión aumenta a través de mi cráneo y la risa de la Muerte retumba por todas partes a nuestro alrededor, a través de la negrura absoluta, a través de mis mismísimos huesos, hasta que caigo de rodillas, incapaz de moverme. Incapaz de *pensar*. Incapaz de ver, de oír o incluso de *sentir* a Michal y Dimitri, que podrían no haber estado aquí en ningún momento. Que podrían no haber existido nunca. Porque ¿quién podría existir en esta privación, en esta *carencia* de todo?

Quizá yo tampoco pueda existir aquí.

Cuando la Muerte habla por fin, lo percibo más que lo oigo.

—¿Quién creías que era, *mon mariée*? —Y su *voz*… parece cien voces ahora, un millar, y ya no está llena de la calidez de la humanidad, sino que es fría, antigua y extraña. Y aun así familiar, como si la Muerte de nuestro reino todavía existiera en su interior, como si aún se aferrase desesperado a la existencia—. ¿Quién soy sino una ausencia? ¿Quién soy sino la falta de creación?

No. Sacudo mi cabeza sin una boca para formar la palabra, sin una voz para pronunciarla, y un dolor atroz corta a través de todo mi ser; la presión es excesiva, demasiado repentina.

—Yo era la oscuridad en el ataúd de tu hermana. —La Muerte se cierra a mi alrededor, me *asfixia*, y busco a ciegas a Michal, a Dimitri, a cualquier persona o cosa con la que centrarme. Pero no hay nada. *Nada*, y ahora estoy cayendo. Mi estómago da una voltereta mareante—. Yo era el vacío en el pecho de tu madre, la decepción en el de tu padre. Soy el hueco dentro de tu hermana. Soy también su enfermedad, su hambre, y soy también tu miedo. Un *miedo* inmenso es el que albergas, Célie. Hace muchísimo tiempo que te conozco y te alimento.

—No… no te tengo miedo.

—¿Estás *segura*? —La Muerte se mueve con las palabras y la

oscuridad presiona más, mientras una forma emerge por fin. Una forma larga, fría, con una sonrisa burlona de dientes blancos, con la mitad de las mejillas podridas, su pelo como un gato de nueve colas contra mi piel. Empapada de mi sangre, con su propia piel fétida. *Filippa*. Y esta vez no hay ningún Michal, ninguna vela para iluminar el camino. Solo estoy yo… y la Muerte, que lleva la cara de todas mis pesadillas.

No.

Concéntrate en un solo sentido, un detalle.

La hierba. Todavía la siento debajo de las rodillas, mullida y caliente a causa del eterno sol. No conoce esta oscuridad; me hace cosquillas en los dedos mientras los flexiono contra la tierra y me fuerzo a respirar, a expandir mi consciencia hacia fuera. El río. Todavía puedo oírlo fluir. Sal. Todavía puedo saborearla en mi lengua.

Todo eso significa que estoy viva. Que *existo*, y…

—No te tengo miedo.

Las palabras brotan por mi boca como un fuego en la oscuridad e iluminan todas esas partes de mí que me daba demasiada vergüenza ver: que *puedo* ser de porcelana y una mártir y mimada y blanda y egoísta. Que puedo ser incompetente. Que una y otra vez he fracasado, que les he fallado a mis seres queridos y también a *mí misma*, y que continuaré haciéndolo a menudo. Que puedo ser caprichosa y veleidosa, y que en ocasiones me preocupo demasiado cuando no debería… Me preocupan la sociedad y sus presiones, sus reglas, su gente.

Sin embargo, también soy leal y empática y curiosa y amable. Mi mente siempre está abierta y no hago juicios de valor. A pesar de todo, nunca me he endurecido, ni siquiera cuando me han amenazado, ni siquiera cuando me han despreciado, porque hay fuerza en mi ternura, hay valentía en mi vulnerabilidad. *Nunca* me he dado por vencida. Siempre he visto la luz en la oscuridad.

No.

Durante todo este tiempo, he estado buscando a otra persona para guiarme, para borrar la oscuridad de mi pasado, sin darme cuenta de que la oscuridad también es parte de mí. No puedo dejarla atrás.

Ya no quiero hacerlo, ya no *necesito* hacerlo. Soy tanto la vela como la sombra que proyecta.

Soy la luz en la oscuridad.

Y soy la oscuridad en la luz.

Me pongo en pie, estiro las manos de nuevo en busca de Michal y, esta vez, lo encuentro casi al instante. Lleva aquí desde el principio; también me buscaba, gritaba.

—¡Tenemos que irnos! *Célie*… —Su mano atrapa la mía, se cierra a su alrededor y lo arrastro hacia delante, justo cuando Dimitri se estrella contra nosotros con una maldición.

—*Joder*. ¿Qué está *pasando*? —Sus piernas se enredan con las mías, pero lo agarro con mi mano libre porque me niego a dejarlo atrás. En vez de eso, echo a correr entre las flores y los fuerzo a seguirme, chocando contra una topiaria tras otra, a medida que la oscuridad se retira. Se *mueve*. Vuela por delante de nosotros con el viento creciente, y una esquirla de miedo perfora mi corazón porque…

Porque la Muerte lo ha encontrado de nuevo: el camino de vuelta, el desgarrón en el velo. Porque está echando una *carrera* contra nosotros y, si él llega primero a la puerta, jamás lo derrotaremos.

Tanto Michal como Dimitri parecen percatarse al mismo tiempo.

—Seguid adelante —nos insta Michal con vehemencia, antes de alargar sus zancadas y alejarse de nosotros. Se *adelanta*, pero no puede alcanzar a la Muerte. Esa esquirla de miedo se retuerce más profunda. ¿Qué vamos a *hacer*?

El viento sopla con violencia entre mi pelo ahora, frenético, casi desquiciado, mientras el río fluye a nuestra espalda en un torrente rápido y rugiente.

—¿Y si no llegamos a tiempo? —pregunta Dimitri, desesperado.

—No… no sé lo que pasará.

Con un gruñido, Dimitri arranca una naranja de una rama en lo alto y se la tira a la sombra de la Muerte. Sin embargo, excede a nuestro impulso y, antes de que pueda hacer nada para evitarlo, los dos caemos rodando al suelo… directos contra las rodillas de Michal.

Aunque Dimitri y yo agitamos brazos y piernas en todas direcciones, Michal aprovecha la colisión para propulsarse hacia

delante, ponerse en pie de un salto y lanzarse en pos de la Muerte. Y desde esas ondulaciones rasgadas en el velo nos llega el grito farfullado de Odessa.

—¡Célie, corre! *¡Corre!*

Pero ahora la Muerte se está contrayendo, plegando, *encogiéndose* sobre sí mismo, dentro de las ondulaciones, y Michal no puede detenerlo. Michal ni siquiera puede ver la salida para colarse por ella. *Yo* soy la Novia de la Muerte. Michal y Dimitri no pueden regresar sin mí, así que salto, *corto*…

Desgarro la oscuridad como haría con el velo, y esta se estremece en respuesta.

Retrocede.

—No os resistáis a la corriente del remolino —les digo— y no miréis atrás. —Le hago un placaje por la cintura a Michal, sin dejar de arrastrar a Dimitri detrás de mí, y atravieso las ondulaciones para irrumpir en la gruta antes de que la oscuridad pueda volver a formarse.

Al instante, el océano nos separa con violencia.

El mundo se pone bocabajo, nos pone a *nosotros* bocabajo, pero ya he hecho esto antes. *No tengo miedo*. Me relajo para dejarme llevar por la corriente y rezo con fervor. Michal y Dimitri hacen lo mismo. Dejo que el agua arrastre mi cuerpo en espiral hacia abajo, después hacia arriba, arriba, *arriba,* hasta que salgo a la superficie.

—¡Están aquí! —El grito de Odessa corta a través del aire cuando Michal sale a la superficie a mi lado, y detrás emerge Dimitri. Odessa se cuela por debajo de tres retornados y alarga los brazos hacia nosotros desde la orilla—. ¡Vamos! Nadad, *nadad*.

Sé al instante que algo va mal. El aire es demasiado ralo, demasiado frío, y el mundo está demasiado gris. Todo el color se ha drenado de la gruta por completo, se extiende más allá de ella en una ola silenciosa y sofocante.

—¿Qué es *eso*?

Los ojos de Reid se abren como platos cuando la sangre empieza a manar por sus conductos lacrimales, de un vistoso escarlata en la penumbra; se tambalea un paso hacia atrás, al tiempo que se lleva una mano al pecho. Lou se desploma delante de él. Y los vientos de

tormenta… deben de habernos seguido a través del velo de alguna manera, porque el poste de cama roto sube en espiral por los aires. Pedazos del escritorio astillado vuelan hacia nosotros.

No.

Hacia *eso*.

Con los pulmones ardiendo, inspiro con brusquedad al ver la enorme manga marina que brota detrás del remolino. Gira con violencia, succionando todos los escombros y restos de la gruta al interior de su vórtice mientras el velo tiembla a nuestro alrededor. Oh, Dios mío. *El velo*.

Al resucitar a Michal y a Dimitri, he creado… he *roto*…

Todo.

Reid se desmaya en el mismo momento en que me doy cuenta de esto, y Dimitri consigue salir de las revueltas profundidades y llegar a la orilla para esprintar hasta él. Hasta Lou. Los arrastra a ambos lejos de la cólera de la naturaleza, de su última gran represalia por el daño que yo he causado. Sin embargo, no todo el mundo tiene tanta suerte; allá donde miro, los retornados tratan de agarrarse con uñas y dientes al suelo, a las paredes, a cualquier cosa a la que lleguen para permanecer en pie, pero aun así el viento arrastra a varios… a la mayoría… muy alto por el aire. La manga marina los hace pedazos. Sus vísceras caen como una lluvia macabra sobre la gruta, pero no puedo pararme a pensar en ello, no cuando el agua gira cada vez más alta, más letal, y todo tipo de proyectiles vuelan en todas direcciones.

—¡Tengo que cerrarlo! —Las olas se estrellan dentro de mi boca (no, es *sangre*) mientras nado hacia el islote, al tiempo que los vientos me zarandean y tiran de mí más cerca. Más cerca. Solo tengo que arreglar mi desgarrón. Pataleo para propulsarme hacia delante y permito que las corrientes cruzadas aceleren mi avance. *En cuanto cierre el velo, se*…

Los dedos gélidos de la Muerte se cierran alrededor de mi tobillo y me arrastran debajo del agua otra vez.

Está cobrando forma de nuevo.

Frenética, lanzo patadas a ciegas e impacto contra su cara. Cuando su agarre se afloja, soy yo la que tira de *su* pelo ahora, y lo lanzo de

cabeza hacia el vórtice de la manga marina. Hacia la puerta.

Sin volver a aspirar una sola bocanada de aire más, me lanzo a por él al corazón de la tormenta. *Mi* tormenta. El viento me zarandea, el agua golpea mi cuerpo como si fuesen puños, pero no me preocupan los moratones. *Cerraré* la puerta.

Detendré a la Muerte.

Agarro el velo con ambas manos mientras pugno con el clima tumultuoso y empiezo a arreglar el desgarrón. Me concentro en las emociones que fluyen a través de mí, encuentro fuerza en cada una (miedo a perder a mis seres queridos, ira por tener que enfrentarme a la Muerte, *esperanza* de que todavía podamos arreglar esto) y permito que tejan desde mis dedos, como si estuviese en mi habitación de niña una vez más, sentada al lado de Filippa bordando rosas y campanillas de invierno con punto de cruz en almohadas y pañuelos.

De repente (o quizá sea poco a poco, pues el tiempo pierde su significado mientras lucho con las olas, con la Muerte, con el equilibrio de nuestro mismísimo mundo), el velo se zurce. La manga marina muere. El azul intenso del océano regresa poco a poco, junto con las motas plateadas de mica en las paredes de la gruta. Y lo… lo hice.

Lo hice.

La presencia de la muerte desaparece con el desastre; el agua y los escombros caen de golpe otra vez al mar. Pero esto no ha terminado todavía. Filippa aún tiene que arreglar el agujero del remolino, o la Muerte regresará, y *pronto*. Acuclillado en la orilla, Michal grita mi nombre y estira los brazos hacia mí, mientras a su lado…

—¡Muévete, chica! —Mathilde gesticula con debilidad hacia el remolino, hacia el islote, y se me anegan los ojos de lágrimas al verla. *Ha vuelto*. A pesar de su actitud, de su cara de pocos amigos, de sus palabras al partir, ha vuelto. Está *aquí* y…—. ¡Tu hermana parece tener problemas! —Señala con su barbilla verrugosa en dirección a Filippa, que está de pie sobre un saliente cerca del islote y se retuerce las manos, histérica—. Y *eso…* —continúa, y señala entonces hacia los zarcillos de oscuridad que ya serpentean desde el

interior del remolino— no parece prometedor.

Mierda.

Cambio de dirección sin dudarlo y me lanzo hacia mi hermana, mientras Mathilde levanta las manos con expresión decidida.

—¡No podré contener al muy bastardo mucho tiempo! —grita—. De un modo u otro, cueste lo que cueste, ¡debemos cerrar esa maldita puerta!

—¡Filippa! —Me encaramo al saliente, boqueando y temblando—. Tienes que… que cerrarla. Hazlo *ahora*.

Filippa cae de rodillas, mete las manos en el agua y trata de sujetar el velo, de forzarlo a unirse en sus manos. Sus movimientos, sin embargo, son entrecortados, casi convulsivos. Con cada hilo que arregla, otro se rompe. Y este desgarrón es más grande que la gruta, más grande que la vida misma. Hará falta algo más que su ira para arreglarlo.

¿Le enseñó siquiera la Muerte a utilizar su poder? ¿Cómo *podría* haberlo hecho? Él nunca aprendió a controlar sus propias emociones, y Filippa siempre ha huido de las suyas.

—No puedo hacerlo —susurra, como si acabase de comprenderlo.

—Sí que *puedes*. —Caigo de rodillas a su lado—. Canaliza tus emociones, todas ellas esta vez. No puedes manipular el velo, no puedes arreglar este desgarrón, mientras sigas actuando como si no sintieras nada. —Cuando sacude furiosa la cabeza en señal de negación, la regaño con ferocidad—. Te *oí*, Filippa. Mientras me estaba ahogando en el jardín, me suplicaste que viviera, y cuando la Muerte amenazó a nuestra madre, *vi* tu cara. Vi tu miedo, tu ira, tu *amor*. Nos quieres a todos nosotros, en especial a tu hija, y esa es la razón de que casi partieras el mundo en dos para conocerla. Todo lo que has hecho ha sido por amor, *por supuesto* que lo ha sido. Eres humana, Pip, y sientes con la misma intensidad que el resto de nosotros, si no más.

Aprieta los puños con fuerza.

—Nunca he sido como tú. Nunca he sido capaz de hacer esto, nunca *quise* sentir esto…

—¿No eres un poco mayor para fingir?

—¡En cualquier momento…! —Mathilde hace un esfuerzo supremo

en la orilla, sus propias manos retorcidas al tiempo que la sangre empieza a manar de sus oídos y la gruta se sacude con el rugido de la Muerte.

Filippa suelta una risa amarga y el agua salpicada por el mar oculta sus lágrimas.

—A lo mejor deberíamos terminar con esta farsa y ya está. —Me mira de reojo, sus ojos más duros que nunca—. Si salto y cruzo el río, esto acaba. Salvar al mundo, ¿no? Ese ha sido siempre el plan. Sabemos cómo hacerlo, Célie.

Le lanzo una mirada asesina y dirijo sus puños de vuelta hacia el agua, de vuelta hacia el velo.

—No seas ridícula.

Aunque su agarre permanece rígido, casi inamovible, consigo abrir sus puños y estirar las palmas de sus manos, pero la mano de la Muerte sale disparada del remolino. Mathilde se desploma con un bufido.

Un pánico muy real brota en mi interior ahora. No tenemos tiempo para este momento, aunque quizá sea el último momento que tengamos nunca.

—La perdí —dice Filippa, en voz más baja ahora, pero no menos fría—. Perdí a Frostine. Perdí a Frederic. Perdí… *todo* lo que había imaginado para mi futuro. ¿Qué más me queda? —Gira la vista hacia el remolino y sus dedos parecen acariciar el desgarrón. Parecen atraerlo—. Si arreglo el velo, ¿qué me espera aparte de una vida de tormento, de *aflicción*?

Un dolor inmenso tiñe esta última palabra y, por primera vez desde que éramos pequeñas, la fachada gélida de Filippa vacila. Deslizo las manos hacia su brazo y lo aprieto con fuerza para que pueda sentirlo, para que sepa que estoy aquí.

Estoy aquí y no la voy a abandonar.

No la dejaré morir.

—Puedo ayudarte, Pip. To… *todos* podemos ayudarte. La tristeza que sientes por Frederic y Frostine… no va a desaparecer, pero amainará. Poco a poco, lo *superarás*. Por favor, Filippa. —Se me quiebra la voz al decir su nombre—. *Por favor*, no te rindas ahora. Si no por mí o por *maman* o por la vida que podríamos compartir

juntas, entonces… entonces quédate por *ti misma*. —Guío sus manos más cerca del corazón del remolino, donde la Muerte agita el brazo por el aire como loco, desesperado por encontrar algo a lo que agarrarse. Mathilde gime en la orilla—. No estás sola. Podemos hacer esto juntas.

Filippa niega con la cabeza.

—Así… así no es como se arregla el velo.

—Pues hazlo tú sola. —La desesperación afila mi voz. Toda mi esperanza y mi miedo colisionan dentro de mi pecho y explotan hacia fuera mientras clavo los dedos en su piel—. Hazlo tú sola, pero debes saber que estoy aquí a tu lado, que *siempre* estaré a tu lado. Estaré aquí, Pip, porque te quiero. *Te quiero*.

Le tiemblan las manos, también el labio. Aunque abre los ojos como si estuviera escuchando, como si de verdad me *oyera*, no hace ademán de cerrar el velo.

—Deberías odiarme, Célie. Las cosas que he hecho… La persona que he sido… Deberías empujarme dentro de este estúpido y jodido remolino sin un solo remordimiento.

—Es gracioso. —Levanto la barbilla; la convicción palpita a un ritmo regular y constante en mis venas—. Ya no me importa lo que debería o no debería hacer. Eres mi hermana y *quiero* que vivas. Sin embargo, no puedo obligarte a hacerlo; también tienes que querer vivir *tú*. La elección es tuya y el reloj sigue corriendo. —Aunque la suelto al decir esto último, permanezco cerca de su lado, quiero que sienta mi calor.

No la abandonaré.

Filippa ha sido horrible.

Se alió con un asesino, mató a Dimitri, mantuvo las almas de su examante y de nuestra niñera atrapadas dentro de su palacio de hielo y me ha amenazado más veces de las que puedo contar. Pero la vida no funciona en términos absolutos. *Nadie* es bueno en todos los aspectos.

Una vez llamé «puta» a una joven y pronto se convirtió en mi mejor amiga. Esa misma joven prendió fuego a su propia mejor amiga, pero se reconciliaron igual de deprisa, en lo que tarda en surgir una chispa.

Esa misma chispa reside en cada uno de nosotros, ese atisbo de luz y ese toque de oscuridad. La propensión al bien, sí, pero también el potencial para un gran mal. Filippa no es diferente en absoluto. Ambas cosas existen también en su interior.

Filippa *puede* cambiar. Puede decidir hacer las cosas mejor, hacer el bien, siempre y cuando tome esa decisión por sí misma. Ahora me mira, mira a nuestra madre, a Mathilde, luego a Michal y a Dimitri y a Odessa. Mira incluso a Lou y a Reid, desplomados al lado de Jean Luc y Brigitte. Nuestra familia. Mis amigos. Personas a las que ella también conocerá algún día, espero, si se atreve a imaginar ese futuro para sí misma. Si se atreve a buscar la felicidad.

Sin decir una palabra más, se gira hacia la Muerte y aparta su brazo de un manotazo.

Un grito involuntario brota por mi boca cuando agarra los bordes rasgados del velo, tanta cantidad de tejido como puede, y se inclina hacia delante para juntar por la fuerza los límites irregulares del desgarrón. *Su* desgarrón. Sus lágrimas caen más deprisa ahora, ruedan dentro de la tormenta creada por su renacimiento.

—No quiero volver a oler a un solo retornado en toda mi vida —declara Filippa.

Entonces, mi hermana cierra el velo.

CAPÍTULO 48

Un nuevo comienzo

Espero rayos y truenos, un *tsunami*, cualquier cosa que indique que la Muerte se ha ido y el mundo se ha enderezado. Sin embargo, no ocurre ninguna de esas cosas.

En lugar de eso, somos solo nosotros.

Mi hermana y yo, acuclilladas sobre el islote, y los otros reunidos en la orilla. Odessa apoya la cabeza sobre el hombro de su hermano, los brazos apretados alrededor de la cintura de Dimitri, sin querer soltarlo, mientras Lou y Reid empiezan a moverse a sus pies. Jean Luc y Brigitte también se están levantando. Mathilde se gira para murmurarle algo a Dimitri, que se ríe y mira a Michal.

Michal.

Nuestros ojos se cruzan desde lados opuestos de la gruta y él se mete en el agua a medida que el remolino frena poco a poco, hasta que se detiene y la suave corriente vuelve para lamer la roca. Aunque mi madre lo sigue, habrá tiempo para reuniones más tarde. Una vida entera, que es aún más valioso que toda la eternidad. Los dos parecen sentir lo mismo, pues esperan en las aguas poco profundas mientras ayudo a Filippa a ponerse en pie. Luego le doy un abrazo feroz.

—Sabía que podías hacerlo —le susurro.

Sabía que te quedarías.

Ella tiembla entre mis brazos.

—Jamás debí escaparme por esa ventana —confiesa en voz baja, los ojos clavados en el mar, como si esperara que la Muerte reapareciese de alguna manera para volver a sumergirla bajo las aguas. La abrazo aún más fuerte en señal de promesa y, poco a poco, de manera tentativa, me devuelve la presión—. Sentía que me estaba asfixiando en nuestra habitación. Observaba tu vida

desplegarse ante ti mientras que la mía no había ni empezado. No sabía qué hacer, cómo *salir* de ahí, y Frederic… me prometió un nuevo comienzo. —Niega con la cabeza antes de apoyarla en mi hombro. Las lágrimas vuelven a rodar por su nariz—. A veces me pregunto lo diferentes que hubiesen podido ser las cosas si simplemente me hubiera sincerado contigo en lugar de escapar.

—Qué suerte que las dos tengamos una segunda oportunidad.

—Siempre has sido demasiado buena para este mundo, *ma belle*. —Entonces se aparta con brusquedad, se seca las lágrimas de las mejillas y alisa su vestido empapado antes de respirar hondo y enderezar la espalda para convertirse en la viva imagen de nuestra madre. Y justo cuando creo que sus defensas han vuelto por completo a su sitio, añade—: Demasiado buena *para mí*.

Empujo su cadera con la mía y una sonrisa tironea de mis labios.

—Para tu información, no soy tan buena como puedes creer. —Levanto la barbilla para aumentar el efecto dramático—. He matado a un hombre, ¿sabes?… Y también me he *acostado* con uno.

Filippa suelta una carcajada sonora al oír eso, inesperada y desinhibida, y su sonrisa abre mi pecho en canal. Casi había olvidado el aspecto que tenía. Casi había pensado que no volvería a verla nunca. *Casi*.

—Solo *tú* puedes hacer que el asesinato y el sexo suenen extravagantes —declara. Parpadeo en su dirección con una inocencia fingida.

—¿El tuyo no lo fue?

Aunque Filippa pone los ojos en blanco, es nuestra madre la que se dirige a nosotras con tono severo.

—Si habéis *terminado* ya con esa charlita sórdida, quizá seáis tan amables de saludar a vuestra querida y anciana madre. ¡Es de mala educación hacerme esperar! —Suena impaciente, ansiosa, pero, cuando miro hacia ella, sus ojos también brillan de euforia. Por tener a sus hijas de vuelta, por tener su propio nuevo comienzo.

Sin perder la sonrisa, tomo la mano de mi hermana y hacemos justo eso.

Empezar de cero.

Juntas.



—Madre mía. Jo*der* —dice Lou despacio media hora más tarde, al tiempo que emite un silbido apreciativo y camina en círculo a mi alrededor en el estudio de Michal, antes de tirar su pañuelo ensangrentado sobre el escritorio. Aunque él le dedica a la prenda una mirada ceñuda significativa, Lou lo ignora—. No creía que tal cosa fuese posible, y sin embargo aquí estás, toda brillante y reluciente y nueva otra vez. Y *humana*. —Mira también a Filippa, que está en un rincón con nuestra madre, hablando en voz baja entre ellas—. Las dos… Los *cuatro* —añade, los ojos como platos del asombro mientras señala con un dedo de Michal a Dimitri—. Increíble.

—Tu basura está sobre mi escritorio —señala Michal.

Reid sacude la cabeza a modo de disculpa antes de recoger el pañuelo ensangrentado.

—¿Cómo os sentís?

—Como si ayer te hubiese roído la mano para comerme ese pañuelo —dice Dimitri con alegría—, pero ahora no lo haré.

Con una mueca, Reid sacude el pañuelo y la sangre desaparece al instante.

—Un claro cambio positivo, entonces.

—La sensación es maravillosa —aporto yo con vehemencia, al tiempo que aprieto la mano de Michal. Estamos sentados juntos en una silla al lado del fuego; o, más bien, *él* está sentado en la silla y yo estoy instalada en su regazo, ajena a todos los demás en la habitación—. Como si por fin volviese a ser yo misma. No es que no hubiese ventajas en ser, bueno…

—¿Sobrenaturalmente fuerte? —Lou hace una pausa a medio hurgar entre los cajones del escritorio para levantar la vista hacia mí con una sonrisa pícara. En sus manos, sujeta el sello de cera de Michal, con forma de calavera—. ¿Y rápida? ¿Y elegante? ¿Y de una belleza *imposible*? Sí, está claro que eso podría ser un lastre para cualquier persona. —Después se dirige a Michal—. Esto es bastante poco sutil, ¿no? —Agita el sello de cera con desagrado antes de

dejarlo caer de vuelta en su cajón.

—Casi te comí, Lou —declaro inexpresiva.

—Y lo hubiese disfrutado, estoy segura. —Retoma su investigación con una carcajada, solo para sacar después la garra de un pulgar de Michal—. De un modo muy parecido a como supongo que los dos disfrutasteis de*… ¿esto?* Sea lo que sea. Algún tipo de juego sangriento…

Reid cierra el cajón de golpe, al tiempo que sacude la cabeza otra vez. Al lado de la puerta, Jean Luc tose incómodo mientras Brigitte nos mira ceñuda a todos, los brazos cruzados y la mandíbula apretada. No han hablado demasiado desde la gruta, desde que explicamos todo lo de la Muerte y el remolino, el jardín y el río.

Para ser sincera, parecían muy poco impresionados por que hubiésemos permitido que la cosa llegase tan lejos, y aún menos impresionados cuando Mathilde salió tan campante de la gruta sin devolverlos a Cesarine. Al menos se perdieron las preguntas cotillas de Guinevere: *¿Quién es* él? *¿Lo querías? ¿Él la quiere a* ella? Porque nadie puede verla ya, ni a ninguno de los otros fantasmas. Nadie excepto Filippa y yo, y también Mathilde, que es probable que esté redactando exigencias para su nueva cabaña en estos mismos momentos.

Al igual que el velo, el reino de los espíritus se está curando. Como lo hace la isla. El *mundo*.

Odessa se marchó de la gruta poco después que Mathilde para dirigirse a sus centinelas, y el olor de la magia de Lou aún perdura sobre la puerta, que hechizó para que fuese impenetrable a los sentidos vampíricos. Por el momento, no pueden ni oírnos ni olernos, pero eso no soluciona el problema de cómo marcharnos.

Porque tendremos que marcharnos antes o después. Requiem ya no es seguro para nosotros; ni para mí, ni para mi madre, ni para Michal. Ni siquiera para Dimitri.

—¿Crees que Coco y Beau estarán bien? —pregunto en voz baja después de unos segundos.

Lou abre otro cajón, saca una bolsita de las monedas de Michal y la sopesa en la palma de su mano.

—Supongo que sí; es probable que estén disfrutando de algo de

bien merecido tiempo a solas. Talon habría venido a buscarme ya si no fuese así. —Se guarda la bolsita en un bolsillo sin decir palabra—. Y además sospecho que nuestro problema con los retornados ha terminado.

Michal la mira ceñudo y sus manos se mueven de un modo un poco espasmódico, pero no hace ni ademán de levantarse.

—Yo sospecho lo mismo.

—¿Ah, *sí*? —responde Lou con una sonrisa.

Dimitri se ríe entre dientes al ver la expresión furiosa de Michal, se echa hacia atrás para apoyarse en el escritorio y cavila en voz alta.

—No soy una bruja, pero supongo que tiene sentido… Cuando nuestra querida Pip cerró el velo, terminó con el ritual que los resucitaba.

Mi hermana se espabila al instante y gira la cabeza a toda velocidad hacia él.

—¿Cómo me acabas de llamar?

Dimitri se echa más hacia atrás para levantar la vista y mirarla entre sus pestañas. Planta las manos bien abiertas sobre la mesa.

—¿De verdad no me has oído?

—Al parecer, no —masculla ella con los dientes apretados—, puesto que mi nombre es *Filippa*. *Mademoiselle* Tremblay para ti.

—*Hmm*. Prefiero Pip.

Nuestra madre parpadea escandalizada en dirección a Dimitri.

—*Monsieur* Petrov, estoy *asombrada* por esta falta de decoro.

—Es verdad que ella lo apuñaló en el corazón —señala Brigitte.

Cuando todos nos giramos para mirarla, ella se encoge de hombros a la defensiva, al tiempo que se sonroja, pero Lou levanta un dedo en señal de aquiescencia.

—Es verdad, bien dicho.

Dimitri inclina la barbilla.

—Gracias.

—Ahora en serio —interviene Lou—, noto mi magia… mejor. Entera otra vez, lo cual me indica que el orden natural se ha restaurado. —Le da unas palmaditas en la espalda a Dimitri, y después a Reid—. Buen trabajo, todo el mundo. Un verdadero esfuerzo colectivo. Lo que más me ha gustado ha sido la parte en que he estado tirada en

el suelo durante todo el proceso.

Tanto Filippa como Dimitri sueltan una carcajada.

Michal pone los ojos en blanco y roza la curva de mi cuello con su nariz antes de depositar ahí un beso. Se hace el silencio a nuestro alrededor, pero ya no es un silencio tenso. No va acompañado de pánico ni de estrés. En lugar de eso, parece… cómodo. Seguro. Jugueteo con los dedos de Michal, me deleito en su calor; está mucho más caliente de lo que esperaba, y me entierro más hondo en su regazo.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto después de otro momento.

Aunque todos nos miramos los unos a los otros, nadie parece tener una respuesta. Nadie excepto Michal, que enrosca distraído un mechón de mi pelo alrededor de su dedo.

—Lo que queramos, mascota. Podemos hacer lo que queramos.

CAPÍTULO 49

Felices para siempre

Resulta que Odessa tiene muy poco interés en ocultar a Michal del resto de la isla. Tal vez porque informó a la población de que ella solita se había deshecho de los retornados, había curado la isla y les había salvado a todos la vida en el proceso. O tal vez porque Lou pegó un bigote al labio de Michal y las dos proclamaron que estaba bien disfrazado.

O tal vez porque el corazón de Michal late con regularidad en su pecho y los vampiros que se han reunido para observar nuestra partida parecen más confusos que enfadados. Nos observan con recelo desde las sombras del muelle mientras nuestro extraño séquito, incluidos Jean Luc y Brigitte, desciende de los carruajes. Los centinelas de Odessa nos rodean, primero para actuar como protección y segundo para transportar nuestro equipaje por la pasarela hasta el barco. No hablan mientras cargan baúl tras baúl en el barco; incluso transportan un enorme retrato de Mila que Dimitri insistió en traer.

—No estoy seguro de que el bigote esté funcionando —le murmuro a Odessa, que sigue la dirección de mi mirada hasta la callejuela cercana, desde donde Léandre y Violette observan a Michal con los ojos entornados. Me observan también a mí. Una sensación de inquietud baja rodando por mi columna, pero Odessa se limita a sonreír con ironía, impertérrita, y les ordena que se acerquen.

—Espera —susurro, incrédula—. No deberíamos…

—Léandre, Violette… —Odessa señala hacia Michal, que hace una pausa en su conversación con Dimitri—. Os presento a Panteleimon, mi primo séptimo, un par de generaciones más joven que yo. Tiene un parecido asombroso con nuestro difunto rey, ¿verdad? —Los mira directo a los ojos, en un desafío claro a cuestionarla. Después de

inspirar con sutileza, sus narices se arrugan al detectar nuestro olor humano y fruncen el ceño aún más—. Saludadlo —les dice Odessa, toda cordialidad.

Michal los mira con una indiferencia fría mientras ellos miran a Odessa boquiabiertos, divididos entre la incredulidad y la confusión.

—¿Mi reina…? —pregunta Léandre despacio.

—Sí. —Odessa escupe la palabra sin perder la sonrisa—. Vuestra *reina* os ha dado una orden directa, y no le gusta que la hagan esperar. Ahora, os sugiero que hagáis una *reverencia*.

Algo en su expresión se afila con esto último y, al instante, Léandre y Violette farfullan una disculpa y realizan una reverencia y una genuflexión, respectivamente. Al recordar sus amenazas en la velada negra, disfruto de verlos postrados. Lo disfruto mucho, todo lo que me corresponde.

Cuando Léandre por fin se endereza con una mueca de desagrado, Odessa ordena que Violette y él transporten el equipaje de Michal al barco. Jean Luc y Brigitte los siguen. Aunque el primero asiente y parece impresionado a su pesar, su mano no se ha separado de su Balisarda desde el momento en que salimos del castillo. Aun así…

—Me sorprende lo bien que ha ido eso —le murmuro a Odessa. Ella encoge un hombro, elegante.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Soy mejor reina de lo que lo fue Michal jamás.

—Eso es fácil —afirma Dimitri con una risita entre dientes, al tiempo que Michal pone los ojos en blanco hacia el cielo, se arranca el bigote y lo deja caer a nuestros pies—. Aunque imagina lo *fabuloso* que habría estado con uno de tus vestidos. —Levanta una mano para alborotar el pelo de su hermana, pero ella atrapa su muñeca en pleno vuelo. Sorprendido, Dimitri parpadea antes de recordar que ella aún es una vampira y él ya no. Solo por un instante, la nostalgia centellea en sus ojos (aparece y desaparece antes de que su hermana lo note), pero creo que lo entiendo.

Las vidas de Dimitri y Odessa han estado entrelazadas desde su nacimiento. Desde antes, incluso. Todo lo que han hecho, lo han hecho juntos, pero ahora… ya no pueden seguir así. Sus vidas deben separarse; deben alejarse el uno del otro, y todo está a punto de

cambiar.

Dimitri sacude la cabeza, pesaroso.

—Joder, Des. Eres bastante más fuerte de lo que recordaba.

Ella suelta su muñeca para darle unas palmaditas en la mejilla.

—Y te romperé el brazo encantada si vuelves a tocarme el pelo alguna vez.

Detrás de ellos, Filippa se ríe entre dientes.

Dimitri finge no oírla; en lugar de eso, abraza a su hermana con fuerza y apoya la barbilla sobre su cabeza. El gesto es íntimo, incluso infantil, y casi puedo imaginarlos a los dos de niños, mucho más jóvenes, mucho más pequeños, con futuros largos y brillantes por delante.

—Naciste para esto, Des —murmura Dimitri, al tiempo que la aprieta más fuerte—. Si alguien puede meter a esta isla en vereda, eres tú, y no puedo estar más orgulloso de llamarte mi hermana.

—No. —Odessa niega con la cabeza de repente y lo aparta de su lado con mucho más cuidado que de costumbre. Con ternura—. *No*, no digas ni una palabra más. Esto empieza a sonar sospechosamente a despedida, pero ese *no puede* ser el caso cuando siempre habrá un barco en Cesarine para traerte de vuelta. Y si no lo hay, enviaré uno; enviaré cien barcos si eso es lo que necesitas. —Sorbe por la nariz, retrocede un poco y da media vuelta, pero aún la recuerdo en la gruta, aferrada a Michal y gritando el nombre de su hermano. Su ausencia le dolerá más de lo que admitirá jamás.

Agarro su mano cuando pasa por nuestro lado para ir a hablar con un centinela cercano. Le doy un apretón y ella me devuelve la presión sin decir ni una palabra.

—Cuida de él, Célie —murmura—. Por mí. Por favor.

—Sabes que lo haré.

Sonríe al oírme, una sonrisa pequeña y quizá triste, antes de dedicarle toda su atención al centinela. Yo aprovecho el momento para entrelazar mi brazo con el de Dimitri.

—¿Qué pasa con Margot? ¿Se va a reunir con nosotros en Cesarine?

Dimitri suelta un suspiro dramático.

—Quiere quedarse en Requiem. —Al ver mi expresión confusa, añade con cierto pesar—: Fui a escondidas a la floristería más temprano, con la esperanza de sorprenderla, pero ella… no sabía qué decir. Asegura que no es que *no me quiera* —dice, y suelta un bufido desdeñoso ante esa excusa tan manida—, sino que su vida está *aquí*, y la mía… ya no puedo vivirla en Requiem. No lo reconoció nunca, pero creo que esperaba que algún día la convirtiese en vampira.

—Lo siento, Dima.

Mete su mano libre en el bolsillo.

—No lo sientas. Es probable que hubiese acabado por matarla y… y *creo* que estoy emocionado por ir a Cesarine. —Ladea la cabeza mientras lo piensa bien—. Quizá ya no huela tan mal ahora que soy humano, ¿sabes? —comenta.

—Todavía lo hará —dice Lou.

Entonces pasa también por delante de nosotros, al tiempo que se cuelga una bolsa de comida del hombro. Aunque se dispone a darle un mordisco a una manzana de camino a la pasarela, Dimitri se la quita en el último segundo. Luego se la pasa de una mano a otra a modo experimental, antes de darle un bocado enorme.

—Oh, *Dios* mío —dice con la boca llena, mientras contempla la manzana con un asombro jubiloso—. Creo que lo que más me emociona es la *comida*.

—Un aburrido *y* un bruto. —Filippa pone los ojos en blanco, al tiempo que encaja la cesta de los gatitos un poco más arriba contra su cadera y echa a andar detrás de Lou—. Menuda sorpresa.

Los ojos de Dimitri centellean y nos abandona a todos para seguirla pegado a sus talones.

—¿Un *aburrido*? Dime, ¿eres consciente de lo que significa esa palabra? De nosotros dos, te puedo asegurar que yo no soy el aburrido. Tú incluso andas como si tuvieses un palo metido por el… —Los ojos de *madame* Tremblay vuelan hacia él al instante—. Por el corsé —termina Dimitri en voz baja, al tiempo que atrapa sin inmutarse la mano de Filippa para ayudarla a subir a la pasarela. *Madame* Tremblay asiente en señal de aprobación, mientras Filippa intenta estrujar los dedos de Dimitri—. Una postura excelente. Real y

verdaderamente excelente.

Filippa masculla algo en respuesta, demasiado bajo para que yo lo oiga, pero Dimitri se ríe, suelta su mano y ayuda a *madame* Tremblay a continuación.

—No debéis juzgar el estado de nuestra casa cuando lleguemos. No sabía que iba a recibir invitados.

—No se moleste por nosotros —la tranquiliza Dimitri—. Michal y yo estamos en deuda con usted, *madame*, y prometemos abusar de su hospitalidad solo hasta que encontremos nuestra propia casa.

—Y *yo* apenas soy una invitada, *maman* —dice Filippa desde delante—. Supongo que mi habitación está justo donde la dejé.

Madame Tremblay vacila un instante en la pasarela. De repente, parece nerviosa.

—Creo… Bueno, para ser sincera, creo que ha llegado el momento de deshacerse de ese cuarto infantil. —Después, como si acabase de darse cuenta de que todos los ojos de nuestro grupo se han girado hacia ella, se aclara la garganta y se apresura a mirarnos por encima del hombro—. Quizá, Filippa, prefieras ocupar el cuarto de tu padre.

Filippa parpadea perpleja.

—¿Qué quieres decir? No pienso dormir con *pére*.

—Oh, por supuesto que no. —Nuestra madre agita una mano para interrumpirla con una voz inusualmente alta. Una voz casi estridente —. Porque he… he echado al muy vago. Ya no es bienvenido en nuestra casa; aunque, por supuesto, respetaré vuestra decisión de verlo otra vez si así lo deseáis. —Una pausa dubitativa—. Os pido perdón por no decíroslo antes —añade, con mayor suavidad ahora—, pero teníamos cosas bastante más importantes de las que encargarnos.

Los ojos de Filippa se cruzan con los míos y nos miramos estupefactas. *Asombradas*. Sin embargo, antes de que pueda darle la enhorabuena a mi madre, Filippa se me adelanta.

—Ya era hora.

Y yo no podría haberlo dicho mejor.

Les dedico una sonrisa radiante a ambas, a Dimitri también, y boto un poco sobre las puntas de los pies, incapaz de contener mi emoción. Surca a través de mí como un bálsamo, curando los

horrores de las últimas horas, las últimas *semanas*. *Años*. Envuelvo los brazos alrededor de Michal y tiro de él hacia la pasarela.

—Esto va a ser de verdad un comienzo nuevo para todos nosotros. Una *aventura* nueva.

—Ah, sí. —Dimitri sacude la cabeza y conduce a mi hermana y a mi madre a bordo del barco—. Tres mujeres solteras solas en la ciudad. ¿Qué problema podría haber?

—O no tan solteras. —Michal me lleva a un lado antes de que subamos a la pasarela, sus ojos negros centelleantes de la anticipación. Retira mi pelo y acaricia mi mejilla con la palma de su mano, mientras la otra se desliza alrededor de mi cintura—. Todas las piezas están encajando en su lugar —murmura—, pero ¿es esto lo que *quieres*? ¿Regresar a Cesarine? ¿Pasear bajo el naranjo y sentarte ante la ventana de esa habitación infantil?

Suelto una risita suave. Una triste.

—Si me hubieses hecho esas preguntas hace un año, habría dicho que no. —Giro la mejilla hacia su mano y, si quedaba algo de tensión en mi cuerpo, me abandona ahora. *¿Es esto lo que quieres?* Una pregunta tan sencilla no debería tener una respuesta tan complicada, pero aun así la tiene. Hubo un tiempo en el que quería ser una hija diligente, después una esposa. Quería ser cazador… No, cazador*a*, la primera de su especie. Envidiaba a las brujas; ansiaba tener magia y anhelaba vivir dentro de las páginas de un cuento de hadas, ser la heroína que derrotaba al mal, la princesa que se enamoraba. Sus historias parecían muy preferibles a la mía. Sus historias parecían importantes.

Mis padres se habían olvidado de mí.

Mi hermana me había abandonado.

Incluso mi primer amor me había dejado; igual que hizo el segundo, a su propia y única manera.

No. Quizá lo que de verdad ansiaba de esos cuentos de hadas tenía poco que ver con salvar al mundo, con demostrar mi valía, con dejar marca, y todo que ver con lo que venía después. El felices para siempre. La *esperanza*.

Deposito un beso en la palma de la mano de Michal.

—La muerte tiene una manera de hacer que cambie nuestra

perspectiva —murmuro—. Esas cosas sonaban muy mundanas, pero ahora… ahora sí que quiero sentarme ante esa ventana, y quiero sentarme ante ella *contigo*. Quiero pasear bajo ese naranjo juntos, quiero besarte con pulpa sobre nuestros labios y quiero escuchar a nuestras familias reñir. Quiero reírme con mi madre. Quiero trenzar el pelo de mi hermana. Quiero ver a Dimitri probar un *éclair* de chocolate y quiero arrastrarte a Chateau le Blanc, donde podremos bailar alrededor del palo de mayo todas las primaveras. Nunca aprecié nada de eso antes, pero ahora…

Michal parece estar conteniendo la respiración.

—¿Pero ahora…?

Me pongo de puntillas para besarlo con el más leve de los roces.

—Ahora lo quiero todo, Michal —susurro—. Te quiero a *ti*. —Aun así, me fuerzo a observar la ciudad a nuestro alrededor, la isla, incluso a Odessa, que está de pie a una distancia discreta mientras finge no escuchar—. A menos… a menos que prefieras volver a ser como éramos antes. Odessa aún podría transformarte. —Me echo atrás para mirarlo, para mirarlo *de verdad*, y para asegurarme de que él también me mira a mí. Para asegurarme de que oye la siguiente parte—. Podría transformarme también a mí.

Parpadea con el ceño un poco fruncido.

—¿Harías eso?

—Haría cualquier cosa por ti.

Ante *esas* palabras, una amplia sonrisa se despliega por su cara. Como si fuese incapaz de evitarlo, me gira hacia la pasarela antes de tirar otra vez de mí y retirar el pelo de mi nuca. Me da un mordisquito juguetón en la piel, su voz áspera contra mi oído.

—Por mucho que vaya a echar de menos morderte, Célie, hay una cantidad excepcional de cosas que podemos hacer en su lugar; cosas que me encantaría hacer, aunque resultarán bastante difíciles viviendo con tu madre y tu hermana.

—Y con Dimitri —añado sin aliento, al tiempo que me arqueo hacia él.

Besa el punto que acaba de morder y su lengua alivia el dolor, y yo clavo los dientes en mi labio de abajo para evitar gemir. *Dios*, cómo lo quiero. Lo quiero muchísimo.

Michal se ríe en voz baja.

—Preferiría no oír el nombre de mi primo ahora mismo.

—Entonces es una suerte que mi hermana vaya a matarlo en cuestión de una semana.

—Oh, no estoy tan seguro. —Mira más allá de mí, en dirección al barco, donde las voces levantadas de ambos ya llegan hasta nosotros. Lou se ríe con ganas de lo que sea que haya dicho Filippa —. Creo que puede haber algo ahí.

Estiro el cuello para mirarlo con los ojos entornados.

—Y yo mantengo lo dicho… Y si Filippa no lo mata, mi madre los matará a ambos. Si queremos tener algo de privacidad, tendremos que encontrar nuestra propia casa pronto. —Las palabras salen por mi boca antes de que pueda evitarlo, pero tampoco es que pueda retirarlas. Me pongo aún más roja—. Es decir, si… si *quieres*.

—*Mademoiselle* Tremblay —empieza Michal, fingiendo escandalizarse. Luego gira mis caderas y me inmoviliza contra su cuerpo duro. Un calor intenso se extiende por todo mi ser, tan agudo y ansioso como antes; mejor incluso, porque ahora somos libres—. ¿Me estás haciendo… *proposiciones* deshonestas?

Levanto la barbilla y le lanzo una mirada ceñuda.

—Te estoy proponiendo que dejes de hablarme de esa *cantidad excepcional de cosas* y empieces a demostrármelas; si puede ser, en algún sitio muy, *muy lejos* de oídos cotillas.

—¿Por qué? —Arquea una ceja, desliza una mano por detrás de mi espalda y engancha un dedo en las cintas de mi corsé. Luego tira de ellas para apretarlas—. ¿Vas a gemir, mascota? ¿Vas a gritar?

Me inclino hacia sus labios y suelto el aire con suavidad.

—Quizá lo haga.

Desde algún sitio detrás de nosotros, Odessa suelta un suspiro sonoro.

—Me siento obligada a señalar que *este* no es ese sitio. —Al oír su voz exasperada, me aparto de Michal a toda prisa, roja como un tomate de la cabeza a los pies. Aunque sonrío abochornada, Michal sonríe sin ningún remordimiento. Una sonrisa amplia, descarada y preciosa. Desliza un brazo alrededor de mi cintura mientras Odessa le da un empujón por la espalda—. Márchate de mi isla, primo. —

Luego se gira hacia mí—. Volveré a verte en Yule, pero… muestras públicas de afecto aparte, los dos sois bienvenidos aquí en cualquier momento. Mi casa siempre estará abierta para ti.

Casa.

Una sensación cálida inunda mi pecho ante esa palabra, como los primeros rayos del amanecer después de una noche larga.

—Gracias, Odessa. —Le doy un beso en la mejilla, un beso al que infundo hasta el último gramo de mi felicidad incandescente. Hasta el último gramo de mi gratitud eterna—. Por todo. No hubiese sobrevivido a Requiem sin ti.

—Sí que lo hubieses hecho. —Con una sonrisa, señala el barco con la barbilla—. Ahora, márchate. Tu familia te está esperando.

Tomo la mano de Michal y, juntos, cruzamos la pasarela hasta el barco. Las olas lamen el casco y el viento arrecia con anticipación cuando nos reunimos con nuestra familia; revuelve nuestro pelo y acaricia nuestras mejillas. Aunque la isla permanece envuelta en sombras, casi puedo ver la luz del sol en el horizonte, esperándonos. La *vida* nos espera.

Y no estoy sola.

EPÍLOGO

Yule amanece frío y de un blanco plateado este año, y mi madre insiste en celebrar todas las festividades (aunque para ella, por supuesto, solo estamos celebrando Navidad tres días antes).

—Te has saltado un punto, joven —le dice ahora a Reid, al tiempo que señala con su largo dedo hacia la mismísima copa del árbol—. Justo ahí.

Con una mirada sufrida en mi dirección, Reid se pone de puntillas y estira los brazos para desenredar el espumillón que cuelga de las ramas, de la repisa de la chimenea, de las ventanas, de *todas partes*, como estalactitas en proceso de derretirse, intercalado con brillantes bolas de Navidad y campanas doradas, flores de Pascua, guirnaldas de naranjas secas y lazos de terciopelo y bayas blancas, velas y el suficiente muérdago para hacer de la casa un verdadero polvorín de incomodidad.

Puede que Filippa y yo nos dejáramos llevar un poco por las fechas.

Aun así, la emoción cosquillea desde la parte de arriba de mi cabeza hasta las puntas de mis pies mientras miro a todos los presentes: mis seres queridos, mi familia. Todos reunidos en el salón de mi infancia. Ni en mis mejores sueños hubiese podido imaginar nunca semejante «felices para siempre» para nosotros: humanos, brujas y una reina vampira celebrando las fiestas juntos en una noche de invierno perfecta.

Me apresuro a distribuir sus presentes: un regalo para cada persona, cada uno elegido de manera anónima y colocado bajo el árbol en secreto.

Cuando tropiezo con el borde de nuestra alegre alfombra escarlata (regalo de Odessa), Michal atrapa al vuelo los paquetes envueltos que caen de mis brazos. Mientras que yo he perdido mi elegancia

inmortal, él parece haber conservado la suya por completo, y no estoy del todo segura de que eso sea justo.

—Si no llegas hasta arriba —le dice a Reid con voz burlona—, estaré encantado de ayudarte.

Reid lo mira ceñudo, pero en sus ojos se aviva una chispa de picardía. Con un chasquido de sus dedos, el espumillón se enrosca alrededor de la última rama, antes de serpentear hacia arriba, más allá de la copa, para acabar por extenderse alrededor de la lámpara de araña, donde centellea a la luz de las velas. Reid sonríe con suficiencia al oír la exclamación entusiasmada de mi madre.

—Gracias por tu preocupación —dice con tono seco—, pero creo que puedo con ello.

Lou suelta una carcajada, sentada al lado de la chimenea con las piernas cruzadas mientras trenza el pelo de Coco. Beau, por su parte, intenta prender el tronco ceremonial, pero les lanza una mirada agraviada.

—Cualquiera de las dos podríais hacer esto con solo agitar las manos, ¿sabéis?

—Oh, claro que lo sabemos. —Con una sonrisa serena, Lou intercala también un tramo de espumillón entre las trenzas de Coco —. Pero es mucho más divertido observar cómo lo hace el rey.

—Ingratas —musita Beau—. No me he escapado del castillo esta noche para soportar este tipo de abusos,

—Eso es *exactamente* por lo que has escapado del castillo esta noche —lo contradice con dulzura Coco. Luego pesca una nube dulce de su taza de chocolate caliente y se la tira. Beau la esquiva en el último segundo y la golosina vuela hasta el interior de la chimenea—. ¿Ayudaría si dijera que estás de lo más apuesto esta noche?

Una sonrisa tironea de los labios de Beau, que estira un poco su chaleco de brocado.

—Pues sí, la verdad.

—¿Estamos seguros de que Beau deba estar a cargo de encender cualquier cosa? —Reid se deja caer al suelo al lado de Lou, estira sus largas piernas y le roba un sorbito de chocolate—. Casi quema la ciudad entera la última vez que jugó con fuego.

Beau le lanza una mirada de ojos entornados.

—Por «jugó» supongo que te refieres a «intentó salvar vuestras ingratas vidas».

—¿Eso era lo que estabas haciendo?

Coco se echa hacia delante para plantar un beso en la mejilla de Beau antes de que pueda replicar.

—Y todos te lo agradecemos mucho. —Algo apaciguado, Beau vuelve a cerrar la boca, y sus ojos oscuros arden con fervor mientras observa a Coco sentarse otra vez en la alfombra. No. Arden de *amor*. Si mi intuición no me engaña, sé bien qué piensa regalarle a Coco por Yule este año.

La única pregunta es *cuándo*.

Incapaz de contener mi sonrisa embobada y de lanzarles a ambos miradas disimuladas cada pocos segundos, solo por si acaso, hago todo lo que puedo por distribuir el resto de los regalos sin revelar su secreto. Cuando le tiendo un regalo de vistosa envoltura a Odessa, lo inspecciona con gran interés; le da vueltas y vueltas antes de sacudirlo de repente.

—¡Para! —Se lo quito de las manos y me lo pego al pecho, indignada—. Se supone que es una *sorpresa*.

—No intento adivinar lo que *es*. —Odessa se echa hacia delante en la silla de respaldo alto favorita de mi madre, ataviada con un opulento vestido de seda carmesí y esmeralda y con una enorme corona de flores de Pascua sobre su pelo negro. Todo el conjunto debería resultar completamente ridículo, pero, en lugar de eso, parece una especie de ángel de Navidad gracias a su belleza preternatural. Bueno, o eso haría de no ser por la copa de sangre que tiene en la mano—. Intento averiguar de *quién* es.

—Lo cual también va en contra de las reglas. —Con eso, doy media vuelta y escondo su regalo debajo de un cojín al otro lado de la sala, a salvo de sus ojos curiosos. Luego le ofrezco a Michal el último regalo, este envuelto en papel plateado con oscuras estrellas esmeraldas. Odessa lo mira durante el más breve de los segundos antes de hacer girar su copa con una satisfacción engreída.

—*Ese* es de Reid. —Cuando la miro con el ceño fruncido, se encoge de hombros con delicadeza—. Mira esas esquinas, son más

afiladas que una Balisarda. No estoy del todo segura de que no haya planchado el papel al vapor antes de envolverlo.

—Lo hizo. —Con una risita cómplice, Lou ata un lazo al final de la trenza de Coco—. Vi cómo lo hacía. Y tardó *semanas* en elegir tu regalo —añade en dirección a Michal, que se ríe y se instala en el sofá con una relajación absoluta, al tiempo que extiende un ancho brazo por el respaldo. El calor invade mis mejillas al verlo, al recordarlo en un sofá muy diferente y, cuando sus ojos negros saltan hacia los míos y se oscurecen un poco, cuando sus labios se curvan en una sonrisilla de suficiencia, sé que él también se acuerda.

Un calor diferente se extiende por mi tripa mientras le sostengo la mirada. Tan parecido y al mismo tiempo tan diferente del vampiro que conocía. Hubo un tiempo en que habría atribuido la ternura en sus ojos al hecho de haberse vuelto humano, pero ahora sé que me hubiera equivocado; esa ternura siempre ha estado ahí cuando Michal me mira.

De alguna manera, este hombre guapísimo y arrebatador, este hombre que tenía el poder verdadero en las manos, que lo blandió, que podría haber vivido para siempre sobre un trono irrompible, ha elegido estar aquí en vez de allí. *Aquí*. En el salón viejuno de mi madre, rodeado de espumillón y muérdago y gatos.

Toulouse cruza a la carrera el regazo de Lou, y Reid hace una mueca cuando Melisandre salta en pos del gatito y sus uñas se enganchan en sus pantalones.

—No tardé *semanas*…

—El juego, según sabéis todos, se llama *le secret du Père Noël*. —Planto las manos en mis caderas y fulmino a todo el mundo con la mirada, a pesar de la sonrisa radiante que ilumina mi cara. No puedo evitarlo. No con Michal observándome de este modo, como si estuviese a apenas unos segundos de saltar sobre mí, arrastrarme a un rincón oscuro y hacerme todas las travesuras que se le ocurran. Su atención embelesada me hace sonreír aún más mientras finjo ignorarlo—. Con énfasis en *secret*. ¿Estáis todos intentando arruinar la Navidad?

—Yule —dicen Coco y Lou al unísono.

—*Navidad* —insiste mi madre con voz mordaz cuando entra en la

habitación cargada con una bandeja de rico *bûche de Noël* achocolatado, junto con pudin de confite de ciruela y tartaletas de peras especiadas. Mi estómago ronronea ante esos aromas tan deliciosos—. Aunque si alguien más está intentando arruinar esta fiesta sagrada, me temo que tiene competencia.

Como si la hubiesen oído, nos llegan las voces de Filippa y Dimitri desde la cocina, donde suenan como si estuviesen haciendo todo lo posible por matarse entre sí.

—¡Eso es *sal*, no azúcar! —gruñe Filippa, seguido de un estrépito que no augura nada bueno, como si acabase de tirar el salero a la cabeza de Dimitri. Este maldice con violencia.

—¡La sal realza los sabores del plato!

—Sí, pero no cuatro *cucharadas*.

Beau mira con recelo la comida que trae mi madre en la bandeja.

—Aunque, eh… admiro el recién adquirido interés de Dimitri por las artes culinarias, dejaré que todos los *demás* caten estas delicias primero.

Mi madre planta la bandeja debajo de su nariz con una amenaza silenciosa.

—Tonterías, majestad. *Monsieur* Petrov hizo el pudin especialmente para vos.

Al unísono, las miradas de todos nosotros caen sobre dicho pudin, que parece un poco…

Sólido.

Se me revuelve el estómago mientras Beau traga saliva, acepta el cuchillo de mano de mi madre y se dispone a servirse un trozo.

—Espera. —Con un gran suspiro, Reid se pone en pie y empuja a su hermano a un lado antes de elegir una tartaleta. Esas, al menos, parecen cocinadas del todo y, cuando Reid da un mordisco tentativo, consigue tragárselo sin apenas masticar. *Una bendición*. Yo levanto una mano para agarrar otra; por cariño a Dimitri. Desde que se ha vuelto humano y se ha mudado a Cesarine, es verdad que ha cultivado una pasión por la comida. Hojaldres, carnes y, la semana pasada, incluso una sopa de arenque vagamente comestible.

En cualquier caso, he de reconocer que solo nos ha envenenado una vez.

Como si acabase de recordar esa desdichada noche, Michal apoya sus dedos con delicadeza en mi muñeca y sacude la cabeza un poco cuando me dispongo a dar un bocado.

—No te comas eso.

Mi madre lo mira indignada.

Al instante siguiente, Filippa y Dimitri irrumpen en el salón desde la cocina, y Michal aprovecha la distracción para tirar la tartaleta al fuego.

—Oh, *santo cielo*. —Los ojos de mi madre se abren como platos al ver la harina que cubre toda la cara de Filippa, su expresión asesina y la sonrisa satisfecha de Dimitri. El cuello de terciopelo de su propia chaqueta está pegajoso y manchado de la mermelada que todavía cubre los dedos de mi hermana—. En el nombre de Dios, ¿qué acaba de suceder?

—Cuando le quité la sal —explica Filippa con los dientes apretados —, me tiró harina. *Harina*.

Dimitri se revuelve al instante.

—Tú tiraste la sal de mis manos, antes de *atacarme* con un frasco de mermelada de albaricoque. Un sabor espantoso, por cierto.

—Tuviste *suerte* de que fuese solo mermelada.

—Es verdad, Dima. —Lou asiente con alegría desde el suelo—. No olvidemos que *hay* un juego de cuchillos de trinchar sobre la mesa.

—Y una sartén —añade Odessa.

—Tirando comida. —Con la boca fruncida en señal de exasperación, mi madre deposita la bandeja de postres sobre la mesa lateral con un sonoro *clang*—. De verdad, si tengo que separaros, voy a…

—*Por favor*. —Filippa cruza la habitación hasta el vestíbulo de entrada, lejos de todos los demás, y se apoya en el marco de la puerta, donde cruza los brazos con rigidez mientras Dimitri va a sentarse al lado de Michal. Cuando abre la boca para lanzarle otra pulla a mi hermana, me interpongo entre ellos, igual que hago siempre. Mis labios amenazan con sonreír cuando doy unas cuantas palmadas.

—¡Regalos! ¿Quién quiere ser el primero?

Para mi sorpresa, quien responde no es ni Lou ni Coco, ni siquiera

Michal, sino mi hermana. Aún enfurruñada, estira un brazo hacia el pasillo oscuro a su espalda para agarrar un regalo que debió de pasárseme por alto en la mesa de la entrada. Macizo y cuadrado, envuelto en un palidísimo papel rosa, el paquete brilla incandescente a la luz de las velas cuando me lo tiende.

—Para ti —dice escueta, sin mirarme del todo a los ojos.

Mis manos se alargan hacia él por voluntad propia.

—¿Sacaste mi nombre? Jamás lo sospeché.

—*Le* secret *du Père Noël*, ¿recuerdas? —Cruza los brazos como si no estuviese segura de qué hacer con ellos—. Todos hicimos grandes esfuerzos para asegurarnos de que no sospecharas.

—Y ha sido bastante difícil, la verdad —añade Dimitri, aunque no en tono antipático—, porque eres un poquito metomentodo, Célie.

Michal pone los ojos en blanco y lo empuja hacia un extremo del sofá.

—Mira quién fue a hablar.

Antes de que Filippa pueda protestar, agarro su mano y la arrastro hacia los demás. Luego, la fuerzo a sentarse entre Michal y Dimitri. Este último se ríe con descaro al ver la expresión agria en la cara de mi hermana. Y quizá debería disculparme, pero ahora mismo no puedo ponerme en su lugar; estoy demasiado nerviosa y emocionada. Aunque en verdad sí que sospechaba que a mi hermana le había tocado mi nombre, puesto que había habido demasiadas conversaciones clandestinas entre Lou y ella como para que fuese otra cosa, visto que a mi hermana ni siquiera le *gusta* Lou. Mis manos casi vibran de la anticipación mientras rompo el precioso papel y me lamento de su pérdida solo por un segundo, antes de inspeccionar el simple estuche de madera que hay debajo.

Cuando abro el cierre, se me corta la respiración.

Dentro del estuche está mi caja de música perfectamente reparada, perfectamente *preciosa*. Como si percibiera mi euforia, Michal alarga las manos hacia el estuche antes de que pueda descartarlo con prisas, sus dedos cuidadosos cuando ayuda a destapar las hadas ahí pintadas. Levanto la caja de música por los aires para examinarla desde todos los ángulos y se me comprime el pecho cuando mi madre suelta una exclamación ahogada detrás de

nosotros.

—Creía que estaba rota —susurra, al tiempo que se acerca para examinarla ella también. Incluso las grietas y desconchones de mi infancia han desaparecido de alguna manera, como si no hubiesen existido nunca, como si Filippa y yo no hubiéramos tocado nunca esta caja de música. Como si no la hubiéramos querido nunca. De repente, esa idea me deja sin respiración. De hecho, mientras observo los rostros prístinos de sus bailarinas feéricas, mi pecho se comprime aún más, no con… remordimientos, sino más bien con tristeza, quizá.

Cuando mi madre alarga las manos hacia la caja al segundo siguiente, se la cedo a regañadientes.

—Qué extraordinario —murmura—. Vi los pedazos yo misma cuando fui a la calle del Tejo. Pensaba que los daños eran irreparables.

Mis ojos vuelan hacia mi hermana, que parece de lo más incómoda, aunque se fuerza a mirarme a los ojos al final. Sus ojos verdes centellean demasiado brillantes a la luz de las velas, incluso tensos, mientras la miro con curiosidad.

—Cuando Louise mencionó la caja de música —explica—, le pedí que me dejara llevármela. No podía soportar ver los pedazos en la basura, pero si no la quieres…

—La quiero.

—¿Sí?

Sus ojos verdes saltan hacia los míos cuando asiento, y algo esperanzado se ilumina en ellos. Algo vulnerable; aparecido y desaparecido al instante, antes de que nadie más pueda verlo. Voy hacia ella para darle un beso en la mejilla.

—Gracias —susurro—. En serio. Siempre me ha encantado esta caja de música.

Filippa se aparta incómoda, mientras un rubor rosa trepa por su cuello.

—Lo sé.

El resto del intercambio de regalos sucede como en una neblina onírica, las sonrisas y los ojos centelleantes de mis amigos suavizados de algún modo, casi mágicos al resplandor dorado de las

velas. Odessa desenvuelve el puzle mecánico que le compré yo, mientras Michal levanta con cuidado su propio regalo (una lámpara de aceite de cristal soplado procedente de Reid) para examinar su ribete plateado.

—Un regalo para la casa nueva —dice Reid desde la alfombra, apoyado muy tranquilo contra la pata de la silla de Odessa—. Célie nos hizo el *tour* de tu casa la semana pasada. Las reformas son impresionantes.

—Y además está justo al otro lado de la calle. —Inclinada hacia atrás contra el pecho de Reid, Lou arquea una ceja pícara en dirección a Michal y a mí antes de, por increíble que pueda parecer, *guiñarles un ojo* a Filippa y a Dimitri, que fingen no verla—. Estar tan cerca debe ser de lo más conveniente para todas las partes implicadas.

Michal le hace caso omiso, el ceño fruncido mientras estudia la lámpara de cristal.

—Tienes… un buen gusto inesperado, cazador.

—Por supuesto que lo tiene. —Lou sonríe radiante en dirección a la hoja de pergamino que sujeta en la mano. Al parecer, extrajo su propio nombre para nuestro intercambio de regalos secreto y se ha regalado a sí misma la escritura de una taberna local, Les Pêches, un local que se rumorea que fue propiedad de una tabernera muy bien dotada llamada Lydia—. Solo tenéis que mirarme a mí.

Aunque Michal sacude la cabeza, su pecho retumba de risa contenida, mientras Dimitri abre un sobre que contiene un certificado para recibir clases de cocina con Johanna Pan, cortesía de Coco, y Reid desenvuelve un diario de cuero procedente de mi madre, que observa a su vez el joyero en su regazo con expresión pasmada.

Regalo de Michal.

La risa de este se apaga cuando mi madre lo mira con los ojos como platos.

—Ábralo —la anima con suavidad. Y por si el joyero en sí no fuera suficiente (bañado en oro y de lo más elaborado, sus rosas talladas con incrustaciones de rubíes), las joyas en su interior parecen dejar a mi madre sin palabras. No por su precio fabuloso, aunque los

diamantes, las perlas y las esmeraldas costaron en su día una pequeña fortuna, sino porque las reconoce. *Yo* también las reconozco, igual que hace Filippa, que se queda muy quieta a mi lado.

Maman desliza un dedo tembloroso por el pasador de perlas. El mismo pasador de pelo que le regaló mi abuela por su dieciocho cumpleaños.

El mismo pasador que mi madre vendió hace cinco años para disimular la enorme deuda de mi padre.

Mi madre traga saliva y aparta la vista de él.

—Pero ¿cómo…?

Michal se inclina hacia delante en su asiento, y creo que nunca lo he querido tanto como en este momento. Aunque me habló del regalo hace semanas, incluso me pidió ayuda para confirmar las joyas, saberlo es muy diferente a *verlo*, y la imagen de mi madre contemplando boquiabierta sus viejas joyas, los ojos anegados de lágrimas, casi hace que me estalle el corazón de felicidad. Desesperada por tocarlo de repente, de abrazarlo, agarro su mano y Michal aprieta mis dedos con suavidad, antes de dirigirse a mi madre.

—Verá que aún faltan un par de joyas de la colección. Tengo la esperanza de conseguirlas antes de que termine el mes.

Da la impresión de que *maman* aún es incapaz de hablar, pues abre la boca y la cierra de nuevo, derrotada e impotente. Al final, cuadra los hombros y finge retirar el pelo de su cara, secándose los ojos con discreción en el proceso.

—Esto es… Joven, no puedo… *no puedo* aceptar un regalo así. En serio, *monsieur* Vasiliev, solo el coste…

—*Joyeux Noël*, Satine —dice Michal con firmeza—. Se merece un poco de felicidad.

Al oír eso, Odessa taladra a Beau con una extraña mirada penetrante.

—Y en el espíritu de buscar la felicidad, yo me pondría a ello si fuera tú. —Hace un gesto con la barbilla en dirección a la botella de absenta que él sujeta en la mano, en dirección a la nota que ella ató al cuello de esta, con unas palabras escritas en negrita: «Sé

valiente». Beau lleva mirándola desde hace diez minutos, mientras desliza pensativo el pulgar por el hada verde de la etiqueta. Su garganta sube y baja como si no fuese capaz de recordar cómo se respira.

—¿De qué está hablando? —pregunta Coco con curiosidad, aún instalada en la alfombra al lado de Lou, de Reid y del propio Beau. El suelo a su alrededor está cubierto de envoltorios rotos y unos lazos lila centellean entre las largas trenzas de Coco cuando se gira para sonreírle a Beau. La luz del fuego la envuelve en un resplandor cálido y precioso, y la verdad es que cuando Beau por fin levanta la vista hacia ella, parece como si alguien le hubiese asestado un garrotazo en la cabeza. Coco arquea las cejas al ver su expresión perpleja—. ¿Beau…? —pregunta despacio—. ¿Se refiere a mi regalo? ¿Te tocó mi nombre?

A pesar de que Beau tose para aclararse la garganta, su voz aún sale ronca.

—Sí.

La sonrisa de Coco vacila un poco mientras se incorpora.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Beau suelta una risa estrangulada en respuesta, sin querer mirar a nadie, y tengo que hacer un esfuerzo por resistirme al impulso de saltar hacia delante y sacar el anillo de su bolsillo yo misma. *En serio*. Lou y yo intercambiamos una mirada sufrida, aunque los ojos turquesas de mi amiga brillan de la anticipación. Porque si Beauregard Lyon aún cree que existe incluso una sola *posibilidad* de que Cosette Monvoisin vaya a rechazarlo, está claro que es el hombre más obtuso del mundo.

—¿Qué está pasando? —Coco entorna los ojos mientras desliza la mirada de Beau al resto de la sala, a todos nosotros, que esperamos conteniendo la respiración a que Beau lo haga. A que se lo *pida*. Como para infundir valor a su hermano, Reid hace un gesto discreto con un dedo y la luz de las velas se atenúa; el pianoforte del rincón empieza a tocar una melodía suave y arrulladora al segundo siguiente. Coco nos mira a todos, perpleja—. Estáis actuando de un modo muy *raro*, y si alguien no me dice por qué en los próximos tres segundos, voy a… *Oh*.

Su amenaza termina con una espiración brusca, al tiempo que se le abre la boca. La explicación se hace evidente en el mismo momento en que vuelve a girarse hacia Beau, que se ha incorporado sobre una rodilla. Con el semblante pálido pero decidido, sujeta una cajita de terciopelo en una mano.

—Había preparado un discurso —susurra en el silencio repentino de la habitación—. Quiero decir, me he pasado el último año soñando con este momento preciso, ensayando ante el espejo…

—Por supuesto que sí —comenta Lou con una carcajada de felicidad.

Reid planta una mano impaciente sobre su boca, toda su atención fija en Beau y Coco.

—Lo susurraba para mis adentros en los momentos de tranquilidad, durante los largos paseos alrededor del castillo —continúa Beau con decisión, ignorándolos a ambos—. Por lo general, incluía tu nombre escrito en las estrellas, y también mucho *se*… Es decir… —Tose y echa un vistazo rápido en dirección a mi madre antes de volverse otra vez hacia Coco, que se ríe bajito a pesar de las lágrimas que anegan sus ojos. La expresión de Beau se suaviza —. Ahora no soy capaz de recordar ni una palabra. Lo único que sé es que, érase una vez, conocí a una preciosa curandera llamada Brie Perrot que me encandiló desde el primer momento. En verdad, ella no debería haberme hecho ni caso. Todo el mundo lo dijo…

—Yo no —señala Odessa.

Beau le lanza una mirada de aprecio antes de alargar una mano para agarrar la de Coco.

—Cuando te conocí, Coco, era un niño. Un niño arrogante y estúpido, aunque bastante apuesto… Y gracias a ti, gracias al tiempo pasado con todos los presentes en esta habitación, me he convertido en alguien que espero que pueda hacer que te sientas orgullosa y feliz y… —Su voz se pierde cuando suelta la mano de Coco para abrir el cierre de la cajita y revelar un anillo de oro con un magnífico rubí en el centro. Las lágrimas ruedan ahora por las mejillas de Coco, pero no hace nada por secárselas. En lugar de eso, se limita a mirar a Beau y, en sus ojos, está claro que él no tendrá que escribir nunca su nombre en las estrellas.

Para Coco, él *es* las estrellas, el sol y la luna; es su universo entero.

Igual que Michal es el mío.

Como si estuviese pensando lo mismo, Michal entrelaza con más fuerza sus dedos con los míos, y juntos observamos cómo prosigue Beau.

—Quiero pasar todos los días contigo, Coco. Quiero que tu precioso rostro sea lo primero que vea por la mañana. Quiero que tu risa sea lo último que oiga cada noche. Quiero los grandes momentos contigo… una boda, una coronación… pero también quiero los momentos tranquilos. Quiero que nos acurruquemos cerca de la chimenea mientras tú trabajas en tus tinturas y yo leo mis libros de contabilidad. Quiero que compremos juntos en los mercados, que discutamos sobre el mejor tipo de queso para un *soufflé*. Más que nada, te quiero a *ti*. Solo a ti. —Sus manos empiezan a temblar alrededor de la caja del anillo—. Sería un honor para mí que adoptaras mi apellido o que yo pudiese adoptar el tuyo. La logística no me importa. Solo… quiero pasar el resto de mi vida contigo, Cosette Aurélie Monvoisin. Mi vida entera. Todos y cada uno de sus momentos. Porque tú la haces mejor, me haces a *mí* mejor, y te quiero. Jamás pensé que podría sentirme así, pero te quiero tanto que siento que podría morirme si tú no estás. Eres mi otra mitad.

En el breve silencio tentativo posterior, Coco se ríe y se inclina hacia delante para pasar los brazos alrededor del cuello de Beau.

—¿Y ese *no era* el discurso que tenías preparado?

Todo el cuerpo de Beau se relaja. Luego, aprieta la frente contra la de ella.

—¿Qué puedo decir? Me inspiras. —Después, en voz aún más baja, apenas un aliento contra los labios de Coco—: Me inspiras todos los días, Coco. ¿Quieres casarte conmigo?

Coco no lo duda ni un segundo.

—Sí. Por supuesto que *sí*. —Con una sonrisa incandescente, le da un abrazo feroz, tan fuerte que se le cae el anillo de las manos. Aunque vuela por los aires, Odessa lo atrapa antes de que caiga al suelo—. Esto ha sido perfecto. —Coco lo besa en la mejilla y la habitación estalla en aplausos, vítores escandalosos y enhorabuenas

—. Más que perfecto —consigue decir, antes de besar su otra mejilla y cada centímetro de su cara entremedias—. Siempre has sido mi perdición, Beauregard Lyon. —Besa su nariz, su frente, sus párpados —. Siempre estuviste destinado a mí. Yo también te quiero.

Odessa le pasa a Beau el anillo con disimulo y él se desenreda de Coco el tiempo suficiente para ponérselo en el dedo. Y después lo besa. Besa cada dedo, cada nudillo de cada una de sus manos mientras ella se aferra a él aún más fuerte. El momento es precioso, íntimo, y no puedo evitar lanzarme a abrazarlos junto con Lou, Reid, e incluso Odessa, que empieza a ofrecer sugerencias florales para el ramo de novia de Coco.

—Este rubí podría partir varios dientes —anuncia Lou, después de agarrar la mano de Coco para inspeccionar el anillo a la luz. Le guiña un ojo a Beau—. Un trabajo fantástico, hermano mío.

Coco sonríe de oreja a oreja con una alegría sin fin, e incluso mi madre se acerca para darles la enhorabuena. Cuando se vuelven a besar, le lanzo una mirada expectante, a la espera de su desaprobación, pero ella se limita a arquear una ceja con expresión de superioridad.

—Se van a *casar*, Célie. ¿Cómo esperas que conciban nietos si no?

La miro boquiabierta.

—No serán *tus* nietos.

Ella levanta la barbilla.

—¿Y eso quién lo dice?

Sacudo la cabeza con incredulidad y me giro para hacerle una mueca a Filippa, pero ya no está sentada en el sofá. De hecho, cuando echo un vistazo rápido por la sala, parece haber desaparecido por completo. Ha debido de escabullirse durante las celebraciones sin que nadie se percatase.

Dimitri ha desaparecido con ella.

—¿Dónde están? —le pregunto a Michal en voz baja, y él ladea la cabeza hacia la ventana a nuestro lado. Con eso, la curiosidad le gana la partida al decoro; la temperatura no ha hecho más que bajar a lo largo de la última semana y, de camino a la casa de Michal esta mañana, casi se me congelaron los dedos de los pies en la nieve. Cuando ahora no me ofrece más explicaciones, sino que se limita a

sonreír con suficiencia, trato de asomarme entre las cortinas con el mayor disimulo posible para ver a dónde han ido. Una misión imposible, puesto que a mi madre no se le escapa nada durante demasiado tiempo, y en especial no dentro de su propia casa.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz seca corta a través de la sala y saca a todo el mundo del jolgorio de la celebración. Incluso Coco y Beau se giran hacia nosotros, intrigados—. ¿Hay alguien ahí fuera? ¿Son los cantantes de villancicos otra vez? No los he oído llamar. —Suelta un resoplido brusco e irritado por la nariz al decir esto último.

Después…

—Odio a los cantantes de villancicos —declaran Michal y ella al unísono.

Lou suelta una carcajada mientras ellos se miran, sorprendidos.

—¿También odia a los nietos? —le pregunta a mi madre con educación—. Porque con lo que está sucediendo ahí fuera, puede que esté bien encaminada hacia eso.

Al instante, la habitación explota en un caos de movimiento, cuando todo el mundo se apresura hacia la ventana para escuchar.

—Me debes veinte *couronnes* —le dice Coco a Odessa, que aparta a Michal de un codazo para retirar las cortinas.

—Ni hablar. —Odessa entorna los ojos para asomarse a las sombras de un… ¿jardín? Frunzo los labios. No debería haber un *jardín* al otro lado de esta ventana, y sin embargo no hay duda: la tierra parece recién removida y está cubierta de un verdor inexplicable entre toda la nieve. Dos siluetas se alzan rígidas a su lado, como si no supiesen qué hacer. *Filippa y Dimitri*. A él debió de tocarle el nombre de mi hermana y esto… *esto debe de ser su regalo*, pienso al comprenderlo de pronto. Ni siquiera Odessa puede ocultar su interés—. Dijiste que Filippa y Dima se estarían besando para Navidad, sí, pero debe haber un intercambio explícito de saliva.

—¡Nunca especificamos nada sobre lenguas! —protesta Beau de inmediato.

—Cuidado con vuestro tono, majestad. —Mi madre se abre paso a empujones entre todo el mundo y estira el cuello para ver a través del cristal empañado—. ¡No los oigo! Ni siquiera puedo *verlos*.

Antes de que Lou pueda reaccionar, Reid hace un gesto rápido con

la muñeca y unas voces calladas se filtran por los cristales de la ventana. Todo el mundo se queda en silencio para escuchar. Para *observar*. El viento frío levanta un mechón del pelo de Filippa mientras contempla las flores blancas que tapizan el suelo a sus pies.

—Campanillas de invierno —susurro cautivada. Michal y Lou intercambian sonrisas cómplices y yo los señalo con un dedo acusador—. ¿Vosotros sabíais esto?

—Quizá —admite Michal.

—¿Y no me lo dijiste?

Lou entrelaza su brazo con el mío y nuestras caderas chocan entre sí.

—*Le secret du Père Noël*, ¿no? Con énfasis en *secret*.

—Callaos todos —bufa mi madre, que ya casi tiene la nariz apretada contra el cristal—. Intento oír algo. —Cuando Dimitri da un paso adelante en el exterior y levanta una mano como para remeter ese mechón de pelo de Filippa detrás de su oreja, todos la obedecemos al instante. La sala entera contiene la respiración.

Sin embargo, Dimitri deja caer la mano en el último segundo, cerrando los dedos contra la palma.

—Para tu hija. —Al ver la expresión afligida de Filippa, sigue hablando—. Florecerán cada invierno en honor a Frostine —añade con voz dulce.

Aunque Filippa se pone un poco tensa al oír el nombre, no le espeta una respuesta cortante. Tampoco huye ni se repliega sobre sí misma, como hace tan a menudo. En lugar de eso, se agacha despacio para deslizar los dedos por los capullos más cercanos, como si comprobase que son reales, antes de levantar la vista hacia él con los ojos cargados de incredulidad y acusación a partes iguales.

—Pero son… —Traga saliva—. Las campanillas de invierno siempre han sido mis favoritas.

Los hoyuelos de Dimitri aparecen al instante.

—Eso has dicho alguna vez.

—¿Y te has acordado?

—Me acuerdo de todo lo que dices, Filippa.

Ella da un respingo inesperado al oír eso y se tambalea un paso hacia atrás, como si la amabilidad de Dimitri fuese un arma de alguna manera, como si *doliera*.

—No… no lo entiendo. Yo te *maté*.

Dimitri se ríe bajito, mete las manos en sus bolsillos y sigue los pasos de Filippa, uno a uno. Se niega a ceder ni un centímetro.

—Por extraño que pueda parecer, de eso también me acuerdo. Y más extraño aún es que he elegido perdonarte. —Una pausa significativa—. Todo el mundo lo ha hecho.

El rostro de Filippa se viene abajo entonces y, de repente, deja de intentar escapar. En lugar de eso, se gira para esconder la cara.

—Gracias, Dimitri —murmura después de otro momento largo y doloroso—. Son… preciosas.

Dimitri le toca un hombro antes de señalar hacia una ventana del piso de arriba, y todos nos agachamos deprisa antes de volver a asomarnos por encima del alféizar de la ventana, incapaces de reprimirnos. Por suerte, ya se han vuelto a centrar el uno en el otro, y nosotros nos levantamos todos a la vez y sin ninguna vergüenza. Incluso Odessa, con toda su elegancia vampírica, pega la oreja al cristal.

—Podrás verlas desde tu ventana mientras escribes —murmura Dimitri de un modo tierno. Esperanzado. Y ahora sí que remete ese mechón despistado detrás de la oreja de Filippa, donde sus dedos se demoran un segundo más de lo necesario. Ella casi se inclina hacia el contacto, *casi*, y los ojos de Dimitri se posan en sus labios.

—Está ocurriendo —susurra Coco con alegría, al tiempo que da botecitos sobre las puntas de los pies a mi lado.

Odessa niega con la cabeza, abre la boca para discutir, pero apenas la oigo, porque en ese momento Michal desliza la mano alrededor de la mía y se agacha para murmurarme al oído.

—Deberíamos darles algo de privacidad.

Se me pone la piel de gallina por toda la columna.

—¡Una idea excelente! —Antes de que nadie pueda protestar, mi madre cierra las cortinas de golpe y, un momento después, Filippa regresa al salón con una campanilla de invierno remetida detrás de la oreja, las mejillas arreboladas del frío. Cuando Dimitri entra detrás

de ella, la habitación entera se apresura a fingir desinterés. Lou abre la botella de absenta con un alegre *pop*, Beau arrastra a Coco a su regazo en una butaca cercana y Reid se apresura a ayudar a mi madre a recoger el papel de regalo por ahí desperdigado. Solo Odessa se fija, con una sonrisa burlona, cuando Michal me aleja del ajetreo y me lleva con él a la tranquilidad de la cocina. *Por fin*.

Me sienta sobre la encimera sin decir ni una palabra y se coloca entre mis piernas mientras yo envuelvo los brazos alrededor de su cuello. Incapaz de evitarlo, echo un vistazo hacia la puerta por la que acabamos de entrar.

—Creo que Dimitri podría ser bueno para ella. Parece que a Filippa le… gusta, lo cual es casi un milagro, porque a mi hermana no le gusta nadie.

Michal roza mi cuello con sus labios.

—¿Y tú qué, mascota?

Arqueo el cuello para darle mejor acceso, y me estremezco cuando sus manos suben por mis muslos y separan mis piernas aún más.

—¿Yo qué? —pregunto sin aliento, mi hermana olvidada por completo. Cuando los dedos de Michal danzan por mi piel, apenas soy capaz de recordar mi propio nombre y, en este momento, no importa lo más mínimo. Nada importa nunca cuando estoy con él. Lo desearé siempre. Lo querré siempre. Y hoy, con las celebraciones y nuestros mejores amigos intercambiando promesas tiernas, da la sensación de que todo esto debiera ser un sueño. Parece más de lo que hubiera podido esperar jamás, de lo que hubiese podido imaginar. Echo la cabeza hacia atrás mientras Michal continúa su lánguida exploración de mi cuello y, por encima de nosotros…

Muérdago.

Michal debe de sentir mi sonrisa lenta.

—¿A *ti* quién te gusta? —Su voz ronronea en mi oído, antes de deslizar la lengua por un punto de lo más sensible, y me inclino hacia delante otra vez, mientras ahogo un gemido contra su ancho hombro. Esos dedos continúan con su provocación maliciosa, y daría cualquier cosa, *cualquier cosa*, por estar de vuelta en la casa de Michal. Detrás de la puerta cerrada de su habitación oscura, sobre sus sábanas de seda, con la luz de la luna iluminando su pecho

desnudo.

—Esto es cruel. —Mis propias manos se deslizan por su pelo antes de cerrarse sobre el cuello de su jersey. Se lo tejí yo misma el mes pasado, y parece una vejiga de lana—. Me estás torturando.

—Tal vez. —Su boca captura la mía y me besa con toda la ferocidad de un rey inmortal, mientras un gemido gutural se acumula caliente y pesado en el fondo de su garganta—. ¿Esto está mejorando las cosas? —murmura contra mis labios. Y entonces introduce la lengua, que sabe a canela y manzanas y especias, y mis piernas se enganchan por instinto alrededor de su cintura antes de apretarse y acercarlo más a mí. No es suficiente. Nunca es suficiente.

—Mi madre podría entrar en cualquier momento —le recuerdo con un jadeo.

—Tu madre está recogiendo.

Cierro las manos sobre su camisa, incapaz de evitar besarlo otra vez y otra y otra.

—¿Qué pasa con los otros?

—Ocupados —sentencia, y yo me trago la palabra. La saboreo.

Lo saboreo *a él*.

—Michal —susurro con un escalofrío. Él se aparta un poco con un quejido—. No podemos tener… *relaciones* sobre la encimera de la cocina de mi madre.

Michal se ríe entre dientes y yo siento ese retumbar de su pecho hasta en las puntas de los pies.

—No me dio la sensación de que tuvieras ningún problema para tenerlas en la biblioteca esta mañana. —Los recuerdos centellean por el ojo de mi mente al oír sus palabras: el dorado de una escalera rodante, el olor de la pintura fresca, los bordes afilados de unas estanterías recién hechas apretadas contra mi columna. Y Michal.

Michal apretado contra mí, encima de mí, por *todas partes* de mí, mientras estrenábamos el regalo que me había hecho. Dos veces.

—Terminaremos esto más tarde —digo contra sus labios, y él sella esa promesa con otro beso apasionado. Cuando se aparta, sin embargo, su pulgar se demora en mi dedo anular desnudo, y todo mi cuerpo se paraliza.

Cuando por fin levanta la vista de nuevo, sus ojos arden con una promesa aún más apasionada.

—Puedes esperar más que una biblioteca para el próximo Yule.

El *próximo Yule*. Nos miramos durante un rato. Las palabras flotan en el aire entre nosotros, y nada ha sonado nunca tan dulce. Un año entero de cortejo con Michal, de besos robados, paseos a medianoche y encuentros amorosos en la biblioteca.

—El próximo Yule —susurro, besándolo con ternura—. Y después, para siempre.

AGRADECIMIENTOS

La vida tiene la emocionante y a menudo devastadora costumbre de cambiar de pronto sin previo aviso. En un momento dado me senté a escribir las primeras palabras de *La novia oscura* y al siguiente, año y medio después, me he sentado a escribir sus agradecimientos. Han cambiado muchísimas cosas entre un momento y otro, pero una cosa sigue igual: estoy muy agradecida de estar aquí. Estoy muy agradecida de ganarme la vida escribiendo historias, y estoy muy agradecida de que cada uno de mis lectores me otorgue ese privilegio. Desde lo más profundo de mi corazón, gracias.

A RJ, Beau, James, Rose y Wren, vosotros sois los mayores regalos que he recibido jamás. No hubiese podido escribir este libro sin vosotros ni sin el amor y el ánimo de mis padres, mi familia y mis amigos. Os quiero a todos sin límites. Gracias por ser un lugar mullido donde aterrizar cada temporada. A Finna, Pippa y Gus Gus, gracias por hacerme compañía durante todas esas largas horas en mi escritorio. A Pippa en particular: todavía puedo sentir tu cabeza sobre mi hombro, y eso me rompe el corazón. Te echaré de menos siempre. Espero que haya ardillas en el cielo para que puedas perseguirlas.

Todos los libros requieren un pueblo entero para publicarlos, y este no ha sido una excepción. Estoy increíblemente agradecida por la orientación y el apoyo de todo mi equipo en HarperCollins y Park, Fine & Brower, incluidas mis editoras, Erica Sussman y Sara Schonfeld, y mi agente, Pete Knapp. Gracias por recorrer los altibajos de esta industria conmigo. Sois, simple y llanamente, los mejores.

Y, por último, deseo dar las gracias a Jordan Gray. Ella sabe lo que significa para mí. Me harían falta páginas y páginas enteras para enumerar todas las formas en que me has ayudado con la creación

de estos libros, así que, en lugar de eso, me limitaré a agradecerte. Por todo.



¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK